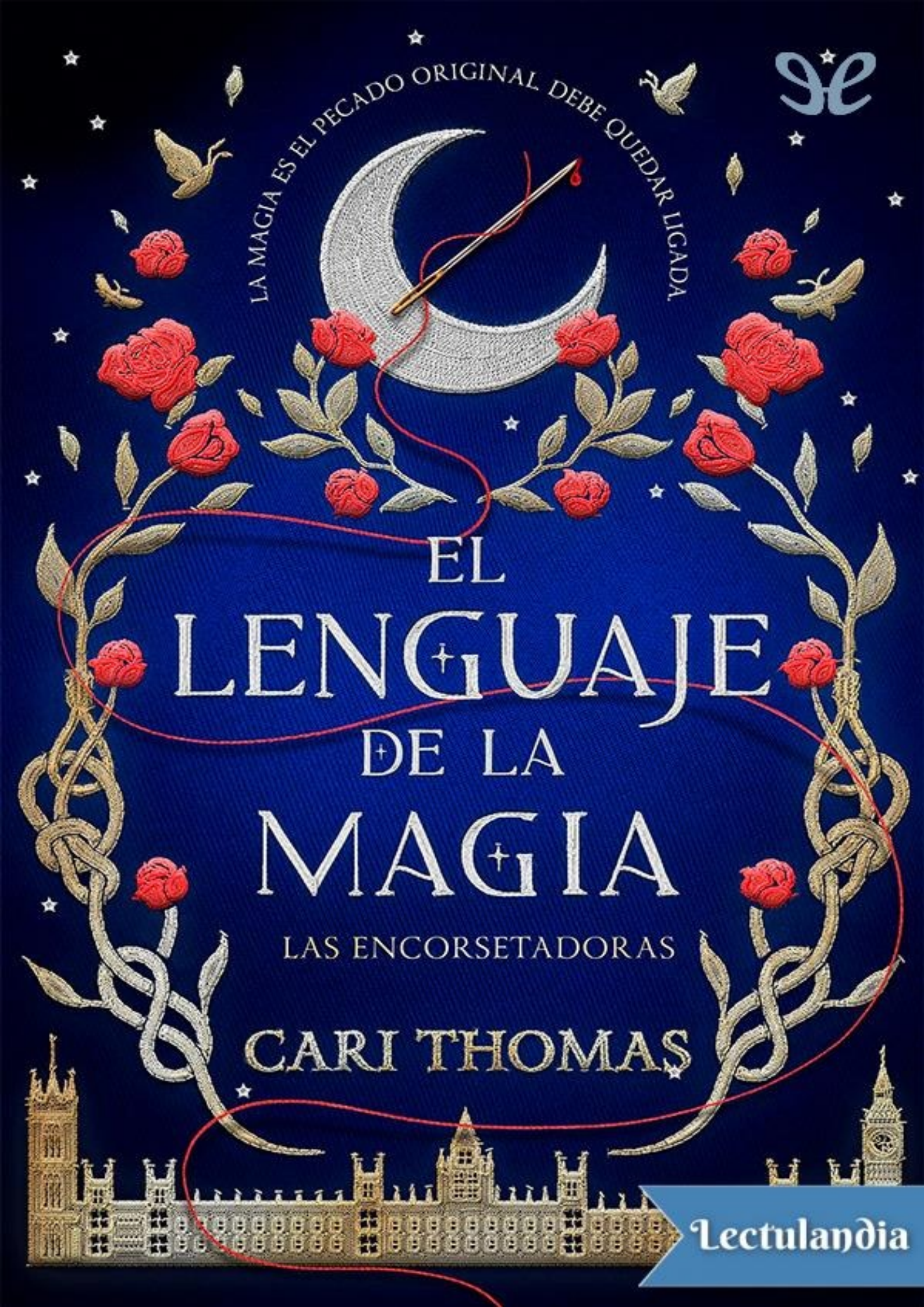


Lectulandia

La tía de Anna siempre le ha advertido sobre los peligros de la magia. Sus giros. Sus enredos. Sus fatales consecuencias. Así que Anna cuenta los días para celebrar la ceremonia que bloqueará su magia para siempre. Hasta que conoce a Effie y a Attis. Juntos descubren una ciudad que Anna nunca supo que existía. Una tienda que vende recuerdos. Una biblioteca secreta en la que el bibliotecario se alimenta de palabras. Un club en el que los juerguistas se pierden en una niebla de hechizos. Pero mientras Anna se ve cada vez más inmersa en ese mundo, empieza a preguntarse si su tía al final tenía razón. ¿Es su magia un don… o una maldición?

Cari Thomas

Las encorsetadoras

El lenguaje de la magia - 1

ePub r1.0
Titivillus 02.10.2022

Título original: *Threadneedle*
Cari Thomas, 2021
Traducción: Patricia Sebastián

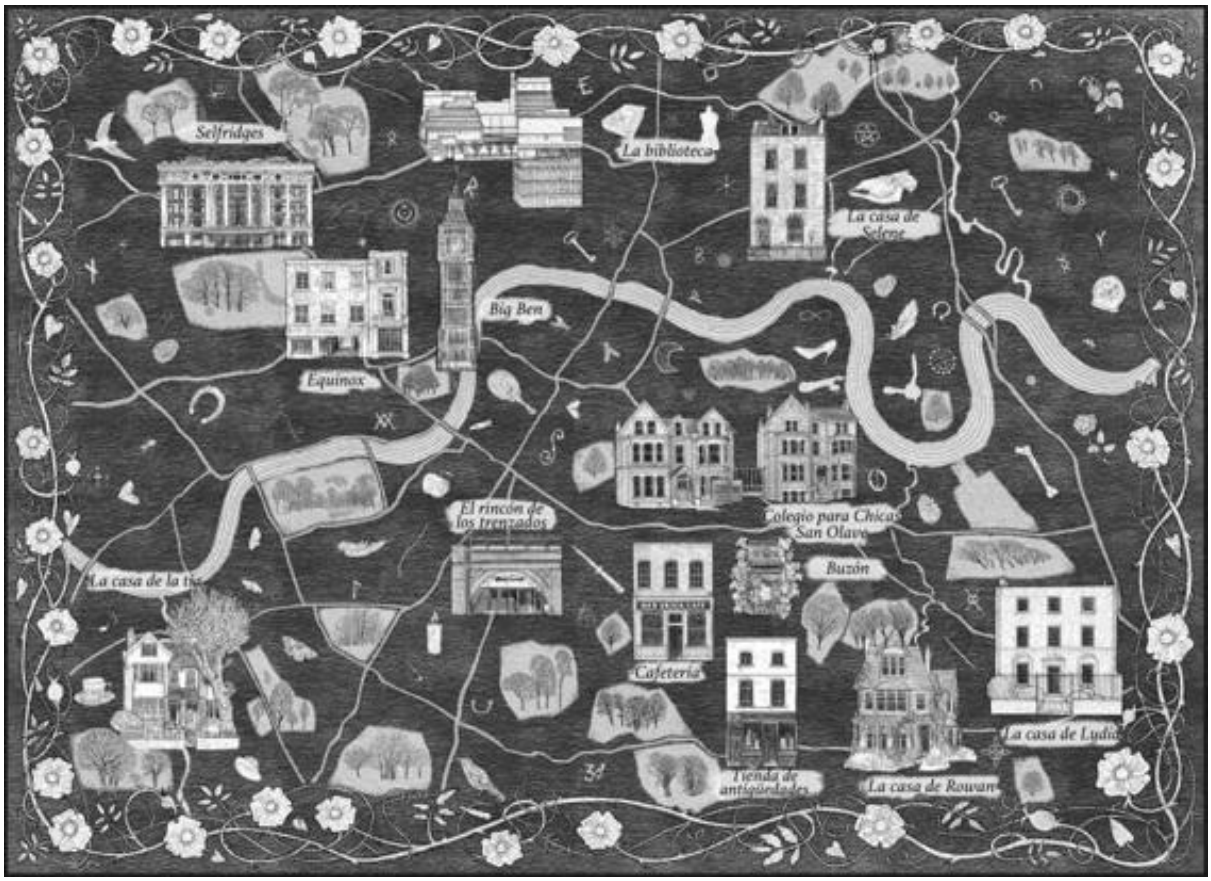
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Índice de contenido

Alegría
Puntadas
Polillas
Esquirlas
Cuentos de hadas
Curiosidad
Las encorsetadoras
Invisible
Manzanas
Hierro
Máquina de coser
Moratones
Elementos
Secretos
Correhuela
Ira
Pluma
Poción
Todo o nada
Ojos
Pena
Satén
Sal
Estrellas
Cuchillas
La biblioteca
Moscas
Miedo
Copos de nieve
Susurros
Carta
Collar
1 de mayo

Deseo
Vídeos
Vía de escape
Nudo opresor
El baile
Espejo
Amor
Madre
Agradecimientos
Sobre la autora

A mis padres, quienes me enseñaron que la magia existe.


Selfridges
La biblioteca
La casa de Selene
Big Ben
Equinox
El rincón de los trenzados
Colegio para Chicas San Olavo
Buzón
La casa de la tía
Cafetería
La casa de Lydia
Tienda de antigüedades
La casa de Rowan

Diosa del silencio y de los secretos:
enmudece nuestra voz para no hablar,
ciega nuestros ojos para dejar de buscar,
doma nuestro corazón para dejar de sentir,
liga nuestros hechizos; nos postramos ante ti.
Lo que ya se olvidó, no se podrá recordar.
Lo que no se sembró, no se podrá cosechar.
Cierra la puerta y echa la llave,
soportar nuestra magia en silencio es clave.

La plegaria de las Encorsetadoras.

Las campanas resonaron como habían hecho durante siglos, y su melancólica música recorrió Londres con elegancia y delicadeza, tan radiante como la luna llena que coronaba el cielo. A pesar de lo tarde que era, el bullicio reinaba en la ciudad que se extendía a sus pies, agitándose en la oscuridad con las luces, los autobuses y la gente —gente por doquier— que iba y venía, que trabajaba, bebía, bailaba y dormía, sin prestar atención alguna a las campanas.

En el interior de la torre, el sonido era ensordecedor. Sin embargo, las mujeres permanecieron impasibles mientras se acercaban unas a otras y formaban un círculo; avanzaron descalzas por el frío suelo de piedra, con el pelo suelto sobre las sencillas túnicas. Se bajaron la capucha y sintieron las vibraciones de las campanas en los huesos, sintieron el ruido y la bruma de la ciudad, el silencio de la luna a través de las ventanas, el lenguaje de su magia elevándose. La última campanada sonó con firmeza.

Medianoche. Era la hora.

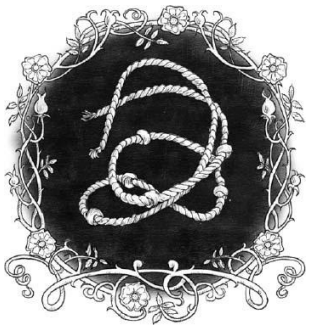
Alzaron los brazos al cielo.

Cuando sucedió, no profirieron ningún grito: las Siete no expresaban tales emociones, y aunque lo hubieran hecho, no les habría dado tiempo a gritar. Poseían una infinidad de años al alcance de los dedos, pero ni un solo instante para dar la voz de alarma cuando todo ocurrió…

Los cristales de las ventanas se hicieron añicos. La noche se filtró en el interior. Se oyeron unas palabras: impenetrables e inquebrantables. Las mujeres salieron disparadas hacia atrás, arrastrando los pies descalzos por el suelo. Se elevaron en el aire, con las túnicas ondeando y las extremidades inmóviles a la luz de la luna. Lo único que las invadía ahora era un sentimiento de impotencia, la innegable certeza de que no podían hacer nada frente a las cuerdas que se les enroscaban alrededor del cuello, antes de precipitarse al vacío de la noche.

Solo entonces, cuando dejaron de pertenecerles, sus cuerpos hicieron lo que haría un cuerpo normal y corriente: retorcerse, sacudirse y asfixiarse… morir lentamente.

A sus pies, Londres seguía tan bulliciosa como de costumbre, pero las campanas del Big Ben nunca habían guardado tanto silencio.



ALEGRÍA

Quince años

El vecindario se parecía mucho a cualquier otro barrio de las afueras de Londres: estaba repleto de casitas adosadas altas y estrechas, con fachadas infranqueables, cuidados jardines y puertas de hierro, que ahora se hallaban cerradas. Las cortinas estaban echadas y las ventanas resplandecían frente a la oscuridad del exterior. Todo permanecía en calma —solo se oía el lejano ruido del tráfico, las pisadas de alguien que se dirigía a casa, el ladrido de un perro y el murmullo de los árboles meciéndose con el viento—, pero había una casa más silenciosa que las demás.

Completamente muda.

Reinaba un silencio tan profundo e inmutable que pasaba desapercibido, al igual que la propia casa. Nadie se volvía para echar un vistazo al pasar. El edificio no era más que un fugaz estremecimiento; el camino de grava de la entrada no tenía ni una piedra fuera de lugar, el porche estaba primorosamente adornado con cestas colgantes y la blanca puerta principal se encontraba cerrada al mundo que había al otro lado. Todo permanecía inmóvil. Incluso el viento parecía sucumbir frente a la puerta.

No se oía ningún sonido proveniente del interior y, sin embargo, en la sala de estar un piano tocaba por sí solo; la melodía era desgarradoramente bella, y tan frágil que parecía estar hecha del propio silencio. Revoloteaba contra las ventanas, pero, al no poder escapar, giraba sobre sí misma y desaparecía en el vacío que se extendía entre una nota y la siguiente.

Sentada en una butaca, una mujer movía las manos al son de la música. En el suelo había una muchacha con los ojos cerrados, como si la melodía la

hubiera cautivado por completo, pero en la mano aferraba un cordón lleno de nudos. Era incapaz de escuchar la música. La oía, pero no podía escucharla. Tenía los nudillos blancos.

La música se ralentizó y una única nota resonó, igual que una campana, inmaculada, sincera y llena de sentimiento.

La chica no pudo resistirse más. Dejó que el sonido atravesara ligeramente sus defensas y absorbió el sentimiento de alegría que lo acompañaba. Se quedó sin aliento cuando la música empezó a llenarle los pulmones. Se llevó la mano a la garganta, intentando tomar aire, pero este era demasiado espeso, contenía demasiada música y la ahogaba.

La mujer continuaba moviendo las manos.

La chica apretó aún más uno de los nudos de su cordón. Más fuerte. Trató de sobreponerse al pánico, desterrando la música de su cuerpo, de su mente. Apretó el nudo hasta que le dolieron los dedos. La alegría de su corazón enmudeció de golpe. La música chocó contra ella, pero no se adentró en su interior. Tomó una bocanada de aire de forma vacilante…

El alivio la recorrió solo durante un segundo; cerró rápidamente los ojos, se agarró al cordón y levantó una coraza a su alrededor. La canción continuó sonando, pero ya no se le antojaba hermosa, sino un simple sonido, un interesante conjunto de vibraciones que surcaban el aire. No era música.

Fuera se hizo de noche. La chica volvió a quedarse sin aliento, una y otra vez. Finalmente, la mujer dejó de mover las manos. La música cesó.

—La magia es el pecado original, debemos soportarla en silencio —dijo la mujer, asegurándose de que su voz estuviera cargada de decepción.

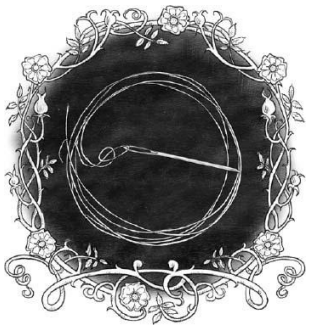
—La magia es el pecado original, debemos soportarla en silencio —respondió la muchacha.

—Vete a la cama, Anna.

La chica estaba demasiado cansada como para protestar. Se puso en pie, le dio un beso de buenas noches a su tía, que había desviado hacia un lado su fría mejilla y subió al piso de arriba.

La mujer siguió sentada en la silla, dejando que su mente divagara lenta y pesadamente, como la rueda de un molino. Dentro de poco sería el cumpleaños de la muchacha. ¿Estaría preparada cuando llegara el momento? Debía estarlo. Movió las manos en el aire y el piano comenzó a sonar de nuevo.

Le complació no hallar nada más que silencio en su corazón.



PUNTADAS

Puntada por el derecho, puntada por el revés, siempre bordo con temor.
Pues el ojo de la aguja me observa avizor.
Puntada por el derecho, puntada por el revés, siempre bordo con sangre.
Habrá secretos hilados en este instante.
Puntada por el derecho, puntada por el revés, siempre bordo con poder.
Un silencio en cada nudo veré nacer.
Puntada por el derecho, puntada por el revés, ya me he percatado.
La puntada afianzada refuerza el nudo y endulza el bordado.

Cántico de costura, Pasatiempos, *El libro de las Encorsetadoras*.

Un tirón despertó a Anna. Una aflicción. Un impulso. Un sentimiento que no era capaz de reconocer. Intentó aferrarse a él, pero ya había desaparecido. ¿Un sueño? Ella no soñaba.

Contempló el prendesueños que colgaba sobre ella: tenía unos cuantos nudos atados a lo largo de su extensión. Era la versión perversa de la escalera de bruja que las Costureras habían concebido, y su tía se lo había colocado allí —un trozo muy largo de cuerda— hacía tres años para evitar que soñara. *Atrapa los sueños con un nudo*. A medida que los nudos se deshicieron, el prendesueños volvió a tomar la forma de un cordel retorcido. Anna bostezó, exhausta. No había dormido bien. Nunca dormía bien. No le hacía falta mirar el reloj para saber qué hora era. Aguardó.

Oyó una llamada en la puerta como cada mañana a las seis y media. Era la primera puntada de su rutina diaria. *Puntada por el derecho, puntada por el revés*.

—¡Anna!

—¡Ya voy, tía!

—Quien al diablo quiere engañar, muy temprano se ha de levantar.

Lo sé porque me lo repites todas las mañanas.

—Voy —repitió Anna, intentando parecer más animada, intentando sentirse más viva. El libro que había estado leyendo cuando se quedó dormida seguía encima de su colcha: su única escapatoria durante las horas vacías de la noche. Lo dejó a un costado y se levantó de la cama. Se dirigió a las puertas que estaban al otro lado de la habitación. Las abrió de par en par y salió al balconcito que daba a la parte trasera de la casa. La periferia de Londres se extendía frente a ella igual que siempre: el cielo era un muro lejano y gris, un mosaico de tejados yuxtapuestos y casas de ladrillo oscuro salpicadas con tenues tonos verdes. Los jardines permanecían inertes, con el césped cortado y los parterres esculpidos; una fuente de agua que tintineaba agradablemente en la casa contigua.

Inhaló la brisa y tuvo la impresión, aunque tal vez fueran imaginaciones suyas, de que el aire portaba un aroma diferente: una brizna de humo, de otoño, de Selene. Una sonrisa se dibujó en los labios de Anna antes de que pudiera reprimirla.

Tres días.

Faltaban tres días para su cumpleaños; para la llegada de Selene. Hacía varias tardes habían estado, como de costumbre, sentadas en silencio en el salón, cosiendo bordados, igual que hacían siempre, y entonces, como quien no quiere la cosa, su tía había anunciado: *Tendremos visita en tu cumpleaños*.

Anna se estremeció de miedo y pensó de inmediato en las Encorsetadoras. *¿Van a venir? ¿Se tratará de una interrogación festiva?* Pero entonces su tía le había dicho que sería Selene la que se pasaría por allí, y que traería a su hija con ella. Anna había asentido en silencio al oír aquello, pero la noticia la había sorprendido y emocionado tanto que cosió la última parte de su bordado con descuidadas puntadas que dejaban en evidencia su exaltado corazón. Tuvo que deshacerla y volver a coserla antes de que su tía le diera permiso para retirarse.

Hacía años que Selene no iba a visitarlas y la última vez la cosa no había acabado bien. Era una antigua amiga de la familia, pues había ido al colegio con la tía y la madre de Anna. Las tres habían sido inseparables en aquel entonces —o eso le habían dicho a Anna—, aunque siempre le había costado imaginarse que su tía y Selene hubieran sido amigas alguna vez. Durante sus breves y explosivas visitas apenas parecían tolerarse, pero, para Anna, Selene había sido una maravillosa e intoxicante tregua en el tedio de su día a día; un lazo de color en medio de un cordón anodino; un luminoso portal a otro

mundo. Era todo lo que no era su tía: estaba llena de vida y alegría, era divertida y hedonista; una criatura maravillosa y tentadora, una bruja. Una bruja, igual que ella, y a la vez, algo completamente diferente. Desde luego no era una Encorsetadora.

Anna volvió a entrar. Sacudió las sábanas, hizo la cama, se puso las zapatillas y la bata, recogió su cordón de nudos de la mesilla de noche y se lo metió en el bolsillo. Se puso frente al espejo y se recogió el pelo. Siempre había tenido la sensación de que le faltaba una parte de sí misma y lo advertía cada vez que contemplaba su reflejo: distinguía un vacío, no acababa de estar completa del todo. La chica que le devolvía la mirada estaba terriblemente pálida, tenía los ojos apagados y ensombrecidos, y la cabellera pelirroja, enmarañada; un grano le crecía en la barbilla sin prisa pero sin pausa. ¿*Qué pensará Selene de mí ahora*?

—¡ANNA!

—¡Ya voy!

Bajó las escaleras a toda prisa, apretando uno de los nudos de su cordón hasta asegurarse de que todo su entusiasmo se había desvanecido. Si su tía captaba el más leve rastro de emoción, aplazaría la visita por puro resentimiento. Prepararon y tomaron el desayuno en silencio. Tostadas y arenque ahumado. Su ración era escasa y Anna seguía teniendo hambre. Siempre tenía hambre. Su tía hojeó los titulares de las noticias en su tablet, deslizando el dedo de forma metódica.

—«La economía británica se desploma mientras el primer ministro promete una recuperación». «¿Les roban los inmigrantes el trabajo a los jóvenes británicos?». «El acoso sexual en el lugar de trabajo está provocando una crisis».

Tut, tut, tut, igual que el *tictac* de un metrónomo, mientras su largo y regio rostro permanecía impasible al leer. La tía era experta en mantener una expresión neutral, plácida y educada, ideal para hacer frente al mundo, pero Anna sabía cuán tensas estaban las cuerdas y cómo acabaría perdiendo los estribos si las forzaba demasiado.

—¿Podrías decirme dónde está el reloj? —dijo su tía sin levantar la mirada.

Anna volvió la vista hacia el reloj que había en la pared de la cocina.

—Ah, ya veo. —La tía apagó la tablet y la miró a los ojos—. Sí que sabes dónde está. Entonces, ¿por qué sigues sentada a la mesa cuando son casi las siete y media? —La tía tenía un carácter difícil, pero los últimos días había estado de un humor particularmente malo, tan nerviosa como la propia Anna.

—Lo siento, tía. —Anna se levantó rápidamente y empezó a recoger la mesa—. Me pongo a ello.

Su tía emitió un ruido de desagrado.

—Tengo que ir a comprar algunas cosas al supermercado para nuestra invitada del fin de semana. —Impregnó la palabra «invitada» con su particular dosis de veneno—. Espero encontrarme la casa como una patena cuando vuelva. No tardaré. —Se levantó, se recolocó unos mechones rebeldes en su moño pelirrojo y se apretó más la bufanda. La tía siempre llevaba el cuello cubierto, al igual que las demás Encorsetadoras—. Y, Anna —añadió con brusquedad—, no te olvides de las hojas. Están empezando a cubrir la entrada, seremos la comidilla del vecindario.

¡Dios no lo quiera! Anna esperó hasta haber escuchado el golpe de la puerta al cerrarse y luego miró con desesperación los armarios ordenados y las superficies blancas de la cocina. Todo estaba ya reluciente. Tal vez «reluciente» no fuera la palabra adecuada. Rancio, silencioso, inerte. Todas las habitaciones de la casa eran idénticas: tenían las paredes pintadas de color crema, cortinas floreadas y muebles antiguos, aunque estos eran escasos y estaban adornados de forma específica. Si tomara un jarrón y se lo llevara a otra mesa, habría algo que no acabaría de encajar. Allí todo estaba organizado de cierta manera, los objetos tenían asignado su lugar. Incluso las rosas que ocupaban un rincón en cada una de las habitaciones, con sus hojas oscuras y brillantes como lenguas y los capullos totalmente cerrados que nunca se abrían.

Incluso yo.

Anna se dirigió a la nevera y birló unas cuantas fresas que le endulzaron la boca —una, dos, tres—, demasiado pocas como para que su tía se diera cuenta; luego, se arremangó y se puso con sus quehaceres. Había que aspirar las alfombras, quitar el polvo de los muebles, limpiar los baños con lejía, barrer las hojas y eliminar cualquier signo de vida. *Si en la casa reina el desorden, en la mente también, Anna*. Las vacaciones de verano habían transcurrido todos los días del mismo modo: tareas de casa, deberes, práctica de piano, costura por la tarde, estudio de las enseñanzas de las Encorsetadoras y vuelta a las tareas de casa… y así día tras día, en un bucle interminable e ineludible. *Puntada por el derecho, puntada por revés, solo tres… días… más*.

La última vez que Selene estuvo de visita, hacía tres años, la tía la había sorprendido intentando enseñarle magia a Anna, magia amorosa, un lenguaje que las Encorsetadoras ciertamente no toleraban. Habían tenido una

conversación y al parecer habían aclarado las cosas, pero entonces Selene había organizado una cena…

Anna recordaba haber bajado a la mañana siguiente y haberse encontrado su impoluta casa hecha un desastre: gente inconsciente en los sofás, vasos por todas partes, manchas de vino en la alfombra, uno de los bodegones de su tía cubierto de lo que parecía ser nata montada y la parrilla arrojando llamas moradas de tres metros de altura en el jardín. Aunque la enviaron de vuelta a su dormitorio, Anna intentó espiar la discusión que se produjo a continuación. Le pareció que Selene gritaba: *¡Nos apetecían nubecitas de azúcar asadas!*, mientras su tía siseaba: *¿Y si os hubieran visto los vecinos?*, y repetía sin parar: *¡Qué comportamiento tan abominable!*, pero entonces habían bajado la voz y habían adoptado un tono aún más áspero. No fue capaz de captar nada más antes de que la puerta principal se cerrara de un golpazo. La verdad es que no esperaba volver a verla por allí.

¿Por qué deja la tía que nos visite después de tanto tiempo? Aunque, por otra parte, Selene era una experta en conseguir exactamente lo que se proponía, y ni siquiera la tía era inmune a sus armas de persuasión. Nunca había llevado a su hija. Anna recordaba vagamente haber visto una foto de ella en una ocasión: una chica flacucha de su edad con el pelo negro y el ceño fruncido. *Effie*. Lo único que sintió fueron unos incómodos celos por aquella chica, que era bastante afortunada como para tener a Selene de madre. No había querido conocerla entonces y seguía sin querer hacerlo ahora. Sin duda alguna, Effie sería tan encantadora, mágica y vivaracha como Selene: sería todo lo que Anna no era.

Agarró la escoba y salió al patio, encantada de alejarse del intenso olor a detergente. Las nubes se habían disipado y el día se había aclarado, la brisa soplaba ligera y había dispersado las hojas por el suelo: el verano casi había llegado a su fin. Las casas de Cressey Square le devolvían la mirada de forma perspicaz; todas eran idénticas y tenían la puerta de la entrada cerrada, como si estuvieran dedicándole una mueca de desaprobación. Anna recogió las hojas del jardín delantero y las tiró a la papelera, pero una de ellas escapó y volvió a aterrizar en el camino de la entrada. Se agachó, la recogió y le dio vueltas en las manos; estaba ya seca y marrón. *Inánime*.

Entró corriendo en casa sin pensárselo, se deshizo de la escoba y tomó una de las llaves del llavero. Cruzó la calle a toda prisa hasta llegar al jardín del centro de la plaza con un cartel que rezaba JARDÍN PRIVADO: SOLO PARA RESIDENTES. Giró la cerradura de la puerta de hierro y esta se abrió con un chirrido. Su tía no tardaría en llegar. Debía darse prisa.

En el jardín no había nadie, aunque nunca lo había; después de todo, no estaba pensado para que los vecinos disfrutaran de él, sino para que lo admiraran desde las ventanas del salón. Corrió por el sendero, dejando atrás los descuidados parterres cubiertos de flores y la fuente casi seca, hasta llegar a una zona repleta de árboles que la escudaba de las miradas entrometidas de los vecinos. Anna se sentó y apoyó la espalda en la familiar curva del viejo roble, saboreando su momento de libertad. De pequeña, había soñado a menudo con escapar de allí. Se había convertido en una especie de pasatiempo: se imaginaba a sí misma en los libros que leía, se inventaba historias, tocaba canciones al piano que la transportaban a otro lugar y la convertían en otra persona. A estas alturas ya casi se había resignado. Pero el jardín seguía proporcionándole una forma de evadirse. Se encontraba a escasos metros de la oscura sombra de su casa, pero constituía un mundo aparte, sin nada más que el viento y un despejado fragmento del cielo sobre su cabeza. Sin nadie que la descubriera, ni la juzgara ni la castigara…

Anna se colocó la hoja en el regazo y tomó dos cordones nuevos del montón que llevaba en el bolsillo. Los ató con un lazo en el centro, igual que un corazón, mientras tres trozos de cuerda se desprendían de este como si fueran venas: el nudo Ankh, el Nudo de la Vida. Centró su atención en la hoja y dejó que la energía creciera por debajo de sus dedos. Se imaginó que volvía a la vida, que se desplegaba y recuperaba el color. La hoja se sacudió y una pincelada verde apareció en el tallo, y luego… nada.

Sigue inánime.

Las cuerdas colgaban inertes en sus manos, las venas se habían drenado. Anna agarró la hoja y la trituró, intentando hacer caso omiso de los familiares sentimientos de frustración y vergüenza. La esperanza era lo más doloroso de todo, tan ligera y afilada como una aguja clavada en el corazón. *Una bruja que no puede lanzar hechizos. Menudo chiste*. Puede que el jardín fuera su última vía de escape, pero no había nada que hacer. Era un fracaso y, antes de que acabara el año, toda esperanza de hacer magia se desvanecería. Y no podría escapar. Ella misma se convertiría en Encorsetadora.

El ladrido de un perro a lo lejos la sobresaltó. Se metió los cordones en los bolsillos y miró a su alrededor; el miedo sustituyó rápidamente su arrebato de impaciencia. Si su tía la descubría intentando hacer magia… Anna no quería ni imaginarse lo que le haría.

La magia es el pecado original, debemos soportarla en silencio.

Se apresuró a volver a casa, mirando con nerviosismo las ventanas de los alrededores, pero la tranquilidad reinaba en los hogares vecinos. No había

nadie. Anna contempló su casa. La planta superior estaba integrada en el tejado a dos aguas, con una ventana en la parte delantera. Esta se encontraba a oscuras y tenía las cortinas echadas, igual que siempre. La habitación del tercer piso. Anna nunca había puesto un pie en el interior. Su tía decía que la usaba como trastero, le decía que allí guardaba documentos relacionados con las Encorsetadoras, por lo que no quería que se pusiera a husmear. A Anna no le quedó más remedio que conformarse con aquella explicación; conformarse con obedecer, como siempre.

Volvió a entrar en casa y se detuvo frente al llavero que había en la pared. Estaba repleto de llaves que usaban durante su día a día. Las llaves de casa. Las llaves del coche. Las llaves del trabajo… Anna colgó las llaves del jardín de Cressey Square junto a las demás, pero dejó que su mano flotara en el aire… y se dirigiera a la llave del último gancho, el noveno. No parecía especialmente fuera de lugar, era un poco más pequeña y tenía la medalla en forma de nudo, pero era distinta a las otras. Más discreta, más silenciosa. No ofrecía ninguna pista. La llave de la tía. La llave que abría la habitación del tercer piso.

Había intentado robarla en una ocasión, cuando era pequeña. Mientras la tía se daba un baño ella había bajado a hurtadillas y la había descolgado del gancho. En el instante en que la tuvo en sus manos, la pluma empezó a moverse; las muescas se transformaron, plegándose y desplegándose sin parar, reorganizándose, como si adoptaran distintos códigos. Anna se había quedado mirándola con hipnótico asombro, pero entonces había sentido que una sombra se cernía sobre ella. Al darse la vuelta vio a su tía con el rostro crispado por la ira; sin embargo, cuando se dirigió a ella lo hizo con un tono de fría autoridad: *La llave solo adopta su auténtica forma en mis manos.*

La tía había gesticulado con las manos en el aire, como si estuviera haciendo un nudo. Anna recordó con un escalofrío la sensación de su dedo al romperse. La llave cayó al suelo y ella aprendió por las malas a no volver a intentar birlarla.

Anna dejó caer la mano, se la metió en el bolsillo y se aferró a su cordón de nudos. Apretó uno de los nudos y domó su curiosidad. La curiosidad no era algo que se premiara en aquella casa. Se apartó del gancho y subió a lavarse las manos y a arreglarse el pelo, pues el viento la había despeinado.



—¿Cordón rojo?

—Fuerza.

—¿Cordón naranja con dos nudos?

—Vincula dos opuestos.

Los últimos rayos de sol se escabullían por la ventana del salón. El frío invadía la estancia. La televisión estaba apagada. La tapa del piano, cerrada, y los capullos del rosal que descansaban sobre el instrumento lucían diminutos y temblaban como si los recorriera un escalofrío. La tía tecleaba informes médicos desde su sillón y examinaba los conocimientos de Anna acerca de las correspondencias sin levantar la mirada; esta última respondía obedientemente mientras bordaba. El murmullo del hilo no interrumpía el silencio que se producía entre una pregunta y la siguiente, sino que lo acentuaba aún más.

Puntada por el derecho. Puntada por el revés.

—¿Cordón amarillo con Nudo de Malla, un lunes?

—Cura las heridas.

—¿Cordón marrón con seis Nudos Mudos?

—Aleja pensamientos no deseados.

La tía había elegido un versículo de la Biblia para el interior del bordado de Anna: *Guárdame, Señor, de las manos del impío; protégeme de los hombres violentos que se han propuesto hacerme tropezar*. Los versos de la Biblia eran una buena alternativa a los de *El libro de las Encorsetadoras*, ya que a la tía no se le permitía colgar casi ninguno de estos. Allí acabaría su bordado en cuanto lo terminara. Los bordados recubrían cada centímetro de la pared detrás de ellas, y sus marcos oscuros encerraban imágenes coloridas y versos temibles. *Hechizos de silencio y protección*, como los llamaba su tía, *para el exterior y el interior*, llevándose la mano al corazón.

—¿Cordón negro con siete nudos de eslabón, un miércoles?

—Impide que alguien hable.

—Mal.

La tía movió levemente la mano y la aguja se introdujo en el dedo de Anna. No gritó. Se aseguró de que la sangre no goteara en el bordado. Muchos se habían echado a perder de esa manera.

—Impide que alguien cuente secretos —se corrigió Anna rápidamente.

—¿Cordón blanco con Nudo de Siervo?

Siguió haciéndole preguntas sin descanso. Anna nunca había sido una costurera con talento, pero se había visto obligada a coser durante tantos años que las puntadas le salían con facilidad. Respondió a su tía sin pensar,

deseando sentarse frente al piano y tocar. Dejar que sus pensamientos enmarañados camparan a sus anchas. En vez de eso, se había acostumbrado a componer canciones en su cabeza mientras cosía —*puntada por el derecho, puntada por el revés*—, fusionando las notas del hilo, el ritmo de sus puntadas y la melodía de los patrones. Para ella, los bordados no eran hechizos de protección, sino canciones de anhelo.

Pero aquella tarde, ni siquiera su música se manifestaba. No dejaba de pensar en la hoja del jardín ni de amonestarse a sí misma por su ineptitud con la magia. ¿Por qué su adiestramiento como Encorsetadora tenía que ser tan soporífero, tan penoso? Tenía que vomitar sus conocimientos, recitar *El libro de las Encorsetadoras*, hacer nudos, erradicar todo sentimiento, bordar, bordar, bordar… Pocas veces llevaba a cabo magia de verdad.

—¿Cordón gris con un Nudo de Amor, un viernes?

—Prote… protección contra el deseo sexual…

—¡Mal otra vez!

La aguja se hundió en la carne de Anna por segunda vez, y una gota de sangre penetró en la tela. *Tal vez pueda disimularla con una rosa…*

—Lo siento; supresión del deseo sexual.

—¡Concéntrate, Anna! ¿Qué te ha dado?

¡Nada! No siento nada, ese es el problema. ¿Se daría cuenta Selene de que era un fracaso? ¿Una bruja sin magia? Pero la hoja se había sacudido…, ¿no? Puede que todavía hubiera esperanza, un diminuto rayo de esperanza que aún no se hubiera extinguido.

Cuando la tía le comunicó por fin que habían acabado, Anna dejó su bordado.

—Tía —dijo Anna con vacilación.

—¿Sí, Anna? —La joven percibía ya la impaciencia en su voz. La tía siempre parecía intuir lo que iba a decir antes de que lo dijera.

—No… eh… hemos practicado magia en todo el verano. Me pregunto si ya es hora de que nos pongamos con ello… —Anna pronunció aquello con rapidez, con desesperación, antes de que la parte más sensata de su cerebro reprimiera las palabras.

La tía cerró su portátil y permaneció en silencio. Anna conocía sus silencios a la perfección. El silencio de cuando le hacía preguntas: opresivo y afilado, repleto de callejones sin salida y caídas escarpadas. El silencio de su descontento, tan tenso e implacable como unos labios fruncidos. El silencio de su ira, que era como un relámpago sin trueno: sabes que está ahí, pero el ruido se encuentra a demasiada distancia, a demasiada profundidad, como

para poder advertirlo, aunque oírlo te tranquilizaría de algún modo, resultaría menos aterrador…

—¿Cuál es el tercer precepto de las Encorsetadoras, Anna?

—No debemos hacer magia salvo para cumplir con nuestro deber.

—¿Y de pronto crees que hacer magia forma parte de tu deber?

—No, es que…

—¿Qué significa convertirse en Encorsetadora?

Anna sabía muy bien qué significaba. Faltaba un año para su Amarre.

—Mi magia quedará ligada.

Puntada por el derecho, puntada por el revés, tijeretazo al hilo y remate.

Anna se aferró al cordón anudado que llevaba en el bolsillo.

—Pensaba que…

La tía hizo un nudo en el aire y a Anna se le cerró la boca de golpe. En el pasado, su tía también había tenido que sufrir el confinamiento de sus habilidades, pero ahora que era Encorsetadora Veterana, su magia volvía a fluir con libertad para poder cumplir con sus obligaciones.

—Tú no piensas, Anna. Te guías por tus sentimientos, y ese es el problema. ¿Sientes la llamada de la magia?

—No. —Anna envolvió el cordón de nudos con los dedos.

La tía se acercó y se sentó en el sofá junto a ella.

—Tu madre sintió su llamada, ¿no es así? —dijo ella con suavidad.

—Sí.

—¿Y a dónde la condujo eso?

—A su muerte.

—La magia acabó con ella. —La voz de la tía sonaba hueca, por la desolación—. Aún no eres Encorsetadora, las consecuencias reales de la magia todavía no te provocan dolor, no llevas su peso alrededor del cuello. Para ti sigue siendo un juego.

—No. —Anna negó con la cabeza y lamentó haber abierto la boca.

—¿No? —La tía volvió a abrir su portátil—. Me has pedido que hiciéramos magia y eso haremos mañana. Me parece que, después de todo, debemos seguir con las correspondencias.

Anna asintió y volvió a ponerse con su bordado.

—¿Nudo Opresor?

Puntada por el derecho, puntada por el revés.



POLILLAS

Nudo Opresor: somete la voluntad de otro.

Hechizos de amarre, *El libro de las Encorsetadoras*.

Al día siguiente la tía le encargó tareas extra. Anna se sumió en su aburrida monotonía y solo aminoró el ritmo al tomar una fotografía de la repisa de la chimenea. Le limpió el polvo con suavidad. Era la única fotografía de la casa en la que aparecía su madre: estaba junto a su tía y ambas tenían veintipocos años; su madre salía en primer plano, con una mirada juguetona asomando bajo su flequillo negro, mientras la tía aparecía detrás. Anna contempló el rostro de su madre e intentó sentir algo. No había nada en su interior que pudiera ofrecer.

La dejó de nuevo en su sitio y se puso a quitarles el polvo a otras fotografías: su tía y ella a distintas edades y en diferentes poses preparadas. La gente decía que se parecían, ambas pelirrojas y con los ojos verdes. La tía siempre le había dicho lo mismo, que estaban cortadas por el mismo patrón, al contrario que su madre, que era totalmente opuesta: *Débil. Mancillada. Corrompida por la magia*.

Anna ignoraba el motivo por el que su tía había introducido la magia en sus vidas, si tanto la detestaba. Después de todo, habían llevado una vida normal y sin magia —o lo más parecido a una vida normal que habían experimentado— durante seis años. Fue al cumplir los siete años cuando todo cambió. Unos días después de su cumpleaños, su tía la llevó al médico.

Anna recordaba la sensación de miedo que la había invadido. No se encontraba mal, lo que seguramente significaba que le tocaba alguna vacuna periódica, pero cuando la tía la hizo entrar a la sala, el viejo doctor Webber se

había inclinado hacia delante y le había preguntado cómo se sentía, al tiempo que la miraba con sus ojos saltones. Anna había respondido que se sentía bien, que no le dolía nada, y él le había sonreído sin ganas, dejando al descubierto unos dientes afilados y amarillos.

—Me refiero a cómo te sientes por dentro, jovencita. ¿Has estado particularmente contenta o triste durante los últimos días?

Aquella pregunta la había dejado descolocada. Había estado esperando su cumpleaños con ilusión, pero no sabía si eso era lo que debía sentir, así que le dijo que no.

—Excelente —había respondido él, acercando la silla a un discreto armario situado al otro extremo de la habitación y en el que ella nunca había reparado. El hombre sacó una llave del bolsillo y lo abrió; tomó varios instrumentos y le dijo que se tumbara en la camilla.

Le puso un estetoscopio en el pecho que no se parecía en nada a los estetoscopios que ella había visto hasta entonces y Anna notó una extraña sensación en su interior, como si su corazón estuviera acercándose al aparato. El médico emitió algunos ruiditos de preocupación mientras escuchaba con atención y a continuación sacó la temida aguja. Anna recordaba el agudo dolor que le había producido en el brazo; había deseado que su tía la tomara de la mano, pero esta había permanecido inmóvil mientras la sangre fluía hacia el frasco de cristal. El hombre había vertido unas gotas en un fino disco de metal, pero en cuanto su sangre rozó la superficie, esta empezó a chisporrotear.

—El hierro reacciona con contundencia, la magia es pura; sin embargo, la evaluación del corazón muestra una considerable carga emocional. Dadas las circunstancias, deberíamos tomar precauciones.

Le habían pedido a Anna que saliera de la sala antes de que pudiera escuchar nada más. Cuando su tía apareció por fin, llevaba un paquetito en la mano y el ceño fruncido. A Anna le dio la impresión de que había hecho algo mal, aunque no sabía qué. El médico había mencionado la magia…

Anna sonrió al recordar su reacción infantil. Había tenido la esperanza de que si, de algún modo, la magia fluía por su interior, sería como la de los cuentos de hadas, que podría llamar a su hada madrina o hablar con los pájaros o hacer dormir reinos enteros. Pero no tardó en descubrir que su magia no era como la de los cuentos, que no debía causarle gozo, sino sufrimiento…

—¡Anna!

El plumero se le cayó de la mano.

—Hora de practicar magia. Ven al comedor. Ya. —La voz de la tía sonó tan tajante como un limón cortado.

¿Por qué tuve que mencionarlo? Anna sabía por qué, pero aun así su anhelo momentáneo por la magia quedó eclipsado ante el creciente temor que sintió al entrar en el comedor.

La estancia se hallaba en penumbra y resultaba tan poco acogedora como siempre, pues estaba reservada para escasas ocasiones especiales y cenas que nunca se celebraban. Una ventanita filtraba la luz sobre la larga mesa del centro y un aparador de caoba exhibía de forma descuidada la vajilla de porcelana. Otro rosal se asomaba desde una maceta situada al fondo de la sala, salpicado de capullos completamente cerrados. *Mi Hira es soga y espinas*.

La tía estaba sentada a la mesa, y una polilla danzaba en el aire por encima de ella. El corazón de Anna comenzó a latir de forma tan apresurada como los movimientos del insecto. Retorció uno de los nudos de su cordón.

—Si quisiera ligar las alas de la polilla, ¿de qué color tendría que ser el cordón? —La tía posó en ella su mirada.

Anna intentó concentrarse.

—Negro, para restringir los movimientos.

La tía asintió y tomó un cordón negro del puñado que había sobre la mesa.

—¿Qué nudo debería usar?

—Creo que el Nudo de Siervo podría funcionar, ¿o tal vez el Nudo Grillete?

La tía hizo un nudo en el cordel con tal presteza que Anna apenas fue consciente de ello. Tiró con fuerza de los extremos de la cuerda y apretó el nudo. Acto seguido, la polilla cayó a la mesa con las alas adheridas la una a la otra al tiempo que retorcía las patas desesperadamente. La tía alzó el cordón para enseñárselo a Anna: había un único nudo en el centro.

—Esto es lo único que hace falta cuando tu Hira es firme y está enfocada.

Se trataba de un nudo sencillo, pero devastador: el Nudo Opresor.

De pequeña, Anna no tardó en aprender que la magia de las Encorsetadoras no tenía nada que ver con la de los cuentos de hadas. No había lámparas mágicas, varitas ni capas. Los nudos eran el único lenguaje mágico que toleraban las Encorsetadoras. *Un nudo es preciso. Es seguro. Y, sobre todo, es discreto*, le había explicado la tía. *Puede hacerse sin que nadie se dé cuenta. Mantiene nuestros secretos a salvo*.

Como si eso no resultara ya bastante aburrido, las correspondencias lo hacían todavía peor. No se podía hacer un nudo sin más, había que tener en

cuenta el material del cordón, el color, la cantidad de cordones que hacían falta, el tipo de nudo, el número de nudos, el mes en que se los llevaba a cabo, el día de la semana y la hora: todos poseían ciertas asociaciones o correspondencias mágicas. *Imagínate que cada hechizo es una frase; cada cordón, una palabra, y cada correspondencia, una letra que te ayuda a formarla*.

Puede que aquello fuera razonable, pero existían innumerables combinaciones que podían alterar el significado de un hechizo en uno u otro grado. Casi la mitad de *El libro de las Encorsetadoras* estaba dedicado a detallarlos; existía un vocabulario amplísimo con escaso margen de error y absolutamente ninguna tolerancia a la alegría.

—Te toca.

La tía desató el nudo del cordón negro. Las alas de la polilla volvieron a revolotear y esta se elevó en el aire.

Anna tomó el cordón y preparó el nudo. Estudió los movimientos silenciosos de la polilla y dejó que la finalidad del hechizo tomara forma en su mente: *Que en cuanto apriete este nudo, las alas de la polilla se adhieran bajo mi yugo*. Sintió que su tía la miraba. Fortaleció su voluntad. *Mi Hira es soga y espinas*. Apretó el nudo concentrándose en la fuerza del cordón que tenía entre los dedos. La polilla cayó a la mesa, pero antes de que Anna pudiera celebrar el breve instante en el que había sido capaz de hacer magia, las alas se sacudieron y la polilla echó a volar de nuevo.

La tía cerró los ojos, pero una breve sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios.

—Tu Hira es débil. Esto es magia sencilla.

Anna estaba acostumbrada a decepcionar a su tía, pero cuando sus errores tenían que ver con su magia, la sensación de pesadumbre la invadía por completo. La polilla se posó sobre un candelabro, movió las antenas y la examinó. El insecto salió volando, como si no hubiera encontrado nada digno de interés. Anna la fulminó con la mirada y luego se sintió como una idiota por haberse enfadado con una polilla.

—Continuaremos cuando decidas prestar atención.

Anna se volvió hacia su tía con una expresión de solemne abnegación. La tía movió las manos con frenesí formando una serie de Nudos Gemelos con dos cordones; unas diminutas figuras en forma de ocho aparecieron una tras otra. Debió de formar unos diez antes de detenerse. Anna contempló la polilla, que revoloteaba en el aire, pero no sucedió nada.

La tía deshizo el primer nudo. Anna volvió a mirar la polilla y descubrió sorprendida que ahora había dos. La tía desató el segundo nudo y ella vio cómo la segunda polilla se duplicaba. Sucedió muy rápido, en el tiempo que batían sus alas una sola vez, como si se tratara de un truco de papiroflexia en el que el papel parece crecer a medida que se dobla. La tía siguió desatando los nudos restantes, creando más polillas, hasta que una oscura y agitada nube de alas tomó forma sobre ellas. Anna sintió la imperiosa necesidad de rascarse la cabeza por todas partes.

La tía hizo un Nudo Opresor y una de las polillas cayó a la mesa.

—¿Cómo lo haces tan rápido?

—Parece caótico, ¿no? —La tía observó el ruidoso grupo de polillas—. Es caótico, pero comedido, sometido a mi dominio. Todo está conectado por hebras, Anna, y si comprendes la auténtica naturaleza de las cosas, tal vez seas capaz de tirar de sus hilos vitales: hacia delante, hacia atrás, hacia arriba o hacia abajo. Puede que la polilla crea que es libre, pero no lo es. Me pertenece.

—¿Crees…?

—Yo no creo nada, lo sé. Lo sé con una certeza infinita. Mi Hira es soga y espinas.

—Mi Hira es soga y espinas —repitió Anna. Ese era el método de las Encorsetadoras.

—Ahora haz caer a una —le ordenó su tía.

Si había sido incapaz de abatir a una sola polilla, ignoraba cómo el hecho de enfrentarse a muchas a la vez iba a facilitarle la tarea. Era imposible. La tía actuaba siempre de forma ilógica: si a Anna le había resultado difícil la primera vez, la segunda lo sería aún más a modo de castigo. Anna se concentró en una de las polillas y siguió sus movimientos. Conjuró la misma finalidad que antes, aunque con más intensidad. *Sogas y espinas. Sogas y espinas. Me perteneces, criaturilla*. Apretó el nudo con fuerza.

No sucedió nada. Soltó un fuerte gruñido y, frustrada, hizo otro nudo antes de que la tía pudiera detenerla. Siguió sin ocurrir nada.

—¡Estúpidas polillas! —gritó Anna lanzando el cordón sobre la mesa.

—Anna. —La tía no alzó la voz, pero sonaba tan tensa como la cuerda de un violín—. ¿Cómo te atreves a hablar así? —Hizo un breve movimiento con su cordón.

Anna notó un revoloteo en el interior de la boca. Sintió una profunda oleada de asco cuando se dio cuenta de lo que había hecho su tía. Abrió la boca, dejando escapar un grito mudo, y el cuerpo peludo y grueso de una

polilla salió volando. Le dieron arcadas y se limpió frenéticamente la lengua, intentando despojarse de la sensación que le habían producido las patas del insecto retorciéndose contra el costado de su boca.

—Cuidado con esa lengua. —A la tía la divirtió su propia ocurrencia.

Durante un momento, Anna se sintió bastante enfadada como para arrojarle a su tía un cúmulo de polillas sobre la cabeza, pero, en vez de eso, agarró el cordón de nudos que llevaba en el bolsillo y bajó la mirada, con temor a decir o a hacer algo más.

—Al menos no nos costará demasiado ligar tu magia. —La tía se volvió hacia ella y sonrió débilmente—. Apenas tienes poder.

Anna sabía que tenía razón, pero aun así sus palabras le dolieron. La tía tomó el cordón negro y se puso a hacer Nudos Opresores de forma rítmica. Las polillas cayeron una a una, hasta que la oscura madera quedó cubierta por un tétrico charco de patas temblorosas y alas rotas. Por muy antinaturales que fueran, Anna sintió lástima por ellas: las habían creado solamente para ser mutiladas.

—Límpialas —dijo la tía, mientras echaba la silla hacia atrás y se dirigía a la puerta.

—Pero siguen vivas.

—Eso es culpa tuya.

Anna lo intentó, usó diferentes cordones y nudos, ató y desató, tratando de liberarles las alas para después abrir la ventana y dejarlas salir, pero no fue capaz. Las polillas yacían sobre la mesa retorciéndose desesperadamente. *Lo siento. No puedo hacer nada por mí ni tampoco por vosotras*.



La tía le cepillaba el pelo con fuerza a Anna mientras ella bebía el vaso de leche que la primera le había llevado (calcio para los huesos). Todas las tardes terminaban de esa manera. Era su ritual. El remate que unía los hilos con los que estaban hechos sus días.

Anna estaba demasiado cansada como para hacer otra cosa que no fuera someterse al brusco cepillado. La tía le alisó las ondas de la cabellera hasta dejarle una mata de pelo crespo poco favorecedora. De pequeña, a la gente le llamaba mucho la atención su color, entre rojo y rubio; *como una puesta de sol sobre los campos de paja*, había exclamado una vez con admiración una mujer en una tienda. A medida que se hacía mayor, los comentarios fueron

apagándose, al igual que su pelo. Su tonalidad encendida había desaparecido. Su brillo se había transformado en ceniza.

—¿Has disfrutado la práctica? —le preguntó la tía dándole un tirón.

A Anna le dio la sensación de que era una pregunta trampa.

—No debería habértelo pedido.

—No. Desde luego. Yo decido dónde y cuándo practicas la magia. No deberías desearla.

—No la deseo, te lo prometo.

—¿Te crees que no sé el motivo de este arrebato? La llegada de Selene. —A la tía se le tensaron los músculos del cuello, como las velas de un barco durante un vendaval.

—No, no es eso…

—¿Qué te tengo dicho? La magia es una terrible maldición, Anna. Nos hace débiles. Nos hace vulnerables. Nos convierte en presas. Es una amenaza para nosotras, para todas las brujas. Y las que son como ella representan lo peor del mundo mágico: practican la magia sin ton ni son, sin ninguna discreción; llaman la atención de los demás y nos ponen en peligro. Debes asumir el control. Debes prepararte para tu Amarre.

A Anna la desconcertó la expresión de urgencia que reflejaba la mirada de su tía, era incapaz de mirar a otro lado. Un hilillo de sangre le goteó silenciosamente por la nariz. Sangraba por la nariz con mucha frecuencia. El doctor Webber le había dicho que era consecuencia de su ansiedad. Su tía, irritada, le pasó un pañuelo de papel.

Anna se lo llevó a la nariz e intentó hallar las palabras adecuadas.

—Creía que…, aun así, debía aprender magia, ¿no? Que quizás algún día, cuando hubiera demostrado ser una Encorsetadora responsable, cuando desatasen las ligaduras que mantienen confinada mi magia…

—*Si* es que llegan a desatártelas alguna vez…

—Si eso ocurre, puede que llegue el momento en el que tenga que hacer magia para cumplir con mi deber, igual que tú, para servir a las Encorsetadoras. Para eso nos preparamos y practicamos…

La tía se rio en silencio.

—¿Crees que te dejamos practicar la magia por eso? No. Dejamos que la pruebes para que sepas exactamente a lo que renuncias, para que entiendas de verdad lo que significa el sacrificio.

Sacrificio. Sí. Anna conocía esa parte de su Ceremonia de Amarre. *El libro de las Encorsetadoras* decía que su magia sería ligada en su interior, pero no sabía cómo, pues apenas daban detalles: *El dominio te preparará*

para llevar a cabo el sacrificio que se requiere. A Anna nunca le había gustado lo aguda y cortante que sonaba la palabra. ¿Qué debía sacrificar? ¿Su magia? ¿O algo más? Había intentado sonsacarle más información a su tía en muchas ocasiones, pero no había servido de nada. Los detalles de la ceremonia eran un secreto muy bien guardado y ella era consciente de que no sabría exactamente a qué iba a enfrentarse hasta que lo hiciera. Anna se miró en el espejo y echó un vistazo a su interior. *¿Estaré preparada? ¿Tiene eso alguna importancia en realidad?* Poseía tan poca magia que el hecho de renunciar a ella carecía de significado.

—¿Crees que porque soy una Encorsetadora Veterana me resulta fácil hacer magia? —La tía se llevó sus largos dedos al cuello—. Entiendo mejor que nadie lo que el sacrificio conlleva, Anna.

Anna sintió un nudo en el estómago.

—Lo sé. —Desearía no saberlo.

—Si tu madre hubiera ligado sus poderes aún estaría con nosotras.

—No. —Anna negó levemente con la cabeza—. La mató mi padre.

—Puede que las manos de tu padre llevaran a cabo la ejecución, pero fue la magia la que la debilitó. Magia y amor. Amor y magia. Siempre acaban arrasándolo todo…

Su tía no creía en el amor. Ningún hombre había formado parte de su vida. Decía que no le hacían falta, que ella era capaz de hacer todo lo que hacía un hombre. Anna tampoco creía en el amor.

Su tía suspiró y volvió a dejar el cepillo en su sitio, junto a los demás artículos de tocador plateados. Se trataba de un juego antiguo de cepillo, peine y espejo.

—Sé que crees que soy dura contigo, pero solo intento protegerte. Queda un año para tu Ceremonia de Amarre. El colegio te mantendrá muy ocupada, ahora que empiezas bachillerato habrá chicos en tu clase y tus emociones estarán a flor de piel. Ya sabes lo que tienes que hacer. Las emociones nos debilitan; el dominio nos fortalece.

—Las emociones nos debilitan; el dominio nos fortalece. —Anna asintió, aferrándose a su cordón de nudos y haciendo todo lo posible por no pensar en el año que le esperaba en el Colegio para Chicas San Olave. El colegio no constituía ninguna vía de escape.

—Si perdemos la confianza…

—Lo perdemos todo —respondió Anna.

La tía bajó el rostro hasta situarlo junto al de Anna, frente al espejo; los ojos de ambas formaban un conjunto verde.

—Cuánto nos parecemos, cariño. —Sonrió, apoyándole una mano en el hombro. Le gustaba compararlas. Daba la impresión de que los rasgos de ambas debían encajar, pero no era así. Los de la tía parecían hechos de mármol y rivalizaban unos con otros en lo que a belleza se refería: frente amplia, pómulos marcados, cutis de porcelana y una intensa mirada unida a su constitución huesuda. Los rasgos de Anna exhibían las mismas líneas, pero estas eran más suaves y discretas. Deseaba tener un aspecto menos peculiar, menos pálido, extraño e inquietante. La tía siguió observándola y un silencio incómodo se posó sobre ellas.

De entre todos sus silencios, el de su amor era el que más le costaba sobrellevar.

—Mañana cumples dieciséis. No puedo impedir que te hagas mayor.

Anna se dio cuenta de que las defensas que envolvían el rostro de su tía se habían resquebrajado un poco. Apoyó ligeramente la mano sobre la de su tía e inhaló el familiar aroma a magnolia de su perfume. Su tía era muchas cosas, y lidiar con ella siempre resultaba complicado, pero también era la única madre que había tenido Anna. La persona a la que se lo debía todo. La tía le devolvió el apretón y luego le soltó la mano. Hizo un gesto y el pelo de Anna cobró vida, recogiéndose suavemente en una trenza. La habilidad de su tía con la magia de nudos era tal que no le hacía falta un cordón, era capaz de hacer los nudos en el aire.

Recogió el vaso vacío y se encaminó hacia la puerta.

—Llegarán a las tres. Quiero que te levantes temprano, la cubertería de plata no se va a pulir sola.

Anna sonrió.

—Estará pulida antes del alba.

La tía se permitió devolverle una sonrisita.

—Buenas noches, Anna.

—Buenas noches, tía.

Anna nunca dormía bien, pero sabía que aquella noche sería tarea imposible. Sus sentimientos revoloteaban en su interior como si fueran polillas: con agitación y miedo. Contempló su cordón de nudos, consciente de que podía usarlo para dominarlas. Detestaba cada uno de sus nudos; los años de adiestramiento, las pruebas crueles, las partes de sí misma que ya no era capaz de sentir.

Se destapó, se arrastró hasta la estantería y tomó *El libro de las Encorsetadoras*. Recordó que su tía se lo había regalado con toda naturalidad al cumplir los siete años, como si fuera un regalo de cumpleaños normal y

corriente y no un mamotreto repleto de palabras enmarañadas y abrumadoras. La cubierta negra tenía grabada la imagen de un círculo salpicado con nueve nudos; en el centro del círculo aparecía una rosa con los pétalos cerrados. El cordón de nueve nudos y la rosa sellada, el símbolo de las Encorsetadoras.

Anna se sabía el libro de memoria: las normas, las plegarias, los nudos, los hechizos, las correspondencias… cada maldita y tediosa palabra; aunque había un capítulo que releía en secreto una y otra vez…

Se sentó bajo la luz que se filtraba por las ventanas del balcón, la luz de la luna, la de las farolas y la habitual e incesante luz de Londres; el murmullo de las páginas fue lo único que interrumpió el silencio cuando abrió el libro por la parte en la que hablaban de los *Lenguajes mágicos prohibidos*. Se tumbó boca abajo, con el camisón blanco extendiéndose a su alrededor y empezó a leer en voz baja las diferentes palabras: *Planetario. Botánico. Rúnico. Ogámico. Imaginativo. Adivinación. Nigromancia. Elemental. Simbólico.* Nunca se le permitiría ponerlos en práctica, pero sí podía saborearlos un poco, ¿no? Cada una de las palabras era como una gota de miel en sus labios. *Pociones. Varitas. Palabras. Espejos. Magia visual. Maleficios. Magia sexual. Sangre. Emocional.*

Saboreó cada una de las palabras y sintió que la invadía un hambre desesperada y febril.



ESQUIRLAS

La magia es el pecado original, debemos soportarla en silencio.

Primer precepto, *El libro de las Encorsetadoras*.

La luz había empezado ya a atenuarse cuando el timbre de la puerta sonó por fin.

El día había transcurrido igual que siempre, con preparativos, tareas y un tenso silencio, aunque la atmósfera en esta ocasión era diferente, como si los estrictos límites de su rutina se hubieran desvirtuado de antemano, de forma frenética, preparándose para lo que se avecinaba. La tía había estado insoportable. Anna estaba bajando las escaleras cuando apareció por debajo.

—¡Seis horas tarde! «Nos pasaremos a comer el domingo, querida. Llegaremos a las tres» —se quejó la tía imitando la voz de Selene. Esta siempre conseguía alterar su cuidadoso silencio—. Me dan ganas de mandarlo todo al demonio. La cena se ha echado a perder. ¡Y tu cumpleaños también!

El timbre de la puerta sonó con impaciencia.

La tía le dirigió a Anna un gesto de baja-ahora-mismo-o-te-vas-enterar.

—¿Te has molestado siquiera en cepillarte el pelo? —Era la cuarta vez que la regañaba debido a eso. *Si me lo hubiera rapado esta mañana, nos habríamos ahorrado muchos disgustos*. La tía le pasó las manos con brusquedad por el pelo y se lo sujetó hacia atrás con dos horquillas mientras Anna intentaba no gritar: *¡ABRE LA PUERTA!* antes de que el corazón le estallara.

¡Toc, toc, toc!

La tía se encaminó de nuevo hacia la puerta pero se detuvo bruscamente, se volvió hacia Anna con súbita intensidad y le clavó los dedos en los

hombros.

—¿Cuál es el primer precepto de las Encorsetadoras?

—La magia es el pecado original; debemos soportarla en silencio —respondió Anna.

—Asegúrate de que esta noche no se te olvide.

La tía se dio la vuelta por fin y abrió el pestillo.

Con su melena dorada, el chillón abrigo amarillo y los labios pintados de rojo, Selene hizo acto de presencia como un cometa, radiante, en contraste con la oscuridad que la rodeaba. Su expresión serena dio paso a una amplia sonrisa que no había cambiado ni un ápice desde que Anna la había visto por primera vez. Anna soltó su cordón de nudos y dejó que la luz de Selene la envolviera.

—Pero bueno, Cerillita, ¡estás hecha un bombón! —exclamó Selene, aunque Anna percibió la expresión momentánea de preocupación que nubló su radiante mirada. Esbozó una sonrisa y esta desapareció. Le pasó a Anna las manos por el pelo y la envolvió en un abrazo. Se había puesto un perfume caro; Anna inhaló profundamente y captó por debajo unos olores que conocía a la perfección. Flores de verano y aromas intensos y cálidos: miel, clavo de olor y las velas ambarinas que tanto le gustaba encender. Se sumergió en ellos y se sorprendió al descubrir que sus lágrimas amenazaban con derramarse. Las contuvo. No lloró.

Selene se volvió hacia la tía. Transcurrieron unos segundos de silencio en los que pareció que ninguna de las dos mujeres sabía qué decir, y entonces Selene se adelantó y le dio a la tía un beso en cada mejilla.

—¡Vivienne! Me alegro mucho de verte, querida. Estás fantástica. Aunque te noto algo cansada… Espero que normalmente no os vayáis a la cama a estas horas. Llegamos ayer desde Nueva York, menudo jaleo.

La tía se estremeció solo un poco.

—Llegas seis horas tarde, pero no esperaba menos. —Tensó el rostro en lo que, desde lejos, podría asemejarse a una sonrisa.

—¡Traigo regalos! —Selene dio una palmada—. Anna, cariño, haz el favor de ocuparte de mi abrigo. Es nuevo y completamente fabuloso, ¿no crees? —Se quitó la prenda. Debajo llevaba un vestido ceñido de color gris que le llegaba justo por debajo de la rodilla. Se había puesto unos tacones negros de aguja con cintas entrelazadas, que dejaban marcas en la moqueta de la tía. No se molestó en quitárselos.

—¿Vas a presentarme ya o qué? —Se oyó la voz de una chica desde la puerta, con un tono todavía más frío que el de la tía. Anna no se había

percatado de su presencia. Era totalmente opuesta a Selene: tenía la piel pálida, el pelo largo y negro, y un rostro lleno de sombras, en contraste con el de su madre, que parecía disiparlas. Su expresión era impasible, y sin embargo, de algún modo —aunque Anna ignoraba cómo— daba la sensación de que tenía el ceño fruncido. Iba vestida con un jersey gris extragrande, unos vaqueros negros y botas de cuero. La tía posó la mirada en la mugre de sus suelas. Varios aros de plata se extendían por sus orejas. Anna se sentía de lo más aburrida con su falda y su rebeca de color azul cielo.

—Effie, no eres una niña, puedes presentarte tú sola. Pasa y déjate de dramas. —Selene miró a Anna poniendo los ojos en blanco.

—Es un placer conocerte —dijo la tía de forma tensa.

—Un placer inmenso, seguro —respondió Effie monótonamente, y entró sin limpiarse las botas. La tía abrió los ojos como platos.

Anna dio un paso adelante y extendió la mano.

—Soy Anna, me alegro de conocerte. —Effie se quedó mirándole la mano como si le estuviera ofreciendo arsénico; acto seguido, le entregó su sombrero y pasó de largo.

—No le hagas caso, está enfadada. Se ha peleado con el taxista. —Selene alzó las manos en señal de desesperación. Anna se rio suavemente, sin saber muy bien si su reacción era la adecuada. Se hizo el silencio mientras todas se miraban con desaprobación.

—Caray… menudas caras más largas —retumbó una voz profunda—. No hay nada como hacer amigos nuevos, ¿eh?

Un joven apareció por la puerta con dos maletas a sus pies. Tenía el pelo castaño oscuro revuelto y esbozaba una sonrisa que prometía muchas cosas, aunque ninguna buena. *¿Será el taxista? ¿U otro de los amantes de Selene?* Era su tipo: alto, de piel morena y con pinta de sinvergüenza, pero no parecía suficientemente mayor. Resultaba difícil saberlo, pues su rostro tenía ciertos rasgos atemporales, como si su semblante fuera a permanecer siempre juvenil, incluso al envejecer.

—Vale. Nada que no arregle un abrazo —dijo, y le dio a la tía un abrazo abrumador, haciendo que desapareciera bajo la chaqueta que él llevaba. Cuando la soltó, la tía parecía conmocionada. Extendió la mano con solemnidad, como si el intercambio anterior no hubiera sucedido—. Soy Attis. Vivienne, ¿verdad? Me han hablado mucho de usted. —Su acento era extrañamente heterogéneo, como si hubiera ido recopilando las partes más interesantes de otros acentos durante sus viajes: británico, con toques de estadounidense, y una pizca de algo cantarín y celta.

Se volvió hacia Anna y cruzó el pasillo de una sola zancada. Ella retrocedió hacia la barandilla, preocupada por si la saludaba del mismo modo. Tenía los dientes un poco torcidos, y asomaban por debajo de una sonrisa cómplice; sus ojos eran grises y, aun así, impresionantes.

—Tú debes de ser Anna. —Le tendió la mano, percibiendo de inmediato su renuencia a que la abrazara. Anna se la estrechó, y notó la cálida piel del chico en contraste con sus fríos dedos. Miró a todas partes menos a él.

—Sí, soy Anna —respondió como una idiota. Effie resopló por detrás.

—Attis, pórtate como el caballero que eres y ve a por la bolsa que queda en el maletero —dijo Selene con un dejo sardónico y despectivo.

Supongo que no se trata de su amante.

—Siempre a tu servicio. —Hizo una reverencia igualmente sarcástica y volvió a adentrarse en la oscuridad.

La tía soltó un fuerte suspiro y volvió la cabeza rápidamente hacia Selene.

—¿Quién es y qué hace aquí? Solo hay cena para cuatro. No puedo dar de comer a un chico y menos a un gigantón como ese.

—Ah, es el hijo de unos amigos. ¿No te comenté que ha estado viviendo con nosotras en Nueva York?

—Eso no explica, ni mucho menos, por qué está en mi casa ni por qué no me dijiste que venía.

—Bueno, resulta que él también se va a mudar a Londres, y ya sabes que es imposible adivinar los planes de los adolescentes. Iba a quedar con alguien, pero al final esa persona no ha podido acudir… en fin, cosas que pasan. Venga, Viv, sé una buena anfitriona. —Le acarició con suavidad el brazo a la tía, que estaba rígida, y sonrió—. Que se coma él mi plato. Ya sabes que yo solo picoteo un poco. No querrás echar a perder la velada, ¿no?

Anna casi esperaba que su tía los echara de allí de inmediato. De entre todas las cosas que detestaba, había dos que encabezaban su lista: las sorpresas y los hombres. Selene se las había arreglado para presentarse con ambas.

Pero en vez de eso, soltó un suspiro de irritación e hizo pasar a Selene con un gesto impaciente.

—Venga, entra.

Selene pasó guiñándole un ojo a Anna. Sabía lidiar con la tía de forma mucho más efectiva que ella. Effie había desaparecido. Anna la vio a través de la puerta del salón, mirando con desagrado los bordados que cubrían las paredes, y desviando su atención a los cuadros de la repisa de la chimenea. Anna la observó con interés.

—¿Puedo pasar o soy demasiado gigantón? —Attis apareció de nuevo, dándole un susto a Anna. Llevaba la bolsa colgada de un dedo. Anna se ruborizó al darse cuenta de que había oído las palabras de la tía, a pesar de que esta las había dicho en voz baja.

—Eh, pasa. Ya llevo yo la bolsa. —La tomó con dificultad, percatándose de que estaba estorbándolo más que otra cosa. Él la miró divertido—. Effie está ahí dentro. —Le señaló el salón y ella siguió por el pasillo hasta resguardarse en la cocina. Estaba tan descolocada como la tía. No sabía qué pensar de Effie ni de Attis, pero en cambio estaba completamente segura de lo que ellos pensarían sobre su persona: *rara, aburrida, insignificante*.

La tía estaba sirviendo la comida en cuencos mientras resoplaba, pues era obvio que pensaba que la cena se había ido al traste.

—Anna, saca esto y que todos se sienten. Tendrás que añadir otro cubierto a la mesa.

Selene siguió a Anna hasta el comedor. En la mesa no faltaba ni un detalle: había platos apilados, la cubertería resplandecía y las velas se alzaban firmes. Selene le dirigió a Anna una mirada temerosa, como si la mesa fuera un instrumento de tortura con el que no iban a tardar en familiarizarse, cosa que hizo reír a Anna. Se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no se reía. Selene acercó un dedo a una de las velas y esta cobró vida con una llama resplandeciente. Tocó cada una de las velas con un *bíbidi-bábidi-bu* hasta que las encendió todas. Anna se quedó maravillada durante un instante, pero entonces le dirigió a Selene un gesto de negación con la cabeza. *No es el momento*.

La puerta se abrió. La tía apareció con un cuenco de patatas y Selene, tras ella, adoptó una mueca exagerada de horror. Anna disimuló su sonrisa al tiempo que ayudaba a colocar los platos con el corazón pletórico. Al menos Selene la veía como una persona digna de atención.

En cuanto todos estuvieron sentados a la mesa, la tía sirvió la cena en un tenso silencio.

—Ahí tenéis la salsa. —Señaló la salsera de una forma tan amenazadora que incluso Effie, que seguía de mal humor, se apresuró a agarrarla.

Anna la examinó con una serie de rápidas miradas de reojo mientras ayudaba a repartir los platos. Effie era impresionante: su belleza no era clásica, pero sin duda era preciosa de un modo que resultaba difícil de describir. Puede que fuera precisamente eso: la fiereza de sus rasgos juveniles, la intensidad de su profunda mirada bajo las oscuras cejas arqueadas, el gesto burlón de sus labios carnosos. Sus mejillas parecían

ocultar hoyuelos, aunque, como no había sonreído, Anna no estaba segura de que los tuviera.

—Anna, cuéntame qué es de tu vida. ¿Sales con alguien? El colegio empieza en un par de días. ¿Qué planes tienes para este año? ¿Alguna locura? —Selene desvió su brillante mirada felina hacia Anna. Sus ojos eran en su mayor parte azules, aunque estaban salpicados de motas violetas y causaban un efecto púrpura y galáctico.

—Ehm… —dijo Anna, incómoda por ser, de pronto, el centro de atención. ¿Qué iba a responderle? *Lo que planeo es sobrevivir otro año a ese infierno que la gente llama «colegio». Las citas son algo totalmente intrascendente. Después me convertiré en Encorsetadora, mi magia quedará ligada para siempre y pasaré el resto de mis días bajo el dominio de la tía, hasta que muera sola en una casa repleta de bordados*. Forzó una sonrisa—. Me interesa más que me cuentes qué has estado haciendo tú. ¿Qué tal Nueva York?

—Oh, Nueva York está igual que siempre. —Selene agitó las manos—. Qué bueno está todo. Creo que no habíamos tomado una comida casera desde el año pasado, ¿verdad? Hay tantos locales estupendos cerca de casa y tantas personas a las que visitar. ¿Os acordáis de aquel restaurante coreano? —Se volvió hacia Effie y Attis, olvidándose de las preguntas que le había hecho a Anna. Una oleada de alivio recorrió a la joven—. Aquel plato de tocino con verduritas encurtidas… Decir que se derretía en la boca es quedarse corto, os lo juro. ¿Cómo se llamaba el dueño?

—Choi Minho —respondió Attis.

—Ah, sí, Minho. Ojalá lo hubiéramos traído a Londres para que probarais su comida. Creo que si le hubiera puesto ganas, habría conseguido que se fugara conmigo.

—¿Dónde vivíais? —Nueva York estaba entre los lugares que a Anna le gustaría visitar si alguna vez conseguía escapar de la vida que su tía tenía pensada para ella.

—Estuvimos un tiempo en un apartamento del East Village y luego nos mudamos a una casa en las afueras, junto a la costa. Conocí a un hombre maravilloso que dejó que nos quedáramos con él. Es dueño de la empresa MacElson & Faber —dijo, como si a Anna pudiera sonarle el nombre. Anna la miró de forma inexpresiva—. Nos unió nuestro amor por el arte barroco.

—Un amor que te sobrevino de repente cuando te enteraste de que vivía en una mansión grande de cojones —dijo Effie. La tía se atragantó con una zanahoria.

—Effie, no digas palabrotas mientras cenamos, cariño —dijo Selene.

—En esta casa no se permiten palabrotas bajo ninguna circunstancia. Y punto. —El tono de la tía podría haber despojado a un árbol de su corteza.

Effie se limitó a reírse y se sirvió más patatas.

Selene intervino.

—¿Y qué habéis hecho vosotras este verano?

—Hemos estado muy ocupadas —dijo la tía con sequedad—. Exprimimos cada día al máximo, ¿no es así, Anna?

Anna asintió, avergonzada por lo aburrido que era su día a día.

—Muchas horas de estudio, y Anna acaba de terminar de coser un bordado espléndido, ¿verdad?

Anna volvió a asentir, sintiéndose aún peor.

—Suena súper entretenido —replicó Effie, y sus hoyuelos asomaron por fin, acentuando su sonrisa con un intenso sarcasmo—. Me muero porque entréis en detalles.

Anna no sabía qué responder; se sintió la persona más diminuta y penosa del mundo. Al parecer, nadie más sabía cómo responder, y la mesa al completo se sumió en un incómodo silencio. Attis emitió un ligero silbido. Anna le lanzó la más breve de las miradas y vio que tenía pinta de estar pasándoselo en grande. Parecía que su humillación le resultaba divertida. Apartó la mirada, pero el rostro de él permaneció en su mente, tan escurridizo como el humo de las velas.

—Las patatas están increíbles. Dígame, ¿cómo las ha preparado? —preguntó él de forma animada.

—Con aceite de oliva —replicó la tía secamente.

El chico se recostó en la silla.

—¿Sabe? Todo el mundo dice que para preparar unas buenas patatas asadas hay que cocinarlas con grasa de oca, pero creo que con un buen aceite de oliva el resultado es todavía mejor. Estas han quedado perfectas.

La tía le dedicó una breve sonrisa, ablandándose ante sus poco sutiles halagos.

—¿Y a qué se dedica, Vivienne? —Él centró toda su atención en ella. Sus ojos eran grises y distantes, como el cielo otoñal, y se replegaban bajo un enorme ceño.

—Soy enfermera —dijo la tía con la misma modestia con la que respondía siempre a aquella pregunta—. Soy la jefa de enfermería del King’s College de Londres.

—Impresionante. Seguro que ayuda a muchas personas. —Resultaba tan evidente que había respondido aquello para adularla, que Anna puso los ojos en blanco. Se topó con la mirada de Effie por casualidad y vio que ella estaba haciendo exactamente lo mismo.

—Una hace lo que tiene que hacer —dijo de forma noble—. A veces es un trabajo muy poco agradecido.

—Bueno, si alguna vez requiero atención médica, sabré a dónde acudir. Ya sabe lo que dicen: la mejor forma de permanecer con vida es agenciarse a un buen cocinero.

La tía lo miró con curiosidad; no le iban las bromas y evidentemente no sabía qué pensar de aquel chico. A Anna le pasaba lo mismo.

La tía entornó los ojos.

—¿No vas a volver a Nueva York?

—La acompaño a todas partes. —Señaló a Effie, que, aunque arrugó la nariz en su dirección, mostró el primer atisbo genuino de sonrisa que Anna le había visto. Así que estaban saliendo. *Pues claro que están saliendo*. Anna se los imaginaba perfectamente: jóvenes, alocados y atractivos, y Nueva York rindiéndose ante ellos.

—Y, además, no era buena idea que te quedaras en Nueva York… —Effie le dedicó a Attis una mirada cómplice.

—¿Y eso por qué? —preguntó la tía, manejando el cuchillo y el tenedor con suavidad.

—Porque Attis le lanzó un maleficio a mi ex. Y él se cabreó un montón.

No debemos hacer magia salvo para cumplir con nuestro deber.

—Effie —la amonestó Selene.

—¿Qué? —Effie se encogió de hombros—. No fui yo.

—Se lo merecía —dijo Attis.

Cualquier sentimiento de simpatía que la tía pudiera haber albergado hacia él se marchitó y se convirtió en polvo. Su comentario demostraba que tenía razón. El chico era el perverso libertino que ella pensaba. Aquello pareció tranquilizarla, y su enfado le proporcionó dignidad, volvía a pisar terreno conocido. Se giró hacia Attis.

—La magia debe emplearse para cumplir con el deber, no para jugar.

Anna se encogió al oír sus palabras… unas palabras que conocía demasiado bien; pero daba la impresión de que a Effie y a Attis les hacían mucha gracia. Anna no se imaginaba siendo como ellos, viviendo sin miedo, con toda la magia del mundo al alcance de los dedos…

—¿Qué tipo de maleficio? —preguntó Anna. La tía volvió la cabeza hacia ella de golpe. Sabía que se metería en un lío por preguntar, pero tenía demasiada curiosidad.

Effie exhibió un atisbo de sonrisa ante su desobediencia.

—Digamos que de repente mi ex se aficionó a quitarse la ropa en lugares públicos. —Se echó a reír y Anna vio cómo su rostro se transformaba; la negrura de sus ojos se iluminó como un relámpago. Attis se rio en silencio, agachando la cabeza hacia el plato. Anna se encontró sonriendo con ellos, pero la sonrisa desapareció de súbito al ver la cara de su tía.

—Anna, recoge los platos —dijo bruscamente—. Es hora de sacar el postre. —Anna ignoraba que la palabra *postre* pudiera llevar implícita tanta violencia.

Siguió a la tía hasta la cocina. No abrieron la boca. La tía le señaló los platos de postre. Anna los tomó y volvió al pasillo. Estuvo a punto de dejarlos caer cuando se dio cuenta de que Effie estaba allí, apoyada de manera despreocupada contra la pared; su rostro estaba orientado hacia la luz, mientras su pelo negro se fundía con las sombras.

—Vamos a salir dentro de un rato. A una discoteca. Mágica. ¿Vienes?

Anna se esforzó por encontrar las palabras. La tía estaba en la cocina. Y Effie, delante de ella. Estaba atrapada entre ambas.

—Se nota que estás desesperada por salir de esta cárcel. —Effie volvió la cabeza hacia ella.

—No es una cárcel.

—Bueno, una cárcel con bordados colgados en las paredes. Venga, vente. Tu tía se pondrá como una cabra.

Anna vaciló. No podía creer que hubiera vacilado. No es que fuera a salir con ellos, la mera idea le resultaba incomprensible. Sino que nunca la habían invitado a ningún sitio, a pesar de que Effie parecía estar más interesada en enfadar a su tía que en pasar tiempo con ella. Y, además, había dicho que iban a… *una discoteca mágica. ¿Acaso existían lugares así?* Seguro que Effie solo estaba tomándole el pelo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no.

Effie le lanzó una mirada que la hizo sentir aún más diminuta de lo que se había sentido hasta ese momento.

—Te diría que hagas lo que quieras, pero está claro que no va a ser así. —Se echó a reír y se volvió hacia el comedor justo cuando la tía salía de la

cocina con una tarta de cumpleaños con las velas encendidas.

—Anna, los platos. ¡Venga!

Anna se apresuró a entrar en el comedor mientras la tía la seguía. Attis comenzó a cantar el «cumpleaños feliz» a grito pelado. Selene se le unió, aplaudiendo alegremente, pero Effie permanecía tan silenciosa como su tía. Anna se sentó frente a la tarta y al final de la canción Attis la vitoreó como si fueran amigos de toda la vida. A Anna le daba la impresión de que se estaba burlando de ella.

—Pide un deseo. —Selene le apretó la mano.

La tía entornó los ojos, como si lo último que Anna se mereciera fuera hacer realidad un deseo, pero aun así Anna pidió uno silenciosamente, con la esperanza de que de algún modo quedara impregnado con la magia que flotaba en el ambiente. Lo único que deseaba era poder pasar más tiempo con Selene aquel año. Sabía que no volvería a ver a Effie o a Attis, pero si Selene pudiera visitarla otra vez… solo una más. Dudaba de que la tía se lo permitiera después de aquella noche.

—Mmm —dijo Selene mientras la tía repartía la tarta—. Sabes que la tarta es mi perdición, Viv.

—¿Y entonces por qué no me hiciste ninguna, queridísima madre? —Effie miró a Selene muy poco convencida—. Si no recuerdo mal, el mes pasado por mi cumpleaños me diste una copa de champán y pedimos comida para llevar…

—Bueno, tampoco le hago asco al champán. —Selene se echó a reír y se volvió hacia la tía—. Se me había olvidado darte las gracias por haberme puesto en contacto con el director.

La tía pinchó una fresa con el tenedor.

—¿Le has conseguido plaza a Effie? No sabía si sería posible con el curso a punto de empezar, pero sé lo persuasiva que puedes ser.

—Ah, sí, la han aceptado.

—Y a mí también —dijo Attis, entusiasmado.

—¿A él? —exclamó la tía.

—Eso me temo. Más vale que todo el mundo mantenga atadas a sus hijas. —Le guiñó un ojo a la tía.

Anna intentaba entender por qué hablaban del curso y del director.

—¿En qué colegio? —preguntó con una creciente sensación de temor.

—En el tuyo —respondió Effie llevándose satisfecha un trozo de tarta a la boca.

—¿Qué? —Anna se volvió hacia su tía.

La tía seguía mirando a Selene.

—No sabía que estabas interesada en reservar dos plazas.

—Bueno, Attis tiene que ir a clase también y el director me comentó que había una plaza libre en el colegio de chicos de al lado. Fue muy amable. —Selene sonrió. Anna estaba segura de que nadie era capaz de negarle nada a esa sonrisa. Era la primera vez que contemplarla no la hacía feliz. Le ardía la cara y el estómago se le había revuelto. Sus palabras le parecieron increíbles. *¿En su colegio?*

Anna llevaba años aguantando con entereza las crueldades de San Olave, intentando ser invisible. Sentía que si aparecían por el colegio, con su mirada salvaje y el peligro que entrañaba su magia, el dolor volvería a inundarla. Le recordarían cada día que no solo no era nadie, sino que apenas podía considerarse una bruja.

Y Selene. Selene descubriría lo triste que era en realidad su vida.

—Es un centro excepcional —prosiguió la tía—. No creo que vaya a encajar.

—Es usted toda amabilidad. —Attis se llevó la mano al corazón.

—Es lo que hay, Attis, no eres bastante excepcional —se burló Effie—. Pero yo me aseguraré de hincar los codos, hacerme amiguita de todos los profesores y coser un bordado tan ideal que tendrán que colgarlo en las paredes del colegio. —Le lanzó una mirada a Anna. Esta se dio la vuelta, con la certeza de que así serían las cosas: los dos irían a su colegio y se mofarían de ella.

—¿Se da cuenta, Vivienne? Si no voy, esta se nos desmadrará.

La tía le lanzó a Selene una mirada asesina. Selene, a su vez, se la lanzó a Effie. Y Effie se la lanzó a todos los demás. Anna se aferró a su cordón de nudos. La tarta permanecía en los platos a medio comer y las velas del centro temblaban, como reaccionando a las batallas invisibles que estaban teniendo lugar en la mesa.

—¡Vino! —exclamó Selene—. Creo que ya va siendo hora de que abramos una botella, ¿no? —Desapareció por la puerta. Se hizo el silencio después de que saliera de la habitación. Effie le susurró algo a Attis, y él se echó a reír.

Selene volvió con una botellita oscura, haciendo que Anna olvidase por un momento la conmoción.

—Vino dulce, de la tiendecita de un señor francés en Nueva York. Lo prepara con uvas que ya no se cultivan. Estas son de 1345, de un pueblo francés a las afueras de Saumur. Es divino.

Aquello no tenía ningún sentido. *¿Cómo es posible que el vino se haga con uvas que ya no existen?* La tía miraba con desaprobación el contenido mágico de la botella.

—Oh, venga, Viv, sé que el vino dulce te encanta —insistió Selene.

¿En serio? Para sorpresa de Anna la tía lo reconoció, pero la miró con una negación de cabeza.

—Vivienne, no seas aguafiestas —dijo Selene—. Cumple dieciséis años, deja que se beba una copa. Me acuerdo de que tú te pusiste como una cuba al cumplir dieciséis.

—Solo un poquito —cedió la tía, sonrojándose.

Attis le llenó la copa a Anna hasta arriba.

—¡Por Anna! —vitoreó Selene levantando la suya.

Anna dio un buen trago. Ya había probado a escondidas algún sorbo cuando su tía se dejaba el culito de la copa; le había parecido tolerable, aunque un poco agrio. Aquello era otra cosa. Era dulce, intenso y suntuoso. Notó un estallido picante y afrutado en la boca. Tomó otro sorbo y le pareció estar bañándose bajo la luz del sol, oler unos prados sembrados de flores, y oír risas y el zumbido de las abejas. Tuvo la sensación de estar en Francia, a pesar de que nunca había ido.

La tía examinó su propia copa con los ojos vidriosos. Se había sonrojado y las venas del cuello se le habían deshinchado. Tomó otro sorbo de forma recelosa y, acto seguido, le dirigió a Anna una mirada censuradora, como si esta hubiera orquestado, de algún modo, todo el asunto.

La atmósfera cambió a medida que el vino iba fluyendo. La luz parecía haberse atenuado, daba la sensación de que la estancia era más cálida y los bombones empezaron a repartirse. Selene les contó historias de Nueva York y de su extravagante juventud en Londres: las imitaciones se le daban estupendamente. Anna incluso sorprendió a su tía riendo en una ocasión, aunque de manera breve, cuando Selene le recordó la vez en que habían encontrado a su tutor de la universidad con la pierna atascada en una valla tras intentar salir a hurtadillas de la habitación de Selene.

Cuando el reloj marcó la medianoche, la tía se incorporó sobresaltada.

—No me había dado cuenta de la hora.

—Mierda. Tengo que irme. He quedado con alguien… —dijo Effie mirando el móvil. Anna se puso tensa al recordar la oferta de Effie.

La tía miró a Selene con horror y luego a Effie.

—¡Estas no son horas de salir!

—No sabía que era usted la que se encargaba de mi agenda —dijo Effie, curvando los carnosos labios con diversión y mostrando unos incisivos vampíricos.

La tía se volvió hacia Selene.

—No puedes dejarla salir. Es más de medianoche…, podría ir a cualquier lugar y tramar algo raro.

—¿Tramar algo raro? —Effie soltó una carcajada carente de alegría.

—Es lo que das a entender —replicó la tía mirando a Effie como si fuera un trozo de comida aplastado en la moqueta.

Selene suspiró lentamente.

—Vivienne, no puedes decirle a mi hija lo que puede o no puede hacer. Effie, solo dos horas, y él tiene que acompañarte. —Dirigió un gesto con la cabeza hacia Attis.

—Él venía de todos modos. No quería que se perdiera la bacanal de drogas que tengo planeada.

La tía miró a Effie como si fuera a estrangularla.

—Yo nunca dejaría salir a Anna a estas horas de la noche.

Anna se hundió todavía más en la silla; las mejillas le ardían.

—¡Claro que no, no vaya a ser que se pierda! —se burló Effie.

—Acuérdate de lo que te digo. —La tía se había quedado muy quieta—. Las chicas como tú siempre acabáis mal.

Effie no perdió la sonrisa, pero dirigió la vista a la botella de vino que había sobre la mesa.

Y la botella explotó.

Ocurrió tan rápido que tomó a Anna desprevenida, y lo único que oyó fue un estallido. Levantó la mirada y vio cientos de esquirlas de cristal flotando en el aire; el vino tinto, tan oscuro como la sangre, se esparció sobre el mantel blanco. Selene profirió un grito. Attis se levantó de un salto, como si estuviera dispuesto a abalanzarse sobre alguien. Effie se echó a reír con los ojos clavados en la tía.

La tía miraba fijamente los trozos de cristal suspendidos en el aire y Anna se percató de que había detenido la botella en plena explosión con sus impecables reflejos mágicos. Las esquirlas giraron lenta y amenazadoramente frente al rostro de Effie, y sus bordes destellaron. Los cristales cayeron de golpe a la mesa.

—¡Por el amor de la Diosa! —chilló Selene—. ¿A qué viene todo este numerito? —Se volvió hacia Anna profiriendo una risa aguda y poco natural —. Probablemente sea la primera vez que ves algo así.

Anna intentó devolverle la sonrisa, pero tenía los músculos de la cara demasiado tensos. Empezó a sangrarle la nariz. Se la tapó con la servilleta. Attis frunció el ceño con curiosidad y luego se puso a recoger los trozos de cristal de la mesa.

—Deja eso —le soltó la tía—. Y marchaos.

—Será un placer. —Effie ya estaba encaminándose hacia la puerta.

—Nos vemos luego —Selene se despidió de ellos alegremente, como si hubieran pasado una velada encantadora.

Ambos se marcharon. Un momento después, Attis asomó la cabeza por la puerta.

—Nos vemos en clase, Anna. —Le guiñó un ojo y desapareció.

—Anna. —Por el tono de su tía, sabía que tenía que dejarlas a solas.

Se alegró de poder escapar a la cocina. Sentía como si la cabeza le hubiera estallado también. Su cuerpo temblaba de miedo, sorpresa y emoción. Pensó en el vino que se había derramado sobre el mantel planchado; en los afilados trozos de cristal que inundaban el aire; en el estallido de magia. A pesar de todo, había sido el mejor cumpleaños que había tenido.

Oyó el pestillo de la puerta principal y a la tía y a Selene hablando. Se escabulló por el comedor y abrió la puerta del pasillo.

—Ni se te ocurra volver a amenazarla. —La suavidad había desaparecido de la voz de Selene. Anna nunca la había visto tan enfadada.

—No he sido yo la que ha hecho estallar una botella de vino —arremetió la tía—. ¿Qué has estado enseñándole? ¿Qué le has permitido aprender? No ha hecho ningún gesto ni dicho ninguna palabra. Ha emergido directamente de ella.

—Es poderosa, Vivienne; era algo inevitable. No a todos nos aterroriza la magia tanto como a las Encorsetadoras. Estáis locas. Todo el mundo practica la magia libre y abiertamente. Los tiempos oscuros han quedado atrás.

—Hasta que la oscuridad dé con nosotros.

Se sostuvieron la mirada.

—¡Y encima la dejas salir a estas horas de la noche! —siseó la tía—. Está claro que no te preocupa en absoluto lo que pueda pasarle.

—Al menos no la encierro bajo llave, como haces tú con Anna. Al menos conoce el mundo exterior.

—Lo único que les espera ahí fuera es dolor y muerte. Y lo sabes.

—Lo que sé es que no has cambiado ni un poco…

Anna oyó que la puerta principal se abría, así que cerró la puerta del comedor y volvió a la cocina. Selene tenía razón. Su tía la ocultaba como si su

existencia fuera un secreto vergonzoso. La tenía encerrada en su mundo imaginario, donde la magia era algo terrorífico en vez de maravilloso.

Una parte de ella anhelaba salir con Effie y Attis, adentrarse en la noche londinense, sin preocuparse por nada más que por divertirse y disfrutar de su juventud. *Aunque en realidad no quieren que salga con ellos*. A pesar de su oferta, era evidente que Effie la odiaba, y aunque Anna tampoco estaba segura de que le cayera demasiado bien, le daba igual. *¡Effie le había plantado cara a su tía!* Metió los vasos en el lavavajillas, sintiendo su peso y su firmeza. No se imaginaba a sí misma acumulando la magia suficiente como para hacer estallar el cristal. Effie se había limitado a mirarlo.

Es poderosa, Vivienne. Pues claro que la hija de Selene era poderosa.

Effie es todo lo que yo no soy.



CUENTOS DE HADAS

La Suma Diosa o, como la llaman los demás, la Suma Hilandera no es más que la Suma Pecadora. Que no os engañe la frágil devoción que le profesan. La Suma Pecadora reveló nuestros secretos al mundo, y al hacerlo todos tuvimos que sufrir el castigo. Permitió que la magia campara a sus anchas, a plena luz, y con ello instigó a que las sombras se alzaran.

La Diosa, *El libro de las Encorsetadoras*.

Aquella noche, su tía le cepilló el pelo con tan poca dulzura como la que reflejaba su mirada. Estaba hecha una furia. *Bueno, yo también estoy enfadada*, pensó Anna con amargura. La enfadaba que su tía hubiera mandado al demonio su relación con Selene. Otra vez. La enfadaba que su vida tuviera que ser completamente diferente a la de ellos. Y la enfadaba su propia forma de ser. Una plácida satisfacción la recorrió al recordar la cara que había puesto su tía cuando Effie hizo estallar la botella.

—¿Qué te había dicho? —La cabeza se le torció por el brusco cepillado de la tía—. A las brujas como ellas se las tendría que amarrar de inmediato. A esa chica no se le debería permitir practicar la magia. Es una cabeza loca, no tiene ni idea de las consecuencias que le puede acarrear. Acuérdate de lo que te digo, acabará como tu madre.

Anna se había pasado la vida recordando las palabras de su tía, cosa que no parecía haberla llevado a ningún sitio. La tía dejó el cepillo e hizo un nudo en el aire, y el pelo de Anna se trenzó firmemente.

—Y en cuanto a ti, no creas que no me he dado cuenta de cómo los mirabas. Sigues teniendo la misma expresión: deslumbrada y desesperada. Es lamentable. La magia es el pecado original. —La tía giró la mano en el aire y la trenza de Anna volvió a tensarse, tirándole de los ojos.

¿Y entonces por qué permites que vaya a mi colegio?, quería gritarle Anna, pero tenía demasiado miedo como para moverse; la trenza la sujetaba con firmeza, estirándole el cabello dolorosamente y amenazando con arrancarle el pelo de raíz.

—Ya conoces las consecuencias, sabes por qué las Encorsetadoras hacemos lo que hacemos, por qué la magia debe permanecer oculta, por qué no debemos olvidarlo nunca. Conoces los peligros a los que nos enfrentamos. Quienes Conocen Nuestros Secretos. El fuego jamás se extingue, desconfiad del humo que lleva el viento.

Era el último precepto de las Encorsetadoras. *El fuego jamás se extingue, desconfiad del humo que lleva el viento*, repitió Anna. Conocía las palabras, conocía los peligros, pero tampoco parecían haberla llevado a ninguna parte.

La tía le apretó un poco más la trenza —Anna se negó a gritar— y luego la soltó.

—Bébete la leche —le ordenó, irritada. Anna se bebió el vaso de un trago. La tía lo tomó—. Mañana recogerás el cristal roto —amenazó siniestramente, y le dedicó una última mirada cargada de frialdad antes de marcharse.

Anna se hundió en la silla y se deshizo la trenza, pasándose las manos por el pelo. Selene se había ido y ni siquiera habían tenido oportunidad de hablar como es debido, de despedirse. Una pequeña parte de ella se lamentaba de que Selene no le hubiera hecho ningún regalo. Las escasas visitas siempre habían coincidido con el cumpleaños de Anna, y siempre le había llevado un regalo. Un regalo extraordinario.

Anna rebuscó en el fondo de uno de sus cajones y sacó una bolsita negra de terciopelo con cordón; era suave y elástica. Selene se la había regalado justo después de cumplir siete años. Anna recordaba haberle dicho lo bonita que le parecía.

«Oh, el hecho de que sea bonita no es más que una distracción», le había explicado Selene. «No está hecha para ser contemplada sino para guardar secretos».

«¡Anda! ¿Cómo?».

«Se los susurras y te los guarda. Debes acumular un montón de secretos, como toda mujer respetable», le había guiñado el ojo al decir aquello.

Anna no lo había entendido. Había abierto la bolsa —fijándose en que su interior era más oscuro que el exterior— y le había susurrado un «hola». Sintió que las palabras surgían de sus labios como si la brisa se las llevara. A continuación, le había dado la impresión de que la bolsa era más pesada.

«¿Me ha oído?», había dicho ella, maravillada.

«Pues claro. Sé lo difícil que puede resultar cargar con los secretos en soledad, y me parece que tú pasas mucho tiempo sola, cerillita…».

Para su noveno cumpleaños, Selene le llevó un par de zapatos dorados.

«Crecerán con tus pies, así que siempre podrás ponértelos».

Durante su tercera y última visita, cuando Anna cumplió trece años, Selene le regaló un peine dorado.

«Te devolverá tus rizos naturales, esos que Vivienne ha intentado domar».

Selene le había pasado el peine por el pelo y su melena encrespada se había vuelto suave y brillante, como si un matojo de paja se hubiera convertido en oro.

Esos regalos la habían hecho seguir adelante durante todos aquellos años. Tras un día duro, subía a su habitación y contemplaba los zapatos dorados o pasaba los dedos por el peine. No los había utilizado, pero los mantenía a su lado, aguardando igual que una promesa. Sin embargo, a la bolsa de tela sí le había dado uso; le había contado secretos que no debería haber tenido: lo mucho que odiaba su vida, lo mucho que echaba de menos a Selene, lo mucho que anhelaba la magia. La bolsa se había vuelto tan pesada como apesadumbrado su corazón… *No son más que deseos ridículos e infantiles*.

Anna dejó la bolsa a un lado y se miró al espejo. Los ojos que le devolvieron la mirada estaban vacíos.

Se imaginó haciendo estallar el espejo en pedazos. Se preguntó qué sentiría. Recordó la mirada de Effie, el modo en que parecía expresarlo todo sin revelar nada, el modo en que contemplaba el mundo, como si la consumiera y a la vez la aburriera, pues no era nada comparado con las tormentas que se desataban en su interior. Su gesto despectivo, convertido en sonrisa en cuanto lo miró a él, y la forma en que él había mirado a Anna… *como si solo fuera una niña…*

Puede que ambos fueran lo peor del mundo mágico, pero al menos formaban parte de él y eso era más de lo que ella experimentaría jamás. Volvió a la cama y sacó un libro, decidida a no pensar más en Effie ni en Attis. La hacían sentir como si tuviera carencias y ahora tendría que verlos todos los días. Ya estaba bastante preocupada porque este año empezaba bachillerato. Por primera vez, tendrían clases conjuntas con los alumnos del Colegio para Chicos San Olave, que estaba justo al lado. Las cosas iban a cambiar y a Anna se le había ocurrido una forma muy específica para permanecer al margen de todo: pasar desapercibida, concentrarse en sus estudios, aprobar los exámenes y entrar en la facultad de Medicina, tal y como ella o, más bien, su tía había planeado. Y ahora aquello…

¿Y si se ponen a hablar conmigo? ¿Y si se burlan de mí? ¿Y si me ignoran completamente? Ningún escenario la reconfortaba. Anna había sido sermoneada durante toda su vida para no revelar su magia ante los humanos bajo ninguna circunstancia; mandar a Effie a los monótonos y ordinarios pasillos de San Olave era, sin duda alguna, como arrojar fuegos artificiales en un pajar. No tenía ningún sentido. Para haber convencido a la tía, Selene debía de poseer una capacidad de persuasión mayor de la que Anna creía. Tamborileó con los dedos sobre el libro e intentó leer mientras ideaba diferentes maneras para evitar encontrárselos en el colegio tanto como fuera humanamente posible.

Un golpecito en el ventanal interrumpió el silencio.

Anna dejó caer el libro al suelo. Oyó otro golpecito. Había alguien en el balcón. Se dispuso a levantarse de la cama, pero las puertas se abrieron por sí solas. Un abrigo amarillo y una cabellera dorada atravesaron el umbral. Selene. Anna se quedó con la mente en blanco. Selene sonrió y extendió los brazos. Anna corrió hacia ella. Se abrazaron y la lluvia del abrigo de Selene le dejó a Anna el pijama empapado. Le dio igual.

—No me creo que hayas vuelto.

—Pues claro que he vuelto —respondió Selene, quitándose el abrigo y dejándolo caer al suelo. Se quitó también los zapatos; las tiras le habían hecho profundas marcas rojas en la piel. La lluvia le había corrido el rímel—. A mí nadie me echa de una fiesta.

—Me alegro de que estés aquí. ¿Quieres que te deje una rebeca o una bata? Pareces helada.

—Estoy de maravilla. Ven a sentarte, cerillita.

Anna le llevó una toalla y un montoncito de ropa por si acaso, y se sentó junto a ella en la cama.

—¿Lo has pasado bien en tu cumpleaños?

—Bueno, ha sido… ha sido… —Anna sonrió—. Divertido.

—Siento que Effie haya sido tan maleducada contigo. Siempre hace lo mismo. Le he hablado de ti en alguna ocasión y ella sabe cuán íntimas éramos tu madre y yo. Se pone celosa enseguida.

Tardó un momento en asimilar las palabras.

—¿Celosa? ¿De mí? No. —Anna se negaba a creérselo.

Selene hizo un gesto con la mano.

—Bueno, ya la conocerás mejor en el colegio, ¿no?

Anna puso una cara que daba a entender lo improbable que le parecía.

—Ya verás cómo se le pasa.

—No creo que vayamos a comer juntas ni a intercambiar pulseras de la amistad, la verdad.

Selene le sonrió.

—Cuando conocí a tu madre, no creí que fuera a caerme bien.

—¿En serio?

—Era el primer día de clases y tuve que ponerme a su lado porque nos sentaban en orden alfabético. Ella llevaba un estuche de aspecto sobrio y tenía el pelo negro, liso y brillante, mientras que el mío era un matojo rubio encrespado. —Selene se pasó las manos por la melena, que ahora brillaba—. Tuvimos que practicar una conversación en francés y ella pronunció cada palabra a la perfección; yo me sentí muy torpe al intentar responderle. Ella se puso a tomar apuntes mientras yo garabateaba el libro de texto, y en ese momento pensé que era una aburrida y una santurrona. Luego se pasó diez minutos tratando de cambiar el cartucho de la pluma y acabó toda manchada de tinta. Yo me partí de risa.

Selene sonrió al acordarse.

—Se volvió hacia mí y pensé que iba a sermonearme, pero empezó a reírse también; entonces yo me reí aún con más ganas y ella me echó tinta encima. A partir de ahí la cosa degeneró, no podíamos parar de carcajearnos. La profesora se acercó y Marie dijo que había sido culpa de ella, sonrió y se disculpó en un francés tan fluido que no nos metimos en líos. Creo que fue ella la que me enseñó a zafar de situaciones peliagudas con apenas una sonrisa.

—¿Os sentasteis juntas a partir de entonces? —preguntó Anna, con ganas de que le contase más historias.

—Siempre, y también me ayudó hasta que pude seguirle el ritmo. Así era tu madre, siempre ayudaba a los demás. Era su fortaleza y su debilidad… En fin, basta de cháchara.

—Quiero que me cuentes más historias. —A Anna le encantaba que Selene le hablara de la magia de su madre: lo fácil que le había resultado dominarla y lo poderosa que era.

—Pues te aguantas. Es la hora de los regalos.

—¿Regalos? —dijo Anna con creciente emoción—. Pensaba que no…

—¿No creerías que se me había olvidado? Es tu cumpleaños y te mereces que te mime un poco.

—Si insistes. —Anna le dio un codazo juguetón mientras Selene le pasaba un regalo mal envuelto, pegado con tiritas.

—No tenía cinta adhesiva —rio Selene—. Venga, ábrelo.

Anna despegó las tiritas y descubrió un libro. La cubierta estaba hecha con una tela áspera de color crema que había quedado teñida con los años, y unas manchas en forma de nube salpicaban la superficie, almacenando las lluvias del paso del tiempo. Le dio la vuelta y vio que el título estaba escrito en letra dorada: *Al este del Sol y al oeste de la Luna*. Debajo se encontraba el grabado de dos árboles, uno orientado hacia arriba y el otro, hacia abajo, con las raíces de ambos unidas y varias manzanas en las frondosas ramas. Eran un reflejo exacto del otro, y cada uno tenía siete manzanas.

—Es precioso. —Anna acarició el grabado y se preguntó qué clase de magia contendría, qué trucos le revelaría.

—Es un libro de cuentos de hadas. Los preferidos de tu madre. Encontré este ejemplar en una tienda de antigüedades mágica. Tu madre se los sabía de memoria, como la mayoría de las brujas… Hay centenares de versiones y miles de historias más, pero estos son los clásicos. Deberías conocerlos.

—¿Cuentos de hadas? —repitió Anna, y esperó a que Selene le explicara que se leían solos o que concedían deseos, pero Selene siguió sonriéndole. Anna le devolvió la sonrisa, asegurándose de no mostrar su decepción. Los regalos de Selene eran siempre maravillosos, pero había cumplido dieciséis años… ¿Para qué quería un libro de cuentos infantiles? ¿De qué le iba a servir? Lo abrió y fingió interés. El papel era muy fino. El primer cuento se llamaba *La doncella sin ojos*.

Anna lo conocía. Se acordaba de que la tía se lo había contado de pequeña. Al final, tras sobrevivir a su aventura por el bosque, a la curiosa doncella le arrancaban los ojos. La tía disfrutaba con esa parte. Sus historias siempre habían estado repletas de lecciones y advertencias, pero aun así a Anna le había encantado oírlas, se había perdido en las palabras, en las posibilidades que estas le ofrecían, en los lugares que le descubrían, como los caminos de un bosque. También le gustaba el aspecto que tenía su tía cuando se las contaba. Más agradable. Sin ser del todo ella misma. Como si estuviera en otro sitio. Tal vez su madre se las hubiera leído cuando era pequeña.

La tía había dejado de contarle historias hacía años, pensaba que la exaltaban demasiado. Anna cerró el libro.

—Esta no tiene final feliz —dijo.

—Bueno, los cuentos de hadas auténticos no siempre son bonitos ni agradables, pero la vida real tampoco y aun así debemos vivirla. Los cuentos también deben vivirse, es el único modo de entenderlos.

Anna miró de nuevo los árboles de la portada.

—Escóndelo —la instó Selene—. Asegúrate de que el kraken no lo encuentre. También te he traído otra cosa… —Selene pareció vacilar, torciendo sus labios rojos—. No es un regalo como tal, sino algo que creí que deberías tener.

Le entregó a Anna una fotografía. Anna le dio la vuelta y vio a una mujer y a un hombre sentados juntos, mirándose; la mujer tenía un bebé en brazos. Estaban en algún lugar al aire libre y había un árbol a lo lejos. Él tenía el pelo corto, oscuro y ligeramente rizado. Arrugaba la nariz y miraba a la mujer de forma juguetona. Sus sonrisas eran un reflejo la una de la otra. El bebé estaba dormido y su carita redondita reflejaba satisfacción.

Anna se quedó mirando la foto un rato.

—¿Es ese…?

—Tu padre.

Anna nunca había visto una foto de él.

—Se amaban —dijo Selene con suavidad.

Amor. La tía le había dicho lo mismo. Le había contado toda la historia a los diez años y el horror de lo sucedido seguía pareciéndole irreal. Su padre, un ser humano normal y corriente, había conocido a su madre y ambos se habían enamorado. Un par de años después, cuando Anna tenía apenas tres meses, había estrangulado a su madre en un ataque de ira después de que ella lo acusara de estar teniendo una aventura, y luego se había apuñalado en el corazón, en la misma cama. *¿Lo ves? El amor lo arrasa todo, Anna*.

—La mató —murmuró Anna, pero le costaba imaginárselo ahora que le veía la cara. Parecía tan normal… Las arrugas de expresión en torno a sus ojos le daban un aspecto amable. No era el monstruo que siempre se había imaginado; o que había intentado no imaginarse. Le dio la vuelta a la foto.

—No tienes que quedártela si no quieres, pero pensé que te pertenecía.

Anna abrió el cajón de su mesita de noche y la metió al fondo, entre una pila de libros. No sabía si quería volver a contemplarla.

—Te pareces a ella —dijo Selene tocándole la mejilla—, y yo también la quería. —Le agarró la mano—. ¿Qué tal todo, cerillita? Apenas me has contado nada.

—Estoy… —empezó Anna, y luego se dio cuenta de que no podía terminar la frase. Quería contárselo todo a Selene. Hablarle de su vida. De su dolor. De su transformación en Encorsetadora. ¿Estaba Selene al tanto de aquello? Ella había sido siempre la que había intentado enseñarle magia, con buenos resultados al principio, pero luego… había tirado la toalla. *No*

encontró ni una pizca de magia en mi interior. La vergüenza la atravesó como una esquirla de cristal.

—Me alegro de que estés aquí. —Sonrío y le agarró la mano a Selene—. Por favor, no te marches.

—Jamás. Quiero que me cuentes todo lo que ocurra este año. Qué normas te saltas. Qué clase de magia creas. Quién hace latir tu corazón de dieciséis años. ¿Le has echado el ojo a alguien?

Había un chico. Peter Nowell. Iba al colegio para chicos de Olave y Anna lo había visto durante las actividades conjuntas de ambas escuelas a lo largo de los años, aunque él no sabía quién era ella. Sin embargo, ella sí sabía quién era él. Conocía el tono de azul exacto que tenían sus ojos. *¿Lo veré en clase este año?* Anna le dirigió a Selene un gesto de negación. No tenía sentido dar rienda suelta a ese tipo de sentimientos.

—Bueno, si necesitas un empujoncito, cuento con un buen repertorio de hechizos, algunos más apropiados que otros.

Anna se echó a reír.

—Haré todo lo posible para ser tan fabulosa como tú.

Selene soltó una carcajada.

—Caerán como moscas.

—Calla o despertarás al kraken. —Anna le dio un manotazo juguetón.

—Bah, que le den. —Selene levantó la mirada hacia el techo—. Por el amor de la luna, es hora de comer tarta. Tarta de verdad.

Rebuscó en su bolso y sacó una caja enorme. Anna echó un vistazo al interior y vio que en el centro había una tarta tan gruesa como un ganso; estaba recubierta de un cremoso glaseado y espolvoreada con unos polvos rojos.

—Red velvet con crema de queso. Está para morirse.

Anna se desplomó en la cama.

—Es el mejor cumpleaños de mi vida.

Selene le alcanzó un tenedor y ambas empezaron a dar cuenta de la tarta, mientras el centro del bizcocho rezumaba de un color tan rojo como la sangre.



CURIOSIDAD

Diez años

La tía arrancó un tallo espinoso del rosal. Lo sostuvo con firmeza en sus manos y este se transformó; su verde cerúleo se apagó y sus espinas retrocedieron y se suavizaron hasta que el tallo se convirtió en un grueso trozo de cuerda, áspero y anodino.

Anna observó la escena maravillada.

—¿Quieres conocer los secretos de la magia, Anna? —dijo la tía, enroscándose la cuerda en los dedos, tan pálidos y huesudos que parecía que fueran a partirse en dos, aunque Anna conocía su fuerza—. Ahora puedes hacerme las preguntas que quieras. Vamos, no seas tímida.

Anna se puso a pensar a toda velocidad. Su tía nunca le había permitido hacer preguntas sobre magia.

—¿Cómo…?

La tía hizo un nudo con la cuerda y la pregunta se le quedó atascada en la garganta. Fue una sensación muy desagradable. Sentía que era capaz de hablar, podía mover la lengua y, sin embargo, no llegó a formular la pregunta, era como si alguien se la hubiera grapado al interior.

—Inténtalo otra vez.

Anna vaciló en esta ocasión.

—¿Hay…?

La tía hizo un segundo nudo y la pregunta se detuvo en sus labios. Le daba la impresión de estar intentando meter un cojín enorme a través del ojo de una cerradura. La tía sonrió con frustración.

—¿Cómo haces…? —A Anna se le abrió la boca de golpe y en esta ocasión la pregunta retrocedió por su garganta. Se recostó en el sofá, exhausta, y decidió no decir nada más.

—¿Te pica la curiosidad, Anna?

Anna asintió, derrotada.

—Un gato tiene nueve vidas y aun así la curiosidad es capaz de matarlo. —La tía deshizo los nudos del cordón y se lo ofreció a Anna—. Toma. Es tuyo. Tu cordón de nudos.

Las ansias de Anna habían desaparecido por completo. Lo tomó con vacilación y notó su aspereza, como si las espinas siguieran todavía allí.

—Ahora haz tú el nudo.

Anna manipuló el cordón con torpeza; en sus manos no se deslizaba tan fácilmente. Hizo un nudo en el centro.

—Bien, quiero que te concentres en esa curiosidad, en esa sensación, deja que inunde tu cuerpo. —La tía acercó su rostro al de ella—. Y luego quiero que aprietes el nudo, y que, mientras lo haces, imagines que tu curiosidad está sujeta en su interior. Asfíxiala. Las emociones nos debilitan; el dominio nos fortalece. Lo único que conseguirás si te dejas llevar por las emociones es que tu magia sea más peligrosa. Sujétalas con fuerza. Confínalas. Ese nudo forma parte de tu vida ahora.



LAS ENCORSETADORAS

El camino de las Encorsetadoras no es sencillo, pero es el único que nos otorgará la salvación, a nosotras y al resto. Los otros caminos solo conducen a la destrucción, solo conducen a la muerte.

Introducción, *El libro de las Encorsetadoras*.

Anna se despertó con un grito ahogado.

Su prendesueños estaba repleto de nudos. Había demasiados como para contarlos. *¿Qué narices he soñado?* Las pruebas del delito seguían en el suelo: el libro de cuentos y la caja de la tarta abierta, la tarta a medio comer, los tenedores tirados por ahí y un montón de migas y restos de crema de queso.

El reloj marcaba las 6:29 de la mañana.

Anna salió disparada de la cama y metió todo rápidamente en la caja. La embutió en el armario y escondió el libro en la estantería, bajo la cubierta de otro volumen. Volvió a meterse en la cama de un salto y, con el corazón martilleándole en el pecho, aguardó a que su tía llamara a la puerta.

Los golpes no llegaron.

Esperó unos instantes más, luego se sentó y escuchó con atención. La casa estaba en silencio. Pero se trataba de un silencio inusual. No se oía ninguno de los sonidos habituales que formaban parte de su rutina matutina: el crujido de la madera o la tía abriendo y cerrando puertas y organizando los platos. En lugar de aquello, se encontró con un silencio absoluto, como si la casa entera estuviera conteniendo el aliento. ¿Dónde estaba su tía? ¿Habría descubierto que Selene había estado en su habitación? Puede que se hubiera quedado

dormida. *No*. Eso jamás había ocurrido en los dieciséis años que llevaban viviendo juntas.

Agarró su cordón de nudos intentando apaciguar su creciente ansiedad, y salió descalza al pasillo en penumbras, que parecía sumido en el mismo silencio pesado; una luz tenue y gris se filtraba por las ventanas, fruto de la sombría mañana. Anna subió al dormitorio de su tía, pero estaba vacío y tenía la cama sin hacer. Vaciló al pie de la escalera que conducía al tercer piso. Arriba no se oía nada, pero la habitación del tercer piso estaba siempre en silencio. Sabía que no debía subir allí.

En la planta baja, las habitaciones estaban a oscuras, con las cortinas aún echadas. Anna se acercó a la cocina lentamente, con el vello de la nuca erizado; el leve zumbido de la nevera se deslizaba entre la calma como las olas al romper en la playa. Las persianas de la ventana seguían cerradas y arrojaban líneas de luz sobre la mesa ante la que la tía se encontraba sentada, con la cabeza apoyada en las manos y completamente inmóvil. A su lado, una taza de té llena hasta arriba expulsaba una espiral de vapor.

—¿Tía?

La tía se despertó lentamente.

—Anna. —Su voz era un hilillo tenso y vibrante. Se le habían soltado unos cuantos mechones del moño, como si se hubiera revuelto el pelo. La bata se le había abierto ligeramente, dejando al descubierto el collar de las Encorsetadoras.

Anna extendió la mano para tocarle el hombro, pero la dejó flotando en el aire. No sabía cómo reaccionar ante el extraño comportamiento de su tía, pues era totalmente diferente al de la mujer que ella conocía, la mujer que se aseguraba de exprimir cada segundo del día, que jamás llevaba el pelo suelto, la que la hubiera reñido por no haberse puesto las zapatillas ni por no haberse cepillado el pelo antes del desayuno, la que se bebía el té de tres tragos. Nunca se quedaba sentada sin hacer nada. Jamás.

Fue entonces cuando Anna vio el titular de la tablet: *Encuentran a seis mujeres colgadas de las ventanas del Big Ben*. La tía le dio la vuelta al dispositivo.

—¿Qué era eso? —preguntó Anna, demasiado confundida como para sentirse todo lo horrorizada que debería.

—Nada.

—Qué raro. —Se moría de ganas de darle la vuelta—. ¿Qué ha pasado?

—¿Cuáles son las reglas con respecto a las preguntas?

—No hagas preguntas, no busques respuestas.

—¿Y entonces, por qué curioseas? —La tía se levantó y abrió la nevera con tanta fuerza que las botellas de cristal tintinearon.

Anna se mordió la lengua.

—Estaba preocupada, eso es todo; parecías… alterada.

—Estoy bien. —La tía cerró la nevera de un portazo tras tomar una botella de leche. Pereció sorprenderse al tener la botella en la mano, como si no estuviera segura de lo que pretendía hacer con ella.

—¿Esa noticia tiene que ver con la magia? —Anna esperaba que su tía la regañara, pero no replicó bruscamente; en vez de eso, apoyó una mano en la encimera como para mantener el equilibrio.

—Lo que ha ocurrido es desde luego inaudito. Inesperado. Es probable que no sea nada, claro, pero nadie puede asegurarlo… No debemos bajar la guardia bajo ningún concepto… —Se interrumpió. La tía siempre empleaba las palabras con claridad: eran un medio para alcanzar un fin. Anna no estaba acostumbrada a presenciar reflexiones incompletas. Aquello no tenía nada que ver con la inquietud que había mostrado su tía durante los últimos días, se trataba de algo diferente. Se percató, con asombro, de que su tía estaba asustada. Los miedos formaban parte de su día a día, pero rara vez se asustaba.

—¿Quieres que te prepare el desayuno? —preguntó Anna con delicadeza.

—¡Pero qué desayuno! No hay tiempo para desayunar. Las Encorsetadoras están al caer.

A Anna se le cortó la respiración durante un momento.

—Pero no las esperábamos hasta el mes que viene…

—Cambio de planes. —Las Encorsetadoras nunca cambiaban sus planes.

—Pero…

La tía pareció recobrar la compostura; se atusó el cabello y contempló a Anna como si no la hubiera visto hasta ese momento.

—Pero nada. ¿Por qué sigues en pijama? Ve a vestirte y ponte las zapatillas, se te van a quedar los pies helados. Tengo que hacer unas llamadas. —Le dirigió un gesto de apremio y se terminó el té de un trago; su delicado cuello se dilató de forma imposible.

Anna subió corriendo las escaleras y se paseó de un extremo a otro de su habitación, totalmente frustrada. *¿Por qué se presentan de repente las Encorsetadoras?* Tenía que ser por aquella noticia, fuera lo que fuere. Se moría por leerla, pero sin un móvil o un ordenador era imposible.

Tendría que esperar.



Fue una mañana muy movida, llena de preparativos. Ahuecaron los cojines una y otra vez, hornearon pasteles, pulieron las tazas de porcelana y eliminaron todas las trazas de magia de la noche anterior; no quedó ni un trozo de cristal. Por suerte, su tía no tuvo tiempo de castigarla. Justo después del almuerzo, salió a comprar algunas cosas y Anna aprovechó la oportunidad.

Vio cómo su tía se alejaba por la calle y luego corrió hasta el salón y sacó el portátil. No podía utilizarlo sin permiso. Sabía, con absoluta y terrorífica certeza, que aquello no era buena idea, pero tenía que averiguar qué había pasado. Buscó rápidamente «Ahorcamientos en el Big Ben» y apareció un aluvión de resultados provenientes de los principales medios de comunicación. Hizo clic sobre el primer enlace, una noticia del *Mail Today*:

¡LAS CAMPANADAS DE LA MUERTE!
SEIS MUJERES AHORCADAS EN EL BIG BEN

Esta mañana, los londinenses se han despertado con una escena espeluznante: seis mujeres colgadas de las ventanas del Big Ben, uno de los monumentos más emblemáticos de la capital.

Las víctimas, a las que ya se conoce como «las Seis Mujeres sin Rostro», fueron halladas ayer poco antes del amanecer colgando en seis de las ventanas situadas sobre la esfera del reloj de la Torre Elizabeth. Había una soga también en la séptima ventana, pero allí no se encontró ningún cuerpo.

La policía ha confirmado la muerte por asfixia en lo que parece ser un suicidio colectivo, aunque no se ha descartado que se trate de un homicidio. Todavía se desconoce la identidad de las mujeres, cuyos cuerpos han sido retirados para llevar a cabo una investigación.

Las preocupadas denuncias de los vecinos y los turistas comenzaron a llegar a primera hora de la mañana, y en las redes sociales aparecieron diversos vídeos e imágenes impactantes. Lo más desconcertante del suceso son los rostros de las mujeres, los cuales parecen guardar una escalofriante similitud. El vigilante Ron Howard, quien descubrió los cadáveres, publicó una foto de las mujeres fallecidas en la que se aprecia este inquietante parecido. La imagen fue retirada de inmediato, pero no antes de que los internautas la descargaran y la distribuyeran de forma masiva, lo que promovió el apodo de «las Seis Mujeres sin Rostro».

> El célebre reloj del Big Ben resultó dañado durante el incidente y sus agujas se detuvieron a medianoche. Las ventanas se encuentran ahora cubiertas, aunque las imágenes permanecerán en la memoria colectiva tras haber dejado a la capital del país profundamente conmocionada.

Anna examinó la fotografía: en ella aparecían los cuerpos de las mujeres ya tendidos en el suelo, como si en realidad no estuvieran muertas, sino dormidas. Sus cabelleras se extendían por debajo en un abanico de colores y longitudes, pero sus rostros eran, sin duda, inquietantemente similares. Los observó con más detenimiento. Casi parecían idénticos. Aunque era complicado saberlo con seguridad: sus rasgos eran comunes y anodinos y carecían de atributos significativos, igual que los de una muñeca. Anna se estremeció de manera involuntaria. Cuanto más los contemplaba, menos le parecía estar distinguiendo algo.

En la parte inferior había un vídeo. Anna pulsó el botón de reproducción; el vídeo estaba movido, pero la imagen era bastante nítida: unos cuerpos colgaban y se mecían con la brisa.

Cerró el navegador. Todo aquello era horrible y extraño… ¿Tendría la magia algo que ver con el asunto? Al margen de lo que su tía le contaba, ella rara vez pensaba en el mundo mágico, pero no había nada más que pudiese explicar el repentino terror de la tía. Las Encorsetadoras hacían todo lo posible para evitar que el mundo mundano descubriera la existencia de la magia; se esforzaban por mantenerla oculta, escondida bajo las alfombras, metida bajo la blusa, ligada a un collar. Y ahora había aparecido aquella noticia en la prensa nacional: extraña, misteriosa, profiriendo susurros de magia.

Los susurros nos dividen, los secretos serán los que ayuden.

Borró rápidamente el historial de búsqueda y volvió a dejar el portátil en su sitio. Apretó su cordón de nudos e intentó apaciguar su curiosidad.

El timbre de la puerta sonó justo a las dos.

La tía se irguió y dejó que la tensión de su rostro se disipara, exhibiendo en su lugar una sonrisa artificiosa, luminosa y a la vez asertiva. Anna quedó impresionada con su puesta en escena mientras desaparecía por el pasillo.

—Pase, señora Whitering…

Todas llegaron en menos de diez minutos, tan puntuales como siempre. Anna preparó el té y prestó atención a la conversación por si mencionaban las palabras *Big Ben* o *ahorcamientos*, pero solo oyó los habituales y tensos intercambios de saludos.

Cuando salió de la cocina se topó con una familiar ristra de peinados *bob*, rebecas de punto y pendientes de perlas; todas llevaban el cuello tapado de forma ingeniosa y emanaban un perfume floral tan intenso que casi podía saborearse. Anna había conocido a unas cuantas Encorsetadoras a lo largo de los años, pero estas nueve eran las más veteranas: un grupo poco variado de mujeres de clase media y mediana edad sentadas rígidamente en los sofás y los sillones del salón. Todas tenían el semblante tirante, como si hubieran olido algo desagradable varios años atrás y nunca se hubieran recuperado.

Anna esperó con la bandeja del té en la entrada del salón, cambiando el peso de un pie a otro y deseando estar en cualquier otro lugar menos allí.

—¿A alguna le apetece un *earl grey*? —sonrió como si hubiera nueve faros deslumbrándola.

—Sí, gracias —dijo la señora Dumphreys, una mujer rechoncha con un desafortunado apego por las blusas de seda. Hoy llevaba una de color púrpura abotonada hasta arriba—. ¿Qué tal el colegio, Anna?

—Ahora estamos de vacaciones.

—Ah, sí. Bueno, sigue estudiando mucho.

—Para mí un *english breakfast*. —Oyó la aguda voz de la señora Bradshaw al otro lado. Agarró una pasta de la bandeja—. ¿Qué asignaturas vas a elegir?

Anna empezó a responder, pero la señora Bradshaw la interrumpió:

—Mi Charlie va a cursar Matemáticas y Matemáticas avanzadas, es un cerebrito de los números.

—¿Os he contado que a Bella la han aceptado en la Real Academia de la Danza? Las tres horas extra diarias de preparación han dado sus frutos…

Anna sirvió el té y repartió las pastas mientras las mujeres charlaban; las conversaciones se sucedían al son de la porcelana, y todas intentaban quedar por encima de las demás con toda la cortesía de la que eran capaces. Tal vez el parloteo sobre quién se había comprado la tela más cara para las cortinas las distrajera y ella fuera capaz de escabullirse sin llamar la atención.

—Menudo festín. —La señora Withering examinó los refrigerios y sonrió (si el espasmo que tuvo lugar en su rostro podía llamarse así), con los labios fruncidos y la nariz arrugada. Era una sonrisa que avasallaba y no se veía reflejada en sus ojos. Aquella mujer era un poco más mayor que su tía; atractiva, delgada y malévola—. ¿Lo habéis preparado todo vosotras?

—Los pasteles sí, pero las galletas son compradas —replicó la tía de forma lacónica—. Hoy apenas tuvimos tiempo de preparar nada, dadas las circunstancias…

Las Encorsetadoras siempre competían entre ellas, pero ninguna rivalidad era comparable con la de su tía y la señora Withering. Ambas parecían ser las líderes del grupo, pero Anna nunca había sabido con seguridad quién de las dos estaba al mando realmente.

—Desde luego. Aunque no me costaría nada darte mi receta de galletas, es maravillosa y se preparan en un pispás. Así podrás probarla la próxima vez.

—Gracias —respondió la tía con una sonrisa irritada.

Anna se dispuso a abandonar el salón, pero la señora Withering volvió su sonrisa hacia ella; era un gesto que no solía augurar nada bueno.

—No te vayas, Anna. Todavía tenemos que tratar contigo unos asuntos.

Anna reprimió el impulso de soltar la bandeja y marcharse corriendo.

—¿Qué tal va tu adiestramiento? —El lunar que tenía la señora Withering en el labio tembló al tiempo que formulaba la pregunta, como si olfateara el aire a la espera de su respuesta.

—Muy bien.

—¿Cuál es el segundo precepto de las Encorsetadoras?

Todas las miradas se posaron sobre ella. El rosal del rincón también pareció volverse en su dirección.

—Las emociones nos debilitan; el dominio nos fortalece.

El sudor se le empezó a acumular en la frente. Se frotó el vestido con nerviosismo.

—¿Y el tercero?

—No debemos hacer magia salvo para cumplir con nuestro deber.

—¿Cómo te desenvuelves con la magia? —La señora Withering removió el té lentamente.

—Con cautela y dominio. —Era la respuesta que su tía quería que diera.

—Tal vez deberíamos comprobarlo…

Anna abrió y cerró la boca igual que un pez fuera del agua. A las Encorsetadoras les gustaba interrogarla, ponerla en apuros, pero nunca le habían pedido que hiciera magia. Miró a su tía, pero esta asintió con la cabeza.

—Pásame aquel marco. —La señora Withering señaló la repisa de la chimenea con la cabeza. Anna se acercó y tomó una foto en la que salían su tía y ella cuando era pequeña—. Esa no. La de la derecha. —Anna comprendió que se refería a la foto de su tía y su madre. La tomó, vacilante, y se la llevó.

—Qué tierno. —La señora Withering examinó la fotografía y, acto seguido, le dio la vuelta y abrió el marco, para consternación de Anna. Sacó la

foto, la rompió en cuatro partes, dividiendo el rostro de su madre, y esparció los trozos por la mesa.

Anna no gritó. Apretó los puños y sintió como si su corazón hubiera quedado desgarrado junto a la fotografía. Las mujeres la contemplaban con una expresión de avidez. Anna no se atrevió a mirar a su tía. Si descubría que estaba disfrutando de aquello, no podría soportarlo.

—Ahora vuelve a unir los pedazos. —La señora Withering se acomodó nuevamente en la silla y removió el té. Oyó más tintineos cuando las demás siguieron su ejemplo, dando buena cuenta del refrigerio mientras presenciaban el espectáculo.

Anna no sabía qué hacer. ¿Debía intentar recomponer la fotografía? ¿Debía fracasar o esperaban que lograse juntar los pedazos? Puede que tuviera que negarse a cumplir con la tarea para demostrar que la mera idea de la magia le resultaba censurable.

—Vamos. Estamos esperando.

Anna sacó un manojo de cordones nuevos con las manos temblorosas y escogió cuatro trozos de cuerda azul; azul para proceder con calma. Los ató lentamente unos a otros con nudos de sutura, intentando concentrarse a pesar de que era el centro de todas las miradas. *Mi Hira es soga y espinas*. Oyó el chirrido de la cucharilla de la señora Withering al pasarla por el borde de la taza, así como su respiración ardiente y pesada.

Tiró de los nudos con fuerza. No ocurrió nada. Se secó el sudor de la mano en el vestido, volvió a concentrarse y lo intentó otra vez.

—No sé si ha empezado ya o no —dijo la señora Aldershot. Las demás estallaron en carcajadas.

—¡Qué lástima me da tu madre, Anna! —exclamó la señora Withering—. Una de las pocas fotografías que tienes de ella y ni siquiera eres capaz de recomponerla.

Sus palabras la atravesaron y sacaron a relucir unas emociones que Anna había intentado reprimir durante mucho tiempo. Contempló los trozos del rostro de su madre y sintió una repentina e inmensa tristeza. *Siempre te he fallado*. Volvió la mirada hacia su tía y vio algo en sus ojos que le hizo saber que entendía cómo se sentía, que aquella farsa, aquella mofa, también la afectaba…, pero no movió ni un dedo.

Anna hizo otro nudo, pero la fotografía permaneció hecha pedazos sobre la mesa.

—Ya basta —dijo la tía.

La señora Withering esbozó una sonrisa altanera y dejó caer la cucharilla en la taza con un último y violento tintineo.

—Tenías razón, Vivienne, no hay de qué preocuparse. Es débil. Debe de ser duro, Anna; a tu madre no le costaba nada hacer magia, aunque también era débil a su despreciable manera. —El lunar prácticamente le vibraba de placer.

Anna apretó los puños y la fulminó con la mirada. *¡Ni se te ocurra hablar de mi madre!* Su tía siempre hablaba de las carencias de su madre, pero eso era diferente: ellas eran hermanas. Esta mujer no tenía ningún derecho a decir nada.

—¡Un momento! ¡Ahí está! La auténtica Anna, escondida tras una cortina de pelo claro. Se ha asomado durante un instante, ¿no?

Anna intentó dominar la furia que había emergido tras la oleada de pena. Negó con la cabeza.

—Eso es, niña, contrólate o nos veremos obligadas a adelantar tu Amarre. Teniendo en cuenta los acontecimientos de esta mañana, cuanto antes mejor. Nuestros viejos enemigos pueden estar despertándose. Desconfiad del humo que lleva el viento.

Anna levantó la mirada.

—El Amarre de Anna se llevará a cabo según lo planeado —dijo la tía—. Cuando esté preparada. Sabes que no podemos apresurarnos.

La señora Withering esbozó una sonrisa forzada.

—Por supuesto, Vivienne, cuando esté preparada. Pero asegúrate de que eso ocurra pronto. —Se volvió hacia Anna—. Tú quieres unirte a nosotras, ¿verdad?

Anna examinó la habitación —a aquel grupo de mujeres hostigadoras e inquisitivas, con el cabello peripuesto y la sonrisa teñida de carmín— y le pareció que todas eran horribles. Sin duda, estaban locas.

—Sería el mayor de los honores.

—No es un honor, Anna, sino un deber —la corrigió su tía bruscamente.

—Sí —convino Anna—. Lo siento. ¿Puedo retirarme ya?

—Primero recoge todo esto. —La señora Withering señaló la fotografía hecha pedazos. Anna comenzó a juntar los trozos, pero la señora Withering se volvió hacia la chimenea y, con un movimiento de las manos, los troncos secos que había dentro empezaron a arder con llamas pequeñas y concentradas—. Puedes tirarlos ahí.

Por favor, no.

—¿No podría…?

—Échalos al fuego. Cuando te conviertas en Encorsetadora tendrás que entender lo que significa el sacrificio.

Anna se aproximó al fuego y arrojó los trozos a las llamas. El rostro de su madre onduló y se ennegreció. Se volvió hacia la señora Withering con la sonrisa que más le había costado esbozar en su vida.

La señora Withering le devolvió la sonrisa. Esta vez, sí le alcanzó los ojos.

—Silencio y secretos.

—Silencio y secretos —Anna respondió a coro con las demás.

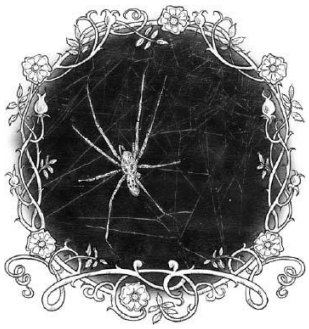
—Ya puedes marcharte. Tenemos un asunto serio del que hablar —dijo la tía.

Anna se volvió hacia ella y asintió. *¿Cómo has podido limitarte a mirar?*

Anna se dirigió a la puerta lo más rápido que pudo sin echar a correr. Esta se cerró de golpe tras ella, que estuvo a punto de desplomarse contra la pared. Había escapado. Por ahora. Pero ¿por qué querían adelantar su Amarre? ¿Qué tenía ella que ver con las seis mujeres ahorcadas del Big Ben? Siempre había considerado la ceremonia de Amarre como una amenaza remota, pero ahora la sentía cada vez más cerca, cerniéndose sobre ella como una soga.

Habría dado lo que fuera por escuchar la conversación, por averiguar qué ocurría y por qué la noticia las había alterado tanto, pero sabía que era imposible. De pequeña se asomaba a menudo por el ojo de la cerradura durante sus reuniones, pero nunca había visto nada, solo oscuridad. A pesar de pegar la oreja a la puerta, nunca había oído ningún sonido. Al igual que la habitación del tercer piso, lo que sucedía dentro estaba envuelto en silencio y secretos. No le correspondía saberlo, no hasta que se convirtiera en Encorsetadora. La idea le provocó náuseas y un escalofrío, pero ¿qué alternativa tenía?

«Ninguna», había dicho su tía, «o te conviertes o la magia acabará contigo».



INVISIBLE

Las emociones nos debilitan; el dominio nos fortalece.

Segundo precepto, *El libro de las Encorsetadoras*.

—Pórtate bien, estudia y no te acerques a Effie. ¡Ni a ese chico! Los peligros son mayores que nunca. Anna, recuerda que las perlas finas no hacen ruido. —Su tía la examinó en busca de alguna imperfección que todavía no hubiera detectado y le dio un abrazo superficial—. Vete o perderás el tren.

Anna salió de casa; su nuevo uniforme, planchado hasta la extenuación, le resultaba incómodo. Era negro, blanco y granate: los colores que se llevaban en bachillerato. Le daría prestigio, la haría destacar. No podía llamar la atención. *Soy invisible*. Tocó los seis nudos que se extendían a lo largo de su cordón; todos estaban muy prietos, inundados de emociones.

Los últimos días de las vacaciones habían transcurrido con normalidad. Nada parecía haber cambiado y, sin embargo, todo era diferente. La tía estaba tensa, pero no del modo en que era habitual en ella; se trataba de un tipo de tensión errática: enérgica y frenética un momento, y nerviosa e iracunda al siguiente.

Anna no había podido quitarse de la cabeza a las mujeres ahorcadas ni las miradas maliciosas de las Encorsetadoras. El temor que destilaban sus palabras. La tía y las demás Encorsetadoras llevaban hablando de sus viejos enemigos, de los peligros que acechaban y de cosas peores desde que ella tenía uso de razón, hacían mención a ello tan a menudo que se había convertido en ruido de fondo, como las puntadas de bordado de un patrón que era incapaz de entender. Pero la situación ahora era diferente: notaba una oleada de miedo auténtico, parecido al pinchazo de una aguja.

Solo había una cosa que las Encorsetadoras temían de verdad. *A Quienes Conocen Nuestros Secretos*.

Tampoco había podido dejar de pensar en Effie y en Attis, y la inquietó darse cuenta de que tenía ganas de volver a verlos. Aunque no quería que ellos la vieran. Conocían su secreto —que era una bruja— y aquello la hacía sentir terriblemente expuesta. Anna estaba convencida de que ni siquiera ellos estarían bastante chiflados como para mostrar su magia ante personas normales y corrientes, pero tampoco creía que fueran a actuar con especial cuidado, y ese era un riesgo que no podía permitirse. No solo tenía que lidiar con su tía, sino también con las Encorsetadoras, que estaban dispuestas a amarrarla a la primera de cambio. También tenía sus propias razones; debía seguir siendo invisible.

Recorrió su tranquilo vecindario, dejando atrás las viviendas homogéneas, la iglesia con el cementerio y los cuidados parques. Justo antes de llegar a la estación, se detuvo frente a un quiosco y tomó un periódico del revistero:

> ¿SE HAN VUELTO TODOS LOCOS? EL CASO DE LAS MUJERES SIN ROSTRO ES CADA VEZ MÁS MISTERIOSO.
>
> A pesar de la difusión de la noticia a nivel nacional y de los más de quinientos testimonios recogidos por la policía, aún la identidad de las mujeres sigue siendo desconocida. La policía solicita la colaboración de cualquier ciudadano que pueda brindar alguna información…

Anna echó un vistazo rápido al artículo. Incluía unas cuantas fotografías espeluznantes inéditas, pero nada que pudiera serle de utilidad. *¿Cómo es que nadie sabe quiénes son estas mujeres?* Volvió a dejar el periódico en su sitio y miró la hora. Tenía que irse.

Tras recorrer a toda prisa el resto del camino hasta la estación, tomó el tren con destino a Dulwich. Fantaseó durante un momento con la idea de no bajarse en su parada, de permanecer en el tren hasta encontrarse en otro lugar, siendo otra persona, pero antes de darse cuenta estaba atravesando el largo camino de entrada del colegio, mientras los coches la adelantaban y el césped recién cortado brillaba de un verde intenso. El colegio se alzaba ante ella; era una bestia construida en ladrillo rojo, tan imponente y vigilante como un viejo león, y estaba repleto de ventanas altas, torretas y agujas que se elevaban por encima de los árboles. Daba la impresión de que había salido de las páginas de una novela gótica. Lo cierto es que en su día el edificio había servido como hospicio victoriano, un lugar en el que se alojaba a los pobres para que

trabajasen y muriesen en paz. Tras las enormes puertas de la entrada había un laberinto de pasillos, tan estrechos y claustrofóbicos como una colmena.

Sus compañeros bajaban de sus cuatro por cuatro y se despedían de sus padres con un beso, pero Anna no se detuvo a saludar a nadie. Se apresuró a llegar a la entrada y notó un nudo en el estómago, igual que la primera vez que había atravesado aquellas puertas; tras pasar su infancia recibiendo su educación en casa, la posibilidad de experimentar el mundo real la había llenado de entusiasmo y esperanza. *Ahora lo único que sentía era temor*.

No odiaba el colegio. Disfrutaba las clases y sacaba muy buenas notas en varias asignaturas, le encantaba escabullirse al aula de música para tocar el piano… lo que no le gustaba era el resto. Tenía que mantener la concentración, tal y como le había dicho su tía. Sacar buenas notas y entrar en la facultad de Medicina. Aunque no le quedara más remedio que convivir con su tía para siempre, al menos si se recibía de médica una parte de su vida le pertenecería solo a ella, ganaría independencia y ayudaría a los demás. No sería como hacer magia, pero tal vez pudiera experimentar algo parecido a la libertad.

El olor a madera pulida le dio la bienvenida; le resultaba tan familiar como la moqueta azul marino que se extendía bajo sus pies. Varios grupos se reunieron a su alrededor, alumnas que buscaban a sus amigas y formaban diversas constelaciones, atraídas por los cotilleos del verano. Los cuchicheos revoloteaban por todas partes. Los móviles sonaban. Anna oyó las conversaciones al pasar:

—Sí, cortaron, pero luego él publicó unas fotos de ella…

—¡No te imaginas lo que te he echado de menos!

—Ya no es virgen… según dicen, lo hizo en el baño de la discoteca.

—Ha perdido mucho peso…

—No va a volver, Darcey la mandó al demonio…

—¿Has visto a la nueva?

El ambiente estaba impregnado de un entusiasmo febril, y una oleada de ansiedad se acumulaba bajo la superficie. La fábrica de cotilleos se había puesto en marcha y todas debían presentar su ofrenda.

Nadie se inmutó mientras ella pasaba. Anna soltó un suspiro de alivio.

Sigo siendo invisible.

Se abrió paso hasta el Ateneo —el salón principal del colegio— para la asamblea de principio de curso. Era una sala imponente, con las paredes hechas de paneles de caoba, vidrieras y un escenario al fondo. Las sillas de respaldo rígido crujían y chirriaban mientras las alumnas tomaban asiento

frente a la tarima. Anna se sentó discretamente al final de una de las filas y buscó a Effie con la mirada, pero no pudo localizarla entre la multitud.

Las alumnas guardaron silencio cuando el director Connaughty subió al escenario; se situó detrás de un atril de madera al que apenas llegaba.

—Bienvenidas de nuevo al Colegio para Chicas San Olave. Este año marca el comienzo del resto de sus vidas… —Medía lo mismo de ancho que de alto, tenía la cara enrojecida y brillante, un peinado poco elegante y una nariz bulbosa. Su discurso, al igual que el de todos los demás, no era más que una excusa para hablar de las excepcionales hazañas que había llevado a cabo durante su vida para llegar adonde estaba: a su puesto de director de uno de los colegios más prestigiosos de Londres—: Deben dar forma a sus ambiciones, así como lo hice yo para lograr llegar a lo más alto. —Golpeó el atril y se secó la frente en varias ocasiones con un pañuelo.

Anna miró a las delegadas que estaban sentadas tras él en el escenario. Darcey Dulacey se encontraba en el centro y escudriñaba las filas de alumnas que tenía delante con expresión regia; su complexión era la de una familia con pedigrí, llevaba el maquillaje impecable, tenía el pelo cobrizo, una sonrisa arrogante y una mirada cruel que no dejaba de juzgar y evaluar a los demás. Anna notó que se le revolvía el estómago.

—Mira lo morena que está Darcey —susurró una chica de la fila de atrás —. ¿Has visto sus fotos en la Costa Amalfitana? Será pedorra…

—Subió un montón de *selfies* con Peter. Qué injusta es la vida.

—Entonces, ¿han vuelto?

—Vaya que si han vuelto…

Anna intentó no prestarles atención. Así que Darcey y Peter habían vuelto a salir… *¿Y eso a mí qué más me da?* Peter nunca se interesaría por ella, existiera Darcey o no. Por desgracia, Darcey era muy real y no había forma de quitársela de encima: las alumnas no dejaban de hablar de ella a todas horas. Era inteligente, rica y una bailarina con talento, vestía con un estilo excepcional, hablaba mandarín y presidía el consejo estudiantil; aunque todo eso no era más que un añadido a su mayor habilidad: Darcey era popular porque sabía cómo acaparar las conversaciones, cómo situarse en el centro de los cotilleos… y cómo quitarse de en medio a cualquiera que se interpusiera en su camino.

—A continuación, presentaremos a las incorporaciones de este año. Espero que las hagan sentirse como en casa y que les demuestren lo que significa ser una señorita de Olave. —Al director le temblaron las papadas.

Anna detestaba que siempre usara la palabra «señorita» como arma contra ellas.

Sarah Egerton.

Tiana Oakley-Smith.

Las nuevas alumnas subieron al escenario una por una para recibir su insignia escolar y estrecharle la mano a Connaughty. La mayoría parecían estar incómodas y cohibidas; pero otras se levantaban con la cabeza alta, impulsadas por su actitud engreída. Darcey las observó con astucia.

Charlotte Robinson.

Effie Fawkes.

Anna se incorporó al oír el nombre. Effie se dirigió al escenario con toda tranquilidad. No encajaba en ninguna de las dos categorías. Llevaba el uniforme de cualquier manera y el pelo suelto, lo cual iba en contra de las normas. El director Connaughty la observó, molesto. Ella le estrechó la mano durante unos segundos más de lo que lo habían hecho las otras y se lo quedó mirando a los ojos hasta que el hombre casi pareció retroceder; luego se dio la vuelta y examinó la hilera de delegadas como si le resultaran ligeramente divertidas.

Cuando bajó del escenario, Anna tuvo la impresión de que lo mejor era que Effie siguiera caminando hasta abandonar el salón y se marchase a algún lugar donde encajara, pues estaba claro que San Olave no era el sitio adecuado para ella. Todas las demás parecieron pensar lo mismo, y los susurros se propagaron en ondas silenciosas. Anna vio que Darcey se esforzaba por echarle otro vistazo. *Te has quedado preocupada*. Sonrió con disimulo, agachando la cabeza una vez más.

Posteriormente, los cursos inferiores abandonaron el salón y las alumnas de bachiller se quedaron solas. El director Connaughty les dedicó una mirada cómplice.

—Bueno, como todas saben, la enseñanza de los dos últimos cursos deja de ser exclusivamente para chicas, por lo que recibiremos a los caballeros del Colegio para Chicos de San Olave en aulas mixtas.

Unos murmullos entusiasmados se extendieron entre las alumnas restantes. Connaughty alzó la mano.

—Compórtense, señoritas. Lo sé, resulta abrumador contar con el regalo divino que constituye el sexo masculino. —Sus palabras destilaban sarcasmo, pero se irguió un poco más, como si se considerara a sí mismo el epítome del género masculino—. Los chicos de San Olave también podrán utilizar la sala común y el comedor de bachillerato, al igual que ustedes podrán hacer uso de

los suyos. No obstante, no se tolerarán los arrumacos ni ninguna otra forma inapropiada de relacionarse en las instalaciones del colegio. Tampoco estarán permitidos los embarazos. —El director Connaughty se rio a carcajadas de su insípido chiste antes de que les diera permiso para retirarse; y acto seguido, los susurros se transformaron en un torrente de ruido.



Las clases de la mañana estuvieron dedicadas a las presentaciones. Nuevos libros de texto, nuevos profesores, nuevos programas de estudio y nuevos escándalos y mentiras. Anna prestaba atención, sabiendo que, sin un móvil, apenas se enteraba de nada. La inquietó descubrir que Effie ya era la comidilla del colegio, a pesar de haber llegado hacía solo unas horas.

—Se ha trasladado desde Nueva York…

—Me han contado que la expulsaron por un asunto de drogas.

—He oído que prendió fuego a su antiguo colegio.

—Dicen que se lio con un profesor…

Nadie sabía nada en realidad, pero la fábrica de cotilleos se alimentaba de mentiras; era capaz de convertir el agua más limpia en alquitrán. *En boca cerrada no entran moscas*. Eso era lo que opinaba su tía de los cuchicheos.

Anna estaba haciendo lo posible por mantener las distancias con Effie, pero antes del almuerzo su curso debía reunirse para soportar la misma tortura de todos los años: la evaluación de los uniformes. Anna se encaminó al aula asignada para la inspección mientras jugueteaba con su cordón de nudos; su aprensión era cada vez mayor, pues la delegada de su curso, Darcey, se encargaría de llevar a cabo la tarea, aunque no podía negar que también sentía curiosidad por presenciar en qué nivel de la jerarquía acabaría Effie.

Se situó al final de la cola. Effie no parecía haber llegado, pero Darcey ya estaba en lo suyo. Ella y sus secuaces de siempre, Olivia y Corinne, estaban sentadas en unos taburetes en la parte delantera del aula; bebían unos zumos de color verde mientras escogían a sus víctimas. Como Darcey pedía zumos todas las mañanas, siempre sabíamos quién formaba parte de su círculo íntimo o quién era su amiga del alma del momento, dependiendo de con quién los compartía. Se las conocía como las *Smoothies*.

—Los collares no están permitidos —anunció Darcey—. Tendré que confiscártelo.

—Pero me lo regaló mi novio —protestó la chica encogida frente a ellas.

—Perdona, ¿tengo pinta de psicóloga? —dijo Darcey—. No tenemos tiempo para estas tonterías. Dámelo. —Darcey extendió la mano mientras la chica se esforzaba por desabrocharse el collar.

Se lo entregó a Darcey.

—Pero… ¿cuándo me lo devolverás…?

—¡Siguiente! —exclamó Darcey sin hacerle caso.

—Lucie Brown. —Olivia leyó el nombre de la lista con voz monótona, antes de volver a concentrarse en el móvil. Rara vez levantaba la vista del teléfono. Olivia no siempre había sido popular, pero se había abierto camino hasta el grupo de las *Smoothies* con la misma crueldad que desplegaba en el campo de lacrosse. Aunque no era tan atractiva ni tan carismática como Darcey, se había empeñado en transformarse a sí misma. Ahora tenía un blog de moda y había acumulado un grupo de seguidoras que examinaban minuciosamente las innumerables fotos en las que aparecía posando de manera frívola: poniendo morritos, con el pelo corto y oscuro acentuándole los pómulos, y vestida con ropa de diseño que resaltaba su esbelta y tonificada figura. En una ocasión una chica había emulado una de sus fotografías, y Olivia la había demandado y ganado el caso.

—¡Hola, Lucie! Estás diferente… ¿Qué te has hecho? —Darcey sonrió a su siguiente víctima—. Te has operado la nariz.

Lucie se ruborizó hasta alcanzar el color de la remolacha.

—No hay de qué avergonzarse, a veces todas necesitamos un poquito de ayuda. Sobre todo con esa nariz que tenías.

—Te queda muy bien, guapa —concedió Corinne, enroscándose un mechón teñido de rojo en el dedo. Su rostro, parecido al de un búho, reflejaba su habitual expresión soñadora. Corinne se esforzaba por cultivar la imagen de espíritu libre y amiga de todo el mundo. Dirigía el club de yoga del colegio, que era solo para miembros, y siempre andaba soltando peroratas sobre la importancia de la naturaleza, el calentamiento global y el bienestar de los animales, aun cuando aparentemente predicaba muy poco con el ejemplo.

Darcey le plantó el móvil a Lucie en la cara y le hizo una foto antes de que esta se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Haré correr la voz.

—Rowan Greenflinch.

Una chica con el pelo castaño y alborotado dio un paso adelante. Anna sabía quién era. Llevaban años yendo juntas a clase; era extrovertida y parlanchina, y le gustaba opinar de todo, aunque, por lo general, Anna solía estar de acuerdo con lo que decía así que no le resultaba molesta. Su habitual

buen humor desapareció al colocarse frente a las *Smoothies*, y una expresión de derrota asomó a su rostro, como si ya hubiera aceptado su destino.

—¿Longitud de la falda? —preguntó Darcey.

Una de sus ayudantes se acercó con una regla y la midió.

—Correcta.

—¿En serio? Vuelve a medir.

La chica obedeció.

—Sí, entra dentro de las medidas autorizadas.

—Ah. Qué raro. A ella parece quedarle más corta. Tal vez sea una cuestión de proporción debido al tamaño de sus muslos. —Darcey examinó las piernas de Rowan. Olivia bufó tras su teléfono.

—Lo entiendo, estoy gorda. Ja, ja. —Rowan intentó tomárselo a broma con uno de sus comentarios sarcásticos, como si le diera igual.

—No digas eso —dijo Darcey comprensivamente—. No estás gorda, solo te falta motivación. Estoy a favor de la diversidad de cuerpos. Corinne, ¿no podrías regalarle un pase para una de tus clases de yoga?

Corinne sonrió a Rowan.

—No sé si queda algún hueco —dijo con dulzura.

—Podrías pedir esterillas más grandes —sugirió Darcey.

—¿O tal vez algún que otro ambientador extra? —murmuró Olivia en voz bastante alta como para que la oyeran las demás.

Algunas de las presentes se echaron a reír. A Rowan le tembló el labio. Anna sintió una oleada de furia tan intensa que tuvo que aferrarse a su cordón de nudos para guardar la compostura.

—Pensándolo bien, no creo que valga la pena —dijo Darcey—. Venga, vete. ¡Y acuérdate de no excederte con las raciones a la hora de comer! —Le dirigió un gesto de ánimo a Rowan y luego le pasó el vaso de zumo vacío a una de sus esbirras.

Corinne le pasó también su vaso.

—No te olvides de reciclarlos.

—Vale, ¡siguiente!

Cuando llamaron a Anna, esta se agarró con más fuerza a su cordón y se dirigió al frente con la cabeza inclinada hacia el suelo. *Soy invisible. Soy invisible*.

Darcey la examinó con desinterés.

—¿Todavía vienes a este colegio? La falda, bien. La altura del tacón, también. Nada de joyas, ni personalidad… —murmuró—. ¡Siguiente!

Anna se sintió tan aliviada que podría haberse puesto a llorar… si le hubieran quedado lágrimas que desperdiciar en Darcey. Al alejarse, levantó la mirada y vio a Effie, que estaba observándola. Volvió a agachar la cabeza con una oleada de vergüenza. *No he hecho nada más que amilanarme, pero Effie no sabe lo cruel que puede ser este colegio*. Tendría que aprenderlo por las malas.

Al principio, Anna no había entendido las reglas, no había sabido cómo volverse invisible a ojos de las demás. Había llamado la atención: era la chica nueva del peinado soso y los zapatos raros. La que vivía con su tía porque sus padres habían muerto. No era una combinación demasiado buena. Había esperado pasar inadvertida, hacer unas cuantas amigas y estudiar en paz, pero los rumores no tardaron en empezar a circular. Darcey, Corinne y Olivia se lo habían pasado en grande difundiéndolos, inventando mentiras, poniéndole motes y asegurándose de que las pocas amigas que había hecho la dejaran tirada.

Es muy rarita, ni siquiera tiene móvil.

Seguro que es de alguna secta…

Creo que fue ella la que mató a sus padres…

No, le echaron un vistazo y decidieron suicidarse…

Su tía se lo había advertido, le había dicho que las personas como ella llamaban la atención si no llevaban cuidado, y había tenido razón. Anna había utilizado la única técnica que tenía a su alcance: gestionarlo con su cordón de nudos, volverse invisible, convertirse en el ser insignificante que todos pensaban que era. El truco estaba en no reaccionar, en no ponerse a llorar y en no sentir rabia ni autocompasión. Pero tenían que vérselo en la mirada: que su interior estaba vacío. Con el tiempo, perdieron el interés. Meterse con ella ya no tenía ninguna gracia.

—Effie Fawkes.

Darcey pronunció el nombre de Effie con indiferencia, pero Anna la conocía bien, sabía que Darcey estaba esperando el momento oportuno para exhibir su poder ante la chica que había acaparado todas las miradas el primer día de clases. Un murmullo se extendió por el aula mientras Effie se dirigía al frente.

Darcey se dio golpecitos en los labios con la pajita, mirándola de arriba abajo.

—Tus tacones son demasiado altos. Si mañana vuelves con los mismos zapatos, tendré que ponerte un parte. —Effie ladeó la cabeza y sonrió—. Y llevas la falda demasiado corta.

—Zorra —dijo Olivia con una tos.

—¿Yo? Vaya, gracias. —Effie agitó la mano sin avergonzarse.

Darcey parecía impasible ante la rebeldía de Effie, pero Anna sabía que por dentro estaba furiosa. Se acercó lentamente a ella, tanteando el terreno. Señaló con el dedo la colección de *piercings* y aros que llevaba en la oreja.

—Te has pasado de lista, no se nos permite llevar pendientes.

—Tú los llevas.

—Perdona, déjame que te lo aclare, no se os permite a vosotras. Es más, sé que tienes un tatuaje. Te lo he visto en el brazo esta mañana.

—Anda, parece que alguien no me quitaba el ojo de encima. Me halagas, Darcey, no sabía que te gustaba de verdad. Si quieres probamos a darnos un meneíto.

Las risas volvieron a brotar, pero esta vez a costa de Darcey. Esta giró la cabeza con brusquedad y las demás la miraron en silencio y con expresión culpable.

—Los tatuajes no están permitidos. —La voz de Darcey se tornó más aguda—. Me temo que tendrás que borrártelo si no quieres que te expulsen.

—No tengo ningún tatuaje.

—Lo he visto. Era una araña. Una asquerosidad, si te soy sincera. Lo llevas en la parte superior del antebrazo.

Effie la miró con una expresión de inocente confusión.

—Súbete la manga.

—No.

—Sujetadle el brazo —les ladró Darcey a sus ayudantes. Estas le dirigieron a Effie una mirada como diciendo: *Por favor, no lo hagas más difícil*. Effie puso los ojos en blanco y extendió el brazo. Darcey le levantó la manga. El ambiente se volvió más tenso, y todas guardaron silencio y se inclinaron hacia delante para no perderse detalle.

No tenía nada.

—Debí de vérselo en el otro brazo.

Effie se levantó la otra manga y dejó al descubierto el otro brazo, en el que tampoco había ningún tatuaje. Unas cuantas chicas se echaron a reír. Anna reprimió una risa.

—Probablemente sería uno de esos tatuajes falsos —dijo Darcey irritada, aunque no parecía convencida.

—Claro, lo que tú digas. —Effie sonrió a Anna de un modo extraño. Se dispuso a marcharse.

—Espera. —Darcey recobró la compostura—. Tu pelo.

Effie se dio la vuelta con una mirada que dejaba entrever que aquel jueguecito empezaba a perder la gracia. En ese momento, Anna no hubiera sabido decir cuál de las dos daba más miedo.

—Lo llevas demasiado largo.

—Me lo recogeré.

—No, tienes que cortártelo. Está sucio y todo enmarañado, ¿cuándo te lo lavaste por última vez? Lo siento, pero es cuestión de higiene y salud. Si para mañana no te lo has cortado, tendré que castigarte una semana.

Effie se quedó mirando a Darcey con cara de pocos amigos y luego se aproximó a la mesa del profesor y tomó unas tijeras. Se volvió hacia las demás chicas y empezó a cortarse el pelo, que se desprendía en mechones negros y gruesos. Darcey se quedó con la boca abierta. Las presentes intercambiaron susurros sorprendidos.

Cuando Effie terminó de cortar, el pelo restante le cayó hasta los hombros. Ni siquiera le quedaba mal: la longitud y los ángulos afilados la favorecían. Recogió un puñado de pelo y se lo ofreció a Darcey, que, todavía conmocionada, lo tomó.

—Lávalo tú. —Effie sonrió y se marchó.

Darcey permaneció inmóvil. Las demás tampoco se movieron.

Abrió la mano y el pelo cayó al suelo. Se volvió hacia el resto hecha una furia.

—Si a alguna le ha parecido divertido, que tenga la seguridad de que se pasará el resto del curso castigada, y si te vuelves a reír, Jane, tu novio se enterará de todo lo que has hecho este verano. ¡Siguiente!



Anna se encaminó a la sala común de bachillerato a la hora de comer. Era la primera vez que entraba. Tenía un diseño informal, con zonas de sofás y mesas para comer o estudiar. Al fondo había una cantina que servía comida. Estaba abarrotada y había mucho ruido. Anna tomó su almuerzo y atravesó la sala lo más rápido que pudo, antes de acomodarse en una mesa alejada. Sacó un libro y se puso a escuchar las conversaciones a su alrededor; todas hablaban del incidente del uniforme. Anna se echó a reír de pronto al recordar la cara que había puesto Darcey. Unas cuantas chicas de la mesa de al lado se la quedaron mirando, y ella se encogió aún más tras su libro. No debía reírse.

Effie estaba llamando la atención, algo reprochable para las personas que eran como ellas.

Cuando Darcey, Olivia y Corinne llegaron, los chicos más populares del curso las rodearon; también iban vestidos de uniforme. Anna divisó a Peter entre ellos y le empezaron a revolotear mariposas en el estómago. *Ridícula*. Debería anudarles las alas.

Aun así, estaba más guapo que nunca; era alto y delgado, tenía un aspecto limpio y saludable y el sol le había aclarado el pelo. Sus rasgos reflejaban inteligencia, cosa que tenía que ver, en parte, con la forma de su mandíbula, con la arruga que se le formaba entre las cejas y con sus ojos azules e inquisitivos, que lo contemplaban todo desde una distancia prudencial, como si analizara con cuidado todo lo que sucedía a su alrededor. No había nadie mejor que él en el equipo de debate y participaba en competiciones de natación a nivel internacional. Iba camino de conseguir una plaza en Oxbridge, pero antes se pensaba tomar un año para viajar y realizar tareas de voluntariado. Anna había descubierto todo aquello a pesar de no haber intercambiado nunca una sola palabra con él.

Se sentaron en una mesa; Olivia volvió a centrar la atención en el móvil y Corinne se acomodó en el regazo de uno de los chicos. Darcey dejó claro que Peter era suyo: tenía apoyada una mano sobre la rodilla del chico y el brazo alrededor de su silla; echaba la cabeza hacia atrás entre risas y agitaba su melena color caramelo de lado a lado. Anna no entendía cómo a Peter podía gustarle… cómo no se daba cuenta de cómo era ella en realidad. Por otro lado, Darcey era guapa y muy competente, los padres de ambos se movían en los mismos círculos y él no la conocía tan bien como Anna. A medida que crecía, Darcey también había aprendido a ocultarse; su verdadera naturaleza quedaba enterrada bajo artificiosas sonrisas de dientes blanquísimos, y siempre recubría sus afiladas palabras con una capa de azúcar.

Effie y Attis aparecieron. Una alianza de pelo y ojos oscuros.

La sala quedó en silencio. Muchos giraron la cabeza en su dirección. Effie respondió a sus miradas sin bajar la suya. Darcey siguió hablando, aunque volvió la vista en varias ocasiones, recorriendo la alta figura de Attis de arriba abajo.

Al chico no parecía importarle ser el centro de todas las miradas, y saludaba a sus nuevos amigos con una palmadita jovial en la espalda al cruzarse con ellos. Se dirigieron hacia la zona del comedor y él dijo algo que hizo reír al encargado de servir la comida. Effie tomó su bandeja y se dio la vuelta. Su mirada se topó con la de Anna. Durante un terrorífico momento,

Anna pensó que se iba a sentar con ella, pero luego se desvió y se sentó en una mesa del centro. Attis fue tras ella, mirando también a Anna. Le dirigió el mismo saludo que les dirigían las madres a sus hijos en su primer día de colegio. Sorprendida, Anna le devolvió el gesto.

Le lanzó un vistazo a Darcey, que también la miró y parpadeó, preguntándose obviamente qué relación tendría la marginada del colegio con ellos. *¡Ninguna! ¡Ninguna en absoluto!* Anna se encogió aún más en su rincón. *¿Por qué ha tenido que saludar? ¡Para humillarme!*

—Perdona. —Oyó una voz a su lado—. ¿Está ocupado?

Era Rowan y ya estaba arrastrando una de las sillas de al lado con un ruido nada discreto.

—Oye. —Le clavó su intensa mirada, coronada por unas cejas bien tupidas—. ¿Lo conoces? —Señaló con la cabeza a Attis sin disimulo—. Tiene cara de «ven a que te dé lo tuyo». Madre mía, cómo está… —Hizo como si estuviera dando un bocado—. Bueno, cuéntame, ¿cómo se llama? ¿De qué lo conoces? —Tenía el pelo entre rizado y encrespado, y tan alborotado como su personalidad.

Anna comenzó a cerrar sus libros. Tenía que marcharse. Pensó en echar a correr con un murmullo de disculpa, pero Rowan parecía haber recuperado su habitual actitud animada tras los comentarios crueles de Darcey y sus amigas, y no quería hacerla sentir mal de nuevo.

—Attis. No lo conozco. Solo lo he visto una vez, al igual que a la chica que lo acompaña, Effie.

—Ah, ¿así que están saliendo? ¿Juntos y revueltos?

—No lo sé. Pero tengo que irme…

—Bueno, pero ¿dónde los conociste? ¿Cómo es él? Tiene una sonrisa agradable. Uff, mira a Darcey, se lo está comiendo con los ojos. Le echará las zarpas encima antes de que nos demos cuenta; bueno, las zarpas, el pico, los alerones y todo lo demás… Aunque después de lo que ha pasado esta mañana (*Qué fuerte, ¿eh?*) está claro que Effie puede apañárselas sola, con o sin tijeras. En fin, seguro que acaba siendo un intercambio interesante, deberíamos sacar las palomitas. —Le dio un codazo juguetón a Anna—. Lo siento, estoy siendo una pesada, ¿no? Típico de mí. Mi madre dice que no tengo filtro. Te llamas Anna, ¿no? Creo que vamos juntas a una asignatura. Soy Rowan.

A Anna la sorprendió que supiera su nombre.

—Sí, Anna, encantada de conocerte.

—Muy bien, doña formal, ¿nos damos la mano? Era broma, no hace falta que nos la demos. —Le apartó la mano de un golpecito—. ¿Quieres que vayamos a saludarlo? No es buena idea. Es una idea horrible, ¿verdad? La gente como nosotras —las señaló a ambas— no puede plantarse ante los que son como ellos sin más. Odio las reglas. ¿A dónde vas?

Anna había empezado a levantarse de la mesa.

—A clase, lo siento, pero, no te preocupes, si vuelve a dirigirme la palabra, me aseguraré de hablar bien de ti.

—Pero ni se te ocurra decirle lo típico de «es muy simpática». Eso es lo que siempre dicen de las chicas gordas. Dile que soy superflexible.

—Claro.

—Y supertranqui.

—Vale.

Anna se despidió con un gesto incómodo y salió pitando hacia la salida sin mirar atrás. Había corrido demasiados riesgos al entrar allí. Es más, el día había estado plagado de ellos.

Los susurros nos dividen, los secretos serán los que nos ayuden.

Fue hasta su taquilla tras optar por entrar antes en clase; así estaría sola y nadie la molestaría. Al abrirla, vio que había una manzana dentro.

La fruta le devolvió la mirada, tan redonda como un ojo y tan roja como un beso.

Anna no recordaba haber dejado una manzana en su taquilla. De hecho, estaba convencida de ello. Miró a un lado y a otro del pasillo, pero no había nadie. El pánico se apoderó de ella. *¿Cómo ha llegado hasta aquí?* Había cerrado con llave. Y solo ella tenía una copia. *¿Será alguna política escolar nueva para fomentar la alimentación saludable? ¿O una broma? ¿O… algo peor?*

Alargó la mano lentamente y sacó la manzana. En principio, parecía una manzana normal y corriente. Le dio la vuelta y descubrió un mensaje, breve pero directo, tallado en la pulpa: «¿Quién eres?».

Anna contempló las palabras durante un momento y luego se aproximó a la papelera. Tiró la manzana y huyó a la sala de música. Apoyó la cabeza en la fría pared y pensó con inquietud en la sonrisa de Effie, en el saludo de Attis.

¿Habrá sido cosa de ellos? ¿Qué significa? ¿Quién eres?

Nadie. ¡Soy invisible!



MANZANAS

La Diosa del Silencio y de los Secretos lo sabe todo. Si te mientes a ti misma, le mientes a ella.

La Diosa, *El libro de las Encorsetadoras*.

Anna le dio un sorbo al vaso de leche y se sometió al cepillado de su tía.

—He intentado localizar a Selene, pero ha vuelto a esfumarse. Probablemente esté con algún hombre. No puedes dejarla sola con alguien del sexo opuesto y esperar que no salga corriendo tras él. Las mujeres como ella son las peores. —La tía descubrió un nudo en el pelo de Anna y le pasó el cepillo por encima. Anna ocultó su decepción. Le sorprendía que Selene se hubiera marchado tan rápido, pero se trataba de Selene. Effie y Attis seguían allí, así que era de suponer que volvería—. ¿Acaso no tiene ningún sentido de la responsabilidad? Ha dejado sola a esa niña, que hará lo que le venga en gana. ¿Cómo le va a Effie? —Las miradas de la tía y de Anna se encontraron en el espejo.

—Bien. Casi no la veo —mintió Anna.

Había pasado un mes desde el inicio del curso —desde la explosiva presentación de Effie— y no había ocurrido nada reseñable. Todo había cambiado. Anna se había asegurado de no interactuar con Effie, pero cada vez estaba más pendiente de sus movimientos: qué asignaturas cursaba, cuándo almorzaba, en qué momentos del día podrían cruzarse sus caminos. No hablaban, pero a veces sus miradas se topaban y ambas se examinaban con una curiosidad mutua y cautelosa. Aunque Anna ignoraba qué era lo que había despertado la curiosidad de Effie por ella.

—Espero que ella y ese chico no estén llamando la atención.

Anna estuvo a punto de echarse a reír. Eso era lo único que habían hecho desde el primer día. Por motivos que Anna no alcanzaba a comprender, Rowan la había tomado como aliada, y cada día se presentaba ante ella con una ración de cotilleos. Esa misma mañana se había acercado a Anna por detrás y le había susurrado al oído: «Duchas frías».

Sobresaltada, Anna se había dado la vuelta y había visto a Rowan, con el pelo levantado en varias direcciones.

—¿Qué?

—No veas la cantidad de duchas frías que me he dado pensando en él. —Tenía la mirada clavada en el punto del pasillo por donde había aparecido Attis, que estaba hablando con un grupo de chicas—. Sé que nunca llegaré a acercarme lo suficiente para olerle el *aftershave*, pero soñar es gratis, ¿no?

—Y tanto.

—Argh, todo el mundo lo adora. ¿Sabes que ha entrado en el equipo titular de *rugby*? Se presentó a las pruebas y los dejó tan impresionados que lo ficharon.

—Eso he oído.

—Esperaba que no fuera otro de esos idiotas que juega al *rugby*, pero parece que en clase no le va muy bien, ¿no?

Anna iba a clase de Lengua con él. No habían hablado, pero a veces la saludaba con una sonrisa, con la mano o, aún peor, guiñándole el ojo. Casi siempre llegaba tarde, con su actitud despreocupada y aspecto desaliñado, llevando la camisa por fuera y enfundado en unos pantalones de chándal gris que eran casi del mismo tono que el uniforme del colegio; se limitaba a sentarse y escuchaba al profesor. No tomaba apuntes ni se llevaba los libros de texto, y en un par de ocasiones lo habían pescado durmiendo.

—¿Te has enterado de lo que pasó durante la fiesta de bienvenida? Al parecer, él y el resto del equipo se pusieron a beber, pero ninguno consiguió tumbarlo, así que lo enviaron a robar la mascota del equipo rival en pelotas. —Arqueó las cejas—. La mascota del equipo de Dallington es una cabra. ¡Una cabra de verdad! Y, ojo, dicen que ha desaparecido. ¿Te lo imaginas? A ver, me lo he imaginado desnudo muchas veces, pero nunca con una cabra. Eso si es que fue él el responsable. Ni siquiera los nuestros saben si fue cosa de Attis, porque él no ha reconocido nada. ¿Y te has enterado de lo que pasó con Marina? Los vieron en el almacén…

Pues menos mal que las muestras de cariño estaban prohibidas en el colegio… Anna nunca había conocido a alguien que la exasperara tanto. Apenas se esforzaba y, aun así, todo el mundo parecía haberse prendado de él.

Ella era capaz de ver a través de su supuesto encanto, aunque no estaba segura de qué era lo que había detrás de esa fachada. Aunque lo que pensara de él era irrelevante; no parecía que Attis quisiera conocerla, y ya había muchas chicas que lo mantenían entretenido. *De todos modos, ¿qué hace con ellas cuando tiene a Effie?*

—Me metería en un armario con él a cualquier hora del día, aunque, como diría mi madre, es de los que te dejan con ganas de más.

—¿Qué?

—Ya sabes, cambia de chica como de chaqueta. Según me han contado, esta noche sale con Chelsea… Lleva semanas persiguiéndolo, aunque dicen que Effie la hace cagarse de miedo. Y no me extraña. Ayer golpeó «accidentalmente» a Olivia en la nariz con la pelota de vóley. En realidad, tuvo bastante gracia. La verdad es que creía que Attis y ella salían, pero es obvio que no… De todas formas, Effie ya está bastante ocupada. Ojalá no hubiera salido con el fantasma de Tom Kellman. Ahora no para de hacerse el chulo. Puaj, es obvio que quería ser el primero en marcar territorio. Y Darcey lo está exagerando todo, por supuesto. Cualquiera pensaría que Effie se ha acostado con la mitad del colegio por las cosas que andan diciendo de ella, aunque todo parece resbalarle…

Eso había oído Anna. Nadie sabía realmente qué pensar de Effie y los comentarios que circulaban sobre ella habían dado un giro muy poco original hacia la esfera de los *qué zorra es* y *menuda guarra*, la única categoría que parecía existir cuando se topaban con una chica los asustaba. Anna lo encontraba especialmente injusto, teniendo en cuenta que, por lo que se decía, Attis se había enrollado con mucha más gente y nadie lo insultaba. Aun así, a Effie no parecía importarle; de hecho, daba la impresión de que disfrutaba siguiéndoles la corriente.

—Estás al tanto de todo —dijo Anna.

Rowan apenas había tomado aliento y sus mejillas estaban preparándose para seguir con la matraca.

—Tengo una habilidad especial para memorizar mierda. Bueno, como te decía…

—Tengo que irme a clase. —Anna empezó a alejarse de ella.

—¡Sé que te encanta!

—Me das miedo —había exclamado Anna con un esbozo de sonrisa mientras aceleraba el paso.

—¿Han hecho magia? —dijo la tía, haciendo que Anna volviera a centrar su atención en el espejo.

Anna no apartó la mirada.

—Pues claro que no.

No era mentira del todo. No había presenciado ningún episodio con magia pura y dura, pero le habían dejado otra manzana. Había aparecido una semana después de haber descubierto la primera. Una manzana roja y jugosa con las palabras «¿Un mordisco?» grabadas en su deliciosa cáscara. Anna estaba convencida de que se trataba de ellos, de Effie o de Attis; nadie más habría sido capaz de abrir su taquilla y, hasta donde ella sabía, eran las únicas brujas del colegio. Su tía apenas hablaba de otras brujas ni le había revelado cuántas había; lo único que intuía Anna era que existía un sentimiento generalizado de división entre las brujas que eran como ellas y las que no, aquellas que las conducirían hacia su perdición si se les dejaba vía libre. *¿Habrá más brujas?*

Anna había agarrado la manzana con el brazo extendido, como si hubiera más posibilidades de que la fruta la mordiera a ella, y la había tirado a la papelera antes de echar a correr por el pasillo, incapaz de alejar de su nariz su apetitoso aroma veraniego. Casi podía olerla ahora, en la fría oscuridad de su dormitorio.

Su tía le tiró bruscamente del pelo.

—Anna, ¿me estás escuchando?

—Lo siento, ¿qué?

—¡He dicho que no puede haber magia! No podemos arriesgarnos a llamar la atención en este momento. —No dio más detalles. El horror inicial de Anna ante la noticia de los ahorcamientos se había desvanecido, pero su curiosidad no. El incidente ya no ocupaba la primera plana de los periódicos, pero la gente aún se hacía preguntas y seguía sin haber respuestas.

—Creí que las cosas se habían calmado.

—¿Calmado? ¿Te crees que algo que lleva siglos gestándose se va a calmar sin más? —replicó la tía de forma sombría—. El fuego acaba de encenderse. Los Cazadores aún pueden alzarse.

La tía hizo un nudo en el aire y el pelo de Anna se anudó mientras un escalofrío le recorría la columna. Quienes Conocen Nuestros Secretos, los Cazadores… La tía los había mencionado en otras ocasiones, pero nunca de forma tan intensa, tan urgente.

—Tú hazme caso y no te acerques a Effie. Sé cómo es y de lo que es capaz. Renuncié a todo para criarte. No lo eches a perder.

—No lo haré —aseguró Anna, sintiendo cómo las mentiras se deslizaban por su lengua. Eran mentiras, pero aun así un pesado sentimiento de culpa la invadía.

—¿Y qué hay de los chicos? ¿Te interesa alguno?

Anna no se esperaba esa pregunta.

—No. —Apenas podía considerarse una mentira. No tenía intención de involucrarse con ningún chico.

—Debes contarme si empiezas a tener sentimientos por alguno. La lujuria es una respuesta animal —dijo la tía, aunque sin mirarla. Se estaba contemplando a sí misma en el espejo—. El corazón acelerado, las palmas sudadas, que se te trabe la lengua… No es más que el deseo de gratificación sexual. Una reacción química. La testosterona y los estrógenos recorriendo tu cuerpo.

Anna habría preferido que las palabas «gratificación sexual» no hubieran salido nunca de los labios de su tía. Notó que le ardía la cara.

—Las pupilas de las personas se dilatan cuando ven a alguien que las atrae sexualmente. La lujuria habita en la mirada, Anna, al igual que las mentiras. No me mientas. —La tía volvió a posar la vista sobre ella—. La muerte de tus padres fue tildada como un crimen pasional. La pasión fue su veneno.

Después de que la tía se marchara, Anna se tumbó en la cama e intentó quitarse de la cabeza el aroma de las manzanas. En algún momento de la madrugada oyó que una puerta se abría: era la tía, que salía de su habitación. Anna permaneció inmóvil y prestó atención. Los pasos se alejaban. Escaleras arriba. A la habitación del tercer piso. La habitación a la que Anna no tenía permitido entrar.

¿A dónde vas, querida tía?

Con los años su intensa curiosidad se había disipado, pero todavía le molestaba el hecho de que su tía no la dejara entrar en aquella habitación, de que afirmara que allí no había nada de interés, que simplemente servía de trastero para guardar documentos que tenían que ver con las Encorsetadoras, y que, sin embargo, solo la visitara de noche. *¿Quién se pone a organizar papeles en plena noche? Y ella es la que se queja de las mentiras*. Anna escuchó con atención, pero los sonidos se desvanecieron. El silencio fue lo único que la recibió. *El silencio y los secretos*.



A la mañana siguiente, Anna abrió su taquilla con una creciente sensación de temor, pensando en las advertencias que le había hecho su tía. No encontró

nada fuera de lo común. *Me estoy volviendo paranoica…*

Una voz conocida la distrajo. Se asomó por la puerta de su taquilla y lo vio: Peter Nowell hablaba con unas cuantas personas no muy lejos de allí. Desvió la mirada un momento en su dirección y Anna se escondió tras la puerta, mientras advertía que su ritmo cardiaco aumentaba y que las palmas de las manos se le humedecían. *Son la testosterona y los estrógenos recorriendo tu cuerpo*.

—Es que es tan guapo… —Una voz cantarina le hizo cosquillas en la oreja. Anna se dio la vuelta y se topó con Attis, que le lanzaba una mirada divertida. Uno de sus ojos lucía más oscuro que el otro, como si fueran dos charcos: uno iluminado por la luz y el otro escondido en las sombras. Era la primera vez que hablaba con ella.

Ella cerró la taquilla de golpe.

—Solo estaba guardando mis cosas —replicó.

—Ah, menos mal. Creía que lo que hacías era babear por don Ricitos de Oro. —Attis dirigió un gesto en dirección a Peter sin ningún disimulo. Su acento le otorgaba una musicalidad a las palabras que intensificaba su sarcasmo. Anna notó que se ponía colorada. Se dispuso a tomar su cordón de nudos, pero encontró más gratificante enfadarse con él—. ¿Quieres que encienda los aspersores del techo para que se le moje la camisa? Seguro que así está muy *sexy* —prosiguió Attis, sacando un clip de entre los dedos. Anna se fijó en que tenía negras las puntas de los dedos y la piel de alrededor de las uñas.

Se acordó de lo que había dicho Effie durante su cena de cumpleaños, con súbito temor. *Attis le lanzó un maleficio a uno de mis ex*.

Comenzó a dar forma al clip y lo convirtió en una especie de símbolo, con los ojos puestos en los aspersores. Anna se lo quitó de la mano y lo llevó a un pasillo lateral.

—¿Qué haces? No puedes hablar de hacer magia… ¡Y desde luego tampoco puedes hacerla!

—¿Por qué no presumir de las cualidades de uno? Rápido, actúa normal —dijo con repentina urgencia, y apoyó el brazo en la pared que había detrás de ella. Peter y sus amigos pasaron de largo, sin reparar en ellos—. Por los pelos. —Se secó el sudor imaginario de la frente. Olía ligeramente a humo.

Ella lo apartó, más furiosa que antes.

—¿Qué? He tenido que improvisar. Si nos hubieran visto juntos, a ti y a mí, dos personas con poderes… ¿qué habrían sospechado? Podríamos estar jugueteando con magia. O puede que fuera la magia la que jugueteara con

nosotros. Hay peligros por todas partes. —Examinó el pasillo con los ojos entornados.

—Mi vida iba bien hasta hace dos minutos, cuando has aparecido tú. Vete a cagar. —Anna nunca había mandado a nadie a cagar. Hizo que se sintiera bien, sobre todo al decírselo a él. El timbre sonó.

—¿Me permites que te acompañe a la asamblea? —dijo ofreciéndole el brazo.

Anna le dirigió una mirada amenazadora.

—Tú no tienes que venir a nuestra asamblea.

—Qué pena. —Él sonrió de forma socarrona y volvió al pasillo; un grupo de chicas se lo quedó mirando mientras pasaba. Anna le puso los ojos en blanco al mundo.

Muchas chicas hablaban de él, pero Attis parecía ser una versión diferente del mismo chico según con cuál de sus ardientes admiradoras hablaras: desde un príncipe encantador, pasando por un sensible espíritu libre, hasta el típico chico malo. A Anna le parecía que, en todos los casos, Attis no era más que un reflejo de sus propios deseos, y no dudaba de que él hubiera usado sus habilidades de manipulación para que así fuera. Su cara bonita, su imponente presencia y su sonrisa juguetona lo habían convertido al instante en el favorito de casi todas las chicas. Su actuación era convincente, pero solo se trataba de una fachada de humo. Sus ojos lo delataban. Eran como espejos: grises, sonrientes para quien se mirase en ellos, pero, a fin de cuentas, vacíos. Nadie lo conocía de verdad. Y menos ella.

Volvió a su taquilla, pues todavía no había dejado su mochila. Abrió la puerta y ahogó un grito.

Dentro había una tercera manzana.

La cerró de golpe. *¿Attis?* Pero había estado cerrada todo el rato y él ni siquiera se había acercado. Pensó, inquieta, en la sonrisa que le había dedicado. Tenía que ser cosa de ellos. De Effie. De Attis. De Attis. De Effie. *¿Qué narices traman?* Una oleada de ira sustituyó rápidamente al miedo. *Es ridículo*. No dejaría que la intimidaran.

Volvió a abrir la taquilla, metió su mochila y sacó la manzana. Esta vez no había ningún mensaje. Era una manzana sin más. Con la piel brillante y de color rojo intenso. Fue hasta la papelera con la intención de deshacerse de ella de inmediato. Estaba tibia, y Anna podía oler el jugo del interior, dulce y fresco, como si se hubiera desprendido del árbol y hubiera rodado por un huerto cubierto de rocío esa misma mañana. Se preguntaba cómo sería su sabor.

¡No! ¿Qué me pasa? La dejó caer en la papelera. Pero al bajar la mirada, descubrió que aún la tenía en la mano. Volvió a intentarlo, pero su mano se negaba a dejarla caer. *No pasará nada… porque le dé un mordisquito…* Se llevó la manzana a la boca. Una parte de ella intentó resistirse, pero en cuanto sus labios rozaron la piel supo que era demasiado tarde. Hincó los dientes y mordió con ganas.

Su sabor era tan delicioso como se lo había imaginado, acaramelado tras recibir las caricias del sol que la había atravesado con sus penetrantes rayos. Estuvo a punto de darle otro mordisco, pero entonces se dio cuenta horrorizada de lo que acababa de hacer.

Se inclinó sobre la papelera y escupió la pulpa a medio masticar, y luego dejó caer la manzana. El jugo le había dejado las manos pegajosas, pero no tenía tiempo de ir a lavárselas; la reunión empezaba en dos minutos. Echó a correr por el pasillo, todavía saboreando la dulzura de la manzana y algo más… *¿Magia?*

Cuando llegó, el auditorio estaba lleno. El director Connaughty ya se había subido al escenario, aunque no la vio escabullirse hasta el extremo de la primera fila. Anna miró a su alrededor, y divisó a Effie varias filas detrás. La chica la pescó mirándola y le sonrió. Anna se dio la vuelta, turbada por su sonrisa.

Tras cantar el himno matutino, el director les contó una historia sobre un activista poco conocido de los derechos civiles que había sido detenido después de negarse a abandonar un restaurante, apañándoselas de algún modo para relacionar la lucha de la víctima con sus propias dificultades para convertirse en director.

—Debéis ser fieles a vuestros principios, y aun cuando todos los demás os digan que no, ¡vosotras responded que sí! Cuando os digan que solo tenéis madera de subdirectoras, que no tenéis lo que hay que tener para dirigir un colegio… ¡fijaos en mí!

En cuanto acabó, unió las manos y adoptó una expresión de solemnidad, al tiempo que los pliegues de su papada caían unos encima de otros.

—Y ahora, pasemos a mi parte menos favorita de la asamblea escolar. La lista de castigadas.

En el fondo le encantaba su método disciplinario: llamar a todas las castigadas a la tarima para que el resto del colegio se enterase de las transgresiones. Effie se estaba convirtiendo en una habitual:

Por faltar a clase…

Por intentar sobornar a un profesor con pretzels *de chocolate…*

Por saltarse el castigo…

Por mal comportamiento durante la revisión del uniforme escolar…

Se puso a leer los nombres y las chicas fueron subiendo al escenario con la cara ruborizada.

—Y por último —resopló—, Effie Fawkes, por pisotear un objeto perteneciente a un profesor. Dos semanas castigada después de clase.

La multitud empezó a murmurar. Effie se acercó al escenario, pero antes de recoger su nota de castigo se volvió hacia el público y sacudió la cabeza en señal de penitencia.

—Lo siento, señor Connaughty, y quiero disculparme también con el señor Tomlinson por pisotearle la peluca. —La multitud se echó a reír en respuesta—. Como lo expliqué en su momento, se le había caído de la cabeza y yo la pisé porque creí que era una rata. Le dije que si necesitaba otro peluquín, yo me encargaría de comprarle uno nuevo, más ajustado y que combinase con su color de pelo esta vez. —Sonrió benévolamente. Las risas fueron en aumento y Anna se dio cuenta de que estaba riéndose junto con todas las demás.

—¡Ya es suficiente! Si no abandona el escenario de inmediato, señorita Fawkes, tendrá dos meses de castigo.

—Lo siento, señor Connaughty. Puede acompañarnos si quiere a la tienda de pelucas… —Effie lanzó una ojeada a su escasa cabellera, la cual llevaba peinada a modo de cortinilla. El rostro de Connaughty se sacudió con una rabia gelatinosa. Las risas se intensificaron y Anna se dejó arrastrar por el ambiente. Resultaba extrañamente liberador. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que las carcajadas surgieran de su interior.

—¡Silencio! —gritó Connaughty—. La que vuelva a abrir la boca será castigada junto con la señorita Fawkes.

Las risas cesaron entonces, pero Anna las había reprimido en tantas ocasiones que se dio cuenta de que era incapaz de parar; era como si le hubiera quitado la tapa de una patada a un pozo profundo y no hubiera forma de volver a taparlo. Brotaban de su interior a ráfagas, primero intensas carcajadas y luego risitas gorjeantes.

No era la única. Oyó más risas procedentes de otras partes del auditorio… Miró a su alrededor con los ojos llorosos y vio que Rowan tampoco podía contenerse. Se reía para sí y se tocaba la cabeza como si se estuviera poniendo una peluca; resoplaba con fuerza cada vez que hacía el gesto.

Se oyó también un sonido agudo y penetrante: se trataba de Miranda Richards, que se sacudía con una discreta intensidad; hacía lo posible por

contenerse, pero de su interior salían unos bufidos parecidos a los de una tetera hirviendo. Anna la consideraba la persona menos propensa a reírse abiertamente durante las asambleas.

Miranda era una alumna que seguía las normas al pie de la letra, tan santurrona que ponía de los nervios a la mayoría de los profesores. Dirigía varios clubes escolares: el de las manualidades, el de repostería, el de poesía y el de catequesis. A Anna le costaba creer que estuviera riéndose —¡era Miranda, la fanática de la Biblia!—, pero también le parecía increíble que ella misma hubiera perdido los papeles.

¿Por qué sigo riéndome?

—SEÑORITAS, COMO NO DEJEN DE REÍRSE, TODAS ME ACOMPAÑARÁN AL DESPACHO DESPUÉS DE LA ASAMBLEA.

Pero la furia del director Connaughty resultaba desternillante. Anna lo intentó. Intentó detener las carcajadas con todas sus fuerzas. Agachó la cabeza, pero los hombros no dejaban de sacudírsele arriba y abajo, y los resoplidos se le escapaban entre los labios cerrados. Ni siquiera se acordaba de por qué había empezado a reírse. La culpa era del mundo. El mundo entero le resultaba totalmente ridículo, y el hecho de formar parte de él se le antojaba lo más absurdo de todo. Rowan dejó escapar un resuello descomunal.

—USTED Y USTED, Y MIRANDA RICHARDS, VAYAN A MI DESPACHO INMEDIATAMENTE. LA ASAMBLEA HA TERMINADO.

A Anna le dolía el estómago y le daba la impresión de que se le iba a caer la mandíbula, no podía respirar. *Por favor, basta*. Hizo lo posible por dominarse, apretó el estómago e intentó tomar aire, y, aunque las risas seguían aflorando, la sensación general empezó a desvanecerse. Solo entonces comprendió lo que acababa de pasar. Se había vuelto loca tras pasarse dieciséis años reprimiéndolo todo, sometida a las reglas de su tía. Tenía que ser eso. Pero no había sido la única que se había reído…

Effie apareció frente a ella.

—Para ser tan callada, has montado un buen numerito. Está claro que necesitabas desahogarte.

—¡Tú! —Anna abrió los ojos como platos—. La manzana…

—No sé a qué te refieres. Será mejor que te des prisa, Connaughty te espera. —Sonrió, y el destello de astucia que se reflejó en sus ojos confirmó las sospechas de Anna. *Ha sido ella. ¿Por qué intenta destrozarme la vida?* Anna tenía ganas de gritarle. Effie no solo había introducido la magia en el colegio, sino que la había convertido en un enorme espectáculo, de los que levantaban sospechas, de los que enfurecerían a las Encorsetadoras. Su tía se

lo había advertido. Una risotada histérica brotó de pronto de sus labios. Cerró la boca de golpe y notó el sabor de la manzana.

Rowan agarró a Anna del brazo.

—¿Qué ha pasado? Vaya cagada, Connaughty nos va a matar, ya verás. Pero, en serio, ¿qué ha pasado?

—N-No lo sé.

—Más vale que nos demos prisa. —Su voz sonaba ronca y apesadumbrada—. ¿Vienes, Miranda?

Miranda seguía paralizada en su asiento; el pequeño hoyuelo de la barbilla le temblaba y las lágrimas corrían por sus mejillas. Su rostro en forma de corazón era el típico rostro que en circunstancias normales resultaba agradable, pero en su caso reflejaba cierta altanería debido a la nariz respingona y a la forma en que mantenía la cabeza en alto, como si le desagradara todo aquel que la rodeaba. Alzó la cabeza aún más.

—¿Con vosotras? Ni se me ocurriría. Iré yo sola.

—Como quieras.

—Que os divirtáis. —Effie se despidió con la mano mientras Anna y Rowan salían del auditorio.

—Todas nos miran, ¿no? —preguntó Rowan.

Anna observó el auditorio, que iba vaciándose poco a poco, y asintió.

Rowan gimió.

—No me extraña. Se nos ha ido la olla delante de todo el colegio. Era como… como si no pudiera controlarlo, como si algo se hubiera apoderado de mí… algo… en fin… algo sobrenatural… —Miró a Anna de forma extraña —. A ver, el comentario de la peluca tampoco ha tenido tanta gracia. Retiro lo dicho, distráeme, corre; no quiero volver a empezar. —Una risita escapó de los labios de Rowan y ella se tapó la boca con la mano, con los ojos llenos de miedo.

Llegaron a la mesa de la secretaria.

—Venimos a ver al director —dijo Anna, temiendo abrir la boca durante más de un instante.

La secretaria frunció los labios.

—Esperen ahí un momento. Las haré pasar de a una.

Se sentaron y Rowan se volvió hacia ella de nuevo.

—¿Encontraste… eh… algo en tu taquilla esta mañana? ¿Alguna cosa rara? ¿Que no tuviera que estar ahí?

Anna abrió los ojos como platos un momento, sin saber qué decir ni qué contarle. Negó con la cabeza.

—No me fijé.

Rowan le dirigió una mirada escrutadora que la hizo sentirse expuesta.

—Vale, si tú lo dices.

—Señorita Greenfinch, ya puede pasar.

—Deséame suerte. —Rowan sonrió. Anna juntó las manos en señal de consuelo, sintiéndose fatal por Rowan mientras la veía desaparecer en el despacho. Se quedó mirando fijamente la puerta y pensó en las preguntas de Rowan, en la manera en que había dicho la palabra «sobrenatural». *¿Cómo era posible que sospechara algo?*

—Disculpe. —Anna oyó a Miranda tras ella—. He venido a ver al director. Soy Miranda Richards. —La voz le tembló.

—Espere ahí. —La secretaria señaló el asiento que estaba junto a Anna. Miranda la miró con desdén y se sentó; se recogió el pelo en una pulcra coleta. Tras unos instantes, apoyó la cabeza en las manos y empezó a sollozar.

—¿Estás bien? —susurró Anna, pero Miranda la ignoró intencionadamente y se puso a llorar más fuerte.

Tras lo que parecieron horas, Rowan salió del despacho con aspecto totalmente abatido.

—Le toca a usted. —La secretaria señaló a Anna. El corazón le empezó a martillear en el pecho y el sabor de la manzana se tornó amargo. ¿Cómo iba a explicar su comportamiento? No podía echarle la culpa a una pieza de fruta. Si su tía se enteraba… No quería ni imaginárselo. Estaría acabada. No, acabada no. Pero sí *amarrada*.

Connaughty estaba sentado frente a su escritorio, con la silla un poco alejada para que cupiera su barriga, sobre la que tenía apoyados los dedos; tenían un aspecto tan reluciente y rechoncho como las babosas tras la lluvia. Sin embargo, en contraste con sus rasgos caídos, su mirada era aguda, y siguió a Anna hasta su asiento. Anna se sentó y le dedicó una sonrisa, con la esperanza de que eso ayudara.

—Anna Everdell, ¿correcto?

—Sí, director Connaughty.

—Es la primera vez que viene a mi despacho, ¿verdad? Sospecho que es porque normalmente su comportamiento es ejemplar. Razón por la cual este extraño arrebato me preocupa todavía más. ¿Desea explicarse?

Anna bajó la mirada.

—No sé qué ha pasado. No tengo ninguna explicación.

El director entrelazó sus rechonchos dedos.

—«No lo sé» no es respuesta suficiente.

—Lo siento, director Connaughty. Le prometo que no volverá a pasar.

—¿Ha sido una broma o algo así? ¿Tiene algo que ver con esa chica, Effie? ¿La obligó a hacerlo?

Anna negó con la cabeza, a pesar de su firme creencia de que Effie era la culpable de todo.

—Ya veo. Así que lo que está diciéndome es que tres alumnas que jamás se han metido en problemas han acabado todas en mi despacho justo después del numerito de Effie. Ojalá no la hubiera dejado matricularse. Expulsar a una alumna no es tan sencillo como parece, hoy en día hay que rellenar todo tipo de papeleo. De no ser por eso, esa chica habría sido historia el primer día.

Anna le sostuvo la mirada.

—No fue Effie.

Él rodeó su escritorio y se sentó en el borde. Se inclinó hacia ella hasta quedar a una distancia demasiado incómoda.

—Se nota que es usted buena chica, señorita Everdell. —El aliento le olía a basura—. Le sugiero que no se junte con la gente equivocada. Muchas alumnas prometedoras acaban echándolo todo a perder a esta edad. ¿Cree que hoy estaría donde estoy si me hubiera puesto a hacer el gamberro? ¿Que sería el director de uno de los colegios más prestigiosos de Londres? —Anna negó con la cabeza—. Si vuelve a hacer algo parecido, encontraré la forma de expulsarla a usted en su lugar, ¿queda claro?

Si la expulsaban, su tía descubriría lo que había hecho. No volvería a dejarla salir de casa. Se pasaría el resto de sus días estudiando las correspondencias y nadie volvería a saber de ella. Nunca tendría la oportunidad de vivir su propia vida.

—No volverá a ocurrir nada parecido —le prometió.

—Bien. Sin embargo, debo castigarla.

Anna unió las manos. *Por favor, que no se lo diga a la tía*.

—Quiero que escriba una redacción de cinco mil palabras titulada «El significado del respeto», y se quedará castigada por la tarde durante una semana, empezando el lunes. —La observó durante un largo momento—. Como es su primera falta no enviaré una nota a sus padres, pero confío en que les cuente el motivo por el que llegará tarde a casa todos los días de la semana que viene. —Volvió a su silla.

—Se lo explicaré —dijo Anna, optando por no contarle que sus padres estaban muertos. Aunque a él le daba igual. No iba a contárselo a su tía, y eso era lo único que importaba. Ahora solo se le tenía que ocurrir una razón convincente para explicar por qué iba a llegar tarde todas las noches de la

semana siguiente, aunque era más fácil decirlo que hacerlo. *La tía siempre se entera de todo*.

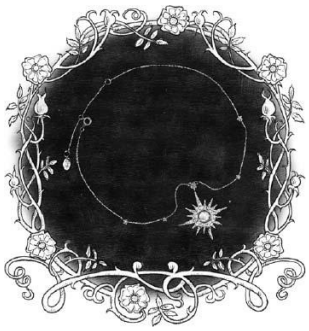
—Le sugiero que se marche antes de que cambie de opinión. —Connaughty alzó los brazos y se recostó en la silla, reacomodándose el escaso pelo de forma inútil. Anna notó que una pequeña carcajada reptaba por su garganta; tosió con fuerza y se dispuso a salir a toda prisa.

—Señorita Everdell. —La detuvo antes de que cruzara la puerta—. Espero no volver a verla en mi despacho.

Ella asintió y se marchó. Miranda seguía sollozando en silencio, con la cara salpicada de trocitos de pañuelo. Anna sacó un pañuelo sin usar de un paquete que llevaba en la chaqueta y se lo ofreció.

—Gracias, pero no necesito que me des nada. —Lo apartó de un manotazo—. No quiero que ni tus amigas ni tú os acerquéis a mí.

—No son mis amigas —dijo Anna, pero Miranda no la oyó, pues ya estaban haciéndola pasar para recibir su sermón.



HIERRO

Nuestro objetivo es purgar al mundo de la pecaminosa magia, acabar con la Suma Hilandera y cerrar de nuevo el Ojo. Hasta que ese día llegue, debemos cumplir con nuestro deber: ocultar la magia, resguardar nuestro corazón del pecado y amarrar a las que no lo estén. Cuantas más seamos, mayor será nuestro silencio.

El deber de una Encorsetadora, *El libro de las Encorsetadoras*.

Anna recordaba el sonido que había hecho el tallo al romperse.

Lo sintió en su cuerpo entonces, el día que sucedió. Selene había arrancado uno de los capullos del rosal de la tía. A Anna le había empezado a latir el corazón con un infantil sentimiento de confusión y miedo, consciente de que Selene había hecho algo muy malo.

«No pongas esa cara, cerillita». La voz de Selene había sonado tan animada como la mirada que reflejaban sus ojos. «Me encargaré de cubrir nuestras huellas. No es más que un juego. Tu tía no volverá hasta dentro de varias horas. Toma». Selene le había tendido la rosa. Anna se había mostrado reacia a quedársela, pero Selene había insistido.

En sus manos, la rosa no le daba tanto miedo y la sonrisa de Selene era completamente alentadora…

El recuerdo había permanecido en su mente todo el día: había sido uno de los juegos que Selene llevó a cabo durante su primera visita, cuando Anna experimentó la magia por primera vez.

«Bueno», había dicho Selene. «¿Qué crees que es?».

«Una rosa», había respondido Anna, sin saber si estaba bromeando.

«Descríbemela».

«Eh…, es de color rojo. Rojo oscuro. Y muy bonita, aunque esté cerrada».

«¿Qué notas al tocarla?».

Anna acarició el pétalo.

«Es suave como el algodón; no, como la rebeca de terciopelo de la tía, aunque de un modo diferente, más vivo…».

«¿A qué huele?».

Anna inhaló profundamente. Era difícil saber a qué podía oler una rosa si no era a rosa.

«Es un olor dulce, como el del jardín en verano». Volvió a inhalar. «Pero… también huele a algo oscuro, como la noche, como un secreto…».

«¿Qué oyes al acercártela a la oreja?».

Anna miró a Selene, confundida.

«Nada».

«¿Estás segura?».

Anna se llevó la rosa a la oreja y —ahora, echando la vista atrás, no tenía idea de cómo lo había hecho— respondió:

«Un susurro, ¿verdad? Muchos susurros a la vez, como si fueran preguntas, como… no lo sé…».

«¿A qué sabe?».

Anna frunció el ceño.

Selene arrancó un pétalo y dio un bocado.

«¿Ves? No pasa nada. Venga, prueba un poco».

Anna soltó una risita y mordisqueó la punta.

«Sabe bien…, como a fresas y a nubes de azúcar, como…», Anna no sabía cómo describir lo que estaba saboreando. «A perfume, a medianoche, a amor…». No entendía del todo lo que estaba diciendo.

«Estupendo. Y ahora bien: ¿qué tacto tenía su sabor? ¿Qué has visto al oírla? ¿Qué tacto tenía su olor? ¿A qué sonaba cuando la has rozado?».

La Anna de siete años se había quedado perpleja.

«No respondas en voz alta. Simplemente concéntrate en las preguntas. Albérgalas todas en tu mente y deja que se conviertan en una sola».

Anna recordaba haber mirado la rosa, intentando retener en su interior todas las características que la hacían una rosa. Al cabo de un rato, exclamó:

«¡Sí! ¡Puedo sentirlo! ¿Qué es eso?».

Pero el recuerdo empezaba a desvanecerse. *¿Qué es lo que sentí?*

«Magia». Selene había aplaudido encantada. «Has encontrado el mundo de la rosa. Verás, todas las cosas poseen un mundo en su interior».

¿La rosa había empezado a abrirse en sus manos? Anna evocó la imagen de los pétalos desplegándose en abanico… El recuerdo intentaba abrirse paso

en su memoria, pero ella fue incapaz de aferrarse a él; por mucho que lo intentase no pudo sentir lo que había sentido entonces. El recuerdo había perdido toda su magia.

He perdido toda mi magia.

No recordaba que su tía la hubiese regañado por el incidente, lo que significaba que no se había enterado y, sin embargo, Anna sentía que en el fondo su tía había sido consciente, que ninguna mentira o engaño se le escapaba.

Aquel pensamiento no la reconfortó lo más mínimo cuando se encaminó hacia el aula donde iba a cumplir su primera tarde de castigo. El día ya había sido bastante duro: tuvo que ignorar los constantes comentarios sobre su ataque de risa en la asamblea, pero lo que realmente la inquietaba era la mentira que le había contado a su tía. Durante el fin de semana, le había dicho que quería asistir a unas sesiones de estudio después de clase. La tía solo había cedido después de que Anna insistiera en lo mucho que podían hacerla avanzar. Tenía una semana para probar qué tal le iba —*¡Siempre y cuando estés en casa antes de la siete y ni un momento después!*—. Anna aún no podía creer que se hubiera salido con la suya, pero al marcharse de casa esa mañana había vuelto la vista hacia el rosal del pasillo, sin poder reprimir la sensación de que las rosas la estaban observando. Estaban cerradas a cal y canto…, pero permanecían vigilantes.

Era culpa de Effie. *¡Esa maldita manzana mágica! ¿Qué quiere? ¿Por qué lo hizo?* Anna prefería no pensar en las respuestas, así que llamó a la puerta del aula de castigo.

—Adelante. —Había una profesora joven de pelo rubio sentada tras la mesa.

—¿Es esta el aula de castigo?

—Sí, siéntese. Póngase a hacer los deberes. Nada de hablar ni de comer ni de reírse… —Le lanzó una mirada penetrante a Anna—. Podrá salir dentro de una hora.

Miranda ya estaba haciendo los deberes en primera fila con un escuadrón de rotuladores sobre el pupitre. Ignoró a Anna deliberadamente mientras esta pasaba por al lado y alzó su nariz respingona en dirección contraria.

Rowan abrió la puerta de golpe.

—Lo siento, señorita Pinson. —Estaba sin aliento—. Hemos salido tarde de clase; no pretendía llegar con retraso, pero tenía que ir al baño y me ha costado encontrarlo… No me suelen castigar, ¿sabe? A ver, sí me he tenido que comer algún que otro castigo a la hora del almuerzo, pero nunca por algo

grave. Una vez me castigaron por intentar llevarme a casa el hámster del colegio, aunque no lo estaba robando, es que parecía muy solo y…

La señorita Pinson se llevó un dedo a la sien.

—Siéntese, por favor.

—Sí, me he traído los libros. Cielos, estoy sudando.

—En silencio.

—En silencio. —Rowan se dejó caer en el pupitre junto al de Anna.

Effie llegó tarde. El pelo negro le había crecido con mucha rapidez desde que se lo había cortado, casi volvía a llegarle por debajo de los hombros.

—No puede presentarse cuando le viene en gana. —La señorita Pinson la fulminó con la mirada—. Si vuelve a llegar tarde mañana, estará castigada una semana más.

Effie se dio la vuelta y les dedicó una sonrisa. Anna sintió que su enfado disminuía un poco, pero entonces vio lo que Effie llevaba en la mano: una manzana. Le dio un mordisco y se sentó.

—No está permitido comer, señorita Fawkes.

Effie dejó la manzana en el borde de su pupitre. Rowan y Anna intercambiaron una mirada. Aquello no era más que un juego para ella.

Los primeros minutos transcurrieron en medio de un silencio lento y pesado; lo único que se oía era el *tictac* del reloj y la fricción de los bolígrafos de Miranda al escribir. Entonces, hubo un fuerte golpe. Anna levantó la mirada y vio que la señorita Pinson se había desplomado en el escritorio.

—Madre mía. —Anna se levantó de un brinco y fue hacia ella corriendo. Effie se echó a reír. Miranda se puso a chillar.

Rowan sacó el móvil.

—Llamaré a una ambulancia.

Anna la examinó.

—Creo que está dormida.

Sin duda, la profesora seguía respirando. Tenía los ojos cerrados y murmuraba, como si estuviera soñando. Anna le sacudió el hombro con suavidad, pero no se despertó.

—Va a estar frita por lo menos una hora —dijo Effie, dándole otro mordisco a la manzana.

—Tú… —Anna se giró hacia Effie. *¡Ha sido ella! ¡Y lo ha hecho delante de todas… de chicas que no son brujas!* Una cosa es que hubieran estado ellas dos solas en el aula, pero aquello era impensable. Cada uno de los principios de las Encorsetadoras que le habían enseñado resonaron con fuerza en su cabeza.

Intentó mantener la calma.

—Vale, podemos seguir con el castigo hasta que se despierte…

—Qué buena idea —dijo Effie—. La profe quedó nocaut, pero vamos a portarnos como una panda de santurronas. Un momento, se me ha ocurrido otra idea. Hagamos magia.

Anna se quedó paralizada. Effie había dicho «magia». En voz alta. La palabra quedó flotando en el aire de forma extraña, en contraste con el ambiente aburrido e institucional del aula. Le lanzó una mirada desesperada —*¿Qué crees que haces?*—, incluso Selene se habría enfadado. Existían ciertas reglas: estaba prohibido hablar de magia abiertamente. Rowan se removió en su asiento de manera incómoda. Miranda, que aún tenía un rotulador en la mano, parecía aterrada.

—Una forma estupenda de romper el hielo. —Effie se rio—. Todas sois brujas. No he incumplido ninguna regla. Me he tomado muchas molestias para que nos castigaran a todas a la vez. Aunque confieso que ha sido divertido.

Un silencio siguió a sus palabras. A Anna le martilleó el corazón en el pecho. Se observaron unas a otras. *¿Será verdad? Rowan puede que sí lo sea, pero ¿Miranda? ¿Una bruja?* En una ocasión había tildado a una chica de seguidora de Satanás por maldecir en clase.

—Venga —insistió Effie—. Os morís de ganas, y lo sabéis. Por algo mordisteis las manzanas…

—No fue decisión nuestra. ¡Las hechizaste! —Rowan se cruzó de brazos.

—Claro que fue decisión vuestra. Le disteis un buen bocado al fruto del conocimiento oculto. Me pareció apropiado.

—¡Nos podrían haber expulsado por tu culpa!

—Solo fue un hechicito de nada. —Effie se sentó en uno de los pupitres.

—Las manzanas esas… magia… —A Miranda le temblaba la voz—. ¿Qué ocurre?

Effie suspiró con fuerza.

—Os he estado observando a todas. Rowan, tú eres bruja y vienes de una familia de brujas, ¿no es así? Miranda, tú has estado rezando como una desesperada en la iglesia porque crees que te ha poseído el diablo. ¡Felicidades, no estás poseída! Simplemente eres bruja. Anna, puede que seas una de las brujas más sumisas que he conocido nunca, pero aun así sigues siendo una de nosotras. Sabes que lo sé, así que no tienes ningún sitio al que huir. —Effie la señaló con el dedo—. Ahora que están las cosas claras, ¿qué tal si montamos un aquelarre?

Volvieron a guardar silencio. La profesora murmuró en voz baja. Finalmente, Rowan se encogió de hombros.

—Bueno, sí, soy una bruja, ¿y qué? —Miró a Anna como disculpándose.

Fue entonces cuando Miranda perdió los papeles. Recogió los bolígrafos de su pupitre y empezó a meterlos en la mochila.

—¡Estáis locas! ¡Las tres! ¿A qué viene esto? ¿Estáis gastándome una broma macabra o algo así? —Su voz oscilaba como la pata de un ratón atrapada en una trampa, la boca le temblaba.

Miró a la profesora con temor, pues era evidente que estaba dividida entre su desesperación por salir de allí y su reserva innata a marcharse sin permiso.

—Aquí la única que lleva al diablo dentro ERES TÚ. —Miranda señaló a Effie y fue hacia la puerta hecha una furia. El picaporte giró, pero no se abrió. Lo retorció frenéticamente.

Effie les lanzó una mirada a Anna y a Rowan.

—¿Qué habéis hecho? —chilló Miranda golpeando la puerta—. Estamos atrapadas, no se abre. ¡AYUDA! ¡AYUDA!

—Déjala salir, Effie, ya te has divertido bastante —dijo Anna.

—En realidad, no. Vamos a darle un momento para que se tranquilice.

—ESTAMOS ATRAPADAS. INTENTAN MATARME. ¡AYUDAAAA! —Miranda corrió hacia las ventanas y empezó a golpearlas, pero estaban a tres pisos de altura.

—Venga, Effie, esto es ridículo. —Era evidente que Rowan nunca había intentado poner voz de enfado hasta ese momento: no iba con ella.

—Lo único que os pido es que me escuchéis —dijo Effie, con un tono de voz totalmente razonable, a pesar de que acababa de encerrarlas en un aula con una profesora inconsciente.

—Miranda, Miranda. —Rowan se acercó a ella—. No alucines. Vamos a escuchar lo que tiene que decir y luego nos iremos a casa.

Miranda se desplomó contra la pared y empezó a llorar.

—Eso si no nos mata antes.

—Nadie se va a morir —dijo Anna, uniéndose a ellas—. No exageremos.

—Pero nos ha encerrado aquí con sus artes satánicas. ¡Nos va a obligar a venderle nuestra alma!

—No quiero vuestra alma. —Effie se levantó—. Solo que me prestéis atención.

—Se me ocurren un centenar de formas más civilizadas de conseguirlo —murmuró Rowan.

—Pero esto es más divertido, ¿no? Nuestra primera aventura como aquelarre.

—¡No somos un aquelarre! —chilló Miranda.

—Oye. —Effie intentó hablar con suavidad—. Por lo que he podido observar, creo que todas sois brujas. Podría equivocarme, pero es poco probable. Sin embargo, esa no es la única razón por la que os he reunido aquí. No sois solo brujas, sino también unas marginadas. No tenéis amigos ni encajáis. Sois las olvidadas.

—Gracias, Effie, me lo pondré de perfil en mis redes sociales —dijo Rowan.

—Rowan, las chicas se meten contigo por tu peso y por… —Effie hizo un gesto difuso—… lo rara que eres en general. —Se volvió hacia Miranda—. Tú eres la loca de la Biblia y además no le caes bien a nadie. —Miró a Anna —. Y tú es como si no existieras.

Anna sabía que era verdad, que ella misma había adoptado ese papel a propósito, pero, aun así, dolía oírselo decir a Effie. Las demás tenían una razón para ser consideradas raras, personalidades fuertes que no encajaban en la jerarquía de popularidad del colegio, pero la suya era una ausencia. Un espacio vacío.

—Y a mí —Effie se puso una mano en el pecho—, me tiene miedo todo el mundo.

—¡A mí no me das miedo! —gritó Miranda.

—Ah, ¿no? —Effie chasqueó los dedos y las luces se apagaron.

Miranda lanzó un chillido y se puso a rezar. Effie se echó a reír.

—Effie, así no nos vas a convencer —dijo Rowan en la oscuridad.

Las luces volvieron a encenderse.

—Bueno, como iba diciendo: no encajamos. Puede que sea porque somos brujas o tal vez porque estamos algo trastornadas. En cualquier caso, nadie nos va a aceptar. Pero juntas… podríamos formar parte de algo. Podríamos ayudarnos unas a otras. —Effie había tomado carrerilla, hablaba de forma tan apasionada como la tía cuando mencionaba a las Encorsetadoras. Ambas eran capaces de atraer la atención sin apenas moverse, limitándose a incrementar la intensidad de su voz y la profundidad de las emociones que se reflejaban en su mirada.

Se acercó a ellas.

—Miranda, sé que tienes miedo. Tienes miedo de las cosas que has hecho, de todas las veces que ha ocurrido algo a tu alrededor para lo que no tienes ninguna explicación, pero yo puedo ayudarte. No te pido que abandones tu

religión, solo que examines durante un momento las partes restantes de la persona que eres. Si al final no te convence, puedes marcharte. Sé que todas estamos asustadas, pero también sentimos curiosidad, y no hay nada más poderoso que la curiosidad de una bruja…

—Yo no soy ninguna bruja —dijo Miranda en voz baja.

—Sé que te gusta lo que sientes cuando la magia fluye por tu cuerpo.

—No soy una bruja. —Miranda levantó la cabeza. Tenía el rostro desencajado de la ira y el pelo se le estaba soltando de la coleta.

—Demuéstralo y podrás marcharte.

—¡Yo no tengo que demostrarte nada!

Effie suspiró.

—Entonces, va a ser una noche muy larga.

—¿Cómo vamos a demostrarlo? —dijo Anna.

—Con hierro. —Effie se sacó uno de los muchos collares que llevaba al cuello, uno que tenía un colgante en forma de estrella en el extremo—. Es de hierro. Me lo hizo Attis.

> «Por medio del hierro podré vislumbrar.
> El llanto de bruja lo hará crepitar.
> Rojos como la sangre, negros como el tizón,
> ¿qué oscuros secretos desvelará su canción?».

Rowan recitó el verso y luego dijo:

—Es una canción antigua.

—Exacto. —Effie asintió—. El hierro se usaba como detector de brujas en la época en la que se las cazaba. Sirve cualquier fluido corporal: sangre, saliva, lágrimas, orina… Si eres una bruja, el hierro se pondrá a chisporrotear…

—¡Os dije que nos iba a matar! ¡Nos quiere quemar!

—No alucines, nena. —Rowan le puso la mano en el hombro a Miranda. Esta se apartó—. Solo tienes que escupir sobre el hierro. Si eres un ser humano normal y corriente, no pasará nada.

Por la mirada que le echó Miranda al collar, parecía que hubiera sido extraído y forjado en las profundidades del mismísimo infierno. Anna se acordó de la vez que fue al médico hacía años, cuando el doctor Webber había dejado caer su sangre sobre aquel disco de metal —*¿Era de hierro?*—. Se había puesto a chisporrotear.

—Si no sois brujas, os podéis marchar —corroboró Effie.

—Seré la primera —se ofreció Rowan. Effie asintió y dejó el colgante sobre el pupitre—. Me encantaría ponerme en plan dramático y rebanarme la palma con un cuchillo, pero… —Rowan se inclinó hacia delante y escupió sobre el colgante. En el instante en que su saliva rozó el hierro, este empezó a chisporrotear, elevándose en forma de vapor—. Toma ya. —Lanzó un puño al aire—. No he perdido mi toque.

—Anna. —Effie señaló el collar con un asentimiento de cabeza.

Anna se quedó paralizada. No podía escupir sobre el colgante. Iba en contra de las reglas. Era peligroso. Y aterrador, aunque por la razón equivocada…

¿Y si escupía y no ocurría nada? *No me queda ni una gota de magia*.

—Anna…

Le resultaba imposible pensar con claridad bajo la implacable mirada de Effie. Anna se aproximó al pupitre, intentando razonar consigo misma: si no ocurría nada, mejor para ella, ¿no? Effie la dejaría tranquila y la magia permanecería para siempre a una distancia segura, una distancia aplaudida por su tía.

—Vamos —insistió Effie—. ¿Qué tienes que perder?

Todo, pensó Anna mientras se inclinaba sobre el colgante y escupía.

Se puso a chisporrotear. De manera firme, clara y concluyente. *Magia*. Todavía se encontraba en algún lugar de su interior. Una oleada de alivio la recorrió antes de que la invadiera la vergüenza y se diera cuenta de la estupidez que acababa de hacer: descubrirse ante un grupo de brujas que no conocía y en el que desde luego no podía confiar. Su tía la mataría.

—Fenomenal. —Effie esbozó una sonrisa, pero Anna no estaba segura de si había sonreído por ella. Se volvió hacia Miranda.

—Hazlo y acabemos de una vez. —Rowan le dio a Miranda un suave empujón en la espalda.

—Os arrepentiréis de esto. —Miranda fue hasta el pupitre con lágrimas en los ojos. A Anna le dio pena—. Ya veréis. —Se inclinó sobre el colgante, pero se detuvo y sacudió la cabeza; acto seguido, volvió a inclinarse y dejó caer una pequeña cantidad de saliva por encima. El colgante chisporroteó. Miranda retrocedió de un salto, más sorprendida que ninguna de las demás—. ¡Es un truco! —gritó—. Seguro que chisporrotea sin importar de quién sea la saliva.

Effie recogió el collar y se acercó a la profesora, que roncaba plácidamente. Le metió su propio dedo en la boca y lo restregó sobre el colgante. No ocurrió nada. Miranda se quedó con la boca abierta.

—Y además te vi hacer un hechizo hace dos días —dijo Effie—. Corinne se burló de ti por hacer deberes extra. Escribiste su nombre en un trozo de papel y lo perforaste con el boli, y luego a ella le dio una migraña horrible y tuvo que irse a la enfermería.

—¡No es verdad! —gritó Miranda, pero parecía avergonzada—. Solo escribí su estúpido nombre en un trozo de papel, ya está. De todas formas no puedo ser una bruja porque nadie de mi familia tiene magia.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Effie.

—Sí —dijo Miranda con brusquedad—. La familia de mi padre es de un pueblecito de Shropshire y considera cualquier cosa que vaya más allá del ámbito de los horóscopos de revista como algo demasiado extravagante; mi madre es de Richmond y básicamente dirige la iglesia evangélica de la zona. Sus padres llegaron desde Nigeria, pero trajeron consigo biblias y crucifijos, no palos de escoba ni muñecos de vudú. Nunca he oído la más leve insinuación de que…

—Las habilidades mágicas no tienen por qué ser heredadas —la interrumpió Effie—. Se transmiten de padres a hijos, pero no siempre. A veces, simplemente encuentran a la persona. Eres muy afortunada, ¿no crees?

A Anna no le habría extrañado que Miranda se hubiera puesto a llorar otra vez. Rowan la rodeó con un brazo.

—Tranquila, Manda.

Ella sorbió por la nariz.

—Es Miranda.

—No es para tanto. Toda mi familia practica magia y la verdad es que son gente muy simpática, excepto mi abuela por parte de padre, que es más mala que un dolor. Aunque ya apenas puede llevar a cabo un hechizo en condiciones.

—No os voy a obligar a uniros al aquelarre, pero os invito a que lo penséis —dijo Effie.

—Pero ¿por qué quieres juntarte con nosotras? —Miranda frunció el ceño —. Como bien has dicho, somos las marginadas del colegio.

Effie se encogió de hombros.

—Las brujas siempre están marginadas, pero es mejor que ser unas profanas.

—¿Cómo que unas profanas? —preguntó Miranda.

—Personas normales y corrientes —dijo Rowan como si fuera obvio.

—Además, es mejor ser cuatro brujas que una sola. —Effie sonrió—. Juntas podemos descubrir lenguajes nuevos y perfeccionar nuestras

habilidades. Será como un grupo de apoyo para gente con inclinaciones mágicas. Una sesión de terapia semanal. Reuniones de desarrollo personal holístico con algún que otro ritual.

Rowan se echó a reír y Anna sonrió. Le sentó bien después de la tensión de los últimos cuarenta minutos.

—Podemos aprovechar el castigo del viernes para celebrar la primera reunión del aquelarre. No haremos magia, solo nos conoceremos un poco mejor. ¿Quién se apunta?

—Qué narices —dijo Rowan—, no es como si mi vida social fuera una maravilla.

Effie miró a Anna. Lo único que tenía que hacer era negarse. *Di que no y ya está. ¿Por qué no puedo decir que no?*

—Ya veremos cómo se presenta el viernes —dijo, dándose cuenta de que había estado conteniendo la respiración. De todas formas, tenía que cumplir el castigo y ya había mentido a su tía… *¿Qué más da una mentira más?* De momento, podía seguirle la corriente a Effie y entonces, cuando la semana llegara a su fin, inventar una excusa y alejarse de ella para siempre.

Effie sonrió de manera breve y se volvió hacia Miranda.

—¡Por supuesto que no! ¿Crees que después de la que has armado, y después de ESO —Miranda señaló a la profesora inconsciente—, y DE ESO —la puerta cerrada—, voy a juntarme con unas raritas como vosotras? No soy bruja.

—Vale, doña negacionista, puedes marcharte. —Miranda salió pitando hacia la puerta—. Una cosa más: he grabado nuestra agradable reunión. —Effie señaló el móvil que había apoyado contra la manzana de su escritorio—. En serio, estoy muy preocupada por ti, así que a lo mejor tengo que enviarles el vídeo a tus padres. Vaya por Dios, creo que se quedarán de piedra. ¿Alguien ha dicho «exorcismo»?

La mano de Miranda empezó a temblar sobre el pomo. Se volvió con la mirada invadida por el odio y el hoyuelo de la barbilla temblándole.

—No te atreverás…

—Ven a la reunión y no tendrás que averiguarlo.

Una llamada en la puerta sobresaltó a Miranda. Un rostro apareció en el cristal: Attis.

—¡Sácame de aquí! —gritó histéricamente—. ¡Ayuda! ¡Por favor, ayuda!

Attis abrió la puerta, examinando a la gritona con curiosidad, y la sostuvo. Miranda se quedó donde estaba.

—¿Qué tal ha ido la primera reunión del aquelarre? —Esbozó una sonrisa.

Miranda abrió los ojos como platos al darse cuenta de que él también estaba en el ajo.

—¡Eres el diablo, has venido a arrastrarnos al infierno!

—Solo os traigo la merienda. —Levantó un paquete de bollos de chocolate. Rowan empezó a reírse. Las demás se le unieron. A Anna le pareció ver un amago de sonrisa en la comisura de la boca de Miranda, pero esta desapareció rápidamente.

—Dame uno. —Effie se recostó en su silla—. No sabes lo que me ha costado convencerlas.

Él se acercó y se puso a masajearle los hombros.

—Más vale que os sentéis —les aconsejó Effie—. La profe está a punto de despertarse.

Miranda se apresuró a volver a su pupitre. Attis tomó asiento junto a Effie y se metió en la boca varios bollos de chocolate a la vez.

—¿Quieres uno? —le preguntó a Anna con la boca llena, y acercó el paquete en su dirección. Ella negó con la cabeza, a pesar de que estaba hambrienta.

La señorita Pinson emitió un murmullo y se levantó de golpe, con un hilillo de baba corriéndole por la barbilla.

—*Queeaaa* —dijo de forma incoherente. Todos estaban haciendo los deberes en silencio—. Debo de haberme quedado dormida un segundo… —Miró el reloj y se percató, sorprendida, de la hora que era. Posó la mirada en Attis—. ¿Usted qué hace aquí?

—Vengo a recoger a Effie.

—Pues espere fuera.

Él se levantó y le ofreció un poco de chocolate.

—Ehm, no, gracias. —La señorita Pinson se secó la baba, avergonzada—. Bien, son las seis, ya pueden marcharse.

Effie se levantó de un salto.

—Nos vemos mañana. —Esbozó una sonrisa y le hizo un gesto con el móvil a Miranda antes de marcharse con Attis. Miranda se apresuró a reunirse con su madre, y Rowan y Anna salieron juntas al pasillo.

—Bueno, no ha estado mal —dijo Rowan. El colegio se había quedado extrañamente silencioso después de clase, con las aulas a oscuras al otro lado de la puerta—. Podría ser divertido montar un aquelarre, y si él se pasa de vez en cuando… yo me apunto.

Anna se echó a reír, casi sin ser capaz de asimilar que estuvieran hablando de magia abiertamente.

—Había empezado a sospechar que eras bruja —dijo Rowan.

—¿En serio? —preguntó Anna, sorprendida.

—Era la sensación que me daba. ¿Tú no sospechaste nada de mí?

—Puede. No lo sé. No tengo demasiado afinadas mis habilidades como bruja —confesó Anna.

—Pues ahora tienes un grupo de apoyo a tu disposición.

—No sé si va a ser el grupo de apoyo discreto que Effie nos ha vendido. —Anna le dirigió a Rowan una mirada escéptica.

Rowan asintió.

—Sospecho que le hemos vendido nuestra alma.



MÁQUINA DE COSER

No debemos permitir que el poder de nuestra Hira se expanda. Debemos dirigirlo hacia dentro, ligarlo con sogas y afianzarlo con espinas. Se empleará solo para cumplir con el deber y aun así será imposible de sobrellevar.

La magia de las Encorsetadoras, *El libro de las Encorsetadoras*.

El viernes por la mañana el prendesueños que había sobre la cama de Anna se encontraba inusitadamente lleno de nudos. Ella lo descolgó y se puso a desatarlos. Había sido un elemento constante durante gran parte de su vida y rara vez se preguntaba qué secretos podrían estar escondiendo sus sueños, si estaban tan plagados de miedos como sus pensamientos diurnos. No había aceptado unirse al aquelarre, pero incluso la admisión de que era una bruja, el hecho de llevar a cabo la prueba del hierro o acceder a lo de aquella noche… *estaba mal*. Aun si se unía al aquelarre, tendría que lidiar con toda una nueva tanda de preocupaciones. *¿Cambiará mi experiencia en el colegio? ¿Seré capaz de permanecer en el anonimato?* Puede que el hierro hubiera chisporroteado, pero ¿funcionará acaso mi magia? Presentarse como bruja era una cosa, pero revelarse como una bruja incapacitada era otra muy distinta. *Mejor ligar mis poderes que ser una decepción…*

Pasó el día en un estado de agitación, y la nariz le sangró mientras tomaba apuntes de Biología. Cuando por fin llegó la hora del castigo, se quedó frente a la puerta del aula pensando en cómo librarse…

—Anna. —Effie apareció tras ella, y sus labios carnosos, que llevaba pintados de un rojo oscuro, amenazaron con sonreír. Anna se había dado cuenta de que Effie no sonreía a menudo, no de verdad. Las medias sonrisas que esbozaba eran un instrumento que utilizaba para inquietar y engatusar.

Anna sujetó la puerta y la siguió al interior. Miranda ya había llegado y estaba trabajando diligentemente, pero las sombras bajo sus ojos evidenciaban que tampoco había dormido bien.

—Sentaos, chicas. Hagamos lo que toca y acabemos con esto. —Era evidente que la señorita Pinson prefería estar en cualquier lugar que no fuera ese, un viernes por la noche.

Rowan abrió la puerta de golpe.

—¡Siento llegar tarde! Vengo corriendo desde el edificio de Ciencias y está oscuro. He chocado con un árbol. ¿Tiene planes para el fin de semana, señorita Pinson?

—Siéntate, Rowan.

Empezaron a hacer los deberes y los minutos que transcurrieron a continuación fueron los más lentos que había experimentado Anna en su vida. No dejaba de echar ojeadas, a la espera de que la profesora perdiera la conciencia en cualquier momento. La profesora la sorprendió mirándola varias veces y frunció el ceño. Anna volvió a hacer garabatos en su cuaderno…, y entonces tuvo lugar el golpe. Levantó la mirada y vio la cabeza de la señorita Pinson apoyada sobre el escritorio.

Miranda lanzó un grito en el momento oportuno.

—Por favor, nada de gritos, no estoy de humor —dijo Effie levantándose —. ¿Todas preparadas?

Anna ignoraba para qué debían estar preparadas.

—¿Por qué tardáis tanto? —Attis apareció por la puerta, sobresaltándolas. Miranda se levantó y se dirigió a la salida con cara de estar yendo a su propio funeral.

—¿A dónde vamos? —preguntó Anna.

—A un lugar con más intimidad. —Effie le dedicó una sonrisa diabólica.

Volvieron a recorrer los oscuros y vacíos pasillos y descendieron varias escaleras hasta llegar a la planta subterránea del colegio. Allí ya no se daban demasiadas clases; era un lugar frío y húmedo, y sus pasillos enmohecidos eran aún más claustrofóbicos que los del resto del colegio. Anna sabía a dónde las llevaba Effie: a las antiguas salas de costura, donde se decía que se almacenaban los cadáveres en la época en la que el colegio era un hospicio victoriano.

—Por cierto, hemos perdido a Miranda. —Rowan señaló el pasillo con la cabeza. Miranda se había detenido. Effie le lanzó una mirada a Attis, que se dio la vuelta. Las demás siguieron adelante. Anna no pudo oír lo que le decía a la chica, tan solo percibió el tono suave y persuasivo de su voz, la leve risita

de Miranda y luego el sonido de sus pisadas tras ellos. *¡Increíble! ¿Es que nadie puede resistirse a él?*

Effie se detuvo frente al aula 13B. Attis llegó y sacó una extraña llave del bolsillo interior de la chaqueta de su uniforme. Era pequeña y blanca. La introdujo en la cerradura y la puerta se abrió con un chirrido.

—Y el premio a la clase más terrorífica de todos los tiempos es para… —dijo Rowan mientras Effie encendía las luces. La mayoría de las luces se habían fundido, y las que no formaban embudos de polvo que se arremolinaban sobre los pupitres de madera. En las paredes no había nada colgado ni tampoco ventanas. Una anticuada pizarra sin nada escrito les devolvía la mirada.

Anna entró y lanzó un grito. Había alguien junto a ella.

—¿Qué pasa? —Attis apareció a su lado.

Anna se dio cuenta avergonzada de que no era una persona, sino un maniquí.

—Nada —exhaló ella—. Estos trastos. —Había cinco viejos maniquíes de costura apoyados contra la pared: sin brazos, con forma de reloj de arena y pomos de madera a modo de cabeza. Attis sacó un alfiler de modista insertado en uno de ellos; otro todavía estaba cubierto con retales de tela. Era como si hubieran estado esperando todo aquel tiempo a que volvieran sus alumnas, a que alguien terminase de confeccionar sus vestidos.

Rowan se quedó mirando los maniquíes.

—Tienes que estar bromeando.

Effie se echó a reír sin ningún reparo.

—¿No pasas? —le dijo a Miranda, que estaba en el umbral de la puerta—. Si no, puedes esperar ahí fuera tú sola.

Miranda lazó un gemido y entró, mirando los maniquíes con aprensión.

—Son terroríficos.

Su voz destilaba incredulidad; era obvio que se preguntaba cómo había acabado allí, con toda esa gente, entre pupitres destrozados y viejos maniquíes de costura. Anna se preguntaba lo mismo. Sentía la presencia de los maniquíes tras ella, cada uno con la expresión mortífera de su tía.

Effie se lanzó al centro de la estancia, riendo.

—Attis, haz hueco.

Él se puso manos a la obra de un salto y empujó los pupitres hacia los lados. Effie colocó una serie de velas formando un círculo y, mientras murmuraba en voz baja, una llama afloró en cada una de ellas. Anna deseaba ser capaz de realizar un hechizo tan simple como aquel. El aula cambió por

completo: al disiparse la penumbra, las paredes cobraron vida con una luz titilante y los maniquíes se convirtieron en siluetas, como si se tratara de público.

—Venga, sentaos —instó Effie.

Anna tomó asiento en el borde del círculo de luz.

—Creía que no íbamos a hacer ningún hechizo —dijo Miranda con cautela.

—Y así es —respondió Effie—. Esta no es más que una pequeña prueba de compatibilidad mágica para ver si funcionamos juntas como grupo.

—Eso a mí me suena a magia.

—Mira, si la magia fuera sexo, esto sería como el juego previo. No vamos a llegar hasta el final. Esta noche, no. —Effie arqueó una ceja de forma lasciva. Miranda parecía más asqueada que nunca.

Effie examinó la habitación.

—Attis, trae la máquina de coser al centro.

Era una máquina vieja y pesada, pero él la trasladó sin esfuerzo. Tenía el cable de alimentación pelado y su mecanismo de aguja era de color marrón rojizo, debido al óxido.

—¿Todas conocéis lo básico para el lanzamiento de hechizos? —preguntó Effie.

Rowan asintió. Anna no estaba segura de qué responder. Solo sabía lo que su tía le había permitido aprender.

—No —dijo Miranda bruscamente—. ¿Cómo voy a saber nada de eso?

—¿Por qué no te *lanzas* y nos lo explicas? —sonrió Rowan—. ¿Lo entiendes?

Effie soltó un gemido.

—Vale. Para lanzar un hechizo hacen falta tres cosas. Magia, un lenguaje e Hira. La magia reside aquí. —Alzó una mano—. Y el mundo físico, aquí. —Levantó la otra—. No hablan el mismo idioma, así que las brujas son las que traducen. Tenemos que proporcionarle a la magia un lenguaje para que pueda transferir su energía al mundo físico. Sin embargo, no podemos limitarnos solo a eso, sino que debemos imprimirle un significado, darle un sentido. Y ahí es donde interviene la Hira. Es la fortaleza que se encuentra en nuestro interior y que dota de poder al lenguaje.

—¿A qué te refieres con *lenguaje*? —preguntó Miranda.

Effie se mordió el labio con ansia.

—Hay muchos lenguajes mágicos, como la magia de las velas, por ejemplo. —Señaló las velas—. También puedes emplear las palabras, o las

canciones, o las hierbas y las pociones, o el baile, o la luz de la luna, o el chasquido de los dedos, o las varitas, o las escobas, el metal, los cristales, los árboles, las runas, los círculos y los sellos, puedes soplar las semillas de un diente de león o invocar a los espíritus que habitan el mundo de los muertos o llevar a cabo rituales que combinan muchos lenguajes. Tú eliges.

Los labios carnosos de Miranda formaron una «o».

—Mi familia utiliza plantas vivas para llevar a cabo los hechizos. Llevo utilizando ese lenguaje desde que tengo uso de razón —dijo Rowan—. ¿Y tú, Anna?

Anna titubeó.

—Mi tía… ehm… usa sobre todo cordones para hacer nudos…

—Magia de amarre. Esa es difícil. —Rowan asintió.

—¿Cómo voy a saber qué lenguaje tengo que utilizar si nadie en mi familia es bruja? —preguntó Miranda.

—No siempre se siguen los pasos de la familia —dijo Rowan—. Fíjate, la familia de mi prima Tansy llevaba a cabo magia arbustiva, pero ella decidió que prefería centrarse en los setos. Puede ocurrir de todo.

—El lenguaje tampoco se elige —dijo Effie, dando golpecitos con el pie —. Sino que es este el que te elige a ti. Algunas brujas lo averiguan a los siete años, cuando su magia aflora por primera vez, pero la mayoría de las veces nuestros poderes se materializan alrededor de los dieciséis años, y empezamos a sentirnos atraídas por un lenguaje en particular. Puedes emplear todos los lenguajes que existen, claro, pero habrá uno que se te dé especialmente bien.

—Yo utilizaría la palabra «conectar» —dijo Rowan—. Conectarás con uno en particular. A mí no se me *da especialmente* bien nada.

Las elecciones eran algo totalmente ajeno para Anna. Las Encorsetadoras y sus nudos eran el único camino que había sido desplegado ante ella; todas las demás puertas estaban cerradas con llave.

—¿Sabes cuál es tu lenguaje? —le preguntó a Effie.

—Aún no. —La pregunta pareció molestarle—. Ahora mismo prefiero no limitarme a uno solo. Estoy probándolos todos.

—¿Y qué es la Hira? —inquirió Miranda.

—Es una fuerza. La tuya —respondió Effie—. Acentúa el lenguaje de un hechizo del mismo modo que una piedra de afilar pule el filo de los cuchillos.

—Es como el fuego —dijo Attis con la voz fluctuante—. Si el lenguaje con el que lanzas los hechizos es la madera, tu Hira es el fuego que la hace arder, que convierte su combustible en chispazos, en hechizos.

—Yo siempre he pensado que es como la tierra —dijo Rowan extendiendo las manos por el suelo—. La Hira es la tierra que hay en tu interior, la tierra que ayuda a que crezcan las raíces, los tallos y las flores de tu magia.

Mi Hira es soga y espinas.

—Me parece una tontería —dijo Miranda.

—Tú déjate llevar. —Effie esbozó una sonrisa desprovista de calidez—. A ver si conseguimos que la máquina de coser funcione.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Rowan.

—Nos damos la mano, centrando nuestra atención en la máquina y cantamos. Nada demasiado complicado, a ver si fluye la magia.

Extendió la mano. Anna se aferró a ella y luego agarró a Attis. Nunca antes le había tomado la mano a un chico. Él tenía la piel caliente; de hecho, ardía. Y estaba segura de que ella misma tenía las manos húmedas. Sentía cómo la sangre latía a través de sus extremidades mientras su corazón palpitaba de anticipación por el hechizo. *¿Y si no soy capaz? ¿Y si lo echo todo a perder?*

Pero Effie ya había empezado:

> «Senda de alfileres y de agujas,
> entreteje nuestra magia, ya que somos brujas.
> Un hechizo hilvanado no se desdibuja».

Su voz se tornó más grave a medida que cantaba, pronunciando cada palabra de manera clara, como si cada una de ellas pudiera contener el poder que necesitaban. Rowan se le unió, Anna fue la siguiente y Miranda se puso a susurrar. Repitieron el cántico una y otra vez, con sus voces desincronizadas y timbres distintos, siguiendo un ritmo diferente cada una. Anna era incapaz de imaginarse a la aguja despojándose del óxido e interrumpiendo el viciado silencio de la estancia. Intentó concentrarse y fortalecer su propia voz, pero era incapaz de sentir nada.

> «Senda de alfileres y de agujas,
> entreteje nuestra magia, ya que somos brujas.
> Un hechizo hilvanado no se desdibuja».

Poco a poco, sus voces se fueron uniendo en armonía y sonaron al unísono. Repitieron las palabras hasta que estas parecieron perder el sentido o adquirir un significado diferente, más profundo. La oscuridad los envolvió. Las velas oscilaron. Se produjo un cambio, aunque Anna no logró

identificarlo. Una alteración en el ambiente. Empezó a sentir algo en su interior, algo parecido a una aflicción o a un impulso, como si se sumergiera en una sensación que no recordaba del todo…

Tac. Tac. Tac.

La máquina comenzó a sacudirse con un zumbido electrónico, mientras la aguja subía y bajaba, subía y bajaba, chirriando debido al óxido, y perforando el silencio.

Tac. Tac. Tac.

Anna volvió a contemplar el cable pelado. No estaba enchufada a la corriente.

—¡Esto es de lo más siniestro! —gritó Miranda soltando la mano y rompiendo el círculo.

Tac. Tac. Tac.

Effie sonrió, tan satisfecha como un gato frente a un cuenco de leche. Se apartó del círculo. La máquina comenzó a reducir la velocidad y el silencio volvió a apoderarse del aula.

—Supongo que nuestros poderes sí funcionan —dijo Rowan.

Anna le soltó la mano a Attis, pero todavía podía sentir su calor. Él le sonrió y le pasó un pañuelo.

—Te sangra la nariz —dijo.

Anna tomó el pañuelo, haciendo lo posible por parecer indiferente a la magia que acababan de llevar a cabo, pero por dentro estaba dando tantos saltos como la aguja. *¡No he echado a perder el hechizo! ¡Todavía hay esperanza!* Y había sentido algo. Algo parecido a la magia. No sabía explicar qué había sido esa sensación, solo sabía que había sentido algo.

—Sabía que lo conseguiríamos. —Effie miró a Attis de forma triunfante. Se volvió hacia el resto—. ¿Os dais cuenta? La magia se encuentra en nuestra alma. ¿La oís, anhelando ser liberada?

Miranda había levantado las rodillas y había cruzado los brazos por encima. El rostro le ardía con la energía del hechizo.

—Yo no quiero ser una bruja —dijo con suavidad.

—¿Por qué no? —preguntó Effie poniéndose en pie de un salto—. ¿Por qué quieres ser como los demás? Yo aborrezco a los demás. Nosotras formamos parte de las leyendas y de los cuentos de hadas, de las pinturas de color rojo sangre que hay en las paredes de las cuevas. Brujas, hechiceras o encantadoras, *streghe*, *völvur*, mujeres *banshee*, hadas madrinas o arrugadas arpías de la oscuridad de los bosques. Sagradas. Pecadoras. Extraordinarias.

Malvadas. Vírgenes. Putas. Que nos llamen como quieran. Nuestro deber es colmar el mundo de magia.

Anna había oído muchas veces la palabra «deber», aunque cuando la decía su tía adquiría la intensidad de un látigo, pues la empleaba como forma de dominancia y opresión. Effie la pronunciaba de un modo que resultaba liberador, impregnada de una naturalidad febril.

—Si entrelazamos nuestra magia y trabajamos juntas, nuestros hechizos pueden llegar a ser más poderosos que cualquier cosa que hayamos imaginado. Pensad en las posibilidades… —Levantó la mirada hacia el polvo que se arremolinaba en el aire—. Podemos cambiar el orden establecido del colegio. Remediar las injusticias que hay en el mundo. Y transformar nuestras vidas. Nada volverá a ser igual. ¿No queréis cambiar vuestras vidas?

Las contempló y de sus ojos parecieron brotar corrientes de magia. Anna no sabía qué decir. *¡Sí! ¡Sí, quiero!*

Miranda parecía haberse quedado sin palabras.

—Pero… pero… ¿cómo sé que no estoy haciendo el mal? Va en contra de todo lo que me han enseñado.

Effie resopló.

—Todo lo que te han enseñado nos lo robaron a nosotras.

—Creo que lo que Effie intenta decir —intervino Attis con suavidad— es que tal vez la magia y la religión tengan las mismas raíces. ¿Por qué no pueden coexistir? ¿Acaso las oraciones no son una especie de hechizo?

—A decir verdad, Jesús transformó el agua en vino. Está clarísimo, ¿no? No hay duda de que era un brujo —bromeó Rowan, aunque se dio cuenta de inmediato de que estaba empeorando las cosas—. Manda, la magia no es maligna. Todo depende de las intenciones de la bruja que la practica.

Miranda exhaló como si llevara el peso del mundo sobre los hombros.

—Pero… Pero… si empiezan a verme salir con vosotros, ¿qué dirán los demás de mí?

—Eso es lo que te preocupa, ¿no? —sonrió Effie—. Tu reputación.

—Mi reputación es buena.

—¿Buena o aburrida?

—Soy ayudante en la biblioteca. Dirijo varios clubes. Les caigo bien a los profesores.

Effie fingió quedarse dormida.

—Todos se pondrán a cuchichear. Darcey me hará la vida imposible, será un infierno.

—Pero ya tienes el pase de temporada del infierno, Manda, ¿no te acuerdas? —Effie le guiñó un ojo—. Ahora eres una bruja, así que disfruta de las vistas.

—¡Me llamo Miranda, mierda! ¿Y en serio crees que me vas a convencer con ese argumento? —exclamó.

—Pues a ver qué te parece este: si te unes a nosotras, acabaremos con Darcey de una vez. Ya va siendo hora de que alguien lo haga.

Miranda sacudió la cabeza, como si la idea le resultara rastrera, pero a Anna la sorprendió oírla ceder.

—Vale, de momento me uniré al aquelarre. En cualquier caso, será una oportunidad para demostrar mi fe. Pero si intentas robarme el alma, ya puedes olvidarte.

—Cariño, yo ya tengo alma. —Effie soltó una carcajada idéntica a las de su madre.

—Yo me apunto —anunció Rowan—. Mi reputación es inexistente. A lo mejor si me ven con vosotras, las demás se olvidarán de lo poco enrollada que soy… y de aquella vez que se me olvidó ponerme el sujetador en gimnasia.

El resto se volvió hacia Anna.

Ella se encogió ante sus miradas.

—No puedo.

—¿Qué? —dijo Effie.

Anna había tomado la decisión después de llevar a cabo el hechizo, mientras la sensación mágica se desvanecía de su cuerpo. Le había gustado demasiado. Si se entregaba a ella, la tía lo descubriría. No había manera de ocultárselo. En menos de un año debía convertirse en Encorsetadora, ahora no podía unirse a un aquelarre; era impensable.

—¿También te asusta Darcey? —soltó Effie. Anna se dio cuenta de que sus ojos perforaban a los demás cuando se enfadaba.

—Los cotilleos del colegio me traen sin cuidado —respondió Anna—. Lo que me preocupa es que se extiendan rumores más serios. Como has dicho, somos diferentes. No encajamos. La gente se dará cuenta y no podemos arriesgarnos a revelar nuestra magia.

—No estoy diciendo que nos pongamos a lanzarles hechizos a los profanos —dijo Effie—. Pero no podemos dejar de ser brujas. Está en nuestra naturaleza.

—¿Y qué pasa con…? —Anna notó que se le aceleraba el corazón. Las demás se inclinaron hacia ella, expectantes.

—¿Con qué?

—Con Quienes Conocen Nuestros Secretos —susurró.

—¿Con quiénes qué?

Las Encorsetadoras rara vez los nombraban directamente. Anna reprimió el miedo y dijo:

—Los Cazadores.

Effie, Attis y Rowan se quedaron mirándola durante un momento y luego estallaron en risas.

—¡Los Cazadores! —Effie soltó una carcajada—. Si te refieres a los Cazadores que creo yo, que sepas que ya no existen. Además, hace siglos que las brujas no somos víctimas de ninguna persecución. Es como preocuparse de que alguien con un resfriado tenga la peste.

—Effie tiene razón —dijo Rowan de forma más comprensiva—. Los tiempos oscuros hace mucho que quedaron atrás. El mundo ha cambiado. Es decir, en aquella época la gente creía en la magia y temía al diablo. Hoy en día, nadie cree en nada y lo único que provoca temor es… el terrorismo, o el calentamiento global, o que tu cara se convierta en un *meme* de internet.

Anna no oía nada más que sus risas. Era consciente de que las Encorsetadoras estaban chifladas, pero aun así siempre había supuesto que sus locuras tenían una parte de verdad. Pensó en sacar a relucir la noticia de las Mujeres sin Rostro, pero no quería que volvieran a reírse de ella.

—Aun así, mi tía me mataría.

—¿Acaso no tienes ya 16 años? —la increpó Effie—. Tienes que tomar las riendas de tu vida.

—Para ti es muy fácil decirlo. Tu madre es Selene, que es la mejor…

—No tienes ni idea —la interrumpió Effie bruscamente; su aliento hizo que la llama de la vela oscilara en dirección a Anna. Recuperó la compostura y se echó a reír—. Sé que tu tía está como una cabra, me di cuenta la vez que la vi… pero ¿vas a dejar que te maneje? Es ridículo. Yo llevo haciendo magia desde los siete años y ningún profano ha sospechado nunca nada. No la ven. Aunque me pusiera a flotar por encima del colegio y empezaran a salirme murciélagos por cada orificio del cuerpo, dudo que levantasen la vista del móvil el tiempo suficiente como para darse cuenta.

—¿Por qué querrías hacer eso? —preguntó Miranda, horrorizada.

—En serio, nadie lo descubrirá —dijo Effie—. Nos reuniremos aquí y no se enterarán. Os dejaré una manzana en la taquilla a primera hora si vamos a quedar por la tarde y así tendréis tiempo de avisar a vuestros padres, tías o quién sea, e inventaros alguna excusa.

Anna se había preguntado si Selene le habría hablado a Effie de su tía, de las Encorsetadoras, pero su actitud despreocupada le decía que no.

—Venga, Anna. —Effie sonrió—. ¿Qué posibilidades había de que hubiera tantas brujas en el mismo curso? Es muy poco habitual. Estamos hechas las unas para las otras. Es cosa del destino.

Del destino, de una manzana hechizada y de una idea cuidadosamente planificada, pensó Anna con escepticismo.

—¿Qué tipo de magia vas a elegir?

Aquella palabra volvía a hacer acto de presencia. Elegir. Le resultaba extraña la facilidad con la que los demás la utilizaban. Anna nunca se había planteado si tenía elección; nunca lo había tenido en cuenta. Si seguía interpretando el papel de sobrina obediente, tendría que convertirse en Encorsetadora. Si se unía al aquelarre y la descubrían, tendría que convertirse en Encorsetadora igualmente, salvo por que le infligirían más daño y la castigarían más duramente. De cualquier modo, saldría perdiendo. *¿Y entonces por qué no lo hago? Disfrutaré durante un año antes de que todo se acabe*.

—Me lo pensaré, ¿vale?

Effie parecía a punto de protestar, cuando Rowan preguntó:

—¿Y él, qué pinta aquí? —Miró a Attis, que estaba examinando el mecanismo de aguja de la máquina de coser. Después sacó un destornillador del interior de la chaqueta. Anna se preguntó qué más tendría en los bolsillos.

—Yo estoy aquí para asegurarme de que no os metáis en demasiados líos. —Empezó a desenroscar el lateral de la máquina—. O para meteros en algún que otro lío. Siempre se me olvida. —Les lanzó una sonrisa ladeada.

—Attis, deja de desmontar eso. Siempre hace lo mismo. —Effie puso los ojos en blanco—. Déjala donde estaba. Nos quedan cinco minutos antes de que la profesora se despierte.

Attis se puso en pie de un salto y agarró la máquina de coser como si no pesara más que la propia aguja.

Cerraron la puerta tras ellos y volvieron a dejar solos a los maniquíes. Anna se estremeció al pensar en la máquina de coser cobrando vida de nuevo por sí sola en el oscuro silencio, alimentándose de las partículas de magia que quedaban en el aula. Regresaron a la normalidad de la parte superior del colegio. El lugar donde habían estado y lo que acababan de hacer no tardó en parecerles un sueño.

La señorita Pinson estaba volviendo en sí mientras ellos se apresuraban a sentarse. Salió pitando del aula, totalmente alterada por su segunda siesta

inesperada.

—¿Vamos a comer algo? —sugirió Attis.

—Por fin alguien dice algo coherente. —Rowan recogió su mochila—. De camino al tren, hay un local donde sirven fideos. Y también hacen unas empanadillas vegetarianas de vicio.

—Me caes bien —dijo Attis, acercándose a ella y echándole un brazo por encima del hombro—. Vámonos a zampar empanadillas.

—Me encanta formar parte de un aquelarre.

Effie se volvió hacia ellos.

—El viernes que viene es Halloween. Quedaremos ese día, así que tened una excusa lista. ¿Venís?

Miranda negó con la cabeza.

—Mi madre viene a recogerme. Cree que me he quedado a estudiar.

Anna sonrió al oír aquello y le dijo que no a Effie. *Tengo que resistirme*.

—Me da corte —dijo Rowan acercándose a la puerta—, pero tengo una cita con Attis. Puedes venir si quieres, Effie, pero estarás de sujetavelas.

Effie se echó a reír.

—No pasa nada, siempre le fastidio las citas a Attis.

—Es verdad, es casi una tradición. —Les pasó el brazo por los hombros a las dos y se marcharon.

—Esto no saldrá bien sin ti, ¿sabes? —dijo Miranda recogiendo la mochila—. Nos hace falta tu sensatez.

—¿Cómo sabes que soy sensata? —preguntó Anna.

—Porque eres la única que no ha aceptado.



MORATONES

Cuanto más bella es la rosa, más afiladas son sus espinas.

Adiestramiento de Encorsetadoras, *El libro de las Encorsetadoras*.

La tía había puesto el metrónomo en marcha.

Anna intentó concentrarse en el ritmo de la melodía que estaba tocando, pero era incapaz de dejar de pensar en el *tac, tac, tac* de la máquina de coser, en la sensación de la magia recorriéndole el cuerpo. El rosal la contemplaba desde lo alto del piano.

—Te adelantas demasiado —la reprendió la tía. Estaba molesta, llevaba molesta varios días. Anna intentó convencerse de que era solo porque estaba muy ocupada, pero a su parte más paranoica le preocupaba que hubiera intuido sus mentiras. *La sesión de estudio me ha ayudado mucho… Sí, hemos practicado el vocabulario de francés… Me gustaría volver a ir la semana que viene…*

—¡Concéntrate! No das pie con bola. —La tía alzó la mano y el *tictac* del metrónomo se tornó más sonoro; tanto que parecía que estuviera dentro de la cabeza de Anna. *TIC TAC TIC TAC*. Los dedos de Anna trastabillaron. Apartó las manos de las teclas, exasperada, pero la melodía no se detuvo.

Anna levantó la vista. Su tía estaba moviendo las manos en el aire, las teclas respondían a sus gestos y la melodía se desarrollaba en perfecta sincronía, sin ninguna nota fuera de lugar. *TIC TAC TIC TAC.*

—Para concentrarte debes emplear la pureza de pensamiento y propósito.

La mueca de satisfacción de su tía nubló el campo de visión de Anna.

—¡Tú lo haces con magia! No es justo —exclamó con amargura, y enseguida corrigió su tono—. Lo siento, déjame que lo vuelva a intentar.

La música se detuvo. La tapa del piano se cerró sobre sus dedos de forma dolorosa.

—¿Justo? —dijo la tía—. ¿Te crees que me resulta fácil hacer magia? Los sacrificios nunca cesan, Anna.

—No quería decir…

Pero la tía no había acabado. Se desabotonó la blusa. A Anna se le hizo un nudo en el estómago; sabía lo que se avecinaba. La tía se abrió la blusa y dejó al descubierto un grueso cordón con nueve nudos a modo de collar; debajo, alrededor del cuello, tenía diversos moratones; algunos de ellos recientes, otros más antiguos y unos cuantos que empezaban a florecer: un oscuro arcoíris de color verde, negro y violeta.

Anna apartó la mirada. Aunque había visto las lesiones muchas veces, nunca dejaban de impresionarla.

La tía se pasó los dedos con ternura por encima de los moratones.

—Por muy dulce que sea la melodía, cada vez que empleo la magia, la gargantilla de Encorsetadora me oprime el cuello y me lastima. Es un recordatorio, Anna, de que la magia es pecado, una pesada responsabilidad con la que cargar. El amor no puede formar parte de ella, tan solo el dolor y el miedo. A través del sacrificio, purificamos nuestro corazón.

Anna asintió, con ganas de que todo terminase, y percibió la intensidad del dolor de la tía en su propio cuello. Su tía se cerró la blusa de nuevo.

—Ya hemos terminado. Mañana tengo que madrugar. Hay una reunión de Encorsetadoras.

Tic, tic, bum.

—¿Qué? —jadeó Anna. *¿Otra reunión imprevista? ¿Estará al tanto de lo del aquelarre?* Si las Encorsetadoras lo descubrían, no esperarían hasta el verano para llevar a cabo su Amarre. A Anna le temblaron las manos sobre las teclas. ¿Había descubierto la tía sus mentiras? ¿O se trataba de otra cosa? —. ¿Por qué?

—¿Cuál es el quinto precepto?

—No hagas preguntas; no busques respuestas.

—Entonces, ¿por qué preguntas?

Pero las dudas no dejaron pegar ojo a Anna en toda la noche. A la mañana siguiente se levantó exhausta; madrugó para poder hablar con su tía antes de que se marchase a la reunión y le preguntó si podía tomar su portátil prestado para una redacción de inglés. Su tía accedió a regañadientes y se fue. Anna lo habría usado de todos modos, pero así no se sentía demasiado culpable. Se lo llevó a su cuarto y abrió una nueva ventana en el navegador. Escribió

«Mujeres sin Rostro» en la barra de direcciones. Unas cuantas noticias nuevas aparecieron.

DESCUBIERTA MARCA MISTERIOSA EN LAS MUJERES
SIN ROSTRO DEL BIG BEN

> Los resultados de la autopsia no muestran indicios de forcejeo ni agresión, aunque la policía ha revelado un nuevo detalle sobre el incidente. Todas las mujeres presentan una marca poco corriente en la nuca: siete círculos concéntricos. Aunque se ha determinado que la causa de la muerte fue un suicidio, la policía alberga la esperanza de que las marcas descubiertas puedan abrir nuevas líneas de investigación para averiguar la identidad de las mujeres.

Anna contempló la fotografía de la marca. Era más negra y precisa que cualquier tatuaje que hubiera visto hasta el momento: siete circulitos encerrados unos dentro de otros que descendían hasta el centro, un círculo tan oscuro como una pupila; un abismo, un profundo vacío alrededor del cual giraban las demás circunferencias. Había algo en la marca que la atraía, que la perturbaba. Tuvo la extraña sensación de que no era la primera vez que la veía. Apartó la vista con la sensación de que, si se quedaba mirándola demasiado tiempo, ella misma podría hundirse en su oscuro núcleo. Otra versión de los hechos aparecía en el sensacionalista *Mail Today*, junto a una declaración reciente de una fuente que Anna no reconoció:

> Aunque la policía mantiene el silencio, Halden Kramer, el jefe de comunicaciones del Instituto de Investigación de la Violencia Organizada y Ritual, se ha pronunciado para destacar las características misteriosas de las muertes: «Las túnicas grises, la importancia del lugar de los hechos y los posibles vínculos familiares entre las mujeres, nos hacen pensar que el incidente reviste tintes ritualísticos. El hallazgo de la marca, un antiguo símbolo ocultista conocido como “el Ojo”, no hace más que añadir mayor peso a esta hipótesis y deja abiertos oscuros e inquietantes interrogantes sobre lo que hacían las mujeres antes de su muerte».

El Instituto de Investigación de la Violencia Organizada y Ritual… *¿Qué diablos era eso?* Anna borró rápidamente el historial y siguió con su redacción, aunque las palabras «ritualístico», «ocultismo» y «oscuros e inquietantes interrogantes» no dejaron de arremolinarse en su cabeza. No era de extrañar que las Encorsetadoras estuvieran asustadas; esas expresiones se encontraban a un suspiro de distancia de la magia. No cabía duda de que aquella era la razón de su encuentro; no tenía nada que ver con ella. La idea

resultaba tranquilizadora. Y, aun así, Anna no era capaz de quitarse de la cabeza la imagen de los siete círculos, como si siempre hubiera estado ahí enterrada, a la espera.



Antes del lunes por la mañana, Anna había tomado la decisión. No iba a unirse al aquelarre, *no podía*. Tenía que permanecer alejada de ellos. Al margen de que las Encorsetadoras estuvieran chifladas, había ocurrido algo en el mundo mágico que las había alterado por completo, y su tía había vuelto de la reunión con un humor de perros. Aunque daba la impresión de que el Amarre de Anna no iba a celebrarse —todavía—, era demasiado arriesgado.

—¿Tienes hambre?

Se dio la vuelta en la cola de la comida y se encontró con Attis.

—Estoy famélica. Como siempre. —Se giró hacia el mostrador con el pulso acelerado.

—Me encantan las mujeres que son de buen comer.

—Creo que a ti te vale cualquier mujer que se mueva —señaló ella.

—Que se mueva ayuda, desde luego.

Ella arrastró la bandeja.

—El plato de pasta, por favor.

—Dennis, ¿cómo está Mary? —dijo Attis.

El hombre que servía la comida esbozó una amplia sonrisa.

—Mucho mejor, la infección ya se le ha curado. Gracias por preguntar, amigo.

—Me alegra oírlo, jefe.

—Bueno, ¿qué te pongo?

—Tomaré la pasta también.

—¿Ración extra de pudin?

—No seré yo el que se queje. —Attis sonrió y siguió adelante.

Anna lo miró incrédula. Se había metido a todo el mundo en el bolsillo.

—Su hija tuvo una infección de muelas la semana pasada —explicó él—. ¿Qué?

—Llevo seis años en este colegio y ni siquiera sabía cómo se llamaba ese hombre. Tú llevas aquí menos de dos meses y seguro que un día de estos te invita a cenar a su casa.

Attis se echó a reír.

—Bueno, pero eso es porque yo hablo con los demás.

—Yo también hablo con los demás —dijo Anna a la defensiva y se abrió paso hasta la mesa del rincón. Attis la siguió y se sentó frente a ella—. Ah…, vas a sentarte aquí.

—No, tienes razón, eres la amabilidad en persona.

—Vale —admitió ella—. Yo no hablo con nadie, pero tú te presentas en este colegio con tu… tu altura de gigante y tu sonrisa y entras en el equipo de *rugby* y le caes bien a todo el mundo. No es lo mismo para los que no somos…

—¿Altos y encantadores?

Anna hizo una mueca.

—De todas formas, me han echado del equipo. Al parecer, no está permitido saltar sobre la espalda del árbitro, aunque lo hagas en plan amistoso.

Anna no pudo evitar sonreír.

—¿Y por qué no tienes amigos? —preguntó él con la boca llena—. De vez en cuando pareces simpática.

Anna se encogió de hombros.

—¿No quieres llamar la atención?

—No puedo llamar la atención.

—Estarás muy sola.

—No estoy sola —dijo ella con indignación—. Es más fácil así.

—No me pareces el tipo de chica que se decanta por lo fácil.

—Mira, no te ofendas, pero no me conoces de nada.

—Entonces, ¿no vamos a ser amigos? —Su sonrisa no se limitaba a aparecer en sus labios, sino que parecía esconderse en todos los recovecos de su rostro, iluminando los charcos ondulantes que formaban sus ojos.

—Ya tienes a Dennis.

—Adoro a Dennis, siempre me ofrece postre. Y yo le ofrezco mi eterna devoción.

—¿De qué estáis hablando? —Effie apareció y sobresaltó a Anna—. Qué bueno. —Se sentó, tomó una cucharada del pudin de chocolate de Attis y le dio un toquecito en la nariz, dejándole una mancha. Él sacudió la cabeza. Una oleada de incomodidad invadió a Anna al darse cuenta de que estaba arrinconada en una mesa de la sala común junto a Attis y a Effie, las dos personas a las que intentaba evitar. Miró a su alrededor y se fijó en que los demás ya habían advertido su presencia y volvían la cabeza hacia ellos. *Por eso no puedo unirme al aquelarre…*

—Hablábamos del amigo de Attis, el señor que sirve la comida —dijo apartando su plato.

—El señor de la comida, la joven y atractiva profe de Plástica, Darcey… El flirteo es su único talento. —Effie le revolvió el pelo—. Seguro que ya ha flirteado contigo.

—No —dijo Anna, azorada—. ¿Y por qué coqueteas con Darcey? Se porta fatal con Effie.

—Pues porque… —dijo Attis con una sonrisa—. Hay que mantener a los amigos cerca y a los enemigos aún más cerca, lo suficiente como para acostarte con ellos.

Effie soltó una carcajada, lamiéndose el chocolate de los labios.

Para Anna eran todo un misterio y, de todas formas, no podían verla con ellos.

—Me voy. —Se levantó con el almuerzo a medio comer—. Tengo que ir a la biblioteca…

La sonrisa manchada de chocolate de Effie se hizo más amplia.

—¿Y si te dijera que hay bibliotecas mágicas por todo Londres? Que no se parecen en nada a las que has visto hasta ahora. Una biblioteca hecha de libros, otra escondida en un bosque y otra donde van a parar todos los libros que se han perdido. Te llevaré a verlas si te unes al aquelarre.

—Un gato tiene nueve vidas y aun así la curiosidad es capaz de matarlo —replicó Anna, aunque no pudo esconder el interés que se reflejaba en su mirada. Bibliotecas mágicas. Ni siquiera Selene le había hablado nunca de lugares tan maravillosos.

Effie se levantó de un salto.

—Vamos fuera.

—No puedo.

—Sí puedes, somos alumnas de bachillerato y es la hora de comer, lo tenemos permitido. Venga.

Anna quería resistirse, de verdad que sí, pero se encontró echándose la mochila al hombro, despidiéndose de Attis y yendo tras Effie. En pocos minutos estuvieron al aire libre, donde la fría brisa le acarició el rostro con firmeza. Los árboles se agitaban con fuerza.

—Qué bien sienta salir de ese antro —dijo Effie—. Quiero un café. Pasémonos por la cafetería que está al lado del colegio de los chicos.

Todo el mundo se reunía en aquella cafetería… todos los populares, claro.

—¿Y si vamos a algún lugar más tranquilo? —sugirió Anna.

—¿Por qué íbamos a querer ir a un lugar más tranquilo?

El colegio de los chicos apareció frente a ellas, elevándose sobre los altos muros rojos del mismo ladrillo con el que estaba construido el colegio de las chicas. El pequeño local, que se llamaba, de forma acertada, la *Cafetería de ladrillos rojos*, estaba situada en un rincón junto a una de las entradas. Era más espaciosa de lo que parecía, tenía muchas mesas y recovecos, y numerosos sillones que no hacían juego. El ambiente desprendía un reconfortante aroma a café tostado.

Effie se acercó a la barra.

—Yo tomaré un café solo… y pónganos dos de esos. —Señaló una cesta con *croissants*. Anna pidió un té y ambas esperaron en el mostrador. Un grupo de chicos que había por allí cerca se volvió en su dirección. Effie los saludó con la mano, acariciando el aire con los dedos.

—¿Por qué nos miran? —preguntó Anna, preocupada.

—Porque somos chicas.

—A mí eso no me ha funcionado nunca.

—Eso es porque vas todo el rato mirando al suelo… o a un libro. Si levantaras la mirada, te maquillaras un poco y salieras a tomar el sol de vez en cuando, puede que la cosa cambiase.

—Gracias —dijo Anna secamente, sin saber si la estaba insultando o haciéndole un cumplido.

—Me gusta ese —dijo Effie examinando al grupo.

Anna les echó un vistazo.

—¿Quién?

—El del pelo oscuro y rizado.

—¿El grandote?

—Sí, me encantan los chicos con pinta de oso, aunque también me gustan los delgados. De vez en cuando también me gustan las chicas. Depende de mi estado de ánimo. —Tomó el café que el camarero le alcanzó e inhaló profundamente—. Dicho eso, prefiero el café a todos mis amantes juntos. —Cuando quedó claro que no pensaba pagar, Anna le dio al camarero el importe de ambos pedidos.

Effie desvió la atención hacia la puerta de la cafetería. Peter acababa de entrar, seguido por los chicos más populares del colegio: Hutton, Digby, Andrew y Tom, a quien el año anterior habían nombrado *Chico con el mejor pelazo del colegio*, título que seguramente se había puesto él mismo.

Los demás tomaron asiento mientras Peter y Tom se acercaban al mostrador. Anna dio un sorbo al té, intentando esconderse tras la taza, pero se

las apañó para derramarse un poco encima. *Qué manera de hacerse la interesante*.

—¿Qué hay, chicos? —saludó Effie.

Tom la miró de arriba abajo con deleite.

—¿Quieres un poco de azúcar con el café? —Era más bajito y corpulento que Peter. Con su cabellera negra y repeinada, su mandíbula cuadrada y una ristra de dientes blancos y rectos, muchas chicas del colegio lo consideraban atractivo, pero a Anna le disgustaba su aire de superioridad, la arrogancia que reflejaba su expresión.

—Al parecer ya me has dado unos cuantos terroncitos, o eso se rumorea en el colegio —respondió Effie.

Tom tensó el cuerpo ligeramente y luego se encogió de hombros.

—Los rumores no son cosa mía.

—Ah, ¿no? —Effie mordió con fuerza el *croissant*—. Los rumores me importan un bledo, pero hubiera preferido que no fueras tú el protagonista masculino. Tú, sin embargo… —Se volvió y examinó a Peter, que acababa de pedir—. Qué raro que no nos hayamos liado todavía, ¿no?

Peter frunció el ceño y examinó a Effie.

—Perdona, ¿nos conocemos?

—Aún no, pero eso tiene fácil solución.

Peter se quedó sin palabras momentáneamente.

—Para Peter y para el resto de los chicos del colegio… —murmuró Tom.

—Menos para ti. —Esbozó una sonrisa tan gélida que a Anna no le habría extrañado que se le congelara el té.

—Venga, Tom —dijo Peter alcanzándole la bebida y mirando a Effie con el ceño fruncido—. Será mejor que nos vayamos. —Ninguno de los dos parecía haber reparado en Anna.

—Sí, la verdad es que huele a basura por aquí. —Tom les dio a los pechos de Effie un repaso con la mirada y fue tras Peter.

Effie agarró la cucharita de su plato y la sumergió en el café. La sacó llena y luego volcó el líquido en el suelo.

—¡Joder! —gritó Tom. Se le había caído la taza al suelo y la leche caliente se había derramado por todas partes. Los chicos empezaron a reírse a carcajadas. El líquido se le había esparcido por los pantalones y daba la impresión de que se había meado encima. Anna se volvió hacia Effie, consternada.

—¿Qué? Un hechicito sin importancia. Una tiene que divertirse. Venga, vámonos. —Tomó a Anna del brazo y la arrastró hacia la puerta mientras se

despedía de Tom con un gesto.

Anna no pudo evitar reírse cuando salieron de la cafetería.

—Eres un bicho.

—¿Tan malo te ha parecido eso? Me queda mucho por enseñarte. —Effie se le colgó del brazo.

—Me parece que los chicos de este colegio no saben muy bien qué hacer contigo.

—Los chicos no saben cómo tratarme porque juego con las mismas reglas que ellos. —Effie se detuvo a mirar un escaparate.

—Entonces, ¿te… gusta el rubio? —Anna fingió mirar también.

—Sí, está bastante bien si te van los mojigatos. Solo quería tomarle un poco el pelo.

—No es un mojigato, simplemente no se parece a los demás chicos del colegio. Es un tipo decente.

—¿Cuánto tiempo llevas enamoraaaaada de él?

Anna soltó un grito ahogado.

—Pero ¿qué dices?

—He visto cómo lo mirabas, o más bien, cómo mirabas a todas partes menos a él.

—No estoy enamorada de él. Creo que es…

—¿Un tío íntegro? Los tíos así no existen.

—¿Ni siquiera Attis?

Effie se echó a reír.

—Él es el chico más íntegro que conozco y eso no es decir mucho.

—¿Estáis…? —preguntó Anna lentamente, sin saber si estaba pasándose de la raya.

—Es como mi hermano —respondió Effie con una sonrisa ilegible—. Sabes que si me dejas puedo ayudarte con Peter.

—No quiero salir con Peter y desde luego no quiero usar la magia para gustarle.

—¿Por qué no? La magia y el amor van de la mano. Con un poco de azúcar la píldora pasa mejor. Venga. —Effie tiró de ella.

—¿A dónde vamos?

—Solo conozco una tienda mágica en Dulwich.

Anna se detuvo.

—¿Hay una tienda mágica en Dulwich? —Le parecía imposible que hubiera una tienda de esas características en las calles que había recorrido un

centenar de veces, entre la gente normal y corriente que pasaba a todas horas por allí—. Creo que yo me vuelvo al colegio.

Effie puso los ojos en blanco y siguió tirando de ella.

—Ya he conseguido traerte hasta aquí, no te escapes ahora. Solo asomaremos la cabeza, te lo prometo.

Anna había aprendido rápidamente que las promesas de Effie eran de lo más flexibles, pero, aun así, sentía cuán poderosa era la tentación. *¿Qué aspecto tendrá la tienda de magia de Dulwich?*

—Tengo que volver a clase dentro de media hora. En serio.

Effie emitió un ruido de aburrimiento.

—Vaaaale.

Se abrieron paso hacia la calle principal dando buena cuenta de los *croissants*.

—Bueno, dime —dijo Effie mientras tragaba un pedazo enorme—. ¿Qué les pasó a tus padres? ¿Alguna vez piensas en ellos?

La pregunta tomó desprevenida a Anna: la mayoría de la gente abordaba el tema con muchísimo cuidado, pero Effie se había dirigido a ella con una franqueza sorprendente. Anna apartó la mirada, sin saber qué decir, sin saber qué contarle a aquella chica a la que apenas conocía.

—De vez en cuando pienso en mi madre. Seguramente Selene ya te lo haya contado, pero la asesinó mi padre —dijo con toda naturalidad, como si no tuviera importancia; le dio un sorbo al té para aclararse la garganta.

—Lo sé. Es horrible. Selene me comentó que discutieron por algo…, debió de ser una trifulca de narices.

Anna asintió.

—¿Nunca piensas en él? ¿Por qué perdió la cabeza?

Anna se encogió de hombros y se alegró de estar en la calle. El tema le resultaba muy claustrofóbico, como una burbuja que se encogía cuantas más vueltas le dabas al asunto. Se aferró a su cordón de nudos.

—Supongo que el amor puede ser horrible a veces —dijo, sabiendo que aquella expresión se quedaba corta. *¿En qué clase de mundo una historia de amor acaba con un integrante de la pareja estrangulando al otro para luego apuñalarse en el corazón? En el de la tía, donde el amor era demencial y destructivo.*

—Supongo que no pelearon por quién de los dos había sido el último en sacar la basura. Seguro que quieres saber más sobre el tema.

Anna se puso rígida. A Effie le resultaba sencillo decirlo, no había tenido que criarse bajo la sombra de aquel suceso, con el dolor que conllevaba.

—No.

—Yo sí querría.

—Pero tus padres no son los que están muertos —replicó Anna secamente —. Tú has crecido con tu madre.

Effie se rio de manera mordaz.

—Ah, ¿sí? ¿Y entonces dónde está? Se supone que en Rusia, pero de mi mamaíta puedes esperarte cualquier cosa. —La palabra «mamaíta» estaba teñida de desprecio—. Dice que tiene un asunto mágico que atender, pero lo más probable es que esté con algún tipo.

Selene había entretenido a Anna con algunas historias sobre sus amantes, haciéndola reír con los detalles más jugosos, pero a ella nunca se le había pasado por la cabeza preguntarle quién había sido el responsable de engendrar a Effie ni si se había tratado de alguien especial.

—¿Conociste… eh… conoces a tu padre?

—No —dijo Effie, como si no tuviera importancia—. Supongo que también podría estar muerto. —Anna se volvió hacia ella, pero la mirada de Effie era burlona—. Aunque es poco probable. Seguro que fue un rollete y ni siquiera sabe que existo. ¿Quién sabe? Puede que sea ese. —Effie señaló a un hombre que recorría la calle de enfrente a toda prisa—. O ese. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a un anciano que iba con un andador, y Anna se echó a reír—. En fin, ya hemos llegado.

Era una calle por la que Anna había pasado con anterioridad, aunque nunca se había fijado en la tiendecita con la fachada verde, la puerta de madera y el cartel del escaparate que rezaba: *SOUVENIRS* Y ANTIGÜEDADES. Desde fuera su aspecto no parecía especialmente mágico. El interior era diminuto y estaba abarrotado; una maraña de trastos cubría los estantes y las mesas, colgaba del techo, rebosaba de las cajas y se esparcía por el suelo. La ropa saturaba los percheros. Anna indagó en busca de algún artículo inusual, pero solo vio los típicos objetos que cualquiera esperaría encontrar en una tienda *vintage*: ropa, sombreros, botas, bolsos, artilugios de cerámica, cámaras antiguas, espejos, relojes y demás cachivaches.

Lo único que le resultaba extraño era el olor, pues no desprendía el tufo a moho, perfumes rancios y abrillantador de madera que era habitual en una tienda de antigüedades, el aroma de los recuerdos amontonados y apilados. En cambio, olía… de maravilla. *¿Qué es ese olor?* Anna intentó acordarse. Lo conocía a la perfección, se hallaba en el interior de su corazón…

Era el jardín.

El jardín de Cressey Square a comienzos de la primavera, después de que el jardinero pasase por allí y el césped estuviera recién cortado, cuando los jazmines acababan de abrirse y hacía poco que había llovido, y la tierra y los árboles resplandecían de vida.

Anna inhaló profundamente y pudo incluso distinguir el olor terroso del musgo que cubría la fuente de piedra y la cálida diversidad de efluvios que emanaba de la corteza del roble donde ella se acomodaba siempre. Los aromas eran idénticos, parecía que estuviera justo allí, tomando aire, como lo había hecho tantas veces.

—¿Lo hueles? —le susurró a Effie.

—Huele igual que Nueva York por la noche. —Effie sonrió—. A perritos calientes y *pretzels*, a sudor y humo, a marihuana, a tubos de escape, a fatiga y al empalagoso olor de la basura. Divino.

—Es cosa de esta vela —dijo una voz. Anna se dio la vuelta. Una mujer salió de la trastienda con un atuendo imposible de asimilar de golpe: llevaba lo que parecía ser un uniforme militar de época envuelto en un chal de estampado multicolor, delicados guantes de encaje y varias capas de collares, y se había recogido el pelo castaño bajo un sombrero de copa naranja. Tendría unos sesenta y pico de años y su rostro le recordaba a Anna al de un pájaro, con la nariz aguileña y unos labios pequeños y perspicaces; su indumentaria era como un nido confeccionado con diferentes prendas. Señaló una vela blanca encendida sobre el mostrador—. Los aromas de aquí pueden resultar abrumadores, hay muchos objetos antiguos y los recuerdos chocan unos con otros, así que suelo prenderla; convierte los olores de la tienda en el aroma de tu recuerdo favorito.

—Ya veo —dijo Anna, sin poder disimular su expresión asombrada.

—Solo funciona con las brujas, claro.

Brujas. Las dos eran brujas, al igual que ella, y no resultaba en modo alguno extraño estar conversando en un local mágico. De Dulwich. Anna resistió el fuerte impulso de salir corriendo e ir a esconderse.

No debemos hacer magia salvo para cumplir con nuestro deber.

—Eso es lo que encontraréis aquí —prosiguió la mujer agitando un brazo envuelto con el chal—. Antigüedades y recuerdos. ¿Te gusta la ropa *vintage*? —Anna asintió y la dependienta pasó la mano por un perchero del que colgaban prendas de todas las formas, colores y tamaños—. Si te pones cualquiera de estas prendas experimentarás un recuerdo de su antiguo dueño, el recuerdo más poderoso que haya vivido mientras la llevaba puesta. —Señaló una hilera de relojes en la pared—. Todos se detuvieron en el instante

en que algo cambió la vida de sus antiguos dueños. Me encanta el misterio que desprenden, ¿a ti no? El hecho de no llegar a descubrir nunca qué fue lo que los hizo detenerse. Esos teléfonos —señaló una mesa cubierta de teléfonos *vintage* de colores chillones— encierran conversaciones antiguas en su interior. La máquina de escribir solo escribe las ideas de la persona a la que pertenecía, he compuesto poemas de lo más existenciales con ellas. ¿Entiendes ya cómo funciona todo? —Anna asintió; daba la impresión de que la explicación había llegado a su fin—. Echad un vistazo.

Anna y Effie intercambiaron una sonrisa y se pasearon por la tienda. Anna sacó unas cuantas fotografías de una maleta. Se quedó mirando una en la que se veía lo que en principio era una familia formando una hilera en la playa. Cuanto más la observaba, más sentía ella la emoción de aquel día, las risitas que compartieron, la picardía del más joven del grupo mientras lanzaba arena al aire de una patada, el amor de la madre al contemplar a sus hijos con cariño.

—¿Lo sientes? Están impregnadas con las emociones del momento en el que se tomaron —le explicó la mujer—. Una foto son cincuenta peniques, y tres, una libra.

Anna asintió, invadida por un extraño sentimiento de nostalgia. Volvió a dejar la foto en su sitio y se aproximó a una ristra de sombreros. Se probó uno bastante ostentoso de color rosa y recordó con todo detalle lo guapa que había estado una mujer llamada Joanne el día de su boda, cuando atravesó las puertas de la iglesia. No tenía ni idea de quién era Joanne, pero en aquel momento podría haberla descrito a la perfección. Pasó por delante de varios espejos mágicos y lo que vio no fue su rostro, sino otros rostros que le devolvían la mirada. Aturdida, se aproximó a Effie, que contemplaba un gato disecado. Anna se preguntó fugazmente qué recuerdos guardaría el animal, cuando se fijó en la bola de nieve que había al lado.

La tomó de un montón. Era preciosa. Todo Londres parecía encontrarse en su interior, en un conglomerado imposible de calles y edificios de piedra oscura; el Big Ben se alzaba junto al London Eye, había también una miniatura de la catedral de San Pablo, y el Támesis serpenteaba por el centro… Podría haberla examinado eternamente y aun así seguir encontrando recovecos. La nieve flotaba en su interior sin necesidad de agitarla. La contempló más detenidamente; le costaba distinguirla, pero daba la impresión de que la nieve no era como las motas blancas y brillantes de las bolas normales y corrientes, sino que cada uno de los minúsculos copos de nieve

era de una complejidad incomprensible, un mundo en sí mismo. *¿El recuerdo de una auténtica tormenta de nieve?*

—Vaya —susurró Effie. Anna nunca había oído que su voz adoptara un tono tan suave—. Creo que son de verdad. Copos de nieves auténticos. Me encanta la nieve.

—Es increíble.

—Lo quiero —dijo Effie quitándosela a Anna de las manos y acercándose al mostrador.

La dueña contempló la bola.

—Veo que te va lo caro. Este objeto es muy inusual.

—Conoce a mi madre, ¿no? ¿A Selene?

—Conozco a Selene Fawkes, sí, y a ti también, Effie Fawkes. Nunca olvido una cara o un nombre.

—Ella se encargará de pagarlo, sea cual fuere el precio.

—¿De veras? —La mujer miró a Effie con complicidad desde debajo de su sombrero—. De acuerdo, como os ha llamado la atención a ambas, os la doy a las dos. Dile a Selene que ya ajustaremos cuentas. —Se puso a envolver la bola de nieve.

Anna volvió a contemplar la hilera de relojes congelados que colgaba de la pared, y sintió como si ella misma estuviera perdida en el tiempo. *¡La hora!* Miró su reloj, que no estaba estático sino que seguía corriendo, y vio que faltaban ocho minutos para que empezara la clase. No quería marcharse. Tenía que marcharse.

—Ehmm…, Effie, tenemos que volver ya.

Effie agarró la bolsa que le ofrecía la dueña de la tienda.

—Disculpe, mi amiga vive en un estado constante de estrés.

—¿Y tú cómo te llamas? —dijo la mujer.

—Anna, pero tengo que irme, lo siento. Gracias por todo, de verdad, su tienda es encantadora —exclamó Anna dirigiéndose a la puerta.

La mujer asintió y desapareció de nuevo en la trastienda. En cuanto Anna volvió a pisar la calle y estuvo rodeada de olores y personas normales, la mujer se le antojó un producto de su imaginación. Echó la vista atrás: la tienda seguía allí, sin duda.

—¿No llegabas tarde? —dijo Effie.

Anna sacudió la cabeza.

—¡Sí! ¡Corre!

—¿Corre? ¿Te dejo saborear una parte del mundo mágico y eso es lo único que se te ocurre?

—Vale. —Anna sonrió y aminoró un poco la marcha—. Ha sido increíble. Una tienda tan pequeña y aun así… —Pensó que si se agrupaban todos los recuerdos que había entre las paredes de la tienda, uno podría deleitarse durante siglos, pues tendría mundos enteros a su disposición. Para ella, los recuerdos siempre habían sido algo que era mejor no agitar, algo que debía ser confinado y destinado al olvido.

—¿Lo ves? Te dije que te lo pasarías en grande.

Anna se echó a reír y Effie le dio una patada a un montón de hojas que había en el suelo. Estas se dispersaron en el aire y se arremolinaron a su alrededor, girando una y otra vez, como la nieve de la bola. Era cosa de Effie. Anna podía sentir las hebras de la magia. Tiraban de ella igual que la nostalgia, hacían que le doliera todo el cuerpo.

—La sientes, ¿verdad?

—No.

—¿Sabes por qué me caes bien?

—La verdad es que no.

—Pues porque además de que tu autoflagelación me parece desternillante, soy capaz de atisbar el deseo que reflejan tus ojos, el anhelo que sientes por la magia. Veo que la deseas más que nada en el mundo.

Anna reflexionó sobre sus palabras mientras observaba cómo las hojas se elevaban. Un cuervo se había posado en el árbol de enfrente. El animal dejó escapar un graznido agudo y chirriante, como un violín tocado al revés.

—Selene siempre ha dicho que a tu madre se le daba excepcionalmente bien la magia. ¿De qué tienes tanto miedo?

¿Por dónde empezaba? Toda su vida se había cimentado sobre un sentimiento de miedo. Anna se agarró a su cordón de nudos intentando dominar sus miedos, intentando ordenarlos. Su tía. Las Encorsetadoras. Los sacrificios. Quienes Conocen Nuestros Secretos.

—Es complicado. Mi tía está muy alterada últimamente…

—¡Olvídate de tu tía! No hace más que llenarte la cabeza de cuentos de hadas, ¡que viene el lobo! No te he preguntado qué es lo que la asusta a ella, sino a ti.

Anna soltó el cordón. Sentía como si todo la asustara y a la vez no le diera miedo nada.

—No lo sé.

Vio que el cuervo echaba a volar, llenando el aire de graznidos. Sus miedos no eran suyos, y tampoco sus recuerdos.



Esa noche, Anna sacó la fotografía de sus padres. No había vuelto a mirarla desde que Selene se la había dado. Tenía algo que la inquietaba. Contempló el rostro de su padre durante solo un momento y volvió la vista hacia su madre. Recorrió sus facciones con la mirada y no sintió nada. La habían instruido para que no sintiera nada, para confinar su tristeza con nudos; los nudos romos no eran capaces de magullar. Quería guardar la fotografía y olvidarse de que existía, pero las palabras de Effie afloraron en su mente —*Seguro que quieres saber más sobre el tema*— como si fueran hilos sueltos, a la espera de que alguien tirase de ellos.

A Anna siempre la había consolado el hecho de no recordar nada de ellos. De ese modo, sus padres se encontraban a una distancia segura. Había mantenido a raya el horror de todo aquello. Pero durante un instante, anheló tener un vínculo con ambos.

—¿Te sentías sola? —le preguntó a su madre en voz baja, pero con su marido arropándola y el bebé en brazos, no parecía estar sola. Su tía siempre le había dicho que la amistad y el amor no eran más que un espejismo que ayudaba a la gente a dormir por las noches. *Tú y yo nos tenemos una a la otra. No nos hace falta nadie más*. Hasta ahora, Anna nunca había pensado que le hiciera falta alguien.

Volvió a guardar la foto y se imaginó que su madre la abrazaba. Experimentó entonces el pesado vacío que la invadía por la noche. Puede que, después de todo, sí se sintiera sola.



ELEMENTOS

No debemos hacer magia salvo para cumplir con nuestro deber.

Tercer precepto, *El libro de las Encorsetadoras*.

Las Encorsetadoras detestaban Halloween. Era una celebración que fomentaba supersticiones de lo más insensatas y difundía creencias peligrosas. La gente se ponía a hablar de brujas, demonios y espíritus y se acercaba demasiado a la verdad. De algún modo, Anna se las había arreglado para que su tía no descubriera que sus sesiones de estudio no eran más que una tapadera, y había conseguido arañar una hora extra después de clase *por si acaso*.

—Te quiero en casa antes de las siete —le había ordenado su tía al salir —. No quiero que estés yendo de un lado a otro precisamente hoy.

Si su tía hubiera visto la manzana que había aparecido en la taquilla de Anna por la mañana, habría tenido cosas más graves de las que preocuparse que de Halloween. *Esta noche*. Tal y como prometió Effie. Anna llevaba esperando toda la semana a que Effie volviera a aparecer y se la llevara otra vez de aventuras, pero no había ido a buscarla. Sacó la manzana de la taquilla. *¿Truco o trato?* No estaba segura.

Después de comer, Anna fue al aula de música. Había sido su santuario durante años, un lugar donde nadie la molestaba, donde podía tocar como quería, sin que su tía estuviera encima de ella. Le encantaba su oscuro silencio, la tenue luz que se filtraba y se posaba sobre los instrumentos, el intenso y cálido aroma de la madera envejecida que la conducía hasta el piano. Se sentó en la banqueta y dejó la manzana sobre el instrumento. La observó durante un instante. Y entonces se dejó llevar.

Una nueva melodía brotó de las yemas de sus dedos.



Cuando las clases se acabaron por fin, Anna esperó a que los pasillos se vaciaran y se dirigió escaleras abajo hasta las turbias profundidades de la parte antigua del colegio. *¿Y si la tía se entera? ¿Y si no consigo hacer magia? ¿Y si lo consigo?* Acalló sus miedos. El miedo no iba a llevarla a ninguna parte. Dentro de un año ligarían su magia, y aunque un día se convirtiera en Encorsetadora Veterana y le devolvieran sus poderes, tendría que usar el collar de Encorsetadora y sobrellevar los moratones. *Puedo fingir aunque solo sea un año, ¿no? Puedo imaginarme cómo sería vivir de verdad.*

Se detuvo frente al aula 13B. Oía las voces que provenían del interior. Tomó aire profundamente y entró.

> «Escoba, escobita, barre con diligencia el mal.
> Ramas de abedul, vuestra ayuda es crucial».

Rowan barría el aula con una escoba mientras cantaba una canción. Miranda la observaba desconcertada, sentada en uno de los pupitres como si la clase estuviera a punto de empezar.

—Pero ¡qué ven mis ojos, si es Anna! —Rowan se acercó a ella corriendo —. ¡Has venido! Feliz víspera de todos los santos y próspero Samhain. ¿Qué vas a hacer luego? Yo me llevo a mi hermana a pedir caramelos. Me importa un carajo si soy demasiado mayor, que les den a las convenciones sociales. Y luego mi familia y yo celebraremos un ritual para honrar a nuestros parientes y mascotas fallecidos; será muy bonito. ¿Por qué no vienes? Mi madre puede hablar con tu tía y…

—Mi tía cree que ir a pedir caramelos es como allanar casas ajenas con un hacha.

—Ah, vale.

—Parece una mujer razonable —dijo Miranda.

La puerta se abrió de golpe.

—¡Por las trece lunas! —Rowan se llevó una mano al pecho.

Effie apareció con Attis. Su mirada se posó en Anna.

—Perfecto, habéis venido todas. ¿Para qué es eso? —Effie señaló la escoba de Rowan.

—Estoy adecentando nuestro lugar de reuniones. Y de paso, hago ejercicio. —Rowan se puso a barrer desde el centro de la estancia describiendo amplios círculos.

—Genial. Quiero darle personalidad al aula.

Miranda contempló con desagrado la penumbra y la ristra de maniquíes.

—¿Y qué propones que hagamos?

—Empezaremos con un altar. —Effie se acercó a la pizarra. Le dirigió un chasquido de dedos a Attis, que se puso a trabajar de inmediato; trasladó una mesa alargada desde un extremo de la habitación hasta donde se encontraba ella. Sus movimientos carecían de la torpeza y de la inseguridad que caracterizaba a los de su edad y estaban imbuidos de una especie de energía leonina que fluía con determinación. Su cuerpo era delgado y sus hombros, anchos, y tenía los músculos de los brazos flexionados; Rowan había dejado de barrer y lo miraba fijamente mientras la escoba seguía moviéndose en pequeños círculos por propia voluntad.

—El altar debe ser nuestro espacio sagrado, una expresión de lo que somos, el escenario de nuestro poder. —Effie inclinó el bolso y un montón de objetos demasiado grandes para el espacio del que habían salido se precipitaron al suelo: velas deformes, cristales para colgar en la pared, extrañas figuritas, una piña, piedras con huecos, una calavera de diamantes… Effie recogió un cráneo de animal del montón y lo colgó en la pared, tras dejar caer con un estrépito el reloj que había estado colgado en su lugar.

—¿Qué es eso? —chilló Miranda.

—Un cráneo de cabra. ¿Ves esto? —Effie señaló unas protuberancias que salían de la parte superior—. Es donde comienzan sus cuernos. Lo mejor de todo es que crecerán a medida que crezca nuestra magia.

—Pero está muerta.

—Por eso he dicho que es lo mejor de todo. Pon esto encima de la mesa. —Le entregó a Miranda un paño de encaje negro—. Nos hacen falta una diosa y un dios. —Effie examinó el montón, recogió la estatua de oro de un dios egipcio con la cabeza de un pájaro y la colocó a la derecha. Para la parte izquierda escogió una figurita de una muñeca rusa—. Attis, trae la máquina de coser. La pondremos aquí en honor a nuestro primer hechizo.

La bola de nieve estaba entre el montón de objetos. Anna la recogió y comprobó, una vez más, que no le hacía falta agitarla: los copos ya estaban arremolinándose.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Effie.

—Bueno, lo más seguro es que mi tía me mate, pero si no hubiera venido me habría muerto de aburrimiento de todos modos.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que quedarte en tu casa cosiendo bordados con tu tía no te hace saltar de alegría?

—Vale, lo entiendo.

—Es hora de crear nuevos recuerdos. —Effie rio con ansia, le quitó la bola de nieve a Anna y la dejó en el suelo—. Muy bien, tenemos que seguir practicando hechizos. —Dirigió un gesto con la mano al altar a medio terminar que había sido de vital importancia hacía solo unos minutos—. Attis, deja eso.

El chico estaba reacomodando los maniquíes y había colocado unos cuantos en posturas festivas, como si estuvieran bailando la conga. Effie se situó en el centro del aula, el eje de su escenario.

—Hoy trabajaremos con el lenguaje de los elementos.

La tía no se fiaba de los elementos, no le gustaban la lluvia ni el viento, siempre decía que el fuego era un farsante, y cuando trabajaba en el jardín, llevaba guantes para no mancharse las uñas.

—Es uno de los lenguajes más antiguos y poderosos. Impregnará nuestra magia con los dones terrenales de la diosa y favorecerá los rituales que llevemos a cabo en el futuro. Existen siete elementos: tierra, aire, fuego, agua, madera, metal y el espíritu, pero normalmente trabajamos con los cuatro principales: tierra, aire, fuego y agua. Los instrumentos con los que se controlan son el pentagrama, la varita, el athame y el cáliz. —Tomó cada uno de los objetos del altar.

Rowan empezó a cantar:

> «La aguja es la daga que domina el humo y el fuego.
> La rama es la varita que agita el aire y el viento.
> La moneda, un pentagrama unido al suelo y la tierra.
> El dedal es el cáliz que del agua el aliento encierra».

—¿Qué es eso? —preguntó Anna.

—Oh, una canción infantil, mi madre solía cantármela. Effie, yo ya sé cuál es mi elemento: la tierra.

—Cuando vas por libre, tal vez, pero tenemos que descubrir cuáles son nuestros elementos individuales como parte de un aquelarre. No tiene por qué ser el mismo, depende de nuestra energía colectiva y de lo que cada una de nosotras aporte a ella. Con los elementos, todo se reduce a encontrar el

equilibrio, y nosotras debemos encontrar el nuestro. ¿Habéis traído todas las manzanas? Dejadlas en el centro.

Anna y Miranda obedecieron.

—Yo me he comido la mía —confesó Rowan.

—Menos mal que he traído de sobra. —Effie hizo rodar varias manzanas hacia el centro—. Ahora sentaos.

Formaron un círculo y Effie lo rodeó con velas. Era desconcertante no saber lo que se avecinaba. Attis se apartó y se sentó sobre una de las mesas que había entre las sombras. *Se va a quedar mirando*, pensó Anna, incómoda.

Effie dejó en el centro una vela, una hoja, un vaso con agua y un cuenco con tierra, y se puso a recorrer el exterior del círculo mientras murmuraba:

> «Así como es arriba, es abajo, como es fuera es dentro.
> Urde este círculo sin dudar ni un momento».

Su voz sonaba grave y tranquilizadora, y se fundía en la oscuridad de la estancia; sus pisadas eran tan silenciosas como el sonido que hacía un libro al cerrarse. A su paso, las velas se convirtieron en llamas y proyectaron una maraña de sombras en el círculo. Repitió los versos tres veces y se unió al círculo con los brazos en alto.

—Invoco a las atalayas del norte, al elemento de la tierra, cuyo símbolo es el pentagrama de antaño. Rogamos al musgo de los árboles y al humus que se extiende bajo nuestros pies, a la diosa de los gusanos, las raíces y la podredumbre de nuestra carne, que nos concedan estabilidad y fuerza. Os tomo en mi interior con la tierra donde se cruzan los caminos. Reveladnos quiénes somos a través de la pulpa de la manzana.

Effie tomó un pellizco de tierra del cuenco y se lo llevó a la boca. Le pasó el cuenco a Rowan.

—¿Tengo que…?

—Todas debemos recibir los elementos en nuestro interior.

—Qué desagradable. Vale, te tomo en mi interior con la tierra donde se cruzan los caminos. —Rowan agarró un poco de tierra y se lo metió en la boca. Miranda tomó el cuenco con cara de asco y se tapó la nariz mientras se metía en la boca la menor cantidad posible. Anna hizo lo mismo y notó el sabor agrio y arenoso de la tierra en la lengua.

Effie prosiguió:

—Invoco a las atalayas del este, al elemento del aire, cuyo símbolo es la varita de antaño. Rogamos a las hojas del cielo y las plumas de los pájaros, a la diosa del amanecer y el viento, que nos concedan sabiduría e intelecto. Os

tomo en mi interior con el aliento de esta hoja. Reveladnos quiénes somos a través de la pulpa de la manzana.

Effie tomó la hoja e inhaló profundamente. Las demás hicieron lo mismo una detrás de otra.

—Invoco a las atalayas del sur, al elemento del fuego, cuyo símbolo es el athame de antaño. Rogamos al humo de las llamas y al mordisco de los fardos, a la diosa del sol, de la luz del verano y de la ceniza blanca como la nieve, que nos concedan energía e impulso. Os tomo en mi interior con el ardor de esta llama. Reveladnos quiénes somos a través de la pulpa de la manzana.

Effie dejó el dedo sobre la vela hasta que en su rostro apareció una mueca de dolor, y se la pasó a la siguiente. Aunque Anna hubiera querido negarse, ahora no podía echarse atrás; el aire parecía crepitar, notaba una sensación de presión, una tensión de la que no podían escapar.

—Invoco a las atalayas del oeste, al elemento del agua, cuyo símbolo es el cáliz de antaño. Rogamos a los océanos de la vida y a los ríos de los muertos, a la diosa de la luna, de las olas y de las mareas, que nos concedan la intuición y el amor. Os tomo en mi interior con esta agua. Reveladnos quiénes somos a través de la pulpa de la manzana.

Effie bebió un sorbo del vaso. Los elementos del centro habían empezado a reaccionar: la llama crecía y oscilaba; el agua se arremolinaba, la tierra del cuenco temblaba como si hubiera algo debajo sacudiéndola y la hoja se agitaba.

—Con el poder del pentagrama, la varita, la hoja y el cáliz, a través de la pulpa inmaculada de la manzana, indicadnos quiénes somos…

Anna observó el numerito con creciente preocupación. De pronto, Effie detuvo el cántico y dijo:

—Yo seré la primera.

Alargó la mano hacia el centro sin titubear y tomó una de las manzanas. La mordió con ganas. Profirió un grito y dejó caer la manzana al suelo. Esta se partió por la mitad. La pulpa del interior se había carbonizado y de sus entrañas salía humo.

—Fuego. —Effie sonrió con satisfacción mientras el humo se enroscaba entre su pelo—. Lo sabía. Te toca, Rowan. Elige una.

Rowan fue a tomar una de las manzanas, pero escogió otra a último momento. Se dispuso a darle un bocado, pero la manzana se elevó de su mano y flotó varios centímetros por encima de ella. Rowan intentó volver a agarrarla, pero esta se elevó todavía más.

—Toma ya. ¿Aire? ¿Yo? Si lo mío no son la sabiduría ni el intelecto.

—Mantén la concentración —la regañó Effie—. Miranda.

Miranda escogió tímidamente una manzana y la sostuvo a distancia, como si fuera a estallar en cualquier momento.

—¡Dale un mordisco!

Miranda se llevó la manzana a los labios con los ojos cerrados. La mordisqueó con cautela e inmediatamente empezó a escupir. Dejó caer la manzana y la fruta volvió a rodar hacia el centro, derramando tierra de su interior. Un gusano apareció a través de la pulpa, y su cabecita rosada osciló y saboreó el aire igual que una lengua diminuta.

Miranda intentó gritar, pero no fue capaz. Trató de tomar una bocanada de aire.

—No… No puedo… —Se arañó la garganta.

—¡No puede respirar! —El pánico se apoderó de Anna. Attis se puso en pie a lo lejos.

—¡Concéntrate! —gritó Effie—. No te resistas.

Miró fijamente a Miranda, que tosió con fuerza e inhaló profundamente. Miranda abrió la mano sobre la que había tosido y les mostró un montoncito de tierra. Se puso a chillar y agarró la botella de agua. Bebió a grandes tragos y se limpió la boca de forma frenética.

—¿Qué me pasa? ¿Por qué está podrida la manzana? ¡Es asqueroso, por Dios!

—No está podrida, solo es tierra —dijo Rowan, incapaz de contener una risita cuando un segundo gusano salió de la manzana y cayó al suelo.

A Miranda le dieron arcadas.

—¡Silencio! Anna.

Anna examinó las manzanas que tenía delante. Había una que parecía captar su atención. Intentó resistirse, pero la manzana no se daba por vencida, su piel brillaba y destellaba a la luz de las velas. La tomó y se la llevó a los labios, pero justo cuando iba a darle un mordisco, el tallo empezó a brotar y de él crecieron hojitas verdes. Se alargó más y más, enroscándose sobre sí mismo mientras afloraban nuevos retoños.

—¿Qué es? —Anna esbozó una sonrisa, las hojas le hacían cosquillas en la mano.

—Agua. —Rowan sonrió también—. Portadora de vida.

Anna dio un mordisco y el jugo de la manzana se le derramó por la barbilla. En su interior había más agua que pulpa; un lago dorado, tan dulce como el verano. Contempló admirada la magia que se expandía por la palma

de su mano. Sabía que había sido consecuencia del esfuerzo del grupo más que de ella sola, pero aun así… la hizo sentir bien.

Attis saltó de la mesa y sacó del bolsillo lo que parecía ser un imán. Lo extendió sobre el suelo. Una de las manzanas rodó hacia él y golpeó el imán con un ruido metálico.

—Supongo que mi elemento es el metal.

—Tú no formabas parte del hechizo —replicó Effie.

—Pues es evidente que el hechizo sí quería que formara parte de él. —Se acercó a ellas, examinó las manzanas y agarró del aire la de Rowan, que seguía flotando.

—¿Por qué me han tenido que tocar los gusanos? —exclamó Miranda—. ¿Por qué soy la chica de los gusanos?

—Oye, me has robado mi elemento —dijo Rowan—. Creí que tenía afinidad con la tierra, pero ahora el aire es lo mío al parecer… todo hueco y ninguna sustancia. Aunque supongo que tiene sentido…

—Las manzanas han hablado —dijo Effie—. Esto es lo que somos. Bueno, ¿qué tal si acabamos con un juego? ¿Alguna vez habéis jugado a ese de «ligera como una pluma, tiesa como una tabla»?

—Solo unas mil veces —dijo Rowan.

—Pero en mi versión hay truco. ¿Os encontráis todas bien? La magia pasa factura cuando no estás acostumbrada a ella.

Anna seguía notando la euforia del hechizo, la sensación de la magia recorriendo su interior. Una especie de presión. Una vibración. Algo que no sabía identificar. Al oír las palabras de Effie, se dio cuenta de que también estaba muy cansada.

Miranda hizo una mueca.

—¿Tenemos que comer algo asqueroso?

Effie negó con la cabeza.

—Entonces, supongo que no me importa probar un hechizo más.

Anna asintió.

—Attis, en este tampoco puedes participar —le informó Effie—. Tu magia es demasiado poderosa, resultaría muy fácil.

—Me doy cuenta de cuando no hago falta —dijo volviéndose a subir a la mesa de un salto.

—Vale, a ver, normalmente se intenta hacer levitar a la persona del suelo mientras se recita «ligera como una pluma, tiesa como una tabla», pero en esta versión hay que permanecer de pie y luego dejarse caer hacia atrás. Las

demás intentaremos sujetar a quien esté en medio. Es una especie de juego mágico de confianza.

—Parece peligroso —opinó Miranda.

—Es muy fácil. Venga. —Effie levantó la mano. Anna se puso en pie y se preguntó cómo conseguía Effie salirse siempre con la suya. *¿Es la autoridad que destila su voz? ¿La intensidad de su mirada? ¿El peligro que desprende su sonrisa?* Era como la flautista de Hamelín, tocaba una lúgubre melodía y conducía a todas las ratas al río. Sin embargo, habían sido las ratas las que eligieron saltar—. Será mejor que empiece yo el cántico. Anna, tú primero.

Anna se situó en el centro del aula, sin saber muy bien qué iba a ocurrir a continuación.

—Date la vuelta y cruza los brazos sobre el pecho. Sí, así. Espera hasta notar cómo se acumula la energía y yo te avisaré para que te dejes caer. Confía en nosotras, ¿vale?

—Bueno. —Anna no confiaba en ellas ni en la magia.

Empezaron a repetir las palabras: «Ligera como una pluma, tiesa como una tabla. Ligera como una pluma, tiesa como una tabla». Anna no sabía si debía sentir algo… no percibía magia alguna. La idea de dejarse caer al suelo sin que nada la detuviese le parecía absurda. «Ligera como una pluma, tiesa como una tabla».

—Déjate caer. —Anna notó que las palabras de Effie tiraban de ella y se dejó caer hacia atrás con los brazos cruzados y el cuerpo rígido. El aire se espesó a su alrededor, como las natillas, y frenó su descenso mientras una corriente cálida la empujaba hacia arriba. La sujetaron en el aire durante unos instantes y luego la hicieron descender con suavidad hasta el suelo.

—Ha sido genial —dijo Anna con más entusiasmo del que pretendía. Se le había acelerado el corazón.

—Madre mía, pero si estás toda colorada —dijo Effie con indulgencia—. Miranda, te toca.

Sujetar a Miranda fue fácil. Apenas se dejó caer. El poder de la magia combinada la frenó y sujetó su delgado cuerpo en el aire.

—¡Bajadme! —protestó.

—¿Alguna más quiere ver cuánto rato aguantamos sujetándola? —dijo Effie.

Miranda comenzó a gemir y las demás la bajaron al suelo. Anna seguía vibrando, pero la sensación era ahora de tensión, como si estuvieran estirándole demasiado las extremidades. Sintió una oleada de agotamiento.

—¡Me toca! —exclamó Rowan, situándose en posición.

Anna sacudió la cabeza, intentando despejársela. Apenas pasó un instante antes de que empezaran de nuevo a recitar el cántico. Le costaba concentrarse y la señal de Effie para que Rowan se dejara caer la tomó por sorpresa. Se oyó un fuerte crujido.

—Mierda —maldijo Effie.

Rowan estaba tendida en el suelo, inmóvil. Attis apareció junto a ella de inmediato. Un hilillo de sangre brotó de su cabeza. Anna se arrodilló a su lado. Rowan agitó los párpados.

—Sabía que estaba demasiado gorda para jugar a esto. —Levantó la comisura de la boca ligeramente—. Ufff, qué daño. Joder, ¿estoy sangrando? —Se incorporó y Attis le examinó la herida.

Anna se fijó en que la sangre de Rowan había formado un pequeño pero curioso patrón en el suelo: unos círculos en espiral.

Anna vio que Attis se quedaba mirando la sangre y se ponía a limpiarla de inmediato con un pañuelo que llevaba encima.

—No te preocupes. —Él se volvió hacia Rowan, metiéndose la mano en el bolsillo de la chaqueta—. Las heridas en la cabeza siempre parecen peores de lo que son en realidad. Ahora mismo te curo. Tengo una aguja mágica que puede coser heridas en cuestión de segundos. Y te prometo que no te dolerá.

—Pero tienes que vestirte de enfermero.

—Qué problema, se me ha olvidado el uniforme en casa —se rio entre dientes mientras le examinaba la herida.

—¿Por qué no ha funcionado el hechizo? —La voz de Effie sonaba irritada—. Vosotras dos no estabais bastante concentradas; he notado que tenía que hacer yo sola todo el trabajo.

—Pues entonces no deberías haber dicho: «Déjate caer», ¿no? —ladró Attis. Anna nunca lo había oído replicarle de ese modo.

Anna apartó la mirada. Sabía que era culpa de ella. Se encontraba demasiado débil como para llevar a cabo el hechizo. Debería haberles avisado, haberles dicho que estaba demasiado cansada. Tendría que haberles dicho la verdad.

—Sabía que pasaría algo así. —A Miranda empezó a temblarle el hoyuelo de la barbilla—. La magia es peligrosa, antinatural, y la gente siempre acaba herida.

—¿No ves que Attis está curando a Rowan con magia ahora mismo? —Effie se volvió hacia ella; su buen humor se había esfumado.

Miranda se encogió.

—Bueno, sí.

—Entonces, no toda la magia es peligrosa, ¿verdad? La culpa es nuestra, la hemos cagado con el hechizo. Tenemos que esforzarnos más.

—Es la primera vez, seguro que mejoramos —dijo Rowan alegremente—. Además, deberíamos haber tenido en cuenta mis chichas.

—Qué pesadita estás con lo de tus chichas —la regañó Attis—. Eres curvilínea y preciosa, así que déjate de historias.

—¿Alguien acaba de llamarme «preciosa» o es que me he caído y me he dado un golpe en la cabeza?

—Estás muy callada, Anna. —Effie se volvió hacia ella con una expresión de reproche en la mirada.

—Estoy… —*Debería decir algo. Debería contárselo*—. La verdad es que estoy bastante cansada. Antes no me he dado cuenta de lo cansada que estaba…

—Deberías habérnoslo dicho —la interrumpió Effie con brusquedad, y su mirada de reproche se acentuó—. Tenemos que contárnoslo todo. No deberíamos tener secretos entre nosotras. Lo único que conseguiremos con eso es que nuestra magia se estanque. En nuestra próxima sesión, nos contaremos todos nuestros secretos.

Anna sintió el impulso irrefrenable de ocultarse en las sombras, de desaparecer.

—Muy bien, empecemos a recoger. A menos que alguno se quiera quedar aquí a pasar Halloween, los demás tenemos fiestas a las que acudir.

Anna no tenía que acudir a ninguna fiesta. Volvió andando a casa, mientras la bruma otoñal brotaba del frío suelo. Al llegar, vio que su casa estaba a oscuras y en silencio: su tía seguía en el trabajo. Se sentó en la mesa de la cocina y sacó de la mochila su manzana elemental. Le dio un mordisco, intentando recordar el sabor de la magia. En el interior, unos pequeños brotes verdes habían empezado a aflorar de las semillas. Prometedor, pero a la vez inútil. *Mi magia ha resultado un fracaso antes incluso de empezar a usarla.* Una oleada de culpabilidad la invadió al pensar en Rowan. En su caída. En la sangre. En el patrón que había dejado en el suelo… esos círculos…

Anna se aferró a la manzana al recordar la marca que tenían las Mujeres sin Rostro en la nuca. *Siete círculos.*

Un recuerdo más profundo afloró de repente.

Era pequeña, debía de tener ocho o nueve años. Se había caído y se había raspado la rodilla. Había ido a buscar a su tía conteniendo las lágrimas, esperando que la consolara de algún modo: poniéndole una tirita o dándole un beso en la cabeza. Pero la tía no estaba en la cocina ni en el salón. Subió las

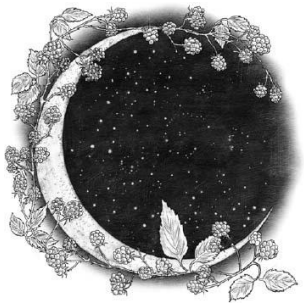
escaleras reprimiendo un sollozo. La puerta de la habitación de su tía estaba entornada. La empujó para abrirla: «Tía, me he…».

La tía estaba sentada en la cama con la cabeza apoyada en las manos y la bata alrededor de la cintura. Tenía la piel de la espalda en carne viva, enrojecida por las marcas de las puntadas: había un patrón cosido en su carne.

Anna dejó caer la manzana al recordarlo: círculos. Era un patrón compuesto de círculos. Intentó recordar algo más. Su tía se había puesto en pie, se había subido la bata y había empezado a gritar. Anna se quedó sin tirita y sin beso.

¿Había visto siete círculos en su espalda? Le costaba mucho recordarlo con claridad. Desde entonces, le había vuelto a ver la espalda a su tía y no había advertido marca alguna. Puede que estuviera exagerando. Lo más probable es que no fuera nada. Tan solo otro castigo de las Encorsetadoras, una especie de prueba enfermiza. No había razón para darle más importancia, salvo por… *la sangre de Rowan.*

El timbre de la puerta sonó y sobresaltó a Anna. Escondió la manzana y fue a abrir. Había un puñado de niños reunidos frente a su entrada, una colección en miniatura de monstruos, demonios y brujas. Todos gritaron: «¿TRUCO O TRATO?».



SECRETOS

Nunca olvides a Quienes Conocen Nuestros Secretos, pues ellos no los olvidarán nunca.

El regreso, *El libro de las Encorsetadoras*.

Anna llevaba toda la semana sin poder concentrarse en clase. No dejaba de pensar en Rowan y su caída. Había confiado en que, con la magia del grupo, su propio poder se fortaleciera de algún modo, pero el hilillo de sangre acusador que había brotado de la cabeza de Rowan era incuestionable. Estaba fuera de su alcance.

Se encaminó a clase de Lengua, consciente de que su estado de ánimo no iba a mejorar. El señor Ramsden contaba con la excepcional habilidad de convertir grandes obras literarias en cáscaras resecas. *Igual que yo, una cáscara reseca con nada en su interior.* Al menos, Peter asistía también a esa clase, así que podría distraerse. El aula estaba vacía. Se sentó en un rincón y esperó, con la esperanza de que él no tardara en llegar. La puerta se abrió…

—Hola, brujita.

Anna se dejó caer sobre el escritorio con un gemido.

Attis sonrió.

—Me encanta el efecto que tengo sobre ti. No sé si ha sido un ruidito de placer o de angustia.

—Lo segundo, te lo aseguro.

—Y yo te aseguro que apenas hay un paso entre uno y otro.

Se acercó desperezándose, casi tocando el techo bajo con los brazos, y consiguió que el aula pareciera de pronto pequeña. Llevaba los mismos pantalones de deporte de siempre.

—¿Alguna vez te cambias de ropa?

—Pues claro. —Parecía ofendido—. Salvo por la ropa interior. ¿Está ocupado? —Se sentó al lado de Anna antes de que pudiera responder.

—¿Cómo es que estás aquí ya? Si nunca llegas temprano.

—Ah, es que me encanta leer —respondió él, y Anna se fijó en que no llevaba ningún libro, ni siquiera una mochila.

—Ya me imagino. ¿Es otro de tus pasatiempos, además de liarte con chicas y morderte las uñas de los pies?

Attis se echó a reír.

—¿Te crees que esas son las únicas actividades a las que dedico el tiempo libre?

—Estoy dándole vueltas al asunto, pero no se me ocurre nada más.

—Te has olvidado de mencionar las pajas.

Anna le lanzó el boli con una mueca de asco.

—Gracias, me hacía falta.

Ella se dispuso a soltar una ristra de palabrotas cuando la puerta se abrió y entraron Peter, Tom y Andrew.

—Te devolveré el boli después de clase, ¿vale, Anna? ¿Quedamos detrás del edificio de Ciencias? —dijo Attis en voz alta, y soltó una carcajada al ver la cara que puso Anna. En aquel momento, la chica podría haberle atravesado el ojo con el bolígrafo en cuestión.

—¿Queda alguna chica en el colegio a la que aún no hayas acosado, Attis? —preguntó Peter. *Genial, cuando por fin se da cuenta de que existo se cree que soy uno de los ligues de Attis*.

—Es la prueba viviente de que la evolución puede ir hacia atrás —se burló Andrew, moviendo su nariz de ratón. A Anna no le caía bien: seguía a todas partes a los chicos populares, escudándose tras ellos mientras soltaba comentarios sarcásticos con la intención de provocar. Ellos parecían tolerarlo, aunque solo fuera porque su familia era rica e influyente. Volvió sus aceitosas facciones hacia Anna—: Yo que tú no me bajaría las bragas.

Tom golpeó el pupitre de Anna al pasar.

—Ya verás cómo te arrepientes. Tres revolcones y hasta luego.

—En mi defensa diré que serán tres revolcones con mucho mimo —respondió Attis—. Y, Andrew, no hables de las bragas de las chicas. Nos resulta perturbador a todos.

Andrew parecía dispuesto a responderle, pero Peter y Tom se habían puesto a charlar y él se alejó en su dirección. El aula fue llenándose poco a poco. El señor Ramsden apareció con el ceño fruncido, un gesto que anclaba el resto de sus facciones en la parte inferior de su rostro y lo surcaba de

arrugas. Siempre llevaba el mismo traje, que le quedaba grande, y hoy lo había combinado con una corbata naranja de elefantes. A Anna le vino a la mente uno de esos payasos viejos y tristes, y pensó que la comparación le iba que ni pintada.

Les informó que iban a seguir leyendo *Macbeth* cuando Felicity Gibson entró corriendo al aula.

—Llega siete minutos tarde, señorita Gibson. ¿Tiene algo que decir?

—Lo siento, señor Ramsden, el entrenamiento de animadoras se ha alargado más de la cuenta.

—¿Una actividad que consiste en agitar pompones en el aire? ¿Qué más tienen que aprender aparte de eso? —se burló. Estaba de mal humor.

—Estamos ensayando un baile nuevo.

—¡Ah, un baile nuevo! En ese caso me callo. ¿Por qué no nos lo enseña?

Felicity soltó una risita nerviosa.

—Adelante —insistió Ramsden y las líneas de su rostro se endurecieron. El director Connaughty había nombrado subdirector al señor Ramsden, y a este le encantaba exprimir al máximo el diminuto pellizco de autoridad que el puesto le proporcionaba.

—Señor Ramsden, yo…

—Enséñenoslo. Ya.

Felicity comenzó a bailar, luciendo tan avergonzada como era posible. La clase se echó a reír. Anna apartó la mirada, sintiéndose mal por ella.

—Venga, menea ese culo —exclamó Tom.

—Kellman —advirtió Ramsden, pero dejó que Felicity siguiera bailando unos instantes más—. Déjelo estar, se lo ruego. Después de este numerito, ya veo por qué hacía falta ensayar más —soltó una carcajada. Felicity corrió hacia un pupitre vacío con aspecto de estar al borde de las lágrimas—. Bien. Peter, ¿puede empezar a leer?

Los ánimos de la clase se calmaron y Anna se recostó en la silla, preguntándose cómo era posible que los abusos de autoridad del señor Ramsden no tuvieran ninguna consecuencia. Dejó que la voz reconfortante de Peter la envolviera; cada palabra uniforme y suave como un guijarro.

—¿Qué opinan de esta escena? —preguntó el señor Ramsden cuando terminó.

Peter se aclaró la garganta.

—Es evidente que *Lady* Macbeth está manipulando a Macbeth para que cometa el asesinato. Sabe que es un valeroso hombre de guerra y lo provoca, poniendo en entredicho su masculinidad…

—¿Es tu propia masculinidad tan frágil que unas pocas palabras la pondrían en entredicho? —preguntó Attis detrás de él.

—Lockerby, no critique la interpretación de los demás —ladró Ramsden.

—No la critico. Solo estoy debatiendo. ¿No es eso lo que debemos hacer?

—Señor Ramsden, si Attis quiere debatir conmigo, estaré encantado de oír lo que tenga que decir al respecto. Estoy seguro de que resultará esclarecedor. —Peter se volvió hacia Attis con una ligera sonrisa.

—Un generoso ofrecimiento, señor Nowell, pero a Lockerby no le interesa debatir de verdad, sino desbaratar la clase.

—¿No puedo hacer las dos cosas?

Ramsden hervía de rabia.

—Lo que puede hacer es leer la siguiente escena.

—Me encantaría, pero no tengo el libro.

—¿Dónde está su ejemplar?

—A decir verdad, señor, lo más probable es que no sepa leer —dijo Andrew.

Ramsden examinó el pupitre de Attis con los labios fruncidos.

—¡Lockerby! ¿Cómo se atreve a presentarse en mi clase sin el libro que estamos analizando? Dejé muy claro a principio de curso que todos debían comprar un ejemplar de las obras completas de Shakespeare.

—No pasa nada, señor Ramsden, me las sé de memoria.

—¡Vaya! —A Ramsden se le encendieron las facciones de bulldog—. Se sabe de memoria toda la obra.

—Más o menos.

—Ya que sabe tanto de Shakespeare, ¿por qué no jugamos a un jueguecito?

—Claro.

—Acérquese.

Attis se puso en pie de un salto y se dirigió al frente.

—Recite el monólogo «Mañana» de Macbeth, y por cada verso que se equivoque se quedará una tarde castigado.

—¿Y qué pasa si no me equivoco?

El señor Ramsden miró a Attis como si este fuera un insecto a punto de ser aplastado con el zapato.

—Lo dejo en sus manos.

—Muy bien, si no me equivoco tendrá que hacer la coreografía de las animadoras delante de todos.

Anna, al igual que el resto de la clase, no pudo evitar reírse al imaginárselo. El señor Ramsden dio un golpe en la mesa para que se callaran.

—Claro que sí, señor Lockerby, bailaré por toda el aula y llevaré unos puñeteros pompones si quiere.

—Y se disculpará con Felicity —añadió Attis.

El señor Ramsden cerró los puños, pero sonrió amablemente.

—Desde luego.

Andrew intercambió miradas de regocijo con Tom y Peter, que esbozaron una sonrisa. Anna no los culpaba por querer que Attis acabara humillado, pero a ella la idea no le produjo ningún placer. Attis, sin embargo, ni se había inmutado. Enderezó los hombros, alzó la cabeza y empezó a recitar con voz potente:

—«Mañana, y mañana, y mañana…». —Los rasgos de su rostro se transformaron en los de un alma mermada y torturada; su expresión se había vuelto cada vez más desolada tras pronunciar cada uno de los «mañana».

> «… se desliza día tras día con paso mezquino hasta la última sílaba del tiempo escrito, y todos nuestros ayeres han alumbrado a los necios hacia la polvorienta muerte. ¡Apágate, apágate, breve llama! La vida no es más que una sombra errante, un pobre actor que en escena se pavonea y se revuelve hasta que nunca más se le oye. Es el cuento de un idiota, impregnado de ruido y furia, que no significa nada».

Su última palabra resonó por el aula, pues todos se habían quedado en silencio y aturdidos. Andrew se hundió en la silla. El señor Ramsden permaneció inmóvil al fondo de la clase. Su silencio resultaba atronador.

—Bueno, según mi opinión —prosiguió Attis—, no creo que *Lady* Macbeth sea la responsable de la caída de Macbeth. Ella tiene su papel, y Macbeth quiere que lo represente. El miedo es lo que lo impulsa realmente. Teme que los acontecimientos se desarrollen de forma ajena a su voluntad, teme no ser capaz de sentir el miedo ni el sufrimiento humano; pero, sobre todo, teme su propia destrucción. Está sufriendo una puta crisis existencial. «La vida… es el cuento de un idiota… que no significa nada». Esa futilidad es lo que lo impulsa a seguir adelante. Busca el pecado, la perdición, para acabar consigo mismo y ser capaz de sentir algo.

La clase estalló en aplausos. El ruido sobresaltó a Anna; se había perdido en sus palabras.

—Desde luego, las brujas también tienen la culpa, pero es algo bastante habitual. —Le guiñó un ojo. Anna se encogió en la silla—. Bueno, Peter, me encantaría oír tu opinión sobre el tema. Seguro que resulta esclarecedora.

Peter le dedicó una gélida sonrisa y se dispuso a responder, pero el señor Ramsden recuperó la capacidad de hablar:

—¡Lockerby! Está claro que lo tenía todo planeado. —Su rostro había empezado a adoptar el color y la turgencia de una berenjena.

—Creí que teníamos un trato, señor Ramsden. Puedo recitar otro monólogo si quiere.

Attis echó la cabeza hacia atrás con teatralidad:

> «Tal es la causa, tal es la causa, alma mía.
> No os la contaré, castas estrellas…».

—¡Fuera! —aulló Ramsden.

—¿Quiere que le traiga los pompones?

—¡FUERA!

Attis hizo una reverencia y salió de clase; la puerta se cerró tras él.



A la hora de la comida, todo el mundo hablaba de lo que había pasado, y cada versión era más exagerada que la anterior. Mientras entraba en el comedor, Anna se descubrió esbozando una sonrisa al recordar la expresión que había cruzado el semblante amoratado de Ramsden. Ya se había imaginado que Attis era más inteligente de lo que aparentaba, pero incluso así: ¿se había estudiado el monólogo antes de la clase o de verdad sabía de memoria toda la obra de Shakespeare? Aquello le hizo recordar que apenas lo conocía.

—Eh. —Oyó que Effie la llamaba y, al levantar la mirada, vio que Rowan y Miranda, que tenían pinta de haber sido tomadas como rehenes, estaban sentadas con ella. Effie le hizo una seña para que se acercara. Anna se había sentado sola para comer desde que podía recordar, representando su papel de chica invisible. El hecho de acercarse a la mesa en la que estaban las demás chicas se le antojó del todo antinatural y desconcertante.

Se observaron unas a otras. Era la primera vez que estaban juntas en público.

—Normalmente estudio la Biblia los miércoles, pero como hoy el aula está ocupada, he decidido posponerlo —dijo Miranda a la defensiva.

—Tranquila, Manda, no le contaremos a nadie que te has pasado al lado oscuro —dijo Effie.

—¡Es Miranda! Y no me he pasado a ningún lado, solo pienso echar un breve vistazo a las profundidades de la oscuridad antes de volver al redil.

—Haces que suene muy guarro.

—¡Qué va!

—Manda, vas a tener que lidiar con el sentido del humor de Effie si no quieres perder la chaveta —la aconsejó Rowan. Se volvió hacia Effie entusiasmada—. ¿Qué ha pasado en clase de Lengua con Attis? La gente no hace más que hablar de ello. Ojalá hubiera estado allí. Creo que lo han suspendido y no va a poder volver a las clases de Ramsden. —A Anna no la sorprendió oír aquello, pero no pudo evitar sentirse algo decepcionada: la clase no sería tan entretenida sin él—. Me han pasado esto. —Rowan soltó una risita y les enseñó un vídeo de una animadora agitando los pompones; lo habían manipulado para que apareciera la cabeza de Ramsden sobre el cuerpo de la chica.

Effie se echó a reír.

—Supongo que Attis hizo algo estúpido pero muy divertido, como siempre.

—Yo estaba allí —dijo Anna, y les contó toda la historia.

—¿Así que lo recitó delante de todos? —inquirió Rowan—. ¿Acaso se aprendió todo *Macbeth* de memoria por si algún día se presentaba la ocasión?

—Es que tiene memoria fotográfica. Es la persona más inteligente que conozco, y le encanta leer —dijo Effie con una especie de orgullo velado. Anna intentó encajar aquella faceta nueva de Attis con el chico que había empezado a conocer—. Su padre, un viejo amigo de Selene, no solo era profesor de Lengua sino también un apasionado de la historia, así que Attis creció en un ambiente muy académico. Vivían en el campus universitario, y a los quince años ya ganaba dinero escribiendo redacciones para los alumnos que andaban estresados. Es muy astuto.

—¿En qué campus? —Anna quería saber más detalles.

—En el de la Universidad de… nunca puedo pronunciarlo…, Aber… ystwyth, en Gales. Es un lugar precioso. Está en la playa. Selene solía dejarme allí muchos veranos. —Sonrió con nostalgia.

—A lo mejor podríamos ir todas en verano —propuso Rowan entusiasmada—. ¿Una excursión brujeril?

—Su padre ya no está allí —dijo Effie de forma distraída, ya que estaba saludando a un chico que acababa de entrar en la sala. Él le devolvió el saludo y se sentó rápidamente, totalmente avergonzado. Anna lo reconoció, era el

chico grandote que le había llamado la atención a Effie durante su excursión a la cafetería.

Rowan le dio un codazo a Effie.

—He oído que ahora salís juntos.

Effie sonrió.

—Solo estoy divirtiéndome.

—¿Puedo divertirme yo con Attis mientras tanto? —preguntó Rowan arqueando las cejas.

—Hablando del rey de Roma, parece que se ha encontrado a una víbora… —dijo Effie.

Darcey apareció colgada del brazo de Attis. Se reía de forma coqueta y exagerada de algo que él acababa de decir. Attis se separó de ella y fue a por su comida, y Darcey pasó por delante de su mesa, mientras Olivia y Corinne avanzaban detrás de ella. Miranda se quedó paralizada. Rowan fingió que estaba leyendo algo en su teléfono móvil. Anna se aferró a su cordón de nudos.

—Madre mía, ¿no has podido conseguir amigas mejores, Effie? —Darcey hizo una mueca—. Debes de estar desesperada, aunque no es ninguna novedad, ¿no? Supongo que por eso acabaste chupándosela a Tom Kellman en la parte de atrás de su coche…

—Pues me dijo que la chupaba mejor que tú —replicó Effie.

Corinne soltó una risita y Darcey la fulminó con la mirada.

—Miranda Richards —dijo Darcey, y chasqueó la lengua—. Deberías saber que juntarse con putas no da demasiada buena impresión, ¿o es que por fin has decidido dejar el rollo de monjita?

—Si quieres unirte a mi grupo de catequesis —replicó Miranda tragando saliva con nerviosismo—, te explicaré encantada…

—Oh, oh, alguien quiere que me una al convento. —Darcey se tapó la boca con la mano, lo que hizo reír a Olivia y a Corinne—. Me uniré a tu grupo de catequesis el día que te echen un buen polvo. Pero, en serio, deberías tirarte a alguien. Seguro que te ayuda a relajar esa cara tan tensa que tienes.

Corinne se puso a masajearle los hombros a Miranda.

—Te lo recomiendo encarecidamente. Dos polvos al día, el médico te ahorraría.

—Aunque seguro que echa un polvo antes que tú, ¿eh, mastodonte? —Darcey le dio un codazo a Rowan—. Como si alguien se fuera a acercar a esos enormes…

—¿Muslos? ¿Michelines? ¿Pantobillos?

—Oye, no hace falta… —dijo Anna en voz baja.

—No. Me. Fastidies. ¿La chica invisible ha abierto la boca? —Darcey se volvió hacia ella con los ojos entornados. Anna agachó la cabeza, arrepintiéndose al instante de haber dicho nada—. Mira cómo defiende a sus nuevas amiguitas. ¿Te da miedo que se cansen de ti como hicieron las demás? ¿Que se den cuenta de que eres una tonta sin ninguna sustancia? Ni siquiera tus padres pudieron soportar quedarse…

—¡Eh, Peter! ¡Aquí! —gritó Effie. Peter acababa de entrar en la sala e intentaba averiguar quién lo llamaba—. Me pregunto cuándo te dará la patada, Darcey. A lo mejor puedo echarle una mano.

Darcey movió los ojos ligeramente. Sonrió con dulzura y se acercó a Peter; Corinne y Olivia fueron tras ella. Darcey le dijo algo y él miró a Effie con el ceño fruncido.

—Genial, las *Smoothies* nos han puesto en su lista negra —gimió Rowan —. Nos van a hacer la vida imposible. Aunque es un alivio comprobar que el mote que me pusieron en octavo vuelve a pegar fuerte. Creía que ya era agua pasada, pero se ve que no. —Rowan apartó el postre.

Attis dejó la bandeja en la mesa con un golpe.

—Vaya, Darcey se ha ido, qué pena.

—Sabía que pasaría algo así —exclamó Miranda, angustiada—. Estamos acabadas.

—¿Qué es lo que os da tanto miedo? —dijo Effie con impaciencia—. Este colegio es de lo más rancio. En Nueva York no se saldrían con la suya ni de casualidad. El numerito de matona de Darcey está desfasado: divide a la gente y la destroza. Ahora que nos tenemos unas a otras, no podrá hacer nada.

—Claro que podrá —dijo Anna—. Ella siempre gana.

—Depende de lo que entiendas por «ganar».

—¿Conseguir que nos expulsen? ¿Que seamos unas apestadas? ¿Que nos acosen por internet durante el resto de nuestra vida? —dijo Rowan.

—Es posible que nos expulsen, sí —admitió Effie—. Pero no vamos a ser ningunas apestadas. La jerarquía social del colegio ha cambiado y solo nosotras conocemos las reglas. Hay que ser más abiertas de mente. Tenemos todo un mundo mágico al alcance de los dedos, ¿no es así?

Anna no estaba segura de poder afirmar eso último.

—¿Y qué es lo que tiene Darcey? —prosiguió Effie.

—¿Unas habilidades alucinantes para maquillarse? —sugirió Rowan.

—La capacidad de destrozarnos la vida —gimió Miranda.

—Miranda tiene razón. Es mejor no provocarla —dijo Anna—. Está al mando de los cotilleos del colegio. Lo último que queremos es que los demás empiecen a hablar de nosotras.

—Demasiado tarde, lo siento. —Effie sonrió y echó un vistazo a la sala. A Anna se le cayó el alma a los pies al ver que todos las miraban—. Soy la comidilla del colegio, y si os juntáis conmigo, vosotras también lo seréis. No es culpa mía que los alumnos de aquí no tengan nada mejor que hacer.

Anna sacudió la cabeza, cediendo ante la sonrisa de Effie.

—Con tal de que no acabemos saliendo en las noticias. —Pensó en las Mujeres sin Rostro, en lo mucho que les había preocupado la noticia a las Encorsetadoras. Anna sabía que a lo mejor volvían a reírse de ella, pero estaba harta de evitar las preguntas que llevaban atormentándola desde el verano, de conformarse con las migajas de información que encontraba cuando su tía no estaba en casa—. Oíd, ¿sabéis algo de esa noticia que salió hace un par de meses, la de las mujeres colgadas del Big Ben? Puede que os parezca una tontería, pero… ¿tuvo la magia algo que ver con aquello?

Rowan bajó la mirada. Effie se giró hacia Anna con una sonrisa tensa.

—¿Te refieres a las brujas ahorcadas?

—¿Qué? —exclamó Miranda—. ¿Esas mujeres eran brujas?

—Siempre se me olvida que vosotras dos no tenéis ni idea del mundo mágico —dijo Effie—. Sí, eran brujas. —Su mirada destelló con un brillo hambriento—. Las Siete. Las brujas más poderosas de todas.

Anna estaba demasiado sorprendida como para responder. Tenía la sospecha de que podían ser brujas, pero eso de que fueran las más poderosas… No era de extrañar que las Encorsetadoras estuvieran de los nervios.

—Creí que solo habían encontrado a seis mujeres —dijo Miranda.

—Bueno, la séptima soga estaba vacía, así que esperamos que una haya logrado escapar —respondió Rowan.

—¿Escapar? ¿No se habían suicidado?

—¡Por Dios, no! —exclamó Rowan, y luego bajó la voz—: Mi madre me dijo que jamás se suicidarían. No. Algo las mató. Lleva nerviosa desde que ocurrió todo.

—¿Qué? —preguntó Anna—. ¿Qué las mató?

Effie se inclinó hacia delante.

—Nadie lo sabe, pero tuvo que ser algo aún más poderoso que ellas. —La idea parecía entusiasmarla—. Selene tampoco quiere contarme nada. No se la ve muy preocupada, dice que las Siete volverán.

—Ah, ¿sí? —dijo Anna, sintiéndose ligeramente reconfortada.

—Sí, técnicamente no se las puede matar. Son demasiado poderosas como para morir. Daría lo que fuera por conocerlas y hacer magia con ellas. ¡Imaginaos lo mucho que podrían enseñarnos!

—¿Y qué hay de la marca que tenían en el cuello, los siete círculos?

—Es la marca de una maldición. —Rowan se estremeció—. Las Siete protegen a las brujas de todo daño, de modo que llevan esa marca como símbolo de protección, para hacer retroceder el mal. Después de todo, no existe magia más oscura que la de las maldiciones.

—La marca de una maldición —repitió Anna. *¿Era ese el símbolo que la tía tenía cosido en la espalda? ¿Para protegerse de las maldiciones también?* No podía preguntárselo a su tía sin levantar sospechas.

—Yo no me preocuparía —le dijo Attis a Anna rápidamente—. Son cosas que pasan en el mundo mágico. Y luego se solucionan.

Pero ella no estaba prestándole atención.

—¿Lo llamaban «el Ojo»?

Rowan asintió.

—Así es como llamaban al símbolo antiguamente. Parece un ojo, ¿no crees? Recuerdo haberlo visto de pequeña en un libro; tuve pesadillas durante una semana. Tiene algo que acaba obsesionándote…

Miranda gimió.

—Todo esto parece muy peligroso. Echo de menos ser una profana.

Effie la rodeó con un brazo y se echó a reír.

—¿Qué os acabo de decir? El único peligro aquí somos nosotras.

Después de pasar años soportándolo a duras penas, Anna se dio cuenta sorprendida de que había empezado a no temer ir al colegio. Habían pasado varias semanas desde que comenzaron con las reuniones del aquelarre y las cosas no habían sido fáciles; seguía mintiendo a su tía, los exámenes estaban a la vuelta de la esquina y los alumnos habían empezado a cuchichear. La mayor parte de los rumores eran bastante desagradables.

La puta. La virgen. La mastodonte. La invisible.

Aquellos eran los motes que circulaban por el colegio con susurros sarcásticos, y no había duda de que había sido cosa de Darcey. Pero aunque a Anna seguían excluyéndola, por primera vez no estaba sola. Iba a clase con

Rowan, que la ponía al día de los nuevos cotilleos o le hablaba de su último cuelgue, un chico que tocaba en la banda (se referían a él en clave como «el de la trompeta»); estudiaba con Manda (que por fin había cedido con el asunto de su apodo), o comían todas juntas e intercambiaban historias, se burlaban de la última publicación del blog de Olivia o de los lamentables intentos de Darcey por ligarse a Attis, y hablaban de todo lo que harían al acabar el colegio. Poco a poco, se iban abriendo unas a otras.

Aparte de los hechizos ocasionales de Effie no habían hecho más magia, así que Anna sintió una mezcla de emoción y terror cuando abrió su taquilla aquella mañana y vio una manzana. Cuando las clases de la tarde terminaron, se escabulló por los silenciosos pasillos hasta el aula de costura.

Rowan se abalanzó sobre Anna en cuanto esta cruzó la puerta.

—¿«Las enigmáticas cinco» o «Las hijas de Avalon» o «Unas brujas muy perras»?

—¿Qué?

—Tenemos que ponerle un nombre al aquelarre. ¿Cuál te gusta más?

—Los has dicho tan rápido que prácticamente se han fusionado en uno solo.

—No nos hace falta un nombre —interrumpió Manda—. No somos un grupo de música.

—¿«Las descarriadas»? —añadió Rowan—. Sigamos con la lluvia de ideas. ¿Anna?

—Eh…, las descarriadas de… la orden de la larga… Me gusta lo de unas brujas muy perras.

Effie abrió la puerta de golpe, sobresaltándolas a todas.

—Deja de hacer eso siempre —exclamó Rowan.

Effie se había cambiado de ropa; se había puesto un top negro ajustado y unos vaqueros negros con cinturón. Se había cortado el flequillo y se había maquillado la parte inferior de los ojos con unos puntitos dorados. Anna reflexionó sobre el hecho de que nunca tuviera el mismo aspecto; era como contemplar las ondas del agua.

—Nos vamos —dijo—. Hay que ir fuera. Tenemos que conectar con algo mayor.

—¿«Las grandiosas conectoras»? —sugirió Rowan.

—¿Qué dice?

—Intenta ponerle un nombre al aquelarre —explicó Anna.

—Nos hace falta un nombre, pero ese no.

Se encontraron con Attis de camino, mientras seguían a Effie por los tortuosos pasillos del colegio. Cuanto más subían, más estrechos parecían ser, al igual que los bronquiolos de un enorme y desgastado pulmón.

—¿Adónde vamos? —preguntó Miranda con aprensión.

—Arriba —dijo Effie.

Subieron por una estrecha escalera circular y la oscuridad los envolvió hasta que Anna apenas pudo ver nada. Llagaron a una zona sin salida. Attis sacó su llave blanca y toqueteó algo que había en el techo: una escotilla. Esta se abrió de golpe.

—Una llave de lo más útil, ¿no? —le susurró Rowan a Anna.

Attis desapareció por el agujero. Anna trepó y se topó con una brisa fría y cortante, y una mano firme la ayudó a subir. Se encontró cara a cara con Attis y el cielo abovedado. Tras recorrer los estrechos pasillos, la cumbre del colegio era como un mundo aparte, con tejados y torretas que se elevaban y descendían, igual que un paisaje montañoso salpicado de castillos novelescos en miniatura. Estaban en un pequeño recinto rodeado de barandillas de hierro. Anna se acercó al borde y contempló los terrenos del colegio, que se extendían por debajo.

—«Una noche sin luna… sin estrellas y negra como una Biblia» —dijo Attis, y apareció a su lado.

Anna levantó la mirada y vio que era cierto: la luna no coronaba el cielo, no había nada que suavizara el paisaje. La oscuridad era total, eclipsaba las amplias zonas de césped del colegio, ensombrecía los árboles, atravesaba los senderos iluminados y teñía de negro los caminos.

Rowan reía encantada, con los brazos extendidos y el pelo revuelto por culpa del viento.

—Ahora mismo podría echar a volar.

—Pues vuela por encima de los muros del castillo —dijo Effie, señalando con la cabeza la barandilla con pinchos que los rodeaba, tras la cual se extendía una zona más amplia del tejado. Las barandillas no eran especialmente altas ni afiladas, pero parecían capaces de empalar a cualquiera que fuera bastante desconsiderado como para caer sobre ellas.

—Yo no puedo pasar por encima —protestó Manda—. Apenas tengo fuerza en los brazos. Nunca puedo auparme por el borde de la piscina ni llevar las bolsas de la compra durante demasiado tiempo.

Effie puso los ojos en blanco.

—Sujétate a la esquina del tejado y este fornido joven de aquí te echará una mano. —Señaló a Attis.

—Yo peso como quince kilos más que vosotras. —Rowan contempló la barandilla con escepticismo.

—¿A lo mejor deberíamos llamarnos «El Aquelarre de las Capitanas Cagonas»? —propuso Effie mientras Attis saltaba la barandilla con una facilidad imposible.

—Muy buena aliteración, pero el nombre no me acaba de cuadrar… —dijo Rowan.

—Venga, Anna, échame una mano.

Anna enlazó sus manos con las de Effie para que Rowan pudiera apoyar los pies y subir. Tras pasar por la parte alta, Rowan se lanzó hacia Attis. A él le costó un poco quitársela de encima.

Manda se acercó a la barandilla con gran reticencia. Consiguió subirse a la valla y se quedó allí, agarrada a la pared.

—Entonces, ¿salto sin más?

—Salta sin más. Yo te agarro —respondió Attis.

—¿Salto y ya está?

—Salta.

—Estoy a un tris de darle un empujón —murmuró Effie.

Manda se dejó caer en sus brazos con un chillido, sacudiendo las piernas en todas direcciones. En cuanto estuvo en el suelo, salió disparada hacia la zona más amplia del tejado, igual que un cervatillo asustado adentrándose en la oscuridad.

—Ahora tú —dijo Effie—. Yo ya he saltado unas cuantas veces. —Cruzó los dedos y Anna se encaramó a la valla.

Attis extendió los brazos y Anna dio un salto. Él la agarró con firmeza, y ella notó la calidez y la fortaleza de sus brazos envolviéndole la cintura.

—¿Estás bien? —dijo él, bajando la cabeza para mirarla a los ojos.

—Sí, gracias —respondió ella, consciente de las manos de él sobre su cuerpo.

—¡Eh! —gritó Effie, que ya estaba en la valla. Attis soltó a Anna y le ofreció la espalda a Effie; ella le saltó encima y él la llevó a caballito por el tejado. La sensación de libertad había encendido a los demás, que corrían, gritaban y aullaban, entrando y saliendo de la oscuridad.

—¡Aquí! —gritó Effie.

—¿Dónde?

—¡En el centro!

Anna atravesó la oscuridad hasta el centro del tejado, donde se habían reunido los demás. Se sentaron en silencio un momento mientras recuperaban

el aliento.

—La magia de las brujas es más poderosa de noche, y no encontrareis un firmamento más oscuro que este —anunció Effie, e hizo una pausa para añadirle dramatismo a sus palabras—. Así será durante las próximas tres noches. Sin embargo, la luna sigue cerniéndose sobre nosotros: la luna negra. Su rostro invisible nos contempla ahora desde arriba. ¿Podéis sentirla?

Alzaron la cabeza hacia el cielo y dejaron que el silencio y el misterio de la noche se posaran sobre ellos.

—Siento… una piedra clavada en el culo —dijo Rowan, y Anna resopló con fuerza.

Effie las fulminó con la mirada y prosiguió.

—La luna gobierna los lenguajes planetarios. El sol conoce nuestras verdades, pero nuestras mentiras son transparentes para la luna, ¿o era al revés? —Effie sonrió. Los demás intercambiaron miradas nerviosas—. Cuando la luz de la luna se extingue, deben aflorar los secretos. Pues todos albergamos una luna negra en nuestro interior.

Su maquillaje resplandecía, y por encima, sus ojos eran dos charcos de oscuridad y deleite. Le encantaba montar numeritos. Anna captó la mirada de Attis. Fue incapaz de leer su expresión en la oscuridad: ¿curiosidad o preocupación?

—¿Estáis preparados para compartir vuestros más oscuros secretos?

Desde luego, Anna no era bastante interesante como para albergar ningún oscuro secreto, pero se había pasado toda la vida ocultando sus pensamientos, guardándolos en la bolsa de tela, y acurrucándose con los fragmentos que conformaban su propio ser. Y ahora debía revelárselos a un grupo de personas que apenas conocía. La idea le provocó un miedo desmesurado. Puede que si se mostraba ante ellos, descubrieran que su interior estaba vacío. Y ella desaparecería en la oscuridad de la noche para siempre.

Effie sacó una latita plateada de la mochila.

—Gracias por traerlas, Rowan. Para quien no lo sepa, estas son bayas gwiri. —Levantó algo que Anna no pudo distinguir en la oscuridad.

—De nada —respondió Rowan—. También se las conoce como «lágrimas de luna» o «el espejo de la madre». Son muy inusuales y cuesta mucho cultivarlas, pero a mi madre no se le resistieron. Se documentó durante cinco años y dedicó otros cinco a intentar cultivarlas. Y lo consiguió. El arbusto lleva floreciendo los últimos años y ya mide metro y medio, no queda mucho para que alcance la altura máxima que…

—Rowan —interrumpió Effie.

—Lo siento. No procede.

—¿Qué es? —preguntó Miranda.

—Una plantita muy rara —prosiguió Rowan—. Solo crece si se la riega con frecuencia y se la provee de un buen terreno y de… secretos. Se alimenta a base de secretos.

—Es increíble —dijo Attis, y su voz pareció desprender auténtica fascinación.

—Ya te digo. Mi madre ha estado susurrándole secretos todos estos años; da igual que sean secretillos sin importancia o auténticos bombazos, todos ayudan. El resto de la familia también ha tenido que echar una mano, y cada vez que tenemos visitas, mi madre les pide que contribuyan con sus secretos. El tío Archie juró y perjuró que no tenía ninguno, pero ella lo obligó a salir al jardín, a pesar de que su silla de ruedas no se desliza demasiado bien en terrenos irregulares.

—Los secretos deben de tener energía mágica propia, una reserva de la que se alimenta la planta. —Attis hablaba más para sí que para el resto.

—En cuanto la alimentas lo suficiente, las bayas empiezan a crecer. Son increíbles. Invisibles a la luz del día, pero por la noche, si te fijas bien, puedes distinguirlas. Sobre todo en noches como esta, cuando no se ve la luna.

Anna volvió a contemplar la mano de Effie. Y ahora sí fue capaz de identificarlas: un puñado de pequeñas bayas blancas que parecían cuentas de cristal. Eran prácticamente invisibles, y solo resultaba más fácil distinguirlas cuando Effie movía las manos: al igual que la superficie de un lago oscuro, que solo era visible en movimiento.

—Son comestibles, pero la mayoría de la gente no las come porque…

—En cuanto su jugo te empapa la lengua, un secreto se desliza de tus labios. —Effie esbozó una sonrisa—. O eso dicen. Contienen una magia muy poderosa. Al parecer, si tratas de resistirte al poder de la baya y mientes, acabarás con la boca manchada.

—¿Y qué? Las moras también manchan —dijo Manda.

—Pero estas bayas te tiñen la boca para siempre. Te dejan la lengua, las encías y los dientes negros. Dicen que no es la baya la que mancha, sino el propio secreto.

—Un secreto teñido por la luna negra —dijo Rowan.

—¿Qué? —preguntó Effie, intrigada.

—Es lo que dice la leyenda de la planta gwiri; todas las plantas tienen su historia.

—Nunca he oído hablar de ella —dijo Attis—. Cuéntanosla.

—Bueno, según cuenta la leyenda, o al menos así la contaba mi abuela, cuando la Suma Hilandera tejió el sol y la luna en el cielo, ambos coexistían uno al lado del otro, tanto de día como de noche. Naturalmente, como eran los astros más maravillosos que había, no tardaron en enamorarse. El sol iluminaba afectuosamente a la luna, y esta, a su vez, brillaba con el amor que él le profesaba. Sin embargo, con el paso de los siglos, el sol empezó a exigirle demasiado a la luna; la iluminaba con demasiada intensidad y quería saberlo todo de ella. El sol se enfadó y exigió conocer sus secretos. La luna sabía que era algo imposible, pero él la estaba fastidiando tanto (no creo que esas fueran las palabras exactas de la abuela), que ella se ocultó en la oscuridad de la noche.

»Desesperado, el sol acabó por encontrarla con su luz, pero ella estaba ya muy lejos, perdida en la oscuridad. Le pidió que regresara, pero era demasiado tarde; ella sabía que no podía volver. Lo único que podía hacer el sol ahora era iluminarla desde lejos, y aunque ella le permitía ver su rostro, le ocultaba gran parte de su ser, y durante tres días al mes, desaparecía por completo. La luna negra. En aquellas noches lloraba amargamente, y aún lo hace. Dicen que las bayas gwiri crecen donde aterrizan sus lágrimas; tan hermosas y brillantes como la luna, pero con secretos tan oscuros como la luna negra.

La historia se acomodó suavemente en el silencio, acentuando la magia del ambiente.

—Una buena historia —repuso Attis después de un momento.

—A mí me parece triste —opinó Manda.

A Anna le había parecido preciosa.

—No es triste —respondió Effie—. Nos ha regalado estas bayas, y ahora ha llegado el momento de darse un festín y afrontar sus consecuencias. —Se carcajeó, alargó la mano hacia el centro y la abrió. Invadidos por la ansiedad, todos se inclinaron hacia delante con risitas nerviosas y cada uno tomó una baya—. ¿Quién va a ser el primero? «Pito, pito, gorgorito, dónde vas tú tan bonito…». —Effie los fue señalando uno a uno. Al terminar la canción, su dedo aterrizó en Manda.

—Creo que lo has amañado —protestó Manda—. No quiero.

—Probablemente, lo peor que has hecho en tu vida haya sido devolver un libro con retraso a la biblioteca —la pinchó Effie—. Anda, cómete la baya.

Manda cerró los ojos y se metió la baya en la boca. Tras masticar un par de veces, las palabras salieron volando de sus labios:

—No creo en Dios. —Se tapó la boca con las manos, con los ojos muy abiertos, como si intentara devolver la afirmación a su interior—. ¡Eso ni siquiera es cierto! No puede ser un secreto si no es verdad.

—Algunos secretos se encuentran a tanta profundidad que ni siquiera nosotros los conocemos —dijo Rowan con suavidad.

—Pero yo sí creo en Dios…, aunque tal vez no en la versión de mis padres. La versión que me han enseñado. Pero sí creo… en Él… en algo. —Empezó a boquear, en busca de las palabras que podrían dar a su secreto la forma que ella creía que debía tener—. Que alguien se meta una baya en la boca, por favor, no quiero ser la única a la que le han destrozado la vida.

—Venga, va —Rowan se metió una en la boca—. Robo en tiendas de ropa —declaró—. Y lo más ridículo de todo es que ni siquiera son prendas de mi talla. Es ropa que no me queda: vestiditos de verano, pantalones cortos, tops que no me pondría ni muerta… —Dejó escapar un suspiro de alivio—. Jo, qué bien sienta soltarlo por fin. Me sentía culpable por la chaqueta de diseño que robé el mes pasado. Es demasiado pequeña, por si alguna de vosotras la quiere… Por cierto, la baya estaba buenísima.

—¿Robas en tiendas? —Effie levantó una ceja—. Eso sí que no me lo esperaba.

—Anda ya —respondió Rowan—. Si es lo típico que hacen las adolescentes para llamar la atención. Ojalá tuviera secretos más interesantes. Pero conmigo, lo que veis es lo que hay.

—Ahora yo —dijo Anna, queriendo acabar de una vez.

Contempló la baya en su mano: su propia luna negra posada en el universo de su palma. Toda su vida era un secreto, un centenar de diminutos secretos, como fragmentos de cristal roto.

Dejó la mente en blanco y se la comió.

Más que un sabor, percibió una sensación, como si la baya estuviera envolviéndola en sus profundidades. El jugo le empapó la lengua, igual que el chorro de agua de un géiser, y ella notó el sabor de los enigmas, de las puertas, de algo dulce e infinito.

—No puedo hacer magia —dijo, aunque no era consciente de que sus labios se hubieran movido. Se quedó paralizada. *¿Acabo de decir eso en voz alta?*

De todas las cosas que podía haber confesado, aquella ni siquiera se le había ocurrido. Creía que diría algo sobre sus padres o sobre su día a día con la tía: esos eran sus más oscuros secretos. Aquella afirmación ni siquiera era un secreto, sino todo lo contrario; se trataba de una carencia, de un vacío en

su vida. Se sentía más expuesta que nunca. Agachó la cabeza, agradecida de que estuvieran a oscuras.

—Anna —dijo Rowan con cuidado—. Sí puedes hacer magia, eres una buja. Lo que pasa es que todavía estás aprendiendo.

Su amabilidad hizo que se sintiera peor.

—¿Qué quieres decir con que no puedes hacer magia? —El tono de Effie era incisivo, algo brusco.

—Me es muy difícil —dijo Anna con la voz tensa—. Puede que fuera capaz cuando era pequeña…, pero con el tiempo mi poder pareció desaparecer. Mi tía no me deja hacer magia muy a menudo, así que puede que sea falta de práctica, pero cuando lo intento… no ocurre nada.

—La magia no desaparece —dijo Rowan—. Lo más probable es que se trate de un bloqueo psicológico.

—Tal vez. —*¿Preferiría enfrentarme a la mirada déspota de Darcey o a los cuatro pares de ojos que me contemplan ahora? A Darcey. Sin dudarlo*.

—Me toca —dijo Attis. Se metió una baya en la boca antes de que ninguna se diera cuenta. La masticó, y una expresión satisfecha se instaló en su rostro—. No soy una bruja.

Se hizo el silencio.

—¿Y nos vas a decir qué eres? —preguntó Rowan finalmente.

—Los caballeros no tienen memoria.

—Pensé que íbamos a airear nuestros secretos.

—¿Qué gracia tendría si los aireásemos *todos*?

Sus palabras quedaron suspendidas en el centro del círculo, como las chispas que dejan las bengalas a su paso; un breve momento de luz que ya se había extinguido. *¿Qué es?* Ciertamente tenía poderes mágicos y, a efectos prácticos, parecía un ser humano normal y corriente, aunque eso sí, uno muy atractivo. Anna lo contempló y él le sonrió de forma juguetona. *Todo esto es un juego para él*.

—No serás un demonio o algo así, ¿no? —preguntó Manda lanzándole una mirada sombría.

Attis consideró la pregunta.

—No —dijo con firmeza—. Estoy convencido en un 85 % de que no soy un demonio.

Dio la impresión de que Manda estaba algo asustada.

—Rezaré por tu alma todas las noches al acostarme.

—Si quieres pensar en mí mientras estás en la cama, me parece bien.

Manda emitió un ruidito avergonzado.

Effie lanzó una carcajada.

—¿No es divertido? Ahora que Attis os ha hecho cagaros de miedo, me toca a mí.

Aguardó a que todas las miradas estuvieran posadas en ella y entonces hizo aparecer una baya entre sus dedos y se la metió en la boca; el jugo humedeció sus labios carnosos.

—No soy capaz de amar —dijo con brusquedad. Su expresión de triunfo flaqueó y luego se echó a reír—. Menuda tontería, eso ni siquiera es un secreto. —Anna vio en la mirada de Effie que esta se sentía tan expuesta como se había sentido ella. Rowan y Manda rieron con nerviosismo. Attis le dirigió a Effie una mirada divertida aunque indulgente.

—¿Y qué? Es cierto. —Effie se encogió de hombros—. No me va ese rollo del amor. Menuda decepción. Ojalá tuviéramos más bayas, me comería otras tres. A ver si así sacaba los trapos sucios de verdad.

—Si hubiera robado más bayas, mi madre se habría dado cuenta —se disculpó Rowan—. Se conoce al dedillo todo el jardín.

Se puso a chispear, y la lluvia rasgó en pedazos la oscuridad.

—Lo único que digo —repuso Effie— es que nos hacen falta secretos mejores. Hagamos un juramento: «Por la luna negra y los secretos más oscuros».

—«Por la luna negra y los secretos más oscuros» —repitieron.

—De hecho, ese podría ser el nombre de nuestro aquelarre. —Effie recuperó el ánimo—. «El aquelarre de la Luna Negra».

—Me gusta cómo suena —dijo Rowan.

—Pues ya está. Nos ocupamos de lo que no puede revelarse a la luz del día y ejecutamos nuestros castigos en la oscuridad.

Effie se puso en pie y abrió la boca para atrapar la lluvia. Attis la agarró por detrás y la envolvió con los brazos, como si fuera lo más natural del mundo.

Regresaron al interior del colegio de mala gana. Resultaba sofocante dejar atrás la libertad que les habían otorgado los tejados para volver a los claustrofóbicos pasillos. Charlaron mientras recogían sus cosas del aula de costura, intentando ignorar la tensión del ambiente. Los oscuros secretos que deberían haberlos unido parecían haber creado un muro de silencio entre ellos.

Antes de que Anna se marchara, Effie la llevó a un lado y susurró:

—Tenemos que hablar del asunto de la magia. Y pronto.

Anna asintió, incapaz de mirarla a los ojos. Se fue a la estación y emprendió el camino de vuelta a casa sin más compañía que sus propios pensamientos. Sabía que el final de todo aquello no tardaría en llegar. Se había estado engañando a sí misma. *¿Cómo voy a formar parte de un aquelarre si no puedo hacer magia?*

El tren había alcanzado el segundo tramo del trayecto cuando Anna vio que una sombra se aproximaba. Se dio la vuelta y se topó con Attis, que se inclinaba hacia ella.

—¿Qué narices haces aquí?

—¿Alguna vez te han dicho que tus modales dentro del tren son horrorosos?

—¿Alguna vez te han dicho que no debes acercarte a las chicas en plan acosador, y menos en un vagón vacío?

—Anda, ahí estaba el fallo. —Chasqueó los dedos.

—Repito: ¿qué haces aquí? ¿Me has estado siguiendo?

—Estaba pensando en lo que has dicho antes. —Se sentó—. «Descubre nuevos horizontes. Visita Perú».

—Yo no he dicho eso.

—Ah, no, solo estaba leyendo ese anuncio. —Señaló una hilera de anuncios que había en la parte superior del vagón.

Anna no pudo evitar sonreír. Se sentó a su lado.

—Pensaba en eso de que crees que no puedes hacer magia.

—No es que lo crea, es que no puedo. Lo que pasó con Rowan…

—Te echas la culpa, ¿no?

—Es que fue culpa mía. De todas formas, ¿por qué sacas el tema? Yo también podría ponerme a hablar de tu secretito. Si no eres una bruja, ¿qué eres?

—Nadie importante. Estamos hablando de ti.

—Qué oportuno —replicó Anna. Tomó una profunda bocanada de aire—. Mira, no creo que puedas ayudarme.

El tren se detuvo con un chirrido y Anna bajó del vagón. Él fue tras ella.

—¿Recuerdas a qué edad podías hacer magia?

Anna lanzó un suspiro.

—No estoy segura. Creo que empecé justo después de cumplir siete años, pero luego ya no fui capaz.

—¿Fue entonces cuando comenzaron las hemorragias nasales?

A Anna la sorprendió que se hubiera dado cuenta.

—Creo que sí.

—¿Notaste algún otro síntoma?

—Fue hace mucho tiempo. Mi pelo, tal vez: solía ser de un rojizo dorado, pero ahora… está así. —Se agarró un mechón. Bajo la tenue iluminación de la estación, tenía un aspecto aún más apagado. Salió a la calle.

—Me dijiste que siempre tienes hambre, ¿es verdad? ¿Alguna cosa más?

—Sí, siempre tengo hambre. Supongo que tampoco duermo demasiado bien. Y cuando estudiaba en casa tenía siempre unos dolores de cabeza horribles, aunque parecen haber remitido.

Attis la detuvo y la agarró por los hombros. Examinó su rostro hasta incomodarla. Anna era consciente de su aspecto: tenía la piel translúcida y la mirada apagada, resultaba decepcionante en todos los sentidos. En comparación, la piel de color miel de Attis resplandecía; y un puñado de llamativas pecas atravesaba el puente de su nariz recta. El chico le colocó dos dedos en el cuello sin previo aviso; Anna notó su calidez, como si estuviera marcándole la piel. Se apartó de él.

—Tienes el pulso débil. —Arrugó el ceño.

—Gracias. ¿Algún otro síntoma del que me quieras informar? ¿Se me está cayendo el pelo? ¿Huelo mal? ¿Tengo la lepra?

—¿La tienes?

—¡No! ¿A qué viene todo esto, Attis? ¿Preguntas a toda la gente con la que empiezas a trabar amistad por su historial médico?

—Entonces, ¿vamos a ser amigos?

A Anna no le gustó su tono burlón.

—No lo sé. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Tengo mis criterios.

Él se echó a reír.

—Bueno, hemos llegado a mi calle. No te acerques más o mi tía te cortará la cabeza.

—Creí que le había caído estupendamente.

—Lograste salir con vida, así que algo es algo. —Parecía haber pasado mucho tiempo desde la noche en que conoció a Effie y a Attis.

—Debería acompañarte hasta la puerta. Está muy oscuro.

—No creo que haya nadie más peligroso que tú en kilómetros a la redonda —señaló Anna.

Él se dispuso a defenderse de las acusaciones y luego esbozó una amplia sonrisa.

—Es probable que tengas razón. Me quedaré mirando hasta que te metas en casa, ¿qué opinas de eso?

—Que sigues pareciendo un acosador.

—Mi especialidad. Buenas noches, Anna.

Anna se encaminó hacia su casa. Se dio la vuelta y lo saludó con la mano, pero él ya no era más que una silueta a la luz de la farola y no tardó en desaparecer en la oscuridad.

¿Quién eres, Attis Lockerby?



CORREHUELA

Que nuestra Hira sea soga y espinas.

Cuarto precepto, *El libro de las Encorsetadoras*.

Anna se dirigió a toda prisa hacia la biblioteca. Se había pasado los últimos días evitando a Effie y la conversación que tenían pendiente. Tenía que dejar el aquelarre. *Debería alegrarme de que todo vaya a terminar. Se acabaron las mentiras. Se acabó el tener miedo… Se acabó el tener amigos*.

—Hola —Manda la sobresaltó—. ¿Vas hacia la biblioteca?

—Sí.

—¿Te importa si voy contigo? Tengo un montón de trabajo.

Manda sonrió y Anna se fijó en lo dulce que era su expresión cuando no se ocultaba tras sus defensas.

—¿Cómo te encuentras después de lo del viernes? Tu secreto…

—No muy bien. —Anna se encogió de hombros—. Creo que mi paso por el aquelarre va a llegar a su fin.

—Effie no te echará…

—¿Acaso no la conoces?

—Es verdad que es una chica peculiar. Puede que la cosa no llegue a mayores. Aunque en cierto modo sería un alivio, ¿no? Nos contaste que tu tía es muy estricta.

—«Estricta» se queda corto. ¿Tus padres son iguales?

Manda resopló.

—Ya lo creo. Son estrictos, pero no se trata solo de eso. Esperan que tenga la misma visión del mundo que ellos, pero si alguna vez descubrieran que no es así, no sabrían qué hacer conmigo. Ya no me considerarían parte de

la familia. Mis hermanos mayores, a los que ya consideran perfectos, serían aún más perfectos en comparación conmigo. —La voz de Manda estaba impregnada de amargura—. Si se enteraran de que me he unido a un aquelarre, me matarían.

Anna guardó silencio durante un momento. Intentó encontrar qué decir a continuación.

—¿Es que te… pegan?

—¡Virgen santísima, no! No hablaba en sentido literal.

—Ah, vale. —Anna apartó la mirada, y una oleada de vergüenza la inundó al pensar en la vida que llevaba con su tía.

—Oh. —Manda se mordió una uña; tenía las uñas mordidas hasta la raíz —. ¿Por qué nos hacemos esto? Somos estudiantes sobresalientes, tenemos planes para el futuro y una familia que nos quiere…

—Creo que es lo que hacen todos los adolescentes de dieciséis años.

—¿Mandarlo todo a la mierda?

—Exacto.

Manda abrió la puerta de la biblioteca con un suspiro. Fueron a sentarse a una mesa y Manda mandó callar a un grupo de chicas que había por ahí cerca. Las chicas pusieron los ojos en blanco.

—Dicen que esa chica está saliendo con Karim Hussain. ¿Lo conoces? Es muy listo —susurró Manda. Anna negó con la cabeza—. Ella solo se pasa para verlo, Karim siempre está por aquí. No es que me fije en él ni nada de eso. Seguro que se enrollan detrás de las estanterías. Es asqueroso. Las bibliotecas están para leer, no para venir a cometer pecados y fornicar. — Anna reprimió una carcajada mientras Manda miraba a la chica con el ceño fruncido.

A Anna le gustaba ir a la biblioteca con Manda. Su amiga hablaba consigo misma y se estresaba tanto por la cantidad de deberes que tenía que entregar, que Anna parecía tranquila en comparación. Descubrió que su asignatura favorita era Lengua, que le encantaba estudiar idiomas y que tenía la intención de convertirse en abogada algún día, aunque todavía no había decidido su especialidad.

—Eso si no sufro una crisis nerviosa antes de los veinte, porque al ritmo que llevo, no me extrañaría.

Su próximo examen de francés la tenía atacada, y Anna la dejó regodeándose en su ansiedad. Al llegar a su taquilla le sorprendió encontrar una manzana en su interior. Se le cayó el alma a los pies. Había tenido la

esperanza de que Effie la despachara en privado, pero al parecer todo el grupo presenciaría su humillación.

Cuando entró en el aula de costura más tarde, intuyó por las miradas furtivas que estaban lanzándole que habían estado hablando de ella.

—Genial, ya has llegado —dijo Effie—. Tenemos que hablar de tu magia.

Directa al grano. Anna mantuvo la cabeza alta. Abandonaría el aquelarre del mismo modo en que se había unido, en silencio y con el corazón afligido.

Attis dio un paso al frente.

—Anna, creo que te están envenenando.

Anna se quedó boquiabierta. Las demás alternaban la mirada entre Attis y ella.

—Nadie me está envenenando —dijo finalmente—. Es una locura.

—¿Te he dicho alguna vez que nunca me equivoco? —respondió Attis—. Tu magia está siendo envenenada. Diría que, concretamente, con correhuela.

Rowan lanzó un grito ahogado.

—¿Qué es la correhuela? ¿Y cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó Anna, apartándose de él.

Attis se aproximó.

—La correhuela es una planta que se usa para confinar la magia de una bruja. La liga desde el interior; es muy potente y extremadamente eficaz. Sin embargo, produce efectos secundarios: un apetito voraz, pero también fatiga, insomnio, hemorragias nasales, dolores de cabeza… Aunque, como probablemente te han envenenado durante mucho tiempo, tu cuerpo debe de haber aprendido a sobrellevarlo. Eso explicaría la palidez de tu piel…

—Soy pelirroja.

—No hablo del tono, sino de su condición. Lo mismo ocurre con tus ojos: están apagados. Y con tu pelo. —Le agarró un mechón y lo examinó—. Bueno, podría ser cosa de la correhuela o una consecuencia de que tu magia se encuentre ligada. Es difícil saberlo. Rowan tenía razón, las brujas no pierden sus poderes después de desarrollarlos, y menos a una edad tan temprana. Si es cierto que en el pasado fuiste capaz de hacer magia y luego tus poderes se desvanecieron, la conclusión es, teniendo en cuenta tus síntomas, que te están envenenando.

Anna se echó el pelo hacia atrás y volvió la cara. Había tenido la intención de abandonar el aquelarre con su dignidad intacta. Pero ahora, al parecer, estaba siendo envenenada, pues su piel tenía un aspecto apagado y su pelo era anodino. *Cree que soy fea*… Puede que, simplemente, la genética no la

hubiera dotado de belleza. Puede que nunca hubiera sido capaz de hacer magia en primer lugar.

—Descríbeme lo que sueles comer y beber cada día. Cualquier cosa que tomes a diario.

La había arrinconado en una esquina del aula. Anna sacudió la cabeza, aún sin poder mirarlo.

—Yo qué sé. Desayuno zumo de naranja, o gachas, o huevos y arenques, o fruta y yogur. La comida la tomo aquí a mediodía. Y la cena varía… suelo cocinármela yo. Luego, por la noche, mi tía me trae un vaso de leche… —Anna se detuvo. Era lo único que tomaba todos los días, sin falta. *Es buena para los huesos*.

—¿Te tomas la leche todos los días?

—Desde que yo recuerdo, sí…

—Necesitaré una muestra para comprobar si contiene correhuela.

Correhuela. Anna saboreó la palabra. *No puede ser*. Su tía era estricta, sobreprotectora y cruel, pero ni siquiera ella sería capaz de hacer algo así: arrebatarle la magia, someterla a años de efectos secundarios, obligarla a lanzar hechizos que sabía que no podría llevar a cabo. Las Encorsetadoras ni siquiera autorizaban el uso de la magia botánica, aunque *El libro de las Encorsetadoras* dejaba cierto margen de maniobra. Anna recordaba las palabras: «La magia botánica queda prohibida, salvo por el uso de un pequeño número de plantas botánicas autorizadas». El libro no nombraba dichas plantas.

—Anna. —Attis la miró a los ojos. *Sus ojos deberían tener un tono más apagado que el mío, ya que son grises*, pensó Anna, *pero no es así; son como la trama de la lluvia, como el viento junto antes de una tormenta—*. ¿Recuerdas haberla visto por tu casa? Seguramente esté en forma de infusión. Tiene que ser un líquido verde y oler a alcohol.

—Nunca he visto nada parecido. —Anna pensó en la habitación del tercer piso, pero su tía no pasaba por allí todas las noches antes de irse a la cama. Debía de encontrarse en algún lugar más accesible, tal vez en la cocina. *¡No existe, por eso no la has visto!*

—Consigue una muestra esta noche —la instó Effie—. Es muy urgente.

—Vale, pero si al final resulta que todo queda en nada, dejaréis que me marche y no me molestaréis más.

—Ni nos acercaremos —dijo Effie—. Bueno, probemos a hechizar las velas. Anna, será mejor que esta vez no participes.

La sesión fue frustrante. Aunque Anna hubiera tenido algo de magia en su interior, habría sido incapaz de concentrarse, pues no podía dejar de pensar en la correhuela. No tenía ni idea de cómo obtener una muestra y, desde luego, sería peligroso. Su tía le llevaba la leche al dormitorio y la peinaba mientras ella se la bebía. No abandonaba en ningún momento la habitación.

Cuando Anna volvió a casa su tía todavía no había llegado, así que se puso a preparar la cena. Se manchó con tomate la blusa blanca y la frotó con bicarbonato antes de dejarla en el cesto de la ropa sucia del piso de arriba. Su tía regresó y ambas cenaron en silencio. A Anna le costaba tragar. Estaba hambrienta, pero aquello solo la hacía sentir peor: *¿el hambre es cosa del veneno?* Tenía tantas preguntas que apenas podía mirar a su tía por miedo a que fuera capaz de leerlas en su rostro.

Cuando los golpes sonaron en su puerta antes de acostarse, Anna tomó aire profundamente. Tenía que conseguir la muestra para demostrarles que se equivocaban, incluso si eso significaba perderlos a todos.

La tía se puso a cepillarle el pelo mientras le contaba cómo le había ido en el hospital y se quejaba de que *hoy en día es imposible encontrar enfermeras buenas que sean británicas*. Hablaba con su acostumbrada virulencia, pero le cepillaba el pelo con bastante suavidad. Era su ritual de todas las noches. *Si perdemos la confianza, lo perdemos todo*. Anna le dio un sorbo a la leche. Sabía a leche.

—Por cierto, tía.

—¿Qué?

—Me he manchado la blusa con salsa de tomate. La he frotado con bicarbonato, pero creo que la mancha no se ha ido del todo. La he dejado en el cesto de la ropa sucia…

—Anna. —La tía le pasó el cepillo por el pelo con brusquedad—. El bicarbonato por sí solo no hace nada, también hace falta sal. Espera, deja que vaya a ver la mancha.

Anna había contado con ello. Su tía abrió la puerta y salió del dormitorio. Solo disponía de unos momentos. Abrió el cajón y sacó la botella que había dejado allí antes. Con las manos temblorosas vertió en su interior un poco de leche, aunque derramó unas cuantas gotas al hacerlo. Volvió a enroscar el tapón y lanzó la botella al cajón justo cuando su tía volvía a entrar a toda prisa en la habitación. Anna puso el brazo sobre las gotas de leche derramadas y dejó que su manga las absorbiera.

La tía alzó la blusa.

—Así no se quitan las manchas. ¿Cómo has podido ser tan descuidada? Cuando acabe de cepillarte el pelo, quiero que vayas a dejar la blusa en remojo y a frotarla bien.

—Sí, tía. Lo siento. De verdad que sí —dijo Anna, y lo decía en serio.



Anna se despertó y vio cinco nudos en el prendesueños que colgaba sobre su cama. No había dormido bien; la sábana de abajo estaba arrugada y retorcida, era como un mapa de su agitación nocturna. Se acercó a su cómoda, abrió el cajón y examinó la botellita de leche con escepticismo. Se marchó al colegio a paso ligero, intentando olvidar el asunto. Su tía no sería capaz de envenenarla; la había encerrado en un armario, le había perforado los dedos y había convertido sus lágrimas en llamas, pero aquellas habían sido pruebas y enseñanzas. El veneno no albergaba lección alguna.

Attis la esperaba en lo alto de la escalera principal, sonriéndole cordialmente. Anna intentó alisarse el pelo, que se le había revuelto por culpa del viento, molesta de que él estuviera preparado antes que ella.

—Buenos días, Anna —saludó él—. ¿Llevas la mercancía?

—Shhh —chistó ella—. Medio colegio está aquí. Vayamos a algún sitio donde no haya nadie.

—Pensé que nunca me lo pedirías. —Él sonrió y fue tras ella.

Encontraron un aula vacía, y el alboroto de los pasillos se convirtió en un murmullo lejano al cerrar la puerta. Anna abrió la mochila y le dio la botella. Él la tomó y miró a Anna a los ojos durante un momento, estudiándola.

Ella se dio la vuelta.

—Que conste que esto me parece ridículo.

—Genial. Hacer el ridículo es lo que mejor se me da.

—En eso estamos de acuerdo. —Cerró la mochila y se detuvo un momento—. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué intentas ayudarme?

Él se encogió de hombros.

—Eres amiga de Effie. Ella quiere tener su aquelarre y te necesita. También creo que te están envenenando y me encanta demostrar que tengo razón.

—Mientras no lo hagas por mí, me parece bien.

—Jamás se me ocurriría intentar ayudarte, sé lo mucho que lo detestarías. Aun así, espero con ganas que me des las gracias. Las trufas de chocolate

amargo son mis favoritas.

Anna sacudió la cabeza con exasperación.

—Espero que te equivoques —dijo, pero las palabras le sonaron huecas. No había reflexionado en profundidad acerca de qué desenlace prefería: uno que la alejaría de su tía u otro en el que tendría que despedirse de la magia, de sus esperanzas y de sus recién descubiertos sueños.

No esperaba volver a ver a Attis ese día, así que cuando el chico apareció en la sala común y se acercó a ellas con una mirada de marcada determinación, el corazón le dio un vuelco y comenzó a latir con fuerza.

—Veneno —afirmó, elevándose sobre su mesa. Le dio la vuelta a la silla que estaba junto a Anna y se sentó—. Correhuela. —Se la quedó mirando—. Estoy seguro —dijo, más suavemente.

Todas las miradas se posaron en Anna. No sabía qué decir.

—No puede ser. —Su voz sonó estrangulada.

—Lo es. Pero es una buena noticia; si sabemos de qué se trata, podemos ponerle remedio.

—¿Ponerle remedio? —repitió Anna. *Ya no hay remedio que valga*.

Effie dejó escapar una carcajada sombría.

—Tu tía se ha superado.

—¿Cómo? ¿Cómo puedes estar tan seguro? —dijo Anna, con la mirada todavía clavada en Attis.

—Lo he comprobado de tres maneras distintas. La correhuela contiene alcaloides, los cuales se pueden detectar fácilmente con el reactivo de Dragendorff. En el laboratorio de química tenían todo lo que necesitaba: nitrato de bismuto, ácido tartárico y yoduro de potasio. El test ha salido positivo. Te lo volveré a enseñar mañana si necesitas pruebas.

—¿Cuál era la otra manera de comprobarlo?

Attis se frotó la mandíbula.

—Con magia. He diseñado un sistema propio para averiguarlo. Grabé en una cuchara de plata un símbolo para detectar la presencia de correhuela y… —Sacó una cuchara del bolsillo; estaba manchada de un negro tizón—. Como puedes ver, la plata reaccionó. —Attis le ofreció la cuchara a Anna, pero ella no la aceptó.

—¿Y la tercera comprobación?

—Me he bebido la leche.

Effie lo miró enfadada.

—¿Qué? Anna lleva años bebiéndosela. Sabía que sería difícil que hubiera una reacción con una dosis tan pequeña, pero pensé que valía la pena

intentarlo.

—¿Y?

Attis se encogió de hombros.

—Me duele un poco la cabeza.

Anna reflexionó sobre las pruebas que le había presentado Attis. *La magia es el pecado original. ¿Es posible que la tía fuera capaz? De arrebatarme la magia. De hacerme creer durante años, ¡años!, que era débil e inepta*. Anna meditó la pregunta con sinceridad por primera vez y supo que era posible, que tal vez la crueldad de su tía no conociera límites. La constatación de aquel hecho abrió una grieta en los cimientos de su vida. Siempre había aceptado los perversos métodos de su tía porque confiaba también en sus intenciones, por retorcidas que fueran… pero ¿cómo iba a ser tolerable el veneno? Era demasiado; había ido demasiado lejos, había actuado de forma demasiado depravada. Su tía se lo había arrebatado todo.

—¿Y qué vamos a hacer? —dijo Effie, golpeando la mesa, cosa que llamó la atención de los demás alumnos. Se inclinó, enfurecida—. Están envenenando a Anna, joder, y seguimos aquí sentados hablando del tema.

—Tranquila, fiera —dijo Attis—. Nuestra mejor alternativa es elaborar un antídoto. La correhuela es un alcaloide, así que tal vez sea posible neutralizarla. Solo tengo que encontrar una planta que nos sirva.

—Seguro que mi madre sabe qué hacer —dijo Rowan—. No hay nadie que sepa más de plantas que ella.

—Perfecto —dijo Effie—. Esta tarde iremos a casa de Rowan. Vives en Forest Hill, ¿no? No está muy lejos.

—No voy a preguntarte cómo sabes mi dirección —dijo Rowan.

—No es por nada, pero esta tarde tenemos que ir a una cosa llamada «clase».

—¿Acaso te da igual que estén envenenando a Anna? —dijo Effie, y a Anna le dio la impresión de que le gustaba demasiado decir esa palabra—. Sé que a última hora tienes período libre, y Anna también. Rowan, tú tienes Educación Física, así que te la puedes saltar.

Manda hizo un mohín. Rowan levantó la vista del móvil.

—Le he enviado un mensaje a mi madre, estará en casa esta tarde. Me ha contestado diciendo que tiene muchas ganas de conocer a mis «abrigos». Supongo que quiso decir «amigos».

—Pues está decidido —dijo Effie. Anna asintió, pero se sentía vacía; se imaginaba sus entrañas ennegrecidas y alquitranadas, igual que la cuchara. Recordaba el paquete que le había dado el médico a su tía cuando la llevó a su

consulta a los siete años… ¿Tendría correhuela dentro? *Todo lo que hago es para protegerte, Anna. Protegerte y envenenarte. Envenenarte y protegerte. Castigarte*.

Anna agarró el cordón de nudos y tocó el que refrenaba su ira. Lo apretó más fuerte, pero no se sintió mejor.



La casa de Rowan no encajaba en la ciudad. Se trataba de un edificio desigual sin ninguna otra vivienda alrededor, y estaba perdido en el interior de un jardín, con unos muros de piedra maciza que sobresalían de un pesado corpiño compuesto de enredaderas. Un porche verde repleto de cestas colgantes, macetas abarrotadas y campanillas de viento rodeaba el exterior.

La puerta se abrió de golpe y una mujer que debía de ser la madre de Rowan echó a correr hacia ellos. Tenía la nariz casi tan larga como su hija y el pelo igualmente alborotado, aunque, en su caso, un mechón gris le adornaba la parte delantera.

—Mi niña —exclamó, y estrechó a Rowan en un abrazo. *¿No se habían visto esa mañana?* Le plantó un montón de besos en cada mejilla y acto seguido se volvió hacia los demás—. Soy Gilberta, pero podéis llamarme Bertie.

A pesar de la reticencia de ambas, Bertie envolvió a Manda y a Effie en un abrazo igualmente entusiasta. A Attis le ofreció un sentido apretón de manos.

—¡Hola, hola! Tú debes de ser Attis. Menudo chicarrón estás hecho.

—¡Mamá!

—Ya veo a qué te referías. —Bertie le dio un codazo a Rowan y soltó una carcajada.

—MAMÁ.

—Y Anna. —Antes de que Anna tuviera ocasión de saludarla, Bertie la envolvió en un abrazo de oso; el voluptuoso pecho de la mujer apenas la dejaba respirar. El tacto de su jersey era muy suave y su bufanda olía a perfume y a masa pastelera. Durante un momento, Anna no quiso soltarse, pues su abrazo era lo que siempre debería ser el abrazo de una madre: la cura de todos los males—. Rowan me ha hablado mucho de ti. —Su fugaz mirada de preocupación se transformó en una sonrisa. Tenía las mejillas redondas, que brillaban como las manzanas en otoño—. Debéis de estar muertos de frío,

entrad en casa. —Bertie los condujo hacia la puerta principal—: He encendido la chimenea.

En el interior era difícil saber dónde terminaba el jardín y dónde empezaba la casa; había macetas de todas las formas y tamaños por todas partes, embutidas entre los zapatos y las botas de agua, los abrigos, los paraguas, los bolsos y las escobas del pasillo. Las fotos familiares salpicaban las paredes y el ambiente estaba impregnado con el delicioso aroma de las profundidades de un horno encendido.

—He preparado galletas de lavanda, un pastel de media luna y brownies de verbena. Aunque yo me andaría con ojo, la última vez que me comí uno dormí durante doce horas seguidas. Oh, tranquilos, no hace falta que os quitéis los zapatos. Venga, pasad, aunque la cocina está hecha un desastre. ¿Quién tiene hambre? Que no os asusten los ladridos, he encerrado a los perros.

—Ya os avisé de que estaba loca —susurró Rowan mientras recorrían el pasillo.

Anna sonrió.

—A mí me parece encantadora.

—Pues espera a probar sus pasteles.

El estómago de Anna gruñó en respuesta.

Las hierbas colgaban del techo de la cocina y las encimeras estaban cubiertas de ollas, harina y el tipo de golosinas caseras que su tía nunca se permitía comer. Un enorme fogón gorgoteaba en medio de todo aquello; de él colgaban unos cuantos trapos y paños de cocina, y en la parte superior, una olla de avena burbujeaba.

—¿Qué es eso? —preguntó Manda mirando con preocupación una bola de cristal que colgaba de la ventana. Había muchas otras y cada una de ellas estaba llena de sustancias extrañas: en una se arremolinaba una especie de bruma verde; en otra, un lodo oscuro se acumulaba en el fondo, y una tercera estaba cubierta de musgo.

—Bolas de bruja —respondió Bertie—. Atrapan energías negativas: contaminación, discusiones familiares, espíritus malignos y cosas por el estilo. Son muy útiles. ¿Alguien quiere un té?

—Sí, gracias —respondió Anna, examinando una bola con una sustancia amarilla de aspecto pegajoso que se movía lentamente en su interior.

—Tendrás que especificar un poco más —le dijo Bertie, y abrió una amplia alacena repleta de coloridas teteras de las que crecían plantas; numerosas hojas verdes y flores se asomaban por debajo de las tapas y

brotaban de las boquillas, y las enredaderas envolvían la parte central de los cacharros y se derramaban por los estantes. Algunas de las plantas eran más grandes que el recipiente en el que reposaban—. Son tés vivos; mucho más potentes —explicó—. Parece que a todos os hace falta espabilaros. El tomillo, el jengibre y el escaramujo obran maravillas. —Tomó una tetera de color naranja de cuya boquilla brotaba un penacho de hojas de tomillo.

Anna se paseó por el comedor y contempló las numerosas fotos de familia, todas ellas alegres y vívidas; intentó imaginarse cómo sería tener un hermano mayor y hermanas pequeñas. Bertie salió de la cocina con una tetera humeante mientras Attis la seguía cargando una enorme bandeja con tazas de té que no hacían juego y unos cuantos trozos de tarta recién cortados.

—¡Por aquí! —exclamó.

El salón estaba repleto de sofás, alfombras y mantas, y el fuego crepitaba en la chimenea. La estancia desprendía un aroma maravilloso, tan intenso como el de un pinar, e impregnado ligeramente con otros olores herbáceos.

—Añado manojos de romero y hierba de búfalo. —Bertie se sentó en el sofá junto a Anna—. Servíos un poco de tarta y contadme por qué estáis aquí en vez de en el colegio. Ponte un trozo más grande, tesoro, estás en los huesos —le dijo a Manda—. Vosotros dos, no os sentéis ahí, en el sofá cabemos todos. Venga, hacedme caso.

Era evidente que Effie y Attis no cabían, pero aun así obedecieron a Bertie, y de algún modo, aunque Anna no hubiera podido describir exactamente cómo, el sofá se hizo más grande cuando tomaron asiento. En cuanto estuvieron todos sentados, hubo espacio más que suficiente. Anna nunca había visto una casa que le gustara tanto como esa. Le dio un sorbo al té y su calidez llenó parte del vacío que sentía en su interior.

—¿Y bien? —preguntó Bertie.

—Anna ha estado tomando correhuela durante nueve años. Necesitamos una cura. —Effie le lanzó una mirada desafiante.

Bertie frunció el ceño.

—No te andas por las ramas, ¿eh? Sorbus ya me lo había comentado.

—Perdone, pero ¿quién demonios es Sorbus? —dijo Effie.

—¡MAMÁ! —gritó Rowan.

—Ah, me había prohibido revelaros su verdadero nombre.

Effie soltó una risita.

—¿Te llamas Sorbus Greenfinch?

—Mis padres no se conformaron con ponernos nombres de plantas, sino que además tuvieron que llamarnos por sus denominaciones botánicas. Mi

vida ha estado marcada por la tragedia desde que nací.

—Sorbus… quiero decir, Rowan, tienes suerte de tener un nombre tan bonito y mágico —dijo Bertie—. Se dice que el primer árbol de Rowan apareció cuando un rayo cayó sobre la tierra.

Rowan puso los ojos en blanco.

—¿Podemos volver al asunto de Anna?

—Bueno, claro, pero estoy esperando a que sigáis con la historia. Conozco los hechos, pero nadie me ha contado todavía el motivo por el que esta pobre chica está tomando algo tan nocivo. Si fuerais tan amables de ponerme al corriente…

El salón quedó en silencio. Effie fue a decir algo, pero se detuvo.

—Ya veo. Bueno, pues yo no me siento cómoda elaborando un antídoto sin que se me facilite el contexto del asunto.

Anna pensó en contarle la verdad, pero entonces puede que Bertie se sintiera obligada a llamar a su tía para discutir la cuestión; no podía arriesgarse. Se volvió hacia Bertie.

—¿Se le ocurre algún contexto en el que sea admisible administrarme correhuela? —Examinó la formación de arrugas que surcaba la parte inferior de los ojos de la mujer, como si fueran las venas de una hoja.

Bertie sonrió amablemente y las arrugas se hicieron más profundas.

—No, tesoro. Administrarte algo así en contra de tu voluntad es, en mi opinión, abominable.

—En ese caso, no pasa nada si me da el antídoto. Si al final resulta que no me están envenenando, es de suponer que el remedio no me hará daño, y si resulta que sí, recuperaré mi poder de decisión. Nadie saldrá perjudicado. —A Anna la sorprendió la tranquilidad con la que había podido hablar de su supuesto envenenamiento.

Bertie le dirigió una mirada tan triste que estuvo a punto de atravesar sus defensas.

—De acuerdo, querida. No puedo discutirte lo que acabas de decir, pero no está bien que alguien te esté haciendo esto… Tal vez, yo pueda ayudarte.

Anna notó que una lágrima empezaba a abrirse camino en su interior. Inhaló profundamente.

—No puede. Solo necesito que haga esto por mí. Por favor.

Bertie suspiró.

—Claro.

—¿Hace esto muy a menudo? —preguntó Attis, sin quitarle el ojo a otro pedazo de tarta—. ¿Curar a los demás?

—Ya lo creo —respondió Bertie sirviéndole otro trozo—. Como miembro de las Wort-Cunnings, llevo practicando magia botánica toda la vida.

—¿Quiénes son las Wort-Cunnings? —preguntó Anna.

—El clan más antiguo y numeroso que emplea el lenguaje de las plantas.

—¿El clan?

—Rowan, ¿es que no les estás enseñando a estas chicas nada del mundo mágico? Un clan es un grupo de brujas afines que practican el mismo lenguaje mágico. Pueden estar compuestos de varios aquelarres o tener solo unos pocos miembros. Las Wort-Cunnings somos una cuadrilla muy abierta, en la que todo el mundo es bienvenido. Antes teníamos muchos miembros, pero ahora los números disminuyen año tras año. A las brujas de hoy en día no les interesa demasiado la magia botánica, les parece lenta y complicada. Hay muchos otros clanes que también emplean las plantas, muchas ramificaciones, y nunca mejor dicho, que se centran en un aspecto particular de la magia botánica, pero nosotras trabajamos con todo. ¡No, yo te sirvo el té! —Bertie sobresaltó a Manda, que había agarrado la tetera y vertido unas cuantas gotas—. Solo una persona debe servir de la misma tetera o antes de un año acabará habiendo un enfrentamiento.

—¿Cuántos clanes hay en Gran Bretaña? —dijo Anna, fascinada con el mundo mágico que se desplegaba ante ella. *¿Las Encorsetadoras son un clan?*

—Oh, me imagino que centenares. Nadie lleva la cuenta, salvo, tal vez, las Siete —dijo Bertie alegremente, pero acto seguido su sonrisa desapareció —. Aún no me creo lo que pasó…

Effie se espabiló con la mención de las Siete.

—¿Sabe quién las mató? —preguntó.

Bertie dejó su taza, que se agitó un poco sobre la mesa.

—No. Puede que otro clan.

—¿Qué clan podría ser tan poderoso como para matar a las Siete?

Bertie no supo responder.

—No lo sé. El mundo mágico está repleto de misterios.

—Pero ¿la tarea de las Siete no era protegernos a todas? —dijo Manda.

Bertie sonrió.

—Y eso hacen. Las Siete. Las Descendientes de la Suma Hilandera. Las Guardianas de los cantos de la luna. Las Solitarias. Las Vírgenes. Al margen de cómo queráis llamarlas, forman el aquelarre más importante de todos y se encargan de proteger los lenguajes primigenios. Chicas, tenéis que entender que en el mundo mágico no hay líderes, ni tribunales ni ningún otro tipo de

sistema judicial… solo están las Siete. Ellas se encargan de mantener el equilibrio. Eso era lo que estaban haciendo aquella noche. No estoy muy al tanto de sus actividades ni de la magia que emplean, pero sí sé que una vez al año llevan a cabo un ritual de protección para garantizar la seguridad del mundo mágico. Por eso estaban allí, en el centro de la capital, en el Big Ben…

—¡Pero las mataron mientras lo llevaban a cabo! —gritó Manda—. Eso no puede ser buena señal.

—No, desde luego. Pero lo que debemos recordar, queridas mías, es que no se las puede matar de verdad. Volverán y nos protegerán una vez más… de todo aquello que pueda hacernos daño. ¿Más tarta?

—¿De dónde volverán? ¿Y cuándo? ¿Cómo podemos conocerlas? —Effie había ido abriendo los ojos cada vez más, y parecían ahora dos lunas negras.

Bertie miró el reloj.

—¿Vamos a seguir hablando de las Siete o vamos a ayudar a Anna? Las chicas no tardarán en volver del colegio.

—Vale —dijo Effie irritada.

—Pues en marcha al jardín, tenemos que preparar una tisana —exclamó Bertie, levantándose del sofá con sorprendente energía.



Salieron por la puerta trasera tras superar un circuito de obstáculos compuesto por botas de agua. Ya casi no había luz en el exterior, y el cielo exhibía un color rosa oscuro salpicado de nubes. Un sapito saltó por delante de ellos.

—Un cielo rosa y un sapo amarillo, eso significa que mañana volverá a ser un buen día. —Bertie tomó una enérgica bocanada de aire—. Nos hace falta un poquito de luz.

Chasqueó los dedos y el jardín se transformó de golpe; los faroles y las guirnaldas se encendieron y Anna se dio cuenta, con un suspiro, de que varios árboles también se habían iluminado con una luz tenue y plateada que trepaba por sus troncos y bajaba por sus ramas hasta llegar a las venas de cada hoja.

Bertie esbozó una sonrisa.

—Es una variedad especial de abedul.

Anna no había visto nunca un jardín como aquel: carecía de parterres, senderos o lindes, la vegetación campaba a sus anchas y, sin embargo, parecía existir cierto orden en todo ello, como si los seres vivos hubieran llegado a un

acuerdo sobre dónde tenía que estar cada uno y cuánto debían crecer. Las luces insuflaban de vida las texturas ondulantes y sombrías. Un pequeño arroyo corría por el centro, susurrando levemente.

—Tiene un jardín precioso —exclamó Manda.

—¿En serio? Menuda decepción. No era mi intención —respondió Bertie.

Anna seguía maravillada.

—Pero está muy al descubierto —dijo—. ¿Y si alguien lo viera?

Bertie sonrió.

—La magia ya no le interesa a nadie, querida. Todo el mundo anda mirándose el ombligo, y si no, lo que miran es el móvil. —Bertie hacía que pareciera muy sencillo: la magia existía y era algo tan natural como cualquier ser vivo. No había que ocultarla como si fuera una especie de enfermedad. Se agarró del brazo de Anna de la misma forma que lo hacía Rowan tan a menudo—. Bueno, cuéntame cómo te encuentras, cariño. Qué es lo que notas a diario.

—Estoy bien —respondió Anna. Bertie le lanzó una mirada penetrante—. Supongo que… no duermo bien. Siempre estoy cansada y algunas veces siento, no sé, como si me estuviera desvaneciendo.

Bertie frunció el ceño y luego asintió con preocupación.

—Paseemos y a ver qué dicen las plantas.

Attis tosió y se colocó junto a ellas.

—Entonces, ¿todavía no se le ha ocurrido qué antídoto darle?

—Oh, tengo varios en mente, pero no tiene ningún sentido hacer nada antes de comprobar qué piensan las plantas. —Bertie se agachó y hundió las manos en la tierra; se la restregó por las manos.

Attis sonrió cortésmente.

—¿La opinión de las plantas importa?

—Sería de muy mala educación insinuar lo contrario cuando estás en su hogar.

Attis contempló el jardín y luego volvió a mirar a Bertie como si estuviera loca.

—Pero seguro que ya sabe qué plantas son capaces de combatir los efectos de la correhuela a nivel químico.

—¿Tengo pinta de química? —dijo Bertie, ahí plantada con sus extrañas zapatillas de andar por casa y las manos cubiertas de barro.

—Bueno, no.

—Yo no trabajo con productos químicos, me baso en la doctrina de las firmas.

—¿La creencia de que las plantas se parecen a aquello que son capaces de curar? ¿Como si dijéramos que las nueces son buenas para el cerebro porque su forma es similar?

—Las nueces son buenas para el cerebro, incluso los científicos lo han demostrado. Pero no te quedes dormido a la sombra de un nogal o acabarás con dolor de cabeza. También se parecen a los intestinos y son fantásticas para recuperar la salud intestinal.

—Me da a mí que es una técnica bastante medieval.

Bertie se rio con ganas.

—Los hombres enseguida le ponen etiquetas a todo. Atribuyo la mayoría de los problemas que hay en el mundo a esa costumbre. Se creen muy inteligentes, escarbando y despedazándolo todo, pero de esa forma la auténtica sabiduría les pasa inadvertida.

Attis esbozó una sonrisa reconciliadora.

—¿Y cómo funciona la doctrina de las firmas?

Bertie se detuvo y pasó las manos por una planta cuyas hojas eran de un suave verde azulado, el color de la superficie del océano.

—La doctrina de las firmas no tiene que ver solo con la forma o el color de las plantas, sino con su aroma, su tacto, su entorno y el suelo donde se encuentran. Se trata de desenterrar su historia. De emplear todos los sentidos a la vez, para luego profundizar y alcanzar la esencia de cada planta.

Attis contempló la planta, escéptico.

—Piensa que es como cuando tienes que analizar un poema en clase. Hay que tener en cuenta el contexto, la entonación, la puntuación, el tipo de rima, las palabras y los versos, y el espacio en blanco que lo rodea. Todos esos elementos contribuyen a su significado, que no es solo uno, sino una infinidad de significados diferentes. Es poesía. Tal como ocurre con las hojas de un libro, hay que leer la planta entre líneas.

Son correspondencias, pero preciosas y llenas de vida. Anna creyó que Attis se reiría de la ambigüedad de las palabras de Bertie, pero se limitó a decir:

—Muéstremelo.

—Esta es artemisa. La madre de todas las hierbas, la que revela los sueños y facilita los caminos. Tócala. Es reconfortante pero firme, igual que las manos de una madre. Pertenece a la luna y guiará a Anna al pasado, le permitirá recordar. —De pronto, Bertie se echó a reír—. Me está diciendo que no sea tan ñoña, que ella también es muy potente. —Siguió adelante.

—¿No va a recoger un poco? —preguntó Attis.

—No puedo tomarla así sin más.

—Veo que todavía me queda mucho por aprender.

—A las plantas les gusta que las recojan de noche y de determinada manera… si es que te lo permiten. En el caso de la artemisa, hay que recogerla bajo la luna creciente, justo antes del amanecer y solo con tijeras de plata. Bueno, necesitamos algo un poco más enérgico. —Los condujo hacia el interior del jardín, donde los árboles eran más espesos y formaban doseles de luz enmarañada por encima de su cabeza.

—Ahí está la bribona —Bertie señaló una mata de ortigas—. La planta de la tormenta. El aguijón de la naturaleza. Una bruja chiflada y también un hombre de fuego y acero. Me parece que no te vendría mal. —Bertie le guiñó un ojo a Anna—. Mientras él ahuyenta el mal, ella te ayudará a fortalecerte, pues no existe una planta más resistente que esta.

—Creí que solo eran hierbajos, que no servía para nada más que para arañarte las piernas al pasar.

—¿Y quién decidió nombrarlos «hierbajos»? —replicó Bertie, tan cortante como la ortiga—. En cuanto a eso de que no sirve para nada, no podrías estar más equivocada. La ortiga puede hacer de todo.

—Ácido fórmico, histamina y acetilcolina: las sustancias químicas que contienen sus espinas, ¿verdad?

—Eres un cerebrín, ¿no? —En los ojos de Bertie apareció un brillo divertido—. Desde luego, el ácido ayudará a eliminar los efectos de la correhuela, pero la ortiga hará mucho más. Tejerá una mortaja para la correhuela y la neutralizará feroz y suavemente. Te hará falta valor. —Metió la mano en la mata de ortigas y sacó varios tallos—. Y el valor exige una pizca de dolor.

Si las ortigas habían arañado a Bertie, no dio muestras de ello.

—Un momento, ¿es que no tiene que recogerla durante una noche de luna llena, yendo descalza y apoyada sobre la pierna derecha mientras canta en latín o algo así? —Attis se apoyó en una sola pierna.

—Eso sería una ridiculez —respondió Bertie—. Pero por la tierra y el barbecho, el cardo y el matorral, le doy las gracias a la diosa de los dedos verdes por permitir que me sirva de su seno.

—¡Mamá! No digas «seno», por Dios.

—Perdona, Sorbus. Vale, la siguiente planta solo puede recogerla alguien que sea virgen. Supongo que no es tu caso. —Bertie le lanzó una miradita a Attis—. Me temo que tendrás que volver a ayudarme, Rowan.

—¡MAMÁ!

Siguieron adelante, mientras Bertie les hablaba de las plantas con las que elaboraría el antídoto de Anna. Anna nunca había oído hablar de las plantas de aquella manera, con sus significados desplegados ante ella y su química envuelta en leyendas y folclore. El jardín, sacudido por el viento, parecía inhalar y exhalar a su alrededor, difundiendo sus historias en el aire.

Daba la impresión de que Attis había superado su reserva inicial y se había ido animando a medida que Bertie los llevaba de un sitio a otro; le hizo preguntas, examinó las plantas y, de algún modo, acabó con la nariz manchada de tierra. Anna estaba acostumbrada a verlo en el colegio, aburrido o medio dormido en clase, pero aquí se comportaba de un modo totalmente diferente: estaba interesado, atento y lleno de vida, y tenía un brillo infantil en la mirada que era curiosamente contagioso. Anna se descubrió observándolo tanto como a las plantas. ¿Quién era aquel chico? Ese al que no parecía preocuparle nada, pero que al mismo tiempo se quedaba absorto con las curiosidades del mundo; ese que flirteaba, gastaba bromas y hacía de todo un juego y que, sin embargo, permanecía dedicado a Effie por completo. *No soy una bruja*, había dicho después de tomarse la baya; aquella frase había aparecido en sus pensamientos más a menudo de lo que le habría gustado. *¿Qué quiso decir con eso?* Era evidente que poseía magia, así que, ¿qué otra cosa podía ser? ¿Alguna otra entidad mágica? ¿Un demonio? ¿Un ángel? Alguien con un talento excepcional para ocultar quién era de verdad…

Al menos, tenían eso en común.

Su reflexión se vio interrumpida por los aullidos de dos chicas que llegaron corriendo para saludarlos.

—¿Qué hay de cenar? ¿Quiénes son estos? ¿Estáis haciendo magia?

—Os presento a mis hermanas, más conocidas como «Semilla del diablo número uno» y «Semilla del diablo número dos». No se callan ni debajo del agua —dijo Rowan.

—Volvamos adentro, se está haciendo tarde. ¿Quién quiere quedarse a cenar? —preguntó Bertie.

Anna miró su reloj y notó un nudo en el estómago. Eran casi las siete. Su tía la iba a matar.

—Yo me tengo que ir —dijo, y fue incapaz de disimular la urgencia en su voz.

—No me importa llamar a tu… ¿tía, verdad?, y explicárselo.

—No, no, no se preocupe. Muchas gracias por todo. Tiene una casa preciosa. —Anna se encaminó hacia la puerta trasera—. ¡Nos vemos mañana, chicos!

—¡Sí, huye del manicomio! —le gritó Rowan.

Anna echó a correr e, incluso siendo presa del pánico, supo que daría lo que fuera por vivir en una casa como aquella. Había creído que no podía haber nada más maravilloso que aquella tienda *vintage*, pero la casa de Rowan había superado todas sus expectativas, estaba repleta de magia pero de un modo que resultaba total y reconfortantemente ordinario.

Al llegar a casa, su tía la estaba esperando.

—¿Dónde has estado? —El pasillo estaba tan oscuro y frío como su voz.

—Me he entretenido con la sesión de estudio. —Anna se fijó en que tenía tierra bajo las uñas, por lo que apretó los puños.

—Se te ha enfriado la cena.

—Lo siento, tía, es que… —La tía hizo un gesto en el aire con los dedos y a Anna se le cerró la boca de golpe; se mordió la lengua y notó el sabor de la sangre.

—No quiero oír una palabra más. —Anna intentó abrir la mandíbula, pero no fue capaz; esta solo se le aflojó cuando su tía se dio la vuelta y se fue a la cocina. Anna inspiró profundamente y fue tras ella. La mesa estaba vacía—. He tenido que tirar tu cena. ¿Qué tal la sesión de estudio?

Anna intentó quitarse la suciedad de las uñas tras ponerse las manos a la espalda. Tenía que mantener la calma. Su tía siempre detectaba su nerviosismo.

—Bien.

—¿Qué has estudiado?

—Ingeniería genética. Biología.

—¿Qué has aprendido?

Anna se devanó los sesos.

—Hemos estudiado los plásmidos, los vectores que transportan la molécula de ADN al gen.

—¿Con qué profesor estabais?

—Con el doctor Pinkett.

—Hmmm —respondió la tía, sonriendo a Anna de forma extraña. Anna se dio cuenta de lo mucho que odiaba la calculada sonrisa de su tía. Nunca ofrecía nada sin esperar algo a cambio. *¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo?* La ira provocada por la traición de su tía se propagó rápidamente por su interior y, sin embargo, Anna no dejó que el más mínimo destello de enfado se reflejase en su rostro.

—Espero que no estés mintiendo. Si perdemos la confianza, lo perdemos todo.

Supongo que entonces ya lo hemos perdido todo.



IRA

Once años

La tía colocó la mano sobre la llama de la vela.

—Tu madre fue una estúpida.

La llama tembló.

—Confiaba en el amor. ¿En quién confiamos nosotras, Anna?

—Solo la una en la otra.

—Era una puta. ¿Sabes lo que es una puta?

—No. Tal vez. —Se lo había oído decir a las chicas del colegio. Quería que la tía dejase de decir esas cosas. Odiaba el cordón de nudos y, sin embargo, se percató de que estaba aferrándose a él como a un salvavidas.

—Una puta es una mujer que se entrega a un hombre, le ofrece su cuerpo para que él haga lo que quiera. Por culpa de esa estupidez acabó muerta.

La ira hirvió dentro de Anna y la llama se precipitó desde la vela hasta la mano de su tía. Esta lanzó un grito.

—Anna, debes dominar tu ira. Me haces daño. —Tenía los ojos tensos por el dolor.

Anna intentó encerrar su ira en el cordón que tenía entre los dedos, pero era demasiado intensa.

—Si no mantienes tus emociones a raya, serás vulnerable. Tu madre se merecía morir.

La llama volvió a salir disparada hacia la mano de su tía. Esta rugió de dolor.

—¡Por favor, ya basta!

Pero ella siguió insultando a su madre y Anna se enfadó aún más… con su tía, con su madre, consigo misma. Trató de extinguir su ira, pero sus intentos eran como un aleteo que solo parecía avivar las llamas.

—Me alegro de que la haya estrangulado. Me alegro, y lo mismo deberías hacer tú —prosiguió la tía.

La llama abrasó la piel de su tía hasta que tuvo que apartar la vela. Le enseñó a Anna la marca de la quemadura, donde ya empezaban a salir ampollas.

—Esto es lo que consigues con la ira. Les hace más daño a los demás que a ti misma.

Anna bajó la mirada.

—¿Por qué tienen que ser tan dolorosas estas pruebas?

La tía se abrió la blusa y le mostró a Anna los moratones que tenía debajo del collar de las Encorsetadoras.

—No sabes lo que es el dolor. Aún no.



PLUMA

Como preparación para su Amarre, la Desligada debe bañarse, vestirse y asegurarse de que su mente y su corazón estén purificados. Debe entrar en el círculo en silencio y mostrando dominio, y orientar todos sus pensamientos hacia la salvación.

El Amarre, Rituales de las Encorsetadoras, *El libro de las Encorsetadoras*.

Anna se sentó al piano del aula de música del colegio. Sus dedos se habían posado sobre las teclas como si fueran dos pequeños tejados, sintiéndose como en casa al instante.

Empezó a tocar una antigua melodía que había aprendido para su examen de cuarto. La había detestado al principio; había bregado durante semanas con su vibrante tonalidad menor y su complicado tempo, pero lentamente, nota tras nota, había ido apreciándola cada vez más, hasta que al final un día se dio cuenta de que estaba enamorada. Las irregularidades de su ritmo eran ahora defectos con los que a sus dedos les encantaba toparse.

A medida que se dejaba llevar, la canción se transformó en una melodía propia; dejó vagar los dedos y las imágenes se arremolinaron en su mente: su tía perforándola con la mirada en busca de mentiras, la cuchara de plata ennegrecida, la sonrisa implacable de Effie, los ojos de Attis estudiando los suyos, el rostro llameante de su madre en el fuego, el símbolo del Ojo descendiendo hacia su centro oscuro…, desplegó sus emociones hasta que no fue capaz de separar las imágenes de los sonidos, ni los sonidos de sus sentimientos, pues cada nota era una tonalidad diferente de emoción: ira, miedo, desesperación…

Llevaba tomando la tisana que le había preparado Bertie un par de semanas: «Una cucharadita empapada en agua hirviendo dos veces al día.

Puedes seguir bebiéndote la leche que te da tu tía, esto contrarrestará sus efectos», le había indicado Rowan al entregarle una bolsa de papel repleta de hojas secas e impregnada con los potentes y agrestes aromas del jardín de su madre. De momento todo seguía igual. Tanto lío para demostrar la existencia de la correhuela, para crear un antídoto… ¿Y si acababa siendo una decepción aún mayor de la que ya era? ¿*Y si aun así sigo sin tener poderes mágicos*? La idea le resultaba devastadora. Había estado muy cerca. Se había permitido albergar esperanza. ¿Qué otra cosa le quedaba ahora? La única persona a la que quería la había traicionado.

Desde fuera, el día a día con su tía transcurría con normalidad —esta le había enseñado a ocultar sus emociones muy bien—, pero Anna sentía cómo su ira y su resentimiento se cocían a fuego lento por debajo de la superficie, más agitados que nunca. El poder de su tía había formado los hilos que habían mantenido unido el bordado que representaba su vida en común, pero desde que Anna había descubierto lo de la correhuela, el patrón había perdido todo el sentido y cada hilo había acabado cercenado. Ahora estaba lleno de cabos sueltos en los que Anna no podía dejar de pensar; como la muerte de sus padres. *¿Sucedió tal cual me lo contó la tía? ¿Por qué odia tanto la magia? ¿De dónde proviene su miedo?*

Anna no podía mostrar ni una pizca de curiosidad: su tía la había estado vigilando más de cerca desde su excursión a casa de Rowan, y ahora Effie estaba empeñada en ir a una fiesta el fin de semana. Anna había intentado explicarle que no podía ir de ninguna de las maneras, pero Effie no se había mostrado comprensiva y Anna no podía evitar sentirse culpable. Effie se había tomado la molestia de unirlas a todas, de montar un aquelarre, y lo único que hacía ella era decir que no.

No quería seguir diciendo que no.

Anna descargó toda su frustración en las teclas. La melodía que tocó a continuación oscilaba entre la esperanza y la desolación, y las notas destilaban dolor; notas magulladas, tiernas, solas y temerosas, tan suaves como las plumas…

Oyó una voz detrás de ella. Los dedos quedaron paralizados sobre las teclas y la canción se apagó al instante. Attis estaba en la puerta.

—Pero ¿qué…? —dijo Anna, y al advertir que el tono de su voz era demasiado suave, subió el volumen a un nivel más apropiado—: ¿QUÉ MIERDA HACES AQUÍ? —Las palabras resonaron en la pequeña estancia. Se volvió hacia el piano con las mejillas encendidas por la vergüenza, pues no sabía cuánto había visto u oído.

—Lo siento. —Levantó las manos en un gesto conciliador. Como si aquello fuera suficiente. Había sido un momento dolorosamente personal y una parte muy extensa de sí misma había quedado expuesta, en carne viva. De manera automática, Anna se llevó la mano al bolsillo en busca de su cordón de nudos, y volvió a guardarse todas las emociones que había liberado hacía un momento.

—Pasaba por aquí y he escuchado el piano.

¡Pues vaya casualidad! Ahora tenía un pedacito de su alma y ella lo vería en cada una de sus sonrisas. Se giró hacia el piano.

—Por favor, sigue.

—No.

—Me estaba gustando.

—No pienso tocar mientras tú me miras desde las sombras como… como una especie de pervertido del piano.

Attis resopló con fuerza.

—Vaya, nunca me habían llamado así antes. No hay nada que me excite más que ver a una chica en un cuarto oscuro tocando canciones tristes. ¡Sí, nena!

Era tan bobo que Anna estuvo a punto de sonreír, pero entonces recordó lo enfadada que estaba.

—Si no te vas tú, me iré yo. —Se puso en pie.

—¿Vas a dejar al pervertido del piano A SOLAS con un piano? Luego, si pasa algo, no te quejes. —Se agachó cuando ella le lanzó un himnario. Entró en el aula y la puerta se cerró tras él—. ¿Qué canción estabas tocando? Era… triste.

—No era nada.

—No tienes partitura. ¿La has escrito tú? —Clavó sus ojos persuasivos e inquisidores en los de ella. Anna le sostuvo la mirada, desafiante. Él levantó la tapa del piano y echó un vistazo al interior.

—¿Qué haces?

—Quiero ver cómo se mueve el piano cuando lo tocas.

—Eres muy raro —dijo ella con sinceridad.

Inclinó la cabeza hacia el interior del piano e hizo un gesto para que empezara a tocar.

—Te lo acabo de decir, ya he acabado.

Parecía tan decepcionado que Anna sintió una punzada de culpa. *¡No! Sabe cómo salirse con la suya, siempre hace lo mismo*.

—Me tengo que ir. —Recogió su mochila y se marchó hacia la puerta. Solo se detuvo cuando oyó el sonido de una nota. Se dio la vuelta, pero Attis se encontraba a medio metro del piano. Sonó otra nota y la tecla se hundió sin que nadie la tocara, y luego, lentamente, la melodía de los palitos chinos llenó el aire.

Ella puso los ojos en blanco, pero la magia hizo que permaneciera inmóvil. Le preguntó lo que tanto había anhelado preguntarle a su tía.

—¿Cómo lo haces?

Attis le dedicó una sonrisa socarrona.

—Te enseñaré si tocas el piano para mí.

—No —respondió ella, y él tocó un acorde dramático en respuesta. Attis se sentó al piano y extendió las manos sobre las teclas. Tenía los dedos largos y fuertes. Como los buenos pianistas—. Mi padre tenía un piano en casa. Nunca aprendí a tocar bien, pero él era un excelente pianista.

Anna nunca lo había oído hablar sobre su padre. Su confesión le resultó extrañamente íntima en el oscuro sosiego del aula. Quería preguntarle más cosas, pero no sabía cómo.

—¿Cómo llevas lo de la correhuela, por cierto? —Él levantó la mirada hacia ella.

La pregunta la tomó por sorpresa, al igual que la preocupación que se reflejó en sus ojos. No era fácil esconderse de ellos, pues cuando miraba a alguien, centraba toda su atención en esa persona.

—Bien —respondió con brusquedad—. Es lo que hay.

—Anna, tu tía te envenenó durante nueve años. No está bien. —Se levantó y el aula dio la impresión de ser más pequeña. Ella se situó al otro lado del piano, que quedó entre ambos. Ya la había oído tocar, no podía contarle lo que sentía en realidad: que su tía le había roto el corazón en mil pedazos, que se sentía muy sola y tenía miedo. *¿Qué más le daría a él?*

—No llegué a darte las gracias —dijo—. Ya sabes, por haber destapado todo el asunto. Al menos ahora podré averiguar si soy capaz de hacer magia. Aunque la cosa no pinta muy bien —murmuró, como si careciera de importancia para ella.

—Pues claro que eres capaz. Está clarísimo. Tu magia está abriéndose paso hacia la superficie, yo acabo de oírla.

Anna no supo qué responder a eso. Agradeció sobremanera el ruido del timbre.

—Venga, vamos a clase.

—Ya, no sé si voy a ir.

—Vamos.

—Tengo que tocar el trombón. —Señaló un trombón que colgaba de la pared.

—Attis, estás a un tris de que te expulsen del colegio. Nunca haces nada, ¿por qué te molestas en venir?

—Porque mi padre lo hubiera querido. Decía que el colegio era una pérdida de tiempo muy necesaria y que era mi obligación venir. Así que eso hago. No es culpa mía que algunos profesores me aborrezcan solo porque no hablo como si tuviera un palo metido en el culo. Y porque soy más listo que ellos.

—Suspenderlo todo no es de listos.

Él se encogió de hombros.

—¿No tienes intención de hacer nada con tu vida cuando dejemos el colegio? ¿Qué quieres ser?

—Bailarín exótico —respondió con seriedad.

Anna resopló y negó con la cabeza.

—Me parece que tienes que ser humano para dedicarte a la danza exótica y, según lo que descubrimos el otro día en el tejado, no eres ni humano ni bruja. Podrías hasta tener tentáculos escondidos bajo la camisa.

Él frunció el ceño.

—Ah, ¿así que eso es lo que son?

Si él le hacía preguntas, ella haría lo mismo.

—Corta el rollo. ¿Si no eres una bruja, qué eres?

—Un vampiro.

—¿En serio? —Entornó los ojos; apenas sabía nada del mundo mágico, no estaba segura de si eso era posible.

—No. Pero seguro que te excitaría, ¿eh?

Ella lo miró con desprecio.

—¿Eres un brujo? ¿Se diferencia en algo de una bruja? O un mago, ¿existen los magos?

Attis negó con la cabeza.

—¿Un hada? ¿Un cambiaformas? ¿Un hada cambiaformas?

Él se rio.

—Eso sí que no existe, pero por favor sigue adivinando.

—No me lo vas a contar, ¿verdad? —dijo ella, frustrada.

—Esto tiene más gracia. Bueno, ¿y tú qué piensas hacer con tu vida, Anna Everdell?

—Voy a ser médica —respondió ella.

—Oh —dijo Attis, como si la respuesta lo hubiera sorprendido.

—Es una buena profesión. Quiero ayudar a la gente —añadió ella a la defensiva—. Por eso voy a clase, porque algunos queremos aprobar los exámenes.

—Eh, no te vayas, doctora Everdell. Toca un poco más. Deberías dar un recital. ¿Alguna vez has tocado para el colegio? Eres extraordinaria.

—No toco para los demás, sino para mí. —Recogió su mochila. Su tía nunca la había animado a tocar delante de los demás, siempre le había dicho que no era bastante buena.

—Es una injusticia ocultar tus talentos al mundo. Tenemos la responsabilidad de compartirlos, al igual que yo comparto mi ingenio y mi encanto con todos mis congéneres.

—Y doy gracias al cielo cada vez que lo haces.

—Debe de ser muy difícil ser tú —dijo burlonamente—. Todo ese talento y toda esa angustia, y no ser capaz de compartirlos.

—Debe de ser muy difícil ser tú, tan encantador y tan idiota al mismo tiempo.

—Qué va, es fácil.

—¿Sabes qué más es fácil?

—¿El qué?

—Marcharme de aquí. —La melena de Anna se sacudió al darse la vuelta. Le cerró la puerta en las narices, y se dio cuenta horrorizada de que estaba sonriendo. Sustituyó la sonrisa rápidamente por una mueca de enfado, recordándose a sí misma que él había entrado sin preguntar, la había interrumpido y distraído con magia, y luego la había presionado para que diera un recital. *¿Qué más le dará a él que toque delante de los demás o no?* Había tenido que ocultarle su música a su tía durante muchos años, por lo que lo último que quería era compartirla con los alumnos del colegio, los mismos que la habían ridiculizado e ignorado durante años. Era una de las únicas cosas que le pertenecía de verdad y no iba a revelársela al mundo solo porque se lo hubiera dicho un chico en el que no confiaba y al que no entendía. Sobre todo cuando él no compartía casi nada con ella.



—Vamos a ir a la fiesta de Lydia —anunció Effie a la hora de la comida.

—De verdad que no puedo… —empezó a decir Anna, pero Effie le puso

un póster en la cara. Era de una feria de ciencias que se celebraba el fin de semana en Reading.

—Ni siquiera ha sido idea mía —dijo Effie—. Lo ha descubierto Manda. Resulta que es más calculadora de lo que hubiera imaginado. Es perfecto, Anna. Dile a tu tía que vas a ir a la feria y que la madre de Manda se ha ofrecido a llevaros a las dos. Tú tía llamará a su madre para confirmarlo, y las dos hablarán de las sesiones de estudio a las que habéis acudido después de clase, lo que le dará más credibilidad al asunto. Por supuesto, el plan de verdad es que os lleven a Reading el sábado por la mañana y volváis a tomar el tren a Londres, donde nos reuniremos. Podéis quedaros en mi casa y luego volver a Reading el domingo para que os recoja su madre. De nada. —Effie hizo una reverencia.

Manda le dirigió una mirada de disculpa.

—Effie ha dicho que ya es hora de que nos empiecen a ver en fiestas. Esta es nuestra oportunidad.

—No estoy demasiado segura… —empezó Anna. Había demasiadas cosas que podían salir mal.

—Selene volvió anoche —dijo Effie.

A Anna se le hinchó el corazón de alegría.

—¿De verdad?

—Se muere por verte, está preocupada.

—¿Preocupada? —repitió Anna—. ¿Le has contado lo de la correhuela?

Una mirada de culpabilidad cruzó el rostro de Effie.

—¿Te molesta? Es que se me escapó…, habíamos tomado vino. Selene se puso hecha una furia, claro, y estuvo a punto de presentarse en tu casa, pero Attis y yo la convencimos de que no lo hiciera. Ha acabado aceptando la idea del antídoto. Dice que solo los engaños funcionan con tu tía.

—No pasa nada. —Anna intentó no parecer molesta. En cierto modo, se sentía aliviada de que Selene ya lo supiera. Era más fácil que contárselo ella misma. Que Selene se hubiera enfrentado con su tía no hubiera servido de nada, no podía ayudarla de ningún modo. *¿Verdad?* Anna consideró durante un momento la idea de huir con Selene, Effie y Attis, de marcharse a Nueva York o a algún otro lugar lejano y convertirse en una parte permanente de su mundo. Agarró el cordón de nudos y dejó que la idea se desvaneciera. *Ridículo*. Después de todo, no podía dejar su vida atrás. No podía abandonar a su tía. Tenía que ver a Selene, eso era todo; puede que ella pudiera ayudarla, puede que tuviera respuestas. Aunque Anna no estaba demasiado segura de cuáles eran las preguntas.

—¿He mencionado que Peter también va a ir? —Effie arqueó una ceja.

Rowan asintió, corroborándolo.

—Me lo han confirmado varias fuentes.

Anna puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar sonreír.

—Esperemos que la madre de Manda pueda convencer a mi tía. —Ignoró la sensación de aprensión que le producía pensar en el fin de semana. *Peter. Selene. Pasar tiempo con sus amigos. Hacer cosas de adolescente normal*.

—¡Toma! —Effie lanzó un puño al aire.

—Effie —dijo Rowan—. Sabes que no te han invitado a la fiesta, ¿verdad?

—Ya lo sé, pero me empeño en ir a todas las fiestas a las que no me invitan.



Cuando Anna se despertó el domingo por la mañana, una especie de recuerdo afloró en su mente. Estaba borroso y distante, pero le dio la impresión de que era muy importante que recordara su forma y su significado exactos. Le vinieron unas imágenes a la cabeza: una manzana… alguien le había dado una manzana. Pero ¿quién? Effie. Le había dado un mordisco y había notado el sabor de la sangre. Esta le había corrido por la boca y la barbilla y había caído al suelo, donde formó un patrón de siete círculos. Las semillas del interior eran los ojos de un cuervo, que parpadeaban y lo sabían todo. Todavía era capaz de saborear la sangre, pero era imposible que se tratara de un recuerdo. No había pasado.

Sobresaltada, Anna se percató de que había sido un sueño. Había pasado tanto tiempo que casi se había olvidado de lo que era soñar.

Levantó la mirada hacia el prendesueños. Estaba lleno de nudos. *¿Se ha escapado uno de los sueños?* Nunca había pasado en todos los años que llevaba ahí colgado. Había sido desconcertante y no podía quitarse la imagen de los siete círculos de la cabeza, pero aun así disfrutó de la sensación que el sueño le había dejado: su delicioso sinsentido, su ominosa potencia. *¿Será cosa de la tisana? ¿Estará funcionando por fin?*

Deseosa por empezar el día, se preparó y bajó a la cocina. Su tía estaba en la ducha. La necesidad la invadió de repente. Se subió a la encimera y se puso a rebuscar rápidamente en los armarios. Al cabo de unos instantes encontró lo que buscaba en el armarito de la parte superior del horno junto con varios

aceites: un frasco sin etiqueta que contenía un líquido ligeramente verde. Desenroscó el tapón y percibió un fuerte olor a alcohol: *correhuela*.

Le dieron ganas de estrellar el frasco y de volcar el armario, pero lo volvió a dejar en su sitio y retorció su cordón de nudos. No podía mostrar su enfado. Ese día necesitaba que todo saliera según lo planeado. No sabía cómo, pero su tía había accedido a que la madre de Manda las llevara a la feria de ciencias. Anna las había oído hablar por teléfono, y cuando la tía empezó a despotricar sobre la falta de plazas de aparcamiento en el colegio, supo que era una buena señal. La madre de Manda era de la clase de mujeres que le gustaban a su tía: formaba parte del comité de padres del colegio, era una persona destacada en la comunidad, y su estricta actitud en cuanto a la educación de sus hijos era muy similar a la de la tía. Pero ahora que había llegado el día, Anna era consciente de que a su tía no le costaría nada encontrar una razón para no dejarla ir. Aguardó nerviosa ante la mesa de la cocina, sin parar de mirar el reloj.

—Anna, no te dejes el pelo suelto, te da un aspecto desaliñado. ¿Has hecho la maleta? —oyó la voz de su tía desde el pasillo.

—Sí, tía —respondió—. Todo listo. —A Anna le daba miedo contarle mentiras, pero no tanto como para no saborearlas en ese momento. *Las tuyas, querida tía, están guardadas en ese armario; las mías me conceden la libertad.*

—Toma, llévatelo. —La tía le dejó uno de sus móviles antiguos sobre la mesa—. Solo permite llamadas y mensajes de texto, nada de internet. Quiero que me mandes un mensaje cuando llegues a casa de Miranda, otro cuando llegues a la feria, otro esta noche antes de irte a la cama y otro mañana de camino a casa. —Anna tomó el teléfono y su tía le agarró la mano—. Sé que soy sobreprotectora, pero es normal. Eres responsabilidad mía, y mantenerte a salvo es lo único que he intentado hacer siempre.

Aquellas palabras sacudieron su estado de ánimo. Sintió que volvía a invadirla un sentimiento de culpa. *No. Me mentiste. Me arrebataste la magia.* Pero si su tía creía de verdad que la magia la pondría en peligro… *¿Simplemente está protegiéndome?* Anna no podía pensar en aquello ahora. Sepultó el sentimiento de culpa en algún lugar profundo de su interior.

—Será mejor que te vayas. No quiero que llegues tarde. —La tía la empujó hacia la puerta—. Ve hasta la estación y luego toma un tren a Richmond.

—Sí, ya lo sé. Nos vemos el domingo.

—Y… ¿Anna?

—¿Sí, tía?

—Asegúrate de vencer a esa Miranda en la feria de ciencias. Me encantará restregárselo a su madre en la cara.

Varias horas después, la señora Richards las dejó frente al edificio de la feria de ciencias. Miranda había heredado el rostro en forma de corazón de su madre, pero aparte de eso no se parecían demasiado. Mientras que Manda era menuda, delgada y de semblante serio, la señora Richards era imponente, llena de sonrisas implacables y una alegría infatigable. Se había pasado todo el viaje en coche hablando sobre sus diversas tareas en el comité de la iglesia, preguntándole a Anna directamente sobre sus calificaciones y ambiciones —mientras le insinuaba que debería asistir a un evento de bienvenida en su iglesia—, y cantando al ritmo de una música coral a todo volumen. Anna se alegró al verla despedirse con un gesto entusiasta. En cuanto la perdieron de vista, las dos chicas se miraron y se rieron con ganas.

—Esto es lo peor que he hecho jamás —dijo Manda observando el edificio de la feria de ciencias que tenían en frente. Se marcharon en dirección contraria.

Antes de darse cuenta habían llegado al lugar acordado de reunión en el centro de Londres, donde esperaron a Rowan y a Effie, que llegaban tarde. Cuando por fin aparecieron, Anna y Manda se habían quedado heladas.

—Venga, chicas, ¿qué hacéis ahí plantadas? Vamos a entrar —dijo Effie, contemplando Selfridges, uno de los grandes almacenes más caros de Londres.

—¿Por qué? —preguntó Manda.

—Nos vamos de compras.

—No puedo permitirme nada de lo que venden ahí.

Effie se encogió de hombros y se abrió paso a través de las puertas giratorias. Una chica que ofrecía muestras de perfume la miró de arriba abajo con desprecio. Atravesaron la cacofonía de ruidos y olores contradictorios hasta el centro de la tienda. El interior estaba iluminado, lleno de pilares que se alzaban por encima de ellas, y surcado de escaleras mecánicas. Dejaron atrás unas hileras de sensuales maniquíes que tenían las caderas echadas hacia delante, las manos apoyadas en unas estrechísimas cinturas y vestían coloridas pieles de imitación, prendas de encaje, marcas estridentes y brillantes lentejuelas, y subieron hasta la sexta planta, donde el ruido llegaba desde un restaurante. Se asomaron por las barandillas y contemplaron las cabezas de la gente que pasaba por debajo retorciéndose como ciempiés.

—¿Habéis visto algo que os queráis poner para la fiesta? —preguntó Effie.

—Sé que os conté que a veces robo en tiendas, pero no os aconsejo que lo hagamos en una tienda como esta —dijo Rowan.

—¡No puedo robar ropa! —protestó Manda—. Parezco culpable incluso cuando no estoy haciendo nada malo.

Effie sacó una pluma del bolsillo. Era blanca y estaba perfectamente moldeada, como una sonrisa.

—Tocad la pluma. Tenéis que sujetarla todas si queréis que el hechizo actúe sobre vosotras. —Se inclinó sobre la barandilla y alargó la mano con la que sostenía la pluma. Las demás se estiraron para tocarla también. Y entonces Effie la dejó caer. Las plumas no caen con rapidez, pero esta se movía muy lentamente, de forma imposiblemente lenta, como si estuviera sumergiéndose en el agua. A Anna la habían distraído tanto sus movimientos suaves y oscilantes que no se dio cuenta de que el jaleo del centro comercial había disminuido de repente. El ruido sonaba amortiguado, como si la tienda entera también se encontrara bajo el agua.

—¿Por qué nadie se mueve? —exclamó Manda.

—Sí que se mueven, pero muy despacio —respondió Effie.

Era cierto. La multitud allá abajo seguía moviéndose, pero en cámara lenta, igual que la pluma: cabezas que empezaban a volverse, un pie suspendido en el aire, una boca abriéndose poco a poco, como los pétalos de una flor.

—Es imposible controlar el tiempo, pero hay formas de… plegarlo un poco. Esa pluma es una de las posesiones más preciadas de Selene y se pondría echa un basilisco si se enterara de que la tengo yo, así que nada de irse de la lengua, ¿entendido? No tenemos demasiado tiempo para ir a por la ropa; en cuanto la pluma aterrice, el tiempo volverá a transcurrir con normalidad.

—¿Está todo Londres moviéndose a esta velocidad? —dijo Anna, presa del asombro—. ¿Les estamos robando tiempo?

—No, el tiempo solo se ha ralentizado para nosotras, para los demás sigue transcurriendo con la misma velocidad. Las leyes del universo no van a verse afectadas… no mucho. Solo vamos a tomar prestados diez minutos. Venga.

—¿No nos atraparán? Hay cámaras… —dijo Manda.

—¿Y qué crees que verán? Seremos un borrón momentáneo. Y no empecéis ahora con el discurso moralista sobre lo mal que está robar; este

centro comercial hace más dinero en un día que la mitad de Londres. Si acaso, estamos robando a los ricos y ayudando a los pobres.

—¿Es que eres pobre? —preguntó Rowan con escepticismo.

—No tengo ningún bolso de Louis Vuitton y por lo tanto soy pobre. Todo es relativo, igual que el tiempo. En marcha.

El tiempo y las personas atrapadas en él se movían muy poco a poco, pero ellas estaban sumidas en una enérgica agitación; corrían de un lado a otro, libres y absortas en el hedonismo de su misión: Effie recorría como una exhalación los percheros llenos de ropa perfectamente alineada; Rowan se envolvía en bufandas; Manda manoseaba las hileras repletas de bolsos de mano. Effie se metió un montón de vestidos y tops en su interminable bolso, saltó sobre las camas, escarbó entre la bisutería y les pintó los labios de color rosa chillón a un grupo de chicos con una carcajada. Las Encorsetadoras habrían estallado en llamas al verlo.

Anna contempló con anhelo el vestido verde que llevaba un maniquí.

—¿Te gusta ese? —dijo Effie.

Era aterciopelado y de un tono tan esmeralda como la cola de una libélula. Anna asintió con la cabeza.

—Pues quédatelo.

—Lo lleva puesto el maniquí… se darían cuenta enseguida de que alguien lo ha robado.

—¿Y qué? —dijo Effie, subiéndose al expositor y bajándole la cremallera al vestido. Anna se echó a reír y se unió a ella. Lo sacaron sin ningún cuidado, dejando el maniquí desnudo—. Ahora es tuyo —dijo metiéndoselo en el bolso —. Ve a por unos zapatos.

Anna se apresuró a unirse a Rowan, que se encontraba rodeada de legiones de zapatos. Seleccionó un par de color negro con tiras y un tacón que haría que la tía chasqueara la lengua hasta que se le pusiera azul.

—¡Dos minutos! —gritó Effie—. ¡Esconded la mercancía!

Descendieron las escaleras rápidamente y se reunieron con ella en la planta baja; guardaron los últimos artículos en la bolsa justo cuando la pluma tocaba el suelo. El ruido invadió la tienda de nuevo y la gente volvió a ponerse en marcha. Se miraron unas a otras, se echaron a reír y salieron de la tienda; la chica de los perfumes miró a Effie por encima del hombro otra vez.

—Lo retiro. *Esto* es lo peor que he hecho en mi vida —le susurró Manda a Anna.



POCIÓN

El poder de la luna es demasiado voluble, demasiado impredecible, demasiado dado a la pasión.

Lenguajes prohibidos, *El libro de las Encorsetadoras*.

Tomaron un tren a Hackney y siguieron a Effie por una caótica calle residencial hasta llegar a una hilera de edificios de estilo georgiano de desvaída grandeza. Se detuvo frente a una casa con una puerta de color amarillo chillón y un jardín lleno de hierbajos. La puerta no estaba cerrada con llave.

Effie las hizo pasar y las condujo a una enorme cocina de techos altos que tenía las paredes blancas, el suelo oscuro, grandes armarios, estantes repletos y pesadas lámparas colgando del techo. Selene se encontraba detrás de la isla de la cocina con aspecto de estar totalmente fuera de lugar, cortando limas y ataviada con un vestido rosa transparente con volantes que llegaba hasta el suelo. Dejó el cuchillo al verlas entrar y se acercó a ellas; llevaba los labios pintados de un espectacular color rojo, del tono del telón de un teatro. El telón se abrió y dejó al descubierto una sonrisa que, Anna estaba convencida de ello, la gente pagaría por ver.

—Effie, cariño. —Le plantó un beso a Effie en cada mejilla y luego se dio la vuelta para mirar al resto—. Qué alegría conocer a las nuevas amigas de Effie. Soy Selene, su sufrida madre. ¿Cómo os llamáis? —Effie puso los ojos en blanco y se adentró aún más en la cocina.

—Yo soy Rowan y ella es Manda. —Rowan dio un paso adelante, mirando a Selene como si fuera incapaz de creer que la madre de alguien pudiera tener ese aspecto. Selene las colmó de besos.

—En realidad es Miranda —dijo Manda.

—Oh, parecéis tan jóvenes. ¿Cuántos años tenéis? Hacéis que me sienta como una momia.

—Manda tiene dieciséis y va para cuarenta y cinco —dijo Effie, examinando la encimera.

—Dieciséis… ¡menudos tiempos aquellos! Quiero que me contéis todos los líos en los que os habéis metido en el colegio. —Se volvió hacia Anna con una sonrisa vacilante—. Cerillita. —La abrazó con fuerza. Olía a flores mecidas por el viento, a clavo y a canela. Anna se sumergió en el abrazo. Selene la soltó finalmente y un silencio incómodo y vacilante se instaló entre ellas. Anna se preguntó si Selene sacaría el tema de la correhuela o si debía pedirle que fueran a hablar un momento en privado, pero entonces Selene le dijo alegremente:

—Tienes mejor aspecto que la última vez que te vi. Más fuego en las mejillas, más luz en los ojos. El aquelarre te ha sentado muy bien. ¡Creo que te hace falta un margarita!

Un margarita distaba mucho de una conversación acerca de la correhuela, sus padres muertos y las marcas de maldición, pero Selene la metió en la cocina antes de que Anna pudiera decir algo más.

—¿Qué tal su viaje? —dijo Rowan, acercándose a ellas—. Effie nos ha contado que acaba de volver de Rusia.

—Un comienzo fabuloso y un final catastrófico. —Selene hizo un gesto dramático—. Digamos que no pienso volver a acercarme a los hombres rusos ni al vodka durante al menos diez años. Bueno, ¿quién quiere un margarita?

—Pero solo tenemos dieciséis —dijo Manda.

—Jóvenes e inexpertas. La edad ideal para el tequila, antes de que lo asociéis con malos recuerdos. Effie, estas amigas tuyas son mucho más simpáticas que aquellas con las que salías en Nueva York.

—Me has metido en un colegio solo para chicas de Dulwich, ¿qué esperabas?

—No te preocupes, querubín. —Selene le agarró la barbilla a Manda—. Solo una copa. Tengo que atender a un cliente.

—¿Qué cliente? ¿Qué tipo de magia hace usted? —preguntó Rowan con entusiasmo.

—Pociones de amor: la única moneda con la que comercio.

Tal vez se tratara de una cocina para elaborar pociones, porque lo cierto es que parecía que allí no se hubiera cocinado comida desde hacía mucho: las superficies estaban cubiertas de botellas de vino, vasos manchados de carmín,

libros y un montón de cartas sin abrir; el horno rebosaba de cajas de comida para llevar y la batidora se usaba como sombrerera. Las estanterías de la pared del fondo estaban repletas de libros, ollas y sartenes, así como de centenares de tarros y frascos de cristal de todas las formas y tamaños, de colores tan brillantes y maravillosos que era como estar en el interior de una cueva caleidoscópica. Un caldero de cobre reluciente descansaba sobre la vitrocerámica, como el ojo de un dragón que parpadea en medio del caos.

Rowan lo señaló.

—¿Con eso hace las pociones? Es el caldero más bonito que he visto.

—¿Los calderos son bonitos? —preguntó Manda, dubitativa.

Selene y Rowan la miraron como si acabara de insultar a la madre de cada una.

—Todos los calderos son bonitos. —Selene alargó la mano para acariciar sus bordes brillantes—. Son la ventana al alma de una bruja.

—Pues el mío está ennegrecido, abollado y con agujeros. —Rowan soltó una risita—. ¿Podemos hacer una poción, *porfa*? Me vienen a la mente varios hombres que no me importaría que se enamorasen de mí…

Selene se echó a reír.

—Ay, cariño mío, no existe ningún hechizo para el amor…

—Pero ¿no te dedicabas a eso? —dijo Anna—. A elaborar hechizos de amor.

—Así es, y funcionan con todas las variantes del amor: lujuria, anhelo, obsesión, enamoramiento, celos, desamor, venganza… Con todo, salvo con el amor verdadero. Puede que en el pasado…, pero no. Ese tipo de magia ya no existe.

—Así que, en conclusión, estamos jodidas —gimió Rowan.

—¡Claro que no! ¿Quién necesita el amor? Chicas, no encontréis al hombre con el que pasar toda la vida. Seguid buscándolo siempre, hacedme caso, así es mucho más interesante. Ahora bien, la pasión sí es una propuesta mucho más atractiva. Más emocionante: volátil, pasajera, cambiante. Amor en movimiento. ¿Qué tal si añadimos una pizquita de pasión a nuestros margaritas?

Las chicas asintieron enérgicamente y ella se volvió hacia un libro con la tapa de terciopelo que había en la encimera y lo abrió por una página salpicada con manchas de múltiples colores.

—Querubín, lee esto —le indicó a Miranda, y luego le quitó el sombrero veraniego a la batidora—. Chicas, no tenemos mucho tiempo, así que hoy este será nuestro caldero. Es la hora de Venus: ¡empecemos! ¿Qué nos hace falta?

Manda, nerviosa, recorrió con el dedo la lista de ingredientes.

—Ehh…, Vale… No sé qué significan los símbolos, pero pone que necesitamos flores de manzano, lavanda, guindilla roja, madreselva de verano…

—Venga. —Selene les indicó al resto que se dirigieran a los estantes y se puso a sacar ingredientes de la alacena y a echarlos en la batidora con entusiasmo. Parecía estar añadiendo muchas más cosas de las que Manda leía en voz alta.

Anna se unió a la búsqueda, pero se distrajo con los nombres de los frascos y los envases: flores de violeta, raíz de regaliz, resina de mirra, mandrágora en polvo, benjuí —los nombres le dejaban un sabor exótico en la lengua, y le hablaban de lugares lejanos, ardientes arenas y especias febriles —, agua anestésica, polvo goofer, precipitaciones de lluvia (hacia abajo), precipitaciones de lluvia (hacia arriba), ceniza de ahorcado, cordón del diablo, sangre de corazón roto… Podía haberse pasado todo el día curioseando hasta el último frasco, contemplando admirada los colores y las texturas, inhalando los diferentes paisajes de sus aromas.

—… huesos de cereza, milenrama, canela y clavo. Pone que hay que molerlos durante cuatro horas.

Selene se echó a reír, mientras daba vueltas por la cocina.

—No tenemos cuatro horas. —Apretó el botón y la batidora cobró vida, pulverizando los ingredientes en un pequeño huracán de color—. ¡Precioso! Una poción comienza y termina con su caldero. Se mezcla, se transforma, muere, vuelve a encenderse… al igual que la pasión, una poción nunca se detiene, siempre se renueva. ¿Qué más?

—Un litro…, creo que pone litro… de vino, y tenemos que destilar pétalos de rosa…

—Anna, cariño, pásame el agua de rosas, con eso saldremos del paso, y que alguien me traiga hierba gatera.

—¿Hierba gatera? —exclamó Manda.

—Pues claro —respondió Selene con seriedad—. Es esencial para una poción de amor.

Las cosas en la cocina se estaban descontrolando. Había varios frascos de cristal abiertos a lo largo de la encimera que desprendían olores extraños y nubes de polvo, y las superficies estaban manchadas con gotas de colores; la mezcla de la batidora había empezado a burbujear y a rebosar por los costados, y unas canciones de amor retro brotaban de la radio. Anna se sintió trasladada a otro lugar, como si hubiera entrado en un mundo más vivo. Tocó

la melodía con las yemas de los dedos mientras buscaba el agua de rosas. Movió la mano hacia la botella como si siempre hubiera sabido que estaba ahí, como el siguiente verso de la canción. Aquello era magia sin límites, sin reglas, magia alimentada por algo completamente distinto a lo que ella conocía.

—También nos hace falta rocío de sueños, ya que la lujuria se alimenta de ellos —canturreó Selene.

—¡No puedo seguirte el ritmo! —exclamó Manda—. Te has saltado la mitad de los ingredientes y has añadido un montón más.

Selene cerró el libro de golpe.

—Las pociones no necesitan todos los ingredientes exactos, cariño, lo que necesitan es energía: hay que moler, pulverizar, hervir, preparar y remover. —Alzó las manos y la batidora respondió, machacando los ingredientes en un frenesí de colores. Selene agarró a Effie de las manos y un instante después estaban bailando. La desgana de Effie se desvaneció cuando Selene la hizo girar, y empezó a reír con un abandono que Anna rara vez había visto en ella.

—Que alguien me traiga corazón en polvo y unas cuantas plumas de gallo negro —dijo Selene.

—¿Para una poción de amor? —respondió Rowan con voz insegura.

Selene soltó a Effie haciéndola girar.

—Ah, es que en el amor hay oscuridad. El amor nunca está completo sin la muerte.

Espolvoreó un polvo negro y de la mezcla salió un humo de color rosa, que liberó una ráfaga de burbujas con olor a vino, a especias y a algo tibio e inquietante. Anna inhaló profundamente y notó que las mejillas se le calentaban.

—Bien, ahora quiero que cada una remueva la mezcla y diga el nombre de aquel al que desee. La poción anhela vuestras historias. No hay nada más poderoso que una historia. —Selene echó la cabeza hacia atrás, riendo. Anna pensó que cuando hacía magia se le iba un poco la cabeza.

Se situaron alrededor de la batidora. Intercambiaron miradas aturdidas, e incluso cautelosas. Effie fue la primera en acercarse y apretar el botón. La poción silbó.

—Laurence Ellerton. Esta noche.

—¡Me toca! —Rowan se apresuró en ir al frente y casi tira al suelo la batidora. Se aclaró la garganta y mantuvo pulsado el botón, gritando por encima del ruido—: David Jones, de la banda de música. Bryn Sawbridge, que va un curso por delante. Adrian Martínez, el hijo de unos amigos de mis

padres. El chico que veo en el autobús de camino al colegio y al que sigo de vez en cuando. Leonardo Vincent…

—Es un actor —señaló Manda.

—¡Ya lo sé! Attis Lockerby… a ver, está como un queso. Y cualquier chico de la fiesta de esta noche que me llame la atención. Creo que he mezclado demasiado este mejunje. —La mezcla burbujeaba tanto que casi rebosaba, y el aire de la cocina se había teñido de rosa.

—Creo que has añadido demasiados nombres, tesoro —dijo Selene interponiéndose a toda prisa entre Rowan y el caldero improvisado.

Manda dio un paso adelante; su rostro redondo había adoptado una expresión de dolorosa concentración, como si estuviera a punto de hacer un examen.

—Karim Hussain —suspiró, dándole a la mezcla un rápido y cohibido zumbido.

—¿Anna? —Selene le dio un empujoncito hacia delante.

Pasión. La idea le había parecido divertida, pero ahora que le tocaba a ella dar el paso, ya no estaba tan segura. Para su tía, la pasión y el amor se encontraban en el mismo rango de emociones extremadamente volátiles y peligrosas que siempre le había ordenado evitar, pero Anna se había cansado ya de las interpretaciones de su tía. Tal vez fueran los olores que agitaban el aire, o los colores que sacudían la poción, pero la idea de tener los labios de Peter posados sobre los suyos le producía escalofríos en la boca del estómago.

Anna pulsó el botón y dijo:

—Peter Nowell —dijo, pero como si no tuviera la intención de dejarse llevar por esos sentimientos.

Rowan se puso a cantar una canción, lo cual no la ayudó a sentirse menos avergonzada.

> «Anna y Peter, sentados en un árbol, se dan un B-E-S-O».

—¿Qué Peter? —interrumpió Selene con un dejo de acusación—. ¿Por qué no me has hablado antes de este chico?

Anna se encogió de hombros con indiferencia.

—No te preocupes, no tengo ninguna posibilidad con él.

> «Primero se besan, luego se casan.
> Luego vienen el hechizo y una gota de su sangre».

Rowan terminó la canción con una floritura.

Selene arqueó una ceja y apagó el aparato.

—Las adolescentes sentís mariposas en el estómago con cualquier cosa. Venga, ¡es hora de tomar un trago!

Se sentaron en la barra de desayuno mientras Selene preparaba el coctel. Cuando acabó, añadió a la coctelera un poco de la mezcla que había en la batidora.

—Solo unas gotitas. —Les guiñó un ojo y movió las caderas mientras la agitaba. Sirvió la mezcla de color rosado en las copas, y el intenso sabor de la lima impregnó el ambiente—. ¡Por la pasión! —Selene alzó su copa—. ¡Que sea vuestra esta noche y el próximo año!

Anna y Manda tosieron de inmediato tras el primer sorbo. Todas soltaron una carcajada. El líquido se abrió paso por la garganta de Anna, abrasándosela, y recorrió su cuerpo hasta ruborizarle las mejillas.

—¡Por la pasión y la Diosa de la Luna Negra! —dijo Effie.

—¡Por la pasión y la Diosa de la Luna Negra! —exclamaron todas, antes de echarse a reír cuando Manda se volcó la mitad de la bebida encima.

Alguien llamó a la puerta.

—Ah —dijo Selene, terminándose la bebida—. Mi cliente ha llegado. ¿Puedo dejaros solas? Nada de beber más poción ni tequila. Aunque sería una decepción que no robarais algo del bar para llevároslo a la fiesta. —Sonrió con picardía y le dio un apretón a Anna en el hombro mientras se marchaba. Anna observó cómo Selene se alejaba. Y solo entonces se dio cuenta de que había estado tan distraída con la poción, los cócteles y el ambiente alegre, que no habían tenido oportunidad de hablar.

—Creo que me he enamorado de tu madre —dijo Rowan.

Effie puso los ojos en blanco.

—Tú y el resto de la raza humana.

—Así que estás coladita por Karim. —Rowan le dio un codazo a Manda.

Manda se sonrojó y se puso en pie para mirar la estantería de libros más cercana.

—Es una bobada. A él no le intereso. Es que… pasó un día por el club de poesía y acabamos charlando. Es musulmán y yo soy cristiana, y a veces nos imagino como Romeo y Julieta, destinados a estar juntos pero separados por culpa de nuestras familias… Aunque, en realidad, no creo que esté interesado en mí.

Rowan levantó la mirada del móvil.

—Parece que va a ir a la fiesta.

Manda abrió los ojos como platos. Tomó varios libros de las estanterías y empezó a hojearlos, como si pudieran protegerla de la noche que se avecinaba.

Rowan se volvió hacia Effie.

—Lawrence, ¿eh? Según cuentan por ahí Olivia perdió su virginidad con él, aunque estuvo saliendo con Rebecca casi todo el año pasado.

—Eres como una *app* de citas.

—Estoy al tanto de una o dos cosas.

—Creía que estabas con ese otro, el grandullón —dijo Anna.

Effie puso los ojos en blanco.

—No estoy con nadie, Anna. No me van las relaciones. Además, era muy impaciente con los besos y resulta que eso se trasladó también a otras áreas. —Bajó la mirada de forma sugerente—. Lawrence es ahora mi preferido. Probaré sus habilidades esta noche.

—Eres toda una inspiración para mí —dijo Rowan riéndose—. Entonces…, eh…, ¿tú y Attis no estáis, ya sabes, saliendo?

—Nuestra relación es la que es —respondió Effie con un amago de sonrisa—. No estamos juntos. Tal y como ha dicho Selene, ¿qué gracia tendría eso?

—Ya, pero está Attis y luego está el resto de la humanidad. Ya sabéis a qué me refiero. —Rowan miró a Manda y a Anna—. Esa mirada que tiene… como si estuviera desnudándote con los ojos. No, mentira, ya te ha desnudado y está decidiendo qué hacer contigo.

Effie asintió.

—Oh, ya sé a qué te refieres.

Anna también sabía a qué mirada se referían: sus ojos dispares parecían atravesarte, como si hubiera descubierto qué partes de tu interior se encontraban ausentes y él tuviera todas las respuestas pero se negase a dártelas.

—Supongo que solo tienes ojos para Peter, ¿no? —Rowan le dio un codazo.

—Algo así —dijo Anna, reemplazando los ojos de Attis por la mirada atenta de Peter. Se imaginó qué sentiría si le dirigiera esa mirada a ella.

Rowan frunció el ceño.

—¿Estás segura? ¿Acaso no es como el resto? Al fin y al cabo, sale con Darcey.

—No sabe cómo es ella en realidad —protestó Anna—. Ya habéis visto lo que hace delante de él, es toda sonrisas y encanto…

—Y tiene unas tetas enormes.

—Peter no es de esos. Me acuerdo del día en que lo conocí. Estaba en octavo y fuimos a una charla al colegio de los chicos. Yo quería sentarme enseguida y pasar inadvertida, pero no quedaban demasiados sitios libres. Localicé un par de asientos al final de una fila repleta de chicos. Los dos primeros se levantaron y yo intenté pasar, pero el resto se quedaron sentados y yo quedé atrapada entre ellos. Empezaron a burlarse de mí; solo hacían el idiota, pero yo me moría de vergüenza. Entonces oí su voz, que provenía del otro lado de la fila; les dijo que me dejaran pasar. Le obedecieron enseguida y yo lo miré para darle las gracias y me sonrió. No sé si llegué a decirle algo…

—Y has querido tirártelo desde entonces —rio Effie.

—¡Tenía doce años!

—Madre de Dios —dijo Manda alzando la vista de un tomo enorme con los ojos brillantes—. Según parece, si no encontramos novio, podemos hacernos uno.

—¿Qué hechizo es? —preguntó Effie.

—Sirve para hacer algo llamado «golem». Es la traducción de un antiguo hechizo árabe. —Manda recorrió la página con los dedos, pasando por encima de unas manchas que se parecían inquietantemente a la sangre.

—¿Qué es un golem? —preguntó Anna.

—Según esto, es un hombre artificial creado a partir de un puñado de tierra. Parece ser que para darle vida hay que llevar a cabo un hechizo muy largo y específico… denominaciones poderosas… calor y fuego… hace falta la sangre de la persona a quien quieres que se parezca.

—He oído hablar de ellos —dijo Effie—. Pero nunca me había topado con un hechizo para hacerlos.

Rowan entornó los ojos.

—¿Significa eso que si consigo un poco de la sangre de Leonardo Vincent puedo hacerme uno para mí?

Manda pasó la página.

—Creo que para mantenerlo hacen falta corazones y sangre humana fresca.

—Eso ya es un poquito más complicado.

Un sonido por debajo de ellas sobresaltó a Anna.

—Será Attis. Habrá vuelto —dijo Effie.

—¿Cómo? ¿Que Attis vive aquí? —Manda se quedó boquiabierta.

—Pues claro. ¿Dónde creías que vivía?

—¿Podemos darle un poco de poción? —suplicó Rowan.

Effie sacudió la cabeza, sonriendo.

—Vamos a vestirnos. Trae el tequila.



Fueron al piso de arriba. Effie devolvió la pluma al dormitorio de Selene, dejándola en una zona de la repisa donde quedó flotando con suavidad a un centímetro de la superficie. Subieron al siguiente piso y entraron a una habitación donde las paredes eran espejos.

—Mi vestidor —explicó Effie, aunque no hacía falta: había un montón de ropa por todos lados—. Vale, es hora de la transformación. —Effie levantó un par de tijeras con una sonrisa peligrosa—. Manda, ven aquí. Te voy a cortar el pelo.

—¿Qué? ¡No! —objetó Manda—. ¿No crees que mi madre se preguntará dónde narices he encontrado una peluquería en una FERIA DE CIENCIAS?

—Tranquila, son tijeras temporales. Volverá a crecer para mañana, te lo prometo. Yo las uso siempre.

—Pero seguro que el lunes todo el mundo en el colegio se preguntará cómo me ha crecido el pelo de la noche a la mañana.

—Pensarán que imaginaron. Los profanos buscan siempre una explicación para todo.

—Effie, no creo que…

—*Porfa*. Te prometo que todo el mundo se te quedará mirando, incluso Karim. —Effie le apoyó la barbilla a Manda en el hombro y le hizo ojitos.

Cuando Anna volvió del baño, Manda estaba chillando al verse en el espejo.

—¡Estoy totalmente diferente! ¿Qué me has hecho? Aunque me gusta… creo…

El pelo le llegaba ahora a los hombros, con un corte recto y despeinado que le sentaba bien a su cara en forma de corazón y le resaltaba los ojos. Manda se contempló a sí misma, moviendo la melena de un lado a otro y haciendo un mohín. Rowan ya se había puesto su mono nuevo y se contoneaba frente al espejo. Besó la superficie, y dejó una marca de pintalabios rojo.

—Llevo viviendo toda la vida en un hogar mágico, pero nunca se me había ocurrido usar la magia para peinarme y maquillarme. Pero, bueno, ya

conocisteis a mi madre. Se cree que hacerse una manicura es limpiarse la suciedad de debajo de las uñas.

—¿Sabes que hay peluquerías mágicas en Londres?

Rowan se quedó boquiabierta.

—Por eso te necesito en mi vida.

Effie chasqueó los dedos en dirección a Anna.

—Te toca.

—Yo nunca llevo maquillaje…

—Confía en mí —dijo Effie sentándola y sacando un tubo con un líquido *beige* del montón—. Tienes el mismo color de piel que yo…, esta base de maquillaje te quita los granos al aplicártela. —Tomó un objeto parecido a una esponja y empezó a frotárselo en la cara. Un grano que le había crecido en la frente de la noche a la mañana desapareció al pasar la esponja por encima. Anna se inclinó hacia delante y descubrió que era como si el grano no hubiera existido nunca.

—Tienes que dejarme algunas de estas cosas.

—Recuéstate. ¿Quieres tener los ojos más grandes? Tengo unas lentillas que duplican su tamaño.

—Creo que prefiero dejarme los ojos como están.

Effie la examinó.

—Tienes razón, ya son bonitos. Pero deja que te ponga esto… —Le aplicó una sombra de ojos discreta y le oscureció las cejas. Este rímel hace que crezcan nuevas pestañas.

Al cabo de un instante, Effie había inmovilizado a Anna con algo llamado *rizador de pestañas* que tenía aspecto de ser un artefacto de tortura. Anna se esforzó por mantener los ojos abiertos mientras Effie le sostenía la barbilla y le ponía el rímel. Anna vio cómo le brotaban más pestañas a lo largo del párpado y cómo las que ya tenía se despegaban y alargaban. El efecto fue inmediato: sus ojos almendrados se convirtieron de pronto en un cúmulo de pestañas negras que hacía resaltar el verde de sus iris.

Effie le aplicó colorete en las mejillas.

—Colorete antirrubor, evitará que te pongas como un tomate cuando estés hablando con Peter. —Anna fulminó a Effie con la mirada, pero esta estaba demasiado ocupada examinando su colección de pintalabios—. ¿Qué tal este? Hace que te crezcan los labios después de cada beso. Y este hace que tus labios tengan el sabor del postre favorito de tu amante…

—¿Alguno que no tenga nada que ver con besos?

—Este realza su color natural.

—Ese.

—Venga, póntelo tú, tienes que aprender.

Anna abrió el pintalabios; era completamente translúcido, como una barra de agua sólida. Al contemplar el contorno de sus labios en el espejo, vio que su tono no cambiaba sino que simplemente se hacía más intenso, lucía más concentrado, igual que el centro de una rosa.

—Pecaminosamente rojo —dijo Effie, pasándole a Anna un cepillo por el pelo. Tuvo un efecto similar al cepillo que Selene le había regalado: desenterró los rizos de su melena, suavizándolos y dándoles más volumen. Anna sacudió la cabeza y su pelo rebotó en el aire. Al eliminar el encrespado, su color original salió a la luz; aún no había recuperado el rojizo dorado de su niñez, pero tenía más vida de la que había mostrado en años. Apenas podía creer que estuviera contemplándose a sí misma en el espejo.

—¡Anna! —Rowan la hizo girar—. ¡Vaya! ¿Esa eres tú? Estás buenísima.

Manda asintió con entusiasmo.

—Sigo siendo yo, solo que los párpados me pesan tres kilos más. —Anna sonrió—. Vosotras estáis increí…

—Vale, ¿podemos dejar ya la avalancha de halagos? Además, tenéis que agradecérmelo a mí. —Effie esbozó una sonrisa—. Estáis más guapas de lo que jamás hubiera imaginado posible.

Rowan se echó a reír.

—Creo que eso es lo más cerca de un cumplido que podemos esperar de ella.

Rowan y Manda se marcharon para enseñarle su *look* a Selene, mientras Effie se quitaba la camiseta y los vaqueros. Debajo llevaba un sujetador y un tanga negros. Anna fue a apartar la mirada, pero entonces se fijó en que Effie tenía algo en el omóplato.

—¿Qué es eso? —dijo, acercándose a ella. Era un tatuaje de una araña, igual que el que había descrito Darcey, solo que esta había dicho que lo tenía en el brazo…

—Tócala —dijo Effie. Anna alargó los dedos, pero al tocarla, la araña se movió y trepó por su omóplato.

—Pero ¿qué…? —dijo Anna, volviéndola a tocar. El bichito se arrastró hasta la nuca de Effie.

—Se mueve.

—Darcey…

Effie soltó una carcajada.

—Fue una pasada. Menuda cara puso cuando vio que no había nada. —Era un tatuaje muy raro, una araña que se arrastraba por todo su cuerpo, pero de algún modo encajaba con Effie.

Anna tomó su vestido verde sintiéndose culpable; el terciopelo era suave hasta decir basta. Le dio la espalda a Effie y se cambió.

—Bonitas bragas —resopló Effie al verle las bragas blancas con lunares que no hacían juego con su sujetador rosa. Anna le hizo una mueca a Effie y se subió la cremallera del vestido.

Le daba vergüenza incluso mirarse en el espejo, y aún más cuando otras personas la contemplaban. El vestido no era especialmente revelador, pero llamaba la atención por el modo en que se ceñía a su figura, por el intenso brillo de su tono esmeralda. Podía oír a su tía. *Igual que las que hacen alarde de su magia, las mujeres que llevan minifaldas y se pintan los labios son unas busconas.*

Effie se puso un top transparente con el que se le veía el sujetador por debajo. Se abrochó el cinturón de los *shorts* negros de cintura alta, se puso unos tacones de aguja y se recogió el pelo en una coleta alta, dejando que unos mechones sueltos le cayeran alrededor del rostro y el cuello. Anna se sintió aún más incómoda con su vestido al lado de Effie; era demasiado formal, demasiado exagerado. El atuendo de Effie le daba un aspecto totalmente despreocupado, era rebelde y sexi.

—No sabía que tuvieras curvas —bromeó Effie, hincándole un dedo a Anna en las caderas—. ¡Y tetas! —Anna cruzó los brazos sobre el pecho y Effie se echó a reír—. Esta noche vas a llamar la atención. Venga. —Agarró a Anna de la mano—. Vamos a buscar a Attis.

Effie las condujo a todas a la planta más baja de la vivienda, que se encontraba bajo tierra, hasta llegar a un dormitorio que tenía un aspecto absurdamente pulcro en comparación con el resto de la casa. Anna nunca había pensado que Attis fuera demasiado ordenado, pero entonces se fijó en que no era que la habitación estuviera impecable, sino que apenas había nada. Una cama, una mesita de noche con una lámpara de hierro y una foto en la que Attis salía con un hombre de pelo gris que debía de ser su padre, un armario y una estantería repleta de libros; a Anna le hubiera gustado hojearlos todos. La habitación olía a él, a humo y a calidez, a jabón y a pino.

—Debe de estar en la fragua —dijo Effie, y las guio por el pasillo, donde el olor a humo se hacía cada vez más fuerte.

—¿En la qué, perdona? —preguntó Rowan—. Vaya…

Anna siguió a Rowan hasta lo que era, sin lugar a dudas, una fragua. Tenía las paredes de ladrillo manchadas de humo, y un horno situado al fondo de la estancia arrojaba fuertes llamas. Attis martilleaba frente al horno, dando forma a una pieza de metal curvada sobre un yunque mientras saltaban las chispas. Llevaba pantalones vaqueros y una camiseta blanca arremangada y manchada de hollín que exhibía la flexión de los músculos de sus brazos cada vez que golpeaba el martillo. Las herramientas pendían del techo y reposaban pesadamente sobre las estanterías, y numerosas herraduras de distintos tamaños y formas colgaban de los trozos de pared que quedaban libres. El extremo más alejado de la estancia daba al jardín, y la brisa arrastraba el humo hacia el exterior.

—¡Attis! —gritó Effie—. ¡ATTIS! Odia que me acerque demasiado o le pegue un susto.

El chico levantó la vista y el semblante se le iluminó; unas gotas de sudor recorrían su rostro manchado de humo. Anna comprendió por fin por qué tenía siempre las uñas tan negras. Dejó de dar martillazos y metió la pieza de metal en un cubo con agua que tenía al lado. Esta chisporroteó y humeó.

—Creo que voy a desmayarme —susurró Rowan, y Anna tuvo que admitir que le resultaba difícil apartar la mirada de él. Nunca lo había visto tan repleto de vida, tan enérgico como el propio fuego.

Attis se acercó a ellas y examinó a Effie de arriba abajo; sus ojos destellaron como el metal con el que había estado trabajando.

—En fin, estáis fantásticas. —La mirada de Attis se posó en ella a continuación. *Esa mirada que tiene, como si ya te hubiera desnudado y estuviera pensando qué hacer contigo*. Intentó ocultarse en la oscuridad de la habitación, pero los ojos de él se detenían una y otra vez en sus curvas. Resultaba desconcertante—. No me fastidies, ¿de verdad voy a llegar a la fiesta con vosotras cuatro del brazo? ¿Cuándo nos vamos?

—Hace diez minutos. Ve a vestirte.

—Dame treinta agónicos segundos. —Pasó corriendo junto a ellas, dejando un rastro de humo tras él.

Exploraron la fragua, salieron por la puerta y subieron unas escaleras de piedra hasta el jardín. Un sonido extraño sobresaltó a Anna: un balido. Dos cuernos y un borrón blanco se acercaron a ella desde el seto.

—Aaaahhh —gritó, pero la criatura se detuvo antes de llegar a ella y comenzó a olfatearle el zapato. Era una cabra.

Anna recuperó la compostura.

—Sería un detalle que, antes de salir al jardín, avisaras a los invitados que una cabra podría abalanzarse sobre ellos en la oscuridad.

Effie se rio.

—No es mía. —Señaló la casa, donde se encontraba Attis. *Naturalmente*. Anna alargó la mano y le dio una palmadita en el hocico; el animal le acarició la mano y trató de morderle el vestido.

—Así que aquí ha acabado la mascota del colegio Dallington. ¡Sabía que había sido cosa de Attis! —exclamó Rowan.

—Se llama «señor Ramsden» —dijo Attis mordazmente, subiendo las escaleras de dos en dos. Llevaba los mismos vaqueros, que seguían cubiertos de manchas negras, una camisa sin planchar, y tenía el pelo mojado.

—Es bueno saber que has puesto tanto esmero en prepararte como nosotras —dijo Effie.

—Sabes que si me pongo demasiado guapo a las chicas les da un patatús. Basta de cháchara, el señor Ramsden ya debería estar durmiendo. Yo conduzco.

—No tienes edad para conducir —señaló Manda.

—No pasa nada. Sé apañármelas con la policía.

Manda entornó los ojos.

—¿Con «apañártelas» te refieres a que usas la magia?

Attis sonrió.

—No puedo revelarte mis trucos, pero te prometo un viaje muy agradable. Ojo, no juzguéis al coche por su carrocería…

Se dirigieron a la parte delantera de la casa, donde los esperaba un pequeño y destartalado Peugeot 206. Subieron al coche y salieron a toda velocidad en dirección al tráfico londinense, con las ventanillas bajadas y la radio encendida. Anna se acomodó en el asiento trasero y disfrutó por primera vez de la libertad, envuelta en el frío aire nocturno.

Todo va bien. Me voy a la cama. Buenas noches.

Anna le envió el mensaje a su tía. Eran las diez y media, su hora de acostarse.

Pero su cama quedaba muy lejos.



TODO O NADA

Debemos evitar o, por lo menos, desvincularnos de cualquier actividad que despierte las emociones. Esto incluye la narración de cuentos, el canto, la música, el baile, los banquetes indulgentes y los placeres sexuales.

El adiestramiento de las Encorsetadoras, *El libro de las Encorsetadoras*.

Subieron los escalones de la enorme casa de fachada bifronte de Lydia. Effie llamó a la puerta. Tras varios e impacientes golpes, esta se abrió. Lydia apareció frente a ellos, con los ojos tan abiertos como los de un ratoncito atrapado en una trampa.

—Ah, Effie… Hola… Eh…

—¿Podemos pasar? —dijo Effie mientras entraba.

—Eh, claro, sí, pasa. Espera, ¿estas también? —dijo mirando a Rowan, Manda y Anna con una expresión de desdén nada disimulada.

—Sí —dijo Effie con frialdad—. ¿Algún problema?

—Es que es una fiesta con invitación… —respondió Lydia débilmente mientras todos pasaban por delante de ella y se dirigían al pasillo.

—Las nuestras deben de haberse perdido.

El pasillo estaba abarrotado. Todas las miradas se volvieron hacia ellos: examinándolos, juzgándolos, contemplando con avidez a Effie y a Attis. El chico levantó una bolsa de plástico por encima de la cabeza.

—¡Traigo birra! —gritó, y la multitud lo devoró, llevándoselo en una ola de ruido y risas.

Effie se volvió hacia ellas.

—Acordaos de que el lema de las fiestas es: «Todo o nada». O te labras una reputación o te hundes en la irrelevancia. Voy a por las bebidas, vosotras

dad una vuelta. —Atravesó la aglomeración de cuerpos como un cuchillo caliente hundiéndose en un bloque de mantequilla, y desapareció.

—Se ha ido. Ya estoy hundiéndome en la irrelevancia —dijo Rowan retrocediendo hasta la pared para dejar pasar a otro grupo que acababa de llegar. Se inclinó hacia Anna y susurró—: Nunca he estado en un lugar con tantas personas a las que he cotilleado por internet.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer? —dijo Manda mirando aterrorizada a su alrededor—. ¿A qué se refiere con «una vuelta»? No voy a salir viva de aquí.

—Podemos empezar por entrar. —Anna las llevó hasta las escaleras. Reconoció algunas caras del colegio, pero había otras que no le sonaban de nada; la gente las miraba al pasar de forma inquisitiva, fría y ligeramente curiosa. *¿Qué hace la marginada en una fiesta…?*

—Manda. MANDA —la llamó Rowan—. A las cinco en punto. No te pongas nerviosa, pero ahí está Karim.

Manda lanzó un gritito. Dos chicas que estaban delante de ellas se volvieron y las reconocieron.

—Madre mía, si es Miranda Richards. ¿No deberías estar en la iglesia o algo así?

—Me acercaré por la mañana y rezaré por vuestra salvación.

Ellas se rieron en su cara y se alejaron en dirección a Karim. Una de ellas se colgó del brazo del chico y Manda la miró enfadada.

—Manda, esta noche vas a tener que relajarte con el tema de los rezos, ¿vale? —dijo Rowan—. Estamos en una fiesta. Dando una vuelta.

Se oyó un fuerte estruendo a su espalda. Anna echó la vista atrás y vio a un grupo de chicos que bajaban las escaleras con cervezas en la mano; iban cantando y gritando. Ella estaba justo en medio. Uno de ellos, bastante borracho, chocó con Anna al pasar, que se golpeó la cabeza en la pared.

—¿Estás bien? —Vio unos ojos azules como el cielo de invierno. *Peter*. Peter estaba hablando con ella.

Anna tuvo que acordarse de cómo articular las palabras.

—Puede que plantarme en la escalera no haya sido lo más sensato. —Se incorporó y las miradas de ambos se encontraron. En los ojos de Peter brilló un destello de reconocimiento.

Fue a decir algo, pero Digby saltó por encima de la barandilla y le golpeó la cabeza.

—Vamos, parece que algunas de las chicas se han quitado la ropa y se han tirado a la piscina. ¡Está climatizada!

—Vale, vale. —Peter empezó a bajas las escaleras—. Que no se te olvide ponerte hielo en el chichón —dijo con firmeza, y sus ojos volvieron a posarse en ella.

En cuanto se hubo marchado, Rowan sacó la cara entre las barandillas.

—¡Por las trece lunas, Peter Nowell acaba de dirigirte la palabra! ¡En la vida real! ¿Sientes ya la pasión?

Anna le sonrió de forma soñadora.

—Traigo bebida. —Effie volvió con un puñado de vasos de papel y las condujo al interior de la fiesta. Anna apenas había tomado un trago de aquel brebaje asqueroso cuando Darcey dobló la esquina; iba deslumbrante, llevaba un vestidito de lentejuelas y unos tacones imponentes que le recordaron a Anna que no tenía ninguna posibilidad con Peter.

—Anda, mira, la puta, la virgen, la mastodonte y… Dios santo, la invisible ha venido a una fiesta.

—Me encanta tu vestido —dijo Corinne, acariciando la parte delantera del vestido de Anna.

—¿Os lo estáis pasando bien? —preguntó Darcey con condescendencia.

—Es un rollo. Supongo que tú vives para este tipo de cosas, ¿no? Te das un paseíto por la fiesta creyéndote la reina del mambo y de paso luces la delantera. —Effie lanzó una mirada al escotazo de Darcey.

—Attis me estaba mirando con el mismo interés que tú, tal vez vaya a buscarlo…

Effie se echó a reír.

—Adelante.

Darcey miró a Manda.

—Miranda Richards, me pregunto si tu madre sabe que estás aquí. No creo que le haga demasiada gracia.

Manda puso cara de susto. Darcey sonrió y se alejó con Corinne.

—¿Creéis que hará alguna de las suyas?

—No, Manda, está jugando contigo. Como si fuera a tener el número de tu madre. Vamos. —Effie las arrastró entre la multitud.

La hora siguiente transcurrió de manera confusa. Effie llamó mucho la atención —tanto para bien como para mal— y Anna habló con más gente de la que había hablado en toda su vida. No todo el mundo la conocía, lo que significaba que no siempre era la marginada sino simplemente la *amiga de Effie*; no obstante, muchos les dejaron claro que su presencia no era bienvenida. Hubo miradas maliciosas, susurros y risas, y una chica pasó junto a Effie soltándole un «zorra» que disimuló con una tos.

Lucie, la de la rinoplastia, se acercó con un grupo de chicas y las puso al día de los cotilleos de la fiesta. Al parecer, Darcey no dejaba en paz a Attis y ella y Peter se habían peleado; Darcey se había marchado hecha una furia y Peter no se había molestado en seguirla. Effie sonrió a Anna y esta le leyó el pensamiento de inmediato.

Poco después, bailaban en una sala abarrotada mientras la música retumbaba en unos altavoces gigantescos.

—SIENTO COMO SI ME ESTUVIERA AHOGANDO EN LA MÚSICA —gritó Manda—. NO SÉ BAILAR.

Anna nunca había bailado fuera de su habitación, pero Effie la obligó a hacerlo; tiró de ella hacia delante y hacia atrás y se contoneó contra su cuerpo —*Venga, cuando Peter te vea menearte con ese vestido, no podrá resistirse* —. Effie le rellenó la copa con algo que la dejó mareada, y poco después, Anna se puso a bailar con desenfreno. Igual que las demás. Rowan amenazaba con desgraciar a alguien y Effie le hizo un gesto a Lawrence para que se acercara. Con la cabeza dándole vueltas, Anna se percató de que iba a vomitar. Tenía que tomar el aire… o encontrar el baño…

—Ahora vuelvo —dijo ella, pero Effie estaba demasiado ocupada besando a Lawrence como para darse cuenta.

Anna se adentró entre la multitud, y se fijó en que la puerta que tenía delante se movía. Consiguió llegar hasta las escaleras y subir por ella, tropezando con una pareja que estaba dándose el lote.

—Lo sssiento —murmuró.

El piso de arriba olía intensamente a humo, a sudor y a algo agrio. Aquello hizo que se sintiera peor.

Abrió la puerta de lo que creía que era el cuarto de baño, pero que resultó ser un dormitorio. Estaba a oscuras, y una lámpara de lava vomitaba burbujas en un rincón. Había unas sombras enredadas sobre la cama.

—L-lo siento… —tartamudeó ella, y retrocedió.

Se oyó una risita y a continuación Attis apareció desde debajo de las sábanas. La cabeza de una chica surgió tras él. Y luego otra. Attis, que tenía el pelo revuelto, le sonrió. «Únete, no te cortes», le dijo a Anna con la misma despreocupación que si le hubiera pedido que compartiera con él un taxi.

Anna cerró la puerta de golpe y notó el estómago más revuelto que antes.

—Menudo caballero, ¿eh?

Oyó una voz suave y plana detrás de ella, como un mar en calma extendiéndose hacia el horizonte. Se dio la vuelta lentamente hacia Peter.

—Espero que no seas una de esas chicas que lo encuentran totalmente irresistible. Sospecho que tienes más sentido común, a diferencia de esas dos de ahí.

—Hago lo que puedo por controlarme. —Anna se aseguró de que su voz destilara suficiente sarcasmo. *¿Cómo es posible que esas chicas no se den cuenta de que las está usando?* Se apartó de la pared, sintiéndose menos tambaleante bajo la atenta mirada de Peter; aunque seguía sin comprender por qué el chico estaba mirándola. Su vestido no tenía bolsillos, de lo contrario habría echado mano de su cordón de nudos.

—Entonces, ¿eres virgen en esto de las fiestas? —preguntó él.

Anna no escuchó bien la frase.

—¿Virgen? Eh… Pues… —Notó que la sangre le subía a las mejillas y agradeció en silencio que Effie le hubiera dejado el colorete antirrubor.

—Una virgen de las fiestas —repitió él en voz más alta, con una sonrisa cruzándole el rostro.

—Ah, sí —dijo Anna apartando la mirada—. Bueno, he estado en algunas fiestas, pero nunca en ninguna que se celebrase en casa de alguien, no. Así que sí. —*Deja de hablar*.

—Entonces, ¿no conoces las reglas para sobrevivir a una?

—Definitivamente, no —respondió Anna con una risa.

—Ven conmigo. —La rodeó con el brazo y, al tocarla, ella notó que las mariposas volvían a revolotearle en el estómago. La condujo escaleras abajo, sujetándola.

No sabía muy bien qué hacer con respecto al brazo. *¿Me apoyo? ¿Lo dejo estar?* Fue consciente de que varias personas al pie de las escaleras los habían visto y se habían puesto a cuchichear. Casi esperaba que él se volviera hacia ella y le dijera que solo estaba gastándole una broma pesada, pero Peter se limitó a esbozar su sonrisa de anuncio y la llevó hasta la cocina; el suelo estaba pegajoso y los cristales crujían bajo sus pies. Anna pensó en Lydia y se preguntó si su incremento de popularidad aquella noche compensaba que le destrozaran la casa. *Probablemente*. Un grupito jugaba a un juego que incluía cánticos y golpes en la mesa.

Peter se inclinó hacia ella.

—Cuando acudes a una fiesta en casa de alguien hay tres cosas fundamentales que debes saber. Dónde está el vino —Abrió la nevera y sacó una botella oculta en el fondo—. Dónde esconden el abridor. —Metió la mano detrás de un bote en el estante superior y sacó uno—. Y dónde está la despensa secreta con comida. —Abrió la puerta del horno y le mostró unas

cuantas porciones de *pizza* en una bandeja—. Aquí tiene, mi *lady*. —Le pasó un vaso de vino y un trozo de *pizza*. Anna dejó el bolso en la encimera y aceptó su ofrecimiento. *Solo está siendo amable, tranquila*.

—No esperaba recibir tales atenciones en una de estas fiestas —dijo dándole un bocado a la *pizza* y dándose cuenta de que se moría de hambre.

Chocaron sus copas y Anna le dio un sorbo al vino. Estaba agrio.

—¿No vamos juntos a una clase?

—Sí, a Lengua. —Dos veces a la semana. Una vez pronunciaste mi nombre.

—Estás distinta. ¿Te has cambiado el color del pelo? —Agarró un mechón entre los dedos y lo examinó. *Como Darcey me vea, me mata*.

—Me hicieron un cambio de imagen a la fuerza. No te lo recomiendo.

—Parece doloroso.

—Lo fue para mis cejas.

Él se echó a reír y tomó un sorbo de vino.

—¿Y quién ha llevado a cabo el cambio de imagen?

Alguien chocó contra ellos por detrás, y la copa de Anna se derramó por la superficie.

—Joder —dijo Peter apartándose; se le había humedecido la camisa en la parte donde había estado apoyado. Se dio la vuelta y encontró al culpable: un chico de aspecto grasiento que había participado en el juego de la bebida.

—Perdona, tío —dijo el chico con voz pastosa.

Peter le puso una mano en el pecho y lo apartó con firmeza.

—Tranquilo —dijo, inflexible—. ¿Te has manchado? —le preguntó a Anna mientras hurgaba en un cajón en busca de un paño de cocina. Se limpió la camisa con una mueca.

—Estoy bien.

—¿Seguro? —le ofreció el paño.

Anna asintió.

—Genial. No queremos echar a perder ese precioso vestido, ¿verdad? —Su boca dibujó una sonrisa—. ¿Seguimos con el *tour* de supervivencia?

Le ofreció un brazo. Anna volvió a agarrarse a él y por dentro la invadió una mezcla de pánico y euforia. Avanzaron por el laberinto que conformaba la casa sin esconderse de nadie.

—¡Esta casa es enorme! Es increíble —exclamó ella. Peter asintió y la acercó más a él al tiempo que se abrían paso entre la multitud. Anna se percató, sintiéndose como una idiota, de que él estaba acostumbrado a ese tipo de casas: la suya debía ser probablemente más grande. La llevó hasta una

habitación un poco más tranquila donde había varias parejas magreándose en unos opulentos sofás.

—La zona de relax. Aquí hablaremos más tranquilos —dijo él.

—Ya veo —respondió Anna con el corazón desbocado al ver como una mano astuta se deslizaba dentro del jersey de una chica en el sofá más cercano.

Aunque las multitudes nunca le habían gustado, al menos contaban con la ventaja del anonimato. Entrar allí con Peter era algo totalmente distinto; aquel grupo de personas los conocía, puede que estuvieran borrachos y apenas pudieran hilar dos frases seguidas, pero no les quitaban el ojo de encima. Los rodearon con el interés de las avispas. *Darcey se va a enterar*. Anna se acabó el vino y notó un burbujeo asomando en su interior…, ya no parecía importarle si era entusiasmo o miedo.

—¿Dónde está Darcey, Peter? —Una chica con el rímel corrido apareció frente a ellos, alternando la mirada de uno a otro.

—Ni idea —respondió Peter, irritado.

La chica se echó a reír, sacó el móvil como por arte de magia y les hizo una foto; el *flash* cegó a Anna durante un instante.

—¿Quieres que vayamos fuera? —le susurró Peter al oído—. Así podrás decirme cómo te llamas.

Anna asintió, con la cabeza dándole vueltas.

—¡Por fin te encuentro! —Notó una mano en el hombro. La voz de Effie. *¡No! ¡Ahora no!* Anna se dio la vuelta y se encontró con una Effie bastante desaliñada. Se había soltado el pelo y lo llevaba mojado por un lado; tenía un vaso en la mano que no dejaba de gotear y llevaba una chaqueta enorme que no era suya. Rowan la acompañaba, sujetando una tetera.

—Peter. —Effie saboreó su nombre lentamente—. Veo que estás cuidando a mi Anna.

—Effie —dijo él con rigidez. Examinó su revelador atuendo.

—Tienes algo en la camisa —dijo ella arrastrando las palabras y señalándole la mancha de vino tinto.

—Ya me he dado cuenta, gracias.

—Siento interrumpir mientras tu sesióooon de coqueteo. —Peter tensó la mandíbula, no le gustaba que le tomaran el pelo. Anna fulminó a Effie con la mirada—. Pero voy a tener que tomar prestada a Anna. —Effie empezó a llevársela.

—¿No puedes esperar un momento? —dijo Anna.

—No. Vamos.

Anna se volvió hacia Peter y gesticuló un «lo siento» antes de que Effie la arrastrara entre la multitud.

—¡Anna, estabas con Peter! Ya no quedan vasos, así que estoy bebiendo de la tetera. Viene que ni pintada. —Rowan se llevó la boquilla a los labios—. Manda ha estado acechando a Karim, pero creo que la jugada le ha salido bien por fin. Están enrollándose en la otra habitación. ¿Cuándo me toca *a mí* un rato de pasión, tías?

Anna seguía mirando a Effie.

—¿Por qué has tenido que provocarlo? ¿Y por qué me has arrastrado hasta aquí?

—Te he salvado el pellejo. Darcey anda buscándolo. De todas formas, aún hay tiempo para que puedas meterle la lengua hasta el fondo.

—Esa no era mi intención.

—Se me había olvidado que eres demasiado puritana para hacer algo así. —Anna le lanzó una mirada asesina—. La cuestión es que él tenía la sartén por el mango. El plan no es esperar a que él te bese, sino que te suplique por un beso. Además, me aburría.

—¿Qué ha pasado con Lawrence? —dijo Rowan ofreciéndoles la tetera.

—Era él el que me aburría. —Effie dio un trago—. Rowan, esa chica que me ha llamado «zorra» antes…

—Ah, sí, Charlotte.

—¿Su novio sigue por aquí?

Rowan inspeccionó la habitación.

—Sí, es ese de ahí. El alto de pelo oscuro.

—Genial, vamos a bailar.

—Ahora iré yo —dijo Anna—. Tengo que tomar un poco el aire.

—Como quieras —dijo Effie, y se fue directa hacia el chico que Rowan le había señalado.

—Supongo que Charlotte se estará calladita la próxima vez —dijo Rowan con una mezcla de admiración e incredulidad.

La sensación previa de náuseas había vuelto a aparecer cuando bebió el vino. Anna salió al jardín, iluminada por los destellos de luz que rebotaban desde la casa a la piscina, que estaba repleta de sombras inquietas.

—¿Sabes que estás temblando?

—Ahora no, por favor. —Anna giró la cabeza en dirección contraria.

—Aquí fuera hace frío —dijo Attis.

Anna no respondió, y su aliento formó una nube momentánea.

—¿Sabes dónde está Effie?

—Dentro, acechando a un pobre incauto: un chico alto de pelo castaño.

—Esa es mi chica.

—¿No te molesta? —le preguntó con brusquedad, y volvió la vista hacia él.

Él se encogió de hombros y bajó la mirada.

—En fin, no la culpo —añadió Anna a la defensiva—. Tú estabas en el piso de arriba con tus propias víctimas… Dos, si no recuerdo mal.

Attis soltó una carcajada, y su aliento se unió al de ella en el aire.

—¿Víctimas? Es una interpretación de lo más interesante. Para ser víctimas parecían estar pasándoselo en grande.

Anna sintió que la bilis le revolvía el estómago. Se inclinó hacia delante, con la cabeza dándole vueltas.

—¿Estás bien?

—Sí. —Tomó aire durante unos instantes—. Aunque no sean víctimas, las has engañado. —No fue capaz de comunicar lo que pretendía expresar de forma tan vehemente.

—No todas las chicas buscan enamorarse, Anna. —La miró de tal forma que ella no pudo evitar advertir su condescendencia—. Algunas solo buscan divertirse. Es un poco machista suponer lo contrario, ¿no crees?

Anna reflexionó sobre sus palabras; sabía que Attis tenía razón, pero sentía que se equivocaba.

—¿Y cómo sabes que no buscan enamorarse? —Le señaló el pecho con el dedo.

—¿Qué, a la vez? —Sonrió de forma exasperante—. Solo pasábamos un buen rato. Tanto ellas como yo. ¿Vas a vomitar?

Anna se apoyó contra la pared.

—¿Por qué me miras así?

—¿Cómo?

—Así, desvistiéndome con los ojos. No deberías…

—¿Desvistiéndote con los ojos? —Se rio y volvió la vista hacia ella—. Las mujeres me parecen preciosas y no pienso disculparme por ello, pero yo no desvisto a nadie en contra de su voluntad. Sigues temblando… espera… — Se inclinó hacia delante y le tocó el hombro. Ella se apartó con un respingo.

—Vete a saber dónde han estado esas manos. ¿Qué haces?

—Confía en mí, con esto te sentirás mejor.

Ella puso los ojos en blanco y le tendió el brazo. Él trazó un dibujo en su piel con el dedo, un símbolo. Casi de inmediato, una sensación de calidez se extendió desde su brazo al resto del cuerpo, y ella se dio cuenta del frío que

había tenido hasta hacía un momento. Anna levantó la vista hacia él y se quedó un instante sin palabras mientras el calor la recorría.

—¿Qué es?

—Mi toque mágico. —Sonrió él—. ¿Te lo has pasado bien esta noche? —Su mirada brilló divertida—. Te he visto con Peter.

—A lo mejor. No es asunto tuyo. —Le dedicó una sonrisa de complicidad. Ella también podía jugar el mismo juego que él.

—¿Y sabes si está al tanto de las reglas del juego?

—Prefiero no desvelarlas hasta que ya es demasiado tarde —bromeó Anna, y se dio cuenta de que las ganas de vomitar se le habían pasado al entrar en calor.

Él se echó a reír.

—¿Ahora quién es la víctima?

—Supongo que tendremos que esperar para averiguarlo.

—Supongo que sí. —Él se inclinó hacia ella.

Anna retrocedió.

—¿Un demonio de fuego?

—¿Qué?

—¿Es eso lo que eres? Si no eres bruja…

—No. Sería genial, pero no.

—¿Un hombre lobo?

Él se echó a reír.

—No.

—Venga, vamos dentro. Les he prometido a las chicas un baile.

Tras estar en el jardín, el aire del interior era como un muro caliente. Anna vio a Effie bailando con el novio de Charlotte; Rowan y Manda estaban al lado. Sabía que debería seguir enfadada, pero solo le apetecía bailar con sus amigas.

—¡Anna! ¡Attis! —exclamó Rowan—. Menos mal que estáis aquí. Tenemos un código rojo. Diles lo que has hecho, Manda.

Manda se giró hacia Anna con los ojos desenfocados.

—Karim envió a su amigo para que me dijera que dejara de seguirlo, que le estaba dando mal rollo.

Attis dejó escapar una carcajada desde atrás.

—Tranquila, Manda, a algunos tíos los asustan las chicas con iniciativa.

—Creo que fue porque lo seguí hasta el baño. Ah, pero nos hemos besado. Por fin doy mi primer beso y dos segundos después el chico prácticamente me

pone una orden de alejamiento. He vomitado aunque solo he bebido dos copas y tengo la sospecha de que una de ellas podría haber sido agua.

—Yo he bebido dos teteras llenas y voy bien —dijo Rowan bailando de forma extraña contra la pared.

Anna empezó a reírse y se dio cuenta de que era incapaz de parar. Manda pareció dolida durante un momento y acto seguido soltó una risita también. Effie dejó tirado al chico y se acercó.

—¿Qué pasa?

—Es solo que las fiestas no se nos dan muy bien —dijo Anna, mientras lloraba de risa.

Effie sonrió.

—Ya me lo había imaginado.

Rodeó a Anna con el brazo y ambas se pusieron a bailar, dejando a un lado las preocupaciones y los enfados, ignorando a la multitud y los susurros y todo lo que no tuviera que ver con el sentimiento de saberse jóvenes y llenas de vida. Y entonces Tom Kellerman apareció. Attis había ido a buscar agua y Tom había aprovechado la oportunidad para acercarse.

—Me gusta el top que te has puesto —le susurró arrastrando las palabras —. Se te ve el sujetador. —Él llevaba una chaqueta de terciopelo de un rojo chillón.

—Fascinante —replicó Effie—. No te cortes, sigue contándome los secretos que se esconden en las profundidades de tu mente.

—Te contaré lo que quieras. Vamos arriba. —La agarró del brazo.

—Suéltame. Estoy bailando con mis amigas, baboso. —Ella se apartó de él.

—Veeeeengaaaaa —le susurró al oído.

Effie le tiró la bebida a la cara.

—¡Eh! —gritó él—. ¡Serás zorra!

Attis lo inmovilizó contra la pared en cuestión de segundos. El tumulto de la gente de alrededor se apaciguó.

—Si vuelves a decirle algo así, te mataré —dijo Attis, y en su rostro apareció una temible expresión de furia infernal. Tom intentó darle un cabezazo, sin conseguirlo.

—Suéltalo. —Peter agarró a Attis por los hombros y lo apartó de un tirón. Attis le dirigió un gesto a Peter que era mitad sonrisa, mitad gruñido.

Tom cuadró los hombros y alzó la barbilla.

—¿Qué? No me dirás que soy el primero en decir que esta tía es una calientapollas de cuidado. —Attis se dio la vuelta para darle un puñetazo,

pero Peter volvió a apartarlo, así que Attis lo golpeó a él en su lugar… dos veces. Peter cayó al suelo sangrando por la nariz. Attis se le puso encima. Se oyeron gritos, pero la música no dejó de sonar, animándolo a seguir. Anna chilló en dirección a Attis y lo agarró de los hombros, pero él no pareció darse cuenta.

—¡ATTIS! —gritó Effie—. ¡NO VALE LA PENA!

Al oír su voz, el chico dejó el brazo suspendido en el aire. Peter forcejeó en el suelo y, un instante después, Tom se abalanzó sobre Attis desde atrás, tirando de paso a Anna. La refriega continuó durante varios momentos, hasta que Attis se zafó de Tom. Effie sonrió a Attis, que le devolvió la sonrisa; tenía sangre en la mejilla y una expresión febril en la mirada.

—Qué divertido. —Se rio de forma salvaje y rodeó a Effie con un brazo.

Peter se puso en pie y le tendió una mano a Anna para ayudarla a levantarse.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Son los dos unos capullos —dijo Peter, sujetándole todavía la mano. La sangre le goteaba de la nariz, que se le estaba empezando a hinchar.

—Apartaos. —Darcey se abrió paso entre la multitud—. ¿Qué pasa aquí?

Todos se volvieron hacia ella. Anna advirtió el regocijo en la mirada de Effie. Estaba disfrutando de cada momento: la pelea, la sangre, el caos…, las manos de Anna y Peter agarradas…, Darcey dándose cuenta de ello.

—Nada —dijo Peter con brusquedad—. Un idiota intentando cargarse la fiesta. —Soltó la mano de Anna.

—Por cierto —dijo Darcey, y posó la mirada en Anna, como si esta fuera un plato suculento y ella estuviera a punto de hincarle el diente. Corinne le alcanzó el móvil a Anna—. Te has dejado el bolso en la cocina. Te ha sonado el móvil y he respondido yo. Era tu tía, estaba preocupadísima por ti. Pero tranquila, ya le he dicho dónde estamos. Viene de camino. —Darcey sonrió a Anna con preocupación y le devolvió el bolso—. Hace ya un buen rato que deberías estar en la cama.

Anna agarró el bolso, conmocionada. La multitud a su alrededor había empezado a reírse.

—Darcey… —dijo Peter con desaprobación.

—¡No es culpa mía! Le estaba sonando el móvil. Creí que le hacía un favor…

Darcey cayó de pronto al suelo con un grito: se había torcido el tobillo. Anna vio que se le había roto uno de los tacones. Peter y Olivia se

apresuraron a ayudarla. La mirada de Effie fue lo único que hizo falta para confirmarle que había sido cosa suya. Y por la forma en que Darcey la contemplaba, parecía que ella también se había dado cuenta.

—Vamos. —Effie sonrió y arrastró a Anna a través del clamor de la multitud.

Volvieron al pasillo, donde ahora no había nadie.

—¡Effie! ¿Qué has hecho? —dijo Anna, a la que se le hacía muy difícil hablar o moverse. *Está de camino*. Su tía sabía que había salido, sabía que estaba en una fiesta, que no había ido a la feria de ciencias de Reading.

Effie empezó a reírse.

—Venga, Darcey se lo merecía.

—Delante de todos. No deberías…

—¡Anna! —Manda apareció con el rostro surcado por el miedo—. Si tu tía sabe que estás aquí, también se lo contará a mi madre. ¡Dios mío! Estoy acabada. ¡Acabada!

Anna intentó pensar en una solución.

—Mira, le diré a mi tía que estás en la feria de ciencias, que te utilicé y me vine a Londres a ver a Effie. Selene corroborará mi versión, dirá que solo estábamos Effie y yo en casa. —No sabía cómo su voz sonaba tan calmada cuando el corazón se le había acelerado tanto que apenas podía respirar—. No tienes por qué cargártela tú también. Al menos así una de nosotras permanecerá en el aquelarre.

—Anna, no, no digas eso —dijo Rowan.

—Tengo que irme. —La sensación de malestar la golpeó con más fuerza esta vez.

—Voy contigo. Le diré a tu tía un par de cosas —dijo Effie, pero Attis la detuvo.

—Effie, no, solo lo empeorarás. Quédate aquí y llama a Selene. Asegúrate de que respalde mi historia. Me voy. —Anna salió a trompicones por la puerta principal y se encaminó hacia el césped.

—Oooooh, qué pena, la chica invisible tiene que marcharse a casa —oyó que alguien decía desde una ventana. Parecía la voz de Olivia. Todos serían testigos de su humillación. Nada de eso importaba ya, a Anna le resultaba difícil sentir cualquier emoción. Su mundo había sido invadido por un miedo tan atroz, que era como si ella misma se hubiera hundido en las profundidades de un lago sombrío y estuviera contemplándolo todo desde allí.

Debió de dejarse el bolso en la cocina cuando estaba con Peter, pero era imposible que el móvil hubiera sonado. Lo había apagado. Lo sacó del bolso

y examinó el registro de llamadas. Ahí estaba: su tía no la había llamado, sino que alguien la había llamado a ella. *Darcey*.

Se oyó el portazo de un coche. La tía se aproximó con el semblante desprovisto de toda emoción, como un reflejo de los sentimientos de Anna.

—Sube al coche. Ya.

Anna salió disparada hacia el vehículo. Numerosos rostros la observaban desde las ventanas de la casa. Un nido de avispas. El aguijón había expulsado su veneno. Anna ya casi había llegado hasta el coche cuando se detuvo y vomitó en el césped.



OJOS

Igual que los nudos de un cordón, los Tiempos Oscuros están destinados a regresar una y otra vez. Debemos permanecer atentas. Debemos permanecer preparadas. Quienes Conocen Nuestros Secretos tan solo aguardan, esperando el momento oportuno para prender el fuego que verá renacer sus sombras.

El regreso, *El libro de las Encorsetadoras*.

Anna nunca había sentido un silencio como el que envolvía al coche en esos momentos. Era como ver la lectura de un sismógrafo antes de que se produjera el terremoto; un silencio que amenazaba con quebrarse en cualquier momento, y sus ondas, cada vez más severas. Ella sabía interpretar los silencios de su tía, pero prefería no descubrir el significado de aquel.

—Tía, yo… —La boca de Anna se cerró en contra de su voluntad, fracturando en dos su poco convincente explicación, que se estrelló en su boca.

Anna no volvió a hablar hasta que llegaron a casa.

—Tía, por favor, deja que…

Su tía hizo un nudo en el aire y la boca se le volvió a cerrar, esta vez dolorosamente.

—Por favor, no es lo…

La tía retorció los dedos, y a Anna se le retorció la lengua en respuesta. Quiso gritar de dolor, pero el sonido volvió a descender por su garganta como una corriente de aire frío.

Intentó hallar otras palabras que pudieran abrirse paso, pero cuanto más deseaba hablar, más difícil se le hacía respirar; las palabras se le atascaron en la garganta. Su tía contempló su angustia. *Por favor*, pensó Anna, y acto

seguido trató de no pensar más. Se aferró a su cordón de nudos y se desprendió de la desesperación de su interior.

Su tía la siguió escaleras arriba. Entró en su habitación preparada para recibir la peor reprimenda de su vida, pero la tía cerró la puerta tras ella. Anna oyó cómo sus pasos desaparecían por el pasillo. Giró con suavidad el picaporte: estaba encerrada. En su puerta no había cerradura, pero aun así era como si estuviera cerrada con llave.

Anna no quería pensar, no quería preguntarse qué haría su tía con ella, no quería recordar los rostros que la habían mirado desde las ventanas, ni evocar la sonrisa satisfecha de Darcey, ni —aún peor— el azul de los ojos de Peter. Se quitó el vestido verde y lo dejó en el suelo hecho un ovillo.

Trató de sumirse en el vacío que la inundaba al dormir, pero ahora su reposo era diferente, estaba plagado de sueños.

Se burlaban de ella. Miles de rostros se reían desde las ventanas, que se extendían cada vez más. Sus sueños la tiraron por un precipicio, dejándola caer y despertándola de golpe, con el corazón desbocado. Estaba sujetando su espejo plateado; Attis y Effie permanecían tras ella, tapándole los ojos con las manos; a continuación le envolvieron el cuerpo y la abrazaron, la asfixiaron. Attis empezó a trazar símbolos sobre su piel. Siete círculos. Effie le dio la vuelta al espejo y Anna vio a todo el colegio ante ella, aguardando a que hablara; pero sus rostros cambiaron, se transformaron en los de las Encorsetadoras, que no dejaban de cantar, cantar y cantar, mientras los pétalos de rosa volaban.

Los sueños la despertaron una y otra vez, su almohada quedó empapada de sudor y sus sábanas se convirtieron en una retorcida prisión. *Los sueños son una tortura. Dejadme en paz*. Oyó unos ruidos durante la noche. Pisadas en la tercera planta. *¿Es la tía? ¿Qué hora es? ¿Estoy soñando?* De pronto se encontró encerrada en la habitación del tercer piso, con las cortinas echadas y las paredes congregándose en torno a ella, transformándose en agua, en sangre, ahogándola en un vestido de terciopelo verde.

Por la mañana, Anna se despertó agotada. El prendesueños estaba lleno de nudos. Lo descolgó y empezó a deshacerlos, con la esperanza de que aquello aliviara su mente.

Esperó a que su tía llamara a la puerta, pero no lo hizo. Anna se acercó a las puertas de su balcón. Unas nubes oscuras se extendían por el cielo en forma de líneas, igual que una caja torácica, y una brisa ligera agitaba los árboles y se apoderaba de las últimas hojas. Intentó abrir las puertas, pero la llave repiqueteó y permaneció en su sitio. Todo estaba cerrado.

Aguardó, consciente de que cada vez tenía más hambre y más miedo. Se pasó todo el día esperando.

Llegó la tarde y a Anna le dio un vuelco el corazón al oír que la puerta se abría. *¡Por fin!* La tía no le dirigió la mirada. Le dejó un platito de comida y un vaso de leche en el tocador y volvió a cerrar. A Anna le dieron ganas de estrellar el vaso contra la pared. ¡*No puede hacerme esto! ¡No puede dejarme encerrada!* Anna tomó el vaso, entró en su cuarto de baño y vació la leche en el lavabo; ya se había hartado del veneno de su tía. Comió con avidez, pues lo último que se había llevado a la boca había sido el trozo de *pizza* que le había ofrecido Peter.

La noche no tardó en hacer su aparición, y con ella se presentaron de nuevo los innumerables, inquietantes y lúcidos sueños.

Cuando llegó el lunes por la mañana, Anna esperaba poder salir de su habitación: su tía nunca permitía que faltara a clase, ni siquiera cuando estaba enferma. Se despertó pensando en lo agradable que sería darse una ducha. Nadie llamó a su puerta al dar las seis. A las siete, estaba de los nervios. Para las nueve, aceptó el hecho de que no iba a ir al colegio y de que quizá no volviera a salir nunca más de su habitación.

Tuvo la impresión de que iba a volverse loca. Intentó estudiar y leer, pero se dio por vencida y se quedó mirando por la ventana, observando cómo aquella tarde de diciembre avanzaba palmo a palmo, cómo la luz desaparecía por completo, sin dejar atrás ningún rastro. Se moría de ganas de hablar con Rowan, Manda, Effie y Attis, de oírlos mofarse de la loca de su tía y de hacer que su vida fuera, de algún modo, soportable. *¿Me echan de menos también?*

La tía le llevó la cena, y cuando Anna intentó protestar, volvió a retorcerle la lengua y a cerrarle la boca. Su tía se marchó y Anna golpeó la puerta furiosa y desesperada, consciente de que solo estaba empeorando las cosas. Finalmente, se quedó sin fuerzas. Se tumbó en la cama y se pasó el cordón por las manos, aborreciendo cada uno de los nudos.

Cuando se quedó dormida, los sueños estaban aguardándola. Su tía le cepillaba el pelo, pero al mirar al espejo, era a su madre a quien veía. Los rostros de ambas se intercambiaron y se fundieron en uno solo; aunque carecían de rasgos, al igual que las Seis Mujeres. El espejo comenzó a derretirse en su mano, deslizándose del marco como un río bañado por la luz de la luna. El río fluyó por el suelo y transformó la moqueta en una extensión de hierba oscura, donde crecían florecillas pálidas, tan brillantes como un cometa. Pasó por debajo de su estantería, que se convirtió en un árbol; la

madera de las baldas se enroscó sobre sí misma y se arrugó, cubriéndose de surcos y extendiendo unas ramas de las que crecía un fruto plateado…

Anna se acercó y sintió el río fluyendo entre sus pies. Alargó la mano para tomar el fruto, pero este se desprendió antes de que pudiera llegar hasta él y cayó al suelo con un ruido sordo. Se despertó.

Notó los dedos de los pies claramente mojados por debajo de las sábanas. Había dejado las cortinas abiertas y la luz de la luna se filtraba por la ventana. Iluminaba el espejo, que se reflejaba en la estantería. Un libro se había caído al suelo.

Se levantó de la cama y se aproximó al libro. Era la enciclopedia médica que le había regalado su tía las Navidades pasadas.

Anna recogió el volumen y recordó lo que había hecho; quitó la cubierta del libro a toda prisa y vio la colección de cuentos de hadas de Selene. Después de su cumpleaños, Anna había ocultado el libro con la cubierta de la enciclopedia y luego se había olvidado de él. El grabado del árbol y su reflejo invertido captaban la luz de la luna y resplandecían como una perla. Era precioso. Tal vez sus antiguas palabras la consolaran o, por lo menos, la adormecieran. Se metió en la cama y abrió el libro por el primer cuento.

La doncella sin ojos

Érase una vez una joven doncella que vivía en los confines del bosque con su madre. Ella ansiaba explorarlo, pero su madre no se lo permitía. Una vieja vendedora de husos que había visitado su casa en una ocasión le había contado que en lo profundo del bosque había un lago que, cuando la luna coronaba el cielo, revelaba todas las verdades.

Una mañana, la doncella se encontraba recogiendo moras en su jardín cuando un pajarito bajó de un árbol. Ella extendió la mano y el pájaro saltó encima y se puso a picotear las moras. El animal brincó de la mano de la doncella y se adentró en el bosque. La joven abrió la puerta de madera y fue tras él. Volvió la mirada hacia su casa. Una nube de humo salía de la chimenea: su madre estaba cocinando. La doncella no tardaría mucho en volver.

Se adentró en las frescas sombras del bosque. Se introdujo más y más y la oscuridad se hizo más densa, envolviendo al pajarito hasta que este desapareció. El miedo comenzó a invadir a la joven. Los árboles se acercaban cada vez más y las sombras se cernían sobre ella. Habría jurado que se movían a su alrededor, merodeando, gruñendo, mientras unas siluetas lobunas y salvajes la observaban desde detrás de los árboles.

El ruido de unos cascos la hizo proferir un grito, pero solo eran tres hombres que pasaban junto a ella a caballo: uno vestido de rojo; otro, de

negro, y el último, de blanco. Corrió tras ellos, pero desaparecieron rápidamente. Aun así, su presencia y su ajetreo habían ahuyentado las sombras y alejado los árboles. La joven se topó con una casa extraña.

Descansaba sobre cuatro escuálidas patas de gallina y daba vueltas y más vueltas de forma alocada. La casa se detuvo y se acomodó en el suelo. La doncella descubrió con horror que los cerrojos de las puertas y las ventanas estaban hechos con dedos de las manos y de los pies y con dientes humanos. Se dio la vuelta con la intención de salir corriendo, pero oyó una voz desde el interior: «¿Qué buscas, pequeña?».

No le gustaba ser maleducada, así que respondió:

—Buen día. Busco el lago del bosque.

La anciana soltó una carcajada que sonó como si el suelo se hubiera partido en dos.

—¿Y por qué iba a ayudarte?

—Porque le he pedido ayuda.

—Respuesta correcta. Pasa.

La chica entró en la extraña casita. El interior se encontraba en un estado lamentable, todo estaba tan desordenado que apenas podía moverse.

—Si quieres que te cuente dónde está el lago, tendrás que limpiar toda la casa antes de que acabe el día —dijo la mujer, y se marchó dando un portazo.

Consciente de que era una tarea imposible, la doncella tomó asiento y se puso a llorar. Pero entonces el pajarito entró por la ventana y empezó a ordenar la casa. Ambos trabajaron juntos y no tardaron en terminar.

La anciana regresó y al ver que la doncella había llevado a cabo la tarea, profirió un grito de rabia. Dio de comer a la muchacha y le entregó una llave de plata; acto seguido se quedó dormida en un rincón y se puso a roncar con fuerza. La doncella metió la llave en la puerta, pero no era la adecuada y la puerta no se abrió. La joven se acostó y se quedó dormida.

Al día siguiente, la anciana señaló un montón de ropa tan alto como una montaña y le dijo:

—Si quieres que te cuente dónde está el lago, tendrás que lavar la ropa antes de que acabe el día.

En cuanto se hubo marchado, la doncella se sentó y se puso a llorar. Pero el pajarito apareció de nuevo y empezó a llevar la ropa al río. Volvieron a trabajar juntos y no tardaron en terminar.

La anciana regresó, y al ver que la doncella había conseguido llevar a cabo la tarea, se puso a patalear con rabia. Dio de comer a la muchacha, le entregó una llave hecha de agua y se quedó dormida en la cama del rincón. La doncella probó la llave nueva en la cerradura, pero la puerta no se abrió. Se acostó y se quedó dormida.

Al día siguiente, la anciana señaló la pila de ropa limpia y le dijo:

—Si quieres saber dónde está el lago, tendrás que remendar la ropa antes de que acabe el día.

La ropa tenía tantos agujeros como una cuña de queso y la doncella se sentó y se puso a llorar. El pajarito apareció otra vez con aguja e hilo en el pico y empezó a coser. Trabajaron juntos y no tardaron en terminar.

La anciana regresó, y al ver que la doncella había llevado a cabo su tarea, se echó a reír con rabia. Le pidió a la joven que le enseñara el dedo. Ella le tendió la mano y la anciana le hizo un corte. Volvió con una llave echa de sangre.

La doncella le preguntó por los tres hombres a caballo.

—Me pertenecen —dijo la mujer—. Convierten el día en la noche y la noche en el día. ¿Quieres saber más?

La joven respondió que no.

—Bien, porque saber más de la cuenta puede provocar que una envejezca demasiado pronto. —La anciana condujo a la doncella hasta la puerta trasera—. Sigue ese camino con tus tres llaves y sabrás la verdad.

El pajarito se adelantó y la doncella fue tras él, adentrándose en el bosque hasta llegar a un claro entre los árboles. Ante ella había una enorme zanja. Sacó las llaves del bolsillo y las arrojó al interior. La zanja se llenó de inmediato de agua plateada, y cuando la luz de la luna iluminó el lago, este se convirtió en un espejo.

La doncella se inclinó y contempló el lago. Vio un hermoso manzanal; la hierba de alrededor estaba salpicada de margaritas, los árboles eran frondosos y verdes, y las manzanas lucían tan encarnadas como el rubor. Abrió los ojos de par en par, maravillada, y el pajarito bajó volando y se los picoteó. Los ojos se le cayeron al lago y la joven quedó ciega.

Su tía le había contado una versión del cuento cuando era pequeña. *Las niñas deben ser obedientes si no quieren que les pase nada malo*. Casi podía oír la advertencia de su tía ahora, aguardando tras la historia como una sombra. Se preguntaba si su madre se lo habría leído a ella. Selene le había dicho que aquellos cuentos habían sido los favoritos de su madre. Anna cerró el libro y lo abrazó con fuerza: era algo que las vinculaba.

Rebuscó en el fondo del cajón y sacó la fotografía de sus padres. Estaba repleta de luz, en comparación con la oscuridad de la noche. *¿Quiénes sois?*, pensó Anna. Siempre había evitado hacerse esa pregunta, pero ahora, al contemplar la sonrisa de su madre, se preguntaba qué otras cosas la hacían sonreír; qué le gustaba, qué la hacía reír, a quién había amado. Anna se descubrió devolviéndole la sonrisa. Contempló el césped que había por detrás y el árbol que extendía sus ramas.

El corazón le dio un vuelco. *Las ramas…*

Reconocía aquella rama, la forma en que se curvaba casi sobre sí misma. Conocía aquel árbol.

Anna esperó sentada, con la fotografía entre sus manos, hasta que despuntó el alba. Tardó mucho en amanecer, pues a la luz invernal le costaba aparecer. Salió al balcón.

Las ramas del árbol situado en el centro del jardín trasero eran del todo visibles, la más gruesa y baja de todas se curvaba sobre sí misma. Levantó la foto y las comparó, pero ya estaba totalmente segura. Se trataba del mismo sicomoro. Sabía el aspecto que tenían sus hojas al llegar el verano, y estas plagaban la fotografía.

Dejó que la idea se asentara lentamente, hundiéndose hasta el fondo.

Mis padres estuvieron en esta casa. ¿Vivieron alguna vez aquí?

Su tía le había contado que vivían en Londres, pero nunca había especificado dónde. Seguro que si hubieran vivido en aquella casa, se lo habría mencionado. *¿Otra mentira, tal vez, o una verdad que había quedado convenientemente olvidada?* Anna nunca se había planteado cómo se había permitido su tía aquella casa con un sueldo de enfermera; siempre había sido su casa y ya está. *¿No?*

Volvió a contemplar el jardín y se imaginó a su madre sentada bajo el árbol. Era otro vínculo. Un vínculo que le dolía demasiado.

Las lágrimas brotaron de la nada. No recordaba la última vez que había llorado, pero ahora salían a borbotones, y su calidez le recorrió las mejillas; un sentimiento de resignación afloró en lo más profundo de su ser. Todo resultaba abrumador: estar encerrada en su habitación, echar de menos a sus amigos, el miedo que le provocaban su tía y las Encorsetadoras, el amor, la magia, la añoranza de una madre a la que nunca había conocido.

Lloró hasta quedarse sin lágrimas, se estremeció y se tumbó en el suelo; se sumió en un sueño profundo y agradable sobre una orilla alumbrada por las estrellas y cubierta de hierba junto a un río de plata.



El resto de la semana transcurrió de forma tortuosamente lenta. Al principio, el descubrimiento de Anna la mantuvo ocupada. Se pasó horas mirando la foto, pensando en las mentiras de su tía, en sus padres, en la habitación del tercer piso —*¿También hay secretos escondidos allí?*—, obsesionada con el significado de todo aquello… si es que tenía algún significado. Pero a medida que pasaban los días, su desesperación, sin más sustento que el desamparo, comenzó a marchitarse. No bebía la leche, pero tampoco tomaba la tisana, y

todavía sentía los tentáculos de la correhuela en su interior. Los sueños empezaron a ser más escasos, hasta que dejó de soñar por completo. Sus pensamientos se ralentizaron; su sentido del propósito se dispersó como las nubes que se veían al otro lado de su ventana. *¿Podré escapar alguna vez?*

El jueves a última hora, unos golpes en la puerta de la entrada perturbaron su melancolía. Voces. *Selene*. Selene estaba gritando. Anna corrió hacia su puerta y pegó la oreja.

—¡Tiene dieciséis años! Fue a una fiesta, por el amor de Dios, no ha matado a nadie. ¿Cómo se te ocurre dejarla encerrada aquí? Estás loca, Vivienne, estás…

Entonces, oyó el tono áspero de su tía. Anna no fue capaz de distinguir las palabras; sus voces se convirtieron en un murmullo de disputa y luego desaparecieron. Anna prestó atención durante lo que le pareció una eternidad hasta que oyó que la puerta principal se cerraba de un golpe. Selene se había marchado. *¡No te vayas!*

El día siguiente transcurrió del mismo modo. Oír la voz de Selene hizo que las cosas volvieran a resultarle difíciles, pues había atravesado sus defensas como un río. Cuando su tía le llevó la cena, Anna estuvo a punto de lanzarse al suelo y suplicar, pero entonces se dio cuenta de que la tía no llevaba ningún plato en la mano. En su lugar, abrió la puerta de par en par.

—Puedes bajar. —Su voz sonaba tan tensa como un muelle deformado.

Es un truco. Una trampa. A Anna la traía sin cuidado.

—Dúchate antes o echarás a perder la cena. —Eran las mejores palabras que su tía había pronunciado nunca.

Al entrar en la cocina, Anna se sintió casi humana de nuevo. La cena estaba seca y desprovista de sabor, pero se la comió con avidez igualmente. Su tía observó la velocidad con la que engullía con evidente desprecio, pero no dijo nada. En cuanto Anna hubo terminado, las náuseas se apoderaron de ella: se percató de que, aunque pudiera salir de su habitación, lo más probable es que estuviera más segura dentro.

Su tía le hizo un gesto para que entrara en el salón. El resplandor de la lámpara no lograba extenderse por la estancia. La chimenea seguía apagada, y los bordados las contemplaban de forma implacable, murmurando versos repletos de temor y protección. Su tía dio una palmadita en el asiento de al lado. Anna se sentó, preparada para lo peor.

—¿Sabías que a tu madre se le quedó el cuello amoratado y negro? —dijo con total naturalidad—. La estrangulación había sido tan brutal que sangró por la boca.

Anna pensó en el rostro de su madre como aparecía en la fotografía, lleno de vida y con una sonrisa inexorable. Se agarró a su cordón de nudos, preocupada por si las lágrimas volvían a brotar.

—Me pidieron que identificase el cuerpo. Tuve que ver a mi hermana con ese aspecto.

Anna quería que dejase de hablar.

—Solo fui a una fiesta.

—Ella conoció a tu padre en una fiesta. Solo hizo falta un encuentro casual. Se enamoró de él. Nunca sabré si fue la magia la que le suministró el veneno mientras el amor lo distribuía en su interior, o si fue al revés. Da igual. El amor y la magia se alimentan mutuamente… al final ambos son veneno.

¡Veneno! Anna apretó el cordón al oír la palabra. *¿Cómo se atreve a hablar de veneno?* Quiso ponerse a gritar, pero las paredes de su habitación se alzaron en su cabeza: no podía arriesgarse a que la encerrara de nuevo.

—Pero seguro que no toda la magia es mala. Debe de haber…

—¡Toda la magia es perjudicial! Toda. Presta atención. —Su tía la agarró por la barbilla; sus ojos verdes temblaban, instándola a escucharla—. No intento arruinarte la vida, sino salvártela.

Anna era incapaz de apartar la vista de ella. Su tía era muy convincente, sabía cómo conseguir que sus creencias se convirtieran en las de los demás, hasta nublarlo todo. Effie era igual.

—¿Salvármela de qué?

—¡La magia es peligrosa para nuestra familia!

Su tía siempre había hablado del peligro de forma general, como algo que afectaba a todas las brujas, pero ahora este se cernía sobre Anna, dispuesto a abalanzarse solamente sobre ella: *Nuestra familia*.

—Creí que era peligrosa para todas las brujas.

—L-Lo es… —tartamudeó la tía—. Los peligros se encuentran lejos y cerca. Sobre todo ahora.

—¿Qué quieres decir con «ahora»? ¿Tiene algo que ver con las Mujeres sin Rostro? ¿Con las Siete? —Anna sabía que eran preguntas arriesgadas, pero tenía que hacérselas.

Su tía entornó los ojos.

—¿Qué sabes tú de las Siete?

—Nada, en realidad… Oí a Effie hablar de ellas. Solo sé que son un clan muy importante de brujas.

Su tía resopló.

—Las Siete. Las primeras pecadoras que trajeron consigo la vileza de la magia. A las Encorsetadoras nos trae sin cuidado que las hayan matado, solo nos preocupa lo que sus muertes significan. Es una declaración. Una declaración de poder. Quienquiera que haya sido el responsable pretende sembrar las semillas del miedo. ¿Fue otro clan? ¿Hubo un conflicto interno? ¿O son nuestros viejos enemigos los que empiezan a levantarse? Quienes Conocen Nuestros Secretos.

Anna se estremeció a pesar de que la estancia no estaba fría.

—Tía, seguro que no se trata de algo tan grave, podría ser cualquier…

—Los Cazadores no olvidan, Anna —dijo su tía enérgicamente—. La historia nos ha demostrado que siempre vuelven. Cuando nos relajamos, cuando dejamos de mirar hacia atrás, cuando creemos que por fin somos libres, es cuando atacan. Siempre lo tenemos en mente. El fuego jamás se extingue, desconfiad del humo que lleva el viento.

—Pero eso pasó hace mucho, era otra época…

—Ah, ¿sí? ¿Crees que la gente ha cambiado tanto? El miedo es instintivo. Nunca cambia. Intentamos advertirles y mira lo que ha pasado… los profanos vuelven a creer en la magia.

—Pero los profanos no ven la magia…

—¿De verdad? —dijo su tía tomando el portátil. Lo abrió y le mostró una noticia del día anterior—. «Investigan a una secta relacionada con prácticas de “brujería” dañinas».

Anna leyó la noticia rápidamente. No parecía más que un grupo de chalados que llevaban a cabo actos extraños.

—¿Son brujas? —preguntó.

—Lo más probable es que no, pero eso da igual, ¿no crees? Los relacionan con la brujería. ¿Has leído las noticias últimamente? El panorama es desolador: la economía se hunde, hay recortes, amenazas terroristas, desastres climáticos y tensiones raciales, pero estos nuevos acontecimientos son diferentes. Suponen una distracción horrible y satisfactoria. Los susurros no dejan de extenderse.

Su tía pasó a la siguiente pestaña.

—«Artículos de brujería descubiertos en el escondite de unos inmigrantes ilegales».

Y luego a otra: «EXCLUSIVA: Inquietantes imágenes nuevas de las Seis Mujeres sin Rostro».

—Mira los comentarios del vídeo —indicó su tía con brusquedad.

Qué miedo dan sus caras, ahí ha pasado algo raro seguro…

¿Cómo es posible que un grupo de mujeres burlara la seguridad del Big Ben y se colase dentro?

¿Por qué la policía no da más detalles sobre el caso? Nos están mintiendo.

Seguro que van en pelotas debajo de las túnicas.

Putos vejestorios. ¡Al hoyo!

—Los ahorcamientos han abierto la puerta y ahora la magia empieza a asomarse. Si los profanos vuelven a creer… volverán a tener miedo.

—Son solo rumores…

—¡No hacen falta más que unas pocas chispas para desatar un fuego! —Su tía tenía la mirada distante, iluminada con… *¿Terror? ¿Adrenalina?* La misma sensación recorrió a Anna, que advirtió que la fuerza que había estado creciendo en su interior flaqueaba. *¿Y si la tía tiene razón?*

Su tía cerró el portátil y recogió su bordado, tras calmarse de repente.

—Vergüenza debería darte. Las brujas que hacen alarde de su magia sin ningún tipo de decoro ni prudencia nos ponen a todas en peligro. Ni me imagino las ideas que te estará metiendo Effie en la cabeza: chicos, sexo, hechizos y poder.

Anna se estremeció al oír las palabras de la tía; había dado en el clavo. Pensó en el hechizo de Effie, en cómo se le había roto el tacón a Darcey en una habitación llena de testigos. Esperó a que su tía le prohibiera hablar con Effie o acercarse a los chicos, esperó a que le dijera que pensaba sacarla del colegio.

—Selene me ha contado que te gusta un tal Peter.

Anna ahogó un grito. El último nombre que esperaba que saliera de los labios de su tía era el de Peter. Sintió una punzada de traición. *¿Por qué se lo había contado?*

—No, no pongas esa cara. Selene intentaba convencerme de que solo eres una adolescente que quiere pasárselo bien, de que no hay ningún peligro, de que lo único que quieres es salir con tus amigas. Me comentó que te gusta un chico llamado Peter… «Anna debería poder tener citas a los dieciséis». —Su tía empezó a coser—. No culpo a tu padre por lo que hizo, ¿sabes? La culpo a ella. Fue decisión de tu madre. Sabía que estaba teniendo una aventura y aun así se quedó con él. Fue estúpida y débil, pero yo sé que tú eres fuerte, Anna. Eres como yo, ves las cosas tal como son, ves a la gente por lo que es. Por eso voy a permitir que tomes la decisión.

El silencio que siguió a esas palabras era frágil. Anna sabía que si decía algo equivocado este se desmoronaría.

—¿A qué te refieres?

—A si te convertirás o no en Encorsetadora.

Anna no entendía nada. Era imposible. Toda su vida había estado orientada a convertirse en Encorsetadora. Jamás se había tratado de una decisión, sino de algo inevitable, un nudo indisoluble en el hilo que conformaba su vida.

—Pero ¿por qué?

—Porque confío en ti. —Aquella frase le escoció como una herida abierta —. No voy a impedir que veas a Effie. He llegado a un acuerdo con Selene. Podrás quedarte en su casa algún que otro viernes, cuando yo lo considere oportuno y siempre bajo la supervisión de Selene.

—Podré quedarme con Effie… —dijo Anna, desconcertada. Nada tenía sentido.

—Quiero que conozcas la alternativa para que, cuando te unas a las Encorsetadoras, la decisión sea tuya y no mía.

Anna miró a su tía a los ojos y vio una expresión de tensión. No tenía ningún sentido. Su tía nunca la dejaba tomar decisiones. Hacía apenas unos minutos estaba despotricando sobre los Cazadores, el caos y los peligros que albergaba el mundo, y ahora iba a permitir que Anna pasara tiempo precisamente con Effie. Sabía que Selene era muy persuasiva, pero aquello era demasiado. *¿Qué le ha dicho? ¿Es Selene capaz de manejar a la tía mejor de lo que yo pensaba?*

—Creo que descubrirás por ti misma el daño que provocan la magia y el amor, y entonces entenderás por qué las Encorsetadoras hacemos lo que hacemos. En el fondo eres una Encorsetadora, estoy tan segura de eso como de mí misma. Hay condiciones, desde luego. El resto de la semana deberás llegar a casa a las seis. Me contarás cualquier avance en tu relación con Peter. No podrás practicar magia. —*Entonces no sabe lo del aquelarre*—. Y si no cumples alguno de estos puntos, me encargaré de que tu ceremonia de Amarre se celebre de inmediato y no te quedará más remedio que resignarte. ¿Entendido?

Anna estaba desconcertada. ¿Estaba la tía burlándose de ella? ¿Era algún tipo de prueba? ¿Acabaría encerrada de manera indefinida en su habitación, si accedía?

—Sí —dijo Anna, esperando caer en la trampa, pero su tía se limitó a asentir.

¿Qué más puedo decir? Si se negaba, no disfrutaría de libertad alguna. Al menos aquello le proporcionaba algo de independencia, incluso aunque se tratara de un truco. *Siempre es un truco.*

—Espero elegir el camino correcto. —Anna se dio la vuelta, la mirada avizora de su tía ya la perforaba en busca de mentiras.

—Lo harás.

—Entonces…, ¿puedo volver al colegio?

—Después de las vacaciones. Hasta ese momento estarás castigada: no saldrás de casa, no verás a tus amigas ni a Effie hasta que vuelvas al colegio. Y también deberás cumplir el castigo por tu desobediencia anterior. Toma. —Su tía alargó la mano y agarró el bordado de Anna—. Cose.

A Anna se le hizo un nudo en el estómago. *Había sido demasiado fácil.* Anna tomó el bordado y sacó la aguja que había dejado clavada en la tela. Su tía estaba observándola. A Anna se le secó la boca. Sintió el dolor en cuanto introdujo la aguja en la tela. Gritó y se bajó el cuello del jersey. Se vio una gota de sangre en la piel, justo por encima del corazón.

—No te he dicho que dejes de coser.

—Tía, por favor.

—Cose o te convertirás en Encorsetadora esta misma noche, sin tener voz ni voto.

Anna comenzó a coser y sintió cada puntada por encima del corazón, como si estuviera cosiéndose la piel directamente. Puntada por el derecho. *Puntada por el revés. Puntada por el derecho. Puntada por el revés*. El dolor la inundó hasta que fue incapaz de pensar con claridad. Se arrepintió del dibujo que había elegido para el bordado: una flor roja como la sangre. Fue tomando forma poco a poco.

Anna se miró en el espejo antes de acostarse y vio la rosa cosida en su piel; estaba enrojecida y en carne viva. La herida se curaría y desaparecería, pero ella nunca olvidaría la media hora que se había pasado cosiéndola. Pensó en los círculos que le había visto a su tía cosidos en la espalda. ¿Se los habría hecho ella con el mismo hechizo? Disfrutaba con los castigos, aplicándoselos a los demás y también a sí misma. *¿Qué significaba aquello?*

La tía entró en su habitación y se estremeció al ver la herida de Anna. Se acercó a ella y la besó en la frente.

—Quería que supieras que no volveré a tolerar tu comportamiento. Mi padre fue siempre demasiado blando y mira cómo acabaron sus hijas. Una muerta, y la otra… —La tía se miró en el espejo y volvió a estremecerse—.

Solo necesito que confíes en mí. —Dejó el vaso de leche sobre el tocador—. Ahora deja que te cepille el pelo.



PENA

Doce años

—Solía colarse en mi habitación por las noches y leíamos cuentos de hadas bajo las sábanas. Marie siempre quería ser el príncipe; los príncipes siempre llevaban sombrero en las ilustraciones y a ella le encantaban. Recuerdo que se emperró en llevar uno de paja durante todo un año. Se dirigía a la puerta de casa con él puesto y anunciaba que se iba de aventuras…

Anna intentaba no escucharla, pero le era imposible. Ansiaba con todas sus fuerzas conocer más cosas sobre su madre, y aquellos detallitos le parecían de enorme importancia. Su tía siguió contándole sus simpáticas e innumerables anécdotas.

—¿Alguna vez te has preguntado que habrías sentido si te hubiera abrazado?

La forma en que hablaba —con una dulzura inmensa— era lo peor de todo, lo que más le dolía. Anna notó que las lágrimas le anegaban los ojos, como si siempre hubieran estado ahí, a la espera.

—Ella te quería mucho.

Anna gritó, llevándose las manos a los ojos: sus lágrimas ardían. Le abrasaban los ojos y las mejillas de forma feroz. Volvió a gritar y se tocó la cara, pero sus mejillas estaban igual que siempre. Tan solo era una sensación.

—Su risa era siempre inesperada. Recuerdo…

—Para. Por favor, para. —El ardor era demasiado intenso. No podía soportarlo. Se frotó los ojos, pero lo único que consiguió fue que le lloraran más.

—Solo tú puedes ponerle fin, Anna. La pena duele. Debes despojarte de ella.

Anna apretó el tercer nudo de su cordón. La tía le secó una lágrima ardiente de la mejilla y le acarició el pelo para reconfortarla.

—Tu madre te habría cantado una canción, Anna. Le encantaba cantar…

Anna apretó el nudo hasta que los dedos le empezaron a sangrar, las mejillas se le secaron y la pena de su interior se suavizó de tal manera que dejó de dolerle.



SATÉN

Nudo de amor: Pone fin a un romance/suprime el deseo sexual.

Hechizos de amarre, *El libro de las Encorsetadoras*.

Las Navidades se aproximaban lenta y silenciosamente. Anna seguía encerrada en casa sin poder hablar con sus amigos ni verlos. Al menos se le permitía salir de su habitación y había vuelto a tomarse la tisana, y cada sorbo que daba era un satisfactorio acto de rebeldía. A su tía no le había dado tiempo a comprar un árbol, así que los únicos adornos que había en casa eran unas guirnaldas recicladas del año anterior. Naturalmente, el jardín delantero estaba adornado con luces elegantes para que las contemplaran los vecinos. Anna debía cumplir un estricto calendario de tareas y de estudio, de acuerdo con su castigo.

Mientras llevaba a cabo las tareas, pensó en la oferta de su tía. Por muchas vueltas que le diera, algo no acababa de cuadrar. Le parecía increíble que la tía la dejara decidir si iba a convertirse o no en Encorsetadora, y no solo eso, sino que además estuviera dispuesta a permitirle pasar tiempo con Effie. Era absurdo. No podía confiar en su palabra. Tampoco podía negarse. *Tal vez se haya dado cuenta de que no puede darme órdenes siempre, y quiere que sea yo la que tome la decisión… o puede que se trate de un truco, como otras veces*. En cualquier caso, Anna debía averiguar la verdad, y rápido.

El tiempo se le agotaba y había muchos secretos que destapar. ¿Qué relación tenían sus padres con la casa? ¿Por qué la magia era peligrosa para su familia? ¿Por qué su Amarre eran tan importante? ¿Qué debía sacrificar? ¿Qué había en la habitación del tercer piso? ¿Por qué estaba cerrada con llave? Anna había empezado a prestar atención todas las noches y se

sorprendió al descubrir que la tía subía a la habitación más de lo que creía. Dos veces la semana anterior. Esta semana, ya una. *¿Qué haces ahí dentro?*

Un día, mientras la tía había salido a hacer sus compras navideñas, Anna le robó el portátil. Nunca había indagado sobre la muerte de su madre, nunca había creído que existiera ninguna razón para hacerlo, y había aceptado de buena fe lo que le había contado su tía, pero las cosas habían cambiado. Tecleó «muerte de Marie Everdell» en el navegador, pero a medida que acercaba los dedos a la tecla enter su paranoia iba en aumento. Sentía la presencia de su tía por encima del hombro. Se giró, pero allí no había nadie; solo el rosal del piano la observaba con roja malicia.

Si se entera, me encerrará para siempre.

Anna pulsó *enter* con el estómago revuelto; sin embargo, la búsqueda no arrojó ningún resultado. Habían pasado dieciséis años y dudada de que la noticia de su muerte se hubiera hecho eco a nivel nacional; aunque espeluznante, había sido un suceso corriente. Anna probó con otros términos de búsqueda, pero no apareció nada.

Por fin, localizó una hemeroteca. Encontró imágenes escaneadas de diferentes periódicos locales que correspondían a la semana de la muerte y los leyó de forma exhaustiva. Al cabo de un rato, se topó con el titular: «UN HOMBRE ESTRANGULA A SU PAREJA Y SE QUITA LA VIDA». Se quedó helada. Las palabras le atravesaron el corazón. No quería saber nada más. Pero tenía que seguir leyendo…

> En el tranquilo vecindario de Earlsfield, al suroeste de Londres, una mujer ha sido hallada estrangulada en su casa, a manos de su pareja, con el que llevaba tres años y quien más tarde se ha apuñalado a sí mismo en el corazón.
>
> La policía recibió una llamada de auxilio de Dominic Cruickshank, de 28 años, alrededor de las 11 de la noche de ayer, en la que admitía haber acabado con la vida de su pareja, Marie Everdell, de 25 años. Cuando los agentes llegaron al lugar de los hechos, el señor Cruickshank ya había muerto, después de haberse propinado una puñalada en el pecho. La pareja fue descubierta en la cama de la última planta de su domicilio en Cressey Square. Su bebé de tres meses se encontraba en una cuna junto a la cama.
>
> El inspector de la Policía Metropolitana Ian Munro ha confirmado que queda descartada la intervención de más personas: «Se trata de un suceso verdaderamente trágico. Creemos que el agresor atacó con violencia a la mujer antes de quitarse la vida».
>
> Dominic Cruickshank cursaba un doctorado y era ayudante de investigación en la Facultad de Psicología de la Universidad de Edimburgo

cuando abandonó su puesto de forma repentina antes de haber finalizado sus estudios. Marie Everdell trabajaba como auxiliar de Recursos Humanos en una empresa de contratación local.

Una antigua compañera de la Universidad de Edimburgo, Sanvi Sharma, le contó a la policía que tenía entendido que el señor Cruickshank había dejado su puesto para mudarse a Londres con la señorita Everdell: «No sabía dónde vivían, daba la sensación de que se hubieran escondido. Era un buen hombre, lo sucedido parece completamente fuera de lugar. Dominic no era un asesino».

Una de sus vecinas, Patricia Smith, declaró: «Ni siquiera sabíamos que tenían un bebé, nunca lo sacaron de casa. Eran muy reservados. Estamos conmocionados; este es un vecindario tranquilo y familiar. Nunca había pasado nada semejante».

Anna se quedó mirando fijamente la pantalla hasta que las palabras perdieron todo el sentido. Había estado al tanto de la muerte de sus padres, pero lo ocurrido se le había antojado siempre como una historia de ficción, como un cuento de hadas retorcido y oscuro. Tras leer el artículo repleto de rigurosos detalles, el incidente le pareció real por primera vez.

Volvió a leer las palabras: *Cressey Square*; habían vivido allí, en su casa. Se mencionaba la *última planta* de la vivienda, habían muerto en la habitación del tercer piso. Sintió náuseas. Su madre había sido estrangulada dos pisos más arriba. Los restos de la sangre de su padre podrían seguir, incluso ahora, entretejidos en las fibras de la moqueta. Se inclinó hacia delante y respiró hondo. Lo más probable era que no fuera una coincidencia el hecho de que su tía mantuviera aquella habitación cerrada y no le permitiera entrar. *Pero ¿por qué?* Si lo que pretendía era confinar los recuerdos de aquello…, *¿por qué subía allí por la noche?*

Dominic Cruickshank. Anna nunca había sabido su nombre completo. ¿Cómo era posible que un *buen hombre* se hubiera convertido en un asesino? Junto al artículo aparecía una foto de él, con un aspecto más serio que en la que ella tenía, con el ceño fruncido y una expresión sombría, amenazante incluso. Conocía el nombre de su madre, pero era una desconocida. *¿Quién era aquella mujer que había vivido recluida con un hombre que la controlaba? ¿Que había dado a luz y no se lo había contado a nadie?*

Encontró unos cuantos artículos más, aunque la mayoría contaban prácticamente lo mismo, y luego dio con uno que revelaba otro detalle del caso. La policía había descubierto un mensaje en el teléfono de Dominic: *¿Cuándo vas a venir a verme? ¿Podrás deshacerte de ELLA esta noche? Carmenta*. La policía dedujo que Marie había visto el mensaje y se había encarado con Dominic, que a continuación debió de tomar represalias. No

habían podido rastrear el número ni determinar quién era Carmenta. El mensaje no volvió a mencionarse y el caso dejó de suscitar interés.

El asunto no tenía demasiado misterio: adulterio y violencia de género, se trataba de *un crimen pasional*. Una etiqueta que englobaba todas las vilezas cometidas en nombre del amor, lo que significaba que no tenían que indagar más y podían cerrar el caso. Un cuento de hadas retorcido y oscuro.

Anna cerró el portátil y se sentó frente al piano. Se puso a tocar una melodía sombría y dolorosa; sus dedos eran como cuchillos sobre las teclas, cercenaban la canción en notas furiosas e intermitentes y acordes breves y afilados, dejando que la melodía se desangrara. A su tía le gustaba despojarla de toda alegría mientras tocaba; pues bien, la ira no podría arrebatársela y no había nadie a quien odiara más en ese momento.

Después de aquello, Anna solo fue capaz de pensar en la habitación del tercer piso. Pensó en ella mientras le sacaba brillo a la cubertería para usarla en Navidad. Pensó en ella mientras preparaba el chutney que pensaba regalarle a la tía y le sonreía dulcemente. Y se percató de que había invadido cada uno de sus pensamientos mientras aspiraba la moqueta y observaba la escalera que conducía al tercer piso. Siguió oyendo cómo su tía subía allí por la noche, hasta que no pudo soportar más las preguntas. Solo había una forma de averiguar la respuesta.

Una mañana, después de que su tía se marchara al trabajo, Anna permaneció en el pasillo y contempló la llave que colgaba del gancho. La llave de la tía. Alargó la mano con cierta vacilación. La pluma comenzó a transformarse de inmediato, sin quedar en una posición fija. Anna gimió de frustración y devolvió la llave a su sitio, consciente de que no podría hacerla funcionar, pero aun así se dirigió escaleras arriba y solo se detuvo al llegar al silencio sofocante de los escalones que conducían al tercer piso.

Tomó su cordón de nudos y amarró su miedo. *No debería hacer esto. Tengo que hacerlo*. Siguió subiendo la estrecha escalera, y torció en la parte superior hasta el rellano de la tercera planta. Todo estaba en silencio y a oscuras; la puerta frente a ella era sencilla y ordinaria. Se la había imaginado más grande e imponente, llena de cerrojos y cadenas, igual que la guarida de un gigante. Pero en realidad, lo único que le impedía entrar era la pequeña cerradura junto al picaporte.

Se acercó y estudió el pomo: tenía una mancha muy tenue pero con un color muy distintivo. Rojo oscuro. *¿Sangre? ¿Por qué tendría la tía sangre en las manos?* Anna intentó abrir, pero la puerta se estremeció frente a ella. Cerrada.

Y entonces, el picaporte se movió bajo su mano.

Anna retrocedió con un grito y se quedó mirando el pomo, que no se movió ni un poco. *¿Ahora soy yo la que me estoy volviendo loca?* Volvió a acercarse y apoyó la oreja contra la puerta. El silencio fue lo único que oyó.

Contempló el picaporte durante varios minutos más, hasta que la frustración pudo con ella. Bajó las escaleras y se detuvo frente a la habitación de su tía. Si el tercer piso no le ofrecía pistas, tal vez allí pudiera descubrir algo. No estaba incumpliendo las reglas del todo. A veces iba a la habitación de su tía a cambiar las sábanas… *Podría estar cambiando las sábanas*.

Entró en la habitación.

Rebuscó primero en las mesitas de noche, palpando metódicamente cada cajón: lentillas, libros, cordones, antifaces para dormir, una caja de bisutería y joyas antiguas. Debajo de la cama había unos cajones que no contenían más que sábanas y toallas. Abrió el armario. Estaba organizado con precisión: los vestidos, colgados por colores; los jerséis, bien doblados; y los zapatos, metidos en unas ranuras. Abrió un cajón tras otro, encontró calcetines, medias, ropa interior blanca y cómoda, y entonces… tocó una prenda de seda.

Abrió más el cajón y vio algo rojo al fondo. Lo sacó. Era un sujetador de encaje, y su suavidad rivalizaba con su descarado color. Anna lo dejó caer al suelo con sorpresa, como si una criatura salvaje se hubiera posado en sus manos. Rebuscó más a fondo y descubrió un par de bragas a juego y otro conjunto de satén verde. No encajaban con su casa. No encajaban en aquella habitación blanca, limpia e inerte. Los volvió a guardar en el cajón.

Había tenido la esperanza de desenterrar un diario o unas cuantas fotografías, o algo que pudiera revelarle más detalles sobre la vida de su madre, sobre la muerte de sus padres. Le habría extrañado menos encontrarse con un arma de fuego que con ropa interior provocativa. No se imaginaba el cuerpo huesudo de la tía llevando algo tan… suave. *¿Por qué tiene esto aquí?* La tía se oponía con vehemencia a todo lo que tuviera que ver con el amor y el sexo; jamás había mostrado interés por ningún hombre.

¿Puede que le guste alguien del trabajo? O tal vez no hubiera nadie y la lencería solo fuera una reliquia de una vida anterior que ya no llevaba y que Anna nunca había conocido. *Renuncié a mi vida por ti.* Su tía le había dicho aquello muchas veces. Anna ignoró el sentimiento de culpa. ¿Había renunciado también al amor por ella? Pero su tía odiaba la lujuria, el amor y todo lo que había entre ambas cosas… ¿no?



El día de Navidad fue idéntico a cualquier otro día de Navidad. Hubo regalos prácticos (calcetines y libros de texto), un pequeño pollo asado (un pavo resultaba demasiado grande), verduras pasadas de cocción, galletitas y sombreros de papel que no tardaron en quedar olvidados. Por la tarde fueron hasta el parque Richmond para dar un paseo y vieron cómo las siluetas con astas de los ciervos atravesaban la luz mortecina. Estaba prevista una nevada, pero no llegó a caer, y el cielo permaneció con su obstinado color gris. Volvieron a casa, pusieron una película en blanco y negro y la tía sacó un puzle para armarlo mientras la veían. La chimenea crepitó finalmente, pero no pudo ahuyentar la sensación de soledad que reinaba en la casa, la soledad que afloraba en el espacio que separaba a dos personas que ya no tenían nada que decirse. *Dos personas no componen del todo una familia*.

Cuando la tía salió de su habitación aquella noche, Anna se miró en el espejo y se estiró la piel de la cara. Tenía, sin ninguna duda, más brillo, al igual que el verde de sus ojos. Incluso su cabello había adquirido un color más intenso, salpicado con los rojos y dorados de su antigua vida. Puede que la tisana estuviera por fin dando sus frutos. Aunque no era capaz de identificar ningún cambio repentino, Anna también se sentía diferente. Dormía mejor y ya no sufría hemorragias nasales, ni tenía tanta hambre. También notaba una creciente agitación, una especie de urgencia en su interior que anhelaba ser liberada, pero no sabía de qué se trataba. Hacía que la prisión silenciosa que constituía su vida con la tía fuera aún más dura. Le daba más ganas de escapar.

Fue a cerrar las cortinas del balcón y se detuvo. Había algo que destellaba en el suelo… ¿Un paquete? Abrió las puertas y lo recogió. Era un regalo. Estaba envuelto con un papel festivo, cubierto de cabras con gorros de Papá Noel. En la etiqueta ponía:

Feliz Navidad, Anna. Pensé que con este libro podrías seguir desarrollando tu don para la música. No tienes más que dejarlo sobre el piano y él solo registrará las notas que estés tocando. No te preocupes si te equivocas, se corregirá

solo a medida que vayas perfeccionando la canción. Y tampoco se quedará sin papel. Attis.

Anna estuvo a punto de dejarlo caer debido al susto. Corrió hacia la barandilla del balcón y escudriñó los tranquilos jardines: no se veía a nadie. *¿Cuándo ha venido?* Se echó a reír con repentina alegría y volvió a entrar. Se sentó en la cama y desenvolvió con entusiasmo el libro de música. Tenía la cubierta azul y su nombre aparecía en letras plateadas; soltó un gritito de emoción. Se obligó a guardar silencio y abrió el libro, en el que encontró numerosos pentagramas vacíos, listos para sus composiciones. Era un regalo muy bien pensado. Lo abrazó con fuerza, desesperada por bajar corriendo a probarlo. *¿Podría…?*

Salió sigilosamente de su dormitorio y subió las escaleras de puntillas. Permaneció escuchando con atención en el oscuro pasillo hasta que distinguió la respiración lenta y acompasada de su tía: estaba dormida. Esa noche no habría visita al tercer piso. Anna bajó a la sala de estar. Sabía que era arriesgado, pero tocaría con mucha suavidad.

Se sentó al piano y colocó el libro frente a ella. Un frágil rayo de luz de luna se abría paso desde la ventana; el libro resplandeció con un brillo blanco, tan inmaculado como una nevada antes de quedar cubierta de huellas. Tocó una tecla y vio cómo la nota se escribía por sí misma en el pentagrama con tinta negra. A su lado apareció una clave de sol, curvada y oscura, igual que un desconocido envuelto en una capa. Dejó escapar la primera carcajada alegre del día y, acto seguido, se tapó la boca con las manos.

Se puso a tocar con suavidad. El libro reaccionó, enhebrando la melodía en los pentagramas antes de que volara hacia la oscuridad. Las notas eran sombras que subían y bajaban, que crecían a partir de otras y se entrelazaban, como si Anna estuviera cosiendo el tejido de la propia noche en las páginas. Empezó a sentir algo parecido a la magia. Dejó de tocar. Las notas se interrumpieron, a la espera.

Llevaba eludiéndola todas las vacaciones. A la magia. Se tomaba la tisana a diario, pero no había intentado poner en práctica ningún hechizo, por si acaso, *por si las cosas seguían igual…*

Se acercó al montón de cordones de su tía y escogió uno marrón. *Para concentrarme*. Se lo llevó al piano y, sujetándolo entre las manos, se concentró en la tecla C. *Mi Hira es soga y espinas*. Formó un Nudo de Tejedora —para entrelazar— y lo apretó con fuerza. No sucedió nada. Anna

movió el cordón entre sus manos, concentrándose aún más, y formó otro nudo. *Vamos. Mi Hira es soga y espinas.*

La tecla del piano permaneció inmóvil.

Pensó en el modo en que Effie, Attis y Rowan habían descrito sus Hiras: punzante como una piedra de afilar, fuerte como el fuego, nutritiva como la tierra. Intentó expresar cada una de esas descripciones, aunque sin éxito. *¿Y si nunca soy capaz de hacerlo?*

Estaba cansada, pero se negó a irse a la cama. Se sentó y se puso a hacer nudos a lo largo del cordón —los deshacía y los volvía a hacer—, con la mirada fija en las teclas, intentando percibir alguna sensación hasta que el brazo empezó a dolerle y los ojos se le cerraron. Su mente empezó a divagar y flotó, igual que las nubes, hacia los confines de los sueños. La luz de la luna iluminó la tecla «C» y sus dedos ataron un nudo en el cordón casi de forma inconsciente.

El sonido atravesó el silencio de la noche. Una nota do. Sin duda.

Anna no sabía si se lo había imaginado. Se apresuró a hacer otro nudo y la nota volvió a sonar. Hizo un tercer nudo y esta vez vio cómo la tecla se movía por sí sola, como si el dedo invisible de la noche se hubiera posado sobre ella.

Sentía algo en su interior: la firme fortaleza del cordón, la calma de la inagotable luz de la luna, la pureza de la nota, el silencio que lo envolvía todo. La colisión de diferentes mundos. Y la *magia*, como la soga… no, como los hilos, entrelazándolos unos con otros, formando un patrón…

Anna ató los nudos con más rapidez, y una breve y sencilla melodía sonó en respuesta; una melodía de nudos. Nunca había visto utilizar la magia de cuerdas para llevar a cabo algo hermoso. Empezó a hacer nudos con más rapidez aún: diferentes notas, distintos ritmos, una octava itinerante. Sus pensamientos se abrieron paso. *¡Estoy haciendo magia! La siento en mi interior*. A medida que perdía la concentración, la música se iba apagando. Notó que la fuerza de la magia disminuía y luego desaparecía por completo, hasta que los nudos volvieron a ser simples nudos.

Anna intentó recordar qué había sentido, pero era como si el traductor se hubiese marchado y la sensación, que le había resultado tan clara hacía unos momentos, estuviera ahora en un idioma que no entendía. No tenía importancia. La magia le había tendido la mano y ella se la había tomado. Era un comienzo; la puerta se había abierto ligeramente.



SAL

El círculo de las Encorsetadoras se forma con la vid de la Rosa Sellada. Que sus espinas nos protejan tanto como nos castigan.

La magia de las Encorsetadoras, *El libro de las Encorsetadoras*.

Anna empezó a practicar con la magia todos los días, como si la hubiese invadido una sed que no era capaz de saciar. Cuando su tía no estaba en casa, tocaba el piano —asignando diferentes nudos a distintas teclas— hasta que le salían unas cuantas melodías sencillas. Aprendió a hacer rodar una canica hacia sí misma con un nudo corredizo, y practicó hasta que pudo hacerla girar en círculos. Desenroscó la bombilla de su lámpara y la encendió, tras deshacer un nudo en un arranque de energía. La primera vez que le salió se emocionó tanto que empezó a correr por su habitación y su tía acabó llamando a la puerta para ver qué ocurría. Mientras la sensación de la magia la recorría, se preguntó por qué había tenido tanto miedo; aquella sensación alivió el temor que había invadido su corazón, desató los nudos que habían morado en su mente, la hizo sentir poderosa frente a su propia percepción de debilidad. Susurró el secreto que tanto la asustaba admitir en el interior de la bolsa de tela:

No quiero renunciar a ella.

Ya era enero. ¿Se llevaría a cabo su Amarre en verano? ¿O de verdad tenía elección? Puede que su tía quisiera realmente que fuera ella quien tomase la decisión. En el fondo, Anna tenía sus dudas, pero era consciente de que para poder decidir sobre su futuro, tenía que entender su pasado. Hablaría con Selene, pues era la única persona que tal vez supiera algún otro detalle acerca de la muerte de sus padres o de lo que ocultaba su tía. Unos días antes

de volver al colegio, la tía empleó su tono más amenazador para decirle que podía quedarse el viernes en casa de Selene; aquella sería la oportunidad ideal, y además podría pasarse la tarde con el aquelarre. Anna se moría de ganas de ver a sus amigos, había pasado mucho tiempo… Solo esperaba poder demostrarles su valía, por fin.

Estaba tan emocionada por volver al colegio, que había olvidado lo horrible que era. Al llegar, se topó con las fechas de los simulacros de examen colgadas en el tablón de anuncios y las caras aterradas de las alumnas. Debería haber estudiado más, pero había estado distraída.

La cháchara habitual de los pasillos también le dio la bienvenida. Mientras avanzaba hacia su taquilla, oyó cómo los rumores de las vacaciones se desplegaban como el papel, se analizaban a fondo y volvían a plegarse en algo mucho más afilado, diseñado para hacer daño. Solo que ahora el blanco de los rumores era ella; oyó su nombre y advirtió sus risas.

Los susurros cesaron de pronto. Anna se dio la vuelta y vio que Attis se aproximaba, y que los curiosos guardaban silencio temporalmente mientras pasaba.

—Anna. —Examinó su rostro con algo de preocupación—. Nos has tenido preocupados.

—Estabas preocupado por mí, ¿eh?

—No, por tu tía. Creía que te la habías cargado y te habías fugado. —Esbozó una amplia y desigual sonrisa. Anna se había olvidado de lo contagiosa que era—. Me alegro de verte, doctora Everdell.

—Yo…, eh…, también me alegro de verte —dijo ella apartando la mirada.

—Vamos, tenemos clase con el señor Ramsden, seguro que me ha echado mucho de menos durante las vacaciones.

Anna cerró su taquilla y avanzó por el pasillo con Attis, intentando ignorar las miradas que les dirigían los demás.

—Attis —dijo incómoda—, quería darte las gracias… por el libro de música.

—Ah, si es una antigualla.

—Attis, de verdad que no me lo esperaba…

—Siento no haber usado la puerta principal. Selene me dijo que te lo dejara en el balcón.

—Bueno, si mi tía te hubiera atrapado, lo más probable es que hubieras acabado colgado de los barrotes, pero el libro es increíble. Ya tengo anotadas un montón de canciones y…

Pero él no estaba prestándole atención, sino que la examinaba con detenimiento, igual que un médico con su paciente.

—Estás diferente. ¿Qué ha pasado? ¿Te has cortado el pelo? ¿Te has hecho un *piercing*? ¿Te has cambiado el nombre?

Ella arqueó las cejas.

—No he hecho nada de eso.

—Ya lo sé, pero en serio digo lo de que estás diferente. Te brilla más la mirada, como una hoja de haya a la luz del sol. ¿Sigues tomando la tisana?

Anna asintió, con las mejillas ruborizadas.

—¡Está funcionando! —Él esbozó una sonrisa radiante—. ¿Quieres probar a hacer magia con Ramsden? Se me ocurrieron un par de ideas buenísimas durante las Navidades.

—Attis…, no. No.



Cuando Anna entró en la sala común a la hora del almuerzo, algo se abalanzó sobre ella. Estuvo a punto de caerse al suelo.

—¡Anna! —Rowan la liberó de su abrazo. Estaba con Manda—. ¿De verdad eres tú? Por las trece lunas negras, ¿qué ocurrió? ¿Estás bien? No estabas encerrada de verdad, ¿no? Effie nos contó que sí, pero ya sabes cómo le gusta exagerar. —La mirada de Anna debió de inquietar a Rowan, porque su voz adoptó un tono serio—. No estuviste encerrada, ¿verdad?

—No —dijo Anna intentando parecer despreocupada—. Mi tía se cabreó, eso es todo. Me puso un castigo de narices.

—Te juro por la doncella, la madre y la arpía, que me encantaría abofetear a tu tía.

Anna se echó a reír.

—Y a mí me encantaría verlo.

—Te hemos echado de menos. —Manda la abrazó, en una muestra poco habitual de afecto.

—Yo también os he echado de menos, no os hacéis ni una idea.

—Tienes buen aspecto —dijo Rowan—. ¿Te has hecho algo? Estás diferente.

—Nop —dijo Anna.

—Una que yo sé ha estado escaqueándose.

Anna se dio la vuelta y vio a Effie. No sabía si su tía tenía razón, si Effie

era una mala influencia, si se podía confiar en ella, pero en cuanto sus sonrisas se toparon, sus dudas desaparecieron. Era una de las sonrisas genuinas de Effie.

—Me alegro de que hayas vuelto. Selene me contó lo que te había hecho la víbora esa. Está loca, Anna. Tenemos que sacarte de ahí.

—Ya lo sé —dijo Anna, y le sorprendió darse cuenta de que lo decía en serio.

Se sentaron en su mesa habitual del rincón. Anna echó una ojeada alrededor de la sala común, y descubrió que la mitad de los presentes las miraban.

—A ver, ¿por qué no paran de mirarme todo el rato?

La mesa quedó en silencio. Effie sonrió débilmente.

—Bueno… —Rowan se mordió la mejilla—. Todos han estado comentando tu salida de la fiesta. Corinne lo grabó y Darcey se aseguró de que todo el mundo lo viera.

—Genial —dijo Anna y luego se acordó—: Pero, Effie, hiciste magia. El tacón de Darcey…

Effie se echó a reír.

—¿Te crees que alguien se ha fijado en eso? Estaban demasiado distraídos con la parte en la que vomitabas sobre el césped.

Anna gimió.

—Y todo el mundo cree que Karim y yo nos acostamos en la fiesta. ¡Y él no ha dicho ni «mu»! —exclamó Manda.

—¿Por qué iba a decir nada? Eso lo hace quedar bien —dijo Effie.

—Pero a mí no. Ya sabéis que me estoy reservando para el matrimonio. ¿Sabéis cuántas personas se han apuntado a mi club de catequesis este trimestre? ¡Una! Los demás ya no creen que sea digna de dirigirlo.

Effie soltó una carcajada.

—Effie se lo está tomando todo muy en serio, como siempre.

—Lo único que sé es que ahora estáis en boca de todo el mundo. Hace un mes erais aspiradoras andantes.

—Yo no quiero estar en boca de nadie, y menos por eso.

—¿Estáis hablando del trío que se montó Manda? —dijo Attis sentándose con ellas—. Dicen que acabasteis cubiertos de fluidos. Literalmente. ¿Lo hicisteis en la ducha? ¿Cómo cupisteis todos?

—¡No lo hicimos en ningún lado! —protestó Manda en voz alta, lo que atrajo las miradas de la mesa de al lado—. El que se montó un trío fuiste tú.

—Ni confirmo ni desmiento.

Anna recordó a Attis en la cama con las dos chicas de las risitas. Lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué nadie habla de la pelea entre Attis y Peter? Attis le dio un puñetazo, es algo mucho más grave.

Attis rio afectuosamente al recordarlo.

—Porque a la gente la trae sin cuidado que dos tíos se peleen, solo les interesa cuando son dos chicas —dijo Effie—. Eso significa que somos el centro de atención. La Luna Negra empieza a asomarse.

—Pero ¿cómo vamos a hacer magia ahora que la estirada de su tía ha descubierto el pastel? —dijo Rowan.

—Hablando de eso… —Anna sonrió, al igual que Effie, lo que le daba a entender que ya estaba al tanto. Anna les habló del acuerdo al que había llegado con su tía—. Así que ahora podremos hacer lo que queramos. —Vio que la sonrisa de Effie se ensanchaba y añadió—. Dentro de lo razonable.

Rowan se puso en pie.

—¡Pues eso se merece una celebración! A la mierda, voy a por un pastelito.

Se pasaron el resto de la comida analizando los otros cotilleos de la fiesta. A Anna no le hizo ninguna gracia enterarse de que Peter y Darcey habían hecho las paces. Descubrió que Manda había conseguido librarse del castigo. Esta le contó a su madre que Anna se había puesto enferma durante la feria y que se había marchado antes. Su madre había llamado a su casa para cerciorarse y, por suerte, su tía había corroborado la historia. *No quería quedar mal ni que la madre de Manda pensara que soy una lianta*. También descubrió que Selene se había llevado a Effie y a Attis a Nueva York para celebrar las fiestas y que se lo habían pasado *de maravilla*. Al acordarse de sus propias Navidades, no pudo evitar sentir una punzada de resentimiento. Habría dado lo que fuera por acompañarlos.

Los demás se marcharon y Anna se quedó con Effie, aprovechando la hora libre que tenían para seguir hablando de las vacaciones en Nueva York. La voz de Darcey se filtró entre sus risas. Effie pareció entusiasmada al oírla y se dio la vuelta, pero Darcey estaba mirando a Anna.

—¡Vaya, la chica invisible! Cuánto tiempo… —dijo en voz alta, asegurándose de que todos los que estaban alrededor la oyeran.

Anna se quedó paralizada mientras agarraba su cordón de nudos de forma instintiva. *No hagas nada. No digas nada*.

—¿Qué tal las Navidades con tu encantadora tía? Parecía muy preocupada cuando apareció. Qué pena que tuvieras que marcharte enseguida a casa… y

encima delante de todos. Peter incluido. Ya sabía que eras un bicho raro, pero no se imaginaba…

—¿Aún te sientes intimidada, Darcey? —dijo Effie.

—¿Vas a volver a dar la cara tú por ella, Effie? —respondió Darcey—. Me intimida tanto como una fregona.

—Pues creo que yo podría darte una buena paliza con una. Lárgate, ahora que nadie te está prestando atención.

—Al revés; Anna sí está prestando atención, ¿verdad? —Darcey le dio un golpecito a Anna en la espalda, acercándose más a ella y bajando la voz. Anna se aferró al cordón con más fuerza. *No hagas nada. No digas nada*—. Harías bien en seguir su ejemplo, Effie. Anna tiene muy clara una cosa…

—Una cosa que no vas a dudar en compartir con nosotras, claro —Effie bostezó.

—Y es que es tan insignificante que jamás me llegará a la suela de los zapatos. Soy yo la que mueve los hilos de su triste y lamentable vida…

—Pues sigue moviéndolos, Darcey. —A Anna la sorprendió tanto como a los demás descubrir que era ella la que estaba hablando, con calma y sin rodeos, adoptando el tono de voz frío que tan bien le salía a su tía—. Insúltame. Llama a mi tía para que se presente en las fiestas. Cuéntale mentiras a Peter. Amárgame la vida. Te lo aseguro, hagas lo que hagas, podré reponerme. Ni te imaginas las cosas por las que he pasado. Sinceramente, tú eres la menor de mis preocupaciones.

A su alrededor, unas cuantas personas se rieron.

Anna exhaló, sintiendo que el peso de haber pasado años en silencio desaparecía de sus hombros. Había dicho cada palabra en serio. Los castigos de su tía, las amenazas de las Encorsetadoras, la violencia de lo ocurrido en el tercer piso… aquellos eran los sombríos pensamientos que ocupaban ahora su mente. Effie estalló en carcajadas. Darcey parpadeó varias veces; por la forma que había tomado el contorno de sus ojos, Anna supo que estaba furiosa. Acto seguido, curvó los labios en una sonrisita afilada.

—Tienes razón, *Soseras* Everdell. No hay nada que pueda hacerte que no te haya hecho ya. No queda mucho más jugo que sacar. Pero tengo muchas otras víctimas disponibles… ¿Qué tal esa a la que tanto te gusta defender? Ya sabes a quién me refiero, es un blanco enorme y perfecto… la mastodonte.

Rowan.

—Quiero que sepas que cuando la haga pedazos, la culpa será tuya.

Anna se esforzó por decir algo mientras una oleada de pánico le atenazaba la garganta. *¿Por qué he tenido que decirle nada?*

—Parece que has vuelto a quedarte muda. —Darcey le dedicó a Anna una última sonrisa y se marchó, seguida de numerosas risas.

—Bueno, Anna, me alegra conocerte por fin. —Effie sonrió.

—Rowan —dijo Anna—. Darcey le va a hacer la vida imposible.

Effie profirió un ruidito de aburrimiento.

—Iba a hacerlo de todas formas. Solo intenta joderte.

—Pues lo ha conseguido. —Anna alzó la voz, y esta vez fue Effie la que pareció sorprendida—. Sé que para ti todo es un juego, Effie, pero hay gente que va a salir herida. Por mi culpa.

—Entonces hagamos algo al respecto.



Anna había estado esperando con muchas ganas la reunión del aquelarre del viernes para mostrarles su magia, pero ahora observaba con culpabilidad a Rowan, que añadía nuevos objetos al altar: unas cuantas macetas, una bola de adivinación, una foto enmarcada de Leonardo Vincent…

—Si vamos a empezar una revolución, debemos fortalecer nuestra magia. Tenemos que aprender a protegernos —resolvió Effie, captando la atención de todas. Contempló la sala de costura y sus ojos se detuvieron en Anna—. ¿Has estado practicando?

—Sí —respondió Anna, y descubrió que la confianza en su magia había desaparecido de repente—. La cosa va mejorando…

—Yo he añadido sesiones de magia a mi horario de estudio —dijo Manda —. Me he leído todos los libros que me prestó Rowan.

—La magia no se aprende leyendo —se burló Effie—. Tienes que ser tú la que encuentre el camino. ¿Prefieres algún lenguaje en particular?

—Ya he probado varios —dijo Manda como si estuviera haciendo un examen—. Magia terrestre, símbolos, hechizos con palabras. Me sentía muy atraída por esa última…

—¿Anna? —interrumpió Effie.

—Eh…, de momento solo nudos y cordones.

Effie puso los ojos en blanco.

—Tienes que dejar tus limitaciones atrás.

Anna agarró el cordón de nudos. Para Effie era muy fácil, pero a ella la habían adoctrinado en contra del resto de los lenguajes. Ansiaba contárselo todo, los secretos y las mentiras que habían formado parte de su vida, pero no

podía. Tenía que cargar sola con ellos. *Si acabo convirtiéndome en Encorsetadora, me odiarán. Me odiarán por ser débil.*

—¿Y tú sabes qué lenguaje es el tuyo? —le preguntó Manda a Effie.

—No —dijo Effie con brusquedad—. Pero será poderoso, tanto como el de las Siete. Acordaos de lo que os digo.

—Tampoco serán tan poderosas si han podido asesinarlas —dijo Manda —. ¿Se sabe ya quién lo hizo?

—No. —Rowan negó con la cabeza—. Mi madre cree que ya deberían haber regresado.

—Mi tía dice que fueron los Cazadores de brujas —dijo Anna acordándose de la mirada de su tía.

Effie se rio.

—Sigue dando la matraca con el tema, ¿eh?

—Por eso no quiere que practique la magia, para no llamar la atención… —Era lo más parecido a la verdad que podía contarles.

—Disculpad —dijo Manda—. ¿Quiénes son esos Cazadores que tanto menciona la loca de su tía?

—¿Conoces la época de la caza de brujas? —dijo Rowan—. A las nuestras no les fue demasiado bien… piras, horcas y todo ese rollo.

—Todo el mundo sabe que se cazaba a las brujas, pero eso fue en otra época —replicó Manda.

—Pero ¿y si no hubiera ocurrido solo durante aquella época? —dijo Rowan—. Hay pruebas de que ha habido cacerías a lo largo de la historia, y algunas de las crónicas más antiguas sugieren que se remontan a mucho antes de aquel periodo.

—Bueno, las brujas siempre han dado miedo, así que no me extraña —dijo Manda—. Yo sigo teniendo miedo y se supone que soy una de ellas.

—Pero según las historias antiguas y las leyendas, las cacerías no eran aleatorias sino que seguían un plan determinado, como si se tratara de un ciclo. Y se creía que los responsables formaban parte de una secta. Había cinco miembros fundadores. En los cuentos antiguos los llamaban Los Lobos, y están destinados a volver una y otra vez para acabar con todas nosotras.

Effie se puso a cantar:

> «Mucho cuidado, los lobos ya han llegado,
> y el humo, raudo, se extiende por el poblado.
> Con las llamas rojas la soga se va agitando,
> los lobos feroces a los gansos terminarán asando».

Effie rodeó con los brazos a Manda, que soltó un grito.

Rowan se rio entre dientes.

—Exacto. No son más que canciones infantiles e historietas para asustar a las brujas pequeñas cuando se portan mal y lanzan hechizos que no deberían. Como hice yo durante toda mi infancia. Lo cierto es que las últimas cazas de brujas se produjeron por culpa de la guerra, de los conflictos económicos y de la religión, pero ¿a quién venera la gente hoy en día? A los famosos y a las marcas de diseño. ¿Qué iban a hacernos, acribillarnos con zapatos?

Anna se unió a las risas. Sonaba ridículo cuando se hablaba de ello en voz alta. Su tía pensaba que la magia era un pecado y que el amor era malo; no se podía hacer caso a lo que decía.

—Sé que tienes razón —dijo—. Es solo que tengo que recuperarme de toda una vida de traumas.

—Puedes empezar sumergiéndote en una vida repleta de magia. —Effie le dio una palmadita en la espalda.

—Exacto —dijo Anna, harta de la oscuridad y la paranoia que regía su vida—. ¿Qué vamos a hacer hoy? Estoy dispuesta a todo.

Effie tomó una botella de cristal del altar con entusiasmo.

—Vamos arriba. Necesitaremos más espacio.

Empezaban a saber moverse por el colegio de noche, así que no fue demasiado complicado colarse en el antiguo pabellón deportivo, a pesar de las protestas de Manda. Las paredes estaban pintadas de un verde militar y el suelo había quedado amarillo tras décadas de uso. Era enorme y había mucho eco, y a Anna le recordaba a clases de gimnasia que era mejor olvidar.

Attis las esperaba con un gran saco de lona. La dejó en el suelo y abrió la cremallera. Sacó dos bolsas pesadas.

—Sal —anunció—. Una de las sustancias protectoras más poderosas de la Tierra, tan incorruptible y pura como vuestra alma. —Desgarró la parte superior de las bolsas y vertió la sal en el suelo. Se situó en el centro del pabellón; su presencia, como siempre, lo eclipsaba todo de forma extraña, apagando aquello que lo rodeaba—. Bueno, ya sabemos que mi labor en el aquelarre consiste en alegraros la vista; sin embargo, lo que más me preocupa es vuestra seguridad, y la mejor forma de protegeros es enseñándoos a protegeros. ¿Alguna vez habéis llevado a cabo un círculo mágico?

Manda y Anna negaron con la cabeza.

—Mi madre me enseñó su versión, pero la verdad es que cuando lanzo algún hechizo nunca me molesto en hacerlo —dijo Rowan.

—Precisamente. Es una parte fundamental a la hora de practicar la magia, pero es algo tan básico, que muchas veces se nos olvida. Los hijos de las brujas solían aprenderlo a una edad muy temprana. ¿Conocéis la antigua canción infantil del círculo?

Rowan se puso a cantar:

> «Círculos, círculos, que redondos son,
> con sal y cenizas, ahora trázalos.
> Una sombra aparece en el cielo.
> Rápido, lanzaos todos al suelo».

—Eso es. Bueno, tiene sus raíces en los círculos mágicos, era una forma de animarlos a practicar. —Attis permaneció inmóvil durante un momento con los ojos cerrados. Anna percibió un cambio en la energía del lugar; una fuerza los empujaba hacia él, como si fuera un imán. Estudió su rostro en la penumbra: los contornos ensombrecidos, los suaves labios y los ojos; ahora que los tenía cerrados, parecía más joven y extrañamente vulnerable. *Así atrae a las chicas, haciendo como que necesita que alguien lo rescate.…*

Lanzó un grito ahogado cuando vio que la sal se elevaba y se dispersaba. Se arremolinó a su alrededor y se apoderó de la estancia como si de una tormenta de nieve se tratara, preciosa y surrealista en contraste con el cotidiano telón de fondo del pabellón.

Attis abrió los ojos.

—Existen muchas clases de círculos. El más sencillo concentrará y amplificará vuestra magia; mantendrá a raya las energías oscuras y desviará los ataques. Effie, cuando quieras.

La sal se arremolinó con más rapidez, como una ventisca blanca. Effie se levantó emocionada y le lanzó la botella de cristal. La botella se precipitó hacia él, pero se detuvo antes de alcanzarlo y se hizo añicos. Manda profirió un grito y Effie rio encantada. *Seguro que de pequeños jugaban así.*

La sal cayó al suelo.

—Como veis, si la botella hubiera sido un maleficio, el círculo habría actuado como una barrera, impidiendo que llegara hasta mí. Podéis ver su forma en la sal del suelo. —La sal había formado un patrón distintivo a su alrededor: un grueso círculo con líneas cortas que brotaban de él, como los puntos cardinales de una brújula o los rayos del sol—. Pero es algo más que un elemento de apoyo visual. Podéis recurrir al poder protector de la sal para crear el círculo. Rowan, tú primero, ya que lo has hecho antes.

Al cabo de unos momentos, Rowan se encontraba en el centro de su propia tormenta de sal. Cerró los ojos y la sal se alejó de ella, como si una mano invisible estuviera apartándola. La sal comenzó a caer de forma silenciosa y serena hasta formar un patrón a su alrededor: un círculo grande y ondulado que se curvaba hacia dentro y hacia fuera en forma de pétalos. Anna estaba segura de que si lo contemplaran desde arriba, descubrirían que tenía el aspecto de una flor.

—Bien hecho —dijo Attis.

—Caray, qué bonita es mi magia.

Hicieron otro intento y Attis ayudó a Rowan a crear su círculo con más rapidez y solidez. El patrón se veía cada vez más claro y más parecido a una flor. A continuación, le tocó a Manda.

—A ver, es la primera vez que Anna y tú intentáis poner esto en práctica. Resulta difícil explicarlo y cada bruja tiene su propia técnica. Solo quiero que visualices un círculo a tu alrededor y que entrelaces tu magia con él. Imagínatelo como más te guste: hecho de luz, de color, o con iluminación estroboscópica, lo que prefieras. Y aprovecha el poder de la sal. Está ahí para ayudarte. Lo intentaremos las veces que haga falta, no te preocupes.

Manda no tardó en conseguirlo. Apenas se la veía tras la capa de sal que la rodeaba, que al caer formó un nuevo patrón en el suelo: un círculo situado a un metro de ella y luego otro alrededor, con líneas que zigzagueaban entre ambos.

Attis lo examinó.

—Es muy sólido, tiene una segunda barrera entretejida. Creo que solo hace falta trabajar en el tamaño.

Anna se puso nerviosa de pronto. *¿Y si no soy capaz de crearlo? No sé hacer magia sin los nudos*… Y entonces Attis pronunció su nombre. Se situó en el centro de la estancia. Él estaba enfrente, repasando de nuevo las instrucciones. Anna detestaba que las instrucciones mágicas fueran siempre tan confusas.

Attis retrocedió y la sal comenzó a arremolinarse alrededor de ella; percibió su intensidad marina en la lengua. Cerró los ojos e intentó localizar la magia. Visualizó un círculo de luz blanca a su alrededor, pero cuando la sal cayó al suelo, supo que no había sido suficiente. Abrió los ojos y vio que no había formado ningún patrón. Se sacudió la sal del pelo.

Attis se acercó a ella.

—Te quedaba bien —dijo, y ella se rio por lo absurdo de la situación—. Effie, ven —la llamó con una seña—. Vale, vamos a darnos las manos. Y

ahora cierra los ojos.

Formaron un círculo.

Attis se puso a cantar:

> «Círculos, círculos, que redondos son,
> con sal y cenizas, ahora trázalos».

—Attis… —dijo Effie.

—Perdón. Vamos a crear un círculo de energía y quiero que intentes sentirlo, Anna.

Anna cerró los ojos de nuevo. Con sus manos entre las suyas y el torrente de la magia de ambos recorriéndola, la sintió casi de inmediato. *Magia*. Se sumergió en ella y descubrió sus distintas partes: el silencio del aire, la pureza de la sal y el empuje de Effie y de Attis a cada lado. Se imaginó un círculo de luz a su alrededor, aunque no era del todo un círculo, sino más bien unas hebras que se entrelazaban y formaban una red, y su Hira era una aguja que lo unía todo.

—¿Lo sientes? —preguntó Attis.

—¿Cómo se te ocurre preguntarle eso a una chica? —dijo Anna.

Effie soltó una carcajada.

Attis chasqueó la lengua de forma juguetona.

—¿Ahora quién es la que no se lo toma en serio? Vale, quiero que lo intentes tú sola, rápido.

Effie y él retrocedieron, y Anna, sintiéndose más relajada, cerró los ojos. Notó que la sal se levantaba a su alrededor y volvió a sumergirse en la sensación de hacía un momento con una sonrisa en los labios. Siguió imaginándose el círculo y lo alejó de ella; tejió un entramado de luz, como si fuera uno de sus bordados, repleto de hilos protectores. Nada podría atravesarlo.

Cuando abrió los ojos, dio un brinco de alegría. La sal había formado un círculo y luego otro círculo alrededor y otro más y otro…, cubriendo la estancia como si hubiera habido una tormenta y ella fuera el ojo del huracán. Anna contó los círculos. Había siete.

—¡Lo has conseguido! ¡Hay un montón de círculos! —Manda se puso a aplaudir—. Puede que el mío fuera técnicamente mejor en términos de protección. ¿Veredicto, Attis?

Pero Attis estaba contemplando los círculos del suelo. Rowan y Effie también los miraban. Anna no sabía qué decir.

—¿Qué pasa? —dijo Manda.

—Eh…, el patrón de Anna —empezó Rowan— recuerda un poco a…

—¿A…?

—Al Ojo. —Effie se volvió hacia ella—. Aparece cuando la bruja que pone en práctica el hechizo está maldita.

Anna era incapaz de apartar la mirada del patrón, y sus miedos volvieron a apoderarse de ella de inmediato. *Por fin consigo hacer magia y ahora resulta que pasa algo raro. ¿Estoy maldita?*

—Pero no es tan sencillo. La magia es un elemento complejo —dijo Rowan con suavidad—. Este patrón podría significar muchas cosas o no significar nada.

Anna miró a su alrededor en busca de opiniones similares, pero Manda la miraba asustada, Effie con intriga y Attis había apartado la vista.

—Rowan tiene razón. —El chico limpió la sal del suelo con un movimiento de la mano—. Solo es una coincidencia. Con los círculos aparece toda clase de patrones. Puede que sea mejor que dejemos la sal por hoy. Te lanzaré un hechizo sencillo y veremos si puedes desviarlo con un círculo.

Practicaron durante una hora más hasta que Anna acabó agotada mentalmente y con el cuerpo dolorido, como si la magia hubiera estado filtrándose de sus músculos. Le costó un rato, pero al final fue capaz de bloquear uno de los hechizos de Attis. No lo celebraron, pues la marca de la maldición seguía sobrevolándolos, envuelta en preguntas que a Anna le daba demasiado miedo formular.

Una sombra aparece en el cielo. Rápido, lanzaos todos al suelo.



ESTRELLAS

No hagas preguntas; no busques respuestas.

Quinto precepto, *El libro de las Encorsetadoras*.

Anna trató de no pensar en los círculos. Puede que fuera paranoica y estuviera dándoles un significado, cuando en realidad no había ninguna relación. Hacer magia le había sentado bien, ¿no? Más que bien. Y ahora, por primera vez en su vida, no volvía a casa sino a casa de Effie, un lugar repleto de magia. *Donde se encontraba Selene*.

Selene no estaba por ningún lado.

Effie se subió a la encimera de la cocina y rebuscó entre los folletos de comida para llevar.

—Pediré una *pizza*.

Anna asintió distraída.

—Voy a… eh…, a buscar a Selene.

Salió de la cocina y entró en una habitación decorada como si fuera un salón retro con una barra de bebidas. Una luz brillaba en lo alto de las escaleras. Subió los escalones. El vapor y la voz de Selene que cantaba se filtraban a través de una puerta ligeramente entreabierta: *If I gave my heart to you, I'd have none and you'd have two…*

Para ser alguien con una voz tan sonora, cantar no se le daba demasiado bien, pero lo que le faltaba en timbre lo compensaba en volumen. Anna sonrió y llamó a la puerta.

—Adelante.

Anna asomó la cabeza. El baño olía de maravilla, igual que la guarida de una reina egipcia: a especias cálidas, resinas silvestres y un suntuoso incienso.

Distinguió a Selene a través del vapor; estaba recostada en una bañera de pie, rodeada de velas y sumergida en un líquido que sin lugar a dudas no era agua. Era dorado y brillante. Un patito amarillo chapoteaba en él.

—Perdona, no sabía que estabas en la… —Anna retrocedió.

—No seas mojigata y entra. No hay nada que me guste más que charlar mientras me doy un baño.

Anna volvió a entrar, con los ojos clavados en el líquido. Se movía lentamente y creaba reflejos en las paredes de mármol. Selene tomó un poco y este fluyó en densas pompas por sus brazos. Anna se sentó en la tapa del inodoro.

—¿Qué es?

—Ámbar líquido. Mi elixir de belleza secreto. —Se echó el pelo mojado por encima del hombro y se lo escurrió; el líquido cayó en formas de perlas doradas.

—¿Detiene el envejecimiento?

Selene dejó escapar una risa tintineante.

—Me quita algunas arrugas, pero no, por desgracia aún no dispongo de ese poder. —Se miró la esbelta mano mientras hablaba; movió los dedos y observó los huesos y las venas del interior, algo más prominentes que las de Anna, con la piel un poco más suelta. Volvió a meter la mano en el agua—. Tengo la intención de ser una anciana desafiantemente bella.

Anna soltó una risita.

—Te imagino luciendo una larga melena blanca y dorada con ochenta años, vestida en plan sexi y guiñando un ojo lleno de arrugas.

—Me agenciaré ocho amantes, uno para celebrar cada década de mi vida. En fin, basta de hablar de mí, ¿cómo va tu colección de chicos? ¿Ese Peter ya te ha pedido salir? ¿O te ha llamado la atención algún otro? —Escudriñó el semblante de Anna.

—Creo que Peter corre en dirección contraria. —Apoyó la cabeza en la pared, le resultaba doloroso pensar en él—. Me parece que no estamos destinados a estar juntos.

—Destinados a estar juntos, menuda memez. —Selene le dio un golpe al agua, que salpicó en forma de chispas doradas—. Tal cosa no existe. Una mujer debe saber lo que quiere e ir a por ello. Hasta que se aburra.

Anna se echó a reír y le preguntó algo que siempre había despertado su curiosidad.

—¿Alguna vez has amado a alguien, Selene?

—¿Amor? —Se llevó una burbuja a los labios—. Ah, una idea de lo más romántica. He amado a mucha gente, pero si hablamos de hombres, solo a uno. Eso sí, estaba decidida a no enamorarme. Tenía la intención de guardarme el corazón bajo llave, pero el amor me clavó sus garras… Siempre se burla de los cerrajeros. —Sopló la burbuja hasta que estalló.

—¿Quién era?

—Apenas me acuerdo.

—¿Mi madre amaba a mi padre?

Selene se incorporó y sus pechos rebotaron en el líquido fundido.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Lo amaba?

—Los dos se querían mucho.

Anna sacudió la cabeza y la siguiente pregunta salió a borbotones.

—Entonces, ¿por qué la mató?

Selene pareció sorprendida.

—Cerillita, puedes preguntarme todo lo que quieras sobre tu madre, pero el asunto de su muerte… está bastante claro.

—¿Mi padre estaba teniendo una aventura? ¿Pasó algo más? ¿Te contó algo mi madre? También sé lo de la casa, nuestra casa… Murieron allí, Selene, en la habitación del tercer piso. La tía no deja que entre…

—Anna, Anna —dijo Selene con la voz tan suave como las salpicaduras de agua—. Cariño, no sé qué decirte. Oí algo sobre una supuesta aventura después de que murieran, pero Marie nunca me comentó nada. Lo único que sé es que tu padre la mató en un arrebato de ira que nunca entenderemos. Y es mejor no intentarlo. El amor es la emoción más poderosa del mundo y sus misterios albergan unas profundidades, tanto claras como oscuras, que nunca podremos comprender. Lo importante es que, a pesar de todo, Marie escogió el amor. Tu madre decidió abrirle su corazón al mundo, mientras que Vivienne cerró el suyo para siempre.

—Pero mi tía visita la habitación del tercer piso.

Selene suspiró.

—Nunca quise que descubrieras que esa era la casa donde murieron. No quería que sufrieras. Le dije a Vivienne que debíais mudaros…, no sé por qué decidió quedarse después de haberla heredado.

—Entonces, ¿la heredó?

—En realidad creo que la heredaste tú, pero como es tu tutora legal, Vivienne tiene el control hasta que cumplas los dieciocho. En fin, yo me habría marchado sin mirar atrás, y desconozco lo que hace tu tía en esa

habitación. —A Selene se le agrió la voz—. Lo más probable es que vaya allí a martirizarse.

—¿Por qué?

—Sé cómo es, pero estoy segura de que en algún lugar muy hondo de su interior, se siente culpable por la muerte de tu madre. Por no haber estado allí y no haber podido impedirla.

—Pero si odia a mi madre.

—El odio es solo una de las capas de las que está conformado el amor.

—¿Por eso se convirtió en Encorsetadora?

Selene se quedó callada, trazando lentos círculos en el agua con el dedo. Nunca hablaban de las Encorsetadoras, ni de su futuro como integrante del grupo; solo tocaban temas tan ligeros y agradables como las burbujas.

—¿Crees que la tía tenía alguna razón para administrarme la correhuela? ¿Como, por ejemplo, que hubiera algún problema con mi magia? —preguntó Anna en voz baja, contemplando las ondas y pensando en la marca de la maldición.

Selene levantó la vista, angustiada.

—No, cariño. A ti no te pasa nada malo. Vivienne fue la que obró mal. No sabe cómo lidiar con el miedo y el odio que lleva dentro, y a veces es más fácil desquitarse contigo. No significa que tengas algún problema ni que no te quiera. Sí te quiere. A su manera.

—Pero ¿de qué tiene tanto miedo? ¿De los Cazadores?

Selene se rio con amargura.

—Esa es la excusa que ponen, sí. Así surgieron las Encorsetadoras; fue durante la Era Oscura, cuando la amenaza de las cacerías sí era real. Eran unas mujeres que creían, de forma errónea, que las brujas se buscaron ellas mismas la ruina, como si en cierto modo tuviéramos la culpa de la magia que habita en nuestro interior. Pero ¿hoy en día? De lo único que tienen miedo es de ellas mismas. No es forma de vivir.

—¡*Pizza*! —gritó Effie.

—Ah, el banquete está listo. Venga, no fastidiemos tu primera visita hablando de las Encorsetadoras.

—Pero…

—Anda, ve a divertirte. —Selene señaló la puerta con la cabeza, esbozando una nueva sonrisa—. Yo bajaré dentro de un momento.

Anna abandonó el baño repleto de vapor más confundida que cuando había entrado. En lo referente a la muerte de sus padres, Selene era tan evasiva como su tía. ¿Por qué ninguna de las dos le contaba nada? *Puede que*

porque no haya nada que contar y yo me esté imaginando siluetas en la bruma, patrones que no existen.

Effie y Attis pasaron junto a ella mientras se dirigían escaleras arriba con unas cajas de *pizza*.

—¡A la azotea! —exclamó Effie, conduciéndolos a la parte superior de la casa, donde había una azotea amueblada con sillas y tumbonas que no hacían juego. Estaban en enero y hacía mucho frío. Anna avanzó hasta el borde; el irregular horizonte colmado de rascacielos de Londres resplandecía frente a ella, y el cielo, desprovisto de nubes, asomaba repleto de estrellas.

Notó una ráfaga de calor a su espalda y, al darse la vuelta, descubrió una fogata que ardía en un bidón metálico. Attis sonrió. Dejaron las *pizzas* y abrieron el pan de ajo, que chorreaba aceite. A Anna nunca le habían permitido comer ese tipo de cosas. Selene se unió a ellos y hablaron de sus aventuras navideñas en Nueva York. Anna se recostó, mientras escuchaba sus historias y se reía; sus problemas se le antojaban tan lejanos como el cielo. Su recién descubierta libertad seguía pareciéndole algo irreal.

—¿Qué tal tu primera noche en nuestro mundo? —preguntó Effie, tomando el último trozo de *pizza*.

—Me encanta. Este rinconcito que os habéis montado es increíble. Podéis ver todo Londres, y todo el cielo… Hay muchísimas estrellas, más de las que jamás había visto.

—¿Más de las que jamás has visto? —se burló Selene—. Cariño, creo que la mayoría son aviones. —Su sonrisa se desvaneció—. Anna, ¿alguna vez has visto el cielo nocturno a las afueras de Londres, donde no hay tantas luces ni contaminación?

—¿Te acuerdas de los paseos a la luz de la luna que dábamos con Attis en Gales? Se guiaba solo por las estrellas —dijo Effie.

Él se rio.

—Y tú te escabullías siempre y acababas perdida de todas formas.

Anna permaneció en silencio, pero Selene insistió.

—Sí lo has visto, ¿no?

—Una vez fuimos a Santa Elba, que está a las afueras de Londres, pero volvimos el mismo día.

—¿Nunca te has ido de vacaciones? ¿Ni has viajado? —preguntó Attis, y se giró hacia ella con el fuego de las llamas reflejándose en su mirada. Anna se encogió de hombros y apartó la vista.

—Voy a estrangular a Vivienne —gruñó Selene, tomando un buen sorbo de vino.

Attis se levantó de un salto.

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué? —espetó Selene, dirigiendo su enfado hacia él. Anna no había visto demasiado afecto entre ambos.

—¿Y si usamos las velas esas? Sigues teniéndolas, ¿no?

—¡Ay, sí! Las velas del revés. —Selene aplaudió encantada, tras dejar la copa de vino flotando en el aire. Le hizo un gesto con la mano a Attis—. ¡Ve a por ellas!

Attis daba saltitos alternando entre la pierna izquierda y la derecha.

—¿Dónde están?

—No sé, por ahí. Búscalas. Puede que estén en el sótano, con las cajas que traje de Nueva York; donde están todos los trastos.

—Me lo has dejado clarísimo —dijo y entró a la casa.

—¿Hace falta que las saquemos? —dijo Effie—. Solo son estrellas.

—Tan entusiasta como siempre. Ignórala.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Anna.

—Esas velas son increíbles, ya verás. Están muy de moda en Nueva York, como te habrás imaginado. —Anna no se había imaginado nada, ya que no tenía la menor idea de lo que eran—. Cuando las enciendes, en lugar de emitir luz, la absorben. Las descubrí cuando salía con Jack Torres. Colocó una manta en su jardín trasero, encendió las velas y ¡PUF! —Selene chasqueó los dedos—. Todas las luces de Nueva York desaparecieron y nos quedamos a oscuras.

—¿Qué tiene que ver eso con las estrellas?

—Pues que las velas no afectan a las luces que están muy muy lejos, así que en cuanto eliminas la contaminación lumínica, puedes contemplar el cielo nocturno en todo su esplendor. Hicimos el amor durante horas bajo las estrellas.

Effie soltó un quejido.

Attis apareció con una expresión de emoción infantil en el rostro.

—Cierra los ojos, Anna. Nada de trampas. —Anna los oyó trajinando a su alrededor, y luego él le dijo al oído—. Ya.

Anna levantó la mirada y dejó escapar un grito ahogado.

El cielo nocturno siempre le había resultado brumoso y gris, con estrellas muy tenues y una luna que lo dominaba todo. Pero este era muy diferente. Aquí, la luna formaba parte de un panorama más grande, un panorama vasto e incalculable. Por primera vez, tuvo una vaga noción del infinito. Intentó concentrarse en una zona del cielo para contar las estrellas que lo coronaban,

pero cuanto más se fijaba, más estrellas había, y más aparecían por detrás, como unos espejos de reflejos infinitos. Y tampoco permanecía inerte. Había cierto movimiento: aviones que pasaban, continuos destellos, los sutiles y cambiantes colores de las galaxias. A Anna le daba la sensación de que debería llegarles algún sonido procedente de toda la actividad que se desarrollaba por encima de ellos —el sonido de las estrellas en llamas—, pero no se oía nada. Su energía existía en medio de un silencio absoluto.

—Hay… Hay tantas. —Volvió la vista hacia ellos y Attis la estaba mirando con una sonrisa.

—Se te ha caído un poco la baba. —Effie le señaló la barbilla.

Anna cerró la boca. Habían encendido las velas alrededor del perímetro de la azotea. Se acercó al borde y examinó una. La llama era tan solo el contorno de una llama normal; el interior parecía estar hueco, no había nada. Londres se desplegaba ante ella en una inmensa extensión de oscuridad. Adelantó la cabeza por encima de la vela y la ciudad que conocía volvió a aparecer, electrizante y agitada. Volvió a meter la cabeza y esta desapareció de nuevo, como si alguien hubiera pulsado un interruptor.

—Nunca había visto la luna tan brillante.

—La Diosa tejió el lenguaje de los siete antiguos planetas, pero es la luna la que los gobierna —dijo Selene, y su voz adoptó la delicadeza de una nana —. Nos muestra las verdades que no pueden esgrimirse a la luz del sol.

Anna observó cómo el cielo cambiaba mientras charlaban y comían enormes pedazos de tarta de queso. No recordaba haber estado nunca tan relajada, y el calor del fuego, que Attis avivaba de vez en cuando, era constante y reconfortante. Entonces la conversación se centró en el tema de la magia.

Tensó el cuerpo. Había olvidado la práctica que habían llevado a cabo esa tarde, el patrón que había formado la sal. *La marca de una maldición*.

—No me sale —dijo Effie. Estaban hablando de algo llamado «quimera».

—Ya te saldrá —dijo Attis, persiguiéndole el tatuaje de la araña por el brazo.

—¿Qué es una quimera? —preguntó Anna.

—Es una ilusión, por ejemplo… —Attis miró a su alrededor y posó la vista en el fuego. Se concentró en él. Al cabo de unos instantes ya no era fuego: las llamas se habían convertido en agua; se sacudían y fluctuaban como las llamas, pero eran azules, transparentes y ondulantes.

—¿Lo ves? —dijo Attis. Anna asintió, hipnotizada—. No es real. Es una quimera, una ilusión que he creado con magia. Si metieras la mano en esas

llamas acuosas, acabarías quemándote de todas formas.

—¿Es como un holograma?

—Algo así.

—Es difícil de cojones, ya te lo digo yo —resopló Effie.

—Es difícil porque en realidad no es un hechizo, no cambias nada en el mundo físico. Las quimeras pertenecen a un extraño mundo intermedio entre la realidad y los hechizos.

—¿Y cómo se crean?

—Hay muchas formas de generarlas, no existe un método en particular… —Attis se enfrentó a su propia ambigüedad.

—¡No entiendo este mundo mágico nuevo! No hay reglas, ni fórmulas ni malditas correspondencias. A la tía le daría una embolia.

—Vas a tener que desaprender todo lo que te ha enseñado Vivienne —dijo Selene como si fuera coser y cantar—. Su metodología es muy restrictiva.

—Restrictiva —repitió Anna, pensando en todos los días que había pasado aprendiendo cada correspondencia, practicando cada nudo.

—La magia no es una fórmula matemática, ni un estudio enciclopédico. ¿Se puede aprender a bailar estudiando los mecanismos biológicos de los músculos?

—Pero existen ciertas reglas, ¿no?

—No, no hay reglas, cariño.

Las reglas. Eran la cuadrícula de su vida. Otorgaban a las cosas un marco de medida, de significación. En su cabeza, las líneas de la cuadrícula empezaron a enredarse, a entrecruzarse, a extenderse hasta flotar en el espacio, pero ¿qué era lo que quedaba? Un mundo sin raíces, a la deriva.

—No hay reglas, pero sí patrones. *Patrones* es una palabra mucho mejor; abierta, creciente, llena de posibilidades. —Selene señaló el cielo nocturno que se extendía sobre ellos—. Descubrimos patrones en los cielos, estén ahí o no.

La botella de vino levitó en el aire y le sirvió otra copa a Selene.

—Oye, ¿cómo has hecho eso? —dijo Anna, exasperada—. Todos hacéis magia así sin más, sin usar apoyo. La tía hace nudos en el aire con las manos, sin necesidad de ningún cordón. Creía que hacía falta un lenguaje para llevar a cabo los hechizos.

—¿Sabías que originalmente había siete lenguajes mágicos? —dijo Selene.

Anna negó con la cabeza.

—Planetario, elemental, botánico, verbal, imaginativo, simbólico y emocional. Todos necesitan una traducción excepto el último. El lenguaje de las emociones. Se lanza el hechizo usando solo las emociones; es el tipo de magia más complicada que existe y un lenguaje extremadamente raro. Cuando enciendo una vela sin usar una palabra o un gesto, no me apoyo en nada más que en lo que hay en mi interior.

El mundo de Anna seguía expandiéndose, liberándose de todo lo que lo anclaba.

—Pero ¿existe algún límite? ¿Podrías lanzar cualquier hechizo solo con la mente?

Selene sonrió.

—No se trata de la mente, Anna, y no, por desgracia, las posibilidades para la mayoría de las brujas, incluida yo, son limitadas. ¿Por qué crees que solo puedo servirme vino o encender las velas con él? Nunca podría poner en práctica un hechizo de amor empleando únicamente las emociones. Las exigencias para ello serían demasiado intensas y complejas. Recurro a mis pociones porque es el lenguaje que conecta conmigo y entiendo.

—Mi lenguaje será uno de los originales —afirmó Effie—. Como los de las mejores brujas.

—Hay brujas excelentes independientemente del lenguaje, Effie —matizó Selene.

—Pues como los de las más poderosas.

—¿Cómo sabré cuál de los siete lenguajes es el mío? —preguntó Anna, con la esperanza de poder dominar al menos uno en su vida.

—¿Siete? Anna, vuelves a ponerte límites. He dicho que había siete lenguajes originales, no siete en total. Piensa en esos siete como si fueran las principales constelaciones del cielo, las que han sido trazadas y nombradas. Y ahora levanta la vista y dime cuántas estrellas más hay.

—Pero podrían ser infinitas.

—Exacto. He conocido a personas que hacen magia con los patrones de la corteza de los sauces, con las sombras de las manos en una pared, con el sonido de las gotas de lluvia, con las placas del circuito impreso de los ordenadores, trazando el vuelo de los pájaros por el cielo… Una vez conocí a un grupo que lanzaba hechizos a través de la natación sincronizada, otro que lo hacía con orgías…

—Yo conocí a un tipo que solo podía lanzar conjuros mientras practicaba paracaidismo. Al parecer, la caída era un potente generador de magia —añadió Attis.

La mente de Anna nadaba entre las estrellas.

—¿Dónde quedan ahora tus reglas y tus categorías? —La voz de Selene desprendía amargura, y Anna sintió que las palabras no estaban dirigidas a ella.

Anna volvió a contemplar el cielo. *¿Y si la magia fuera así de verdad? ¿Y si tuviera un sinfín de conexiones, un sinfín de posibilidades?*

—Quiero aprenderlo todo.

La sonrisa de Selene se desvaneció.

—Un día lo harás. Bueno, creo que me voy a la cama, esta charla sobre magia me ha dejado exhausta. Quien fuera joven y soñadora…

Selene se marchó y a Anna le resultó extraño quedarse a solas en la azotea con Effie y Attis, era como si de algún modo estuviera invadiendo su espacio. Ella no les hacía falta, ambos ya formaban un todo. *Aquí sobro*. Effie se acurrucó en el brazo de Attis y Anna bostezó.

—¿Sabéis qué? Creo que yo también me voy a la cama. Gracias por la cena y las velas…

—No nos des las gracias, ahora formas parte de nosotros —dijo Effie.

Anna le sonrió y se fue. Se moría de ganas de quedarse con ellos, pero no estaba segura de si debía hacerlo. En lo referente a Effie y a Attis tampoco había reglas, y ella no sabía cómo proceder.

Esperó un rato despierta, pero Effie no volvió a su habitación. Se imaginó las velas del tejado consumiéndose al tiempo que las estrellas desaparecían poco a poco. *A Attis explorando la piel de Effie, en busca de su tatuaje*. Se quedó dormida y soñó de forma más vívida que nunca, pues no había ningún prendesueños que pudiera impedírselo.



CUCHILLAS

El cuerpo no es un vehículo para la magia, sino un instrumento de dominio. No debemos ambicionar el dolor sin motivo, sino que debemos emplearlo para despojarnos de aquello que nutre nuestra vanidad, que se aprovecha de nuestras debilidades y antepone sus propios intereses a la Diosa del Silencio y de los Secretos.

El adiestramiento de las Encorsetadoras, *El libro de las Encorsetadoras*.

Anna se despertó temprano, pues estaba acostumbrada a los horarios de su tía. Se duchó y se vistió. Hizo la cama. La puerta de la habitación de Effie estaba cerrada, así que fue al piso de abajo; no había nadie en la cocina y no parecía haber nada comestible en la nevera. Oyó unos martillazos procedentes del sótano. Vaciló en lo alto de las escaleras y, acto seguido, bajó hasta el embriagador aroma de las brasas y el humo. La puerta de la fragua estaba entreabierta; la empujó ligeramente y retrocedió al pasillo de inmediato.

Los golpes se detuvieron.

—¿Anna?

—Sí.

—¿Por qué te escondes?

—No me escondo.

—¿Y por qué estás plantada ahí fuera sin que pueda verte?

Anna reapareció por la puerta.

—Es que no sabía si te iba a molestar. —Attis iba sin camiseta; las llamas lo salpicaban y su pecho exhibía en el centro un símbolo de color gris oscuro en forma de herradura—. Te vas a quemar.

—No ardo con facilidad.

—Te han forjado en las llamas del infierno y todo eso, ¿no?

—Algo así. —Sonrió y dejó el martillo. Metió las manos en un cubo de agua.

Anna pasó junto a él y se puso a examinar los estantes. Posó los ojos en la llave blanca, la misma que había visto muchas veces. De pronto, notó cierta calidez en la parte derecha del cuerpo: Attis había aparecido a su lado, todavía irradiando el calor del fuego.

Anna tomó la llave.

—¿Fue esta la llave que usaste para abrir las puertas del colegio?

—Sí, es una llave maestra. Abre todas las puertas. —Los tonos grises de sus ojos eran tan cambiantes como el humo de la fragua.

—Una llave maestra… —Anna se la acercó. Era muy ligera y, sin embargo… *¿Será capaz de medirse con la habitación del tercer piso? ¿Podría abrir la puerta por fin?* Examinó el material blanco y liso con fascinación, y luego añadió con sorpresa—: ¿Está hecha de hueso?

—Sí. —Attis sonrió. Se la quitó de las manos y la metió en un tarro de llaves que había en la estantería.

—Un tatuaje muy interesante —dijo Anna, sin dejar de mirarlo a la cara.

Él bajó la vista y Anna aprovechó para echarle un vistazo. De cerca, no parecía ser un tatuaje normal y corriente. Brillaba a la luz, como si tuviera alambres entretejidos en la carne.

—¿Es mágico? —Resistió el impulso de estirar la mano y tocarlo.

—Sí. Un tatuaje de hierro. Sirve de protección. —Se dio la vuelta, agarró una camiseta que había en la parte trasera de la puerta y se la puso; el color blanco de la tela contrastaba con su piel bronceada y sucia.

—¿Eso de hacerse un tatuaje mágico es una especie de rito de iniciación o algo así?

—Solo se los hacen las brujas enrolladas. Tenemos un club y todo.

Anna puso los ojos en blanco.

—Puedo hacerte uno si quieres. Una herradura de hierro en el brazo. Aquí. —Alargó la mano y las yemas de sus dedos rozaron la parte superior del brazo de Anna, justo por debajo del hombro—. Para que te proteja.

Anna se apartó.

—¿Por qué iba a necesitar protección? Si mi magia está maldita, entonces son los demás los que tienen que protegerse de mí.

—Tu magia no hará daño a nadie a menos que lo quieras tú —dijo él, con la mirada cada vez más seria y sombría. Anna prefería verlo sonreír.

—¿Y en qué trabajabas?

—¿Quieres verlo? —Se animó de repente y se acercó de un salto al yunque.

Anna no pudo evitar sonreír.

—Sí. —Observó cómo el fuego se expandía y curvaba sus extremidades; nunca permanecía quieto, al igual que él. Attis sacó un trozo de metal de las entrañas de la forja y se lo mostró. Tenía un aspecto largo, fino y afilado.

—¿Qué es?

—Una cuchilla.

—Ah.

Él metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó un mango de madera.

—Para mi cuchillo de múltiples hojas. —El mango de madera estaba cubierto de intrincados símbolos.

—¿Qué son?

—Trabajo con los Guardianes, un clan especializado en simbología mágica protectora. Los símbolos proporcionan poder a mis cuchillas.

Attis alzó el mango y lo bajó con rapidez; del extremo apareció una cuchilla pequeña pero afilada.

—Esta es mi preferida, cubre todas mis necesidades. —Blandió el mango en el aire y la cuchilla se transformó. Ahora era una hoja sorprendentemente larga y con el vientre curvado—. Un machete. —Cruzó el mango en el aire y, aunque Anna no fue capaz de advertir el momento preciso en que ocurrió, la hoja volvió a transformarse; esta vez, era más corta y contaba con un extremo curvo y feroz—. Cuchilla hexagonal.

—¿La hoja cambia dependiendo de cómo muevas el mango?

—Exacto. El movimiento se corresponde con uno de los símbolos tallados y transforma la cuchilla.

Anna levantó las cejas.

—¿Cuántas cuchillas tiene?

—De momento, veinte. Y cada una sirve para una cosa distinta, puedo combatir o talar madera o trinchar todo tipo de carnes, por poner algunos ejemplos. También tengo unas cuantas cuchillas mágicas…

—¿Cómo son las mágicas? —preguntó Anna con entusiasmo.

—Hay una que puede cortar cualquier cosa. Otra es un cuchillo arrojadizo que siempre da en el blanco. Tengo también una cuchilla de fuego, por supuesto. Una invisible; muy útil. Y muchas más.

—¿Y para qué sirve la que estás haciendo ahora?

—Para hacer sacrificios. Perfora con rapidez y hasta el fondo. Es capaz de cortar el hueso y siempre alcanza el corazón.

—¿Y qué quieres sacrificar? —preguntó Anna, turbada.

—Nada en concreto. —Attis se dio la vuelta y dejó la cuchilla—. Pero no viene mal estar preparado.

—¿Eres un enano? ¿No son siempre herreros?

—Un poco alto para eso, ¿no crees?

—¿Un goblin?

—Demasiado guapo.

—Puede que sí seas un goblin… —reflexionó Anna. El estómago le rugió.

—Tienes hambre. ¿Qué quieres para desayunar?

—Me haré unos cereales.

—Los cereales no son sanos. ¿Qué te apetece? Te prepararé algo.

—No sé.

—¿No sabes lo que quieres? ¿Se trata de un problema crónico?

—Una tortilla con pimientos rojos —dijo sin pensar.

Él asintió con seriedad.

—Una tortilla con pimientos rojos.

Anna sacudió la cabeza.

—No tienes que hacerme una tortilla, en serio. Me comeré una tostada.

—Vas a desayunar tortilla.

—¿Comerás un poco tú también?

—Vale.

Anna se quedó ahí plantada de forma incómoda y luego retrocedió hasta la puerta.

—A la cocina —dijo, sin saber por qué le indicaba adónde se dirigían.

Él se rio.

—A la orden, mi sargento.

Attis pasó un momento por la tienda de la esquina para comprar los ingredientes y volvió con varias bolsas llenas de comida.

—He traído huevos, pimientos, queso de cabra, zumo de naranja, pan y magdalenas. Vamos a darnos un banquete.

El olor de la comida debió de despertar a Selene. Apareció en la cocina en busca de café.

—Ya lo he preparado —dijo Attis sirviéndole una taza.

Selene tomó la taza y se sentó.

—Espabílame, elixir.

—¿Y Effie? —preguntó Anna.

—No se levantará hasta el mediodía. Detesta dormir hasta que se queda dormida, y entonces le encanta —explicó Attis, esparciendo especias sobre la tortilla; los pimientos rojos brillaban como si fueran lazos y el queso de cabra rezumaba.

—Gracias —dijo ella, acomodándose.

—Ya me siento más persona. Hora de trabajar —anunció Selene—. Tengo una clienta dentro de media hora.

—¿Qué hechizo vas a preparar? —preguntó Anna, y deseó poder participar.

—Lleva enamorada de un compañero de trabajo bastante tiempo. Él está soltero pero no quiere nada con ella, así que tenemos que hacer que cambie de opinión.

—¿Un hechizo de amor?

—No es amor, sino seducción. —Selene sonrió—. Con ayuda de la magia, por supuesto. Caerá con todo el equipo.

—Pero ¿es eso justo para él? —preguntó Anna.

—Da igual que sea justo o no, ¿verdad, Selene?

Selene no le hizo caso.

—La seducción no es más que eso, Anna, seducción. Todas las mujeres la utilizan. Una pizca de perfume por aquí, un poco de escote por allá, un movimiento de cadera, un mordisquito en el labio. La magia es solo otro empujoncito.

—Te has olvidado de los meneos de culo. Mis favoritos —dijo Attis.

—Ríete, Attis, pero eres tan idiota como el resto. —Selene recogió su taza y se dirigió al fregadero.

—Algunos Cupidos cazan con flechas; otros, con trampas —dijo él, clavándole el tenedor a un pimiento.

Anna no tardó en inventarse una excusa y marcharse. Se sintió aliviada al salir de allí; nunca había estado a solas con Selene y con Attis, y le había resultado incómodo. Selene solía hablar de los hombres de forma despectiva, pero con Attis la cosa no parecía limitarse a una mera generalización; su actitud hacia el chico era tensa, hostil y específica. Tal vez se tratara solamente de una prolongación de sus sentimientos por el género masculino, ¿o acaso su relación era más complicada de lo que ella creía?



El mes siguiente pasó con rapidez, en un frenesí de estudios, exámenes y magia. El aquelarre empezó a reunirse todos los viernes; poco a poco, iban encontrando el ritmo, afinando sus propios lenguajes y disfrutando del sabor de los nuevos. Anna había estado intranquila al principio, pero se relajó al no hallar más marcas de maldición. Su Hira no era soga y espinas, sino que estaba desplegándose; en vez de soga eran hilos, fuertes y finos; en vez de espinas era una aguja, que esgrimía con la mente. *Puntada por el derecho, puntada por el revés, puntada por el derecho, puntada por el revés…* Se sumía en el mismo estado de ensoñación que cuando bordaba, solo que ahora bordaba los hilos de su alrededor.

Intentó ignorar el hecho de que el hilo podía partirse en cualquier momento. No habían vuelto a amenazarla con adelantar su Amarre, pero aun así el día se iba acercando cada vez más y su tía seguía de los nervios. Esta ignoraba los secretos de Anna, al igual que Anna ignoraba los secretos de su tía. Por las noches, la oía visitar la habitación del tercer piso mientras ella contemplaba la fotografía de sus padres. Cuanto más pensaba en su muerte, menos sentido le encontraba. ¿Por qué mató su padre a su madre si tanto la quería? ¿Quién era esa tal Carmenta con la que tenía una aventura? Si él no era una bruja, ¿cómo había conseguido doblegar a su madre? Puede que la hubiera sorprendido mientras estaba dormida… Pero ¿por qué ella no se había defendido?

Anna nunca sacaba nada en claro y solo acababa frustrada. Con su madre. Con su tía y con Selene, por apenas contarle nada. Con el hecho de que no tenía a nadie más a quien recurrir. Sus abuelos por parte de madre estaban muertos y, aunque había buscado, no había conseguido localizar a los padres de su padre; lo más probable era que se hubieran cambiado el apellido después de todo lo ocurrido. Dudaba de que quisieran conocerla y, de todas formas, ¿cómo iban a ayudarla? La maldición era mágica, lo que significaba que probablemente la había heredado de su madre. Tenía que abrir nuevas líneas de investigación o de lo contrario se vería obligada a intentar colarse en la habitación del tercer piso. El tiempo se le agotaba y Anna era consciente de que las Encorsetadoras podían pasar a la acción en cualquier momento.

—¡Mirad! —exclamó, y les dio un codazo a Rowan y a Manda. Llevaban varias horas repasando en la sala común. Effie no había aparecido.

Rowan levantó la vista, con una expresión entre frenética y confundida.

—Eeeh, ¿qué? Perdona, me he pasado la última hora pensando en las funciones de la mitocondria.

Anna les puso el móvil delante de la cara.

—Anna, se suponía que habías tomado prestado el teléfono de Rowan para estudiar —la reprendió Manda.

—Y eso hacía. Es que me he encontrado con esto… —Era una noticia corta:

ENCUENTRAN VÍSCERAS DE ANIMALES EN EL LUGAR DE CONSTRUCCIÓN DE UNOS LUJOSOS APARTAMENTOS

Investigan el descubrimiento de un conjunto de vísceras de animales en forma de círculo en el lugar donde se está llevando a cabo la construcción de los polémicos apartamentos de lujo de Whitechapel. Las vísceras, entre las que había intestinos, plumas y un corazón en el centro, fueron halladas por los albañiles y tienen un gran parecido con la marca descubierta en la nuca de las Mujeres sin Rostro. Los restos se han vinculado a prácticas ocultas y pueden haberse utilizado como parte de un ritual para «maldecir» las obras y obstaculizar el proyecto.

—¿Y qué pasa? —dijo Rowan.

—Pues que hay magia involucrada en el asunto. ¡Es una maldición! —susurró Anna, perturbada por lo mucho que le recordaba la imagen a la marca de una maldición—. Está en las noticias.

Rowan se echó a reír.

—Es un periódico de chalados. Fíjate, en la siguiente noticia hablan de un hombre que dice haberse recuperado de un cáncer con rayos cósmicos. Seguro que algún zorro arrastró las entrañas hasta allí y a la gente le ha dado por imaginarse formas y rituales.

—¿Los zorros arrastran corazones enteros? —exclamó Anna—. Además, aunque no se tratara de magia de verdad ni estuviera vinculado con las Mujeres sin Rostro, la cuestión es que ha llamado la atención. ¿No te parece que desde el verano los periódicos están dándole más cobertura a noticias relacionadas con actividades mágicas?

Rowan frunció el ceño.

—No lo sé. No me he fijado. Supongo que tu tía sí, ¿no?

—Puede…

—Mira, Anna, no hay nada que me guste más que una buena dosis de distracción mientras estudio, pero no creo que valga la pena obsesionarse con rumores disparatados. ¿Y si en vez de eso nos concentramos en analizar las maravillosas virtudes de Bryn Sawbridge?

—¿Y qué tal si estudiamos? —dijo Manda.

—¡Eso hago! Estoy reflexionando acerca de cómo funcionan sus mitocondrias…

Manda le dio un codazo y Rowan se desplomó sobre sus libros.

—Tú ni siquiera tienes que estudiar, Manda. ¡Fíjate en tus apuntes! Son los apuntes de alguien que va a aprobar los simulacros con los ojos cerrados. ¿Cuántos subrayadores tienes?

—Quince —dijo Manda con orgullo—. Y no puedo arriesgarme a suspender nada, ni siquiera los simulacros de examen. ¿Sabes cuán competitivas son las facultades de Derecho?

—No lo suficiente para los que son como tú, Manda. —Anna sonrió—. Podrás elegir la que quieras. Sin embargo, si yo no entro en la facultad de Medicina, mi tía me encerrará en casa para siempre.

—Al menos vosotras lo tenéis claro —gimió Rowan—. Yo estoy con Psicología, Biología, Geografía y Economía… ¿Alguien puede decirme por qué escogí Economía? ¿Qué voy a hacer con estas asignaturas además de, probablemente, suspenderlas? Quizá debería seguir el ejemplo de Effie y pasar de estudiar…

Rowan siguió hablando, pero Anna se había distraído con Bryn y el grupito que lo acompañaba. Habían vuelto la vista en su dirección y se estaban riendo. Ya estaba bastante acostumbrada a las risas, pero no la miraban a ella sino a Rowan. Uno de ellos levantó el móvil para que ellas lo vieran. Anna se dispuso a decirles algo, pero Manda le lanzó una mirada y negó con la cabeza en silencio.

—¡Madre mía! Tengo que irme, llego tarde —dijo Rowan mientras recogía sus cosas a toda prisa—. ¡Deseadme suerte!

Anna la vio alejarse hacia la puerta; el grupito se había echado a reír cuando Rowan pasó a su lado. Por suerte, su amiga llevaba tanta prisa que no se había dado cuenta.

Anna se volvió hacia Manda.

—¿Qué pasa?

Manda endureció la expresión, y sus labios formaron una delgada línea. Sacó el móvil y le enseñó a Anna una foto de Rowan en la que salía con la cara colorada mientras jugaba al tenis. En el comentario de la foto ponía: *Mastodonte avistado en la pista de tenis. ¿Es una chica o un animal? Danos tu opinión*.

—Ayer vi a unos cuantos riéndose al ver la foto. Al parecer, es un juego que se ha puesto de moda en ciertos círculos. Consiste en sacarle a Rowan la foto más desfavorecedora posible sin que se dé cuenta, compartirla y

puntuarla. No creo que Rowan esté al corriente todavía, pero solo es cuestión de tiempo.

A Anna le dieron ganas de machacar el móvil. Darcey había estado afilando su espada y ahora la hundía por fin en su víctima. Era demasiado cruel, demasiado horrible… *y todo por mi culpa*.

—Vamos —suspiró Manda, y se puso a recoger sus cosas—. Nos ocuparemos de ello la semana que viene cuando acabemos los exámenes. Por ahora, debemos evitar que Rowan se entere.

Pero a la semana siguiente, Anna vio a Rowan salir corriendo de la sala común hecha un mar de lágrimas. La siguió hasta los baños más cercanos. Los sollozos provenían de un cubículo cerrado, aunque apenas se oía nada más que unas sacudidas.

—¿Rowan?

Los sollozos se interrumpieron. La puerta se abrió por fin y Rowan salió con los ojos rojos. Anna le pasó un pañuelo.

—Estoy bien, de verdad. —Rowan esbozó una sonrisa vacilante.

—¿Qué ocurre?

—No soy idiota, Anna. Sé lo que están haciendo. Lo he visto… —Reprimió un sollozo.

Anna dejó caer la cabeza hacia delante. Rowan estaba al tanto. Una oleada de culpa la recorrió.

—Lo siento mucho.

—No es culpa tuya. Es cosa de Darcey y sus compinches. Es típico de ella, sabe cómo aprovechar las debilidades de los demás. Por eso no puede con Effie, porque no deja que Darcey traspase ninguna de sus defensas; pero lo mío no resulta fácil de disimular, ¿no? —Se miró en el espejo—. Sé que no debería hacerle caso, y ya sabes que habitualmente finjo que todo va bien y que me pondría a salir con un centenar de tíos en un periquete —se rio débilmente—, pero la verdad es que no me gusta el aspecto que tengo, y cuando los demás cuchichean sobre ti y te hacen fotos y el chico que te gusta te susurra «mastodonte» al pasar a tu lado… pues resulta un poco difícil.

—Rowan, no todos cuchichean.

—Los suficientes.

—Y lo que dicen tampoco es cierto. Eres preciosa.

—Seamos realistas, no soy precisamente una modelo de lencería. —Se contempló en el espejo—. Y, además, en cuanto un apodo se afianza, la realidad deja de importar. Ahora seré la mastodonte para siempre. —Seguía mirándose.

—Voy a ponerle fin a esto. —Anna se aferró a su cordón de nudos—. Te lo prometo.

Anna no había hablado con Peter desde la fiesta. No tenía ni idea de lo que opinaba ahora de ella —o qué mentiras le habría contado Darcey—, pero debía dejar sus sentimientos a un lado. Tenía que hablar con él.

Esperó hasta el final de la clase de Lengua, y justo cuando él estaba marchándose, tomó una profunda bocanada de aire y dijo:

—Peter…

Él se dio la vuelta, sorprendido de verla.

—Anna, hola.

¡Sabe mi nombre! Venga, Anna, concéntrate.

—¿Podemos hablar?

Pareció aún más sorprendido por lo directa que estaba siendo. Un par de chicos con los que iba se pusieron a hacer ruiditos estúpidos.

—Claro. —Le dio un codazo a uno de ellos—. Venga, tíos, largaos. —Le sujetó la puerta con una mirada inquisitiva, aunque su sonrisa empezaba a suavizarse—. ¿Qué tal?

—Bien, gracias. Haciendo lo posible por sobrevivir a los exámenes… pero, en realidad, quería comentarte algo.

Peter se detuvo y se volvió hacia ella.

—Desde luego. —Una arruga apareció entre sus cejas—. Dime.

—¿Te has enterado del juego que se ha puesto de moda en el colegio? ¿Ese en el que tienes que sacarle una foto a Rowan y compartirla?

—¿Quién es Rowan?

—Va a nuestro curso. Siempre lleva el pelo alborotado y es un poco escandalosa al hablar. Se meten con ella por su peso.

—Ah. Creo que sí. Puede que me hayan enseñado alguna foto. Siempre hay algún que otro juego dando vueltas por ahí, no hago mucho caso. Y desde luego no he participado, si es lo que estás preguntándome.

—No pensaba que hubieras participado, pero quería saber si podías aprovechar tu popularidad para que lo dejen estar.

El chico se irguió aún más.

—Claro. Veré lo que puedo hacer, aunque es difícil controlar ese tipo de cosas una vez que empiezan. La gente es imbécil.

Anna asintió con la cabeza.

—Bueno, a ver si consigues algo. —Unas palabras amargas treparon hasta sus labios—. Puede que tengas suerte si hablas con tu novia.

—¿Por qué crees que Darcey tiene algo que ver? —respondió él de inmediato, endureciendo el tono suave de su voz.

—Porque sí.

—Eso no demuestra nada, Anna.

—Darcey no hace más que acosar a la gente, y si no te has dado cuenta es porque no quieres.

Peter frunció el ceño aún más. Exhaló con fuerza.

—No soy idiota. Sé que a veces puede ser cruel. Pero jamás caería tan bajo…

Anna le sostuvo la mirada.

—Supongo que no nos vamos a poner de acuerdo. —Se había pasado años sin poder dirigirle la palabra a Peter y ahora estaba a punto de ponerse a discutir con él. Un tenso silencio se instaló entre ambos; él posó sus ojos azules en ella y la estudió con una intensidad a la que no estaba acostumbrada.

—¿Seguro que no es Effie la que está detrás de todo? —pronunció su nombre con desagrado—. No me extrañaría.

—No, segurísimo que no —respondió Anna con la misma actitud defensiva—. Rowan es su amiga.

—¿Y tú también eres su amiga?

—Sí.

—Pues yo que tú iría con cuidado.

—Vale —dijo Anna, que no quería discutir con él por Effie.

—En fin, me alegro de que defiendas a tu amiga Rowan —prosiguió él—. La mayoría ni se molestaría. Les preocupa demasiado su popularidad.

Anna lo miró a los ojos.

—¿Y a ti no?

Peter negó lentamente con la cabeza.

—La popularidad, los cotilleos, los juegos. Incluso las clases, los exámenes o la universidad…, a veces todo me parece irrelevante, ¿sabes? A veces lo único que quiero es marcharme de aquí, y hacer algo… útil. Algo que cambie las cosas de verdad.

A Anna siempre la había fascinado la profundidad de sus ojos, pero nunca había visto tanta intensidad reflejada en ellos. Sonrió para apaciguar la conversación.

—Lo harás.

Él le devolvió la sonrisa, sacudió la cabeza y suavizó la expresión de su mirada.

—Aprecio tu confianza en mí, Everdell. Tendré que asegurarme de volver a hablar contigo.

—Bueno, eso sería… puedo… Nos vemos en clase.

Su incoherencia lo hizo reír.

—Por supuesto. Bueno, tengo que irme a Política. Nos vemos. —Su mirada se demoró un instante en ella y Anna estuvo a punto de soltar una risita histérica mientras él se marchaba, antes de acordarse del motivo de su conversación.

Fue a buscar a Attis por la tarde y le pidió que dejara una manzana en sus taquillas. Le explicó lo que estaba pasando y él aceptó de inmediato. Había que celebrar una reunión de emergencia. No sabía si podía convocar reuniones del aquelarre, pero le daba igual.

Cuando se reunieron, Rowan iba con la cabeza gacha, sin levantar la vista del móvil y con los hombros encorvados; su habitual sonrisa había desaparecido. Attis la miró preocupado. Effie estaba encendiendo y apagando una vela del altar sin parar, con una expresión desconcertada en la cara.

Anna se situó en el centro.

—He convocado esta reunión por las *Smoothies*. Darcey, Olivia y Corinne han…

—Ya sé lo que han hecho, Anna —dijo Effie—. Continúa.

—Va siendo hora de que tomemos cartas en el asunto. Aún no sé qué, pero tenemos que hacer algo.

Manda intervino.

—He encontrado un hechizo en internet capaz de bloquear su crueldad. Solo nos hace falta una muñeca, un poco de cinta adhesiva, una cuerda…

—¿Seguro que lo que planeas no es un asesinato, Manda? —dijo Attis.

—Tal vez deberíamos hacer algo que aumente nuestra protección —sugirió Anna—. Algo que nos haga pasar inadvertidas.

Attis asintió.

—Yo podría ayudaros.

—Lo que sea con tal de desaparecer —dijo Rowan, aún cabizbaja—. ¿Existen hechizos de invisibilidad?

Effie encendió la vela.

—Hay que subir el listón —dijo, colocándose junto a Anna—. Los amarres, los hechizos de protección… no son más que niñerías. No encontraremos nada que valga la pena en internet. Darcey y sus amiguitas han ido demasiado lejos, y ya es hora de que las dejemos fuera de combate.

Llevaremos a cabo una venganza como es debida. —Sonrió con sombría satisfacción—. Y sé dónde encontrar alguna que otra idea. En la biblioteca.

Rowan levantó la vista del móvil.

Manda frunció el ceño.

—Nunca he visto nada en la biblioteca que tenga que ver, ni remotamente, con la magia.

—¡No me refiero a la biblioteca del colegio! —rio Effie—. Sino a la Biblioteca Británica. Necesitamos un hechizo con el que podamos quitarnos a Darcey de encima para siempre, y la biblioteca nunca decepciona. Hoy te quedas a dormir en mi casa, ¿verdad, Anna? Iremos mañana por la mañana.

—Será divertido —dijo Manda—. Con una biblioteca de por medio, a mi madre no le importará que salga. Desempolvaré el carné de socia.

—Vamos a un sitio donde no te hará falta el carné.

Manda puso cara de preocupación.

—¿Y dónde vamos a ir? —preguntó Anna.

—Te prometí que te llevaría a una biblioteca mágica, ¿no?

—Te va a encantar, Anna —dijo Rowan, sonriendo por fin—. Una vez mi hermano se quedó allí perdido tres días.

—¿Tan grande es?

Effie y Attis intercambiaron una sonrisa cómplice exasperante.

—Llévate miguitas de pan para encontrar la salida. —Él le guiñó un ojo.



LA BIBLIOTECA

Descansa y sumérgete en un sosiego glorioso,
que los sueños no perturben tu reposo.
Cierra bien los ojos y tu llanto confina,
pues la oscuridad tus miedos adivina.

Nana de las Encorsetadoras, *El libro de las Encorsetadoras*.

Anna contempló los rostros que subían por la escalera mecánica con una sensación de paranoia, divisando a su tía en cada uno de ellos. Sabía que no había sido buena idea salir de casa de Selene. Si su tía descubría dónde estaba…, pero tenía que ayudar a Rowan; además, ella también tenía sus motivos para querer pasar por allí. Si aquella biblioteca era el enorme y maravilloso lugar que Effie le había prometido, tal vez pudiera encontrar las respuestas que ansiaba.

La Biblioteca Británica se alzó frente a ellos, llena de ángulos sorprendentes y con un poderío impresionante. Su tía la había llevado una vez y a Anna le había encantado, con su vestíbulo inmaculado y abierto, su moderno núcleo de cristal que se elevaba hasta el techo repleto de libros antiguos, y las silenciosas salas de lectura, donde sus ocupantes se sumían en un estado de concentración absoluta. Cada parte del edificio parecía encajar con las demás a la perfección, como una mente silenciosa pero en constante funcionamiento. *¿Cuántos secretos se ocultan entre sus paredes?*

En el interior no había demasiada gente: un puñado de estudiantes con aspecto somnoliento y el personal que rondaba por allí.

—Tenemos que subir y luego bajar —dijo Effie, cruzando el vestíbulo y subiendo las escaleras hasta el piso superior. No había nadie. Se dirigió al centro de cristal del edificio. Anna siempre lo había considerado

impenetrable, pero ante ella, y rodeado de libros, había un ascensor de aspecto deteriorado, cuyas puertas marrones eran casi imperceptibles. Effie pulsó un botón y todos aguardaron. El ascensor llegó con un silbido apenas audible y los cinco entraron.

Era pequeño. Se apiñaron y las puertas se cerraron solas. Los botones llegaban hasta el menos cinco y Anna se preguntó si iban a bajar tanto. Effie alargó la mano y pulsó el intercomunicador; acto seguido, se oyó un zumbido. Se inclinó hacia delante y dijo con voz clara: «Eneke Beneke». El ascensor emitió un chirrido y comenzó a descender por el corazón de la biblioteca, oculto tras las paredes de libros que los rodeaban. La pantalla electrónica fue señalándoles su descenso: *menos uno, menos dos, menos tres, menos cuatro, menos cinco…, menos seis, menos siete…*

Attis se inclinó hacia ella.

—Oficialmente, la Biblioteca Británica cuenta con cinco plantas subterráneas. El resto son extraoficiales.

El ascensor aumentó la velocidad. *Menos diez, menos once…* A Anna empezó a sacudírsele el estómago con fuerza.

Él prosiguió:

—El recinto subterráneo era en realidad una biblioteca de textos mágicos mucho antes de que existiera la Biblioteca Británica. Con el paso de los años, se decidió que lo más lógico era construir una biblioteca pública encima, a modo de tapadera. —*Menos quince, menos dieciséis*—. Muchos miembros de la junta directiva de la Biblioteca Británica son brujas. También supervisan la biblioteca de los profanos, pero su verdadero trabajo es custodiar las colecciones que se encuentran debajo.

Manda y Anna intercambiaron una mirada emocionada. *Menos veinte, menos veintiuno…*

—Mi madre dice que somos muy afortunados por tener acceso a tal cantidad de conocimiento —dijo Rowan—, que durante la Era Oscura, las brujas tuvieron que enterrarlo todo de forma mucho más profunda. Era demasiado peligroso dejar nuestros conocimientos por escrito, así que tuvieron que esconderlo en canciones, poemas infantiles, cartas del tarot, obras de arte… Nuestros secretos se encuentran por todas partes.

—¿Hay bibliotecarios aquí abajo? —preguntó Anna. *Menos veinticinco, menos veintiséis… ¿Cuánto vamos a bajar?*

—No —dijo Effie—. Aquí abajo no trabaja nadie, por eso puede ser peligroso a veces. No os alejéis demasiado.

La emoción de Manda se transformó en miedo. *Menos veintinueve, menos treinta.*… La pantalla quedó en blanco, pero el ascensor siguió descendiendo a toda velocidad hasta que se detuvo de repente con un ruido sordo. Se abrió de golpe y varios libros cayeron frente a las puertas. Al salir, Anna se preguntó cómo había podido llegar hasta allí. El ascensor parecía estar incrustado entre los libros. Las puertas se cerraron y desapareció.

La sala que tenían delante estaba apenas iluminada y repleta de polvo. A Anna le costó un instante que se le acostumbrase la vista. Miró hacia abajo y vio que se encontraban plantados sobre… libros; un mosaico de cubiertas y páginas, de charcos y arroyos de palabras prensados con pisadas y polvo.

Levantó la vista. La sala que la rodeaba era inmensa: los pasillos de libros se desplegaban a su alrededor como si estuvieran en el centro de una rueda, con radios que se extendían en todas las direcciones. Una luz tenue se filtraba por algunos de los pasillos, mientras que otros estaban totalmente a oscuras. Anna se fijó en las estanterías y se dio cuenta de que no solo contenían libros, sino que además estaban hechas de libros —montones y montones de volúmenes—, que formaban los lomos y las costillas de cada estantería. Volvió a echar la cabeza hacia atrás: costaba distinguir el techo, se encontraba a mucha distancia. También estaba formado por libros entrelazados, pero algunos se habían desprendido y dejaban caer páginas y palabras por encima de ellos.

—Cuidado con los que están sueltos —dijo Attis, sonriendo al ver su expresión. No sabía ni qué cara estaba poniendo.

—Todo está hecho de… libros. —Levantó un pie y advirtió que había dañado las páginas que había debajo de ella, arrugando las palabras. Había más libros de los que jamás había visto, de los que jamás había sido capaz de imaginar. Era absolutamente maravilloso. La estancia estaba a oscuras, abarrotada y plagada de palabras y, sin embargo, Anna experimentó una sensación de ligereza, pues los mundos que aguardaban allí a ser descubiertos la hacían sentirse libre; el aroma a antiguo, a humedad y a polvo de sus muchos secretos resultaba extrañamente reconfortante y delicioso.

El laberinto que los rodeaba no disponía de ningún plano ni de secciones. Tan solo había un cartel, que también estaba hecho de libros. Rezaba: «Una historia, una historia, déjala llegar, déjala ir».

—¿Y el ascensor? —preguntó Manda con pánico moderado.

—Ya lo encontraremos. Vamos. —Effie avanzó.

—Esto no acaba de convencerme, creo que quiero marcharme… —El pánico de Manda se acrecentó y los libros se tragaron su eco.

Anna empezó a deambular por uno de los pasillos. Siguió sin localizar ningún plano.

—Para el carro, empollona —le dijo Attis—. Tenemos que organizarnos o no llegarás a casa a mediodía, y tu ropa acabará hecha un cristo.

Anna volvió al centro.

—¿Y ahora qué? ¿Cómo localizo la sección que busco?

—La biblioteca es demasiado grande como para estar organizada como una biblioteca tradicional; en su lugar, funciona con magia —explicó Effie como si fuera obvio—. Tienes que especificar qué es lo que buscas. La biblioteca te oirá y te guiará, a menos que tenga en mente otra cosa.

Rowan se rio con sarcasmo.

—*Siempre* tiene en mente otras cosas. Tú espera a que los libros vengan a ti. Es mejor no ponerse a escarbar porque podrías sufrir daños irreversibles. Intenta no meterte en pasillos demasiado oscuros. Esto está repleto de magia, tanto buena como mala, y a veces es muy antigua…

—Creo que yo me quedaré aquí y examinaré los alrededores —dijo Manda echando la vista atrás con la esperanza de que el ascensor volviera a aparecer—. ¿Alguien quiere quedarse conmigo?

Rowan se echó a reír.

—Yo misma. Me parece que Effie ya sabe lo que busca y lo más probable es que yo acabe siendo un estorbo o me pierda o me lesione, o las tres cosas.

—Vale, pues los demás debemos comunicar nuestras intenciones —dijo Effie. Dio un paso adelante y entornó los ojos—. Biblioteca, busco hechizos de venganza, hechizos para aquellos que se merecen lo peor. Ya sabes a qué me refiero. —La luz parpadeó en uno de los pasillos y se apagó—. Supongo que es por ahí.

—Hola. Busco símbolos antiguos relacionados con la metalurgia. Un tema nuevo, por favor. Y que sea también una lectura entretenida, en la que salgan espías y haya una historia de amor irresistible. —Attis se dio la vuelta y se situó en el pasillo que quería examinar.

Anna no sabía muy bien qué pedir. Prefería no mencionar la muerte de sus padres ni su miedo a las maldiciones delante de los demás. Dio un paso adelante y abrió la boca para hablar con una sala llena de libros; se sintió completamente idiota, sin embargo, al empezar a hablar le dio la impresión de que los libros se inclinaban hacia ella, ansiosos y hambrientos.

—Biblioteca. —Se aclaró la garganta—. Busco información sobre mi familia. La verdad.

Aunque la estancia estaba en silencio, habría jurado que podía oír algo: el susurro de las palabras sepultadas, que se agitaban y extendían sus letras hacia ella como un dedo desplegándose. Se giró y captó un susurro procedente de un pasillo a su izquierda; estaba oscuro, pero no tanto como otros.

—Yo voy por aquí —señaló sin estar del todo convencida, pero intentando confiar en las sensaciones que la rodeaban. Effie la miraba con curiosidad. La mirada entornada de Attis resultaba ilegible en la penumbra.

Cuando Effie desapareció por el pasillo, él retrocedió hasta Anna.

—No creo que debas adentrarte sola en la biblioteca, no la primera vez.

—Quiero ir sola.

—Bueno, por desgracia, la biblioteca acaba de indicarme que vaya por el mismo camino que tú, así que…

Anna entornó los ojos.

—Qué casualidad.

Él se encogió de hombros con una expresión implacable en los ojos. Anna sacudió la cabeza y se adentró en el entramado de libros, mientras Attis avanzaba por detrás de ella. Era un pasillo muy largo y no dejaban de oírse murmullos apenas perceptibles. Siguió avanzando y sintió la intensa opresión del conocimiento a ambos lados; las hileras de libros apoyadas sobre otros libros y encerradas en más libros se estrechaban a su alrededor. Llegó a una intersección y torció a la derecha porque le pareció lo adecuado. Se adentró aún más y se fijó en el enorme hueco que había en una de las estanterías; estaba lleno de papel, como si un libro hubiera explotado. La luz del techo parpadeó. Casi lanzó un grito al toparse con una mujer sentada sobre una pila de libros que sostenía otra pila en el regazo. La mujer sacudió la cabeza y lanzó el libro que estaba leyendo hacia atrás; estuvo a punto de darle a Anna en la cabeza, pero Attis lo desvió.

—¡Ay, lo siento! —se lamentó la mujer—. No os había visto.

Anna le dirigió un asentimiento de cabeza y siguió adelante. Una parte de ella agradecía la presencia de Attis, pero otra parte deseó darle esquinazo; aquella misión era cosa suya. Volvió a torcer, siguiendo un susurro que desapareció en cuanto se detuvo a escucharlo…

Atravesaron un pasillo de libros encuadernados en rojo, otro en el que todos los títulos estaban escritos al revés y otro donde los volúmenes eran diminutos, no más grandes que la palma de su mano. Había varios pasillos sumidos en la más absoluta oscuridad, y en uno se oía un extraño gorgoteo que la hizo salir corriendo en dirección contraria.

—¡Anna, espera! —oyó que Attis la llamaba desde atrás, pero los susurros la instigaron a avanzar. Estos se hicieron más fuertes y ella giró de forma repentina—. Anna… —Torció por un estrecho pasillo y el sonido de las pisadas de Attis desapareció de golpe. Se volvió para comprobar adónde había ido él, pero la curva que acababa de tomar ya no existía: en su lugar solo había una pared de libros.

—¡Attis! —lo llamó ella, pero no oyó ninguna respuesta—. ¿Attis? —De pronto, el hecho de encontrarse en medio de aquellas imponentes estanterías la hizo sentir muy sola, pero eso era exactamente lo que necesitaba…

Siguió recorriendo el serpenteante pasillo, ignorando el cosquilleo que notaba en la columna vertebral. Se fijó en los numerosos y peculiares títulos mientras avanzaba: *Espejos mágicos antiguos. Poda artística para brujas especializadas en arbustos. Vasalisa y la calavera en llamas. Radios mágicas y frecuencias sobrenaturales. Simbología de las mujeres talismán*. Muchos estaban en otros idiomas: en francés, latín, árabe o griego; a algunos era incapaz de reconocerlos y otros no estaban formados por palabras, sino por extrañas imágenes y símbolos. Tampoco todos estaban quietos: muchos se movían y se transformaban. Se detuvo para observar una serpiente dorada que se retorcía en el lomo de un libro. Algunos de los volúmenes no tenían título.

Anna no pudo resistirse a abrir unos cuantos; las viejas páginas estaban secas y crujían bajo sus dedos. Podría haber jurado que uno había bostezado al abrirlo. En otro, la tinta seguía húmeda y se corrió al levantarlo, por lo que las palabras quedaron estropeadas.

No tardó en advertir la sensación de que estaba caminando en círculos; lo más probable era que se hubiera perdido. El tiempo parecía estar tan deformado como los pasillos: no sabía si habían pasado minutos u horas, pero era incapaz de detenerse. Algo tiraba de ella; los libros la contemplaban al pasar y la luz se tornó aún más macilenta, como si hubiera estado atrapada entre las páginas durante demasiado tiempo.

El título de un libro le llamó la atención. *Whickstamp*. Se detuvo y leyó los títulos de alrededor: todos eran apellidos. Sacó el libro titulado *Whickstamp* y vio que en su interior había un árbol genealógico que incluía a todos los Whickstamp que habían existido desde 1376. A Anna se le aceleró el corazón, emocionada. *¡Historiales familiares!*

Sin embargo, había miles de libros y no seguían un orden alfabético. «¿Dónde estás, Everdell?», dijo en voz alta mientras avanzaba. *¿Cómo funciona esta biblioteca?* Tropezó con un libro y extendió la mano para no

perder el equilibrio. Se giró y vio el libro sobre el que estaba apoyada: *¡Everdell!*

—Me disculpo, funcionas de maravilla. ¡Gracias! —le gritó al silencio.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y se colocó el libro en el regazo; se dio cuenta de que su corazón era ahora lo más ruidoso de los alrededores. La iluminación del techo se intensificó como para ayudarla a leer. Abrió el libro.

Estaba en blanco.

Anna pasó una página —de nuevo, en blanco—, y la siguiente y la siguiente. Hojeó todo el libro con una sensación de desesperación apoderándose de ella, pero todas las páginas estaban iguales: en blanco, en blanco, en blanco. Levantó el libro y lo agitó, como si esperara que las palabras se derramasen de algún modo, pero las páginas siguieron obstinadamente vacías.

Sacó otros libros de los estantes y los examinó para ver si pasaba lo mismo con alguno de ellos. *Gooderidge. Greene. Hedgel. Pike*. Todos contenían su árbol genealógico. Una palabra comenzó a escribirse en una de las páginas, lo que la hizo interrumpir su frenética búsqueda. La palabra «fallecido» apareció junto a uno de los nombres recientes del árbol genealógico y una fecha. *La fecha de hoy. ¿Acaso acaba de morir?* Anna cerró el libro y lo lanzó a un lado, dándose cuenta con una mezcla de asombro y horror de que los árboles genealógicos estaban vivos… y llevaban a cabo un seguimiento de las familias que documentaban en tiempo real.

—Entonces, ¿por qué mi libro es como un agujero negro mágico? —le preguntó a la biblioteca, como si hubieran estado manteniendo una conversación.

Siguió revisando los libros desesperadamente en caso de que hubiera otro con el apellido *Everdell* y, entonces, preocupada por la hora, se colocó el que ya tenía bajo el brazo y fue en busca de la salida; un sentimiento de frustración la invadió.

¿Por qué todo acaba siendo un callejón sin salida? Igual que la habitación del tercer piso, que permanecerá siempre fuera de mi alcance.

Intentó volver sobre sus pasos, pero, o bien se había olvidado del camino o los pasillos se habían movido, pues se dio cuenta enseguida de que se había perdido. La biblioteca parecía estar cada vez más oscura, como si se hiciera de noche en el interior. Apretó el paso.

—Biblioteca, me gustaría marcharme ya…

Sin duda, acabaría encontrando un camino de vuelta. Torció por un pasillo bien iluminado que le sonaba. Al llegar al final, comprobó que se bifurcaba en tres. Giró a la izquierda y a medio camino las luces se apagaron. Reprimió un chillido y trató de orientarse, pero la oscuridad era total.

Tranquila. Has estado en lugares más oscuros. Se llevó una mano de manera automática a su cordón de nudos mientras extendía la otra frente a ella. Intentó guiarse palpando sus alrededores y utilizó las estanterías para avanzar, tropezándose con los libros cada dos por tres, con el corazón desbocado y la respiración acelerada en medio de aquella oscuridad. Creyó oír unos pasos y se detuvo.

—¿Hola? ¿Attis? ¿Effie? —volvió a oír los extraños murmullos de antes.

A su derecha, un estrecho pasillo desprendía una luz tenue. Anna torció la esquina y se percató de inmediato de que no debería estar allí. Los libros estaban encuadernados en negro y rojo, y por los títulos que descansaban en las estanterías y las imágenes que la contemplaban desde los libros abiertos del suelo, se dio cuenta de que no se trataba de un tipo de magia benigna. *Mortus cantus carnium. Magia de la gallina negra. Sangre y úlceras: una recopilación de maleficios. Grimorio de Hekate*… Muchos estaban precintados con gruesas cadenas y candados oxidados.

Pisó algo que emitió un chirrido, y al bajar la mirada vio un líquido rojo oscuro y pegajoso bajo sus pies. Lanzó un grito y apoyó una mano en la estantería para no perder el equilibrio, pero comprobó que el estante también estaba pegajoso; advirtió con horror que la sangre rezumaba de los propios libros.

Echó a correr.

El pasillo llegaba a un callejón sin salida. Volvió a oír unos pasos, y entonces un libro le llamó la atención. Estaba encuadernado en cuero negro y cerrado con llave; no tenía título, tan solo un símbolo: siete círculos concéntricos. *El Ojo*. Eso atrajo su atención. Al alargar la mano hacia el volumen, el candado se abrió. Abrió la tapa y las palabras salieron de la página y desaparecieron. Una mano emergió de detrás de ella y lo cerró de golpe. Un ser encorvado y gris forcejeó con la cerradura.

—No. No. Vuelve a cerrar el Ojo.

Anna retrocedió hacia la estantería de un salto y se alejó de la criatura. Lanzó un grito cuando uno de los libros que tenía detrás empezó a aspirarle el pelo. Consiguió soltárselo y volvió a echarse hacia delante. La criatura se tapó las orejas con las manos, se puso también a gritar y derribó un montón de libros.

Anna se dio cuenta entonces de que era un hombre. Un saco de huesos. Él se enderezó para mirarla. Ella no supo si dirigirle una sonrisa o echar a correr.

Tenía la cara alargada, una cabeza grande y sin pelo y los ojos totalmente hundidos, como si se los hubieran metido en la parte posterior del cráneo. Solo llevaba puesto un chaleco y unos pantalones que le estaban unos centímetros por encima de los tobillos; iba descalzo. Lo que recubría su cuerpo era de todo menos piel. Era de un color tan gris como la ceniza y estaba cubierta de palabras, como si se hubiera quedado dormido sobre un montón de libros y le hubieran dejado sus huellas por todos lados. Tenía un aspecto enfermizo, pues gran parte de aquella membrana se le desprendía y se descascarillaba igual que un papel viejo.

Distinguió las palabras «Veritas vos liberabit» en su frente y «EWORHEN» en su corazón, pero mientras las leía las letras se movieron y cambiaron de forma, llenas de vida. Él parpadeó y Anna se fijó en que incluso sus párpados tenían palabras escritas.

El hombre se puso a recoger los libros que había derribado y volvió a colocarlos en las estanterías.

—Niña, te has perdido en una tumba de lo más locuaz, te has extraviado en las llanuras cimerias de tu imaginación. —Su voz era una especie de resuello seco.

Anna lo ayudó a recoger los libros.

—Ten mucho cuidado —dijo él, agarrándole un montón de libros.

—¿Dónde estoy? —preguntó Anna, incapaz de apartar la vista del hombre; las palabras se retorcían a lo largo de su piel cuando hablaba—. ¿Qué era ese libro que he intentado abrir? El que estaba cerrado…

—Es un libro maligno. Maldito. Provoca cacodemonomanía. Si liberas sus palabras, te perderás en las oscuras profundidades de tus pesadillas para siempre. Abrirlo ha sido un disparate, sí, un disparate.

—Gracias por salvarme. ¿Cómo te llamas?

Él se estremeció y una tira de piel se le desprendió del brazo, con las palabras y todo.

—¿Te quedarás aquí conmigo, niña?

—Tengo que volver con mis amigos… —Anna retrocedió.

—Pero sigues buscando, sigues buscando. Tus andanzas han sido hasta ahora muy insatisfactorias. Aunque tal vez la nada esconda algo. —Contempló el libro de los *Everdell* que tenía en la mano—. ¿Por qué te llevas ese libro? Explícate.

—Verás, me llamo Anna Everdell y mi madre era Marie…

Él abrió los ojos de par en par, y estos se le hundieron aún más en el cráneo. Se acercó a ella y estudió su rostro. Alargó una mano llena de escamas y le rozó la mejilla. Anna se quedó petrificada.

—Sí, la hija de Marie.

—¿La conocías?

—Era mi amiga.

—¿Por qué la conocías?

—Solía venir por aquí. Rebuscaba, hurgaba entre los libros, entre las maldiciones, como lo has hecho tú. Intentando hallar respuestas.

—¿Qué estaba buscando?

—No me lo dijo. No creo que lo encontrase por aquí, pero sé adónde fue. Te lo contaré si eres mi amiga.

—Seré tu amiga —dijo Anna, de forma tan alentadora como pudo.

—Fue a ver a una bruja de maldiciones. —Empezó a sollozar y las lágrimas empaparon la piel de papel que recubría su rostro—. A Nana Yaganov.

—Nana Yaganov —repitió Anna. Le costaba pronunciar el nombre, estaba repleto de ángulos afilados—. ¿Quién es?

—La bruja de maldiciones más poderosa que jamás haya existido.

—Vale —dijo Anna tragándose el miedo—. ¿Cómo la encuentro?

Él se encogió de hombros.

—¿Cómo encuentra uno una sombra en la oscuridad? Quédate conmigo. No me acuerdo de lo que estaba buscando. —Se enjugó una lágrima, y una palabra quedó emborronada—. Quédate conmigo.

—De verdad tengo que irme… —Pero Anna descubrió que se le había atascado el pie: una enredadera negra había salido de uno de los libros del suelo y se le estaba enroscando en la pierna. Ella profirió un grito y el hombre abrió su boca arrugada y comenzó a gemir.

Anna consiguió soltarse y echó a correr a ciegas.

Oyó unos lamentos y susurros detrás de ella, pero no podía detenerse. Salió de allí a toda prisa, torciendo pasillos al azar con la esperanza de haber tomado el camino correcto. Chocó con una figura alta.

—Anna. —Attis la sujetó por los hombros—. ¿Dónde estabas? Estás más blanca que la pared.

—Me… Me… —Intentó recuperar el aliento, pero se dio cuenta de que lo estaba conteniendo—. Me he perdido.

—¿Estás bien? —Él buscó su mirada. Ella lo miró durante un instante y se apartó—. ¿Has encontrado algo? —preguntó, fijándose en el libro que

llevaba.

—Eh… No, nada.

—Venga, solo estamos a dos estanterías de la entrada.

Salieron de los pasillos y volvieron al centro de la estancia, por donde habían llegado. Anna no entendía cómo era posible que estuvieran tan cerca, le había dado la impresión de que había recorrido kilómetros. Manda estaba sentada leyendo un libro, mientras que Rowan, que tenía cara de estar aburriéndose, arrancaba tiras de papel del suelo.

Effie se paseaba de un lado a otro.

—¡Ahí estáis! He encontrado un grimorio perfecto, está repleto de hechizos de venganza de lo más apropiados. ¿Qué es eso?

Le sacó el libro de los *Everdell* de las manos.

—Es mi historial familiar, pero…

—Está en blanco.

—Sí.

Effie frunció el ceño.

—Qué raro.

Los demás se situaron en torno a ella. Effie, al igual que Anna, puso el libro boca abajo y lo sacudió, como si así las palabras fueran a salir del interior.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo Rowan—. Estos árboles genealógicos registran los datos en tiempo real, y tú estás justo aquí. Como mínimo, deberías aparecer tú. ¿Estás bien? Pareces algo distraída…

—He… He… conocido a un hombre ahí dentro. Daba miedo y… estaba triste.

—¿Era bruja?

—No sé lo que era. Estaba cubierto de palabras, como si formaran parte de su piel.

Rowan dejó caer los libros que llevaba en las manos.

—¡Por la doncella, la madre y la arpía! Has conocido a Pesachya. Nadie se lo encuentra nunca. Mi hermano y sus amigos vinieron aquí una vez para intentar dar con él y demostrar su existencia.

—¿Quién?

—Cuentan que llegó aquí siendo solo un adolescente. Algunos dicen que su familia murió durante el Holocausto y él vino en busca de respuestas y venganza, pero nunca llegó a salir.

—¿Durante el Holocausto? —exclamó Anna. Intentó calcular la edad que tendría, pero tras verle la cara le resultaba imposible decir un número; podría

haber tenido cuarenta años, ochenta o incluso más.

—Es una de las historias que cuentan, hay muchas más. Dicen que es medio hombre y medio libro.

—Eso sí que es cierto —dijo Anna al acordarse de su piel de papel con un escalofrío.

—¿Cómo es posible que viva aquí abajo? Es absurdo. ¿Y qué come? —se burló Manda.

—Vive de las palabras —dijo Rowan, como si lo supiera de primera mano.

—Quiero verlo. ¿Por dónde estaba? —Effie volvió la vista hacia los pasillos.

—Ahora no —dijo Attis agarrándola del brazo—. Ya volveremos y le traeremos un menú de McDonald's o algo así. Son más de las once y media, tienen que volver a casa.

Anna se había olvidado de la hora. Iba a llegar tarde. Lo más probable era que el libro en blanco que llevaba en la mano y el nombre de una bruja de maldiciones que le había dado un chalado no compensaran el castigo que se avecinaba.

Por algún milagro, cuando Anna llegó a casa su tía seguía en el trabajo. Subió corriendo las escaleras para esconder el libro. Lo abrió esperanzada, pero sus páginas seguían en blanco. Intentó pensar en el asunto de forma lógica. O bien la magia del libro no había funcionado a la hora de anotar la historia de su familia, o bien alguien había eliminado el contenido a propósito para que no saliera a la luz. «Por favor», le rogó al libro, con la esperanza de que hablar con él sirviera de algo. Volvió a abrirlo, pero para su desesperación, las páginas seguían vacías.

Lo lanzó al otro lado de la habitación hecha una furia. Aterrizó con un golpe fuerte. Cerró los ojos y tomó aire para apaciguar la frustración que sentía. Lo recogió de inmediato y lo guardó debajo de la cama. Se tumbó y pensó en el nombre que había mencionado Pesachya. Nana Yaganov. Una bruja de maldiciones. ¿Por qué había ido su madre a la sección de maldiciones de la biblioteca? ¿Y por qué buscaba a brujas de maldiciones? *Fue a verla y nunca más volvió…*

Anna se estremeció al recordar el oscuro rincón de la sección de maldiciones de la biblioteca, el ruido húmedo de la sangre bajo sus pies; la marca de la maldición era como un laberinto del que no puedes salir una vez que te adentras en él.

¿Cómo encuentra uno una sombra en la oscuridad?



MOSCAS

Los susurros nos dividen; los secretos serán los que ayuden.

Sexto precepto, *El libro de las Encorsetadoras.*

Effie aporreó el altar con el enorme y andrajoso grimorio que había sacado de la biblioteca.

—¡Se acabó! Ya es hora de tomar el toro por los cuernos y hacer pedazos la jerarquía del colegio. Debemos hacer justicia e impartir el castigo. Hay que darles caña a las *Smoothies* y yo tengo el hechizo adecuado para ello.

Anna nunca la había visto tan animada. Tenía la sensación de que aquello era lo que Effie llevaba esperando desde que crearon el aquelarre.

—A ver, técnicamente, ¿no deberíamos denunciar el acoso al director Connaughty? —dijo Manda, que parecía un poco asustada—. Seguro que podemos reunir suficientes pruebas para demostrar que Darcey está acosando a Rowan…

Effie protestó:

—¿Te crees que el colegio tiene un sistema de justicia adecuado? ¿Te crees que Darcey no encontraría la forma de darle la vuelta a la tortilla? No. Yo hablo de una clase de justicia diferente. La que inflige la naturaleza. La venganza femenina. Salvaje e implacable; la que lleva a cabo la luz de la luna, la que exige la mismísima Luna Oscura. Somos nosotras las que debemos impartirla. —Effie abrió el libro y anunció con una floritura—: Es un hechizo para hacer correr rumores.

—¿Más rumores? —dijo Rowan.

—¿Qué hay de malo en combatir el fuego con fuego? O controlamos nosotras los rumores o la cosa seguirá igual. Es un hechizo antiguo y muy

poderoso. Se utilizaba originalmente con los cotillas y los charlatanes. Al parecer la antigua canción infantil «Un día una señora se tragó una mosca» está inspirada en el hechizo…

> «Un día una señora una mosca se tragó.
> Pero nadie sabía por qué la mosca se comió, ¿tal vez fuera porque la picó?
> ¿Por qué? ¿Por qué la señora una mosca se tragó?».

»El libro cuenta que lo escribió una bruja cuya hija fue ahorcada por brujería después de que alguien del pueblo donde vivían difundiera rumores malintencionados. El hechizo le otorga a quien lo lanza el poder de convertir al cotilla en el blanco de los rumores. Solo tenemos que pensar qué rumores vamos a hacer correr.

—¿Y qué pasará? —preguntó Anna.

—Las perseguirán. No podrán librarse de ellos fácilmente.

El miedo de la mirada de Manda se había convertido en entusiasmo.

—Deben beber de su propia medicina.

—No suelo ser de las que se toma la justicia por su mano, pero al margen de cómo acabe la cosa, esta vez tendré que hacer una excepción por las *Smoothies*.

A Anna le vino a la mente la imagen de Rowan secándose las lágrimas en el baño y el sonido de la risa de Darcey, que brotaba de ella con la misma facilidad que su crueldad. Los rumores podían ser desagradables, pero no eran capaces de ocasionar daños de verdad. Se volvió hacia Attis, que estaba sentado sobre uno de los pupitres del rincón.

—¿Qué opinas?

—Creo que a Darcey no le vendría mal un tirón de orejas.

Nunca le llevará la contraria a Effie.

—Por mí, como si se las arrancamos —dijo Effie—. Anna, si no lo hacemos, se meterán aún más con Rowan. Y tú no quieres que pase eso, ¿verdad?

Anna negó con la cabeza. Era lo último que quería.

—Me apunto.

—Genial, se me han ocurrido ya unos cuantos rumores. —Effie sonrió con astucia—. Creo que podríamos hacer correr el rumor de que Corinne es ninfómana.

—Me parece que eso ya lo sabe todo el mundo —señaló Rowan.

—¿Alguna otra idea?

Manda dio un paso adelante.

—Corinne basa su imagen en hacer creer a los demás que va de buen rollo, siempre hablando del amor libre y fingiendo que es amiga de todos. Me pone enferma. ¿Y si echamos por tierra su reputación? Podríamos decir que en realidad sufre de problemas graves de ira y que lo del yoga y las drogas la ayuda a gestionarla, aunque en el momento menos pensado podría… —Manda chasqueó los dedos—. Estallar.

Effie consideró su propuesta.

—Perturbador pero gracioso. Me gusta. Por supuesto, ya se me ha ocurrido uno para Darcey. —Se aclaró la garganta de forma teatral—. Puede que todos los chicos babeen al verla, pero ella solo tiene ojos para un solo hombre, y menudo hombre: el director Connaughty.

—¿Qué? Es una locura, nadie se lo tragará —farfulló Rowan.

—Bueno, en circunstancias normales, no, pero estos son rumores mágicos.

—Pero es tan… tan… —Manda se estremeció—, vejo y enorme y puaj. No podría imaginármelos juntos ni en un millón de años.

—Dentro de poco, sí podrás. ¿Y qué decimos de Olivia?

—Se me ha ocurrido una idea —dijo Rowan—. Diremos que quiere ser como Darcey. Que está obsesionada y muerta de celos, y que hará lo que haga falta para convertirse en ella.

Aquel era un poco más creíble. Olivia era consciente de que no estaba a la altura de Darcey y dedicaba todos sus esfuerzos a pulir su aspecto y la ropa que llevaba para compensar ese hecho.

—Muy apropiado y retorcido. —Effie se frotó las manos.

—Ella fue la que me puso el mote de «mastodonte» —añadió Rowan a la defensiva, como si se avergonzara de su sugerencia.

—¿Estamos todos de acuerdo? Corinne sufre episodios de cólera, Olivia está obsesionada con Darcey, y Darcey y Connaughty están liados. ¡Tachán!

Los demás asintieron y Anna hizo lo mismo. Al oírlos expresados de esa forma le parecieron aún más ridículos. Seguro que nadie se los creería. Effie escribió los rumores y elaboró los hechizos, y luego se los pasó a ellas para que se los aprendieran. Anna memorizó las palabras, murmurándolas una y otra vez. Esta vez no quería echarlo todo a perder.

—¿Preparadas?

Effie levantó un recipiente de cristal. En su interior revoloteaban tres moscardones furiosos, golpeándose contra su prisión de cristal. Se lo colocó a la altura de los ojos.

—Tres moscas para tres rumores. —Situó el recipiente en el centro, junto con tres vasos—. Sus zumos de esta mañana —explicó—, poned también vuestros móviles.

—¿Por qué? —preguntó Rowan.

—Necesitamos que los rumores se extiendan por todas partes y la mayoría de los cotilleos de este colegio de mala muerte circulan a través de los móviles.

Attis derramó sal alrededor del perímetro del círculo que formaban y luego trazó un pentagrama en el centro. En cuanto hubo acabado, Effie dio un paso adelante. Las demás se volvieron hacia ella. Su mirada destelló bajo la luz, y levantó los brazos.

> «Nuestra fuerza vinculada no es posible debilitar,
> en nuestro círculo interno nadie se podrá adentrar.
> Entre mundos muy diversos nosotras deambulamos,
> devuélvenos seguras al hogar que anhelamos.
> Así como es arriba es abajo, como es fuera es dentro,
> urde este círculo sin dudar ni un momento».

Anna visualizó un círculo poderoso y protector a su alrededor. Repitieron las palabras una y otra vez, hasta que ya no tuvo que imaginarse nada, pues era capaz de sentir cómo el círculo, sólido y perfecto, las aislaba del mundo que se encontraba al otro lado, situándolas en un lugar que podría haber sido cualquier otro: un bosque oscuro, una enorme montaña o un páramo.

Effie miró a Manda y esta dio un paso al frente, hecha un manojo de nervios.

—Invoco a las atalayas del norte, al elemento tierra. Impartid vuestra justicia, poderosa y certera.

Rowan se adelantó.

—Invoco a las atalayas del este, al elemento aire. Impartid vuestra justicia, sagaz y verdadera.

Le tocaba a Effie.

—Invoco a las atalayas del sur, al elemento fuego. Impartid vuestra justicia, enérgica y furiosa.

Las palabras brotaron de los labios de Anna sin esfuerzo, como si hubieran estado aguardando a que las encontrara.

—Invoco a las atalayas del oeste, al elemento agua. Impartid vuestra justicia, apasionada y pura.

A continuación, recitaron juntas:

—Por el pentáculo, la varita, la espada y el cáliz, que la justicia de la

naturaleza impregne nuestro hechizo.

Effie abrió el tarro de las moscas; los insectos salieron volando, pero permanecieron en el centro del círculo, persiguiéndose unos a otros y zumbando con ímpetu. Effie metió los trozos de papel en los que había escrito los rumores dentro del recipiente.

> «Morded con fuerza, serpientes de rencor.
> Vuestra lengua venenosa produce un gran picor.
> El rumor critica y arrasa, vuela e infecta,
> tragáoslos enteros a petición nuestra».

A medida que su cántico se tornaba más enérgico, las moscas comenzaron a zumbar de forma cada vez más violenta. Anna sintió que esa misma energía la recorría. No se parecía en nada a la magia que había experimentado con anterioridad, la misma que había aflorado en ella casi por accidente, suave y sutil, igual que un sueño. La magia que ahora llevaban a cabo era certera y contundente, y no solo la notaba en su interior, sino también fuera. Se manifestaba en los elementos, en el zumbido de las moscas, en los horribles rumores y en las palabras aún más horribles; en los hilos de cada una de ellas, que se entretejían en una trama que se sacudía y temblaba con oscuro deleite. Elevaron sus voces. Anna sintió una mezcla de euforia y pánico, la misma sensación que se tiene al estar al borde de un acantilado y bajar la mirada.

> «El rumor critica y arrasa, vuela e infecta,
> tragáoslos enteros a petición nuestra».

El hechizo incrementó su poder, amenazando con dispersarlas; ellas se aferraron a él con fuerza, elevándolo en el aire, y las moscas coronaron el techo como un nubarrón. Effie se rio. Las velas chisporrotearon. La máquina de coser que descansaba sobre el altar cobró vida, y sus agujas comenzaron a parlotear: *tac, tac, tac*. Anna se sentía como si le fuera a estallar la cabeza, como si se le estuviera llenando de agua, como si las moscas zumbaran en su interior. Repitieron las palabras —en voz cada vez más alta— y entonces, de pronto, las moscas salieron volando y desaparecieron.

—Por el pentáculo, la varita, la espada y el cáliz, los elementos quedan liberados. Así como es arriba es abajo, como es fuera es dentro. Que nuestro círculo concluya, pero sus vueltas no se diluyan.

Las velas se apagaron y ellos quedaron sumidos en la oscuridad. Anna sintió que volvía de dondequiera que hubiera estado; la cabeza no dejaba de darle vueltas. Nunca antes había experimentado la magia con tanta intensidad.

Effie se situó en el centro, cerró con fuerza el tarro de los rumores y colocó los vasos vacíos en el altar.

—No ha estado mal. Podemos hacerlo mejor, desde luego, pero no ha estado nada mal. —Tenía los ojos abiertos de par en par, como si aún no hubiera vuelto en sí; la euforia de la magia seguía recorriéndola.

Rowan se dejó caer en el suelo.

—Estoy hecha polvo.

Manda se desplomó a su lado.

—Durante un momento he sentido como si fuera otra persona, ha sido… intenso.

Attis entró en el círculo con una sonrisa.

—Lo ha sido. Casi me cago encima.

Effie lo rodeó con los brazos.

—Te lo dije, ¿no es así? Te dije que funcionaría.

—Jamás dudé de ti, nunca lo hago.

—Siempre tengo razón.

—Me inclino ante la reina Effie.

—Oh —dijo Rowan, que acababa de recoger su teléfono del suelo.

—¿Qué? —Effie se volvió hacia ella.

—Eh… —Rowan les enseñó el teléfono.

La pantalla mostraba interferencias, y acto seguido quedó congelada… No, no del todo… un patrón comenzó a formarse a través del ruido de la imagen. Unos círculos. Siete círculos. A Anna le dio un vuelco el corazón.

Todos se volvieron lentamente para mirarla.

—Puede que no sean siete círculos. —Rowan contempló la pantalla con los ojos entornados—. No se distinguen demasiado bien…, podrían ser seis. O incluso, eh…, ocho.

Manda y Effie recogieron sus móviles y giraron la pantalla: también aparecían siete círculos. Anna se quedó sin palabras.

—Espero que no se hayan roto —dijo Manda con un atisbo de acusación en su voz.

—Lo que importa —dijo Attis— es que el hechizo ha funcionado. Buen trabajo. Vámonos.

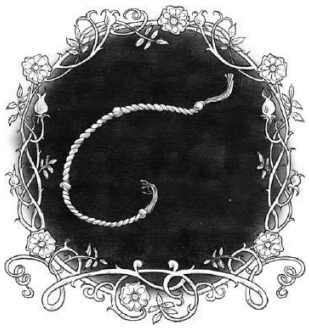
—Tendremos que andar con ojo —dijo Effie, centrando su atención en las pantallas.

—No sé qué ha pasado… —dijo Anna—. Yo no he hecho nada.

—Vámonos —repitió Attis.

Ordenaron el aula y recogieron sus cosas. Los móviles volvieron a la normalidad tras reiniciarlos, pero el patrón conformado por siete círculos siguió atormentando a Anna. *Maldita. Un estallido oscuro del corazón*.

Fue la última en salir y, antes de apagar las luces, contempló la sala; sus ventanas, sus rincones. No había ninguna mosca. *¿Dónde se han metido?*



MIEDO

Trece años

Anna empujó la puerta de la alacena. Estaba cerrada con llave.

El interior no estaba completamente a oscuras; más bien se parecía al crepúsculo, cuando el sol acaba de hundirse en el horizonte y el mundo empieza a apagarse. Conocía bien la alacena, entraba y salía varias veces a la semana para limpiar los utensilios, pero ahora la situación era diferente: sus familiares contornos se transformaron en la oscuridad y unas sombras aparecieron. Se aferró al nudo de su cordón.

Volvió a empujar la puerta. Seguía cerrada. El corazón le dio un vuelco; la oscuridad de la estancia le resultaba sofocante. Ahora apenas distinguía nada, solo tenues siluetas; tiró del nudo con más fuerza, pero los dedos le temblaban a causa del pánico. Se esforzó por contemplar el espacio oscuro que había a su espalda: era un vacío. Volvió a darse la vuelta: otro vacío.

Un sentimiento de miedo cobró vida, igual que un tenebroso agujero en el que podría habitar cualquier cosa. Carecía de bordes, no había nada a qué agarrarse.

Desesperada, Anna comenzó a golpear la puerta, entre gritos.

—¡Déjame salir! ¡Sácame de aquí, por favor! ¡Tía! ¡Por favor, tía! — Arañó la puerta con las uñas.

La alacena era ahora una oscuridad que ella no alcanzaba a comprender. Una oscuridad viva, repleta de garras y colmillos, que abría sus fauces. Una profunda oquedad que amenazaba con devorarla y no dejarla marchar nunca.

A Anna se le había caído el cordón de nudos y era incapaz de moverse para recogerlo. Oyó un sonido horrible y estrangulado… y entonces se dio cuenta de que eran sus propios gemidos.

La puerta se abrió y la luz volvió a iluminar el interior. Jadeó como si estuviera sedienta y gateó hasta el exterior.

—Compórtate —dijo la tía.

Anna volvió la vista hacia la alacena y comprobó que no había nada fuera de lo normal.

—Cuanto más miedo tienes, más crece la oscuridad. Ya deberías tenerlo dominado; el miedo no es una emoción compleja. Al igual que la oscuridad es la ausencia de luz, el miedo es la ausencia de toda razón. No tienes más que aprender a sofocarlo.

Pero a Anna no le parecía que el miedo fuera como lo describía su tía. Al igual que la oscuridad, carecía de principio y de final; era un círculo que te envolvía. Y tenía la precisión de una aguja.



COPOS DE NIEVE

No debemos dar rienda suelta a las emociones ni tratar de entenderlas, sino limitarnos a reconocerlas y silenciarlas.

El adiestramiento de las Encorsetadoras, *El libro de las Encorsetadoras*.

Anna volvió a casa con Effie y Attis. Al llegar, todo estaba en silencio y sobre la mesa había un pedido de comida china a medio comer junto con una botella de vino.

—Selene ya se ha puesto morada. Qué considerada ella —resopló Effie, antes de ponerse a engullir los restos.

—Ahora vengo —dijo Anna, dirigiéndose al piso de arriba.

Había llegado la hora. Tenía que hablar con Selene sobre la marca de la maldición. Selene la había apoyado siempre en lo referente a su magia y no quería decepcionarla, pero sabía que nadie más sería capaz de ayudarla y no podía seguir ignorando el asunto. Las interferencias de las pantallas de los móviles crepitaron en su mente. A su magia —la magia de su familia— le pasaba algo raro, y fuera lo que fuere, podría revelarle la verdad acerca de la muerte de su madre.

—¿Selene? —La puerta del baño volvía a estar entreabierta y dejaba escapar el vapor, impregnado de intensos aromas herbales. Anna sonrió y abrió la puerta—. Quería hablar… Oh…

Selene no estaba sola. Otra cabeza emergió del agua junto a ella. Una cabeza joven y atractiva.

Selene se rio y se tumbó de nuevo en el agua.

—Anna, ¿quieres conocer a mi nuevo juguetito para la hora del baño?

El hombre asintió, ligeramente avergonzado.

—Henry. Encantado de conocerte.

—Eh… —A Anna le entró el pánico, pero a medio camino de la puerta se detuvo, pues no quería ser maleducada—. Anna. Me alegro de conocerte. Estoy, bueno…, pasadlo bien… —Cerró la puerta y oyó sus risas al otro lado.

Se dirigió a la azotea. Attis y Effie se habían acomodado en las tumbonas, aunque el cielo estaba surcado de nubes, repleto de gélidas promesas. Era una noche de febrero muy fría y ni siquiera el fuego de Attis conseguía caldear el ambiente. Anna se sentó en la tumbona de al lado.

—¿Has hablado con Selene? —preguntó Effie.

—Estaba ocupada.

—Tiene un ligue nuevo, ¿no? ¿Qué pinta tiene? ¿Es un pánfilo de esos que te abren la puerta, un cincuentón casado o un potro joven?

—Un potro joven, y estaba con ella en la bañera.

—Típico de mi madre. Nunca está ahí cuando se la necesita.

—Ya. —Anna intentó disimular su decepción—. Deberíamos entrar, ¿no? Hace mucho frío.

—Tonterías, está todo precioso. Huele a nieve —dijo Effie.

—Anna tiene razón —intervino Attis—. Estáis las dos tiritando y no puedo avivar más el fuego sin que se derrita el bidón.

—Pues hazme entrar en calor —dijo Effie, reclinándose aún más—. Anna, Attis tiene un truco para calentarte cuando…

—Ya se lo he enseñado —dijo Attis.

—Ah. ¿Cuándo?

—En la fiesta.

—Fue cuando salí a tomar el aire, después de hablar con Peter —dijo Anna con rapidez.

—Pues hazlo otra vez —dijo Effie con una sonrisa tensa.

—¿Qué? —preguntó Attis, confundido.

—Haz entrar en calor a Anna.

—Pero querías que te calentara a ti.

—Las invitadas, primero.

—Estoy bien —dijo Anna, reprimiendo con dificultad sus escalofríos.

Attis se acercó a la tumbona de Anna y se sentó en el borde. Esta se sintió atrapada entre ambos.

—Tienes que quitarte el jersey —le indicó Effie—. Para que pueda tocarte la piel.

—Puede tocarme la mano y ya está —protestó Anna.

—Quítate el jersey —insistió Effie, que obviamente había adoptado su actitud más obstinada. El cielo gris se cernía sobre ellos. Anna se quitó el jersey y la camisa de manga larga; debajo llevaba una camiseta sin mangas. Se rodeó con los brazos, sin poder evitar estremecerse.

—Ven —dijo Attis, con el ceño arrugado. Anna se acercó a él y le tendió el brazo. Attis la agarró, y su mano estaba tan cálida en contraste con el aire gélido, que le dio la sensación de que le abrasaba la piel. Con la otra mano le trazó unas líneas breves en el brazo y ella sintió cómo el calor se extendía como una onda por su cuerpo. Dejó de temblar casi de inmediato.

—¿Mejor? —dijo él.

Anna asintió, y rozó con los dedos el lugar donde él la había tocado. Volvió a ponerse la camisa y el jersey y se envolvió las rodillas con los brazos.

—¿No es maravilloso? —dijo Effie—. Venga, Attis, caliéntame todo el cuerpo.

Se subió el top de forma reveladora. Él negó con la cabeza y se sentó a su lado; le dibujó un símbolo en la piel, que se le había puesto de gallina.

—Nunca falla —dijo Effie—. Ahora caliéntame a la vieja usanza. —Se echó hacia delante para dejarle espacio. Attis se sentó detrás de ella y la rodeó con los brazos. Anna sentía todavía el calor de su hechizo recorriéndole el cuerpo, como si también estuviera rodeándola con los brazos.

Permanecieron así sentados un rato hasta que Effie se levantó de golpe.

—Está nevando —exclamó, emocionada como una niña—. ¡Bendita sea la Madre Nieve!

Anna levantó la mirada y vio caer los copos; era como si el cielo se hubiera vuelto tan pesado que se hubiera hecho añicos. Effie se dio la vuelta hacia ellos y los agarró. Anna solo la había visto así de emocionada cuando hacía magia. La nieve le sentaba bien, se le posaba sobre la cabellera negra como si fueran estrellas caídas y le sonrojaba las mejillas. Nunca había tenido un aspecto tan joven.

—Ven, Anna, ven —dijo Effie tirando de ella. Echaron la cabeza hacia atrás, riendo. Era como si la nieve cayera primero sobre ellos y luego sobre el resto de Londres. Attis se recostó en la tumbona y las observó.

—Mira. —Effie atrapó un copo de nieve con la punta del dedo—. Es precioso, ¿verdad? —Su complejidad era casi imposible, un patrón formado por seis arbolitos unidos: un bosquecito de hielo.

—¿Por qué no se derrite? —preguntó Anna, embelesada.

—Magia. Inténtalo.

—Todavía no he perfeccionado lo de hacer magia con la mente.

—Esto es facilísimo. Solo hay que extender la mano y creer que el copo de nieve no se derretirá. Siéntelo.

Al extender la mano, a Anna le resultó sencillo dejarse envolver por la magia bajo el cielo nocturno durante una tormenta de nieve. Advirtió que sus pensamientos abandonaban la lógica y se desplazaban a un lugar más nebuloso. *Mi Hira es aguja e hilo*. Entrelazó los hilos de la noche y de la nieve; la palma de su mano conformaba un paisaje congelado, pero los copos de nieve seguían derritiéndose. *Siéntelo*…

Contempló el cielo y sintió un anhelo, el anhelo de que en su vida asomara una pizca de belleza, así como la tristeza que este traía siempre consigo. Tiró de los hilos de aquel sentimiento y los entretejió con el hechizo. No hubiera sabido decir cuánto tiempo transcurrió antes de que un copo se posara sobre su palma y permaneciera intacto: un patrón de los sentimientos que la habían invadido.

—¡Lo he conseguido! —chilló Anna.

Effie atrapó otro copo de nieve y ambas unieron los dedos, intercambiando una mirada de emoción. Effie observó los copos con atención.

—Son idénticos.

Anna los examinó. Era cierto. Ambos copos eran un reflejo del otro, cada cresta, cada ondulación, cada fronda.

—Imposible —dijo Attis—. Hay más de un millón de millones de moléculas de agua en un solo copo de nieve, lo que significa que pueden adoptar un número casi infinito de formas.

—Vale, listillo, levanta el culo y ven a comprobarlo —lo regañó Effie.

Attis se levantó de un salto y se acercó a ellas. Examinó los copos de nieve, pero Anna descubrió que su magia no era rival ante el calor que irradiaba de él, por lo que su copo se derritió.

—¿Lo ves? —dijo Effie, dejando que el suyo se derritiera también.

—Eran muy similares —concedió él.

—Los hombres sois insoportables, cuando se os mete entre ceja y ceja que algo es imposible, no hay quien os haga cambiar de opinión, aunque tengáis la prueba delante de vuestras narices.

—Tienes razón —asintió Attis—. Maldita ciencia.

—Lo que tú digas. Salgamos por ahí —rogó Effie—. Conozco una discoteca en Londres que reproduce el clima del exterior. Podremos bailar en la nieve.

—No puedo —dijo Anna, aunque nada le apetecía más—. Si mi tía se entera…

—¿Qué haría? ¿Encerrarte unos cuantos días en tu cuarto? Hazme caso, valdrá la pena.

—Me haría algo mucho peor. —Las palabras se le escaparon. Anna había tenido el cuidado de no revelar demasiada información acerca del día a día con su tía.

—¿A qué te refieres? ¿Qué te haría? —dijo Attis acercándose a ella.

Anna se rio suavemente.

—Bueno, para empezar, puede que no volviera a dejarme salir de mi habitación.

Effie se aproximó a ella.

—¿Te pega?

Anna ignoraba si era por la nieve, por la forma en que la estaban mirando, o por el hecho de que se moría de ganas de hablar con alguien, pero algo hizo que se sentara en la tumbona y enterrara la cabeza entre las manos. Intentó ocultar sus lágrimas.

—Anna. —Effie se sentó a su lado—. Cuéntanoslo.

Anna apretó su cordón de nudos.

—Su forma de educar es bastante particular…, pero no son los castigos físicos los que me preocupan. ¿Cómo vas a negarle nada a tu propia madre cuando ha organizado su vida en torno a ti?

—No es tu madre —dijo Attis con brusquedad.

—Es lo más parecido a una madre que tengo. Ha planeado todo mi futuro. Finge que va a dejarme tomar una decisión, pero en realidad no creo que tenga alternativa. Sé que me obligará a convertirme en Encorsetadora. —Lo supo en cuanto pronunció las palabras. Su tía nunca la había dejado tomar ninguna decisión. ¿Por qué iba a empezar ahora?

—¿Qué es una Encorsetadora? —preguntó Effie.

—¿Selene nunca te ha hablado de ellas? —dijo Anna con sorpresa.

Effie negó con la cabeza.

—Es el clan al que pertenece mi tía. Están en contra de la magia, creen que llevará a la destrucción de todas las brujas. Cuando te conviertes en Encorsetadora, tu magia queda ligada.

—¡No me jodas! —gritó Effie—. Es una locura. Pero, oye, yo he visto hacer magia a tu tía…

—A las Encorsetadoras más veteranas se les permite usar la magia. Creen que la necesitan para cumplir con su deber.

—Cuando les conviene a ellas, claro —dijo Effie de mal humor—. Parecen unas locas. No puedes unirte a ese clan, Anna. Renunciar a tu magia es un disparate.

—¿Lo es? Yo no estoy tan segura. Mi tía puede cerrarme la boca a la fuerza y clavarme agujas como a un alfiletero sin que yo sea capaz de hacer nada por evitarlo, pero dispone de otras formas de convencerme de que tiene razón, de que solo hay un camino posible. La muerte de mi madre…

Las palabras salían ahora a borbotones.

—¿Cómo que clavarte agujas? —Attis se sentó en el suelo junto a ella—. ¿Qué es lo que te hace?

—Nada permanente, no te preocupes. —Ella apartó la mirada.

—¿Qué pasó con la muerte de tu madre? —preguntó Effie con avidez—. Cuando estuvimos en la biblioteca dijiste que querías saber más cosas sobre tu familia. ¿Qué quieres saber?

Anna respiró profundamente para tranquilizarse; no estaba segura de cómo contarles algo que nunca le había contado a nadie más que a sí misma.

—Bueno, al parecer, mi padre mató a mi madre porque ella descubrió que él tenía una aventura. Mi tía siempre anda diciendo que fueron el amor y la magia los que realmente acabaron con ella, los que la llevaron por el camino equivocado, como si de algún modo hubiera algo en la magia de mi madre que no acabara de encajar, como si fuera peligrosa.

—Típico de la psicópata de tu tía; cree que toda la magia es peligrosa —dijo Effie con brusquedad.

—Pero ¿y si de verdad hubiera algo más? ¿Y si estuviera ocultándome cosas sobre la muerte de mi madre? ¿Y si hubiera habido algo raro en relación con su magia y es lo mismo que nos pasa a mi tía… y a mí? ¿Por eso mi tía odia y teme tanto la magia? Los dos habéis visto la marca de la maldición…

Attis se alejó de ellas.

—Las maldiciones sí pueden ser cosa de familia —dijo Effie.

—Pero es algo muy raro —repuso Attis con la voz teñida de escepticismo —. Anna, sé que no es lo que quieres oír, pero es mucho más probable que tu padre fuera simplemente un asesino.

—Tal vez —respondió Anna, sorprendida por la contundencia del chico. Por lo general, Attis siempre estaba dispuesto a barajar todas las opciones. Aquello la irritó aún más—. Pero me he pasado la vida sin cuestionar nada de lo que se me ha contado. Y ya me he hartado. ¿Acaso no tengo derecho a hacerme preguntas? ¿Por qué mi tía no suelta prenda? ¿Por qué Selene es tan reservada? ¿Por qué ninguna de las dos me contó que mis padres murieron en

la casa donde vivo ahora? ¿Por qué mis padres no le hablaron a nadie de mi existencia? ¿Por qué estaba mi madre investigando sobre maldiciones? ¿Por qué fue a ver a una bruja de maldiciones llamada Nana Yaganov?

Attis se dio la vuelta.

—¿Quién?

—El hombre de la biblioteca me dijo que conocía a mi madre, que ella había acudido allí en busca de algo y que había dado con esa mujer, Nana Yaganov. Así que voy a localizarla.

—Un momento —dijo él—. Un lunático que vive en la biblioteca afirma que conoció a tu madre y luego te da el nombre de una señora que podría estar aún más chiflada que él. Nada de eso tiene sentido.

—Nada de lo que ha ocurrido este año tiene sentido, pero tal vez tenga que seguir tirando del hilo.

—Estás viendo cosas que no existen.

—A mí me parece sospechoso —dijo Effie.

—A ti todo te parece sospechoso —replicó Attis.

Anna se secó las lágrimas con el viento.

—Lo que creo es que, incluso si al final el asunto no tiene nada de siniestro, si consigo entender lo que ocurrió y quién era mi madre, hallaré la fuerza por fin para convertirme en Encorsetadora o… para huir.

Debo encontrar la forma de huir.

—Localizaré a esa tal Nana —dijo Effie, enardecida—. Conozco a un montón de brujas, seguro que alguna habrá oído hablar de ella. No vas a convertirte en Encorsetadora. Tu tía tendrá que pasar por encima de mí.

Anna le dirigió una breve sonrisa. Miró a Attis, pero este se había alejado hasta situarse en el borde de la azotea. Effie puso los ojos en blanco.

—Attis, ve a por bebida. Algo fuerte.

Él asintió y desapareció escaleras abajo.

Effie curvó los labios.

—Sabía que escondías algo más, Anna Everdell.

Anna no supo cómo responder a eso.

—En fin, tal vez al final no sea nada, pero no puedo seguir ignorando la marca de la maldición.

Effie atrapó un poco más de nieve con la mano.

—No hagas caso a Attis. Dale tiempo; tiene esa manía de intentar proteger a todo el mundo. Lo más probable es que se haya enfurruñado por no haber advertido antes el miedo que le tienes a tu tía. Yo me di cuenta en cuanto nos

conocimos, pero, menuda sorpresa, no sabía que la cosa era tan grave ni que planeaba hacerte algo tan horrible. No le permitas…

—No es tan fácil —interrumpió Anna.

—Claro que sí.

—No. Ella no es como Selene. Con mi tía nunca puedes salirte con la tuya.

—¿Y crees que con mi madre sí? —dijo Effie, irritada—. Selene no deja que hagas lo que te dé la gana, solo hace que parezca que sí.

—Pero mi tía me acogió y me crio. ¿Cómo voy a…?

—Te tiene tan sorbido el seso que no te das cuenta de lo jodida que es la situación.

Permanecieron sentadas respirando con dificultad, cada una lamiéndose sus heridas.

—Oye, empecemos investigando lo de Nana y a partir de ahí ya veremos. No pienso tirar la toalla contigo todavía —dijo Effie con fiereza.

Anna asintió, agradeciendo la fortaleza de Effie. La iba a necesitar.

—Pero ¿podemos mantenerlo en secreto por ahora? No se lo digamos a las demás.

—No me iré de la lengua, tranquila —dijo Effie; se llevó una mano a la boca y fingió cerrar una cremallera mientras les llegaba el sonido de las pisadas de Attis al subir las escaleras.

Les dejó las bebidas sobre la mesa. Effie levantó su copa y se la bebió casi de un trago.

—Gracias —dijo Anna, antes de dar un sorbo.

—Vente con nosotros, anda —dijo Effie poniéndose de pie de un salto—. Ya verás cómo consigo animarte.

—Ah, me parece que no. Me voy a la cama.

Effie parecía a punto de protestar, pero entonces asintió de forma comprensiva.

—Pues venga, Attis. Dejémonos seducir por la nieve.

Se adentraron de nuevo en el ambiente cálido de la casa. Anna se dirigió a la habitación de invitados y los oyó marcharse, sin saber muy bien si el haberles revelado sus secretos la había hecho sentir mejor o no. Se quedó dormida en cuanto su cabeza tocó la almohada. Soñó con la nieve: Effie y ella recogían copos de nieve, todos idénticos y preciosos; Attis se metía la mano en el corazón y se sacaba un trozo de cristal; Effie se lo comía y la sangre empezaba a gotearle por la barbilla, y acto seguido los copos de nieve se oscurecían y se convertían en un enjambre de manchas negras. Anna se dio

cuenta de que eran moscas, nubes de moscas, como si de actividad estática se tratara, que formaban un símbolo, siete círculos…

Anna se despertó revolviéndose en la cama. Eran las cuatro de la mañana. Arrastró los pies por el pasillo en dirección al baño.

Unos ruidos hicieron que se detuviera. Unas risitas, otras risitas más entusiastas, y luego, la respiración pesada de alguien, un golpe —algo se había caído— y un gemido de placer. Anna se apresuró a meterse en el baño y cerró la puerta. ¿Los ruidos provenían de la habitación de Effie? ¿Estaba Attis allí? ¿O venían del piso de arriba? ¿Serían Selene y su joven potro?

Llenó en silencio un vaso con agua y se sentó en el borde de la bañera, intentando no imaginarse a Effie y a Attis juntos. Era difícil no hacerlo; estaban ensamblados el uno al otro, eran dos caras de una misma moneda. *No encajo con ninguno de los dos*.



Anna se despertó temprano. Levantó las persianas y vio que la nieve se había depositado sobre los tejados y había cubierto las carreteras; los árboles se aferraban a ella como si sus ramas fueran manos y también se hubieran puesto a recoger los copos durante la noche. Alguien forcejeaba con el parabrisas de un coche medio congelado.

La puerta de la habitación de Effie estaba cerrada y no había rastro de Attis por ningún sitio. Fue a echar un vistazo a la forja, pero estaba vacía; las cenizas aún titilaban con el calor que habían exudado las llamas. Era capaz de oler al chico en el humo. Se acercó a la estantería donde estaba el tarro de las llaves, pero no encontró la llave blanca.

Cuando volvió a casa, la sintió fría y vacía. Se preparó una taza de té y contempló su jardín inmaculado. Anna se preguntó si su tía, de algún modo, la había cercenado, igual que a una de sus plantas, si la había podado y mutilado hasta la sumisión; si la había moldeado como ella había querido, haciéndola crecer hacia dentro en vez de hacia afuera, mientras los secretos entre ambas permanecían enterrados bajo diez metros de nieve. Su tía la interrogaría acerca de la noche anterior y Anna le mentiría, como siempre. Se había vuelto una experta en filtrar la verdad de lo que sucedía durante sus visitas a casa de Effie. No pensaba comentarle lo de las bebidas ni que había visto a Selene en la bañera con un hombre, ni su hazaña con los copos de nieve, y sobre todo, se aseguraría de no mencionar a Attis.

Inquieta, volvió a ponerse el abrigo y se dirigió al jardín de Cressey Square. Aquel día tenía un aspecto de cuento de hadas; la valla de hierro que lo rodeaba estaba congelada, la nieve cubría los setos desnudos y los helechos de los parterres, y el aire gélido y puro contrastaba con la esterilidad de su casa. Anna recorrió el sendero, dejando atrás la fuente de agua, que estaba apagada, hasta llegar a su escondite habitual, la pequeña parcela de árboles del final. Dejó el abrigo en el suelo y se sentó bajo el viejo roble. A pesar del frío, era capaz de sentir la calidez del interior: la vida que brotaba en lo más profundo de su grueso y robusto tronco.

Recogió una hoja seca del suelo y recordó el hechizo de la noche anterior. Había sido una demostración de magia tan diminuta como un copo de nieve. *Me hizo sentir estupendamente*. Se sacó dos cordones rojos del bolsillo y los ató por el medio: el Nudo Ankh, el *Nudo de la Vida*.

Se concentró en la hoja e imaginó que volvía a la vida: que se desplegaba, que recuperaba su fortaleza y su brillo. El nudo que tenía en la mano se estremeció con un ímpetu repentino y desconocido. Lo desató, y una sensación de descarga la recorrió. Anna lanzó un grito ahogado. La hoja volvía a estar verde y tan repleta de vida como un día de verano. La alzó como si fuera un trofeo; su intenso color verde resplandecía frente a las hojas verdes de atrás.

Anna se giró lentamente. El roble que se extendía por encima de ella había recuperado su vivacidad. El suelo bajo sus pies estaba cubierto de hierba. Se dio la vuelta y descubrió que los demás árboles del jardín se mecían, verdes, con la brisa; los arbustos estaban cubiertos de hojas y los parterres afloraban en una erupción de color. La fuente de agua había cobrado vida. El verano había invadido por completo el jardín. Un pájaro comenzó a cantar desde una de las ramas.

Al otro lado de la valla seguía siendo invierno. El contraste no podía ser más evidente. La magia saltaba a la vista.

¡Los vecinos! ¡Y la tía! Volverá en cualquier momento…

Anna formó un Nudo Opresor con las manos temblorosas. Lo apretó, intentando ligar la magia que acababa de llevar a cabo, pero el árbol, terco, permaneció lleno de vida. *¡Por favor!*

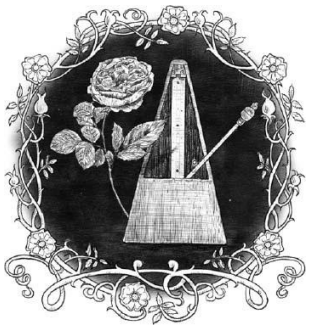
Se dejó caer al suelo y se puso a entonar un cántico, a hacer nudos, suplicándole compasión a la Diosa de la Luna Negra y de cualquier otra luna. No hubiera sabido decir cuántos minutos terroríficos habían pasado cuando, de pronto, las hojas comenzaron a caer. El sentimiento de alivio que la recorrió fue indescriptible.

Apretó el nudo con más fuerza y el jardín pereció poco a poco a su alrededor: se pudrió, se congeló y la nieve volvió a caer y recubrió el escenario del crimen.

Gracias. Mil gracias, Diosa.

Escudriñó el vecindario —todo estaba en calma— y se encaminó a su casa, incapaz de sacudirse el frío y el miedo por lo que acababa de hacer. Al acercarse, captó un movimiento en su propia casa. La cortina de la ventana del último piso. La habitación del tercer piso. Anna se detuvo en seco y se quedó contemplándola. ¿Se había movido la cortina? Pero todo permanecía inmóvil, y la habitación estaba a oscuras, como siempre. *Habrá sido un efecto de la luz… eso, o por fin me he vuelto loca*.

Aun así, Anna entró en casa a toda prisa, adentrándose en la seguridad de un hogar que no era en absoluto seguro.



SUSURROS

La voluntad de otra persona únicamente debe controlarse en los casos en los que esté en juego su propio bienestar. Nuestra misión consiste en guiar y moldear para sacar a relucir todo el potencial de cada Desligada.

La magia de las Encorsetadoras, *El libro de las Encorsetadoras*.

A medida que la semana avanzaba, Darcey y las demás se vieron obligadas a dejar de lado el acoso al que sometían a sus compañeras para centrarse en unos insignificantes aunque extraños rumores que circulaban por el colegio.

Últimamente, Darcey se queda muchas noches en el colegio con el director Connaughty…

Me han contado que Olivia se afinó el mentón en verano para parecerse más a Darcey…

¿Viste cómo miró Corinne a Katy ayer cuando llegó tarde a la clase de yoga? Parecía que fuera a estrangularla…

Y así había empezado todo. Unos cuantos comentarios inocuos aparecieron de la nada. Los susurros cobraron forma. Los móviles vibraron. Darcey se los tomó a risa, como si simplemente estuviera sacudiéndose una mosca de encima, pero los rumores no tardaron en volver a aparecer, y entonces los zumbidos se oyeron por todo el colegio.

¿Te has enterado? Darcey ha estado hoy más de una hora en el despacho de Connaughty…

Los alumnos encontraban los rumores tronchantes y ridículos, y sin embargo, al día siguiente les contaban a otros lo que habían oído, exagerando la historia y empezando a creérsela ellos mismos. Anna era capaz de sentir los cotilleos mientras caminaba por los pasillos, como si estuvieran entretejidos

en el ambiente, dejando tenues sugerencias en la punta de la lengua, aguardando a ser liberados.

Cuando el aquelarre se reunió aquella semana, las chicas no pudieron contener la emoción.

—De nada, no hay de qué. —Effie se inclinó ante la hilera de maniquíes.

—Eh, leed este. Es buenísimo. —Rowan le puso el móvil a Manda debajo de la nariz.

Manda lo leyó y se tapó la boca con la mano, riéndose.

—Darcey estaba muy cabreada hoy. Nunca la había visto así, gritándole a todo el mundo —dijo.

—Hace días que no veo a nadie sacándome una foto —dijo Rowan—. Todos están demasiado ocupados cuchicheando sobre Darcey, Olivia y Corinne. ¡A su reinado le quedan dos telediarios!

Effie se echó a reír.

—Larga vida a las reinas de la Luna Negra.

Pasaron el rato leyendo cada rumor con el que se topaban, riendo hasta que se les saltaban las lágrimas. Las hizo sentir bien; ver que Darcey fuera víctima de la misma telaraña que ella había creado las hizo sentir de maravilla. Cuando la sesión acabó, Anna permaneció en el aula pues quería hablar un momento a solas con Attis y Effie.

Intentó sonar despreocupada.

—¿Habéis encontrado algo sobre Nana?

Attis soltó un profundo suspiro, con las aletas de la nariz dilatadas y la mirada encendida.

—Ya te dije que no sacarías nada en claro de esa mujer.

—Lo sé. No te hice caso.

—Yo he oído algunas cosas, pero de momento nada concreto —dijo Effie —. Hay rumores acerca de una loca que vive en Londres y se llama Nana. Un tipo me comentó que era la bruja más longeva del país, y que descendía de una familia de antiguos practicantes rusos. Otro me aseguró que era de Nueva Orleans. Pero nadie sabía cómo o dónde encontrarla.

—Ah —dijo Anna intentando disimular la decepción en su voz.

—Puedo preguntarle a Selene.

—Vale, pero no le digas por qué se lo preguntas. No creo que le haga gracia que esté investigando la muerte de mi madre de esta manera.

—Pues claro que no le hará gracia —dijo Attis—. Esa mujer afirma ser una bruja de maldiciones. Lo más probable es que esté todavía más trastornada que Effie.

—Razón de más para dar con ella —respondió Effie.

Mientras volvían al piso de arriba, Anna les contó el incidente con la nieve y el jardín, y el susto que se había dado al verlo florecer. Le quitó importancia al asunto, con la esperanza de que la historia consiguiera ablandar a Attis, pero él no le sonrió ni se despidió cuando tomaron caminos diferentes. Anna tomó asiento en el tren y notó que su enfado con él crecía cada vez más.

Durante la semana siguiente, los rumores siguieron propagándose a un ritmo vertiginoso. Darcey no se lo tomó bien. Estaba enfadada y arremetía contra todo el mundo. Anna había oído que se había peleado con Corinne y ya no se hablaban.

Vi que Connaughty le ponía la mano en la rodilla por debajo de la mesa durante la reunión del consejo escolar…

Hará lo que sea con tal de conseguir una buena carta de recomendación para Cambridge…

Le gustan los hombres entraditos en carnes…

Cuando Anna se reunió con los demás en la sala común a la hora de comer, los cuchicheos habían cobrado vida propia; ahora eran como una entidad voraz y bulliciosa. Vio cómo una mosca se posaba sobre el rostro de una chica y correteaba hacia sus labios. La chica se movió, y la mosca salió volando y se unió a otras que zumbaban en la ventana.

—Mirad quiénes asoman la patita —dijo Effie señalando sin disimulo a Darcey y a Olivia.

Darcey, que iba con la cabeza bien alta, se dirigió dando zancadas al centro de la sala, como si quisiera retar a cualquiera que estuviera hablando sobre ella y, sin embargo, a sus ojos asomaba cierta turbación; era la mirada del cazador que sabía que estaba siendo cazado. Los susurros se apaciguaron, pero no se detuvieron.

—Largaos —les dijo Darcey a un grupo de chicas apoyadas en una de las mesas del centro. Las chicas se dispersaron y Darcey ocupó su lugar. Le dirigió a Lydia un chasquido de dedos para que fuera a sentarse con ellas y empezó a charlar como si nada de aquello le importase. Cuando Peter entró en la sala común, ella lo llamó y empezó a manosearlo. Jugueteó con su pelo y sus orejas hasta que él acabó cansándose y se marchó.

Darcey solo les dirigió la mirada mientras abandonaba la sala y pasaba por delante de su mesa.

—¿Estás comiendo postre, Mastodonte? ¿Crees que es lo más sensato? Sabes que irá directo a tu culazo.

—Ya te gustaría a ti tener mi culo, Darcey —respondió Rowan, saboreando otra cucharada del pudin.

Darcey entornó los ojos de forma imperceptible. Una mosca se posó en su vaso de zumo y correteó hasta su dedo; ella sacudió la mano para librarse del insecto, pero este volvió de inmediato. Sacudió la mano de nuevo, cada vez más molesta. La mosca se aferró a su dedo.

—Puaj. Vuestra mesa atrae a las moscas —Intentó quitársela de encima, pero el insecto voló por los aires y se le posó otra vez en la mano. Darcey soltó un ruido de irritación, le dio un manotazo a la mosca y la aplastó contra su piel. Se limpió los restos y las miró con desconfianza; una desconfianza que obviamente era incapaz de expresar con palabras, pero que, a pesar de ello, estaba presente.

—Vámonos, Olivia, esto es un asco.

Olivia se le colgó del brazo y las dos se marcharon indignadas.

—Sabe que hemos sido nosotras —Manda se había quedado aturdida—. Lo sabe.

—¿Y qué? —dijo Effie—. Bastante trabajo va a tener intentando desmentir los rumores, como para liarla aún más. Está acabada y el colegio es ahora nuestro.

Manda soltó una risita histérica.

—Y no va a poder hacer una mierda al respecto.

—Manda, ¿acabas de decir «mierda»? —se rio Rowan.

—Lydia —exclamó Effie—. Oye, ven aquí. —Lydia miró a su alrededor y vaciló. Sabía que hablar con Effie sería confraternizar con el enemigo, pero, aun así, Effie tenía sus influencias. La chica se acercó a su mesa.

—Siéntate con nosotras. ¿Has oído lo que van diciendo sobre Darcey y Connaughty? —Effie puso cara de asombro y, a continuación, se inclinó hacia ella de forma conspiratoria—. ¿Crees que será verdad?

A Lydia apenas hacía falta darle alas: traicionó a Darcey de inmediato y les contó todos los cotilleos que había oído.

Después de comer, Anna fue a tocar el piano al aula de música. En cuanto se sentó, una canción empezó a fluir de sus dedos. El comienzo era grave y sombrío, y lo seguían una serie de notas agudas que se hostigaban unas a otras, subiendo y bajando. No tenía claro de dónde brotaba la música, si de ella o del piano; le daba la sensación de que se estaban tocando mutuamente.

Al cabo de unos minutos, advirtió una sombra en la puerta. La música se detuvo de golpe.

—¿Qué haces aquí?

Attis cerró la puerta tras él.

—Tengo el mismo derecho que tú a estar aquí. Puede que yo también haya venido a tocar.

—¿A tocar qué?

—Los bongós. —Sacó unos instrumentos del estante y se los puso en el regazo.

Anna reprimió la sonrisa que estaba formándose en sus labios.

—¿Has venido a practicar con los bongós?

—Sí. Por favor, tú a lo tuyo. Tocaré muy bajito. —Comenzó a golpearlos suavemente hasta que Anna lanzó una carcajada.

Attis le devolvió la sonrisa, pero esta desapareció de inmediato.

—Anna, tienes que contarme si tu tía te hace daño. No está bien. No creo que lo entiendas, pero de verdad no está bien.

Cuando Attis se ponía serio, siempre la invadía un sentimiento de nerviosismo. Su rostro no estaba hecho para fruncir el ceño.

—No me hace daño; en realidad, no.

Attis asintió con tristeza.

—Si lo hace, quiero que me lo cuentes.

—Lo haré.

—Bueno…, he preguntado por ahí sobre la tal Yaganov.

Anna había dado por sentado que no iba a ayudarla.

—¿Y?

—*Niente*. Lo siento. Creo que el tío de la biblioteca era un tarado.

Anna tocó unas cuantas notas de mal humor.

—Puede.

Él suspiró.

—¿Qué intentas descubrir? ¿Que tu magia está maldita y es, de algún modo, diferente? A veces, cuando tenemos miedo, nos es más fácil buscar patrones o significados ocultos…

Anna tensó los dedos.

—Crees que lo sabes todo, Attis, pero no es así.

—No tienes que obedecer a tu tía durante el resto de tu vida. Complácela, conviértete en Encorsetadora, y luego, cuando seas bastante mayor, podrás marcharte. Huir.

—¡Huir! —Anna se echó a reír y giró sobre la silla para situarse cara a cara con él—. No todos podemos ser como tú, unos indolentes que no dependen de nadie y hacen lo que quieren cuando quieren. —Su voz resonó en la silenciosa acústica de la estancia.

—¡Acabarás pasándolo mal! ¿Es que no lo ves? —Alzó la voz tanto como ella. Anna nunca lo había oído emplear ese tono; el sonido melodioso de su voz se había aplanado igual que un trozo de alambre.

—¿Y a ti, qué más te da? —chilló ella, exasperada. Él no respondió y Anna no supo qué respuesta prefería oír: que lo hacía por responsabilidad hacia el aquelarre, porque era amiga de Effie, o… por ella.

Dejó escapar un suspiro grave y afligido.

—Ponte a tocar el puto piano y ya está, ¿vale?

—No pienso tocar mientras estés aquí.

—Pues no pienso irme a ninguna parte.

—Bien.

—Bien.

Anna se dio la vuelta y empezó a tocar, porque de lo contrario hubiera tenido que lanzarle algo. La canción volvió a ella de inmediato; retumbaba igual que un trueno mientras las notas agudas de la melodía resplandecían como un relámpago. Sus dedos se movían por las teclas con la rapidez de la lluvia. No quería pensar. Lo único que quería era tocar hasta que sus pensamientos desaparecieran. Attis la observaba en silencio. Anna perdió la noción del tiempo a medida que su cólera se iba apaciguando. *Puede que tenga razón. Tal vez me esté volviendo paranoica, como la tía*.

Oyó unos golpes leves detrás de ella, el sonido de unos bongós. Sus labios trazaron una sonrisa. *Attis Lockerby, eres idiota*.

Ella se dio la vuelta de forma acusadora.

—¿Te diviertes?

—Mucho. No hay nada mejor que una buena sesión de bongós.

Anna consiguió fulminarlo con la mirada y sonreírle al mismo tiempo.

—Quiero que me lo cuentes —dijo él—. Si las cosas en tu casa empeoran, cuéntamelo y te sacaremos de ahí.

—Vale. —Anna asintió, consciente de que si quería huir de su casa tendría que hacerlo a su manera. Cerró la tapa del piano y se levantó, pero Attis se acercó a ella.

—Bueno, ¿le has dado ya una vuelta a esto? —Sacó un trozo de papel.

—¿Qué es eso?

—Un formulario para inscribirte en la función del colegio.

—¿Y por qué me lo enseñas?

—Para que escribas tu nombre, mira, con esto… —Sacó un boli del bolsillo.

—No pienso rellenar eso.

—Vale, lo rellenaré por ti.

—Ni hablar —dijo quitándole el papel de la mano—. A mí no me das órdenes, Lockerby.

—¿Cuándo vas a enseñarles a los demás tu música?

—Toco delante de ti, ¿no?

—Me refiero a un público de verdad, no a pervertidos del piano como yo.

—Ah, bueno, en ese caso la respuesta sigue siendo «nunca».

—Y a mí sigue decepcionándome esa respuesta. ¿Por qué te empeñas en decepcionarme?

—Es mejor que darte falsas esperanzas.

—Yo prefiero que me des falsas esperanzas.

Se quedaron mirándose en aquella habitación oscura. Era demasiado oscura y hacía demasiado calor. Él estaba demasiado cerca.

—Venga —dijo Anna de pronto—. Tenemos que ir a clase. —Se metió la hoja de inscripción en la mochila y lo arrastró hacia la puerta.

—¿Quién es ahora la que da órdenes, doctora Everdell? —se rio él, al tiempo que se marchaban.



Anna se aseguró de no tocar el piano como lo había hecho antes frente a Attis. Movió los dedos de forma metódica y dejó que las notas se sucedieran a la perfección, mientras su tía estaba sentada a su lado. El metrónomo le resultaba más molesto que nunca. *Tic, tac, tic, tac… ¡Se me acaba el tiempo!*

¿Cómo era posible que Attis y Effie no hubieran descubierto nada sobre Nana? Effie al menos lo había intentado, pero Anna no estaba segura de que Attis se hubiera esforzado de verdad, por mucho que él dijera lo contrario. No tenía idea de dónde nacía su reticencia. Era imposible entender a ese chico. *Es imposiblemente frustrante*.

—Mantén el ritmo.

Anna volvió a concentrarse en el tictac del metrónomo y dejó que su mente se sumergiera en la canción. Pensó en la melodía que había tocado antes, había sido intensa y liberadora. Sonrió de forma imperceptible mientras se preguntaba qué tal tocaría Attis los bongós frente al metrónomo. Su mente empezó a divagar y se perdió en la suave invitación de la música; su tía y el tictac se desvanecieron. En su interior afloró un sentimiento que no supo identificar, pero la música se apoderó de él y la melodía se tornó más suave,

con las notas fusionándose unas con otras, antes de acelerarse de repente iluminando los oscuros recovecos de su mente, ruborizándole las mejillas…

Un dolor agudo le atravesó el dedo e interrumpió la canción. Unas gotas de sangre recorrieron la tecla blanca del piano. Anna levantó el dedo: la sangre manaba de la punta. Una espina se le había clavado mientras tocaba. Miró a su tía, incrédula.

—Qué curioso que el metrónomo haya empezado a seguirte el ritmo, en vez de ser tú la que se acomode al suyo —dijo su tía haciendo caso omiso de la herida. Anna notó un nudo en el estómago; ni siquiera se había dado cuenta —. Lo que pasa es que te has dejado llevar, ¿no es así? Por la belleza de la melodía…, por la belleza de la música y la magia de su interior. Nunca te había oído tocar de ese modo.

Anna trató de hallar las palabras para explicarse.

—Y al parecer, las rosas tampoco. —Su tía señaló el rosal que había sobre el piano. Todos los capullos seguían cerrados menos uno. Una rosa había florecido, tan roja como su sangre. Anna la contempló con horror. Llevaba viviendo con esas rosas toda su vida y jamás se había abierto ninguna. Era preciosa, de un rojo intenso y seductor, con los pétalos curvados en un sinfín de preguntas y un centro ensombrecido con susurros.

—Las Encorsetadoras nos harán una visita durante las vacaciones de Pascua.

Anna apartó la mirada de las rosas intentando asimilar las palabras de su tía, que no hicieron más que acrecentar su sentimiento de horror.

—Quieren ver qué tal te va, si aún puedes dominar tu magia. Me harás pasar mucha vergüenza si descubren que no eres capaz en absoluto.

—Sí, lo soy. Sí… —Anna pensó en el jardín florecido, en los siete círculos de la pantalla del móvil, en los rumores que se habían extendido por el colegio. *¿Lo soy?*

—No te fíes de la magia. —Su tía alargó la mano hacia la rosa—. Es preciosa, ¿verdad? Su aroma es el de los primeros brotes de amor, pero al mismo tiempo envuelve sus espinas en torno a tu corazón, y antes de que te des cuenta… En fin, ya sabes cómo acabó tu madre. Los susurros empiezan a inundar las noticias. Las Encorsetadoras están tensas. Es mejor no darles motivos para que se preocupen también por ti, ¿no crees? —Gesticuló con las manos, como si estuviera haciendo un nudo, y la rosa volvió a cerrarse sin emitir ningún sonido.

Durante un instante, Anna estuvo a punto de contarle a su tía lo de la marca de la maldición. Las palabras llegaban ya a los confines de sus labios,

pero las contuvo. Su tía no se mostraría comprensiva: descubriría que Anna había estado practicando la magia, desataría su ira, y Anna tendría que lidiar con algo más que con unas pocas gotas de sangre sobre una tecla del piano.

Fue un milagro que su tía la mandase a su habitación sin castigarla aún más. Anna se tumbó en la cama y pensó en la futura visita de las Encorsetadoras mientras recorría el cordón con las manos y tocaba sus seis nudos: firmes, prietos y recios. *Las emociones nos debilitan; el dominio nos fortalece. ¿Soy yo la que tiene el control o es mi magia la que me domina? ¿Las maldiciones pueden dominarse? Tal vez lo mejor sea ligar mi magia.* Pero no. Anna sabía que todavía no podía rendirse. Solo tenía que hallar otra manera de descubrir qué le estaba pasando.

Se sumergió lentamente en un sueño perturbador: estaba tocando el piano y los pétalos caían, pero las espinas se le enredaban en las manos y le perforaban los dedos, y las enredaderas se le enroscaban alrededor del cuerpo y la garganta; las notas escritas en la página que estaba frente a ella se desplegaron y se transformaron en círculos —siete círculos—, la música se acrecentó cada vez más hasta alcanzar el clímax y luego… oyó un estruendo.

Anna se incorporó de golpe en la cama y la música se desvaneció.

Advirtió que el libro de cuentos de hadas había vuelto a caer al suelo. Se levantó de la cama y lo recogió; le quitó la cubierta con un «¿cómo has llegado hasta aquí?». Cada vez estaba más acostumbrada a hablar con los libros.

La única respuesta que recibió fue el destello del grabado del árbol cuando la luz de la luna se reflejó en la tapa. Se lo llevó a la cama y se puso a leer el segundo cuento con la esperanza de que tuviera un final más feliz que el primero.

Caperucita Roja

En una tierra muy lejana, más allá del cielo y del humo, de la montaña y del lago, una doncella vivía en la linde del bosque junto a su madre. Su abuela estaba enferma y su madre le dijo que debía hacerle una visita. Le dio una cesta con manzanas, un pastel y una vasija de vino para que se los llevara como regalo. Cubrió la cabeza de la doncella con su mejor caperuza roja y le dijo que no se alejase del sendero.

Caperucita Roja se adentró en el bosque. Se aseguró de no apartarse del sendero hasta que oyó un terrible gemido entre los árboles. Quienquiera que estuviera profiriendo aquel ruido parecía estar sufriendo mucho. Abandonó el sendero y vio a un enorme oso negro que bramaba y gruñía y se sujetaba la pata. Se le había clavado una espina. Su ira

resultaba aterradora, pero la doncella se acercó a él y, con su voz más suave, se ofreció a quitársela. El oso se volvió hacia ella y soltó tal rugido que la caperuza de la doncella salió volando, aunque esta se mantuvo impasible. Entonces, él se tumbó en el suelo y le ofreció la pata. Ella le quitó la espina, y el oso recuperó la alegría y quiso hacerle un regalo a Caperucita Roja. Le dio una bolsita para que se la colgara al cuello con una ramita, una moneda, una aguja y un dedal en su interior. La condujo de vuelta al sendero y ella continuó su camino.

Poco después oyó una voz que la llamaba a lo lejos. Volvió a apartarse del sendero y se encontró a un lobo que le preguntó adónde se dirigía. Caperucita le explicó que iba a visitar a su abuelita, que vivía en una vieja cabaña junto a tres arbustos de sauco. El lobo le aconsejó que recogiera unas cuantas flores para alegrar a su frágil y agotada abuela. Caperucita le dio las gracias y se puso a buscar flores por el bosque.

El astuto lobo echó a correr y encontró la vieja cabaña. Mató rápidamente a la abuela de Caperucita y la devoró; solo dejó un trozo de carne en la despensa y un poco de sangre que vertió en una botella. Se puso la ropa de la abuela y se metió en la cama.

Cuando la doncella llegó, el lobo le dijo con un graznido:

—Pasa, pequeña mía.

Caperucita entró a la casa.

—Abuela, te traigo manzanas, un pastel y vino; y he recogido unas flores para que decores tu casa.

—Guarda la comida en la despensa y pon las flores en un jarrón, cariño. ¿Tienes hambre?

—Sí, abuela.

—Pues saca el filete que hay en la despensa y cocínalo en el caldero. ¿Tienes sed?

—Sí, abuela.

—Pues tómate un vasito de vino.

La joven doncella se comió el filete y se bebió el vino, que no eran otra cosa que la carne y la sangre de su abuela. En cuanto hubo acabado, el lobo le susurró algo que no pudo captar.

—¿Qué has dicho, abuela? —preguntó la doncella. El lobo volvió a susurrar y la doncella se acercó más—. Sigo sin oírte, abuela.

El lobo susurró de nuevo y la doncella se aproximó aún más.

—Habla más alto, abuela.

La doncella se sentó en el borde de la cama y acercó la oreja a la boca del lobo.

Esta vez sí lo oyó:

—¡He dicho que tengo hambre!

Pero Caperucita Roja se alejó de la cama antes de que el lobo pudiera ponerle las manos encima. Sacó la ramita de la bolsa que llevaba al cuello, y esta se convirtió en viento y abrió la puerta. Caperucita salió corriendo.

El lobo fue tras ella, y se acercó cada vez más.

Caperucita sacó la moneda de la bolsa y la lanzó a su espalda: se convirtió en una montaña de tierra que ralentizó al lobo, pues tuvo que subirla y bajarla.

Caperucita siguió corriendo, pero el lobo volvió a alcanzarla. Sacó la aguja de la bolsa y la lanzó tras ella: se convirtió en fuego e incendió el bosque. El lobo quedó atrapado entre las llamas.

Caperucita corrió y corrió, pero el lobo saltó por encima de las llamas y se aproximó a ella de nuevo. La doncella sacó entonces el dedal de la bolsa y lo lanzó a su espalda: el dedal se convirtió en un gran río. El oso negro salió del bosque y le dijo a Caperucita que saltara sobre su espalda. Ella se agarró con fuerza y él la llevó nadando al otro lado.

El lobo saltó tras ellos, pero el río era demasiado profundo. Acabó hundiéndose y se ahogó.

Al menos esta historia tenía un final feliz. La tía siempre había preferido aquellas que terminaban con un castigo: *Los finales felices no existen en la vida real, pequeña mía, y los cuentos no podrán protegerte. Los lobos siempre estarán al acecho*. Anna se estremeció al recordar sus palabras y cerró el libro de cuentos. No podía pasarse toda la vida temiendo a las sombras.

—Si no puedes protegerme, entonces tendré que protegerme yo sola —susurró.

El libro no respondió.



CARTA

Los hechizos con palabras son peligrosos; permiten diversas interpretaciones y pueden ser objeto de un uso indebido. Las Encorsetadoras podrán emplear únicamente una palabra mágica y, aun así, solo deberán escribirla o pronunciarla de forma anagramática.

La magia de las Encorsetadoras, *El libro de las Encorsetadoras*.

Las moscas golpeaban las ventanas del colegio. Anna se aferró con fuerza a su cordón de nudos mientras recorría el pasillo. Aquella mañana había visto salir una mosca de la oreja de una chica durante la asamblea escolar. Y habría jurado que el día anterior una había salido de adentro de un móvil.

Intentaba negárselo a sí misma, pero sabía perfectamente que era cosa del hechizo. Todo era culpa del hechizo. Había tenido la esperanza de que perdiera su poder, pero cada vez era peor, crecía y se extendía como el moho, adoptando formas nuevas. A medida que pasaban las semanas, resultaba más difícil saber qué era un rumor y qué era real.

Olivia tenía un aspecto diferente, se estaba convirtiendo en una sombría caricatura de Darcey. Estaba cada vez más delgada y se había aclarado el pelo; se lo había dejado crecer y se peinaba exactamente igual que Darcey. Corinne parecía más enfadada, aunque desde luego se podía deber simplemente a que los rumores la estaban volviendo loca. Y Darcey… Anna había estado observándola durante las asambleas y podría haber jurado que no dejaba de mirar a Connaughty. *¿De verdad se pasó dos horas en su despacho anoche o solo se trata de un rumor?*

Una mosca revoloteó alrededor de su cabeza. Anna intentó quitársela de encima, pero el insecto volvía zumbando una y otra vez, tan pegajosa como

una lapa. *¿Y si es culpa mía? ¿Y si a mi magia le pasa algo malo de verdad y la maldición ha invadido el hechizo?*

A la hora de la comida, no solo eran las moscas las que revoloteaban alrededor de su mesa. Mientras que la reputación de Darcey había caído en picado, Effie se había asegurado de que la suya subiera como la espuma: estaban rodeadas de gente. Incluso los alumnos más populares del colegio habían empezado a cambiar de bando.

—La cosa está clarísima. —Effie se rio y les enseñó el móvil a los demás. Era una foto de Darcey mirando con lujuria al director Connaughty; unos corazones le salían de la cabeza. *Ya veo que no soy la única que se ha dado cuenta…*

Manda soltó una risita y le pasó el móvil a Lydia. Anna se fijó en la cantidad de maquillaje que llevaba Manda. También le había pedido a Effie que le cortara el pelo, aunque esta vez de forma permanente.

—Qué asco.

—Puede que le gusten mayores.

—A lo mejor lo que le gusta es el bastón del director…

—Me han contado que la semana pasada no salió de su despacho después de la reunión con el consejo estudiantil…

Anna miró a Attis. Era la única persona, además de ella, que no parecía fascinada con la conversación. Él sabía que a Anna le preocupaban los rumores; se había estado pasando cada vez más por el aula de música para charlar y oírla tocar. Ella se había acostumbrado a su presencia y descubrió que su música fluía igualmente bien, mejor incluso.

—¡Peter! —exclamó Effie. Anna levantó la vista y vio que el chico acababa de entrar. Él miró con desdén a Effie, pero contempló la mesa y vio que todos sus amigos estaban allí—. Tranquilo, no voy a obligarte a que te sientes en mi regazo. Siéntate ahí, al lado de Anna.

Algunas personas se echaron a reír. Anna fulminó a Effie con la mirada, y notó como la sangre le ruborizaba las mejillas. Peter se acercó a su mesa con cautela.

—Effie, ¿todavía sigues empeñada en causar estragos por todas partes?

—¿Todavía sigues empeñado en no unirte a la fiesta? —replicó Effie con una sonrisa provocadora—. Aunque, siendo justos, primero tendrías que deshacerte de esa novia tuya. Precisamente estábamos hablando de ella.

—Preferiría que no lo hicierais.

—Tranqui, tío, es una broma —le dijo Tom.

Peter sacudió la cabeza y tomó asiento junto a Anna, mientras el resto seguía diseccionando más cotilleos. Peter se volvió hacia ella.

—Siento lo de estos tíos.

—Siento lo de Effie.

Se sonrieron. Apenas habían hablado desde que Anna le había pedido ayuda con el asunto del acoso a Rowan. Parecía que había pasado mucho tiempo desde aquello; ellas habían movido ficha y lo que estaba en juego era mucho más importante.

—Tendremos que unir fuerzas, ¿no? —Le dio un ligero codazo—. No has estado muy fina eligiendo el postre, Everdell. Todo el mundo sabe que el arroz con leche es más pegote que arroz; además, hay una mosca dentro. —Sacó la mosca con una cuchara—. Ya está.

—Gracias —dijo ella, sintiéndose culpable de inmediato; le costaba observar sus ojos escrutadores.

—Malditas plagas, ya tendrían que haberse desecho de las moscas. —Cazó a otra que pasaba volando y la tiró al suelo—. Deberíamos almorzar en la cafetería. Nunca te veo por allí, eres de lo más esquiva. —Su sonrisa se acentuó y Anna notó cómo se sonrojaba intensamente.

—Veré lo que puedo hacer.

—Oh-oh —oyó que decía Effie entre risitas. Al levantar la vista, Anna advirtió que Darcey había entrado en la sala común. Los ojos de Darcey aterrizaron en Anna, luego en Peter y por último en la sonrisa de Effie. Varias moscas se dirigieron zumbando hacia ella y las risas se multiplicaron. Les dirigió una mirada tan llena de veneno que Anna fue capaz de sentirlo, entremezclado con odio y cólera. Darcey se dio la vuelta y se marchó.

—Será mejor que me vaya —dijo Peter, pero su voz destilaba impaciencia —. Ya nos veremos, Everdell.



Anna había estado esperando con muchas ganas la reunión del aquelarre de aquella tarde, ya que solo estarían ellas, pero cuando abrió la puerta de la sala de costura se tambaleó hacia atrás, consternada. El aula siempre había olido a rancio, como a agua estancada, pero por el hedor que desprendía ahora parecía como si hubiera quedado sumergida en el fondo del estanque. El altar estaba cubierto de moscas.

Effie dio una palmada y mató a una.

—Attis, ¿puedes ir a buscar insecticida o algo?

—¡Por las plumas del infierno! —exclamó Rowan, quitándole la tapa a uno de los vasos de zumo. El interior se había llenado con un agua gris fangosa—. ¿De dónde narices ha salido eso?

—¿Es nuestro hechizo? —preguntó Manda.

Effie se encogió de hombros.

—El hechizo funciona, así que si la cosa se ha asalvajado un poco, pues nada. Así es la justicia que imparte la naturaleza.

—Darcey se ha escondido —anunció Rowan con entusiasmo mientras vaciaba el vaso—. Aunque ¿habéis visto lo que anda diciendo de nosotras? Cada día da más pena.

—¿El qué? —preguntó Anna.

Rowan le pasó su móvil. Darcey había publicado una foto de ellas junto con el comentario: NO OS FIEIS DE ESTAS CHICAS. SON MÁS MALAS QUE EL DEMONIO. INTENTAN DESTROZARME LA VIDA.

Anna agarró el teléfono con más fuerza.

—¿Creéis que sabe lo que hemos hecho?

—¿El qué? ¿Magia? —Effie se echó a reír—. Está claro que sospecha de nosotras. Pero ¿de qué va a acusarnos? ¿De difundir rumores? Ni que eso fuera delito.

—La expresión «más malas que el demonio» tiene una connotación bastante fuerte.

—Todos piensan que se le ha ido la pinza, Anna —la tranquilizó Rowan —. Y a nadie parece importarle ya lo que diga. Sigo sin creerme que los demás quieran sentarse con nosotras. Y no cualquiera. Los chicos. Karim te ha puesto ojitos hoy, Manda.

—Qué va —replicó ella—. Espera, ¿en serio?

—Manda, si quieres que caiga en tus redes de una vez tienen que verte salir por ahí —dijo Effie—. Este fin de semana nos vamos de fiesta.

—¡Me apunto!

—Sí —dijo Manda—. Ya se me ocurrirá alguna excusa.

—Creía que la popularidad era para los débiles de mente, Manda —dijo Anna, pero Manda parecía molesta.

—Oye, por primera vez la gente no me hace el vacío, así que pienso disfrutarlo, ¿vale? Es nuestra oportunidad.

—No te pongas celosa, Anna —dijo Effie—. Conseguiremos que Peter caiga en tus redes también. Está a punto.

Anna se puso nerviosa.

—La verdad es que no creo que Peter esté interesado en mí. Y encima tú no haces más que tomarle el pelo.

Effie se echó a reír.

—Está en mi clase de Política. ¿Qué otra cosa quieres que haga? Sé que en el fondo le encanta, por mucho que ponga siempre esa cara tan larga. Venga, admítelo: quieres que te dé lo tuyo.

—Pues claro que quiero que me dé lo mío… es decir, que salga conmigo —espetó Anna—. Pero está con Darcey, así que…

—No he encontrado insecticida —dijo Attis con brusquedad, a su espalda.

—¡Agh, fuera! —Effie se dio la vuelta y dio una palmada con fuerza. Todas las moscas de la sala cayeron muertas.

Anna las vio retorcerse en el suelo.

—Effie, ¿cuándo crees que se agotará el hechizo? Los rumores ya han cumplido su cometido.

—Cuando el hechizo decida que se ha hecho justicia.

—¿Y si la cosa empeora?

—Pues mejor. —Effie sonrió—. ¿Seguimos?

—¿En el conjuro original aparecía alguna advertencia? ¿Podemos verlo?

—No, en un conjuro de venganza de mil setecientos no va a aparecer ninguna advertencia, y no podéis verlo porque el libro está de vuelta en la biblioteca.

—¿Lo has devuelto? —preguntó Anna de forma acusadora.

—No. Volvió solo.

—La biblioteca recupera ella misma los libros cuando decide que ya han cumplido su función —explicó Rowan—. Es muy útil, porque siempre se me olvida devolverlos. Me han prohibido sacar libros de la biblioteca del colegio dos veces.

Anna pensó en el libro del apellido Everdell que tenía debajo de la cama. ¿Por qué la biblioteca no se lo había llevado todavía?

—Bueno, ¿podemos dejar ya el tema? —dijo Effie—. Es hora de ponerse a hacer magia.

Tras finalizar la sesión, Anna estaba sentada con Attis, que les había estado enseñando algunas de las propiedades mágicas del metal; Effie se aproximó. Aunque Anna seguía molesta con ella, debía averiguar si habían descubierto algo sobre Nana.

—Bueno, ¿habéis averiguado algo sobre quien vosotros sabéis?

Effie comprendió a qué se refería.

—Nop. A ver, he oído un montón de rumores, pero ninguno era de utilidad. Una amiga de la Cacería Salvaje me dijo que su padre la conocía, que estaba loca y que nunca la encontrarás.

—Pues ya está —dijo Attis.

Anna le lanzó una mirada a Attis. No pensaba tirar la toalla tan fácilmente; las Encorsetadoras iban a ir a visitarla y su Amarre estaba a la vuelta de la esquina.

—¡Rowan! —exclamó Anna.

Rowan se acercó, desenredando un nudo que se había hecho en el pelo.

—¿Por casualidad has oído hablar de una bruja llamada Nana Yaganov?

—Yaganov, Yaganov… Yaga. Nov. No. Pero conozco a una Yosovich.

—¿Podrías preguntarle a tu madre?

—Claro. ¿Quién es?

—Alguien a quien necesito encontrar. Por desgracia, solo dispongo de su nombre.

—Hmmm —murmuró Rowan—. Si solo tienes su nombre, podrías intentar enviarle una carta.

Anna entornó los ojos.

—Pero no sé su dirección.

—Si usas un sello Futhark no te hace falta poner la dirección.

—¡Rowan, eres un genio! —dijo Effie, agarrándola por los hombros.

—Obviamente.

—¿Qué es un sello Futhark?

—He oído hablar de ellos, pero nunca he usado ninguno.

—Con probar no pierdes nada —prosiguió Rowan—. Salvo si está muerta, y entonces la carta anima a su espíritu a darse una vuelta por el mundo de los vivos, o recibes un maleficio como respuesta o algo así.

—Es una locura —dijo Attis—. No puedes ponerte a enviar cartas con un sello Futhark si no sabes a quién se las mandas.

—Cuando éramos pequeños mis hermanos y yo enviábamos todo tipo de cosas y nunca pasó nada. —Rowan se encogió de hombros—. Salvo aquella vez en que mi hermano recibió una carta con unos caramelos que lo dejaron mudo durante un mes.

Anna levantó unos cordones de forma amenazadora.

—¡Como no me digáis ya qué es un sello Futhark, os haré un nudo en la lengua a todos!

Rowan inhaló profundamente.

—Es un símbolo rúnico que se nutre de la magia de las brujas rúnicas. Si lo usas, tu carta puede ponerse en contacto con cualquier persona del mundo mágico; no te hace falta saber la dirección, solo necesitas el nombre de la persona, el sello y concretar tus intenciones. Se considera un poco peligroso, porque no solo sirve para enviar cartas en nuestro mundo…

—Lo usaré —dijo Anna.

—¿Con quién quieres ponerte en contacto? —preguntó Manda, acercándose a ellos.

—Solo es una pariente de la que hace mucho que no sé nada.

Anna hizo caso omiso del recelo que asomó en la mirada de Rowan.

—Llevo papel de escribir y sobres en la mochila —le ofreció Manda, y al ver que Effie ponía los ojos en blanco, añadió—: ¿Qué? Nunca se sabe cuándo tendrás que escribirle a alguien una nota de agradecimiento. ¿Te hace falta boli?

—Con los sellos Futhark no necesitas más que tu sangre —bromeó Effie, lo que provocó que Manda profiriese un gritito.

—Está de broma —le aseguró Rowan a Anna—. Aunque a veces la gente los traza con sangre para otorgarles más fuerza.

—Creo que me decantaré por la tinta —dijo Anna, sentándose frente a un pupitre para escribir la carta.

Estimada señora Yaganov:

Me llamo Anna Everdell y soy la hija de Marie Everdell. Un hombre llamado Pesachya, que vive en la biblioteca, me facilitó su nombre. Me contó que mi madre fue a verla antes de morir, hace dieciséis años. No sé si le sonará la historia, pero mi padre la estranguló cuando yo era solo un bebé y luego se suicidó. Quisiera saber si usted dispone de alguna información que me ayude a entender lo que ocurrió aquella noche.

Le ruego que me ayude.

Atentamente,

Anna Everdell

Dobló la hoja de papel y la metió en el sobre. Escribió «Nana Yaganov» en mayúsculas en la parte delantera.

—¿Y ahora qué?

—Tienes que incluir este símbolo en la parte de atrás. —Rowan lo había dibujado para que lo copiara. Se parecía a la letra «R», pero los trazos eran más angulosos, y la parte superior tenía forma triangular.

—Una «R» rúnica —le explicó Rowan—. No me acuerdo de qué significa.

—*Raidho*. Significa «viaje» —dijo Attis con la voz salpicada de irritación.

Anna dibujó el símbolo con cuidado.

—¿Y ahora, qué hago?

—Pues la envías por correo.

—¿Cómo? ¿La meto en un buzón normal?

—Más o menos. Tiene que ser uno antiguo. Vamos, creo que hay uno por Dulwich Village.

No fue fácil localizar el buzón. Recorrieron una callejuela adoquinada de la zona y lo encontraron enterrado tras unas zarzas, empotrado en un muro de piedra. Tenía un aspecto bastante ordinario, aunque estaba viejo y desgastado, y la pintura roja se había descascarillado; la ranura para meter las cartas era estrecha, igual que un ojo entornado frente al viento y la lluvia.

—¿Cómo sabes que le llegará? —preguntó Anna examinándolo.

—¿Ves eso? —Rowan señaló la «V» y la «R» grabadas en la parte superior, con la corona inglesa estampada entre ambas.

—Es el monograma de la reina Victoria —dijo Manda.

—Sí, pero fijaos bien en la «R» —dijo Rowan. Anna la examinó y descubrió que no era como la «V» que estaba al otro lado, sino que era más enjuta y puntiaguda, igual que la «R» que Anna había escrito en el sobre—. ¿Veis? Es un buzón Futhark. Están escondidos por todo Londres.

—Genial —dijo Anna trazando el símbolo con los dedos—. Entonces, ¿la echo y ya está?

—¿A ti, qué te parece? —Rowan sonrió—. ¿No creerás que tienes que bailar una danza ritual alrededor?

—No me extrañaría nada.

—Tendría que haberte hecho creer que sí. —Rowan se echó a reír mientras Anna daba un paso adelante.

Se asomó al interior de la ranura, pero la oscuridad fue lo único que le devolvió la mirada. ¿Adónde iría la carta? Dejó clara su intención para sus

adentros: *Por favor, hazle llegar esta carta a Nana Yaganov, la mujer que tal vez pueda darme información acerca de mi madre y la maldición*. Metió la carta en el buzón y se giró.

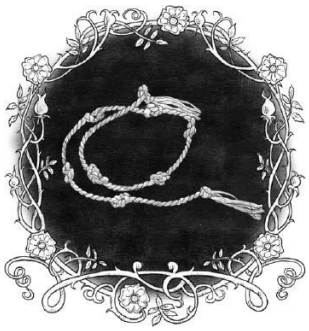
—Pues ya está. —No quería darle vueltas al asunto ni hacerse ilusiones—. Un momento —dijo, preocupada—. ¿Cómo recibiré la respuesta? —A su tía le parecería sospechoso que recibiera una carta a su nombre.

—Tranquila, estas cartas no llegan por los cauces habituales. —Rowan negó con la cabeza—. Si te manda una respuesta, la carta te llegará a ti. Solo a ti.

Manda examinaba la ranura del buzón, en busca de indicios de magia.

—Yo no me acercaría demasiado —le dijo Effie al oído, y Manda volvió a chillar.

Pero a Anna la había distraído la expresión de enfado de Attis. Se dio la vuelta, para evitar congraciarse con él. Se tomaba su papel de protector del aquelarre demasiado en serio para tratarse de alguien que rara vez se tomaba las cosas en serio. De todas formas no necesitaba su visto bueno, lo único que le hacía falta era una respuesta.



COLLAR

Que nuestro sacrificio purifique nuestro corazón.

Séptimo precepto, *El libro de las Encorsetadoras*.

Durante los primeros días de sus vacaciones de Pascua, Anna se había alegrado por no tener que ir al colegio y por poder dejar a un lado el sentimiento de culpa que le provocaban los rumores, que cada vez eran peores. Pero cuando llegó el día que tanto temía, hubiera preferido estar en cualquier sitio menos en casa. Las Encorsetadoras estaban al caer. Y ella era un manojo de nervios.

¿Y si volvía a hacer magia sin querer? ¿Y si percibían su oscuridad? ¿Y si la marca de la maldición aparecía de nuevo? ¿Llevarían a cabo su Amarre de inmediato? *¿Me obligarán hoy a unirme a ellas?* Era extraño, hasta ahora nunca había tenido que preocuparse por poseer demasiada magia. A una parte de ella la deleitaba la idea de desplegarla ante las Encorsetadoras, de contemplar la conmoción que cruzaría sus arrugados rostros, pero su parte más sensata sabía que era de vital importancia no revelarles nada, no correr riesgos innecesarios.

El timbre sonó justo a mediodía.

—Hola, Helen, pasa. —La voz de la tía sonó suave y afable.

Anna oyó cómo iban llegando una a una e intercambiaban saludos cordiales. Tomó los pasteles y forzó una sonrisa al presentarse ante ellas. Le lanzaron una mirada severa; aquellos nueve rostros tenían el mismo aspecto de siempre, como si se hubieran pasado toda la noche chupando limones. Advirtió una cara nueva en el grupo. Una chica de su edad, de complexión

grande y con el pelo castaño e hirsuto. A Anna le resultaba familiar. *Rosie. La hija de la señora Bradshaw*. Ya se habían visto una vez.

—Hola, Anna. Me alegro de volver a verte.

—Rosie —respondió Anna con recelo.

—Anna, Rosie ha llevado a cabo su Amarre hace poco —le explicó su tía —. Hemos pensado que podría ser buena idea que hablarais, para que ella te tranquilice.

Rosie, que estaba sentada junto a su madre y llevaba el mismo peinado poco favorecedor, sonrió a Anna con amabilidad. Se habían conocido de pequeñas. Habían dejado a Rosie y a Anna en la habitación de esta mientras las Encorsetadoras celebraban una de sus reuniones. Rosie había intentado convencerla de hacer magia casi de inmediato, sugiriéndole que escribieran mensajes de auxilio en unos aviones de papel para hacerlos volar desde el balcón y que alguien fuera a rescatarlas de su tediosa vida. A Anna le había dado demasiado miedo hacerlo y Rosie había acabado exasperada. Le era imposible imaginar que se hubiera convertido en Encorsetadora.

—¿Te apetece un pastelito? —le ofreció el plato a Rosie.

Rosie miró a su madre.

—No, gracias. —Volvió a apoyar las manos en el regazo.

Anna siguió atendiendo sus demandas, intentando bloquear de su mente la cháchara de las mujeres y evitando hacer ningún movimiento brusco ni establecer contacto visual. Hablar con Rosie no resultaría tan horrible si las dejaban marcharse a la cocina; incluso podría serle útil.

—Tu pelo está precioso, Anna. —La sonrisa de la señora Whitering la rodeó igual que un animal salvaje. Anna se quedó paralizada. Había tenido la esperanza de que no se fijasen en su pelo. La señora Withering tomó una galleta de la bandeja—. Veo que esta vez son caseras. Mucho mejor. Tu tía me ha comentado que aún no tienes claro si quieres convertirte en Encorsetadora. Estamos todas muy preocupadas.

Anna trató de no amilanarse.

—Mi tía me deja tomar la decisión y aún estoy sopesando mis opciones.

Algunas de las Encorsetadoras lanzaron agudas carcajadas. La sonrisa de la señora Withering se tensó aún más.

—Sopesando tus opciones… ¡qué ingenua! En mi opinión, a la juventud de hoy en día se os deja demasiada manga ancha. ¿Acaso no conoces el noveno precepto, Anna?

—El fuego jamás se extingue; desconfiad del humo que lleva el viento.

—¿Te crees que lo decimos porque sí? ¿Que llevamos nuestros collares a modo de accesorio? ¿Que ligamos la magia de las brujas para divertirnos? No. Tenemos un propósito. Dicen que las Siete protegen a todas las brujas, pero, por lo que estamos viendo, eso no es más que una patraña. Nosotras, las Encorsetadoras, sí conocemos el precio de la auténtica protección, y puede que seamos la única esperanza que le queda al mundo mágico. Los susurros dividen; los secretos serán los que ayuden.

Anna asintió. No era la primera vez que oía un discurso de ese tipo.

—¿Alguna vez te han contado la historia de nuestra fundadora?

Anna negó con la cabeza. Nunca había oído esa historia.

—¿Qué tal si se la enseñamos? —la señora Withering dio una palmada alegremente—. Rosie, levántate. Tú interpretarás el papel.

La señora Bradshaw le dio un empujoncito y Rosie se situó, sin rechistar, en el centro de la estancia.

—Esta es Agnes Mandilip. —La señora Withering señaló a Rosie, que fingió inclinar un sombrero imaginario.

¿Qué narices es esto?

—Estamos en 1640, en la ciudad de Bury St Edmunds. Agnes, a la que todo el condado conoce gracias a sus habilidades, es la venerada y respetada curandera del pueblo. Algunos la llamaban *bruja*, pero nadie indagaba demasiado en sus asuntos pues era mejor permanecer en la ignorancia. Agnes tomaba aprendices en secreto para enseñarles sus artes; estas recogían hierbas, preparaban ungüentos y tinturas y llevaban a cabo hechizos de curación. Pero los tiempos estaban cambiando. El poder de los Cazadores era cada vez mayor y se extendía por todo el país como nubarrones de tormenta; los vientos crecían y el humo se agitaba, liberando su veneno. Los susurros se incrementaron. *Bruja*, decían. *¡Bruja! ¡Bruja!* Empezaron a señalarla con el dedo y las acusaciones se hicieron cada vez más habituales…

En respuesta a las palabras de Withering, las Encorsetadoras del salón señalaron a Rosie con el dedo y se pusieron a susurrar y murmurar. Rosie se encogió y Anna ya no fue capaz de distinguir si estaba actuando o no.

—Cuando los Cazadores llegaron a la ciudad, detuvieron a Agnes y la torturaron durante nueve días seguidos. —La señora Withering sonrió—. *Confiesa*, le dijeron, *confiesa. ¡Confiesa!*

Las Encorsetadoras entonaron un cántico: *Confiesa, confiesa, confiesa*.

—¡Pretendían que revelara más nombres! Ansiaban torturar a más brujas. Agnes intentó resistirse, pero su tormento era horrible y ella gritó y aulló…

Rosie abrió la boca de golpe y comenzó a chillar como si la estuvieran torturando en ese momento. Su actuación era muy convincente, *demasiado convincente.…*

—¡Basta! —gritó Anna—. ¡Ya basta!

Pero la señora Withering la ignoró y elevó su voz chillona por encima de la de Rosie.

—Finalmente, Agnes les dio los nombres de sus aprendices. Ellos les dieron caza y las llevaron hasta ella. Tuvo que oír cómo las torturaban día y noche. Entonces, sumida en el estruendo de sus gritos, se dio cuenta del error de sus actos. Había sido su magia, que rezumaba orgullo, la que había atraído a los Cazadores a su ciudad, la que había desatado el caos y había hecho sufrir a todos los que amaba. Solo contaba con la soga con la que le habían atado las muñecas. Consiguió liberárselas y, con un último gemido de angustia, hizo un nudo en el cordón y confinó sus emociones en su interior. Para siempre. Enterró su magia a tanta profundidad, que los Cazadores no volverían a llegar hasta ella.

La boca de Rosie se cerró de golpe e interrumpió su grito.

—Por mucho que la torturaron después de aquello, ella permaneció en silencio. Todo el pueblo acudió a su ahorcamiento, pero cuando Agnes se precipitó a su muerte, sacudiendo los pies y retorciendo el cuerpo, no emitió sonido alguno.

Mientras la señora Withering pronunciaba las palabras, Rosie se llevó las manos al cuello y empezó a arañárselo; seguía teniendo la boca cerrada. Anna tardó un momento en darse cuenta de lo que ocurría. *La están ahorcando. ¡La están ahorcando aquí mismo!*

—¡Rosie! —gritó—. ¡No! ¡Basta! ¿Qué hacéis? —Las mujeres que la rodeaban estaban sentadas dócilmente, removiendo el té y dando mordisquitos a las galletas. Miró a la madre de Rosie, pero esta ni siquiera se inmutó. *¡Están todas locas!*

Rosie abrió los ojos de par en par, tenía la cara roja y desencajada. Anna sentía el dolor de la chica en su propia piel. Alzó las manos hacia ella y proyectó su magia con un gemido; Rosie se desplomó en el suelo resollando mientras recuperaba el aliento con fuertes sacudidas. Anna levantó la vista y vio que todas las rosas del rosal de la esquina se habían abierto, profiriendo gritos silenciosos.

Todas las miradas se posaron en ella. Se metió la mano en el bolsillo y se aferró a su cordón de nudos, intentando tranquilizarse.

—Qué curioso —dijo la señora Withering—. He sentido algo parecido a la magia emanar de ti, querida Anna. Y no veo que hayas hecho ningún nudo.

Al menos puedo fingir confusión.

—No… No sé qué ha pasado. He sido presa del pánico y… ha sucedido sin más.

—No creo que eso cuente como talento mágico —dijo la señora Dumphreys de forma despectiva.

—No, pero sí tiene algo de poder. —La señora Withering observó a Anna. Se volvió hacia las demás—. ¿Y si no es capaz de dominarse durante la ceremonia? ¿Cómo podemos asegurarnos de que estará dispuesta a hacer el sacrificio que se requiere? Vivienne, creí que habías dicho que era capaz de dominarse.

—No se dejará llevar por el pánico —dijo su tía con brusquedad—. Anna estará lista.

La señora Withering le dio un sorbo al té con una expresión escéptica.

—Bueno, ¿hemos acabado con la representación? Me parece que tenemos asuntos más urgentes que atender.

—Teniendo en cuenta todo lo que está sucediendo, Vivienne, dudo de que haya algo más urgente que enseñarle a Anna la importancia que tiene nuestra historia —dijo la señora Withering—. Verás, Anna, antes de que la ahorcasen, Agnes transmitió los secretos de su silencio a sus aprendices; les explicó que había llegado a comprender cuán pecaminosa era la magia, que la había ligado en su interior y que todas las Desligadas debían hacer lo mismo. Solo una aprendiz sobrevivió, pero bastó para transmitir sus enseñanzas; la soga que envolvía el cuello de Agnes se convirtió en nuestro símbolo. Nuestro collar de Encorsetadoras. Para recordarnos su dolor y su dedicación. Hemos transmitido sus secretos durante siglos; hemos ligado nuestra magia, hemos aumentado nuestro número e intentado evitar el regreso de los Cazadores. Sin embargo, el mundo mágico ha hecho caso omiso y ahora los nubarrones nos amenazan de nuevo. Pero no te preocupes, Anna. —La señora Withering sonrió con amargura—. Tómate tu tiempo. Y decídete tranquilamente. No es un asunto de vida o muerte, ¿no?

Anna se tomó un momento para responder.

—Gracias. Me ha dado mucho en qué pensar.

—Pues no te duermas en los laureles. El verano se acerca y no te queda mucho tiempo. —La señora Withering le dirigió a su tía una mirada significativa—. Silencio y secretos.

—Silencio y secretos —respondieron todas las demás al unísono.

—Venga, Anna. Ve con Rosie a la cocina —le ordenó la tía, cortante.

Anna apenas pudo llegar a la mesa de la cocina antes de que las piernas le fallaran. Rosie se sirvió un vaso de agua y sonrió alegremente, como si no hubiera pasado nada. Pasaron unos minutos en silencio antes de que Anna hablara.

—¿Estás bien?

—Ah, sí. Bien. —Rosie seguía sonriendo.

—Rosie, sabes que lo que ha pasado ahí dentro no ha estado bien. Ha sido retorcido.

—El dolor allana el camino.

Anna tomó una profunda bocanada de aire. Si la chica a la que conoció hace años seguía allí, se encontraba enterrada a mucha profundidad.

—Entonces, ¿ahora eres Encorsetadora?

—Exacto —respondió ella—. Tengo el rango más bajo, desde luego, pero por algún sitio hay que empezar.

—¿Y qué pasa con tu magia? ¿Te acuerdas de cuando nos conocimos e intentaste que hiciéramos magia juntas, pero…?

—Tú no quisiste. Por eso le dije a mi madre que no tenía que preocuparse por ti. Siempre has sido muy disciplinada y has tenido mucho autocontrol.

—Pero seguro que no pasa nada por lanzar algún que otro hechizo de vez en cuando.

Rosie dejó de sonreír y bajó la voz.

—Anna, no, la magia es peligrosa. La vida resulta mucho más sencilla sin ella. Serás feliz, créeme. No significa que vayas a dejar de tener sentimientos; simplemente las cosas ya no te importarán tanto. Es como ver el mundo con un nuevo nivel de madurez. Ahora soy muy feliz. —Volvió a sonreír, pero su mirada permaneció inexpresiva.

—*El libro de las Encorsetadoras* dice que durante la ceremonia debes estar dispuesta a hacer un sacrificio. ¿Cuál es el sacrificio? —preguntó Anna, apremiante.

—El viento —respondió Rosie.

—¿Qué?

—Durante el ritual, las Encorsetadoras deben generar una energía mágica que refleje la tuya y usarla para ligar la magia en tu interior. Pues el pecado expulsa al pecado y la magia debe ser ligada empleando una magia similar. Mi lenguaje era el viento, así que eso fue lo que usaron para mi Amarre. Recuerdo que recurrieron al viento; las ventanas se abrieron de golpe, un huracán me envolvió, los pétalos volaron a mi alrededor… —Su mirada

destelló de emoción al recordarlo—. Y entonces, mi magia quedó ligada. Desapareció. Se apagó por completo.

—¿Te… dolió?

—El dolor allana el camino. —Rosie sonrió—. Si no pierdes el control, te será más fácil. Las emociones nos debilitan; el dominio nos fortalece.

Anna se negaba a oír ningún precepto más.

—Pero yo no conozco mi lenguaje, ¿cómo ligarán mi magia entonces?

Rosie frunció el ceño.

—No lo sé. Supongo que habrá algún modo. ¿Seguro que no conoces tu lenguaje?

Anna negó con la cabeza, pensando en los siete círculos. *¿Es mi lenguaje una maldición?*

—No. ¿Pueden ligar cualquier lenguaje? —*¿Pueden ligar una maldición? ¿Qué será lo que sacrifiquen?*

—Me parece que sí. Puede que no lleven a cabo tu Amarre hasta que descubras tu lenguaje.

Anna asintió con escepticismo. Teniendo en cuenta la actitud de las demás Encorsetadoras, aquello no parecía demasiado probable. Sus arrugadas miradas estaban hambrientas; anhelaban ligar su magia, y cuanto antes, mejor. Sabían algo que ella desconocía.

—Así que, ¿tu magia ha desaparecido?

—No. Está aquí. —Rosie se metió la mano debajo del jersey y se sacó el collar de las Encorsetadoras, que era como el de su tía. Anna vio los moretones que estaban floreciendo por debajo, fruto del estrangulamiento anterior—. O, al menos, el collar representa la magia que está ligada en mi interior.

—¿No puedes acceder a ella de algún modo?

—No, no, me resultaría increíblemente difícil practicar la magia. Si lo intentara, el cordón me estrangularía y, como has visto, no es una experiencia agradable. —Se volvió a meter el cordón bajo el jersey y entrelazó los dedos sobre su regazo—. Por supuesto, durante el adiestramiento, a veces es necesario.

Anna se puso en pie, con su interior revolviéndose. Ya no quería seguir hablando con aquella chica que exhibía una expresión de satisfacción y una mirada vidriosa.

Se puso a recoger los pastelitos.

—¿Sabes de qué están hablando ahí dentro?

Rosie se unió a ella.

—Creo que voy a tomar uno —dijo mirando hacia la puerta. Le dio un mordisco al pastel, y a continuación se inclinó hacia Anna con los labios cubiertos de glaseado y le dijo al oído—: Están hablando de las noticias que se han publicado recientemente. De los acontecimientos cuestionables que han tenido lugar en la capital.

—¿Ha habido más?

—Oh, sí. Han estado llevando la cuenta. La semana pasada, un grupo ecopagano de la zona fue acusado de llevar a cabo ciertas perversiones en Epping Forest. La noticia no tuvo demasiada repercusión; fue el periódico local el que la cubrió en su mayor parte, pero aun así la gente la comentó. También hubo una disputa entre dos vecinos en Hampstead Heath, porque uno de los dos afirmaba que el otro había matado a sus perros con «magia negra». Publicaron un par de artículos que también mencionaban el patrón de acontecimientos extraños…, llegaron a sugerir que las Mujeres sin Rostro y sus muertes podrían, de alguna manera, estar detrás de todo esto.

—Pero no es cierto. Las Siete nos protegen.

—En teoría, sí, pero parece que últimamente no andan muy finas, ¿no? De todas formas, da igual si es verdad o no. La muerte de las Siete llamó la atención y ahora los profanos están advirtiendo cosas. Eso es lo que importa. —Volvió a inclinarse hacia delante y susurró—. Oí a mi madre hablar por teléfono. Al parecer, la séptima, la que escapó, ha vuelto…

Anna abrió los ojos de par en par.

—¿Ha contado lo que ocurrió? ¿Quién las mató?

—No lo creo. Aunque las Encorsetadoras no serán las primeras en enterarse: no tienen contacto directo con las Siete, desde luego. ¿Por qué habríamos de tenerlo? Las Siete son una deshonra para el mundo mágico, fueron las primeras pecadoras. Sus acciones puede que todavía nos lleven al resto al abismo.

Después de aquello, Anna no fue capaz de sonsacarle nada más a Rosie. Mantuvo con ella una conversación tensa hasta que no pudo soportarlo más y fingió que tenía que ir a hacer los deberes. Su tía se enfadaría, pero eso era lo que menos le preocupaba: había manifestado su magia frente a las Encorsetadoras. El castigo sería severo.

Pero su tía no mencionó el incidente durante la cena. No obstante, este era como una presencia invisible, y ambas lo sortearon con delicadeza. Se sentaron en silencio a bordar y Anna no pudo evitar echar una ojeada al rosal, cuyos capullos habían vuelto a estar cerrados.

—Tu magia ha vuelto a aflorar —dijo su tía.

—Sí.

—¿Me estás mintiendo?

Anna detuvo la aguja. Pensó en el aquelarre, en los hechizos, en la carta a Nana Yaganov.

—No, tía, ¿de qué hablas?

—De ese chico que te gusta. Peter. No estáis saliendo, ¿verdad?

Anna no se esperaba aquella pregunta. Negó con la cabeza, sin necesidad de mentir por una vez.

—Si salís, debes decírmelo.

—Claro. —Anna no tenía la intención de contarle nada a su tía relacionado con los asuntos del corazón. *¿A ella qué más le da?* Siempre había odiado el amor tanto como la magia, *pero ¿por qué?*

—Bien. Quiero conocer al hombre que te rompa el corazón. —Su tía siguió cepillándole el pelo—. Vivimos en una época peligrosa, Anna. Si decides convertirte en Encorsetadora, debes estar preparada. Debes tomar el control.

Pero la sensación de que no controlaba su vida nunca había sido tan intensa como en ese momento.



Anna estaba perdiendo la esperanza. No le había llegado ninguna carta de Nana. Había pasado la mayor parte de las vacaciones encerrada en casa con su tía, que desde la visita de las Encorsetadoras estaba más recelosa que nunca y la obligaba a poner en práctica sesiones de control emocional casi todas las noches. Anna no estaba segura de poder aguantar más y el tiempo se le estaba acabando, nudo tras nudo. Entonces, unos días antes de volver al colegio, su mano se posó sobre algo arrugado tras abrir el cajón de los calcetines una mañana. Lo sacó y le dio la vuelta confundida, y se dio cuenta de que era un sobre con su nombre escrito. Lo abrió.

Querida señorita Everdell:

Tiene suerte de que haya visto su mensaje; recibo muchas cartas de mis admiradores. Estaré ocupada hasta el año que viene; sin embargo, tal vez pueda hacerle un

huequeciiiito este fin de semana. Nos vemos en el Cutz and Clips de la calle Brixton Station. Venga bien vestida.

Nana Yaganov (la Primera)

¡Le había pedido que se vieran ese fin de semana! Tras pasarse las vacaciones regodeándose en la autocompasión, de pronto Anna no tenía tiempo que perder. Fue a hablar con su tía de inmediato y le preguntó si podía ver a Effie: *Por favor, he hecho todos los deberes y las tareas. No he salido en todas las vacaciones, déjame ir a su casa una vez antes de que empiece el colegio*. Su tía se lo pensó durante bastante rato, todo un día, de hecho, pero finalmente asintió de mala gana y llamó a Selene para organizar la visita.

Por supuesto tenía prohibido salir de casa de Selene, pero en cuanto Anna llegó y le enseñó la carta a Effie, las dos se dirigieron enseguida rumbo a Brixton. Attis insistió en acompañarlas: *¡Se nota por la carta que está loca!* En Brixton reinaba el caos: los innumerables y agitados viajeros se cruzaban y chocaban unos con otros, los vendedores de las taquillas intentaban endilgarte cualquier extra a la mínima, un hombre con un micrófono predicaba sobre Jesús y un grupo de tambores metálicos amenizaba la tarde con melodías diversas y variopintas. Effie se abrió paso sin problema, como si la multitud solo existiera para dividirse ante ella.

—Ahí es. —Attis señaló una tienda bajo los arcos del ferrocarril. El letrero era de color verde lima y el escaparate estaba repleto de carteles que anunciaban ofertas especiales y una lista de servicios. *Extensiones, colas de caballo, trenzados, trenzas africanas…*

—¿Estás seguro? —dijo Anna mientras intentaba imaginarse, sin conseguirlo, a una bruja centenaria en una barbería de Brixton. Había un hombre fumando frente a la puerta, que estaba abierta. En el interior, unos cuantos hombres hablaban y reían, aunque ninguno parecía estar cortándose el pelo. La música retumbaba.

—Bueno, es lo que puso en la carta, lo que no significa que no se hubiera equivocado. —Attis se detuvo frente a la barbería.

—Esperad aquí fuera —dijo Anna.

—Yo entro contigo —dijo él.

—No, creo que es mejor que entre yo sola. No pasa nada.

Attis frunció el ceño.

—Vigilaré desde la ventana.

Anna se acercó al hombre que estaba en la puerta.

—¿Está dentro una mujer llamada Nana Yaganov?

Él la miró con detenimiento y se apartó. Anna se adentró en el tumulto de voces y música, sintiéndose totalmente fuera de lugar.

—Eh, ¿alguien conoce a Nana Yaganov? —preguntó, pero nadie dio muestras de haberla oído. Un perro saltó del regazo de uno de los hombres y le ladró. Alguien bajó el volumen de la música.

—Tíos, esta chica intenta decir algo —gritó uno de los chicos. La estancia quedó en silencio.

—¿Alguien conoce a Nana Yaganov? —dijo con un hilillo de voz.

—¿Quién lo pregunta? —Una voz cascada le llegó desde la esquina. Uno de los hombres se hizo a un lado de forma respetuosa y Anna vio a una anciana sentada en una de las sillas. Era menuda, estaba encorvada y llevaba tantas capas de ropa harapienta encima que lo más probable era que Anna no hubiera reparado en ella aunque nadie la hubiese estado tapando. La mujer se dio la vuelta y miró a Anna con los ojos entornados; estos atravesaban su rostro como dos profundas grietas en medio de una cordillera de arrugas.

—Soy Anna Everdell. Le escribí una carta…

—Everdell. —Yaganov pronunció su apellido igual que si estuviera dándole un mordisco—. Sí. —Se giró hacia el espejo. Anna aguardó, cada vez más incómoda. Uno de los hombres se puso delante de la puerta, bloqueándole la salida—. ¿Has venido por propia voluntad o por obligación? —graznó Yaganov.

—No estoy del todo segura —dijo Anna—. ¿Es usted Nana?

Anna oyó que Attis trataba de atravesar la puerta.

—Nana Yaganov. La bruja más longeva de Europa y una experta en maldiciones, pues he lanzado una infinidad de ellas, tanto en esta vida como en otras. Ven a cepillarme el pelo.

Anna se acercó a la anciana, y los hombres la siguieron con la mirada.

—Venga, no seas tímida.

Anna agarró un cepillo, reflexionando sobre si aquel era el momento más absurdo de su vida. La anciana se irguió y Anna le pasó el cepillo por el pelo, o por lo que quedaba de él. Era gris y ralo, lo llevaba largo y el cuero cabelludo morado asomaba por debajo. Después de pasarle el cepillo con cuidado, el pelo volvió a enredársele casi de inmediato. Vio que Effie la miraba desde la ventana con una expresión de qué-narices-haces en la cara.

Nana se rio con maldad.

—Un mechón de mi pelo es capaz de romperle el cuello a un hombre, ¿sabes? Tú tienes el pelo muy bonito… ¿me lo prestarías?

Anna se miró en el espejo, pero ahora era ella la que estaba en la silla y Nana la que le cepillaba: con cada pasada se le caían mechones de color dorado rojizo que inundaban el cepillo y recubrían el suelo; su propio cuero cabelludo empezaba a asomar.

Profirió un grito y Nana se rio en silencio. Anna apartó la vista del espejo y se dio cuenta de que seguía siendo ella la que cepillaba y que su pelo seguía intacto.

—Estás tardando mucho —dijo Nana quitándole a Anna el cepillo de la mano—. Y tengo hambre. Llevo hambrienta desde 1978. Debo comer algo antes de decirte lo que quieres saber.

—¿Qué quiero saber?

—Ah, todo, todo. Quieres conocer el lado oscuro de la luna. Vamos.

Nana se levantó de la silla con mucha dificultad. Anna le tendió la mano para ayudarla, pero la anciana la rechazó. Nana atravesó la barbería y se adentró en la noche.

Attis agarró a Anna.

—Has gritado.

—Creí haber visto algo… No era nada…

—¿Dónde vamos a desayunar? —interrumpió Nana.

Attis bajó la vista hacia la mujer: debía de ser el doble de alto que ella.

—Usted debe de ser…

—Nada de presentaciones. Sé quién eres, príncipe azul. ¿Me habéis robado el carro? —Miró a su alrededor, pero ignoró a Effie por completo, como si no estuviera allí. Effie frunció el ceño—. Ah, ahí está. —Se dirigió a un callejón frente a la barbería y salió con un carro. Dentro estaban apiladas lo que debían de ser sus posesiones, o un montón de basura. Una caña de pescar sobresalía por la parte superior.

—Por aquí —dijo de forma impaciente, como si fuera ella la que estuviera esperándolos y no al revés. Empujó el carro calle abajo y se detuvo frente a una cafetería de mala muerte cuyo letrero decía ofrecer «auténtica comida británica». El interior olía a grasa, las ventanas estaban sucias, las paredes de madera estaban vacías y la única decoración de las mesas, que eran meramente funcionales, eran los tarros de kétchup y mostaza.

—Sirven el mejor pastel de carne que he probado desde el de Ailis McConville en West Kerry, en 1843. —Nana se acomodó en uno de los asientos. Era menuda y anciana, pero no frágil; tenía carne en los huesos, y a pesar de la lentitud de sus movimientos, poseía cierta robustez. La camarera se acercó.

Nana frunció el ceño.

—Tomaré un tazón de Cheerios y un té tan negro como el hábito de una monja.

La camarera sonrió, no parecía sorprendida por que solicitara un desayuno a las nueve de la noche. Los demás pidieron unas bebidas.

—Hemos oído hablar mucho de usted, Nana —dijo Effie.

—Pues yo no he oído nada de ti.

Attis se echó a reír.

—No sé de qué te ríes, guapito. No estás como para tomarte la vida a broma.

Él se detuvo. No era fácil seguir como si nada cuando Nana te clavaba la mirada. Sus ojos eran dos cuevas oscuras, dos pozos profundos, tan negros como el carbón. Su rostro, unas arenas movedizas: de pronto era todo barbilla y nariz, con la boca plegada en una sonrisa sin dientes, y un instante después se volvía hacia ti con una mirada de desprecio y surcado de arrugas. Anna no tenía ni idea de la edad que tenía; tal vez fuera milenaria.

—Nana —dijo Anna con suavidad—. Supongo que ha leído mi carta y sabe que he venido para conocer más detalles sobre mi madre, Marie Everdell… y su muerte.

—El pasado ha muerto. Hurra. —La camarera le dejó un cuenco de Cheerios delante—. Están vivos, míralos. —Se acercó uno de los cereales al ojo—. Cada uno es un ser minúsculo. —Se lo metió en la boca y lo chupó.

Anna insistió.

—He estado practicando la magia desde hace poco y creo que pasa algo raro. Aparece un símbolo…

Nana se inclinó hacia delante y olfateó a Anna.

—¡JA! ¡MALDITA! —Levantó la cuchara y golpeó la mesa con ella—. ESTÁ MALDITA. MALDITA. Corta. Corta. —Tenía la mirada enfocada detrás de ellos, como si estuviera hablando con un director invisible. Se llevó la mano al cuello y fingió rebanárselo—. Tu madre vino a verme por eso. Por su maldición. Igual que tú. Me suplicó. Tenía miedo. CORTA.

Anna no era capaz de ver nada más que la expresión gruñona de Nana mientras pronunciaba aquellas palabras. *Es verdad. Estoy maldita.…*

—Venga, Anna, vámonos —dijo Attis—. Está como una cabra.

Nana canturreó:

«Ratón, que te atrapa el gato.
Ratón, que te va a atrapar.
Si no te atrapa esta noche,

mañana te atrapará».

Un cereal se deslizó por el delgado y peludo labio de Nana.

—¿Por qué no te la llevas al callejón —Señaló a Effie con la mirada— y os ponéis a besuquearos? Es lo que quieres en realidad, ¿no?

Attis gruñó y luego se abalanzó sobre la mesa, atrajo hacia él la cara de Effie y ambos se besaron con ansia; las manos de él le arrancaron la camisa a ella.

—No pienso ir a ningún lado —dijo Effie. Anna parpadeó y vio que Attis seguía sentado a su lado con el rostro pálido.

—Y tanto que vas a ir, Effie Fawkes, aunque no se trata de ningún lugar agradable. Incluso ahora, el miedo es lo que te impulsa. Lo veo sacudirse en tu interior. ¿Te envolverán sus brazos al final? ¿O envolverán a otra? —Esbozó una sonrisa negra.

—Díganos lo que sabe. A no ser que en realidad no sepa nada. —Effie levantó la barbilla de forma desafiante, pero entonces abrió los ojos de par en par y aflojó la mandíbula. *¿Qué le estás enseñando?*

—Ahora se pasa de lista. Tan brillante y aguda como un espejo, ¡ja! —Volvió a mirar a Anna.

—¿Sabe algo? —dijo Anna, aferrándose a sus preguntas como si fueran un salvavidas en un mar en constante expansión—. ¿Sobre la maldición? Dígamelo, por favor.

—Maldición. No es una palabra demasiado grata, ¿verdad? Es interminable, tan profunda como la misma tierra. Una prisión diminuta. Conozco todas las maldiciones que se han lanzado, Everdell. Las veo incluso ahora; empapan el mundo como una lluvia de gotas negras, nutriendo la tierra de nuestras pesadillas.

Attis suspiró con fuerza.

—Es un sinsentido, Anna.

—Tú eres el sinsentido. Tu existencia carece de sentido —le espetó Nana —. Pero eso ya lo sabes, ¿no? —Esbozó una sonrisa horrible y compasiva. Attis se miró las manos.

—Cuenta las monedas —le dijo bruscamente a Anna, y vació el bolso sobre la mesa; un montón de monedas de cobre y plata rodaron por todas partes—. En montoncitos, por favor. En montoncitos. En fila, igual que los soldados.

—Dicen que conoce a las Siete —dijo Effie, mientras Anna se ponía a organizar las monedas. No reconocía la mitad de ellas; una era, sin lugar a dudas, un chelín, y varias correspondían a países extranjeros.

—Dicen muchas cosas:

> «Cuanto más veía, menos hablaba.
> Cuanto menos hablaba, más oía.
> Ser como ese búho muy bueno resultaría».

—¿Están muertas? ¿Van a volver? —insistió Effie.

—Las protectoras del cielo. La naturaleza en forma femenina. Las guardianas de los lenguajes. El bien que todos llevamos dentro. —Nana lanzó una carcajada—. Las Siete volverán. Aunque ya es demasiado tarde, ¿no? Esta vez sí que la han hecho buena.

—¿Qué quiere decir con que es demasiado tarde? —preguntó Effie.

La moneda que Anna estaba sujetando ardió de pronto y le dejó una marca en la piel. La chica gritó de dolor. Attis le tendió la mano, pero entonces la marca desapareció.

Nana se volvió hacia ella, y su mirada se alimentó del miedo de Anna.

—Todos deberíamos tener miedo, porque van a volver. —Su voz era grave y pausada ahora, como si emergiera de otro lugar—. Todos nosotros. Las brujas. Las mujeres. Las almas que cuestionan lo que les rodea; los librepensadores, los que piensan demasiado, los elefantes que se balancean sobre la tela de una araña. Todos están en peligro. Sobre todo aquellos que están malditos. —La señaló con un dedo enjuto—. El color de tu pelo ya te hace destacar bastante. —Se inclinó hacia delante y le agarró un mechón—. Si los días oscuros vuelven a atormentarnos, aféitatelo. Aféitatelo todo.

Anna sintió que el terror más absoluto se apoderaba de su alma.

—Tranquila, cariño. Con tu estructura ósea, una calva no te quedará mal. Tendrás que deshacerte del pelo.

—¿Espere? ¿Quiénes van a volver? ¿Los Cazadores? ¿Por qué están en peligro los que sufren una maldición?

Nana empezó a reírse, chasqueando la lengua.

—Ya lo sabes, Anna. Por una historia. Una historieta de nada. Tan minúscula como una llave. La gente cree que las historias son inofensivas, pero son el arma más peligrosa de la humanidad.

—¿Qué historia?

—Ah, la misma de siempre. Una profecía. A los Cazadores les encantan. Les da un sentido del propósito, una razón para lustrarse las botas.

—¿Qué profecía?

Pero Nana se había puesto en pie y había desparramado las monedas que Anna había apilado en montoncitos. Le entregó a la camarera un billete de

diez libras que sacó del bolsillo y se marchó.

—Está loca. Deja que se vaya —gritó Attis, pero Anna la siguió hasta la calle.

—Nana, ¿cuál es mi maldición? No llegaré a ninguna parte hasta que lo sepa.

—¿Cómo sabe el lobo para qué sirven sus dientes?

—¿Se supone que eso debe ayudarme?

—Si te ayudo, no aprenderás. —Nana agarró su carro—. Examina tus sueños, ya que son libres. Síguelos hasta la linde del bosque y más allá, donde no te llamas Anna y las maldiciones croan como ranas.

Anna detuvo el carro con las dos manos justo cuando Effie y Attis salían de la cafetería.

—No me iré a ninguna parte hasta que me ayude.

Nana le mostró su irregular sonrisa.

—¡De acuerdo! —Alzó las manos de forma teatral—. Tres preguntas. Puedes hacerme tres preguntas y yo te responderé con tres verdades, pues en esta época de oscuridad, la verdad es tan valiosa como el oro. Dentro de poco todo serán mentiras.

Tres preguntas no le parecían, ni mucho menos, suficientes, pero Anna aprovechó la oportunidad antes de que se esfumara.

—¿Cuál es mi maldición?

—Si te lo digo, jamás podrás escapar de ella. En vez de eso, te responderé con un acertijo. —Se aclaró la garganta—. La verdad está en las hojas. El espejo del interior del espejo. El espejo es la clave.

Anna repitió las palabras en el interior de su cabeza. Tenían el mismo sentido que todo lo que había dicho Nana hasta ese momento.

—¿Cómo me libro de ella?

—Las maldiciones se lanzan en un periquete, pero cuesta toda una vida, probablemente una corta, librarse de ellas. Solo existen dos cosas capaces de romper una maldición. La magia de la persona que la lanzó o un hechizo más poderoso. Por desgracia, hay pocas cosas que sean tan poderosas como una maldición.

—¿Murió mi madre por culpa de la maldición?

—Oh, sí, sí. Igual que lo harás tú. Si juegas con el amor, jugarás con la muerte. —Nana soltó un cacareo y su boca se abrió igual que un abismo. A Anna la invadió un miedo que no la dejó escapar… ¿Cómo iba a poder escapar de algo que no conocía?

—¿Qué tiene que ver el amor?

—Todo. Todas las maldiciones tienen su origen en el amor.

Anna pensó en el odio que su tía profesaba por todo lo que tuviera que ver con el amor, en sus advertencias, en su repentino interés por Peter… *¿La maldición de su familia fue por culpa del amor?*

Nana se le acercó y le susurró al oído.

—Ya tienes todo lo que necesitas. Ahora deja que esta anciana se marche. —Anna vio a Effie y a Attis reflejados en el escaparate que la mujer tenía detrás. Él estaba estrangulando a Effie hasta la muerte, al igual que su padre había hecho con su madre.

Anna se dio la vuelta, con el deseo de que aquella horrible visión desapareciera.

—¿Qué pasa? —preguntó Attis.

—Nada.

Se volvió, pero la anciana ya se había marchado calle abajo; la gente se apartaba de un salto para que no los atropellara con el carrito.

Se alejaron en silencio; los pensamientos de Anna seguían perdidos en el oscuro túnel que constituía la mirada de Nana.

Attis comenzó a reírse en un tono inusualmente agudo comparado con el profundo torrente de su voz habitual.

—Detesto a esas personas que sueltan un «te lo dije» a la primera de cambio, así que intentaré decírtelo de otra forma. Tenía razón. Es una trastornada. Está para que la encierren. Maldiciones, profecías y acertijos. Esas cosas podrían ocurrírsele a cualquiera, Anna.

—Pero tienes que reconocer que era poderosa —dijo Effie, alternando la mirada entre ambos. Se había puesto pálida—. Esas visiones quiméricas que ha llevado a cabo… ¿También os ha hecho lo mismo a vosotros?

Doblaron la esquina de la calle principal y se toparon con un montón de gente. Anna se puso a esquivar a los viandantes, agradecida por aquella distracción; no quería responder a la pregunta de Effie. No quería tener que describir lo que había visto. *¿Qué es lo que ha visto Effie?* Anna se dio la vuelta y vio que Effie la observaba. Se sostuvieron la mirada en silenciosa batalla. Nunca lo confesarían. A Anna le vino a la mente la imagen de los cuerpos de Effie y Attis retorciéndose como uno solo, las manos de Attis alrededor del cuello de Effie… el tipo de cosas que se quedaban grabadas.

—Se le da bien montar el numerito —coincidió Attis con amargura—. Anna, espero que no te hayas tomado en serio las cosas que ha dicho.

—¿El qué? ¿Que estoy maldita? ¿Que no hay esperanza? ¿Que voy a morir?

—En resumidas cuentas.

—«La verdad está en las hojas. El espejo del interior del espejo. El espejo es la clave».

—Ese acertijo va a resultar una pérdida de tiempo, y probablemente acabe poniéndote en peligro. Mira, hay una pizzería aquí al lado, sugiero que ahoguemos nuestras penas en una cantidad ingente de queso fundido.

—Me voy a casa. Necesito despejar la mente —dijo Anna, comenzando a bajar los escalones del metro.

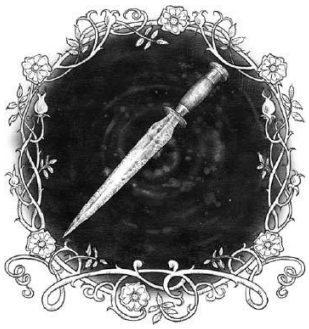
Attis la tomó de la mano.

—No te vayas. Si te vas ahora estarás dándole vueltas toda la noche.

Se oyó una fuerte tos detrás de ellos.

—Yo también me voy a casa. —Anna le soltó la mano y se volvió hacia Effie, que estaba con los brazos cruzados en lo alto de la escalera, bloqueándole el paso a la gente que pretendía bajar. Era la primera vez que Anna oía a Effie decir que se iba a casa un viernes por la noche.

—Dejad que insista: queso fundido —dijo Attis, pero Anna ya había bajado la mitad de los escalones, y el estruendo del tren que pasaba en aquel momento le hizo recordar la risa de Nana.



1 DE MAYO

Nudo Contractual: Se usa para llevar a cabo juramentos inquebrantables.

Hechizos de amarre, *El libro de las Encorsetadoras*.

«“Tras un número cada vez mayor de lo que solo puede describirse como sucesos ‘sobrenaturales’, la policía debe empezar a investigar si estos actos están relacionados de algún modo. ¿Qué clase de ritual intentaban poner en práctica las Mujeres sin Rostro aquella noche? ¿Tenían sus muertes la intención de desatar algún tipo de fuerza oscura que se está extendiendo ahora por la capital?”. Halden Kramer, jefe de comunicaciones del Instituto de Investigación de la Violencia Organizada y Ritual».

Anna dejó caer el periódico que había estado leyendo en voz alta sobre la mesa de la sala común donde estaban sentados.

—A mí me parece un tarado —dijo Rowan—. A ver, ¿qué narices es el Instituto de Investigación de la Violencia Organizada y Ritual? Si la policía no les hace caso será por algo.

—Pero la gente está pendiente. —*¡Las Encorsetadoras están pendientes!* —. Están a un paso de empezar a referirse a las Mujeres sin Rostro como… —Anna bajó la voz hasta convertirla en un susurro apenas audible—… brujas.

—En realidad, un montón de gente ya las llama así. —Rowan sacó el móvil y le enseñó a Anna todos los comentarios que había en respuesta a la última declaración de Kramer—. Pero un número igualmente grande de personas afirma que son extraterrestres. No son más que teorías conspiranoicas.

—Además, se trata de webs y periódicos sensacionalistas —rebatió Effie —. No son precisamente una fuente fiable de noticias.

Anna apartó una mosca de su comida con irritación. No estaba de buen humor. Tanto si las amenazas resultaban creíbles como si se trataba de los desvaríos de unos lunáticos, su tía seguía estando tensa. No tenía ni idea de cómo resolver el acertijo de Nana, y en el colegio las cosas se habían torcido de mala manera. Anna había albergado la esperanza de que los rumores hubieran disminuido durante las vacaciones, pero estos no habían hecho más que acumularse y luego se habían desatado con fuerza renovada, alimentados por nuevos susurros. Las moscas atestaban los pasillos, se agolpaban en las ventanas, morían, se pudrían, se multiplicaban; invadían su mente como una niebla oscura. Los exterminadores de plagas no habían podido localizar el origen del problema y habían recomendado el cierre temporal del colegio. La tozudez del director Connaughty era lo único que lo mantenía abierto.

—¿Y qué pasa con los rumores? —se quejó Anna—. Tampoco desaparecen.

—Supongo que lo que quieres decir es que las cosas por fin se están poniendo interesantes —dijo Effie.

—¿Visteis lo que escribió Darcey sobre nosotras ayer? —preguntó Manda.

—No.

—LAS MOSCAS Y LAS MENTIRAS. LAS MOSCAS Y LAS MENTIRAS. LA PUTA. LA INVISIBLE. LA VIRGEN. LA MASTODONTE. ¡ELLAS ESTÁN DETRÁS DE TODO! —recitó Effie encantada.

—Todos creen que está celosa —dijo Rowan—. Y lo está.

—¿Os habéis enterado de que el club de yoga de Corinne se ha ido a pique? No hacía más que gritar como una energúmena —se rio Manda.

—¿Es un rumor? —preguntó Anna—. ¿O ha pasado de verdad? Si es verdad ya no se trata solo de rumores, ¿es que no lo veis? Se convierten en realidad.

—Pues mejor. La idea de que Darcey y el director Connaughty estén juntos es para partirse de risa. Por cierto, ¿es verdad que Karim te ha pedido salir? —Effie le dio a Manda un codazo juguetón.

Manda se puso colorada.

—Puede.

—Ya te lo confirmo yo: van a ir a tomar un café —dijo Rowan.

—Pero me preocupa que siga enamorado de su ex —repuso Manda—. Solo hace tres semanas que subió por última vez una foto de los dos y ella le dejó el otro día un comentario en una de sus publicaciones, lo que me hace sospechar que todavía siguen en contacto. He visto las fotos de ella; es muy guapa y no se parece nada a mí, y además se conocen desde pequeños. Encontré una foto de los dos, de cuando tenían unos doce años. ¿Cómo voy a ser rival para ella?

Rowan se echó a reír.

—¿Cuántas fotos de ella has visto?

—Todas. Las he visto todas. Creo que estoy enamorada de él. ¿Podemos lanzar un hechizo para que ella se largue?

—Veré qué encuentro —respondió Effie.

—¡No! —gritó Anna—. No podemos ir por ahí librándonos de quien no nos cae bien.

—Es un poquito exagerado. Pensad en el libre albedrío y todo eso —concedió Rowan.

Manda farfulló:

—Si la memoria no me falla, hace unos días querías lanzarle un hechizo al tío de la trompeta para que se fijara en ti. El libre albedrío no parecía preocuparte tanto entonces.

—Pues lancemos los dos hechizos —Effie le dirigió a Anna una mirada desafiante.

Anna le sostuvo la mirada.

—No deberíamos hacer nada que llamase la atención ahora mismo.

—Ya está Anna predicando desde su púlpito —dijo Effie—, pero he oído que Peter ha roto con Darcey. Está claro que has tenido algo que ver.

Anna se quedó en silencio, asimilando la noticia. *¡Peter ha roto con Darcey!*

—Yo no he hecho nada.

—Ah, ¿no se te pasó por la cabeza que el hechizo fuera a tener ese efecto? En serio, Anna, eres ingenua pero no tanto.

El entusiasmo repentino de Anna se transformó en culpa. Tenía razón.

Manda torció el gesto.

—Eso, Anna, tú ya tienes lo que querías, ahora me toca a mí.

—Eh, primero yo —protestó Rowan.

—Rowan, no te hace falta la magia…

—Chicas, chicas. —Effie alzó la voz por encima de las demás—. Dejemos de lanzarnos los trastos a la cabeza. Por fin hemos conseguido lo

que queríamos: las *Smoothies* son historia, los demás nos hacen la pelota, tenemos un montón de magia al alcance de los dedos, y lo único que hacemos es discutir. No es momento de pelearnos, sino de unirnos aún más. Este viernes es el Beltane. El 1 de mayo. Vamos a celebrarlo con un rito de iniciación del aquelarre. Seremos una para todas. Y estaremos unidas para siempre. Será divertido.

—Me encanta el Beltane —dijo Rowan, que había recuperado el buen humor—. En mi familia nos vestimos elegantes y sembramos semillas en el jardín hasta el amanecer. Mamá se emborracha con licor de espino y acaba derramándolo por todas partes. Según ella, lo que hace es "nutrir la tierra".

—Eso de rito de iniciación parece doloroso. ¿Nos dolerá? —preguntó Manda.

—Será un dolor placentero. Venga, pasaremos la mejor noche de nuestra vida.

Anna no quería echarse atrás, pero no iba a arriesgarse a acabar expuesta, y menos con su tía a punto de perder los estribos. El hechizo se les había ido de las manos y no podía sacudirse la sensación de que era por culpa de su magia, que estaba maldita.

—Me apunto, pero solo si ponemos fin a los rumores.

Effie suspiró con fuerza.

—Selene —dijo Anna—. Hablaré con ella y le contaré lo que está sucediendo. A ver qué se le ocurre.

—¡Vale! El sábado por la mañana puedes ir a hablar con Selene de lo que quieras.

Anna solo se permitió pensar con entusiasmo acerca del viernes después de que Effie accediera. Le pidió permiso a su tía para quedarse a dormir en casa de Effie, y Manda pudo convencer a su madre para hacer lo mismo, alegando que tenían trabajar en un proyecto de clase. Selene no tuvo reparos a la hora de mentirle a la señora Richards. Nada se interponía en su camino. Aquello era justo lo que le hacía falta al aquelarre, y tras una semana de sesiones de dominio, era también lo que le hacía falta a Anna.



El viernes, se dirigieron a la azotea del colegio. La sala de costura era zona catastrófica: el altar estaba plagado de moscas, tanto muertas como vivas, y algunas incluso agonizantes; las plantas se habían convertido en cadáveres

secos y un líquido rancio rebosaba de los vasos de zumo; la bola de adivinación había estallado y un lodo negro recubría los cristales hechos añicos. Los cuernos de la calavera se retorcían en espiral…

—Ya nos ocuparemos luego de esto —dijo Effie.

Rowan había llevado una serie de brotes de mayo —flores de espino, prímulas, campanillas y margaritas— y todas se habían sentado bajo la mortecina luz de la tarde, enhebrándoselas unas a otras en el pelo.

Rowan le pasó a Anna una botella con un líquido oscuro.

—Le he birlado a mi madre un poco de licor de espino. Un buen trago para celebrar el 1 de mayo.

Anna tomó un sorbito. Tenía un sabor dulce y suculento, vertiginosamente intenso.

Effie le dio un trago y enarcó una ceja.

—Pienso celebrar el 1 de mayo como lo hacían antiguamente.

—¿Qué hacían? —preguntó Manda.

—La gente solía ir al bosque y al campo a echar un polvete romántico para celebrar la estación de la fertilidad y darle la bienvenida al verano —explicó Rowan—. Imagináoslo: pueblos enteros haciéndolo como conejos.

—Qué asco —dijo Manda conteniendo una risita.

—Es magia sexual. Muy poderosa. —Effie le dedicó un gesto lascivo a Manda—. Dicen que las Siete recurren a ella cada año para renovar la magia de Gran Bretaña.

Rowan recitó en voz alta:

> «Callad al cura donde habéis estado,
> porque siempre os dirá que habéis pecado
> por estar en el bosque por la noche
> inmersos en conjuros de verano».

—Pero las juergas se acabaron con el tiempo. Todas las celebraciones fueron prohibidas, incluida la de la Vara de Mayo, que no resulta peligrosa a menos que la vara le caiga a alguien en la cabeza.

—La gente solo iba a abonar los cultivos. Estaban siendo prácticos.

Rowan le dio un codazo.

—Entonces, ¿a quién le vas a abonar los cultivos esta noche? Porque estamos en Londres…

—Seguro que encuentro a algún granjero que necesite mi ayuda.

—¿Puede participar él también? —preguntó Rowan mirando a Attis, que en ese momento estaba saltando la barandilla. Iba vestido de verde y llevaba

una máscara hecha de hojas. De su cabeza sobresalían dos cuernos.

—Qué hermosas doncellas ven mis ojos. Recibid un saludo del Rey de Mayo, arador de campos, esparcidor de semillas y portador de vida.

Se inclinó en una reverencia exagerada.

Parecía que en vez de llevar máscara, la piel en torno a sus ojos se hubiera transformado en una hoja de roble. Rowan le tocó los cuernos.

—¡Madre mía, pero si te salen de la cabeza! Un momento, entonces, ¿eres realmente el Rey de Mayo?

Attis consideró sus palabras y luego esbozó una sonrisa torcida, que le daba un aspecto aún más pícaro a su disfraz.

—Nada me gustaría más, pero por desgracia solo es un disfraz muy bueno. Le he añadido realismo con un toque de magia.

—¡La luna ya casi ha llegado a lo alto! Tenemos que vestirnos —instó Effie. Le entregó a cada una un trozo de tela blanca, como de gasa. Anna lo levantó y se dio cuenta de que era un vestido, tan finamente tejido que era difícil decir dónde terminaba el atuendo y dónde empezaba la luz de la luna.

—Nos los ha comprado Selene. Nos vamos a vestir con el cielo —explicó Effie.

—¿A qué te refieres? —preguntó Anna.

—Ahora lo verás —Effie empezó a quitarse la ropa.

Anna miró a Attis, que le dedicó una sonrisa y se dio la vuelta.

—Yo vigilaré y protegeré vuestras virtudes.

Se cambiaron, y todas acabaron con la piel de gallina debido al aire fresco de la primavera. A pesar de sus tallas y alturas diferentes, los vestidos se ajustaban perfectamente a cada una de ellas. En cuanto estuvieron listas, Attis volvió a salir de las sombras.

—Jamás había visto a unas Reinas de Mayo más hermosas. Pondréis fin al calentamiento global con vuestra fertilidad. ¿Empezamos? —Le tendió un brazo a Effie.

—¿Dónde vamos a llevar a cabo el rito de iniciación? —preguntó Manda mientras atravesaban el colegio, que ahora estaba vacío.

—En el campo de deportes —respondió Effie.

—¿Estás loca? —La voz de Manda resonó por los pasillos—. No se nos permite entrar en las canchas a estas horas.

—Solo vamos a encender una pequeña hoguera… —dijo Attis.

—¿HOGUERA? Eso va en contra de todas las normas escolares de la historia.

—Ahí está la gracia —dijo Effie.

Manda agarró a Anna del brazo.

—¿Cómo es que siempre acabamos metidas en este tipo de situaciones?

—Dadle otro trago. —Rowan les ofreció la botella—. Nos hará falta.

Anna consideró las innumerables repercusiones a las que se enfrentarían si las pillaban, pero dejó que el líquido se extendiera por su cuerpo y eliminara hasta el último rastro de sensatez de su cerebro. La libertad resultaba demasiado atractiva. Necesitaba desahogarse o se volvería loca.

En el exterior, la luna ocultaba sus modestias tras las nubes. Attis extendió cuidadosamente un montón de madera de serbal que había llevado con él y golpeó entre sí dos delgadas piezas de metal. Aunque él estaba a varios metros de la madera, la leña prendió y el fuego chasqueó sus ardientes dedos en el aire. Colocó un tablón encima. Effie les pidió que se quitaran los zapatos; la hierba que se extendía bajo los pies de Anna estaba húmeda. Unos árboles gigantescos bordeaban el terreno haciendo las veces de sombríos guardianes, y un humo negro se dispersó en espiral por encima de ellos.

Se situaron alrededor del fuego e invocaron sus elementos. El viento nocturno, la tierra húmeda bajo sus pies y el ardor del fuego les facilitaron la tarea. *Innumerables hilos, innumerables mundos*. Effie dio un paso adelante con las manos extendidas hacia el fuego, con la piel salpicada de llamas y el pelo negro resplandeciendo como el metal.

—¿Estáis preparadas para la iniciación?

Anna llevaba toda la vida preparándose para otro rito de iniciación, para convertirse en Encorsetadora —para que ligasen su magia—, por lo que la amenaza de tener que estar *preparada* siempre había pendido sobre ella. Esta iniciación no le generaba ninguna duda. A pesar de todo lo que había pasado con el hechizo de los rumores, Anna estaba dispuesta a lo que fuera por pertenecer al aquelarre hasta el fin de sus días. Estaba lista.

—Te invoco, Diosa de la Primavera —comenzó Effie.

> «Madre y amante del Gran Astado,
> el aire sopla y la flor se abre,
> la tierra prospera bajo la luna nueva.
> Fusiónanos en un solo ser, vincúlanos para siempre
> en un aquelarre audaz y verdadero.
> ¡Tráenos alegría y concédenos abundancia!
> Unidas por los fuegos de tu vientre,
> danos fuerzas para atravesar las llamas
> y entregarte nuestros corazones».

Las miró.

—Iniciadas, cread vuestro círculo de protección y atravesad las llamas para demostrar vuestra lealtad al Aquelarre de la Luna Oscura, hoy y siempre. El Astado nos espera al otro lado para sellar nuestro destino y asegurar nuestra abundancia eterna con un beso quíntuple. ¡Avanzad con valentía y sinceridad!

El fuego rugió y crepitó; desprendía aromas a madera oscura y savia caliente. *¿Tengo que atravesar eso?*

Effie se subió descalza al tablón y su figura fantasmal desapareció tras el fuego en cuanto las llamas se cernieron en torno a ella. Su sombra apareció al otro lado; una silueta con cuernos le dio la bienvenida. Las demás se miraron, nerviosas.

—¡No tengáis miedo! —exclamó—. Cread el círculo y las llamas no os quemarán.

Rowan se adelantó.

—¡Es una locura! —gritó adentrándose en las llamas.

Anna dejó que el momento y la magia la envolvieran; se concentró en crear su círculo, ignorando el terror que le provocaban las llamas. Sintió su círculo alrededor: poderoso y puro, perfecto e insondable. *¿Será suficiente?*

—Ahora tú —chilló Manda.

Anna asintió y se subió al tablón. Sentía el calor de las llamas en la cara. *Protégeme*. Vislumbró la silueta de Attis al otro lado y se concentró en él. *Protégeme*. Entornó los ojos para resguardarlos de las llamas y siguió caminando, animada por el hecho de que no había empezado a arder. *Protégeme*. Las llamas se arremolinaron a su alrededor, hermosas y terribles. Y entonces, emergió por el otro lado, mareada por el calor aunque ilesa; Attis se alzaba ante ella y le tendía la mano. Ella se aferró a él para no perder el equilibrio y avanzó por la hierba húmeda.

—Lo he conseguido —dijo dando saltitos. Vio a Effie y a Rowan bailando a lo lejos.

—Muy bien, Reina de Mayo, estate quieta y deja que termine —le ordenó Attis; y sus ojos vibraron tras la máscara, ardientes.

Anna permaneció inmóvil, sin saber lo que entrañaba un beso quíntuple. Él se arrodilló y se inclinó para besarle los pies.

—Benditos sean tus pies, que han atravesado las llamas.

Anna habría jurado que sus labios ardían tanto como el fuego. Una descarga le recorrió el cuerpo.

Le besó las rodillas.

—Benditas sean tus rodillas, pues se postran ante la Suma Diosa.

Se incorporó y la besó justo debajo del ombligo, por encima de la tela del vestido. Anna se quedó inmóvil.

—Bendito sea tu vientre, portador de vida y abundancia.

Se levantó un poco más para que ambos estuvieran a la misma altura, pero ella fue incapaz de mirarlo a los ojos. Él se inclinó hacia delante y posó un beso encima de cada uno de sus pechos.

—Benditos sean tus pechos, bellamente formados.

Él sonrió y levantó la mirada hacia ella. Antes de que Anna pudiera asimilar lo que ocurría, él se incorporó del todo y la besó en los labios; una llama repentina que desapareció de inmediato.

—Benditos sean tus labios, que pronunciarán los Siete Nombres.

Se contemplaron. A Anna se le había acelerado la respiración, los labios de él seguían entreabiertos.

—Siempre —dijo él. Las llamas crepitaron detrás de ellos—. Siempre formarás parte de este aquelarre. Corre y sé libre, Reina de Mayo.

Anna les recordó a sus piernas cómo moverse. Con una última mirada, se alejó corriendo y se unió a Effie y a Rowan, dando rienda suelta a sus emociones como nunca lo había hecho. Los terrenos del colegio parecían extenderse kilómetros y kilómetros a su alrededor. Su reino. Eran las reinas del verano y su magia estaba entretejida en cada molécula del aire.

Effie la tomó de las manos y la hizo girar.

—¡Para siempre!

—¡Para siempre! —gritó Anna. Effie le pasó la botella y ella derramó el dulce licor por su garganta; oyó la voz de Attis a lo lejos, que animaba a Manda. Anna le entregó la botella a Rowan, y lanzó un grito ahogado, señalándola—: ¡Tu vestido! ¿Qué has hecho con él?

Rowan estaba frente a ella en ropa interior, con la luna recubriéndole la piel.

—¿A qué te refieres? Lo llevo puesto. —Rowan bajó la mirada y profirió un grito, tapándose con los brazos—. ¡Estoy desnuda! ¿Cómo…? Ah, no, mira, lo sigo llevando. —Rowan movió la tela, que brilló en algunas partes, aunque daba la impresión de que no llevaba nada—. ¡Anna, tú también vas en bolas!

Effie se rio con fuerza.

—Vamos vestidas con el cielo. —Señaló la luna, que se había asomado entre las nubes—. La tela desaparece cuando sale la luna.

Anna bajó la mirada y comprobó que estaba igualmente expuesta.

—¡Effie!

—Las dos estáis radiantes, parecéis ninfas del bosque.

Rowan se echó a reír.

—Yo parezco una puta seta; radiante, eso sí.

Anna dio otro trago y decidió dejarse llevar. Aplaudieron cuando Manda atravesó el fuego por fin, con aspecto de estar a punto de desmayarse en los brazos de Attis.

—¡Lo has conseguido! —gritó Effie—. ¡Bebe y alegra esa cara! Vamos a bailar.

Formaron un círculo alrededor del fuego y se pusieron a bailar, igual que las llamas; a Anna se le enredaba el humo en el pelo; la luna se asomaba y se escondía tras las nubes, cubriéndolas y desvistiéndolas. Attis bailaba con el pecho descubierto y aullaba a la luna, con su tatuaje de hierro resplandeciendo. Nada parecía importar allí, bajo las estrellas, con la tierra saciada debajo de sus pies: cuatro sombras y una criatura con cuernos, moviéndose como si la tierra girara a su alrededor.

—¡Invocad a las primeras lluvias de mayo! —gritó Effie—. ¡Pensad en la lluvia! ¡Bailad como si fuerais la lluvia! Las primeras gotas de mayo nos mantienen jóvenes y hermosos todo el año.

Anna se imaginó la lluvia sobre su piel. Dejó que el agua le inundara los huesos y se movió igual que un líquido, deslizándose, con el pelo sacudiéndose de forma salvaje, como una tormenta, y golpeando el suelo con los pies, de la misma manera que las gotas de agua. *¡Soy la lluvia!* La tranquilizó comprobar que los demás también parecían unos dementes.

Y entonces empezó a llover. Un chaparrón minúsculo, situado justo encima de ellos. Alzaron el rostro y dejaron que el agua los recorriera. Attis aulló. El fuego se apagó y todos bailaron, calados hasta los huesos, con la piel cubierta por la lluvia plateada, como si la propia luna se disolviera sobre ellos.



En algún momento mientras bailaban bajo la lluvia y Effie les proporcionaba otro atuendo, y ella le daba varios tragos más al licor, Anna accedió a salir de fiesta. No fue capaz de contenerse; no quería contenerse. No estaba en casa de Selene, así que si a su tía se le ocurría llamar por teléfono, acabaría cargándosela de todas formas. *Prefiero cargármela mientras me divierto.*

Tomaron el metro hasta la parada de Oxford Circus. Atravesaron las calles atestadas y repartieron flores entre los recelosos y confundidos

viandantes.

—Toma una flor y pide un deseo. ¡Flores de los deseos!

—¡Mayo es el mes del amor libre! —gritó Effie, y les lanzó un puñado de flores a tres mujeres de mediana edad que se dispersaron asustadas.

Anna le dio una flor a un vagabundo y le dijo que pidiera un deseo. La flor se abrió en su mano y él la miró como si de verdad fuera una ninfa mágica del bosque. *Que su deseo se cumpla*, le susurró a la noche.

—¿Adónde vamos? —preguntó Manda.

Effie saltó sobre la espalda de Attis y señaló con el dedo:

—¡A Mayfair, por supuesto!

—Mayfair era el lugar donde todos los años se celebraba la espectacular Feria de Mayo de Londres, de ahí su nombre. Hasta que dejaron de celebrarla —explicó Rowan.

—Dejaron de celebrarla los profanos, no las brujas —bramó Effie.

Torcieron por una callejuela, entre un restaurante italiano y un edificio con las ventanas oscuras: seguramente eran oficinas cerradas. Se toparon con una puerta de madera más pequeña que Attis. Él pasó las manos por la madera.

—Una Puerta de Sauco. Están hechas de madera de sauco y se encuentran por todo Londres, por todo el país. Están interconectadas, de modo que, si atraviesas una, sales por otra. En un lugar distinto. Solo las brujas pueden cruzarlas, así que son muy seguras.

No había ningún cartel encima, nada que sugiriera que estuviera abierta y, aun así, se abrió cuando la tocaron. Anna la atravesó y se encontró de pronto en una discoteca, aunque no estaba segura de si formaba parte del edificio por el que había entrado.

—Equinox —gritó Effie por encima del repentino torrente de música—. Es una de las mejores discotecas para brujas de la ciudad y durante los festivales es un desmadre.

—¡No me digas que estamos en Equinox! —exclamó Rowan—. Mi hermano me ha hablado de este lugar, pero ni siquiera él puede entrar.

—Creo que es la primera vez en mi vida que siento que soy una persona enrollada. —Manda se rio alegremente.

Anna había soñado durante mucho tiempo con experimentar la libertad del mundo mágico, y ahora la posibilidad se desplegaba ante ella. La sala era enorme, tenía forma de campana, y estaba adornada por todas partes con flores y enredaderas. En los extremos había zonas acolchadas y acogedores rincones donde descansaban los grupos de amigos y las parejas. En el centro

de la sala se alzaba una enorme Vara de Mayo que llegaba hasta el techo. Hombres y mujeres ligeros de ropa bailaban alrededor y tejían sus coloridas cintas en complejos y fascinantes patrones.

—¿Coctel de madreselva? —Una mujer con el pelo azul iridiscente le acercó a Anna una bandeja con copas que contenían un líquido ambarino. Anna tomó una copa y bebió un sorbo; de repente comprendió por qué a las abejas les gustaba tanto trepar por las flores: la bebida era néctar puro.

Observó con más detenimiento las flores que recubrían las paredes: un líquido brotaba de su interior y goteaba hasta el suelo, que era suave y se parecía a la tierra. Parte del líquido se vertía en unos platos ornamentados que había a lo largo de la pared. Rowan metió el dedo en uno.

—Qué raro…

—¿Qué es? —le preguntó Effie a un tipo apoyado en la pared.

—Limpiador facial para potenciar la belleza. Aunque a ti no te hace falta, ¿cómo te llamas?

—Seguro que te encantaría saberlo.

—¿Para potenciar la belleza? —preguntó Rowan, echándoselo en la cara —. Me hará falta una tina llena de esto.

Anna se enjuagó la cara con el agua fría. No creía que fuera a tener ningún efecto, pero cuando Rowan y Manda se dieron la vuelta, su aspecto era el mismo y, a la vez, completamente diferente. No parecían reales, era como si su esencia hubiera desaparecido y en su lugar hubiera algo luminoso; su piel se asemejaba a las ondas del agua, sus labios resplandecían y los ojos les brillaban.

—¡Anna, los ojos se te ven superverdes! —Rowan los señaló, hipnotizada.

Anna agarró la cara de Rowan.

—¡Estás increíble!

Se adentraron entre la multitud. Attis había desaparecido, como siempre. *Da igual*.

El centro de la discoteca derrochaba color y estaba atestado de gente ataviada con trajes festivos; llevaban la cara pintada y enmascarada, altísimos tocados de flores o cuernos, o máscaras con alas que revoloteaban por sí solas. Las puntas del pelo de la chica que tenía al lado parecían arder, y vio un sinnúmero de Reyes de Mayo. Las luces salpicaban de colores toda la estancia y giraban como la luz del sol a través de los pétalos de una flor. ¿*Es esta mi gente*? Se dio cuenta, turbada, de cuán aislada había estado, de cuán limitada

había sido su experiencia por culpa de las Encorsetadoras. El mundo de su tía era oscuro, pero este de aquí se hallaba repleto de color.

Anna bailó, con la sensación de que todo era más intenso que antes: las personas, la música, los colores. *Si esta es mi gente, no quiero marcharme nunca*. Todos eran simpáticos, y los bañaban con guirnaldas de flores y les ofrecían bebidas y dulces: fresas de jengibre, campanillas azucaradas y varas de mayo diminutas hechas de regaliz. Alguien les dio unas copas de champán repletas de «las burbujas de los vientos inmaculados de la primavera».

Effie se unió a ellas y al cabo de una hora, sin que Anna supiera cómo había ocurrido, todas se encontraron bailando sobre una mesa mientras una multitud las vitoreaba desde abajo; la Vara de Mayo giraba a su alrededor, o tal vez fueran ellas las que giraban alrededor de la Vara de Mayo. *Todo da vueltas*. Effie la agarró y señaló:

—¿Los ves?

En una sala donde la opulencia parecía rezumar sin límite, el grupo de personas que acababa de entrar se las había arreglado de algún modo para destacar por encima del resto. Anna se preguntó a qué se debía. Sus trajes eran sin duda más extravagantes, y la forma en que se movían entre la multitud resultaba más audaz y descarada, pero había algo más: todos tenían la misma aura pícara y caótica, el aura de aquellos que no viven en el mismo lugar donde lo hace el resto, sino en sus confines; aquellos cuya existencia se basa únicamente en poner a prueba sus límites.

—¿Quiénes son? —preguntó Anna, embelesada.

—La Cacería Salvaje —le explicó Effie—. Uno de los clanes menos convencionales que hay. Todos son jóvenes, y todos están chalados.

—¿Cuál es su lenguaje mágico?

—El hedonismo. El hedonismo desenfrenado. —Effie lanzó una carcajada —. Me gusta divertirme con ellos. ¿Con quién iré a jugar esta noche?

—¿Con quién?

—Tengo varios amantes en el grupo. Ahí está Jeudon, que no habla pero se mueve como una bestia en la pista de baile. O Emilia, que parece un encanto, ¿verdad? No lo es, hace que me cague de miedo. Aunque es muy divertida. Y luego está Ivor, el que parece capaz de partir un ladrillo con sus propias manos. —Señaló a un hombre rubio y corpulento que llevaba un abrigo verde hasta el suelo y unos cuernos gigantescos que le sobresalían de la cabeza—. Hmmm. —Effie se puso a mover el dedo entre ellos—. «Pito, pito, gorgorito, dónde vas tú tan bonito, a la era verdadera, pim, pam, pum,

fuera». —Su dedo aterrizó en Jeudon. Lo movió hacia Ivor y se encogió de hombros—. ¿A quién quiero engañar? Es mi favorito. Venga.

Effie se bajó de la mesa de un salto y tiró de Anna, que no aterrizó de boca en el suelo gracias a la multitud. Se acercaron al variopinto grupo y Effie le dio un golpecito en el hombro a Ivor.

—Effie —dijo Ivor en voz baja, mirándola de arriba abajo—. Estás de miedo, me dan ganas de besarte. —La atrajo hacia él e hizo exactamente eso, y luego se volvió hacia Anna—. ¿Me funcionará la frase dos veces?

—No —respondió Anna riéndose.

—Esta es mi amiga Anna —dijo Effie—. Ahora bésame otra vez.

—Qué asco —dijo una voz por detrás. Anna se dio la vuelta y vio a un hombre guapo y de pelo negro, con una sonrisa de oreja a oreja. Llevaba una camisa dorada desabotonada, unos pantalones rojos y una corona ladeada sobre la cabeza—. ¡Id a montároslo al baño! —Les gritó y luego volvió a mirar a Anna, sonriendo. Parecía una sonrisa sincera, pero su mirada destilaba picardía—. Oliver Moridi, para servirte. —Le dedicó una profunda reverencia —. Soy una mezcla entre un príncipe iraní y un mendigo iraní, y jamás había visto a una chica con un pelo tan bonito en toda mi vida. ¿Has salido de Oz? —Sus movimientos eran en cierto modo andróginos; un poco teatrales y extrañamente sexis.

—Encantada de conocerte, Oliver —gritó—. Soy Anna. ¿Tú también formas parte de la Cacería Salvaje?

—Así es, dulce Dorothy. Codiciamos los placeres de la vida y bebemos de sus entrañas con abundancia. Déjame hacerte una pregunta totalmente en serio, ¿quieres jugar conmigo?

—¿En qué consiste el juego? —Anna levantó una ceja como le había visto hacer a Effie; seguía mareada por la bebida, y la atención que le estaba dedicando Oliver la envalentonaba más de lo normal. Era emocionante.

—Tú eliges… —Sacó un dado de entre los dedos—. Lánzalo y a ver qué pasa.

Anna tomó el dado con una mirada irónica y examinó las opciones: *Beber, jugar, bailar, comer, volar, marcharse*. Lo hizo rodar sobre la mesa de al lado.

El dado se detuvo en Beso.

Un momento, esa no era ninguna de las opciones…

—El destino se ha pronunciado; no hay nada que hacer. —Se llevó una mano al corazón.

Anna se echó a reír.

—¡No vale! Está trucado.

—Los trucos siempre valen.

Anna volvió a lanzar el dado. *Bofetada*.

Levantó la vista y él se inclinó hacia delante con un mohín. Ella lo abofeteó de forma juguetona.

—Pelirroja y peleona. Mis preferidas.

—Ollie. —Attis apareció de la nada—. ¿Ya te han vuelto a abofetear?

—Pero no me ha abofeteado cualquiera, sino la Dorothy más preciosa que he conocido nunca. Abofetea de maravilla.

—Todavía no he tenido el placer —dijo Attis—. Aunque me ha amenazado a menudo.

—¿Os conocéis? —preguntó Oliver—. Debería habérmelo imaginado. Attis siempre anda rodeado de mujeres hermosas. Es mi némesis y mi héroe.

—Bueno, tampoco es que a ti te haga falta ayuda —dijo Anna.

Oliver le tendió una mano.

—¿Bailamos?

—Me parece que sí. —Anna le agarró la mano y le lanzó a Attis una mirada juguetona.

Bailó con Oliver, mientras los rodeaban los miembros de la Cacería Salvaje, que iban engalanados con trajes ostentosos y enjoyados y una ridícula selección de sombreros y cuernos. Oliver giró a su alrededor, sacudiéndose, riendo y envolviéndola en rápidos y vertiginosos abrazos, hasta que Anna estuvo totalmente mareada. Effie se metió con Ivor en uno de los rincones acolchados. Rowan se abrió paso entre Anna y Oliver como si fuera una niña en una tienda de caramelos.

—Manda se ha ido a retozar —le dijo a Anna riéndose—. O al menos se está enrollando por ahí con un tío. Este grupo es genial, ¿no? Qué elegantes son, joder. Me gusta ese del sombrero de copa con cuernos, pero, Anna, he bebido un montón y ni siquiera estoy segura de que se le pueda llamar «baile» a esto que estoy haciendo…

Anna se echó a reír.

—Voy a buscar un poco de agua.

No estaba segura de dónde conseguir el agua, no había visto ninguna barra. Atravesó la multitud y le preguntó a una de las personas que estaban sirviendo los cócteles. Esta salió corriendo y volvió de inmediato con dos botellas de agua que no sabían a agua, sino al interior del tallo de una planta: su sabor era refrescante y limpio. Fuera lo que fuere, le despejó la cabeza.

Volvió la vista hacia la pista de baile, pero no pudo localizar a Rowan. Subió una sinuosa escalinata hasta llegar a una plataforma y buscó entre la multitud.

—Mira quién ha vuelto después de entretenerse con los chicos de la Cacería Salvaje. —Attis se acercó a ella tambaleándose suavemente; sus ojos, que por lo general eran tan afilados como una flecha, reflejaban una expresión algo confundida—. Deberías andarte con ojo. Oliver es un ligón de cuidado.

—Supongo que los ligones os reconocéis entre vosotros.

—*Touché* —dijo Attis, intentando señalarla con los dedos, sin conseguirlo.

—¿Estás borracho? —Anna sonrió.

—No lo sé. Se me ha olvidado.

—Esto no me lo pierdo. —Anna cruzó los brazos y lo evaluó.

—Sé lo que estás pensando —suspiró él—. «¿Y si está tan borracho que ya no es capaz de bailar?». Veo la ansiedad que asoma en tus ojos. Pero no te preocupes, cuanto más borracho estoy, mejor bailo. —Dio unos cuantos pasos de tap y se le enredaron los pies. Cayó contra la pared junto a ella.

Anna soltó una risita.

—Muy elegante.

—Qué mala eres. —Se giró hacia ella con una expresión exageradamente triste. Anna volvió a reírse antes de darse cuenta de lo cerca que se encontraban uno del otro; sus rostros estaban a meros centímetros de distancia, tan cerca que ella podía distinguir las pecas que salpicaban el puente de su nariz. Pensó en lo cálidos que le habían resultado sus labios en el campo deportivo del colegio. Se dio la vuelta e intentó localizar a Rowan.

—Tienes un cuello precioso —dijo él, y ella sintió su aliento haciéndole cosquillas. Se quedó sin respiración. Se dio la vuelta y se topó con sus ojos, que la recorrían—. Me gusta la forma en que se curva —dijo él de forma distraída. Alargó la mano como si quisiera tocarla, pero se detuvo.

—Estás borracho —dijo ella, llevándose la mano al cuello un poco cohibida.

—Y a ti es imposible desentrañarte, Anna Everdell.

—No sabía que pretendías desentrañarme.

—Estás tan encerrada en ti misma, tan aislada de los demás. —Gesticuló de un modo ininteligible, perdido en sus pensamientos—. Como una flor en invierno. Se suponía que esto iba a ser pan comido. Pero ya no lo es.

—¿El qué iba a ser pan comido?

Volvió los ojos hacia ella; eran dos espejos que escondían algo en su interior.

—Tú.

A Anna la turbó lo que vio, o más bien lo que no vio.

—Oye, no puedes ni tenerte en pie. No me extraña que…

De pronto, él la agarró por los hombros.

—Deberías marcharte. Huye. Deja a tu tía y vete. No vuelvas.

—¡Attis! —gritó Anna zafándose de él—. ¿De qué estás hablando?

Él tensó la mandíbula.

—De nada.

Se inclinó hacia Anna, pero ella se volvió para mirar por el balcón con el corazón acelerado e inundada por varias emociones que no supo identificar.

—¿Ves a las demás? —No se volvió hacia él. No pensaba volverse.

—Ahí. —Attis señaló—. Ahí está Rowan y ahí está Effie… con Ivor.

—¿No te molesta?

—En realidad, no. Effie no pertenece a nadie y yo jamás querría cortarle las alas, pero aun así estamos hechos el uno para el otro.

—Nunca entenderé vuestra relación —dijo, de forma más mordaz de lo que pretendía.

—Es mejor no intentarlo.

—Ni me lo planteo, no te preocupes. —Le dieron ganas de sacudirlo y preguntarle por qué cuando se lo interrogaba sobre cualquier cosa que le importaba, él se encogía de hombros y fingía que le daba igual—. Tengo que volver con Rowan antes de que acabe deshidratada. Hasta luego.

Él no se despidió, pero Anna sintió que no le quitaba el ojo de encima mientras se alejaba; todavía notaba sus manos sobre ella, diciéndole que se marchara, que huyera. No estaba segura de poder entenderlo nunca.

Rowan se bebió la botella de agua de un trago y luego arrastró a Anna en busca de Manda, que parecía haber perdido al hombre con quien se estaba dando el lote.

—¿DÓNDE ESTÁ? —gritó entre la multitud—. ¿HENRY? Un momento, ¿era Henry o Harry? No sé, pero creo que era el amor de mi vida. Tengo que encontrarlo… —Se tropezó y cayó sobre Anna.

—Me parece que es hora de llevarte a casa. Vamos.

Se acercaron a Effie y la desengancharon de Ivor.

—Los de la Cacería Salvaje nos han invitado a otra fiesta después. ¿Queréis ir a jugar?

—Yo tengo que volver a casa, mi madre me va a matar —dijo Rowan—. Y Manda está…, bueno…

Manda no dejaba de asaltar a desconocidos para preguntarles si conocían a alguien llamado Hugo. Attis apareció justo a tiempo.

—Venga, Manda, vamos a tomar un poco el aire. ¿Nos vemos fuera en cinco minutos?

Effie puso los ojos en blanco.

—Vale.

—Adiós, dulce Dorothy —le dijo a Anna una voz al oído. Oliver le besó la mano—. Espero que nos volvamos a ver.

—Y yo, que arregles el dado. —Se rio y le dijo adiós con la mano; la corona del chico brillaba bajo las luces.

Salieron a trompicones por la Puerta de Sauco y se adentraron en la callejuela oscura y vacía. Estaban hechos un desastre: el maquillaje se les había corrido debido al sudor y tenían el pelo alborotado. Anna jamás lo había pasado tan bien en su vida.

Attis acompañó a Rowan a su casa para asegurarse de que llegara sana y salva.

—Más vale prevenir, va un poco borracha —dijo él arrastrando las palabras.

Anna se metió en un taxi con las demás, y las tres empezaron a comentar cada detalle de la noche hasta que Manda se quedó dormida. En cuanto llegaron a casa de Selene, la metieron en la cama y luego se pusieron a bailar en la cocina, sumidas todavía en la euforia de la noche.

—Bueno —dijo Effie—. ¿Te gusta Ollie? A él parecías gustarle.

—Es… encantador. No sé…

—A la porra con Peter, ¿eh?

Anna se rio.

—¿Y qué hay de ti y de Ivor?

—Ah, sí, mi vikingo. Siempre vuelvo a él.

—Puede que estéis destinados a estar juntos.

Effie soltó una carcajada.

—¡Destinados a estar juntos! Siempre eres tan… romántica, Anna. Yo no estoy destinada a estar con nadie. Salvo con Attis, claro.

Anna no tenía claro si Effie estaba de broma, si hablaba en serio o si simplemente estaba borracha.

—No entiendo lo vuestro —dijo Anna con cuidado—. Dices que sois solo amigos, o como hermanos…

—Creo que todos sabemos que eso no es verdad. Si de verdad existe eso del destino… él es el mío. Pero somos jóvenes y queremos disfrutar. Tenemos

un acuerdo. Todas las chicas se enamoran de Attis, pero él me pertenece a mí.

Sus miradas se encontraron y Anna no supo qué decir. Era cierto. Él pertenecía a Effie. Siempre lo había sabido, pero aun así le resultaba extraño oírselo decir en voz alta.

—¿Es… humano? —le preguntó—. Cuando se comió la baya dijo que no era una bruja…

Effie se rio con desdén.

—Estaba tomándonos el pelo. A ver, ¿lo viste comerse la baya? Me juego lo que quieras a que no la comió; Attis no es de los que se abren. Pero créeme, lo he visto sin nada encima y te aseguro que es todo un hombre.

Anna pensó en los ruidos que había oído por la noche, en las risitas y los gemidos. Se imaginó los cuerpos de Effie y de Attis entrelazados, encajando a la perfección, como dos partes de un todo. Le costaba deshacerse de esas imágenes.

—Venga, vamos a bailar —dijo Effie; agarró a Anna de las manos y tiró de ella.

Cuando Attis llegó a casa —mojado y bastante menos borracho—, las encontró cantando a pleno pulmón y metiendo a la fuerza un trozo de *pizza* en la tostadora.

—¿Qué hacéis?

—Queríamos ver si la *pizza* se puede tostar. Se ha enfriado… —Effie empujó el trozo.

Él sonrió, se acercó a Effie y le quitó el cuchillo de las manos.

—Ya la caliento yo.

Estuvieron hablando, comiendo y riendo, sin salir de la cocina, hasta que el sol empezó a asomar; solo entonces les pareció buena idea subir a la cama. Effie los condujo a su habitación, que estaba tan desordenada como siempre; tenía las paredes pintadas de negro y llenas de pósteres, el suelo cubierto de ropa, maquillaje y joyas, y un enorme cuadro mágico colgado detrás de la cama en el que un torbellino de colores se movía en ondas lentas e hipnóticas.

—¡Ha llegado el verano! —exclamó Effie subiendo las persianas. Una tenue luz rosada se elevaba por detrás de las casas, filtrándose en la oscuridad de la noche—. Me encantan el sol y la nieve y nada más. Vamos a hacer magia. —Se volvió y les dirigió esa mirada tan suya, esa mirada implacable.

Attis le devolvió su característica mirada indulgente.

—¿Qué tienes en mente?

Effie se mordió el labio.

—Magia de sangre.

—No, Effie, es tarde…

—La noche aún no ha acabado. ¿Es que no lo notas? El universo nos pide que hagamos magia.

—No creo que sea buena idea hacer magia de sangre.

Effie no le hizo caso.

—Anna, tú te apuntas, ¿no? La sangre es un lenguaje muy poderoso. Alberga las claves de la magia de la bruja que la practica.

Anna se emocionó al ver la energía que se acumulaba en la mirada de Effie. Miró a Attis, que contaba con que ella se negara, pero descubrió que no estaba dispuesta a darle lo que quería. Aquella noche, no.

—Adelante.

Effie aulló.

—Anna y yo vamos a hacerlo de todas formas, así que o te unes a nosotras o nos dejas en paz.

Él suspiró ásperamente.

—Vale, pero estáis las dos como una cabra.

—Ahora vengo. —Effie salió de la habitación.

Anna y Attis se quedaron mirándose.

—Creía que tú eras la sensata, doctora Everdell —dijo.

—Siento haberte embaucado.

Él se echó a reír.

—Da igual, nunca me lo tragué del todo.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer? ¿Un sacrificio en el que acabaré desangrada?

—Me parece que no, pero no estoy seguro al ciento por ciento. Effie está borracha.

En ese momento, Effie apareció por la puerta con un cuchillo.

—Effie, ya sabes que tienes que pedirme permiso antes de usar mi cuchillo.

—Normalmente no tengo que pedir nada. —Arqueó una ceja de forma provocativa, y les hizo formar un círculo en el suelo—. Nos hace falta la cuchilla en forma de aguja.

—Yo os recomendaría la indolora.

—No. La de aguja. ¿Qué sentido tiene llevar a cabo un pacto de sangre si eliminamos la parte del dolor?

Attis movió el cuchillo en el aire formando un símbolo, y de la base apareció una cuchilla fina y delgada. Tenía la punta brillante y afilada.

—Perfecto —dijo Effie—. Bien, sentémonos. —Despejó una parte del suelo dándoles una patada a los trastos que había por allí—. Colocad las manos en el centro. Attis, quiero que nos grabes el símbolo del poder en las palmas.

—Preferiría no haceros daño.

—¿Acaso tenemos pinta de no poder resistirlo?

Anna intentó parecer tan segura de sí misma como Effie, aunque las palabras *pacto de sangre* y *grabes* no hacían más que arremolinarse en su cabeza.

—Será peor si intento hacerlo yo —amenazó Effie.

Attis sacudió la cabeza, alargó el brazo y tomó la mano de Effie entre las suyas. La cuchilla era muy fina, pero aun así, cuando comenzó a trazarle el símbolo en la palma, apareció una marca aún más fina, tanto como una aguja; un susurro a lo largo de la superficie de la mano, pero bastante profundo como para que la sangre brotara a su paso; el símbolo era sólido, fluido y hermoso. Effie lo contempló con un deleite voraz.

Attis se movió y colocó su mano debajo de la de Anna con suavidad. Le pasó la cuchilla por la palma con tanta delicadeza que lo único que sintió ella fue un ligero escozor, nada en comparación con los castigos de su tía.

—Deja que te trace el tuyo —dijo Effie; tomó el cuchillo y copió el símbolo en la palma de Attis. Su sangre afloró con un intenso color frambuesa, el mismo tono de sus labios. Anna se estremeció al contemplarla.

—Sentid el poder de vuestra sangre —ordenó Effie.

A Anna no le hacía falta mirarse la mano para sentir la calidez y la vitalidad de su sangre, el dolor de la herida, la emoción del momento, su inquietante intimidad. La magia impregnaba el aire e inundaba su cuerpo, de manera absoluta e incuestionable, tan firme y poderosa como los latidos de su corazón.

—Ahora tomémonos de las manos…

—Esperad —dijo Anna, y el corazón le dio un vuelco—. No sé si debemos mezclar nuestra sangre. Es decir, al menos no la mía. Podría… contaminaros… ya sabéis que a mi magia le pasa algo raro.

Effie se rio.

—Tranqui. Son unas gotitas de nada y, además, somos un equipo. De eso se trata.

—Pero todavía no entendemos…

Effie le agarró la mano antes de que Anna pudiese decir algo más.

—Juntos para siempre. —Tiró de la mano de Attis y la envolvió con la suya, y la sangre de ambos se mezcló.

Anna miró a Attis a los ojos y atisbó también una sombra de duda, pero pronunció las palabras con áspera intensidad:

—Juntos para siempre.

—Juntos para siempre —respondió Anna, con el corazón desbordado, igual que su sangre. El lugar de Attis y de Effie estaba junto al otro, pero de alguna manera inexplicable Anna también formaba parte de ellos.

Se soltaron las manos; el símbolo que se habían trazado en la palma estaba emborronado, pero la sangre que había goteado en el suelo había empezado a formar un patrón: unos círculos…, *la marca de las maldiciones*. Anna levantó la vista con los ojos desorbitados.

—No pasa nada —dijo Effie—. Sabíamos que podía suceder. Tu magia está conectada al símbolo. —Anna se dispuso a hablar, pero Effie la interrumpió—. Ni se te ocurra mencionar la palabra «contaminada» o me cabrearé, y no me gusta cabrearme a primera hora de la mañana. ¿No sientes el poder de la magia?

Anna apartó la mirada del símbolo del suelo e intentó apaciguar su miedo. No quería amargarles la noche; todo había sido perfecto. En vez de eso, se sumió en la relajante sensación que le había provocado la magia hacía unos momentos; una sensación que lo había recubierto todo, cuando todo había parecido posible y ellos se habían sentido invencibles. *Juntos para siempre*. El sol se elevó como una mancha de sangre sobre los tejados y bañó la habitación de luz. Bailaron de forma salvaje, exprimiendo hasta la última gota de energía, y entonces se desplomaron sobre la cama, agotados por fin, sin que se oyera otro ruido más que el de sus respiraciones y los latidos de su corazón.

—Me voy —dijo Attis, levantándose.

—No, quédate con nosotras —le dijo Effie. Acarició la cama de forma seductora. Anna se dio cuenta de lo revelador que era su vestido—. Podríamos divertirnos un poquito más…

Él las miró durante un momento con intensidad, y luego se echó a reír.

—Es la oferta más tentadora que he oído nunca, pero no. Dormid un poco. —Cerró la puerta.

Anna recordó el modo en que su aliento le había acariciado el cuello en Equinox.

—Eres un muermo —exclamó Effie. Se volvió hacia Anna y ambas quedaron cara a cara—. Yo no tengo sueño —dijo con los párpados caídos.

Anna sonrió y ambas se tomaron de las manos y entrelazaron los dedos, con las palmas todavía manchadas de sangre.

—Ya somos oficialmente un aquelarre. Vamos a llegar muy lejos. Estoy segura.

—Y yo. —Anna deseaba que fuera cierto. No quería abandonar nunca el mundo mágico. El mundo de Effie.

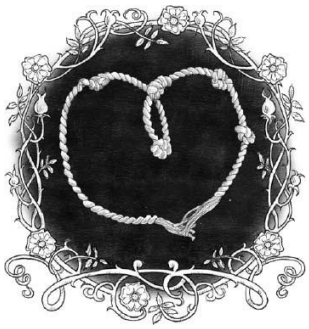
—Tengo la sensación de que nos conocemos desde siempre. —Effie sonrió adormecida, con los ojos medio cerrados y bordeados por un bosque de pestañas oscuras.

—Yo también.

—Me alegro de que nos hayamos conocido.

—Sí —dijo Anna, apretándole la mano y conteniendo las lágrimas—. Te quiero, Effie.

Pero Effie ya se había quedado dormida.



DESEO

Catorce años

Anna estaba hambrienta. Llevaba hambrienta todo el día.

La tía dejó una caja de bombones frente a ella; cada uno de los brillantes y oscuros bombones había sido moldeado con un diseño único y tentador e introducido en un bonito compartimiento, a la espera de que alguien le echara el guante. Anna se moría de ganas de comerse uno, pero sabía que aquellas pruebas estaban enfocadas en el dolor y no en el placer.

—Mira los bombones, Anna.

Anna los recorrió todos con la mirada. Su estómago rugió.

—Cómete uno.

Anna no se esperaba aquello. Miró a su tía para asegurarse. La tía asintió. Anna escogió un bombón en forma de corazón. Le dio un mordisco. El interior era suave y mantecoso, y tenía trocitos de azúcar. Alargó la mano y tomó otro. También se lo llevó a la boca: un cremoso sabor a naranja le recubrió la lengua. Agarró otro más: trufa. Y otro: aquel era espeso y le dejó los dientes cubiertos de chocolate. Tomó otro. Y otro…

—Anna —dijo su tía—. Te estás dejando llevar…

Pero Anna era incapaz de parar. Tomó otro. Y otro. Y otro. Tenía la intención de comerse la bandeja entera y acabar de una vez, pero cuantos más comía, más bombones aparecían; los huequecitos de la caja nunca quedaban vacíos, siempre afloraba un chocolate más.

Otro. Y otro. Y otro. El estómago había empezado a dolerle.

—Tienes que esforzarte más. —La voz de su tía era cada vez más afilada.

Anna entendió por fin el juego; descubrió el truco. Se aferró a su cordón e hizo un nudo, intentando dominar el deseo que bullía en su interior; pero estaban demasiado buenos, era incapaz de detenerse…

Otro. Y otro. El sudor le cubrió la frente.

Otro. Y otro. Y otro. Anna tiró del nudo con fuerza y consiguió resistirse al último bombón durante un instante, pero fue demasiado tarde. Su tía le tendió un cuenco para que vomitara.



VÍDEOS

Si nos capturan, jamás debemos confesar. Por mucho que la sangre o las llamas se apoderen de nosotras, que el silencio sea lo único que nos salve, que la muerte sea lo único que nos libere.

El regreso, *El libro de las Encorsetadoras.*

Anna debía de haber dormido solo unas horas cuando se despertó. Effie estaba profundamente dormida. Los sucesos de la noche anterior se le antojaron un sueño, pero al bajar la mirada vio su vestido, la sangre de sus manos y el símbolo de la maldición que manchaba el suelo. Se sentía mucho menos invencible a la luz del día, y esta no le hacía ningún favor a la sensación de aturdimiento que le inundaba la cabeza.

No había ni rastro de Manda, pero su cama estaba hecha. Debía de haberse marchado a casa, y ojalá que su aspecto fuera el de alguien que se ha pasado la noche estudiando y no de fiesta. La cocina era una hecatombe de botellas, vasos vacíos y trozos de *pizza*. La casa estaba en silencio, salvo por el lejano ruido de unos martillazos. Selene tendría que haber vuelto ya. *¿Dónde está?* Aunque Anna se moría de ganas por sumergirse de nuevo en el ambiente distendido y libre de la noche anterior, tenía que hablar con Selene.

Bajó las escaleras hasta la planta de Attis. La puerta de la fragua estaba entreabierta. Respiró hondo y entró. El chico estaba dándole martillazos al yunque; sus omóplatos se abrían y se cerraban por debajo de su camiseta. Lo observó componer su música durante un rato, igual que él la observaba siempre cuando componía la suya. Sonrió al ver su cara de concentración, con el ceño fruncido y la lengua apoyada en el labio inferior.

El chico se dio la vuelta y pegó un brinco.

—Anna.

Ella se rio.

—¿Quién es ahora la acosadora? —Él esbozó una sonrisa.

—¿Alguna vez duermes? —preguntó ella.

—En realidad, no. Aunque tú solo has dormido tres horas.

—Siempre me levanto temprano.

—Menuda noche.

Anna asintió, sintiéndose cohibida al recordar las imágenes borrosas de la discoteca, el baile alocado y el pacto de sangre.

—¿Qué ha pasado? —dijo, señalando el amasijo de madera que había en el suelo tras él; parecían las teclas de un piano.

—Ah, eso. —Se rascó la cabeza—. Es parte de un piano. Lo he desmontado.

—¿Por qué?

—Quería estudiar su funcionamiento. Son instrumentos increíblemente complejos. ¿Sabías que los pianos de cola tienen más de diez mil partes móviles? Más de cien por cada una de las teclas.

Anna asintió, desconcertada. Se sabía la teoría, pero nunca se había parado a pensar realmente en el funcionamiento de un piano; su sonido le había bastado y el resto era magia.

—¿Y has averiguado cómo funciona?

—Sí y no. —Dio una patada a algunos de los restos.

—¿Sabes cuándo volverá Selene?

Attis se secó la cara con una toalla.

—Como si tuviera la menor idea de lo que hace Selene por ahí. Apenas me habla.

—Ya me he dado cuenta. ¿Por qué?

Attis se encogió de hombros.

—Para ella soy solo un hombre más. De usar y tirar.

—Pero no eres como los demás. Effie y tú sois…

—¿El qué?

—No lo sé.

—Bueno, en ese caso mi existencia sigue estando meramente relacionada con Effie, ¿no?

—Eso no es lo que quise decir.

Él suspiró.

—Ya lo sé.

Anna se acercó al horno, notando el calor del fuego en la cara.

—No te acerques mucho —advirtió él.

—¿En qué estás trabajando?

—Estoy terminando una cuchilla. Ahora estoy dándole forma.

—¿Me enseñas cómo lo haces?

Al oír su petición, la tensión de Attis desapareció. Sonrió y se pasó una mano por el pelo, que se le alborotó.

—Claro, si tú quieres.

—Sí.

Él se acercó de un salto al horno.

—La herrería es una combinación de herramientas, técnica, química y arte, aunque en muchos aspectos resulta sencilla. Aquí comienza todo. —Pasó una mano por las llamas—. Un herrero de verdad sabe hablar con el fuego. Escuchar es fundamental. El fuego no debe ser muy enérgico ni debe arder con demasiada rapidez; lo mejor son unas llamas sencillas y concentradas. Hay que prestar atención a su música, a los colores de las llamas, a los matices del humo y los patrones de sus chispas. —Alzó las manos y las llamas crecieron—. Aunque yo cuento con la ayuda de la magia.

Sacó del horno el largo trozo de metal en el que había estado trabajando; su punta ardía anaranjada. Le hizo una señal a Anna para que se acercara al yunque y colocó el metal encima. Empezó a trabajarlo con el martillo —sus golpes eran rápidos y hábiles—, giró la cuchilla y la fue golpeando todo a lo largo; volvió a darle la vuelta y la aplanó, con un ritmo preciso y constante.

—Le estoy dando forma —gritó, apartando el metal de la parte plana del yunque y colocándolo en el extremo con forma de cuerno; fue girándolo mientras lo golpeaba y saltaban las chispas. Frotó la superficie de la cuchilla con un cepillo de cerdas duras y las escamas calientes se desprendieron—. ¿Quieres probar?

—No, no creo…

—Venga —insistió él.

—Vale —dijo Anna acercándose al yunque. Él volvió a agarrar el metal y le mostró cómo mantenerlo firme. Anna tomó el martillo y dio un golpe; sintió que un temblor le recorría el brazo. Las chispas saltaron. Attis agitó la mano para dispersarlas y alejarlas de ella. Anna sonrió—: Lo admito, dar mamporros con el martillo es divertido.

Él colocó sus manos sobre las de ella.

—Tienes que sacarlo. Sigue girándolo así —Le mostró cómo mover el trozo de metal—. Y no te pases con los golpes, tienen que ser firmes pero suaves…

Anna se tensó ante la proximidad de su cuerpo, ante la cercanía de su piel, pero él estaba tan concentrado en el fuego y en enseñarle cómo se hacía, que ella también acabó sumida en la tarea. La sorprendió lo maleable que era el metal, la facilidad con la que respondía al martillo y, aun así, lo mucho que costaba que tomara la forma exacta que uno quería. No se imaginaba moviéndose con la velocidad y la precisión con que lo hacía Attis. Poco a poco, la hoja empezó a tomar forma.

—No se te da nada mal —dijo él sonriendo.

Anna volvió a bajar el martillo y, esta vez, cuando las chispas saltaron, Attis levantó la mano y las congeló en el aire. No estaban totalmente inmóviles, sino que se movían a cámara lenta, como una erupción contenida. Anna estalló en risas. Attis sonrió ante su alborozo y volvió a mover las manos: las chispas se arremolinaron alrededor de Anna, girando a toda velocidad. Quiso alargar la mano y tocarlas, pero sabía que se quemaría.

—Serás engreído… —se burló ella.

Él esbozó una sonrisa.

—Es que me encanta hacer saltar las chispas.

Agarró la hoja y volvió a meterla en el fuego para que se calentara de nuevo.

Anna le devolvió el martillo a regañadientes, pues quería aprender más, quería entender para qué servía cada herramienta, conocer las diferentes técnicas, saber cómo hablar con el fuego. Pero su anhelo no acababa ahí, sino que se extendía a toda la magia que se había abierto paso hasta ella; un deseo que ardía en su interior con una intensidad que nunca había sentido. No supo qué hacer con ese deseo. Paseó por la estancia para distraerse, observó las herraduras colgadas de las paredes, las estanterías repletas de herramientas —martillos, tenazas y alicates—, ancladas a la vida de Attis, como si le preocupara que esta se le fuera a escapar en cualquier momento.

Sus ojos se posaron de nuevo en el tarro de llaves: la llave blanca descansaba en su interior.

—Attis —empezó ella dubitativamente—. ¿Me prestas tu llave maestra?

Attis se acercó a ella.

—¿Por qué?

—Tengo que entrar en cierta habitación de mi casa. Mi tía la tiene cerrada con llave. Solo quiero saber qué hay dentro —dijo, restándole importancia a su desesperación.

—Lo más probable es que tu tía guarde ahí sus juguetitos de goma.

Anna lo fulminó con la mirada.

—Venga, Attis.

—O puede que le guste coleccionar trenes en miniatura y no quiera que nadie se entere. ¿Tal vez tenga una horda de hurones? A muchas personas les encantan los hurones.

Apartó los ojos de la llave, irritada.

—Attis, ¿por qué te lo tienes que tomar todo a broma? Cada vez que te pregunto algo, sueltas un chiste. Pero esto es serio, se trata de mi vida. Por favor, ayúdame.

—Solo digo que… los hurones requieren mucho espacio.

—Basta. Hablo en serio. ¿Cómo voy a saber quién soy sin comprender antes a aquellos que me dieron la vida? Tengo que entrar. ¡Se me agota el tiempo!

—Yo no conozco a mis padres. ¿Y ves que vaya por ahí arriesgando la vida? —El tono jocoso había desaparecido de su voz.

—Sí conocías a tu padre…

—No era mi verdadero padre.

—Bueno, eso no me lo habías contado —dijo ella con brusquedad. Era exasperante lo poco que sabía de él, los numerosos secretos que guardaba—: Aunque no me extraña, nunca te abres a nadie.

—¿Y eso qué significa?

—Que eres una persona diferente según con quién hables: nadie te conoce de verdad. —Se acercó a él—. ¿Y sabes qué es lo peor? Que actúas como si nada te importara, como si todo te hiciera gracia, pero no me lo trago. Siempre me preguntas qué es lo que quiero, pero ¿qué coño quieres tú? ¿Qué quieres hacer con tu vida? ¿Qué eres? ¿Quién eres?

—No lo entenderías, Anna.

La forma en que pronunció su nombre, casi con desprecio, la hizo enfurecer todavía más.

—¿Sabes lo que creo?

—¿Qué?

Se habían puesto a gritar.

—Que no sabes quién eres ni lo que quieres. Te escondes detrás de una máscara y finges que estás bien, que nada te preocupa, cuando en realidad, si te quitaras la máscara, todos nos daríamos cuenta de que detrás no hay nada. —Las palabras salieron a borbotones, enérgicas y feroces; le temblaban las manos.

—¡Bueno, me alegro de que me hayas calado! —respondió él—. Me alegro de que por fin te hayas dado cuenta de lo que llevo intentando decirte

todo este tiempo, que ¡NO SOY NADA! —Su rostro, a centímetros del suyo, estaba desencajado, pero sus ojos destilaban dolor. Aquello la tomó por sorpresa.

No estaba segura de qué hacer a continuación. Estaban muy cerca. El aire de la habitación ardía. La cólera volcánica de ambos había quedado congelada temporalmente, igual que las chispas de hacía unos momentos. A Attis se le había acelerado la respiración y su aroma resultaba de pronto vertiginoso. Anna bajó la mirada. Él se acercó y le levantó la barbilla; sus ojos eran como una columna de humo tras la que ardía el fuego…

—¿Qué pasa aquí? —Effie abrió la puerta y ambos se separaron de un salto.

Attis se dirigió al yunque.

—Nada.

Anna notó que se ponía roja.

—Sí, nada. Discutíamos sobre una llave.

Effie la miraba con intensidad.

—Selene ha vuelto. Creía que querías hablar con ella.

—Sí.

Anna se dirigió rápidamente a la puerta; lo mejor que podía hacer era marcharse.



—¡Cada día te pareces más a tu madre! —exclamó Selene al verla, y le tomó la cara entre las manos. Anna, a la que cada vez le dolía más la cabeza, seguía dándole vueltas a lo que acababa de pasar—. Effie me ha comentado que querías hablar conmigo. Acabo de dejar a un cliente en la otra habitación, así que no puedo entretenerme mucho. Tengo que preparar unos ingredientes.

—Solo será un momento. —Anna trató de ordenar sus ideas; no sabía cómo explicárselo todo en poco tiempo—. No sé si Effie te habrá contado algo, pero en el colegio hay unas chicas que son horribles…

—Effie nunca me cuenta nada.

—Bueno, pues son lo peor. Unas matonas de cuidado.

—Odio a los matones —dijo Selene acercándose a los estantes.

—El caso es que le estaban haciendo la vida imposible a Rowan, así que intervinimos. Effie encontró un hechizo para hacer correr rumores sobre ellas.

Y funcionó. Lo que pasa es que funcionó demasiado bien. Es como si se estuvieran volviendo reales.

—Creo que están recibiendo su merecido. —Selene sacó varios frascos de los estantes.

—Pero el hechizo es cada vez más poderoso. No parece que vaya a desaparecer. ¿Y si la cosa sigue empeorando y no acaba nunca?

—Cariño, te preocupas demasiado por todo. Sois novatas, no tenéis el poder suficiente como para que algo se os vaya *tanto* de las manos. Si de verdad te preocupa, hablaré con Effie para que me cuente algo más acerca del hechizo.

Anna se mordió el labio.

—Es solo que… —*Dilo*—. Siento que a mi magia le pasa algo raro. Hay un símbolo que no deja de aparecer: siete círculos; el símbolo de las maldiciones. Puede que sea cosa mía, puede que yo sea la culpable de que el hechizo se haya descontrolado…, de que se haya vuelto algo tan sumamente oscuro…

Effie entró en la cocina con Attis. Selene se echó a reír.

—Maldiciones. —Soltó una carcajada aguda, que se precipitó hacia ella de forma enérgica—. Anna, no estás maldita, y de todas formas, las maldiciones no funcionan así. No afectan a los hechizos de esa manera.

Anna exhaló con fuerza, más frustrada que nunca.

—Pero el símbolo…

—Estás viendo patrones donde no los hay.

—Yo he visto el símbolo —dijo Effie—. Es raro. Sí parece que la magia de Anna esté algo… retorcida. —Effie le sonrió con frialdad.

—A la magia de Anna no le pasa nada —protestó Attis—. No hay pruebas sólidas de que esté maldita.

—Attis tiene razón —convino Selene, aunque parecía molestarle estar de acuerdo con él—. La magia de tu familia no está afectada por ninguna maldición. De lo contrario, yo lo sabría. ¿Y cómo vas a estar maldita así sin más? ¿Quién te iba a lanzar a ti una maldición? Vamos, te estás dejando influenciar demasiado por Vivienne. Sabemos que se le da fenomenal meterte ideas raras en la cabeza. ¿Por qué no pasas el día aquí? Effie y tú podéis participar en la sesión con la clienta. Será divertidísimo.

—¿Qué hechizo vas a llevar a cabo? —preguntó Effie.

—Uno de venganza. Su marido la engañó con otra. Vamos a hacérselo pagar.

—¿Acaso no sales ahora con un tipo que está casado? —señaló Effie.

—En el amor y en la magia, todo vale.

—¿No estabas con el hombre ese de la bañera? ¿Henry? —dijo Anna.

Selene agitó una mano.

—Tuve que darle la patada, estaba enamorándose de mí y cada vez era más muermo.

—Ya. —Anna se estaba hartando de toda aquella charla sobre el amor—. ¿Y de verdad se merece este otro hombre un castigo?

—Es un hombre, Anna. Nos han hecho tanto daño a lo largo de la historia, que cualquier cosa que les hagamos nosotras ahora será insignificante en comparación.

—Pues pégame ya un tiro —dijo Attis en tono sombrío.

Selene lo miró y lo atravesó al mismo tiempo.

—Venga, chicas. Si solo es un hechizo de nada.

—Vale. —Effie se unió a Selene.

—¿Anna?

Anna se rio con incredulidad.

—No lo entiendes, ¿verdad, Selene? —Salió furiosa de la habitación. No solía montar numeritos, pero no pudo evitarlo. Se suponía que Selene iba a ayudarla siempre, ¿no? Agarró su mochila y su abrigo, intentando desenredarlos.

Selene apareció por la puerta, suspirando.

—Anna.

Anna pudo desengancharlos por fin.

—Me tengo que ir.

—¿Puedes mirarme?

Anna se dio la vuelta y contempló el deslumbrante tono violeta de sus ojos. *Demasiado deslumbrante…*

—Lo siento, tesoro. Creía que…

—Me voy a convertir en Encorsetadora, Selene. ¿Lo entiendes? ¿Te importa acaso?

Selene cerró los ojos.

—Pues claro que me importa. Es complicado. No sé cómo…

—Supongo que a las dos nos da miedo Vivienne —espetó Anna.

—¿Qué es lo que quieres, cerillita?

—Quiero saber la verdad. ¿Hay algo que no sepa de la muerte de mi madre?

Selene dio un paso y le sostuvo las manos.

—No. La muerte de tus padres me dejó destrozada, pero no tuvo nada de misterioso, no más que cualquier otra historia de amor. No hay ningún secreto ni ninguna historia oculta. —Sus ojos se habían vuelto tan oscuros como la piel de una ciruela. Reflejaban seriedad. Urgencia.

Anna apartó la mirada, confundida.

—Sé cómo se comporta Vivienne contigo, cerillita. No puedo imaginar lo duro que debe de ser…

—Quiere ligar mi magia —dijo Anna.

Las manos de Selene temblaban entre las suyas.

—Ya lo sé, pero eres tú la que debe tomar una decisión sobre su futuro, no yo.

—¿De verdad crees que tengo elección?

—Si alguna vez sientes que la decisión no es tuya, ven a verme. Te prometo que te ayudaré. Vivienne no me asusta tanto como crees.

Anna le apretó las manos con más fuerza, aferrándose a sus palabras.

—¿Me lo prometes de verdad?

—Por la corrupción de mi corazón, por el ocaso de mi vida, te lo prometo por la luna. Es la promesa de una bruja. Siempre estaré aquí si me necesitas.



Anna vio cómo las moscas se le metían en el pelo a la chica de la fila de enfrente. Los delegados se retorcían sobre el escenario, intentando librarse de ellas. La sala olía a podredumbre, a moscas en descomposición y a rumores purulentos. El director Connaughty llevaba semanas con una expresión derrotada en el rostro, pero aquella mañana su mirada reflejaba algo voraz. Sus ojos diminutos fulminaban a las filas que tenía enfrente.

—Debo comenzar la asamblea de hoy con una noticia preocupante. Parece ser que el viernes por la noche alguien se coló en el recinto escolar. Hemos conseguido los vídeos de seguridad…

A Anna se le paró el corazón.

—… en las que aparece un grupo de cinco personas, cuatro chicas y un chico, escabulléndose en los terrenos del colegio. Puede verse cómo encienden una hoguera y… —tosió— bailan alrededor.

Unos susurros furiosos se extendieron entre las presentes. *Y también la atraviesan. Esa parte no la va a contar…*

—SILENCIO. Este es un asunto muy serio. Fue una conducta alarmante y

peligrosa que podría haber terminado muy mal. —Se inclinó hacia delante de forma amenazadora—. Encontraremos a los autores.

Anna entrelazó las manos. *¡No lo saben! No saben que fuimos nosotros*.

—Estudiaremos las imágenes con más detenimiento con la ayuda de la policía. Da la impresión de que los intrusos salen del interior del colegio, así que sospechamos que se trata de varios alumnos. —Volvió a recorrer el auditorio con la mirada. Anna oyó que Manda lanzaba un suave gemido a su lado. Darcey contemplaba a Effie desde el escenario, con los ojos llenos de desprecio—. Si alguien tiene información al respecto, debe comunicarlo de inmediato.

No se habló de otra cosa durante la hora de la comida.

—¡La hemos hecho buena! Cuando analicen los vídeos de seguridad verán que fuimos nosotros —exclamó Manda.

Effie se echó a reír.

—No tienen nada. Solo intenta asustarnos para que confesemos.

—Attis encendió la hoguera en cuestión de segundos. Atravesamos el fuego. Hicimos que lloviera —dijo Anna, reprochándose haber sido tan estúpida. Si los atrapaban, no sería por haberse colado en el colegio, sino por haber llevado a cabo hazañas imposibles. *Magia*. La magia quedaría expuesta al mundo.

—Las cámaras están demasiado lejos. No distinguirán nada —dijo Attis.

—¿Habéis visto cómo está el campo de juego? —preguntó Rowan—. El césped ha crecido como dos palmos y está cubierto de flores. No cubrimos nuestro rastro precisamente…

—Los profanos siempre acaban encontrándole una explicación a todo. Yo no me preocuparía —dijo Effie, indiferente—. La tierra florece y nosotras también.

Tenía razón. Ya fuera por su creciente popularidad o por el lavado de cara que se dio en la discoteca, Anna nunca había llamado tanto la atención en su vida. Antes, cuando la gente se fijaba en ella, era para burlarse; ahora, simplemente parecían… fascinados. Atraía las miradas de toda la sala común.

—¿Significa eso que todavía tengo posibilidades de conseguir pareja para el baile? —dijo Rowan—. Nunca me lo hubiera imaginado. ¿Debería comprarme un vestido? ¿Tengo que afeitarme las piernas? Seguro que Karim te pide que lo acompañes, Manda.

—Ni hablar, me moriría. ¿Creéis que me lo pedirá?

—Seguramente —dijo Effie—. Pero es mejor no cerrar ninguna puerta. ¡Iujuuu! —Llamó a un grupo de chicos que acababa de entrar: Peter, Tom,

Andrew y algunos más—. Peter, todavía no me has invitado al baile. Estoy destrozada.

Peter la miró con el ceño fruncido.

—Aunque pudiera elegir entre todas las personas del mundo, tú serías la última a quien se me ocurriría invitar.

Effie se llevó una mano al pecho fingiendo sorpresa.

—Oh, no. ¿Cómo me sobrepondré a este revés?

—Yo te llevo. —Tom se sentó a su lado—. Te llevo adonde haga falta y haremos lo que quieras.

Ella soltó un ruido de desagrado.

—Aunque pudiera elegir entre todas las personas del mundo, tú serías la última con quien iría. Bueno, Peter, ¿es que te estás reservando para Anna?

Peter la ignoró y colocó una silla junto a Anna. El resto se puso a hablar de las estupideces habituales.

—Sigo sin entender cómo la aguantas —murmuró.

—Solo te toma el pelo. —Anna sonrió con la esperanza de suavizar su ceño fruncido.

—Aunque no anda demasiado desencaminada.

—¿Sobre qué?

—¿Tienes ya pareja para el baile?

Anna se atragantó con el almuerzo. Tosió y sus ojos aterrizaron en Attis, que miraba hacia ellos. Se volvió hacia Peter, nerviosa.

—¿El baile? Bueno, yo… No, no tengo.

—Bueno es saberlo. —Espantó una mosca—. Eso si al final se celebra; ya sabes que están hablando de cerrar el colegio durante una semana.

—Bueno, al menos nos libraríamos de las clases durante una semana…

—¿A quién crees que engañas, Everdell? Si a ti te encanta el colegio. Siempre estás en la biblioteca leyendo. O escondida en algún lugar —bromeó él con la mirada clavada en ella—. Tranquila, mi padre es socio de la biblioteca de Londres, es muy selecta. Seguro que podría conseguirnos un pase. —Se recostó en la silla—. Joder, ¿acabo de ofrecerme a llevar a una chica a la biblioteca?

A Anna se le atascó la carcajada en la garganta. Olivia entró en la sala común con gafas de sol. Había estado una semana sin ir al colegio y ahora resultaba evidente por qué. Sus labios tenían un aspecto horroroso: estaban hinchados y deformados, y la piel de alrededor le había quedado muy roja y tensa. Era como si los tuviera en carne viva, seguro que le dolían. Todos la miraron con una expresión de silencioso horror. Olivia no pareció darse

cuenta y se acercó a un grupo de chicas que, obviamente, no querían saber nada de ella. Al sonreírles, los labios se le abrieron y empezaron a sangrar. Sacó un pañuelo del bolsillo y se los limpió. A Anna se le revolvió el estómago.

Miró a Effie, a Rowan y a Manda, pero ninguna le devolvió la mirada. Attis estaba lívido.

Olivia también había adelgazado, y lo único que conseguía con su rostro huesudo era que sus labios tuvieran un aspecto aún más absurdo. Las chicas se dieron la vuelta y ella se quedó sola en el centro de la estancia.

—¿Qué se ha hecho en la cara? Con lo buena que estaba antes —dijo Tom.

Andrew sonrió.

—Con una bolsa en la cabeza, yo todavía me la tiraría.

—Me han contado que la semana que viene se va a operar las tetas.

La mesa, alentada por Effie, siguió analizando minuciosamente la humillación de Olivia. Peter escuchó la conversación, pero no se unió. Anna se disculpó y se marchó.

El jardinero estaba cortando el césped del campo de juego, que había crecido de forma descontrolada. A Anna le vino a la cabeza la noche del viernes: habían bailado alrededor del fuego, con sus vestidos blancos ondeando y desapareciendo a la luz de la luna. Habían unido sus destinos para siempre… Había tenido la esperanza de que las cosas mejoraran después de aquella noche.



Pero durante los días siguientes, empeoraron aún más.

Corinne fue expulsada por empujar a una alumna a la carretera mientras los coches pasaban. Por suerte, la chica no sufrió una lesión grave. Corinne afirmó que se había caído. El centro estaba investigando el asunto.

—Tenemos que hacer algo —lo instó Anna a Attis. Había ido al aula de música para despejarse, pero no consiguió que la música fluyera. Tenía los dedos tensos y la cabeza hecha un lío—. Esto ha ido demasiado lejos. Los profesores han empezado a hablar de la relación entre Darcey y el director Connaughty. En cuanto nos descuidemos, se pondrán a investigar también ese tema.

—¿Has hablado con Effie? Puede que… —empezó Attis.

—He intentado hablar con ella mil veces. Su propio triunfo la ha cegado demasiado como para preocuparse por otra cosa, y a las demás les pasa lo mismo. De todas formas, Effie lo niega; dice que ya no tiene nada que ver con nuestro hechizo, que si los rumores han tomado el control ha sido porque eran buenos rumores. ¡Es mentira! He odiado a Darcey mucho más tiempo que cualquiera de ellas. Acabar con su popularidad es una cosa, pero les estamos destrozando la vida a ella y al director Connaughty.

—Anna, tranquila. —Se acercó a ella y la agarró de los brazos. El calor de su piel la reconfortaba y la sostenía—. Hablaremos de ello mañana durante la reunión del aquelarre, estaremos todos.

—Bien, pero no pienso quedarme de brazos cruzados más tiempo. Pienso acabar con esto, de una manera o de otra.

—No puedes detener el hechizo tú sola, tenemos que hacerlo juntos. Siempre es más difícil hacer desaparecer la magia una vez que se le ha dado vía libre.

Salieron del aula y se toparon con Darcey al otro lado, observándolos. Anna miró a Attis. *¿Nos ha oído?* Él negó con la cabeza, como si le hubiera leído el pensamiento. Darcey los vio marcharse.

Cuando llegó el viernes, Anna estaba más decidida que nunca a hablar con los demás para poner fin a aquello. Pero antes de que terminara la primera clase del día, temió que fuera ya demasiado tarde. Una delegada llamó a la puerta e informó a la profesora que Anna debía presentarse en el despacho del director Connaughty.

A Anna se le daba de maravilla ocultar sus sentimientos, pero al llegar a dirección, supo que su miedo era visible. Le temblaban las manos, tenía la voz tensa, y el hecho de ver a Effie, a Manda y a Rowan sentadas frente al despacho no la reconfortó. *Lo saben. Saben que fuimos nosotras*. Manda estaba pálida y Rowan no tenía mucho mejor aspecto. Effie sonreía como si no pasara nada.

La secretaria las hizo pasar.

—Esto ya no les hace tanta gracia, ¿eh? —dijo Connaughty con las manos entrelazadas sobre el escritorio.

—Supongo que todo depende de lo que vaya a decir —dijo Effie al tomar asiento.

¡Cállate, Effie! Solo vas a empeorar las cosas.

Connaughty abrió los ojos hasta límites insospechados.

—Creía haberles dicho que si volvía a verlas en mi despacho las expulsaría.

Manda lanzó un chillido. Anna echó mano de su cordón de nudos e intentó no pensar en su tía.

—Y, sin embargo, aquí están, las cuatro a la vez. Veo sus brillantes futuros truncados. —Se regodeó en el silencio mientras miraba a cada una, dirigiéndoles una sonrisita de suficiencia—. Bien, ¿pueden decirme dónde estaban la noche del 1 de mayo?

—En casa, señor.

—En casa.

—En casa.

Effie sonrió.

—Fui a visitar a mi abuela enferma.

—Me han llegado acusaciones muy graves por parte de una alumna que jura que ustedes cuatro, junto con un tal señor Attis Lockerby, fueron los que irrumpieron en el recinto escolar y encendieron una hoguera y… —Se interrumpió.

Effie se arrellanó.

—Creo que me acordaría si hubiese estado bailando alrededor de una hoguera. Además, ¿qué pruebas tiene?

Connaughty apretó más las manos, como si deseara agarrar a Effie del cuello.

—La persona que ha venido a hablar conmigo es una alumna muy respetada y ocupa un puesto notable en el consejo estudiantil. Nos tomamos su palabra muy en serio. Afirma que estuvo trabajando hasta tarde y los vio a los cinco por los pasillos después de que acabaran las clases.

—Se quedó en el colegio hasta tarde, ¿no? ¿Ensayando sus pasos de *ballet*?

Connaughty desvió sus ojos diminutos.

—No pienso revelar la identidad de la alumna en cuestión. Sin embargo, tengo más preguntas…

—Seguro que no fue Darcey, pero si lo hubiera sido, a nadie le habría extrañado, ¿no? Suele quedarse en el colegio a ensayar. Ayer mismo tuve que quedarme hasta tarde y la vi dale que te pego en el estudio de danza…

Connaughty dejó caer las manos. Las mejillas le temblaban.

—No estoy del todo segura, pero ¿no era usted quien la estaba ayudando, director?

Anna alternó la mirada entre Effie y el director. El ambiente era tenso. El rubor que normalmente teñía la enorme nariz de Connaughty se le había

empezado a extender por el resto del rostro, como si se estuviera derritiendo. Se pasó un pañuelo por la frente.

—No me encontraba aquí y, además, desconozco las actividades que lleva a cabo Darcey Dulacey fuera del horario escolar.

Effie frunció el ceño.

—Qué curioso. Habría jurado que era usted…

—Bueno. —Connaughty se revolvió en su asiento, evitando mirarlas a los ojos—. Todas afirman que no estuvieron en el recinto escolar la noche del 1 de mayo, ¿no es así?

Las cuatro asintieron con la cabeza.

—Lo tendremos en cuenta. Ya pueden marcharse. Volveré a llamarlas a mi despacho si surge alguna otra cuestión relacionada con el asunto.

—Lo estoy deseando. —Effie se levantó y tomó un caramelo del platito que había sobre el escritorio del director.

En cuanto salieron del despacho, se dirigieron a toda prisa a los baños.

—Por las trece lunas negras, ¿qué narices ha sido eso? —exclamó Rowan.

Effie se echó a reír.

—¿Habéis visto cómo sudaba?

—¿Cómo es posible que nos hayamos salido con la nuestra? ¿Acabamos de salirnos con la nuestra? —Manda se agarró al lavabo como para no perder el equilibrio.

—Gracias a mí. Mirad lo que grabé ayer. —Effie sacó el móvil. Se agruparon a su alrededor y ella pulsó el botón de reproducción.

Anna deseó no haber visto aquello. Fue incapaz de pensar en otra cosa durante todo el día. Las imágenes de Darcey y el director Connaughty —juntos— no dejaron de asaltarla: apoyados contra la pared, con las manos de él alrededor de ella y sus bocas entrelazándose hambrientas.

Esta vez no pudo deshacerse de la sensación de malestar.

A la hora de la comida, Darcey se encaminó hacia ellas. Anna intentó dirigirle un gesto con la cabeza para advertirle que no era buena idea, pero Darcey era de las que metía el dedo en la llaga aunque ella misma estuviera sangrando.

—¿Qué tal vuestra visita al despacho de Connaughty? —Esbozó una sonrisa asimétrica. Ni Olivia ni Corinne estaban allí para reírse de sus ocurrencias—. Ya es hora de que todos se den cuenta de lo que sois.

—¿Y qué somos, Darcey? —dijo Effie con fingido interés.

Darcey abrió y cerró la boca, buscando una palabra que diera forma a sus sospechas.

—Unas enfermas. Retorcidas. Satánicas. Han pasado cosas muy raras desde que tú entraste en el colegio. Tu tatuaje desapareció. Me rompiste el tacón… ¡Sé que fuiste tú! He visto el vídeo de la fiesta mil veces. Habéis acabado con mi reputación. Lo de las moscas y los rumores es cosa vuestra, habéis engañado a todo el mundo para que crea…

—Darcey —dijo Attis de modo conciliador—. Sabes que eso no tiene ningún sentido.

Darcey le gruñó.

—Soy la única del colegio que ve las cosas como son, y no me vengas ahora con sonrisitas, Attis, porque ya no me engañas. ¡Sé que también andas metido en todo esto!

—¿Por qué? ¿Porque no quiso acostarse contigo? —se rio Effie—. Y ahora Peter tampoco querrá. He oído que tiene la mira puesta en otro sitio para el baile… —Miró a Anna con énfasis.

—Ah. —Darcey sonrió por fin—. Pero me parece que Anna estará demasiado ocupada con Attis. Pensé que te llevaría a ti, pero estos dos pasan mucho tiempo juntos últimamente. Los he visto salir un montón de veces solos del aula de música…

Anna sintió que le ardían las mejillas cuando Effie les lanzó una mirada, desconcertada por una vez. Pero entonces esta soltó una carcajada.

—Como si no tuviera dónde elegir, Darcey. Aún estoy considerando mis opciones.

—Me parece que ese es el problema, ¿no? Puede que Attis esté interesado en algo menos manoseado. —Darcey miró a Effie de arriba abajo—. Es verdad que Anna sí tiene un aire virginal. Es guapa y dulce… al contrario que tú. Tal vez sea insignificante, pero al menos le queda algo de dignidad, que es más de lo que puedo decir de ti… Aunque ya lo sabías, ¿no? Que es demasiado bueno para ti…

Deja de hablar. Darcey, deja de hablar.

—No soy yo la que va a clases de *ballet* con el director Connaughty a altas horas de la noche —dijo Effie de forma fría y pausada—. ¿Te va a llevar él al baile?

Darcey se abalanzó sobre la mesa; se agarró a los bordes para no perder el equilibrio. Una expresión salvaje se reflejó en su mirada, y durante un momento pareció desquiciada; intentó responder a Effie, pero al no encontrar las palabras, se dio la vuelta y echó a correr.

Effie sonrió y posó la mano sobre la de Attis.



ESTOS SON LOS CULPABLES. SON MIEMBROS DE UNA SECTA SATÁNICA. NO OS FIEIS DE ELLOS.

Darcey había perdido por fin los papeles. Rowan le había enseñado a Anna las publicaciones en clase de Biología: eran fotos de ellos con comentarios debajo que rezumaban furia. Todo había ido demasiado lejos —los rumores, las horribles consecuencias—, y ahora Darcey estaba prácticamente acusándolas de brujería. Anna seguía sin poder quitarse el vídeo de la cabeza.

Se paseó frente a la sala de costura, armándose de valor para entrar. Le recordó a la primera vez que permaneció fuera, mientras intentaba decidir si se unía o no al aquelarre. Cuando por fin la abrió, un hedor la golpeó de lleno: el altar estaba hecho un asco, cubierto de podredumbre. Ninguno se molestaba ya en intentar limpiarlo. Los maniquís estaban de espaldas.

—Con este hechizo sufrirá un brote de acné severo. Es perfecto. Karim no volverá a mirarla. —Manda le mostró a Effie el libro que estaba leyendo.

—¿Qué es eso? —Anna intentó echarle una ojeada.

—La novia de Karim no lo deja en paz. Effie dice que ya es hora de ocuparse de ella. Podemos llevarlo a cabo esta noche, antes de nuestra cita de mañana. Vamos a ir a dar una vuelta en coche.

Rowan se quedó boquiabierta.

—Más que a cita, eso suena a revolcón.

Manda soltó una risita.

—Ya veremos.

—Yo creo que lo mejor es hacerlo y olvidarse —dijo Effie—. ¿Tú qué dices, Anna?

—¿No querías esperar a hacerlo, Manda?

—El amor no espera —dijo Manda, como si Anna no fuera capaz de entenderlo—. Con tal de que nos deshagamos de su ex…

—Creo que no deberíamos lanzar más hechizos hasta que no nos libremos de este.

Effie se sacudió una mosca de encima, ignorándola.

—Esto es un asco. ¿Nos vamos a otra parte?

—No. —Anna no se dejó amilanar—. ¿Por qué no nos quedamos aquí y les ponemos remedio a nuestras cagadas? A eso. —Señaló el altar—. A lo que

ocurre ahí fuera. Al vídeo. Es culpa nuestra. El hechizo salió mal y tenemos que solucionarlo.

Effie se dispuso a hablar, pero Anna la interrumpió. Tenía que sacarse todo aquello de dentro.

—La cosa ha llegado demasiado lejos. Ya no podéis negarlo. Los rumores se han hecho realidad. ¡Corinne empujó a alguien delante de un coche!

—A mí me han dicho que resbaló —murmuró Manda.

—Tenemos un vídeo del director Connaughty y Darcey… juntos. Si saliera a la luz, les destrozaría la vida. Es enfermizo. Está claro que no tienen control alguno sobre sus acciones. Ya nos hemos divertido; hemos asustado a todo el mundo, sobre todo a Darcey. Tenemos que borrar el vídeo…

—¿Por qué tendríamos que deshacernos de nuestra única baza? —replicó Effie—. Ese vídeo acabará con Darcey de una vez por todas.

—Pero no podemos compartirlo —dijo Rowan—. Ha sido culpa de nuestro hechizo que el director haya acabado implicado.

—¿SÍ? —gritó Anna—. Pues claro que ha sido culpa del hechizo. Tenemos que borrar el vídeo y detener el hechizo antes de la cosa se nos vaya aún más de las manos. Así como lo iniciamos, también le pondremos fin.

Manda se miró los pies. Rowan hizo una mueca. Effie siguió mirando a Anna.

—Anna tiene razón —dijo Attis atravesando la puerta y situándose a su lado—. El hechizo es más peligroso de lo que pensábamos. He investigado sobre unos cuantos hechizos antirrumores y podemos…

—¡Al hechizo no le pasaba nada! —exclamó Effie—. Si se ha descontrolado es porque hubo un problema con la magia.

Rowan le puso a Effie una mano en el brazo.

—Tal vez deberíamos oír las opciones de Attis.

—¿Por qué? —espetó Effie—. ¿Sabéis qué ocurrirá si los rumores no las mantienen a raya? Que las Smoothies harán las paces, volverán a ser las reinas del cotarro y os harán la vida imposible otra vez. Volveréis al punto de partida. ¿Os creéis que Darcey ha aprendido la lección? Ahora sois las personas a las que más odia e irá a por vosotras.

—¿Por qué tenemos que sentirnos culpables? —balbuceó Manda—. He sufrido durante años por su culpa. Si el vídeo sale a la luz y la expulsan, y su futuro perfecto se va al garete, pues que así sea. De lo contrario, se pasará la vida acosando a los demás. Le hemos hecho un favor al mundo.

—No finjamos que hemos hecho esto por altruismo —dijo Anna—. ¿Y qué pasará con Connaughty?

—Pero ¿y si nos piden cuentas? Podríamos perderlo todo —dijo Rowan.

—¿Te refieres a nuestros supuestos nuevos amigos? ¿A que los chicos ya no nos harán caso? ¿De verdad esa es la razón por la que creamos el aquelarre y nos esforzamos tanto en mejorar nuestra magia? ¿Para poder encontrar pareja e ir AL MALDITO BAILE? ¿Es que no os dais cuenta? Queríamos cambiar las reglas, pero estamos jugando con las mismas reglas de siempre.

—Tranquilízate —dijo Effie—. ¿Por qué estás tan enfadada?

Anna se dio la vuelta hacia ella.

—Deja de fingir que no pasa nada, Effie. Sabes que el hechizo es un puto desastre…

—¿Estás segura de que el desastre es el hechizo, y no tu magia? —Effie comenzó a acercarse a Anna, blandiendo sus palabras igual que un cuchillo—. A ver, ha sido tu magia la que ha mostrado signos de oscuridad. Todas hemos visto el símbolo de las maldiciones en más de una ocasión. Por no hablar de tu familia: tu padre mató a tu madre y tu tía te obliga a renunciar a la magia porque teme que sea demasiado peligrosa. Todos los misterios que rodean la muerte de tu madre, el hecho de que tal vez ella estuviera también maldita… —Effie les reveló a las demás sus secretos, como si carecieran de importancia —. Las moscas, la podredumbre, los rumores haciéndose realidad… ¿Cómo podemos estar seguras de que no eres tú la causante de todo? ¿De que has contaminado el hechizo? Eres la única cuya magia está… en fin, podrida. Creo que todos nos acordamos de los siete círculos que aparecieron en las pantallas de los móviles…

Retorció el cuchillo y Anna no pudo hacer nada para sacárselo, porque tenía razón. Un sentimiento de vergüenza la inundó.

—Effie, cállate, eso no ayuda —dijo Attis con voz ronca.

—Attis, tú también has estado ocultando sus secretos. No es justo. Somos un aquelarre, tenemos que ser sinceros unos con otros. Intenta endilgarnos el muerto por algo que es culpa de ella.

Anna recuperó la voz.

—Si es mi culpa, de mi magia, lo siento mucho. Pero eso no significa que no debamos frenar todo esto. Tenemos que borrar el vídeo y lanzar un hechizo para acabar con los rumores. Debe de haber algún modo.

—Bien —cedió Effie—. Borraré el vídeo, pero no podemos malgastar el tiempo en acabar con el hechizo porque tenemos muchos más que lanzar. Ya se desvanecerá.

—No. —Anna quería agarrarla y sacudirla—. Tenemos que detenerlo antes de que la cosa empeore. Darcey va a seguir con sus desvaríos sobre

nosotras…

—¿Y qué? —gritó Effie; su mirada se había vuelto inflexible—. A nadie le importa una mierda lo que diga Darcey. La única que está desvariando eres tú. Creía que era tu tía la que estaba loca, pero ahora ya no estoy tan segura. El hechizo es una cagada tuya, así que arréglalo tú.

—Tenéis que ayudarme —gritó Anna, mirando a Rowan y a Manda desesperadamente—. Venga, ¿quién está conmigo?

—Si alguna de las dos accede, ya podéis despediros del aquelarre —advirtió Effie—. Os echaré.

—Si no me ayudáis, me iré yo —amenazó Anna.

—Tal vez eso sea lo mejor —dijo Effie, adoptando de pronto una voz suave—. Deberíamos mantenernos a cierta distancia de tu magia.

Anna se sintió entonces a la deriva, libre de anclajes. Agarró su cordón de nudos y se lo enroscó en los dedos.

—¿Rowan? ¿Manda? —rogó—. Esto está mal. Venid conmigo.

Manda apartó la vista. Rowan alternaba la mirada entre Anna y Effie, indecisa.

—Lo perderás todo, Rowan —dijo Effie—. ¿Quieres que vuelvan a empezar con el jueguecito ese? ¿A llamarte «mastodonte»? ¿Y para qué, para que Darcey regrese al trono? ¿Para hacer magia con alguien que te ha estado ocultando secretos?

—Esto es una locura. Nadie va a dejar el aquelarre. —Attis se interpuso entre ellas.

—Ella, sí.

—Yo, sí.

—Pues venga —la desafió Effie—. Attis, tú te quedas aquí.

Anna lo miró, y a continuación se dio la vuelta y se marchó. Echó a correr por el pasillo de baldosas amarillas, secándose las lágrimas de rabia que habían brotado en sus ojos. Ninguno de ellos la siguió.



VÍA DE ESCAPE

El silencio y los secretos nos unen.

Octavo precepto, *El libro de las Encorsetadoras*.

Anna respiró hondo y escribió su nombre en la hoja de inscripción para la función escolar: *Anna Everdell, recital de piano*.

Incluso el mero hecho de escribirlo hacía que se le revolviera el estómago: no sabía si se sentiría capaz de seguir adelante cuando llegara el momento, pero tendría que hacer de tripas corazón. No le quedaba alternativa.

Apenas habían pasado unas pocas semanas desde que dejó el aquelarre, pero le había resultado sorprendentemente fácil volver a hundirse en la irrelevancia, volver a ser invisible: iba al colegio, agachaba la cabeza y no hablaba con nadie. En otros aspectos había sido lo más difícil que había tenido que hacer. Siempre había estado sola, por lo que nunca había experimentado el dolor desgarrador de perder a sus amigos.

Había creído que tal vez Attis intentara hablar con ella para disculparse por haberse echado atrás a la primera de cambio, pero al parecer era demasiado cobarde incluso para eso. De todas formas apenas lo veía, y Rowan y Manda la evitaban. Effie no fue tan amable: seguía como si nada y actuaba como si Anna no estuviera allí. Con Darcey, Anna había elegido hacerse invisible, pero Effie la había obligado a ello.

Lo único que sabía ahora de ellos era lo que los rumores contaban. Al parecer, Manda y Karim se habían acostado. Ignoraba si era cierto. Descubrió que el chico de la trompeta, alias David, había invitado a Rowan al baile. Anna sonrió al enterarse, hasta que recordó que no podía hablar con Rowan del asunto. Effie y Attis iban a ir juntos, por supuesto. Durante unos días,

también había habido rumores sobre ella: el abrupto final de su amistad con Effie había despertado cierto interés, pero poco después, al no formar parte ya de su grupo, los demás se olvidaron de Anna en un pispás.

Por suerte, el curso estaba llegando a su fin, y solo le faltaba terminar los trabajos de clase. Anna alternaba entre la biblioteca, a la que acudía para hacer los deberes, y el aula de música, donde tocaba el piano, desahogándose de la única manera que sabía. Cuando las emociones la abrumaban, echaba mano de su cordón de nudos. No podía permitirse dar rienda suelta a su ira, ni revolcarse en la tristeza ni sumirse en el dolor; tenía demasiadas cosas que hacer. Debía acabar con el hechizo de los rumores. Habían expulsado a Corinne, Olivia se había ausentado de nuevo debido a una cirugía a la que se iba a someter en breve y Darcey… Anna prefería no saber cómo le iban las cosas, pero podía imaginárselo perfectamente.

Había acudido a la biblioteca mágica cuando su tía se marchó a trabajar. Se había adentrado una vez más en sus pasillos, con la ilusión de encontrar algo que pudiera serle de utilidad, y con la esperanza de toparse con Pesachya, pero este había permanecido escondido en las profundidades de papel de la sala. Volvió a casa con una montaña de libros, pero acabó desechándolos todos menos uno. Era incapaz de llevar a cabo sola los larguísimos rituales que se detallaban en las páginas, de preparar las pociones o de lanzar hechizos de amarre, pero un conjuro enterrado en uno de los libros le dio una idea. No sabía si funcionaría, pero tenía que intentarlo.

Cuando llegó el día de su actuación, sintió como si se fuera a desmoronar.

Estoy lista, estoy lista. Puedo hacerlo.

Se encaminó rápidamente al colegio antes de que sus piernas la condujeran a otro sitio, mientras se repetía ese mismo mantra. *Tienes que estar lista. No te queda otra*.

Los bastidores del escenario del colegio estaban a rebosar. Los demás participantes —el coro del colegio, un trio de violinistas, un grupo que ensayaba las voces y comprobaba los instrumentos— iban de un lado a otro mientras ella estaba sentada sola, intentando averiguar cómo evitar que le temblaran las manos. *En nombre de la Diosa, ¿qué estoy haciendo?*

La idea que se le había ocurrido para el hechizo estaba relacionada con el lenguaje de las canciones, con el hecho de que una pieza musical podía ser también un conjuro. El libro de la biblioteca no entraba en detalles, pero sugería que las brujas eran capaces de componer sus propios hechizos musicales —«imbuyéndolos de Hira y manifestándolos con música»— para llevar a cabo cualquier propósito que fuera necesario. Anna no tenía idea de

cómo lograr aquello, pero debía intentarlo. La función escolar era el único momento en el que todos los alumnos, chicas y chicos, se reunían.

Había compuesto el hechizo con el libro de música de Attis. Mientras tocaba, imaginó que los rumores se desvanecían en el aire, que la brisa barría a las moscas, que las bocas se cerraban y los teléfonos se silenciaban. La canción apareció escrita en las páginas, los pentagramas eran los hilos, y las notas, nudos diminutos de silencio. *Todos se van a reír de mí… ¿Habéis visto a la chica invisible? ¿Quién se cree que es?*

—Tú sales la última —le dijo una delegada que llevaba un sujetapapeles —. Ya han sacado el piano. ¿Y tus partituras? ¿Necesitas que alguien te pase las páginas?

—No. No he traído partituras.

—Pues vale. Pero no la cagues.

El director Connaughty estaba ya en el escenario, haciendo las presentaciones. *Se me va a olvidar la canción. ¿Y si el hechizo no funciona? ¿Y si empeoro las cosas…?* No podía pensar ahora en aquello. Debía intentar solucionarlo.

Las actuaciones dieron comienzo. Anna oyó los violines, que de vez en cuando sonaban con ligeras disonancias; una nota equivocada por aquí, una nota a destiempo por allá. Oyó también los aplausos. Y los susurros. Había acudido mucha gente. Se imaginó a Effie entre el público, a Rowan, a Manda, a Attis… la cara que pondrían cuando saliera a tocar. No quería que Attis pensara que lo hacía por él. Lo hacía a pesar de él.

Cuando la llamaron, se limitó a quedarse mirando a la delegada.

—Por Dios, no irás a dejarme tirada, ¿no? Sabía que no debería haber dejado que te apuntaras, Anna la Invisible.

Era uno de sus antiguos apodos. Hizo que se sintiera más fuerte.

—Estoy lista. —Se levantó del suelo. Le temblaba todo el cuerpo y tenía la boca tan seca que parecía que hubiera estado comiendo arena. Permaneció entre bambalinas mientras la presentaban.

Salió al escenario. Los focos brillaban con fuerza, pero no la cegaban: todavía distinguía las caras de los alumnos y los profesores que se encontraban frente a ella. Se sentó al piano. El silencio que se instaló en el auditorio, mientras todo el mundo esperaba a que su actuación diera comienzo, fue el más ruidoso de su vida. Posó las manos sobre las teclas y estas temblaron. De pronto, el plan que había orquestado con tanto cuidado se vino abajo. *¿Y si el hechizo dispersa la oscuridad de mi magia y todos acaban malditos?* No recordaba la primera nota de la melodía. No quería recordarla.

Se llevó la mano al bolsillo y palpó sus antiguos temores en su cordón de nudos. Miró hacia las bambalinas y vio que la delegada le hacía gestos.

Tengo que hacer algo. Debo intentarlo…

Volvió a poner las manos sobre el piano. Era incapaz de sentir la magia, y ni siquiera recordaba la sensación que le provocaba, pero al pensar en los rumores…, en el destrozo que se había hecho Olivia en la cara, en la expulsión de Corinne, en el director Connaughty recorriendo el cuerpo de Darcey con sus manos, en las acusaciones de Darcy…

Comenzó a tocar.

Un sencillo conjunto de notas, desnudas y viscerales, temblaron bajo sus dedos, aglutinaron el silencio de la sala y cobraron fuerza poco a poco. La melodía se agitó como una vela blanca y silenciosa a través del oscuro océano que conformaba la multitud, esparciendo acordes menores que expresaban angustia, remordimiento y olvido.

La magia despertó entonces, sosegada, desplegándose por los espacios que separaban cada una de las notas. La tejió en la música y se dio cuenta de que la canción era diferente a la que había estado ensayando. Lo que ahora brotaba de ella era algo nuevo y doloroso, como si sus dedos estuvieran dejando sus habituales manchas de sangre en las teclas: estaba encerrada en un armario oscuro; observaba la fotografía de su madre retorciéndose entre las llamas; se quedaba dormida, agarrada a Effie; Attis alargaba la mano para tocarle el cuello; un piano hecho pedazos cubría el suelo de la forja, con las teclas blancas esparcidas como huesos; había una llavecita blanca fuera de su alcance; una puerta permanecía cerrada para siempre.

La canción llegó a su *crescendo*, la melodía estalló, las notas se fusionaron unas con otras, ciñéndose cada vez más; hubo una pausa y luego sonó el más sosegado de los finales, una suave advertencia que se repetía una y otra vez: *puntada por el derecho, puntada por el revés, puntada por el derecho, puntada por el revés.*

Anna dejó de tocar.

Un muro de silencio se cernió a su alrededor. No hubo aplausos, ni murmullos, ni siquiera un susurro. Un leve sollozo se abrió paso a través del sosiego; le siguieron unos gemidos y el ruido de alguien sonándose la nariz. Se puso en pie y miró al público. Los rostros que le devolvían la mirada reflejaban angustia. Vio a los profesores de la primera fila llorando, con las lágrimas rodándoles por las mejillas. Se secaban los ojos con las mangas.

¿Ha funcionado? ¿O todo el colegio ha quedado devastado?

Una de las profesoras dejó caer la cabeza entre las manos, estremeciéndose.

Oyó un solitario aplauso desde algún lugar de la multitud. Attis. Otros se le unieron. No hubo, ni mucho menos, una ovación. Fue un aplauso lento, perplejo y cauteloso. Anna salió del escenario tan rápido como pudo. La delegada del sujetapapeles estaba sentada entre bambalinas, llorando. Atravesó la zona de los bastidores y salió por la puerta.

¿Qué he hecho?



Anna echó a correr por los pasillos. Los alumnos empezaban a salir del auditorio, pero nadie hablaba ni emitía sonido alguno. *¿Qué es ese ruido?* Anna se dio cuenta de que no era un ruido, sino la ausencia de él: las moscas muertas cubrían el suelo y los zumbidos habían desaparecido. Agachó la cabeza y se dirigió a la biblioteca en medio de un silencio ensordecedor.

Llevaba unas cuantas horas escondida cuando oyó una voz grave a su espalda.

—Sabía que estarías por aquí.

Durante un momento pensó que se trataba de Attis, pero la voz sonaba demasiado serena, demasiado formal. Se dio la vuelta y vio a Peter. Desde que sus amigos la habían dejado tirada, Peter y ella hablaban más, sobre todo cuando salían de clase. Estaba convencida de que él simplemente sentía pena por ella. Ahora le sonreía con una mirada aturdida en el rostro.

Ella le dirigió una sonrisa preocupada.

—Anna, lo de esta mañana… tu recital ha sido increíble. Todos están… no sé ni cómo describirlo… atónitos. Ni siquiera sabía que tocases el piano.

—¿Te encuentras… bien?

—Sí, estoy bien. —Se echó a reír y se sentó junto a ella, pasándose una mano por el pelo—. Creo que no lo entiendes. Eres increíble. Sé lo que *Effie* —pronunció su nombre de manera áspera— te hizo. La forma en que se libró de ti.

—Eso no es lo…

—Mejor para ti. Tú vales mucho más. Effie es lo peor. Eres un ángel en comparación.

—No soy ningún ángel y Effie no es lo peor, es… complicada. —Anna suspiró—. Lo único que ocurre es que somos muy diferentes.

—Me gusta que seas diferente. —Bajó la cabeza para mirarla a los ojos—. No te pareces en nada a las demás chicas del colegio. Siento no haberme dado cuenta antes.

—No te preocupes. —Anna se rio, intentando huir de la intensidad que reflejaban sus ojos—. Nadie se fijaba en mí.

—Bueno, el mundo me gusta más ahora que te conozco.

Quiso extender la mano y abrazarlo, dejar que la consolara, pero se contuvo. *Piensa que soy un ángel, pero no es así. Estoy maldita, igual que un demonio.*

Unos días después encontró unas rosas adheridas a su taquilla. En la etiqueta ponía: *Everdell, no hay nadie con quien tenga más ganas de ir al baile que contigo. Espero que tú sientas lo mismo. Peter*.

Anna despegó las rosas y se apoyó en su taquilla; le costaba creer que, a punto de terminar aquel curso tan caótico, hubiera sucedido algo tan improbable como aquello. A Peter le gustaba. El chico del que había estado colada durante años se había fijado en ella cuando nadie más había mostrado interés. Las flores empezaban a abrirse. Siempre se había prometido a sí misma, y a su tía, que se aseguraría de blindar su corazón frente a cualquier atisbo de emoción, pero ya había roto muchas promesas y estaba segura de que aquella no la haría sufrir. Peter no formaba parte del mundo mágico, era un chico normal y decente: alguien en quien podía confiar.

Anna olió las flores y disfrutó del maravilloso silencio del pasillo. Parecía que su hechizo había funcionado: las moscas eran historia, los rumores empezaban a desvanecerse y Darcey llevaba tiempo sin subir comentarios a internet sobre ellas. Tampoco había ido al colegio, por lo visto se estaba tomando un descanso. *¿Para recuperarse?* Anna esperaba que se repusiera, aunque una parte más horrible de ella deseaba que no volviera nunca más.

En clase, se pasó el rato mirando a Peter. A la salida del curso, él se acercó a ella.

—¿Te han gustado las rosas?

—Me han encantado.

—¿Y?

Se había propuesto evitar el baile a toda costa, ya que sería muy doloroso verlos a todos juntos, pero al mirar a Peter a los ojos supo que no podía decirle que no. Y tampoco quería.

—Sí.

Se echaron a reír, y entonces él se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Me recordaron a ti. Rojas. —Le agarró un mechón de pelo—. Delicadas, preciosas.

Sintió que se ruborizaba y se concentró en sus palabras, en lugar de contemplar la expresión calmada y firme de sus ojos. *¡Peter va a llevar a la Invisible al baile!* Puede que aquel fuera el rumor más absurdo de todos.

Al día siguiente, Rowan la encontró apoyada en la pared de detrás de la sala común. Se acercó a ella con timidez.

—¿Es verdad? ¿Peter te ha invitado al baile?

—Sí —contestó Anna con recelo.

La sonrisa de Rowan se ensanchó.

—¡Lo sabía! Tenía la esperanza de que te lo pidiera. Te gusta desde hace mucho tiempo y te lo mereces y… —Se interrumpió—. Si no me paras los pies, me pasaré la vida hablando.

—No me molesta —dijo Anna dándose cuenta de lo mucho que había echado de menos el sonido de la voz de Rowan.

—¿No me odias?

—No te odio.

—He estado muy avergonzada, lo… —La sonrisa de Rowan vaciló—. Lo siento.

—Yo también lo siento.

—No pienso aceptar tus disculpas.

—Vale…

—No, espera, lo que quiero decir es que no te tienes que disculpar. Tenías razón. Tenías toda la razón del mundo. Es verdad que los rumores eran horribles, pero no estaban pensados para que se hicieran realidad. Cuando la cosa empezó a torcerse… No quise reconocer lo que ocurría. Nunca había sido popular y de pronto los demás querían hablar conmigo, les interesaba lo que tenía que decir y… sí, soy consciente de que en realidad lo que querían era acercarse a Effie, pero aun así me hizo sentir bien y no sé… se me fue la olla. Los árboles no me dejaban ver el bosque, ni las picaduras de abeja las flores, ni…

—Lo entiendo, Rowan. —Anna sonrió.

—Y lo que hiciste con el piano… Te juro por mi Hira que fue la cosa más bonita que he presenciado nunca. Perdí los papeles, de verdad, acabé llena de mocos, babas y lágrimas: la impía trinidad. ¿Te contó Attis que pusimos hierba de mordaza en toda la comida del colegio?

—No, no he hablado con él.

—Sirve para deshacerse de los cotilleos. Queríamos asegurarnos de que el hechizo se había desvanecido por completo, aunque después de lo que hiciste, no creo que hubiera hecho falta. No ha habido más follones. Y Darcey ha desaparecido. También tenías razón con respecto a ella, deberíamos haber ido con más cuidado. Sé que todos creen que ha perdido la chaveta, pero aun así, después de lo de las grabaciones y sus comentarios sobre sectas satánicas y demás…, la cagamos. No fue una buena idea, sobre todo ahora.

—¿A qué te refieres con «ahora»?

—No sé. —Rowan se sentó a su lado—. He intentado negármelo también, pero creo que pasa algo raro. Mi madre sigue un poco asustada y las Wort-Cunnings han estado reuniéndose con más frecuencia. Y, además, en las noticias siguen apareciendo teorías conspiratorias. He indagado sobre el Instituto de Investigación de la Violencia Organizada y Ritual. Por lo visto fue creado hace tan solo un año, no mucho antes de los ahorcamientos, y ahora, de repente, no hacen más que meter mano en todos los medios de comunicación.

—A los medios les encanta dar voz a los que no tienen pelos en la lengua.

—Es que es todo muy raro. El mundo mágico es un lugar maravilloso. Está repleto de libertad, ¿sabes?

Anna se acordaba demasiado bien de sus maravillosas libertades. Echaba de menos aquel mundo más de lo que podía expresar con palabras. No creía que fuera a gozar de demasiadas libertades en el futuro.

—No sé —prosiguió Rowan—. Si algo he aprendido de las últimas semanas es que cuando el río suena, piedras lleva…

—El fuego jamás se extingue, desconfiad del humo que lleva el viento… —murmuró Anna.

Rowan la miró, desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Es una frase que suele decir mi tía. Es… —Anna vaciló—. Es miembro de un clan conocido como las Encorsetadoras.

—¿Quiénes son?

—Creía que habrías oído hablar de ellas.

—No, pero el nombre no me hace demasiada gracia.

—No toleran la magia. Usan los nudos para dominarla y manipularla. Siempre han temido el regreso de los Cazadores, pero la verdad es que sus afirmaciones han dejado de sonar como un disparate y empiezan a parecer reales. A mí también me preocupa lo que está pasando y… —Anna se interrumpió. Había estado a punto de contarle toda la verdad, de revelarle lo

que las Encorsetadoras pretendían hacerle en cuanto terminara el curso, pero intuía que Rowan no se lo tomaría nada bien.

—Anna, tienes que hablar con mi madre. No me parece que las Encorsetadoras sean un clan legítimo, pero si saben algo más deberían contárnoslo a todos.

Anna sacudió la cabeza con firmeza.

—Las Encorsetadoras no actúan como la gente normal, créeme, y por favor, no se lo cuentes a tu madre. Es lo único que te pido. Tengo que ocuparme de ellas, y de mi encantadora tía, por mi cuenta.

No podía confiar en nadie más. Ya no. Ya había revelado demasiadas cosas.

Rowan arrugó sus pobladas cejas.

—No diré nada, pero si me necesitas, aquí estaré.

Anna asintió y se aferró al cordón de nudos para no ceder.

—Con todo lo que están publicando los periódicos, ¿crees que podrías tocar el piano y silenciar a todo Londres también?

Anna sonrió.

—Nos haría falta un escenario más grande…

Rowan se echó a reír y luego jugueteó con un hierbajo que sobresalía de la pared.

—Effie se quedó impresionada con lo que hiciste. Estaba cabreada, sí, pero también impresionada.

Anna se encogió de hombros, intentando parecer indiferente.

—No hace más que hablar de ti. Tengo un montón de cosas que contarte…

Y así fue: Rowan no dejó de hablar durante la siguiente media hora. Anna la escuchó y llegó tarde a clase, pero le dio igual.



Ese fin de semana, Anna se escapó al jardín de Cressey Square. Apoyó la cabeza en el roble y sacó un libro, tratando de captar los sonidos de toda la actividad que se desarrollaba a su alrededor: el revoloteo de los pájaros, el frenesí de las abejas y el susurro de la brisa al mover las hojas. El sol le bañaba el rostro. El verano flotaba en el aire, igual que las burbujas en un vaso, y brotaba desde la tierra.

Las cosas están mejorando. El colegio había vuelto a la normalidad,

Rowan estaba hablando con ella otra vez, Peter la iba a llevar al baile… *y aun así nada va bien*. Los efectos del hechizo, de lo que habían hecho, nunca desaparecerían del todo. *Effie no me habla. A Attis le doy igual. El curso está a punto de terminar y tengo que decidir si ligar o no mi magia… Eso, si me dejan tomar la decisión*. Después de todo lo sucedido, Anna sabía que lo más sensato era llevar a cabo el Amarre; había pruebas más que suficientes de que a su magia le pasaba algo raro, de que era peligrosa, pero con tantos secretos aún ocultos, no podía dejar de tener la esperanza de que hubiera otro modo de lidiar con el asunto.

La verdad está en las hojas. El espejo del interior del espejo. El espejo es la clave. Las palabras de Nana la estaban volviendo loca, invadían sus pensamientos cada día, como una melodía que no era capaz de quitarse de la cabeza. Arrancó una hoja de un arbusto cercano. *¿Cómo vas a tener tú la respuesta?* Sujetó la hoja a la luz. *No veo nada. El espejo del interior del espejo. ¿Qué espejo? ¿Qué clave? ¿La clave para entrar en la habitación del tercer piso?* Aquella habitación era la única pista que le quedaba ahora. *¿Encierra las respuestas a mis preguntas?*

—Tienes una mariquita en el pelo.

Conocía aquella voz, y sin embargo resultaba tan incongruente con el entorno, era tan descabellado oírla allí, que tardó un momento en reconocerla.

—¿Qué haces aquí? —No gritó, pero sus palabras brotaron lentas y gélidas.

Attis estaba frente a ella, tapándole el sol.

—Vale, acaba de salir volando, todo en orden. —Se sentó.

—Lárgate, Attis. —Cerró los ojos. *No puede estar aquí*—. Este parque es privado. Yo tengo la llave y tú no.

—Pero tengo otra llave. —Le enseñó la llave maestra y volvió a guardársela en el bolsillo.

—Tú no vives aquí, no puedes estar en este jardín.

—Ahora sí que sigues las reglas al pie de la letra, ¿eh?

Anna sabía que estaba siendo ridícula, pero aquel era el único lugar donde podía estar sola. Donde podía evadirse. El único lugar que le pertenecía.

—Veo que sigues enfadada conmigo.

Ella se negó a mirarlo.

—Si te quedas, prefiero que te pongas en otro sitio. Quiero leer.

—Pero es que me gusta este árbol. —Acarició el roble como si fueran viejos amigos.

Anna se mordió la lengua para no gritarle: «ESTE ÁRBOL ES MÍO».

—¿Puedo quedarme un rato? No hablaré —dijo. Ella cometió el error de mirarlo. Él le dedicó una sonrisa sincera, dispuesta y esperanzada, tan capaz de amoldarse a las necesidades del momento que podría haber cosechado más de un premio. Una sonrisa que te inmovilizaba y a la vez hacía que te fallasen las piernas.

—Bien.

Ella se puso a leer. Él se recostó en la hierba y observó el cielo.

Anna consiguió reprimirse quince minutos antes de claudicar.

—¿Qué quieres?

Él se incorporó.

—Estuviste increíble.

—¿Qué?

—El hechizo del piano. Fue increíble. Yo… —Nunca lo había visto quedarse sin palabras—. El señor Ramsden se puso a llorar como un crío. Insuperable.

—¿Por qué has venido?

—He venido a ver cómo estabas. Apenas te veo el pelo por el colegio, y cuando lo hago, es como si no estuvieras ahí.

—¡Ja! Eres tú el que ha estado evitándome, y no al revés. ¿Cómo va el aquelarre? —Intentó ocultar la amargura de su voz, pero no lo consiguió.

—Regular. Ya no es lo mismo, la verdad. Effie te echa de menos.

Anna apartó la mirada.

—Fue decisión de ella.

—No tendríais que haber puesto un muro entre las dos.

—No fue cosa mía, sino de Effie. Y de todas formas, todos elegisteis un bando.

—No hay bandos.

—Ah, ¿no? —Volvió a mirarlo a los ojos.

—Te necesita, eres una buena influencia para ella.

—Uy, pero si te tiene a ti.

Él esbozó una sonrisa.

—Sí, aunque no sé si mi influencia es buena. ¿Has seguido haciendo magia?

Anna asintió.

—Aunque tengo que tomar una decisión. Y pronto.

Él bajó la cabeza; sabía a qué se refería.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé… Convertirme en Encorsetadora y seguir viviendo con mi tía hasta que tal vez, un día, pueda recuperar la magia. Soy demasiado cobarde para huir.

—No eres cobarde, Anna. Estás asustada, que es diferente. Nadie es inmune al miedo.

Anna sacudió la cabeza al oír sus palabras.

—Incluso después de todo lo que ha hecho, no… no sé cómo alejarme de ella. Es la única familia que tengo.

Él frunció el ceño; su rostro había adoptado un aspecto particularmente atemporal: era el rostro de un niño que no sabe cómo proceder y a la vez el de un hombre que ya está harto de todo.

Anna quería levantarse y marcharse antes de que él encontrara la forma de colarse en sus pensamientos como siempre lo hacía, pero en lugar de eso le preguntó:

—¿Llegaste a conocer a tu familia biológica? Me dijiste que tu padre no era tu verdadero padre…

Attis acarició la hierba. Anna no creyó que fuera a responderle, pero entonces él dijo:

—No. Me adoptaron su padre y su pareja, aunque uno de ellos falleció cuando yo tenía diez años y el otro… en fin, hace tiempo que no lo veo.

—Lo siento, Attis. Ese al que no has visto desde hace tiempo, ¿es el profesor? ¿Dónde está ahora?

—Tuvimos una pelea. No… Ya no nos hablamos. No sé dónde está.

—¿Por qué discutisteis? —Anna sabía que estaba insistiéndole demasiado a un chico que apenas hablaba de sí mismo, pero ansiaba saber más.

Tardó un poco en contestar; varios cúmulos grises se reflejaron en su mirada mientras reflexionaba.

—Por Effie. Por el amor. Por el destino.

Era una respuesta más significativa de lo que había esperado.

—Ah.

—Da igual. He seguido avanzando de todas formas. Viviré intensamente y moriré joven, y tal vez adopte un perro… no sé.

—Ya. —Anna se dio cuenta de que de momento no tenía intención de contarle nada más. Attis le proporcionaba pedacitos de él poco a poco, y tal vez fuera mejor así: conocer toda la información de golpe podría ser abrumador.

Se sentaron un rato en silencio, escuchando la brisa, y entonces él dijo:

—Me han contado que cierta persona va a ir al baile con el bombón de Peter. —Le lanzó una mirada insinuante. Anna le dio una patada—. He oído que te ha regalado flores y todo.

—Es un caballero.

—Rosas, ¿verdad?

—Sí.

—Siento mucho oír eso.

—Las rosas son flores encantadoras.

—Son sosas. Una rosa es una rosa es una rosa es una rosa…

—Al menos les regala flores a las chicas, ¿qué les regalas tú, una enfermedad de transmisión sexual?

Él se desplomó sobre la hierba como si ella le hubiera disparado.

—Te has pasado un poco, ¿no? Además, yo no tengo citas.

—Claro, ¿por qué andarse con rodeos cuando puedes ir al grano directamente?

—Al menos soy sincero. Lo que te molesta es que Peter te haya comprado unas flores tan normaluchas.

—No son normaluchas. Son clásicas, atemporales y románticas.

—Pero, Anna, nada de eso va contigo.

—Gracias. —Le dirigió una mirada capaz de marchitar cualquier flor—. Entonces, ¿qué debería haberme regalado, un puñado de hierbajos?

—Buena pregunta. —Arrugó la frente mientras reflexionaba—. Tenemos la margarita. —Arrancó una del césped—. Es bonita, discreta y no se la valora lo suficiente, pero no, es demasiado ordinaria. —Guardó silencio—. También está la hiedra, fuerte y leal, aunque tal vez demasiado venenosa. O la amapola: roja, misteriosa y embriagadora, además de devastadora, como la mirada que me estás lanzando en este momento…, pero no, no.

Volvió a quedarse en silencio.

—¿Ves? No se te ocurre nin…

Él se incorporó, emocionado.

—Ya está. Brote de primavera.

—Eso de «brote» sí que suena a ETS.

Attis resopló.

—No es ninguna ETS. Es una flor. Una flor que muy pocas personas han visto. Una flor de otro mundo. —Se inclinó hacia delante—. Su tallo es tan verde como tus ojos; sus pétalos, idénticos a tu pelo: no son rojos ni dorados, sino de un tono intermedio, y tan brillantes como un cometa. Solo crece en lugares agrestes, oculta en las sombras oscuras y solitarias de los bosques. Sus

raíces son profundas y sus cepas crecen por todos lados; es una flor muy poco común. Cuentan que una gota de su néctar es capaz de matar a un hombre o de devolverle la vida. —Se acercó más a ella y le sostuvo la mirada—. No engendra más de una flor, que florece una sola vez, pero cuando eso ocurre el mundo en su totalidad se arrodilla ante su belleza.

Se hizo el silencio y Anna se echó a reír.

—¿Esperas que me crea eso? ¿Y cuál es su embriagador aroma? ¿El de las mentiras?

—No. Huele como un primer beso, como la piel de aquí… —Alargó la mano y le rozó el costado del cuello. Ella se quedó inmóvil.

—¿Eso es lo que les dices a todas las chicas? —respondió de forma apresurada, haciendo caso omiso de la cálida sensación que le recorrió la columna—. ¿Effie sabe que estás aquí?

Attis dejó caer la mano.

—Puedo hacer cosas sin tener que pedirle permiso, ¿sabes?

—No muchas.

Attis se encogió de hombros.

—Es mi familia.

Anna asintió. *Eso* sí lo podía entender. El corazón le latía acelerado. Contempló la hilera de casas de fachada severa que estaban al otro lado del parque.

—Es solo que… desearía poder escapar.

—Y yo desearía que pudieras. —Su expresión era tan triste que ella quiso alargar la mano y tocarle a mejilla, pero en cuanto se dispuso a hacerlo, la mirada de Attis se iluminó del mismo modo que se iluminaba siempre que se le ocurría una idea.

—Dame la mano. —Extendió su palma hacia ella. Anna lo miró con desconfianza, pero optó por que a su recelo se lo llevara la brisa, así que se acercó a él y le tomó la mano; su piel relucía en contraste con los dedos manchados de hollín de Attis. Él cerró los ojos y se concentró. Ella sintió que la magia se filtraba entre ambos. No sucedió de golpe sino poco a poco, como si estuviera quedándose dormida, pero de pronto el mundo que la rodeaba era diferente.

El roble seguía en su lugar, elevándose por encima de ellos, al igual que la hierba y las flores cercanas, pero el parque… las vallas habían desaparecido, y también el sendero y las casas. No había ni rastro de Londres. En su lugar, el césped del parque se desplegaba a su alrededor, convirtiéndose en una pradera que se extendía por todos lados, iluminada con flores y salpicada de

árboles floridos. Se prolongaba hacia el horizonte, hacia los campos y las colinas boscosas, con su paisaje desigual y nebuloso, repleto de luces y sombras. *Salvaje*.

—¿Qué es esto? —dijo ella contemplando primero el cielo y luego la hierba a sus pies, que daba la sensación de ser totalmente real.

—Una quimera. —Attis le soltó la mano, pero la ilusión no se desvaneció. Ella seguía allí, en aquel paraíso, en un parque de Londres, y, sin embargo, muy lejos de la ciudad.

Respiró hondo. No captó ningún rastro de humo ni de asfalto: el aire era tan puro como los pastos nuevos; era como si alguien se hubiera apoderado del verde de un tallo y lo hubiera derramado sobre la tierra. Arrancó una brizna de hierba y se la acercó a los ojos; más allá, el horizonte destellaba bajo el cálido y brillante sol.

—No es real, ¿verdad?

—Sí y no. Lo he creado en mi mente, así que es tan real como cualquier pensamiento.

Anna sonrió y lo miró.

—Me gusta cómo piensas. —Sus ojos eran más apacibles allí, uno más claro y el otro más oscuro, y su sonrisa, algo intermedio—. ¿Estamos en Gales? ¿Son tus recuerdos?

—Puede que esté formado con parte de mis recuerdos, pero también con elementos nuevos. Digamos que es como una vía de escape.

Anna se recostó de nuevo en la hierba y contempló el cielo azul e infinito que se extendía por encima.

—No me importa si es real o no —dijo ella—. Al menos durante un rato.



Anna permaneció dentro de la creación de Attis tanto como pudo, observando cómo el cielo adoptaba diferentes tonos de azul. Attis se quedó en silencio y ella no encontró ningún tema de conversación que no fuera a echarlo todo a perder, así que tampoco dijo nada; se limitó a contemplar las mariposas y las hebras de hierba que se desvanecían y volvían a recuperar su nitidez.

Al cabo de un rato, supo que tenía que marcharse. Temía que su tía fuera a buscarla y la encontrara sumida en un embelesamiento, tendida en la hierba con *él*.

—Attis, tengo que irme a casa.

Él volvió la cabeza hacia ella como si quisiese decir algo, pero finalmente asintió. El mundo recuperó la normalidad, el horizonte se redujo hasta transformarse de nuevo en las vallas del parque y los ruidos del tráfico se filtraron otra vez en el ambiente. El sol ya no parecía resplandecer tanto y, durante un instante, aquello asustó a Anna, pues tuvo la sensación de que a partir de ese momento el mundo real palidecería en comparación.

—Gracias —dijo ella.

Él le ofreció una sonrisa de oreja a oreja.

—Hablaré con Effie, ¿vale? Solo necesita un empujoncito para dejar el orgullo a un lado.

Aunque Anna seguía enfadada con ella, también la echaba de menos, y ese último sentimiento superaba con creces al primero.

—¿En serio hablarás con ella?

—Aunque sea mínima, tengo cierta influencia sobre ella.

Ella sonrió.

—¿Podrías ir a comprobar si el coche de mi tía está aparcado fuera? Tal vez tenga que entrar en casa a escondidas.

—Claro. —Él se levantó de un salto y se acercó a la valla.

Anna se inclinó y metió la mano en el bolsillo del abrigo de Attis. Sacó un juego de llaves. Por suerte, la llave maestra tenía su propia anilla, así que pudo separarla del resto de las llaves del llavero con más rapidez. Volvió a meterle el llavero en el bolsillo justo a tiempo.

—Está en casa —dijo él al volver.

Fue incapaz de mirarlo a los ojos. Él le había proporcionado un momento de evasión, pero no había sido suficiente.

Attis recogió su chaqueta.

—No toleres ninguna de sus mierdas. Bueno, nos vemos el lunes.

—Adiós, Attis y… gracias.

Él asintió con tristeza y se marchó.

Ella volvió a casa; el aroma a desinfectante agriaba el aire.

—Anna, ¿eres tú? Ven a ayudarme.

—Ya voy, tía.

Anna entró en el salón, rememorando la dulce libertad que le había ofrecido aquel cielo que se extendía por todas partes. Las flores del rosal de la esquina empezaron a abrirse, una detrás de otra.

—NO. —Anna sacó el cordón del bolsillo—. NO. —Formó una serie de nudos opresores mientras el miedo se apoderaba de ella. Las rosas volvieron a cerrarse.

—Anna. —La tía apareció por la puerta justo cuando la última se cerraba —. Te he dicho que vinieras a ayudarme.

—Perdona, tía.

Anna escondió, temblorosa, el cordón entre las manos.



Anna se pasó la noche preocupada por si Attis volvía a por su llave. Solo le hacía falta un poco más de tiempo. Su tía se marcharía al trabajo temprano y ella tendría vía libre. Entraría en la habitación del tercer piso. Apenas pegó ojo, pues se pasó las horas reuniendo el valor necesario para hacerlo y luego, echándose atrás, una y otra vez.

Por la mañana se asomó a la ventana y vio que su tía se marchaba en coche. Esperaría media hora por si acaso y luego… Sacó la llave del bolsillo.

Se paseó por el pasillo hasta que llegó la hora. Tocar delante de todo el colegio había sido aterrador, pero el miedo que la invadía ahora era muy diferente. Era totalmente sobrecogedor. No se arriesgaba a una simple humillación pública, sino que se jugaba su pasado y su futuro. Era un miedo tan descomunal que resultaba imposible enfrentarlo directamente; lo único que podía hacer era mirarlo de reojo y esperar no desmoronarse tras hacerle frente. Había estado eludiéndolo durante demasiado tiempo, pero ya era hora de pasar a la acción.

Subió las escaleras. El tercer piso se hallaba a oscuras a pesar de que era un día soleado. Apoyó la oreja en la puerta, pero no oyó nada al otro lado. La habitación donde murieron sus padres. *Seguro que solo encuentro los archivos fiscales de la tía y quedo como una idiota*.

Sin pensárselo dos veces, y animada por la curiosidad que había sentido toda su vida, metió la llave en la cerradura y la giró. Oyó que se abría con un chasquido y se le aceleró el corazón, pero entonces… la llave empezó a sangrar. La cerradura volvió a cerrarse y escupió la llave, que cayó al suelo y manchó de sangre la moqueta de color crema.

Ella permaneció inmóvil, contemplando cómo se derramaba la sangre, antes de que un sentimiento de horror la atravesara. Recogió la llave del suelo, pero la sangre siguió manando. La envolvió con las mangas y estas empezaron a tornarse rojas. Huyó escaleras abajo, con la sangre filtrándose entre sus dedos y dejando a su paso manchas en la moqueta. Tiró la llave al fregadero y dejó que se desangrara por el desagüe.

Mantén la calma, mantén la calma. Anna había olvidado lo que era la calma. El corazón le martilleaba en el pecho y un sentimiento de terror absoluto le nublaba la vista. Llenó un cuenco con agua, tomó un paño y varios productos de limpieza y subió corriendo las escaleras hasta el tercer piso. Limpió la sangre de la puerta y restregó la moqueta con furia. La sangre no desapareció. Le echó agua, la roció con todos los *sprays* que tenía a mano y frotó y frotó, pero la mancha siguió sin salir.

Su tía llegaría a casa en dos horas. El miedo se apoderó de ella por completo.

Volvió corriendo a la planta baja; la llave seguía sangrando en el fregadero. Levantó la vista y vio que todas y cada una de las rosas del rincón se habían abierto, como si hubiera saltado una alarma. Corrió atolondrada hasta el comedor: todas las rosas estaban abiertas también. Corrió a la sala de estar y se topó con lo mismo: las rosas mirándola con la boca abierta y riendo.

Sintió que iba a desmayarse y cayó de rodillas. El miedo colmó su mente de oscuridad. La pared de los bordados se alzaba ante ella, pero no eran sus bordados los que colgaban; las bonitas cenefas, los versos de la Biblia y las flores se estaban transformando… En los bordados apareció la marca de las maldiciones, los hilos se entrelazaron hasta formar siete círculos y en el centro emergió un agujero oscuro al que descendió su mente…

Se miró las manos. Estaban cubiertas de sangre.

La oscuridad se apoderó de ella.



NUDO OPRESOR

Existen diversas herramientas, técnicas y nudos que pueden emplearse para llevar a cabo diferentes actos de penitencia, desde los Amarres de Espinas hasta los Latigazos con Nudos o el Método del Nudo Mortal. La combinación del procedimiento adecuado con la debilidad en cuestión requiere un cuidadoso autoexamen y una evaluación continua.

Adiestramiento de las Encorsetadoras, *El libro de las Encorsetadoras*.

Se ahogaba. Tenía la boca repleta de agua. Tosió y abrió los ojos; su tía estaba de pie frente a ella con un vaso vacío. Los recuerdos afloraron a su mente de golpe. Se miró las manos: seguían manchadas de sangre.

—Los culpables están marcados —dijo su tía—. Levántate.

Anna se puso en pie sin pensar. Fue a decir algo, pero se dio cuenta de que no podía. No era capaz de hacer nada.

—Qué sensación más desagradable, ¿verdad? —Su tía le enseñó un cordón con un nudo en el centro: el Nudo Opresor—. He ligado tu poder de decisión. No me ha quedado más remedio. Me has vuelto a traicionar, pero esta será la última vez. Es horrible, ¿no crees? Como si estuvieras encerrada en tu propio cuerpo.

Era peor que horrible. No estaba encerrada, sino vacía. Su cuerpo no era más que un cascarón y su energía vital estaba oculta en algún lugar al que no podía acceder.

—La habitación del tercer piso era solo una prueba, una prueba simbólica, y has fallado. Tenías que entrar, ¿verdad? No quiero ni saber de dónde has sacado la llave. Confié en ti, te traté como a una adulta y te has comportado como una chiquilla. —Sus palabras estaban cargadas de una estremecedora decepción—. A partir de ahora harás lo que yo diga. Mis palabras y mis

pensamientos serán los tuyos, y te convertirás en Encorsetadora. Observa el nudo. —Levantó el cordón—. Este nudo marca el final.

Anna no podía moverse ni hablar. Intentó sentir miedo, pero incluso eso le fue negado.

Su tía la tuvo frotando la mancha de la moqueta toda la tarde, hasta que le sangraron los dedos. La sangre seguía sin salir. La tía sabía que no podría deshacerse de ella, que solo la magia la eliminaría. Tras aquello la mandó a su habitación; Anna ignoraba cuándo volvería a salir de allí.

El hecho de no tener el control de su propio cuerpo era una sensación extraña y horrible, pero no era solo el aspecto físico lo que perturbaba a Anna, sino lo difícil que le resultaba recurrir a sus pensamientos y sentimientos con libertad. Cuando la tristeza la abrumaba, era incapaz de llorar; cuando la ira afloraba, no podía hacer otra cosa que quedarse sentada mirando la pared; no podía reírse, aunque tampoco tenía ningún motivo para ello; era imposible reflexionar con claridad acerca de las cuestiones que la mantenían igualmente prisionera. Tenía la sensación de estar ahogándose dentro de sí misma.

Tras pasar un día entero sumida en un vacío paralizante, su tía aflojó el nudo lo suficiente como para que pudiera moverse y hacer los deberes, pero no lo bastante como para que trazara un plan de fuga.

La tía llamó al colegio para decirles que tenía mononucleosis, y Anna perdió la cuenta de los días que pasó encerrada en su habitación. En realidad, daba igual: la prisión era ahora su cuerpo. De entre los numerosos castigos a los que su tía la había sometido a lo largo de los años, aquel era el peor con diferencia. Dormía. Se despertaba. Trabajaba. Se sentaba. Anhelaba llorar. Dormía. Se despertaba. Trabajaba. Se sentaba. Anhelaba llorar.

¿Iría Selene a buscarla? ¿La sacaría de allí tal como se lo había prometido?

Al cabo de dos semanas, incluso aquella nimia esperanza se desvaneció.

Una noche, oyó unos golpes suaves en las puertas de su balcón. Se levantó y vio a Attis al otro lado, mirándola a través del cristal. Ella contempló la lluvia gris de sus ojos y, a continuación, se dio la vuelta y volvió a la cama. No podía abrir las puertas. No podía querer abrirlas. Se preguntó si él las echaría abajo, pero no lo hizo.

Al cabo de unas horas, se levantó para comprobar si seguía allí, pero ya se había marchado.

Transcurrió otra semana y el tiempo perdió todo su significado al no disponer de un sentido que le diera sustancia. Perdió las ganas de hacer los

deberes y permaneció en la cama, observando cómo la luz del día se desvanecía poco a poco.



No habría sabido decir con exactitud cuánto tiempo había pasado cuando su tía entró en la habitación. Había poca luz; era por la tarde. Anna se incorporó con las extremidades debilitadas. Su tía le sonrió. Anna no podía ni siquiera odiarla.

—Percibo cómo bates las alas e intentas atravesar mi hechizo, pero no conseguirás salir. Ven y siéntate.

Anna tomó asiento frente al espejo.

—Sé que crees que soy cruel. —Su tía agarró el cepillo y empezó a desenredarle el pelo con suavidad—. Tú y yo siempre nos hemos tenido una a la otra, ¿no es así? —Tenía la mirada cansada—. Me he esforzado mucho en hacer lo mejor para ti y así me lo agradeces. Mi única intención era protegerte.

Anna no pudo responder.

—Tu ceremonia de Amarre está a la vuelta de la esquina, lo estamos organizando todo. ¿Consideras que convertirte en Encorsetadora es la decisión correcta?

La cabeza de Anna asintió.

—Bien. Por fin te has dado cuenta de que la magia es peligrosa. Debe ser ligada.

Anna asintió otra vez.

—Siempre he sido buena contigo, Anna, más de lo que era razonable, así que te concederé un último periodo de libertad. Volverás al colegio para asistir a la última semana de clases y entregar tus trabajos y… podrás ir al baile. Peter ha estado llamando casi todos los días para saber cómo estabas.

Anna pensó en Peter desprovista de toda emoción.

—Me ha dicho que vais a ir juntos. Deberías habérmelo contado. Bueno, da igual, vendrá a recogerte y nos conoceremos. Me ha prometido que te traerá a casa a medianoche y ni un momento después.

Su tía tomó el nudo y lo deshizo.

Anna tuvo la sensación de haber subido de golpe a la superficie tras haber estado retenida bajo el agua. El aire le llenó los pulmones en una avalancha de

dolor y felicidad. Resolló y sintió que iba a desmayarse. Su tía la sujetó, echándole la cabeza hacia delante.

—Con calma. Puede ser abrumador.

Tenía un centenar de cosas que decir y demasiados pensamientos que considerar. Luchó contra el mareo, apretó los puños y tomó aire: *inhaló y exhaló, inhaló y exhaló,* sintiendo que su cuerpo volvía a pertenecerle.

Miró a su tía y sintió… odio, culpabilidad, rabia, vergüenza y, en algún lugar profundo de su interior, una especie de amor deteriorado. Intentó encontrar las palabras, pero ya no había nada que decir.

Esperó la llegada del siguiente castigo, del gran final, del dolor, pero su tía dijo simplemente: «Duerme un poco. Mañana tienes clase», y se marchó.



Por la mañana, Anna salió de su habitación. Su tía había descolgado los bordados de las paredes del salón. Anna se preguntó si la marca de las maldiciones seguiría entretejida en ellos. Ya no podía seguir negándolo: estaba maldita, y tenía muy claro que su tía y su madre también lo estaban. Recordó el símbolo que había visto cosido en la piel de su tía: *Se había estado castigando a sí misma, así como me castiga a mí.*

Al margen de lo que le pasara a su magia, Anna estaba convencida de que era algo relacionado con la muerte de su madre, que había dejado a su tía trastornada y asustada. Después de todo, los hechizos que había llevado a cabo se habían corrompido y era evidente que habían llamado la atención en el peor de los sentidos. Tal vez ligar su magia fuera buena idea. Pensó en la expresión vacía y satisfecha que reflejaban los ojos de Rosie: no podía ser peor que el Nudo Opresor.

Se encaminó hacia la estación, disfrutando de la sensación de sus piernas al moverse, del viento alborotándole el pelo, del cúmulo de nubes que cubrían el cielo. Las palabras de Selene afloraron en su mente. *Tu madre decidió abrirle su corazón al mundo, mientras que Vivienne cerró el suyo para siempre.* Anna se aferró a ellas. No pensaba rendirse todavía. Tenía calada a su tía: el propósito del Nudo Opresor había sido aterrorizarla para que se sometiera, pero lo único que había conseguido había sido hacerle ver —sentir — cómo sería su vida si llegaba a someterse. Puede que su madre estuviera muerta por culpa de su magia, pero ¿era posible realmente llamar «vida» a la existencia de su tía?

En el colegio las moscas habían desaparecido, los pasillos estaban limpios y relucientes y, sin embargo, los susurros la seguían mientras caminaba. Los susurros normales de toda la vida. *¿Qué esperaba?* Entre su pelea con Effie, su recital de piano y su misteriosa desaparición, había despertado la curiosidad de los demás. Anna se dio cuenta de que le daba igual.

—Oh, no, la Invisible ha vuelto y a todos nos importa un bledo. —Oyó las risas de Darcey cuando se cruzaron por el pasillo. Sintió tanto alivio que estuvo a punto de darle un beso. Darcey podía llamarla como le diera la gana siempre y cuando no usara la palabra «bruja».

Fue a la sala común a la hora del almuerzo y vio a Effie, a Rowan y a Manda sentadas en una mesa. No pensaba evitarlas más. Si algo había aprendido durante las tres semanas en las que había estado privada de sentimientos era que sentirse rechazada y herida no era el fin del mundo. *Algo es algo*. Los ojos de Effie la siguieron con una expresión parecida al interés.

Después de Biología, Rowan le dio un abrazo muy largo.

—¿Dónde has estado? ¿De verdad tuviste mononucleosis? Mi madre llamó a tu tía, pero ella no paraba de decir que estabas descansando y recuperándote. Estuvo a punto de presentarse en tu casa y cantarle las cuarenta. ¿Has estado enferma?

Anna negó con la cabeza.

—Lo sabía. Fue cosa de la loca de tu tía, ¿no? Estuve a un tris de contárselo a mi madre, pero me contuve. Me contuve porque tú me lo pediste, pero ojalá no lo hubieras hecho. Vuelves a estar pálida. ¿Qué te ha hecho? ¿Y qué hiciste para que reaccionara de esa forma? Te estoy agobiando con mis preguntas, ¿verdad?

—Agóbiame todo lo que quieras. —Anna abrazó a Rowan con fuerza y esta la miró con curiosidad.

—Intenté descubrir más cosas acerca del pasado de mi familia. Mi tía me atrapó y me encerró. No hay mucho más que contar.

—Sabes que eso es ilegal, ¿no?

—Sí, pero la policía no tiene nada que hacer contra ella. —Anna intentó sonreír, pero el gesto se le atascó en la garganta.

—Por favor, cuéntaselo a mi madre. Hay muchos clanes que te ayudarán.

—No. No pasa nada. Tengo que solucionar esto yo sola.

—Anna. —Era la voz de Effie. Rowan se dio la vuelta con cara de culpabilidad. *Seguía sin dejarla hablar conmigo*.

—Effie —dijo Rowan—. Mira. Es Anna.

—Ya lo veo. —Los labios de Effie trazaban una línea severa.

—En fin, os dejo solas para que habléis. —Rowan se marchó con torpeza en dirección contraria y desapareció tras una esquina.

Effie relajó la boca.

—Has vuelto.

—Eso parece. ¿Te he fastidiado el día?

—Le robaste la llave a Attis. Está enfadado contigo. ¿Qué hiciste? ¿Y qué te hizo ella a ti? —Effie siempre estaba dispuesta a oír cotilleos e historias jugosas.

—Intenté colarme en la habitación del tercer piso. No lo conseguí. Mi tía se enteró y me encerró en mi habitación. Me voy a convertir en Encorsetadora. —Anna sonrió alegremente.

—¿Y ya está? ¿Vas a tirar la toalla?

—Sí. Tal vez…

La mirada de Effie se iluminó ante su momento de vacilación.

—Oye, lo siento. —Pronunció aquello con agresividad, como si pudiera obligar a Anna a que la perdonase—. Me pasé de la raya. Es muy típico de mí. No debería haber dicho lo que dije.

—No, desde luego.

—Se me fue la cabeza. Estaba enfadada. No quería echar por tierra todo lo que habíamos conseguido, ni que Darcey volviera a ser cruel contigo. Intentaba protegerte.

Anna se echó a reír.

—¿Protegerme? Me echaste del aquelarre. Creía que estábamos unidas para siempre.

—Y lo estamos. —Effie desvió la vista un instante y volvió a mirarla, con los ojos plagados de las tormentas que tanto habían atraído a Anna—. No soy una persona fácil, Anna. No suelo caer bien. Hasta ahora muy poca gente había formado parte de mi vida y todavía me cuesta adaptarme al cambio. Nunca he tenido demasiadas amigas…

—No me digas.

—Oye, creía que yo era la listilla del grupo.

—He aprendido de la mejor.

—Te necesito. Necesito que me pares los pies cuando me pongo en plan cretina, ¿vale? Eres una de las pocas personas que no me tiene miedo.

—Claro que me das miedo.

—Yo diría que no. Bueno, ¿hacemos las paces o qué? —Effie sonrió, aunque el gesto no reflejaba su expresión amenazadora habitual: era una sonrisa insegura. Una sonrisa que le llegó a Anna al corazón.

—¿Te has deshecho del vídeo?

—Pues claro.

—Entonces, vale.

La sonrisa de Effie se hizo más amplia. Arrancó una hoja del árbol que tenía al lado y se la dio a Anna. Ella colocó la mano debajo y la hoja se elevó con la brisa de verano. Anna sintió la magia de inmediato, los latidos de Effie, que palpitaban contra su mano, la vivacidad de la hoja.

—Tienes que admitir que nos lo hemos pasado de miedo.

Anna sonrió.

—Ha sido inolvidable.

—No tires la toalla todavía. ¿Cuándo se va a celebrar la cosa esa de las Encorsetadoras?

—En algún momento de las vacaciones de verano.

—Aún tenemos tiempo. Selene nos ayudará.

—¿En serio? No vino a buscarme cuando estuve encerrada.

—Lo sé. Y todavía no me hablo con ella. Aunque se enfadó un montón, nunca la había visto tan cabreada. Pero dijo que no había forma de sacarte de allí, que la magia de Vivienne era demasiado poderosa.

—Attis vino…

—Yo quería ir con él, pero me dijo que una sola persona llamaría menos la atención. En fin, para lo que hizo… Tampoco pudo sacarte de allí.

Anna negó con la cabeza.

—No había forma de sacarme.

—¿Te ha levantado el castigo?

—Por ahora.

—Hablaremos con Selene.

Sí, Selene me ayudará. Tiene que ayudarme.

—Ven a mi casa antes del baile y hablaremos con ella —prosiguió—. Sí que vas a ir, ¿verdad?

No había pensado en ello: un baile escolar se le antojaba demasiado normal comparado con el caos que asediaba su vida, pero aun así tenía ganas de ir.

—Supongo que sí. Se lo prometí a Peter. Aunque teniendo en cuenta mi ausencia y mi falta total de comunicación, a lo mejor ya no quiere.

—Te aseguro que sí quiere. —Effie sonrió—. He estado tomándole el pelo con el tema. ¿Vendrás a mi casa a arreglarte?

—Le preguntaré a mi tía. Aunque a lo mejor me vuelve a encerrar por comentárselo.



EL BAILE

Los rituales de éxtasis exoneran los pecados del grupo, pues es el pecado el que expulsa al pecado. El pecado se comete de forma repetida hasta que se vuelve insoportable. En el momento de la exaltación debe ligarse dentro de cada individuo.

Los rituales de las Encorsetadoras, *El libro de las Encorsetadoras*.

La tía se negó a que Anna fuera a casa de Effie antes del baile, pero accedió a que Effie fuera a la suya. A Anna la sorprendió tal concesión. Era realmente su última noche de libertad. Tras su experiencia con el Nudo Opresor, lo único que quería era exprimir al máximo la noche… y luego iría a ver a Selene. Ella la ayudaría a huir.

Effie llegó tarde.

—Vivienne, me alegro de volver a verte. —Sonrió y cruzó la puerta.

La tía le devolvió la sonrisa.

—Lo mismo digo.

Si las miradas matasen, las dos estarían muertas.

—Effie, vamos arriba. —Anna prefería que interactuaran lo menos posible.

—Joder, qué habitación más sosa —dijo Effie. Se puso a hurgar en las estanterías y en los cajones.

—Mi tía no me deja alternativa.

—¿Quiénes son? —Effie sacó la foto de sus padres.

Anna había estado contemplándola la noche anterior, y ahora se arrepentía de no haberla escondido mejor.

—Mi madre… y mi padre.

—Qué guapa. No me la imaginaba con el pelo negro. —Effie se volvió hacia Anna; le dirigió una mirada crítica—. ¿Qué te vas a poner?

—Esto. —Anna le enseñó uno de sus viejos vestidos. Sabía que era horrible: era largo y de corte recto, y su color morado resultaba poco favorecedor. Pero era lo más parecido a un vestido de fiesta que había encontrado.

—Luego nos ocuparemos de esa aberración, pero me refería a lo de abajo.

—¿Cómo, a la ropa interior?

—No pongas esa cara, sabes que esta noche puede haber mambo, ¿no? Peter está internado en el colegio de chicos, seguro que querrá llevarte a su cuarto. Todos los tíos intentan acostarse con su pareja del baile de verano.

—Peter, no… Él no es así.

—Ni siquiera lo conoces, Anna. En fin, te he traído una cosa. —Sacó del bolso un paquete envuelto en papel de seda.

—Gracias. —Anna lo miró con recelo. Lo desenvolvió y sacó un conjunto de ropa interior blanco; el sujetador estaba adornado con encaje—. ¿Quieres que me ponga esto?

Effie se levantó y se quitó la ropa. Debajo llevaba un conjunto similar en negro.

—¿Ves? Quedan de maravilla. Pensé que a ti te iría mejor el blanco. Ya sabes: puro y virginal. A Peter le encantará.

—No voy a acostarme con Peter.

—¿Y qué otra cosa vas a hacer? Es un muermo total, aunque sí parece de esos a los que les dan arrebatos. Ponte el conjunto por si acaso; confía en mí, te sentirás más sexi.

Por la cara que puso Anna, era evidente que no confiaba en Effie. Ni un poquito.

Effie se sentó en la cama.

—Oye, ya te dije que lo sentía. ¿Podemos volver a empezar? Manda y Rowan me están volviendo loca, y nuestra magia ha disminuido. Tienes que volver. Attis me dijo que me echabas de menos…

—Quiero volver. —Anna se sentó junto a ella—. Pero tienes que prometerme que a partir de ahora el aquelarre será una democracia y no un estado fascista.

—Sí, será todo amor y colorines y cuentos de hadas, ¿vale? —Le apartó a Anna el pelo de la cara—. Esta noche los vas a dejar con la boca abierta.

—Venga, dame, me pondré la ropa interior de las narices. Pero no pienso acostarme con Peter.

—Lo que tú digas. Manda dijo lo mismo cuando salió con Karim.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Se acostaron?

Effie asintió.

—¿Y qué hay de sus creencias?

—Se ha convencido a sí misma de que no pasa nada porque lo quiere y algún día se casarán y bla, bla, bla.

—¿Que se casarán? Si apenas lo conoce.

Effie se encogió de hombros. Anna reflexionó sobre el hecho de que incluso una chica tan temerosa y controladora como Manda se había acostado con un chico mientras que a ella la aterraba la idea de dar un simple beso.

—Bueno, ocupémonos del vestido.

Effie sacó una bola roja y arrugada del bolso y la sacudió. El vestido se desplegó como si fuera una cascada de seda, y las arrugas desaparecieron como por arte de magia. De hecho, lo más seguro era que la magia tuviera algo que ver con aquello.

—Creo que este te quedará perfecto.

Empezaron a arreglarse. Effie bañó de atenciones a Anna: la ayudo a ponerse el vestido y le aplicó varios potingues mágicos, puliéndola y sacándole brillo igual que a un cubierto de plata. Se rieron y bebieron de una botella que Effie llevaba, y Anna volvió a sentirse cautivada en presencia de su amiga. Como toque final, Effie le hizo un recogido en el pelo con magia y dejó que unos cuantos mechones le cayeran alrededor de la cara.

—Peter se va a caer de culo —dijo Effie, admirando su obra.

Anna se miró en el espejo: la mujer que se reflejaba en él estaba tan confundida como ella. Era muy diferente a la chica que ella conocía. Tenía el pelo de un dorado ardiente; los ojos, de una intensa tonalidad verde, y los labios, tan rojos como la manzana a la que le había hincado el diente hacía tantos meses.

—Espera un momento. Faltan los zapatos. *Porfa*, dime que no vas a echar a perder el conjunto poniéndote unas chatitas.

Anna tenía el armario lleno de prácticas chatitas, pero entonces se acordó de algo. Corrió al armario y sacó los zapatos dorados de su escondite.

—Selene me los regaló cuando era pequeña.

—¿Selene te hacía regalos?

—Cada vez que venía a uno de mis cumpleaños.

—Bien por ti —murmuró Effie con resentimiento—. ¡Venga, póntelos!

Eran preciosos, aunque pequeños; su tamaño era el adecuado para una niña de once años, la edad que tenía ella cuando se los había probado por

última vez. Al ponérselos, los zapatos se ajustaron a sus pies y los tacones se alargaron con elegancia.

El timbre de la puerta sonó.

Effie fingió desmayarse contra la pared.

—Debe de ser tu perfumado príncipe azul, Peter. Attis no es puntual nunca.

Bajaron las escaleras. Por la cara que puso su tía al verlas, cualquiera hubiera dicho que se había tragado un trozo de papel de lija. Anna intentó ocultar lo mejor posible la raja del vestido.

—Anna, no creo que esos zapatos de tacón sean apropiados.

—Me aseguraré de que no se rompa el cuello —dijo Effie sonriendo con dulzura.

A Anna le parecía increíble estar abriéndole la puerta de su casa a Peter. Él se había puesto un traje de color gris claro, llevaba el pelo peinado hacia atrás, y estaba más guapo que nunca. Tenía un ramillete de rosas rojas en la mano.

—Estás preciosa —dijo él ofreciéndole el ramillete de flores. Ella se lo puso alrededor de la muñeca.

—Gracias a mí. —Effie dio un paso adelante. Peter dejó de mirar a Anna y contempló a Effie, cuya falda se transparentaba y dejaba al descubierto sus largas piernas.

Él le dirigió un asentimiento de cabeza.

—Effie.

Anna se dio la vuelta para despedirse de su tía, que los observaba atentamente con una sonrisa burlona en los labios.

—Disculpa. —La tía se abrió paso hacia delante—. Vivienne Everdell. Encantada de conocerte. —Le tendió la mano a Peter de forma cordial.

Peter le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—Vivienne, me alegro mucho de conocerla. Gracias por contestar a mis llamadas, supongo que habrá acabado harta de mí.

—Ni mucho menos. Me alegro de que Anna haya encontrado a un chico tan educado como tú.

—Le prometo que la traeré sana y salva.

—Debe estar en casa a medianoche.

—Ya he reservado el coche para esa hora.

Ella le dirigió una mirada de aprobación.

—La dejo en tus manos, Peter Nowell. Me fio de ti.

—Nunca se fíe de un hombre que lleva los zapatos relucientes —dijo una voz por detrás de Peter.

Peter y su tía fruncieron el ceño al unísono al ver a Attis.

—Más vale tarde que nunca —dijo Effie, acercándose a él.

Attis se recreó en ella.

—Estás matadora. Bueno, yo no he reservado ningún coche, pero traigo una botella de *whisky* y una *playlist* cojonuda.

—A mí me parece perfecto.

Peter se apartó para dejar pasar a Anna y solo entonces se fijó Attis en ella, abriendo un poco los ojos. Llevaban sin hablar desde que se habían visto en el jardín. Anna también se lo quedó mirando. Estaba diferente. Nunca lo había visto con otra cosa que no fueran los pantalones de chándal o los vaqueros. Llevaba un traje negro azabache y una reluciente camisa blanca; el pelo, todavía húmedo, le caía sobre los ojos.

—¿Queréis que os lleve? —se ofreció, sin dejar de mirar a Anna.

—Creo que podremos apañárnoslas. —Peter tomó a Anna de la mano y la llevó hasta un BMW negro aparcado junto al destartalado Peugeot de Attis.

—Anna, olvidas algo —la llamó su tía. Anna se acercó apresuradamente a la puerta y su tía se inclinó hacia ella y susurró—: Diviértete, pero recuerda que por muy caballerosos que parezcan siempre acabarán rompiéndote el corazón.



El baile se celebraba en el auditorio del colegio de los chicos. A Anna la decoración no le pareció nada del otro mundo. Había cintas y globos colgados y arreglos florales en las mesas cubiertas de confeti, pero de haber estado en Equinox, tenía claro que las vidrieras estarían derramando líquido por las paredes y la gente se habría puesto a flotar en globos gigantes…

Peter fue a buscar las bebidas. Anna permaneció ahí plantada durante un momento y entonces Rowan se abrió paso entre la multitud con Manda a rastras.

—¡Anna! —Sus parejas, Karim y un chico delgado que debía de ser el trompetista, las observaron alejarse—. ¿De dónde has sacado ese vestido? Me va a dar un infarto.

—Me lo ha dejado Effie, por supuesto. Estáis guapísimas. —Esbozó una sonrisa. Manda llevaba un vestido azul claro bastante formal mientras que

Rowan había optado por una llamativa indumentaria de color verde fosforito, cuya amplia falda caía desde la cintura.

—Ya te digo. —Rowan dio una vuelta—. Me alegro un montón de que Effie y tú hayáis hecho las paces. El equipo de oro vuelve a la carga. ¿Qué te había dicho, Manda? Todo arreglado. No fastidies, ¿adónde va David ahora?

Rowan fue tras su pareja y Manda miró a Anna de forma altiva.

—Lo siento, Anna. Me equivoqué. —Era obvio que admitir aquello le resultaba doloroso.

—Tranquila. Yo también lo siento por la parte que me toca.

A Manda pareció sorprenderla la disculpa de Anna.

—Es que… sentí que finalmente encajaba. No quería renunciar a ello.

—Ya lo sé.

—Sigo pensando que Darcey se merecía lo que le pasó, pero lo del director Connaughty… estuvo mal. Effie se arrepiente de todo.

Anna no tenía del todo claro que Effie se arrepintiera, pero asintió. Manda se volvió hacia Karim, como para comprobar que seguía allí.

—Entonces, ¿salís juntos?

Manda se sonrojó.

—Sí, estamos enamorados. Todavía sigo alucinando, pero creo que lo disimulo bastante bien. —Manda volvió a girarse para ver dónde estaba Karim.

Anna sonrió y entonces se dio cuenta de que Peter se acercaba a ellas.

—Venga, Anna, vamos a beber algo.

Manda le lanzó una mirada a Anna y se apresuró a marcharse con Karim.

Peter era el chico perfecto. Era atento, le llevaba bebidas y le presentó a sus amigos. Se sentaron y, con la música sonando de fondo, se pusieron a charlar para conocerse un poco mejor. Él no le soltó la mano en ningún momento, repitiéndole cada diez minutos lo guapa que estaba; al final, Anna empezó a creérselo de verdad. Habló con personas que en el pasado la habían insultado y se habían burlado de ella, y ahora le sonreían y actuaban como si fueran amigos de toda la vida. Pero no lo eran.

—Peter, ahora vuelvo, voy a hablar un rato con mis amigos, ¿vale?

—Effie —dijo él de mal humor—. Anna, quédate conmigo, esta noche quiero que estemos juntos.

—Te prometo que no tardaré.

Anna se alejó y fue a buscarlos. Localizó a Effie y a Attis apoyados en la pared del fondo del auditorio, observando a los demás y llamando la atención sin pretenderlo.

—Me sorprende que hayas conseguido despegarte de Peter lo suficiente como para venir a buscarnos —se burló Effie—. ¿Has probado ya el ponche? ¿Te sientes retozona?

—No pienso acercarme al ponche si le has echado algo.

—Solo un par de las pociones de Selene. Ten, bebe un poco de esto. —Effie le pasó la botella de antes. Anna miró a su alrededor para comprobar que no hubiera profesores y le dio un trago. Effie apoyó la cabeza contra la pared—. Esto es aún más aburrido de lo que pensaba. ¿Nos vamos al Equinox?

—No puedo. Peter…

—Eso es lo malo de salir con un profano.

—No estamos saliendo.

—Aún no —dijo Attis observando a la multitud.

Rowan tropezó con ellos. Iba con Manda.

—Por fin os encuentro —dijo Rowan—. No creo que David quiera pasar el rato conmigo en realidad. No se separa de sus amigos, así que, a la mierda, yo voy a hacer lo mismo. Y Karim está hablando con su ex…

—Solo están charlando. No me molesta para nada —dijo Manda con un tic en el ojo—. Es que no quiero parecer una loca y llevármelo a rastras… todavía.

—Olvidaos de ellos, vamos a bailar —dijo Effie.

—¡Por fin! —exclamó Rowan—. Alguien quiere bailar conmigo.

Salieron a la pista y la multitud se separó para que Effie pasara, como siempre. Formaron un círculo y se pusieron a bailar de forma desinhibida mientras Effie les pasaba la botella con disimulo. Anna estaba convencida de que, además de alcohol, llevaba una pizca de magia también: con cada sorbo que daba se sentía más y más libre. Attis se movió entre ellas, aupó a Rowan e hizo girar a Manda. Cuando se topó cara a cara con Anna, la agarró de la mano, la hizo rotar hacia un lado y volvió a acercarla a él enérgicamente, tomándola de la cintura y arrugándole el satén del vestido.

Anna se inclinó hacia su oreja. Era capaz de percibir el humo y el fuego de su piel.

—Lo siento —gritó por encima de la música—. Siento haberte robado la llave.

Él la hizo girar y siguió adelante.

Bailaron cada vez más atolondrados. El resto de la sala se desvaneció y Anna se imaginó que volvían a estar fuera, bajo la luz de la luna y con el fuego rugiendo frente a ellos. Los demás debieron de sentir lo mismo, pues

todos empezaron a moverse con desenfreno, un desenfreno ridículo y payaso. No tardaron en ponerse a bailar de nuevo la danza de la lluvia: Rowan se contoneó, Manda empezó a aporrear el suelo con los pies y Effie saltó sobre la espalda de Attis e invocó a la lluvia; las luces giraron y la multitud se apelotonó, chocándose unos con otros.

Un relámpago destelló de pronto por encima y oscureció la iluminación de la sala. Los truenos atravesaron el aire igual que un látigo y fuera se puso a llover. Se miraron unos a otros y empezaron a reírse de forma histérica. Effie agarró a Anna de las manos y ambas se pusieron a dar vueltas, deleitándose con la magia. ¿Cómo era posible que los demás no la sintieran?

Anna vio a Peter entre la multitud. Darcey estaba a su lado, susurrándole algo al oído.

—Tengo que irme —le dijo a Effie, y se separó de ella.

Se acercó a ellos.

—Peter, ¿quieres bailar? —Anna le tendió la mano.

—¿Por qué iba a querer bailar con unos tarados como vosotros? —se burló Darcey.

—Perdona, me tengo que ir. —Peter tomó a Anna de la mano.

De entre todas las cosas que habían pasado ese año, nada le resultó más satisfactorio que la cara que puso Darcey en ese momento. Se abrieron paso entre la multitud y Peter la acercó a él.

—Ha sido curioso veros bailar…

Fuera, seguía lloviendo.

Anna se echó a reír.

—Nos hemos emocionado un poco.

Una canción lenta comenzó a sonar. Peter la acercó más a él y el tiempo pareció escabullírseles mientras bailaban.

Anna levantó la cabeza y lo miró.

—¿Tú y Darcey lo habéis dejado definitivamente?

Peter asintió con firmeza.

—Del todo. Siempre fue una chica complicada, pero después de lo que ha pasado este año, no tengo ningún interés en ella. —Él le levantó la barbilla—. Te juro que cada vez que te veo estás más guapa. ¿Cómo has pasado inadvertida durante tanto tiempo?

Anna se rio y bajó la mirada, prefiriendo no recordar todo lo que la había traído hasta ese momento. Él le apartó el pelo de la cara y se inclinó hacia ella. Fue un beso suave, apenas un roce. Ella se apartó y le sonrió. Su primer beso. *No ha sido tan aterrador*.

Peter la estrechó con fuerza, acariciándole la espalda con los brazos. Volvió a besarla. Ella le devolvió el beso y a él se le aceleró la respiración.

—Everdell, sabes de maravilla. —La besó con más intensidad y subió las manos hasta su pelo—. Y hueles increíble. —Le besó el cuello—. Dios, me pones a mil. —Anna esperaba que la oscuridad de la sala los ocultara.

—Peter… —Se separó de él.

—Anna. —Respiraba de manera entrecortada—. Larguémonos. Vamos a mi cuarto.

—No estoy segura de…

—No tenemos por qué hacer nada, pero si quieres…

—Vamos a quedarnos aquí un rato más.

—Venga. Sé que has estado esperando este momento. —Le sonrió, con una mirada implacable. Le recorrió los brazos con las manos y la agarró de las muñecas. Tiró con suavidad de ella hacia la puerta.

—No, Peter, quiero quedarme aquí.

Él la volvió a besar.

—Podríamos estar solos por fin. —Tiró de ella con más fuerza.

—Lo siento. —Sabía que lo estaba estropeando todo, pero era incapaz. *Todos los tíos intentan acostarse con su pareja del baile de verano*.

La sonrisa de Peter desapareció y el azul de sus ojos se tornó gélido.

—Anna…

—Ha dicho que no quiere irse. —Attis apareció junto a ellos.

Los labios de Peter se curvaron, dejando al descubierto sus dientes.

Attis le sacaba una cabeza.

—¿Por qué no nos haces a todos un favor y te largas?

—A la mierda. —Peter miró de nuevo a Anna y se marchó enfadado.

Attis le tomó la mano y se pusieron a bailar lentamente, separados por una cuidadosa distancia. Anna estaba demasiado avergonzada como para decir nada.

—Es un capullo, Anna.

Ella dejó escapar una risa temblorosa.

—¿Quieres que vaya a pegarle? Ya lo hice una vez y me sentó de maravilla.

Intentó asimilar los últimos minutos. Ese no había sido el Peter calmado y sereno que ella conocía.

—Me dijo que no teníamos por qué hacer nada… —Todavía sentía su mano en su muñeca.

—Muy avispado.

—¿Alguna vez le has dicho algo así a una chica?

—No. Jamás mentiría para acostarme con alguien.

Anna lo miró.

—Siento haberte robado la llave.

—Te dije que no indagaras más, que no hicieras nada peligroso.

—Lo sé. Fui una estúpida, pero estaba desesperada. Sabía que a ti no te parecería bien.

—¿Te hizo daño tu tía? —Él la miró con los ojos encendidos de furia. Anna notó que se le saltaban las lágrimas. Había intentado olvidar aquellas tres largas semanas. Descubrió que no era capaz de decírselo.

Attis desvió la vista con la mandíbula tensa.

—Deberías haberme dejado entrar la noche que fui.

—No pude.

Él asintió. Anna se dio cuenta de que se habían acercado; el rostro de Attis estaba a unos centímetros del suyo. Sus labios estaban exactamente en el mismo lugar donde habían estado los de Peter cuando se habían besado. Notó los brazos de Attis a su alrededor y quiso hundirse en él. Escapar de nuevo.

Entonces vio a Effie por encima del hombro de Attis; tenía la mirada clavada en ellos.

Anna le soltó la mano.

—Effie.

—¿Qué? —dijo Attis.

—Effie está ahí, esperándote. Voy a por algo de beber. —Se alejó de él.

—Anna, no vayas a buscarlo.

—Descuida. Ahora mismo me parece un capullo integral.

Se dirigió a la mesa de las bebidas, aturdida por lo que acababa de ocurrir. Había una pareja enrollándose al lado del ponche.

Se armó un poco de jaleo sobre el escenario y, acto seguido, la música se detuvo. Darcey caminó hasta el centro con el pelo bailándole sobre la espalda; con una mano se alzaba el vestido largo y plateado que llevaba y con la otra sujetaba un micrófono.

—Gracias. —El micrófono chirrió y ella miró al infeliz que se encargaba del sonido con cara de pocos amigos—. En nombre de todos los miembros del consejo estudiantil, os doy las gracias por venir. El consejo ha plasmado mis ideas de forma espectacular, así que creo que se merecen un aplauso. —Todos aplaudieron y vitorearon—. Bueno, no quiero robaros más tiempo… por cierto, la fiesta continuará luego en mi casa, aunque será solo para invitados… Pero antes, ha llegado el momento que todos estábamos

esperando. —Darcey señaló la gran pantalla que había tras ella—. El consejo y yo hemos recopilado nuestras fotos favoritas del curso. Preparaos para pasar vergüenza.

La pantalla se iluminó y una presentación de fotos dio comienzo, desplazándose a través de unos recuerdos de los que Anna no había formado parte. Los alumnos comenzaron a animarse y a reírse a medida que aparecían sus fotos: salían borrachos, haciendo muecas y poses estúpidas, o atrapados in fraganti mientras besaban a alguien. A continuación, apareció una foto de Rowan.

A Anna le dio un vuelco el corazón.

Una segunda foto de Rowan, menos favorecedora que la primera. Las risas empezaron a brotar entre la multitud. Otra imagen de Rowan: eran las fotos que habían sacado durante aquel horrible juego. Darcey las había espaciado entre las demás, bastante como para humillar a Rowan, pero no lo suficiente como para levantar sospechas. Darcey se puso a reír sobre el escenario. Anna había creído que, después de todo, el hecho de que Darcey hubiera sufrido el acoso en sus propias carnes la habría hecho reexaminar sus acciones y atenuar su crueldad, aunque solo fuera de forma sutil.

Las risas cesaron de repente.

A Anna se le cayó el vaso de la mano y la limonada se desparramó sobre sus zapatos dorados.

El montaje de fotos había desaparecido. En su lugar, había un vídeo. Darcey se quedó petrificada mientras se veía a sí misma en la pantalla con el director Connaughty.

El auditorio se quedó completamente en silencio. Lo único que se oía eran los horripilantes sonidos del vídeo.

Poco a poco afloraron los susurros, los jadeos sorprendidos y los murmullos. Darcey permaneció inmóvil.

Los profesores, presa del pánico, intentaron apagar el vídeo. La pantalla quedó en blanco. Anna vio cómo el director Connaughty salía corriendo del auditorio.

Darcey seguía sin moverse. Su mirada parecía encontrarse a kilómetros de distancia. *Contemplando cómo se desmorona su futuro.*

El bullicio estalló en la sala. Los rumores resucitaron todos de golpe, y el sonido resultó ensordecedor. El vídeo se detuvo, mostrando una pantalla de ruido estático con siete círculos. El Ojo.

Darcey echó a correr.



—¿Dónde está? —Anna agarró a Rowan del hombro. La rabia que la recorría no la dejaba pensar con claridad—. ¿Dónde está Effie? Manda, ¿dónde está?

Manda estaba pálida.

—No… No lo sé.

—¿Sabíais que no había borrado el vídeo?

Rowan negó con la cabeza, pero Manda se retorció las manos con nerviosismo.

—Dijo que no iba a hacer nada con él.

—¡Ah! ¿Y tú te lo creíste? Qué casualidad.

Anna se abrió paso entre ellas. Era difícil atravesar la multitud. Todos se habían alborotado, animados por el dramático giro de los acontecimientos. El baile se había acabado, pero la diversión no había hecho más que empezar.

—Lo sabía. Sabía que estaban liados…

—¿Cómo pudo acostarse con él? Es asqueroso.

—¿Cómo pudo acostarse con ella? ¿No es ilegal?

—¡Se me van a caer los ojos!

Anna encontró a Attis.

—¿Dónde está?

—No lo sé, yo también la estoy buscando. Anna, tranquilízate.

—No. No pienso tranquilizarme. Sé que ha sido Effie la que ha puesto el vídeo. —Anna le apartó las manos—. ¡Y he vuelto a fiarme de ella!

—No sé adónde ha ido.

Anna se alejó de él, dándole con el hombro al pasar.

—¿Alguien ha visto a Effie? —Interceptó a todo el que pasaba por allí—. ¿Has visto a Effie?

—La vi hace unos veinte minutos. Se fue por allí con Peter.

Con Peter.

Localizó a Tom y le cortó el paso.

—¡Tom! ¿Qué número es la habitación de Peter?

—La catorce. ¿Por qué? ¿Vas a ir a hacerle alguna guarrería? —Lanzó un aullido estúpido.

Anna ya se había marchado, impulsada por un sentimiento de rabia desconocido hasta ese momento. Corrió por los pasillos en dirección a los

dormitorios. Oyó unos pasos tras ella, a Attis llamándola, pero no pensaba detenerse, no podía detenerse.

Once, doce, trece…

Catorce. Anna tocó el pomo y la puerta se abrió de golpe debido a la furia que emanaba de ella.

Estaban juntos en la cama.

—¡Anna! —gritó Peter, cubriéndose con las sábanas.

Effie apareció tras él, con el pelo revuelto y los labios enrojecidos. En sus ojos asomó algo parecido a la culpa durante un instante. Anna había ido dispuesta a chillarle por el asunto del vídeo, pero ahora no sabía qué decir. Era imposible expresar con palabras el sentimiento de traición que la había invadido.

—Solo estábamos divirtiéndonos un poco. —Effie recogió la camisa de Peter tirada en el suelo—. Ya te he dicho que solo servía para una cosa. —Se rio.

Anna se quedó mirándolos.

La risa de Effie se desvaneció.

—Venga ya, ni siquiera te gusta y tampoco eres la mosquita muerta que aparentas ser. —Su tono era mordaz.

Peter balbuceó:

—Anna, no pretendía…

—Anna. —Attis la agarró del brazo—. Vámonos.

Effie se levantó de la cama de un salto y se echó la camisa por encima de la cabeza.

—Attis Lockerby, alto ahí. No es lo que crees. Se me ha insinuado él, ¿vale? Solo quiero marcharme a casa. Llévame a casa.

—Vete tú sola —espetó Attis. Rodeó a Anna con el brazo y extendió la mano. La puerta se le cerró a Effie en las narices—. Vamos —le dijo. Haciéndola avanzar por el pasillo. Anna enterró la cabeza en él; las lágrimas de rabia le rodaban por las mejillas.

—¡Attis! ¡Vuelve ahora mismo! —Effie gritaba tras ellos, pero Attis no se volvió ni se detuvo.

Al cabo de unos instantes estaban ya en el coche, recorriendo la carretera mientras el colegio desaparecía por el espejo retrovisor. Era incapaz de quitarse aquellas imágenes de la cabeza: el vídeo, la cara de Darcey, Effie y Peter. Effie. ¿Cómo había podido hacerle eso?

—¿Adónde te llevo? —preguntó Attis.

Anna sabía que debía volver a casa con su tía y alejarse de Effie para siempre, pero era incapaz de formar las palabras. Todas sus emociones, cuidadosamente contenidas, la asaltaron a la vez —y la hirieron hasta lo más hondo—, pero no podía renunciar a ellas. Había llegado demasiado lejos como para volver atrás. Un sentimiento de urgencia más intenso que nunca se cernía tras ella como un cuchillo, le envolvía el cuello como una soga…

—Quiero ver a Selene.

Attis no parecía muy seguro.

—Puede que Effie vuelva a casa.

—Tengo que ver a Selene.

No volvieron a pronunciar palabra. Attis se abrió paso en medio del tráfico a una velocidad de infarto, a través del ruido, las luces y el caos de Londres. Anna miraba por la ventana, recorriendo el cordón de nudos con los dedos.

La casa estaba en silencio.

—¿Dónde está? —preguntó Anna.

—Voy a llamarla —dijo Attis. Anna se sentó en el taburete de la cocina —. Selene, ¿puedes volver a casa? Me da igual que tengas una cita. Anna está aquí. Effie y ella… se han peleado. —Pronunció las palabras con énfasis—. Te necesita. Ya.

Colgó el teléfono.

—Viene de camino.

Anna tiró de su vestido, le apretaba demasiado.

—Necesito quitarme esto ahora mismo.

—De acuerdo. Vamos arriba a buscar algo de ropa. Aunque es de Effie.

—Lo único que quiero es quitarme esto. —El vestido la asfixiaba. Quería hacerlo trizas. Se quitó el ramillete de la muñeca y lo tiró a la papelera.

—Vamos. —Entraron en el vestidor de Effie y él sacó unos vaqueros y un jersey del armario. Anna se quitó los zapatos dorados.

—¿Puedes desabrochármelo por arriba? —Anna se palpó la espalda, incapaz de dar con la cremallera.

—Claro. —Attis se acercó, vacilante. Ella se dio la vuelta y se puso de espaldas a él.

Solo se dio cuenta de lo acelerada que tenía la respiración, de lo enfadada y desesperada que estaba, cuando él se aproximó a ella por detrás. Le apartó el pelo y sus manos le rozaron el cuello. Ella soltó un suspiro y el aire que los rodeaba se estancó. Él le bajó la cremallera, siguiendo el escalofrío que le recorrió la columna vertebral.

—Anna —dijo con la voz entrecortada, acercándose más.

Notaba su aliento en el cuello, la calidez de su piel. Era incapaz de mover las piernas. El vestido colgaba de ella, abierto.

Se dio la vuelta poco a poco. Fue como volver a perder el control sobre sí misma, solo que esta vez, en vez de no ser capaz de sentir nada, lo sentía todo…, era demasiado…, no era suficiente… Ansiaba más. Sus manos eran llamas dolorosas sobre su piel; sus labios anhelaban acercarse a ella; y sus ojos eran el lugar donde uno se sumergía antes de quedarse dormido: repletos de humo, sueños y olvido.

—Attis —suspiró Anna, y él se inclinó hacia ella.

El beso fue lento, dulce y agonizante, como uno de sus símbolos mágicos, e hizo que se fundiera entre sus brazos. Por debajo rugía un fuego, un calor que Anna nunca había sentido, un calor que no hizo más que crecer frente a la suavidad imposible de sus labios. Se aferró al cuello de su camisa mientras las manos de él le recorrían la espalda. Quería sumergirse en Attis para siempre, deshacer hasta el último nudo de su interior. Notó que el vestido se le deslizaba de los hombros…

La puerta principal se cerró de un golpe y ambos se separaron de un salto.

—Ya estoy aquí. —Era la voz de Selene.

Anna recogió la ropa. Attis se dio la vuelta y ella se vistió apresuradamente. No sabía qué decir. Tenía demasiadas cosas que decir. Nunca había sentido algo tan intenso en su vida e ignoraba qué significaba. Volvió a levantar la vista, pero Attis no sonreía; tenía el ceño fruncido.

—Anna…

—¡Anna! —Selene la llamó a lo lejos.

—Vamos. —Anna le agarró la mano y ambos bajaron las escaleras hasta la cocina.

Selene los observó en silencio.

—Cerillita, Attis me ha contado que te has peleado con Effie. ¿Qué ha pasado?

Anna se dio cuenta de que no había tiempo que perder. Se lo contó todo a Selene. Lo del vídeo, lo de Peter, lo de Effie y lo de sus tres semanas infernales; le contó que la iban a obligar a convertirse en Encorsetadora y le habló de lo retorcidas que eran en realidad. Le pidió que la ayudara a escapar. *En ese mismo instante*.

—Me ayudarás, ¿verdad? Me dijiste que me ayudarías. Por favor, Selene, no quiero convertirme en Encorsetadora. Tengo que huir.

—Pues claro que te ayudaré, tranquila. —Selene le dio un abrazo.

Anna sintió como si volviera a tener siete años, cuando vio a Selene en su balcón por primera vez y quiso marcharse con ella. Las lágrimas le inundaron los ojos. Anna intentó secárselas.

—Si-siento haber estropeado tu cita.

Selene agitó una mano, riéndose de lo absurda que era la situación; se enjuagó una lágrima propia.

—No seas tonta. No era más que otro juguetito, ni siquiera sabe mi verdadero nombre. Esta noche, he adoptado el papel de la *femme fatale* Carmenta Foy. —Se echó el pañuelo por encima del hombro.

Attis resopló.

—¿Quién es Carmenta Foy?

—Mi *alter ego*. Toda mujer debería tener uno.

Carmenta Foy. Carmenta.

Anna sintió que su mundo se desmoronaba.

¿Cuándo vas a venir a verme? ¿Podrás deshacerte de ELLA esta noche? Carmenta.

El mensaje que encontró la policía en el teléfono de su padre después de haber matado a su madre.

Los pensamientos se le agolparon en la mente; le era imposible comprenderlos. Aquel nombre era único y muy específico. ¿Selene era la amante de su padre? ¿Selene había traicionado a su madre? ¿Había muerto su madre por culpa de Selene? Tal vez la hubiera matado ella misma. El miedo recorrió a Anna como si fuera hielo.

Tengo que salir de aquí.

—Ahora vuelvo —dijo Anna con calma—. Quiero lavarme la cara e ir a por un pañuelo…

—Claro, cariño. Luego nos pondremos en marcha, se me ha ocurrido un plan.

Anna salió de la habitación, subió las escaleras hasta el baño y se miró en el espejo. El horror de lo que acababa de descubrir se reflejaba en su rostro. La imagen de Selene tumbada en la bañera le vino a la mente: aquel día le dijo que una vez había amado a un hombre. *¿Mi padre?* La misma mujer sobre la que su tía le había advertido.

Tenía que contárselo a Attis. Tenían que marcharse de inmediato.

Fue al dormitorio de Selene y tomó la pluma de la repisa de la chimenea, donde flotaba. Bajó las escaleras con sigilo y se situó tras la puerta de la cocina, pero el murmullo de unos susurros la detuvo.

—¿Se ha enamorado ya de ti? —La voz de Selene estaba teñida de amargura—. ¿O también la has cagado con eso?

—No lo sé —dijo Attis con brusquedad.

—¿Cómo que no lo sabes? Me dijiste que podías conseguir que cualquier chica se enamorase de ti. Para que esto funcione, tiene que estarlo. ¿Cómo voy a saber si la maldición ha dado comienzo?

—Creo que sí.

—Creerlo no basta. ¡Por el amor de Dios! Esa es la única razón por la que te cree. Tenemos que impedir que se marche cuando vuelva a bajar. No puede huir.

—Ya lo sé.

Anna echó mano de su cordón de nudos, pero los sentimientos que habían asaltado su interior ya habían desaparecido. Apretó el cordón y sintió que la calma la recorría por primera vez desde que el vídeo de Darcey había empezado a reproducirse. Se sentía indiferente. Serena. El camino que debía tomar se desplegó ante ella. Su corazón estaba hecho pedazos, pero su futuro ya había sido sellado.

Selene había matado a su madre y Attis estaba compinchado con ella.

Te cree…

Attis no era una bruja. No era humano.

Te cree… Un recuerdo afloró a su mente: Manda leyendo el libro de hechizos de Selene, leyendo las páginas manchadas. El hechizo para crear un golem, un hombre hecho de tierra que necesitaba corazones y sangre para permanecer vivo.

Te cree… Attis no era más que una ilusión. Todavía notaba el roce de sus labios. No podía amar a alguien que no era real.

Volvió a entrar en la cocina. La miraron y ella arrojó la pluma al aire antes de que tuvieran ocasión de reaccionar. Se quedaron congelados. Sus movimientos se prolongaron a través del tiempo.

Anna tomó el bolso de Selene y echó a correr.



Paró un taxi y le dio su dirección al conductor. Cressey Square. *Mi casa*. Hurgó en el bolso de Selene: tenía dinero más que suficiente para pagarlo. Apenas podía asimilar lo que acababa de suceder, las traiciones que el destino le tenía guardadas. Era demasiado. Demasiado abrumador.

Llegó justo antes de medianoche.

Su tía abrió la puerta.

—¿Y Peter?

Anna levantó la mirada hacia ella y se arrojó en sus brazos.

—Lo siento, tía. Te pido disculpas por todo —sollozó—. Tenías razón, el amor es algo maléfico. Y la magia, un pecado. —Las dos cosas eran ahora lo mismo para Anna. Su esencia estaba corrompida. *Maldita*. Lo habían estropeado todo. Ahora estaba sumergida en el oscuro núcleo del Ojo y solo había una forma de salir—. Quiero convertirme en Encorsetadora.

Su tía se separó de ella y le apartó el pelo de la cara.

—Vamos arriba. —Condujo a Anna a su habitación y le llevó un vaso de agua—. Bebe y tranquilízate. Cuéntame qué ha pasado.

Anna intentó recobrar la compostura, pero las palabras le salieron a borbotones.

—Mi magia. Sé que hay algo que no va bien. La marca de las maldiciones. Siempre aparece. Es peligrosa, tía, y todo se me fue de las manos y Effie… Effie debería haberme apoyado, pero… se fue con Peter. Él me gustaba… y yo la quería… Los odio a los dos. ¿Por qué? No entiendo por qué me ha hecho esto.

La tía no parecía sorprendida.

—Porque forma parte de su naturaleza.

—Luego fui a ver con Selene y… —Anna miró a su tía con seriedad—. Creo que tuvo una aventura con mi padre. Es difícil de explicar, pero creo que era su amante. —Aquellas palabras le provocaron náuseas—. El amor acaba arrasándolo todo, justo como dijiste.

No podía contarle a su tía lo de Attis. Le dolía demasiado.

—No quiero volver a sentirme así nunca más. Por favor, haz que pare. Quiero convertirme en Encorsetadora.

Había tomado una decisión. Había elegido su camino. Un sentimiento de alivio la inundó y apaciguó el dolor. La magia no le había servido de nada y todas las personas a las que amaba la habían traicionado. Excepto su tía. Se lo había repetido una y otra vez, le había dicho que algún día sería capaz de comprender lo que era lo mejor para ella, y ese día había llegado. No era débil por unirse a las Encorsetadoras: no había nada más duro que renunciar a todo. Pero sí había sido débil al sucumbir a la magia, y ahora veía el daño que le había hecho: estaba maldita y la había dejado destrozada.

—Alguna que otra vez se me ocurrió que tal vez hubiera sido Selene la que traicionó a tu madre —dijo su tía con el semblante preocupado—. Sabía

que le gustaba tu padre, y es capaz de seducir a cualquier hombre que se le ponga a tiro, pero nunca encontré ninguna prueba. No quise creerlo.

—Selene traicionó a mi madre igual que Effie me ha traicionado a mí. Era Carmenta —dijo Anna, avergonzada—. Lo siento, investigué sus muertes. Quería saber lo que había ocurrido, pero ya no quiero saber nada más. Solo quiero olvidar. Por favor, aléjala de mí. Aléjalos a todos.

—No permitiré que Selene vuelva a acercarse a ti. La ceremonia de Amarre se llevará a cabo de inmediato. Mañana.

—Sí, sí —dijo Anna, desesperada.

—Sabía que tomarías la decisión adecuada porque te conozco, Anna. Te conozco mejor que nadie en el mundo. —Sostuvo el rostro de Anna entre sus dedos—. Ten en cuenta que será difícil, pequeña mía. Hay que hacer un sacrificio y debes estar dispuesta a hacerlo. Para eso te he adiestrado. Creo que eres bastante fuerte, pero debes prometerme que, cuando llegue el momento, no te echarás atrás. No hay alternativa: ya he ligado tu voluntad antes y puedo volver a hacerlo, pero será más fácil si dominas tus emociones. Debes confiar en mí.

Si perdemos la confianza, lo perdemos todo.

Anna miró a su tía a los ojos, de un tono tan verde como el suyo.

—Sé lo de la correhuela. El veneno.

Su tía la apretó con más fuerza, pero no apartó la mirada.

—Lo hice para protegerte. ¿No lo ves? Era para protegerte de lo que ha ocurrido esta noche. Nunca quise que pasaras por esto. La dura realidad es que la magia y el amor son mucho más venenosos. Mírate, cariño, estás destrozada.

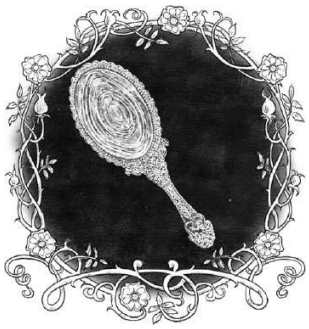
Anna se inclinó hacia delante, su dolor brotó por fin en profundas y estremecedoras oleadas.

—Estoy lista. Solo quiero dejar de sufrir.

—Ya lo sé, ya lo sé. —Su tía la consoló, rodeándole la cabeza. Nunca la había abrazado así. Las lágrimas de Anna le empaparon la camisa, pero su tía no se las limpió—. Ojalá me hubiera equivocado, pero tu magia está maldita, igual que la de tu madre. Debemos ligarla. Todo irá mejor entonces.

—¿Cuál es la maldición?

—El amor, es el amor.



ESPEJO

La verdad no es más que un espejo de nuestros propios pecados. No vivimos de la verdad que puede blandirse en contra de nosotras, sino del silencio: de las palabras enmudecidas, de los recuerdos olvidados, de las emociones atemperadas.

Introducción, *El libro de las Encorsetadoras*.

Anna se tumbó en la cama, agotada. No quería pensar. Le dolía todo y, sin embargo, no habría sabido especificar el origen de ese dolor. No era capaz de controlar aquel pesar, pero al menos el hecho de convertirse en Encorsetadora había sido su decisión. Llevaría una vida de dolor y castigos, de pruebas y dificultades, pero tal vez, un día, podría recuperar su independencia, demostraría su valía, se convertiría en Encuadernadora Veterana y volvería a practicar la magia, cuando estuviera lista. Cuando el dolor fuera ya un recuerdo lejano…

Sintió el beso de Attis mientras se quedaba dormida.

En sus sueños, sus labios eran dulces y suaves…, pero de pronto él desaparecía, convertido en aire. Effie ocupaba su lugar; se reía mientras unos cuervos salían volando del interior de su boca y descendían sobre Anna trazando círculos negros. Anna contemplaba un espejo y su madre le devolvía la mirada, diciéndole algo que no era capaz de oír. Selene se acercaba por detrás de su madre con un cuchillo, solo que no era Selene, sino su tía, y el cuchillo estaba hecho de seda, de seda roja…

Se despertó sobresaltada. Alargó la mano y encendió la luz. El libro de cuentos estaba de nuevo en el suelo. El golpe debía de haberla despertado. Se alegraba: sus sueños eran una tortura. Dentro de poco no tendría que soñar más. Lo sostuvo en sus manos como si pudiera llenar el vacío de su interior.

Sacó la fotografía de sus padres.

—Lo hago por ti. —Tocó la cara de su madre—. No dejaré que el amor me mate a mí también. —Sentía, con una certeza fría y aterradora, que el amor acabaría con ella.

Anna trató de hallar consuelo en los ojos de su madre, pero esta estaba demasiado ocupada mirando a su padre, que le devolvía a su vez la mirada. Quiso rasgar en dos la fotografía, separarlos de forma definitiva, pero no pudo. La imagen la mantenía cautiva, y fue entonces cuando empezó a sentir la emoción del momento en el que había sido tomada, como ocurría con las fotografías de la tienda de antigüedades. La emoción la sacudió, tan clara como el cielo que se veía en la imagen. Amor. Era amor. Examinó la fotografía con más detenimiento intentando hallar alguna grieta, pero no encontró nada más que amor.

Entonces, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué la mataste? La foto había sido tomada poco antes de que sucediera. *¿Es el amor tan retorcido? ¿Tan retorcido que puedes amar a alguien con todo tu corazón y aun así hacerle eso?*

Le vino a la mente la imagen de Effie en la cama con Peter. *Sí.* Selene diciendo que ella era Carmenta. *Sí.* Los labios de Attis posados en los de ella. *Sí.* Sus labios posados en los de Attis… *Sí.*

Todas las preguntas que había intentado enterrar en su interior comenzaron a asomar. *La tía dice que mi magia está maldita por culpa del amor, pero ¿cuál es la maldición? ¿Por qué sigue ocultándomela?* Anna recordó las palabras en voz baja de Selene: tenía que estar enamorada de Attis para que la maldición se pusiera en marcha. *¿Por qué lo creó? ¿Para que me enamorase de él? ¿Traicionó también a mi madre? ¿Qué tienen en común ambas traiciones? ¿Está Effie al corriente de todo? ¿Han estado ella y Attis riéndose de mí a mis espaldas mientras yo me enamoraba de él?*

Anna sacudió la cabeza, intentando alejar las preguntas. Ya daba igual. Había tomado una decisión. Aunque su tía siguiera ocultándole algunas cosas, era la única que la quería de verdad…

¿Y entonces qué hay en la habitación del tercer piso? ¡No! ¡Me da igual! ¡Me da igual!

Anna golpeó la cubierta del libro, frustrada. La ilustración de la portada brilló al captar la luz de la luna que se filtraba por su ventana. Un árbol por encima y otro por debajo. Un reflejo perfecto. Como un espejo.

Las palabras de Nana Yaganov volvieron a ella con una fuerza repentina: *La verdad está en las hojas. El espejo del interior del espejo. El espejo es la*

clave.

Las hojas… ¿Y si Nana no se refería a las hojas de un árbol, sino a las de un libro? ¿Un libro con una imagen espejada en la portada? El libro que tenía en las manos. Si el acertijo se refería al libro y la verdad se hallaba entre sus páginas…, ¿habría un espejo escondido en los cuentos? *El espejo es la clave*.

Anna abrió el libro por el primer cuento: *La doncella sin ojos*, que buscaba la verdad y a la que acababan sacándole los ojos al encontrarla. Lo leyó una y otra y otra vez. La doncella creaba un lago en el bosque, que la reflejaba. *¿El espejo?* Había tres llaves. Una de plata, una de agua y otra de sangre. *¿Cómo va a ayudarme el cuento? Puede que Nana pretenda que acabe sin ojos*…

Pasó al segundo cuento: *Caperucita Roja*. A pesar de la espeluznante muerte de la abuela, era un cuento con un final más feliz, no tan azotado por el castigo. La protagonista también se desviaba del camino, pero al final conseguía derrotar al lobo con su bolsita, en la que llevaba una ramita, una aguja, una moneda y un dedal… Y cada uno de aquellos elementos se convertía respectivamente en viento, en una montaña, en fuego y en un río.

Una melodía afloró a su mente:

> «La aguja es la daga que domina el humo y el fuego.
> La rama es la varita que agita el aire y el viento.
> La moneda es el pentagrama en armonía con la tierra y los cimientos.
> El dedal es el cáliz que del agua contiene el aliento».

Era la cancioncilla infantil que Rowan cantaba de vez en cuando.

Anna se aferró al libro con fuerza. El cuento de hadas escondía una verdad muy simple. *Aguja, rama, moneda y dedal*… Estos objetos representaban los instrumentos elementales. *¿Y si los cuentos de hadas son algo más que historietas con moraleja? ¿Y si encierran conocimientos? ¿Hechizos ocultos?*

Anna volvió a leer el primer cuento con la mente acelerada. A medida que lo hacía, el hechizo se desplegaba ante ella; sus palabras eran flechas que la guiaban en una dirección concreta. Tres llaves: una de plata, una de agua y una de sangre. La doncella las arroja todas juntas y se convierten en un lago. Cuando la luz de la luna acaricia el lago, este se vuelve un espejo.

No pasa nada por llevar a cabo un último hechizo.

Anna no tenía muy claro lo que estaba haciendo, pero se levantó de la cama. Se acercó a su tocador y tomó el espejo de plata. Se envolvió la mano con un jersey y rompió el cristal de un golpe. Apartó las esquirlas hasta que

no quedó más que un cascarón de plata vacío. Tomó el vaso con agua de la mesita de noche y la aguja de bordar. Se dirigió al balcón, lo abrió y se situó bajo la luz de la luna.

Colocó el cascarón de plata en el suelo. *Una llave de plata*.

Derramó el agua por encima. *Una llave de agua*.

Se pinchó el dedo con la aguja y dejó caer una gota de sangre en el agua. *Una llave de sangre*.

Esperó a que la luna volviera a asomarse entre las nubes. Repitió las palabras de Nana como si fueran un hechizo: *La verdad está en las hojas. El espejo del interior del espejo. El espejo es la clave*. Se aferró a los hilos de la magia: la plata, el agua, la sangre, la luz de la luna, y los tejió entre ellos.

La luna apareció en lo alto del cielo. Anna observó con fascinación cómo el agua del marco plateado se congelaba y se endurecía, convirtiéndose en un espejo. Un espejo de plata reluciente y mágico. Un espejo creado con la luz de la luna. Lo recogió y se contempló en él.

El rostro de Effie le devolvió la mirada.

—¿Cuál es mi maldición? —preguntó.

Effie le sonrió.

Anna ignoraba cómo, pero sabía que el espejo tenía todas las respuestas a sus preguntas. Podía sentirlas, batiendo las alas contra el cristal, anhelando salir. Effie seguía sonriendo con serenidad. Era una sonrisa que Anna nunca le había visto esbozar. Aquella sonrisa y su pelo negro le recordaban a alguien. *A mi madre*.

El rostro de Effie y el de su madre casi parecieron intercambiarse en el espejo. Anna parpadeó y el rostro volvió a ser el de Effie. Tomó la fotografía de sus padres y la sostuvo junto al espejo. ¿Cómo no se había dado cuenta? De las similitudes entre su madre y Effie. Giró la foto hacia el espejo y vio, por primera vez, la auténtica imagen que había debajo de la quimera. Su madre no sujetaba solo a un bebé, sino a dos. Anna se quedó contemplándola durante varios minutos y luego volvió la vista al espejo.

—¿Eres mi hermana?

Effie asintió, pero esta vez mostró su sonrisa amenazadora y fascinante de siempre, provocando que su vida se hiciera añicos.

No había tiempo de recoger los fragmentos.

—¿Debo ir a la habitación del tercer piso?

Effie volvió a asentir y Anna asintió con ella.

Volvió a contemplar la fotografía, la sonrisa de su madre. Se lo debía. Anna se puso en pie y se dirigió a la puerta con el espejo en la mano.

Ya no le quedaba nadie en quien confiar. Tenía que averiguar lo que escondía la habitación del tercer piso…

El espejo es la clave.



Se deslizó escaleras abajo y tomó la novena llave del gancho. La llave de la tía. El extremo comenzó a transformarse en sus manos, como un rompecabezas imposible de resolver. Subió en silencio hasta la habitación del tercer piso. Contempló la puerta: el callejón sin salida de su vida.

Se puso de espaldas a ella y alzó el espejo para que se reflejara el ojo de la cerradura. Tomó la llave y la introdujo en la cerradura del espejo. Atravesó el cristal sin problema, ocasionando únicamente una ligera ondulación, como un guijarro al ser lanzado a un lago. En cualquier otra circunstancia la magia habría dejado maravillada a Anna, pero en ese momento se limitó a sujetar el espejo con firmeza y a girar la llave…

Oyó que la puerta se abría a su espalda. Se dio la vuelta e intentó girar el pomo.

Se abrió.

La habitación era más grande de lo que esperaba. Había una enorme cama con dosel en el centro, debajo de la ventana; la luz de la luna se derramaba sobre unas sábanas rojas y enmarañadas. Enfrente había un tocador con un pequeño rosal y varios marcos de fotos encima. Un armario descansaba contra la pared del fondo. Nada le llamó la atención. A excepción de la cama sin hacer, la habitación no tenía nada de especial.

Anna tomó uno de los marcos del tocador: era una fotografía de su padre, pero este no salía con su madre, sino con su tía. Todas las fotografías eran de los dos. Ambos lucían jóvenes, y el pelo de su tía resplandecía tanto como el suyo.

Se acercó al armario y lo abrió, y del interior escapó un aire gélido.

Profirió un grito en silencio.

El interior estaba repleto de bolsas de sangre de hospital y tarros: tarros con corazones. Sacó una de las bolsas y la sostuvo a la luz de la luna. Tenía una etiqueta que decía: *Hospital King's College*, el hospital donde trabajaba su tía. Los corazones, abultados y repletos de sangre, comenzaron a latir a la vez, golpeando las paredes de cristal de los tarros. Anna retrocedió y las rosas del tocador se abrieron, imitando su silencioso grito. Oyó un ruido tras ella.

Se dio la vuelta y vio una sombra detrás de la puerta. Debía de haber estado allí todo el tiempo.

La sombra dio un paso adelante y su rostro quedó iluminado bajo la luz de la luna. Anna se quedó sin respiración. Su mundo dejó de tener sentido. Se trataba de un hombre al que reconocía. Lo había visto en una fotografía: era su padre. La palabra carecía de significado para ella. *Padre. Mi padre*.

Él la miraba fijamente, inmóvil. Llevaba el pelo, oscuro y rizado, más largo que en la fotografía; la forma de sus ojos, ligeramente curvada hacia abajo, sugería que estos se le arrugaban al sonreír, y tenía la mandíbula cuadrada y cubierta por una incipiente barba. Era un rostro atractivo. *Pero hay algo que no encaja. Algo no va bien.* Su mirada, al igual que las de un cuadro, la seguía pero estaba desprovista de vida.

No es mi padre. ¡No es humano!

El miedo se apoderó de golpe de ella, provocado por un sentimiento de repulsión involuntario. Anna intentó esquivarlo, pero él se acercó a ella. Dejó caer el espejo, que se hizo añicos. Intentó agacharse y salir corriendo de la habitación, pero el hombre la empujó hacia atrás y le rodeó el cuello con sus robustas manos; su semblante permaneció inmutable mientras la estrangulaba con más fuerza, y aunque su mirada destelló a la luz de la luna, en su interior no había nada que la luz pudiese iluminar.

Se puso a dar patadas y de algún modo consiguió zafarse de él. Cayó al suelo y alargó la mano hasta los trozos de cristal. Enroscó los dedos alrededor de un fragmento, y él se abalanzó sobre ella. Anna le clavó el cristal, pero el hombre no profirió sonido alguno, sino que la tumbó en el suelo. Le envolvió el cuello con las manos y apretó. Anna se esforzó por respirar.

—Suéltala.

Él le soltó el cuello y ella tomó aire de inmediato con un resuello.

Su tía estaba en la puerta.

—Llévala a su habitación.

La tía se apartó y el hombre obligó a Anna a bajar las escaleras. La metió en su habitación. La tía los siguió y cerró la puerta con fuerza tras ellos. El hombre permaneció en un rincón, observando.

—¿Me vas a obligar a despojarte de tu voluntad de nuevo? Te aseguro que no me temblará el pulso, y no me hace falta ningún cordón para ello. Podría someterte en un abrir y cerrar de ojos.

Anna era incapaz de hablar ni de pensar. Estaba demasiado horrorizada; jamás había sentido un miedo tan profundo como el que la atravesaba en

aquel momento. Habría preferido enfrentarse a mil armarios oscuros antes que tener que contemplar a la criatura que permanecía en las sombras.

—Siéntate.

Sus piernas cedieron.

Siempre le había sorprendido la serenidad con la que se comportaba su tía cuando estaba enfadada… hasta ahora. De pronto, la furia silenciosa de la mujer que tenía enfrente estalló en un aullido agudo y desesperado; las venas del cuello prácticamente le palpitaban.

—¡Lo has echado todo a perder! ¿Por qué no me has hecho caso? Dieciséis años planeándolo todo meticulosamente y has tenido que atravesar tu fase de rebelión adolescente justo esta noche. —Se echó a reír mientras se pasaba los dedos por el pelo.

—Effie es mi hermana —dijo Anna, apenas creyéndose las palabras.

Su tía se acercó a ella y la abofeteó.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo has entrado en la habitación?

—Cuéntame la verdad.

—¿La verdad? —repitió su tía, y Anna supo que se trataba de una pregunta absurda. Su tía era incapaz de decir la verdad: se creía sus propias mentiras. Volvió a reírse y tomó aire, intentando dominarse—. Sí, puede que la verdad sea la única opción que nos quede. —Se sentó en la cama junto a Anna—. Entonces comprenderás que siempre tuve razón.

—Cuéntamela.

—¡Qué impaciente! —gruñó—. ¿Sabes la paciencia que he tenido que tener yo todos estos años? Sí, Effie es tu hermana. Tu melliza, en realidad. Tu madre y yo también éramos mellizas, por supuesto, y todas estamos malditas. Una horrible maldición afecta a nuestra familia: *Un vientre, un aliento, hermanas de sangre unidas por el amor y también por la muerte*. —Se rio de nuevo, temblorosa y derrotada—. ¿Sabes cuál es nuestra ridícula maldición? El amor. Tan solo el amor. Nuestra maldición es enamorarnos del mismo hombre y acabar separadas. Una generación tras otra, durante cientos de años… Ninguna ha conocido otra cosa que el amor, el sufrimiento y la muerte.

Anna intentó asimilar las palabras de su tía. Effie y ella eran mellizas, y ambas estaban malditas. Recordó las ocasiones en las que la marca de la maldición había aparecido. Effie había estado siempre presente: durante la caída de Rowan, el círculo de sal, el ruido de la estática y la sangre. *El símbolo no aparecía solo por mí, sino por las dos*.

—¿Effie está al tanto? ¿Sabe que somos mellizas? ¿Que estamos malditas?

—Ah, ni hablar. —Su tía sonrió con satisfacción—. Effie no tiene ni idea. Desconocía la existencia de la maldición y del vínculo entre vosotras, pero aun así despertaste su curiosidad, aun así te destrozó la vida, tal como lo predije. Acabará matándote. Así acaba siempre nuestra maldición.

—«Así acaba siempre…». —Anna repitió las palabras, intentando entenderlas. Eso significaba que la amante de su padre no era Selene…, sino su tía—. ¿A qué te refieres? —Pero Anna ya lo sabía—. Mi padre no mató a mi madre, ¿verdad? La mataste tú.

—Tu madre me traicionó, Anna. ¡Intentó matarme! Tú padre me quería, éramos felices juntos. —La expresión de su tía se convirtió en una mueca y sus arrugas se contrajeron de dolor—. Lo apartó de mí. Lo sedujo con hechizos y pociones de amor que le proporcionó Selene, sin duda. Se quedó preñada igual que una puta. Vine a rescatarte, pero a ella la fastidió que tu padre siguiera queriéndome e intentó matarme. Lo apuñaló y se abalanzó sobre mí, pero yo era más poderosa que ella. —Anna no sabía si el ruido que hacía ahora su tía era una risa o un sollozo—. No tuve elección…

Anna se imaginó la escena que su tía acababa de describirle, pero no se la creyó. Ya no. Seguro que algunos fragmentos eran ciertos, los suficientes como para que la historia resultara plausible, pero era un relato tejido con mentiras.

—Aunque tu queridísima Selene me ayudó…

Anna levantó la vista.

—Ya lo creo que sí. Trazamos un plan. Por suerte, tu madre os había ocultado a ambas como si fuerais un sucio secreto. No quería que yo lo descubriera, así que nadie supo que había tenido un bebé, y mucho menos dos. Selene se quedó con Effie y yo me quedé contigo. Te tomé en brazos y supe, incluso entonces, que estábamos destinadas a estar juntas. Acordamos criaros por separado y reuniros a los dieciséis años para que la maldición se desarrollara; de ese modo, podríamos vigilaros antes de que os hicierais daño una a la otra. Hicimos que pareciera un asesinato. Selene dejó un mensaje en el móvil de tu padre fingiendo ser una amante: Carmenta. Nos llevamos a Effie y te dejamos allí. La policía se lo tragó por completo.

Su tía, Selene, Attis… Todos lo sabían. Todos menos Effie. Aquello no suponía ningún consuelo para ella: Effie era su maldición.

—Me alegro de que tu plan saliera bien —dijo Anna, preguntándose si podría romperle el vaso de agua a su tía en la cabeza. *Tal vez me dé tiempo,*

pero… Miró al hombre oculto en las sombras.

—Era lo mejor para las dos —dijo su tía con brusquedad—. Si hubierais crecido juntas, habría sido peor. Nunca quise que sintieras el dolor que yo sentí cuando tu madre me traicionó. Las Encorsetadoras me ayudaron, desde luego, para protegernos. Para proteger a todas las brujas.

—¿Qué narices tienen que ver las Encorsetadoras con esto? ¿De qué sirve que se metan en medio?

—¿Crees que podemos permitir que tu maldición campe a sus anchas? Las maldiciones son el mayor de los pecados, la forma más sucia y corrupta de la magia. Debemos ligarla. Entonces serás libre… y yo también. —La mirada de su tía rezumaba desesperación—. Pero el asunto va más allá de eso, ¿no te das cuenta? Las Encorsetadoras tienen una visión más amplia de la situación. Siempre han sabido que los Cazadores volverían algún día, y eso es lo que está ocurriendo. Ahora mismo, mientras hablamos.

—No me creo ni una palabra de lo que dicen las Encorsetadoras.

—No tardarás en creértelas. La magia ha llamado la atención de los Cazadores, que han salido de su escondite. Ya lo advertimos, pero nadie nos hizo caso y ahora han vuelto para dar caza a la magia poderosa; y no hay magia más poderosa que una maldición, Anna. Su hedor los conducirá hasta nosotras. —Su semblante se retorció en una mueca de desprecio—. Estamos marcadas y debemos ser ligadas.

Anna pensó en el Ojo que le había visto a su tía cosido en la piel. *Corrompida. Marcada*. Nana había dicho que los que estaban malditos también corrían peligro. Había mencionado una profecía…

Anna levantó la mirada.

—¿Qué dice la profecía?

El desprecio de su tía se transformó en una sonrisa.

—Veo que has investigado a fondo. Las Encorsetadoras no prestamos atención a las afirmaciones relacionadas con el destino. Solo nos regimos por nuestros propios deseos, no por una fuerza exterior. Aunque el poder de las profecías es innegable. Puede usarse en contra de nosotras.

—¿Qué dice?

—Que los Cazadores se alzarán de nuevo cuando nazca una maldición; una maldición que desencadenará la destrucción del mundo entero.

—Del mundo entero —repitió Anna. Era dramática y apocalíptica, típico de las profecías.

—No creo ni una palabra, pero otros sí lo harán y eso solo añade urgencia a nuestra causa. Debemos silenciar y ligar todas las maldiciones, y tú y Effie

seréis las primeras. Si lo conseguimos constituirá una enorme victoria. ¿Entiendes ahora lo importante que eres?

—¿Las primeras? ¿Cómo vamos a ser las primeras? Tú tienes la misma maldición y tu magia ya fue ligada.

Su tía se quedó paralizada, con la boca entreabierta en plena batalla.

—¿No?

—Mi magia no llegó a ser ligada de manera oficial. No.

Anna se echó a reír. Su tía le cerró la boca y Anna notó el sabor de la sangre.

—No creas que lo he tenido fácil. He pasado por un sinfín de pruebas y sufrido lo indecible, y practicar la magia me resulta tan doloroso como para el resto, pero era demasiado tarde para mí… Ya estaba perdida. Decidimos esperar hasta que la maldición se manifestara de nuevo, hasta que hubiéramos acumulado el poder suficiente para ligarla.

—Qué oportuno. Conejillos de Indias nuevos para llevar a cabo vuestras locuras. Entonces, ¿todo fue por el bien mayor? Los castigos, la crueldad… me hiciste sufrir para proteger a las brujas de una amenaza que ya no existe. Qué heroico.

La tía parecía dispuesta a ligar los poderes de Anna en ese mismo momento.

—La amenaza es muy real, Anna, y todo lo que hago, todo lo que he hecho, ha sido para protegerte. El Amarre se llevará a cabo mañana y tú no opondrás resistencia.

—Me niego.

—¿Por qué? ¿Porque te he mentido? Eso no cambia la maldición. No cambia la esencia del amor. Fui la causante de que Effie y tú os reencontrarais, pero yo no la obligué a traicionarte; lo hizo ella solita. Siempre supe que te traicionaría, así como tu madre me traicionó a mí.

La ira de Anna era bastante intensa como para dirigirla a las dos. A su tía y a Effie.

—¿Crees que no sé lo que has estado haciendo este año? Sé cómo funciona la mente de una adolescente de dieciséis años. Si te prohíbo algo, lo harás. Y te conozco. Te he permitido ciertas libertades y transgresiones, tus mentiras, tus secretos y tus hechizos. Ah, sí, lo de la magia también fue cosa mía. Te reduje la cantidad de correhuela para que la maldición pudiera desarrollarse, para que te hicieras amiga de Effie, para que te enamoraras de Peter, para que esta noche te rompieran el corazón. Ha sido como si me lo hubieran vuelto a romper a mí también.

—Tú no tienes corazón.

—¿Que no tengo corazón? —El rostro de su tía se contrajo—. Te he criado, ¿no es así? ¡Te he querido! Y quería a tu padre. Sigo queriéndolo. —Volvió la mirada hacia el rincón de la habitación.

—¿Qué es? —preguntó Anna, incapaz de mirarlo directamente.

—Tiene el mismo aspecto que él. —Su tía sonrió—. Usamos su sangre. Selene me ayudó a crearlo. Es un recuerdo de tu padre, Anna. Es lo único que me queda después de que tu madre me lo arrebatara.

Un gólem. Anna pensó en la ropa interior que había encontrado en el cajón de su tía, en las sábanas arrugadas, y supo lo que hacía con él ahí arriba, en la cama donde murieron sus padres.

Su tía se levantó y se cerró la bata.

—He cargado con esta maldición durante décadas, su esencia pecaminosa ha mancillado mi cuerpo y mi mente. Me he asegurado de que nunca tengas que sentirte del mismo modo, de que no tengas que sufrir.

En esa ocasión fue Anna la que se rio.

—¿Sufrir? Me he pasado la vida sufriendo por tu culpa.

—Una pizca de sufrimiento fortalece. Fue suficiente para prepararte, pero no para matarte.

—La maternidad no funciona así.

—¿Qué sabrás tú de las dificultades que conlleva ser madre?

—No eres mi madre, nunca lo has sido y nunca lo serás.

La tía apartó la vista al oír aquellas palabras. Volvió a mirarla, con los ojos inundados por el dolor.

—Las Encorsetadoras llegarán mañana por la tarde. Tu magia será ligada y entonces me perdonarás.



AMOR

El amor es la emoción más peligrosa de todas. A menos que se encuentre fuertemente ligado, nos destruirá a todos. A las Encorsetadoras. A las Desligadas. A los profanos. A todos.

El adiestramiento de las Encorsetadoras, *El libro de las Encorsetadoras*.

La tía salió de la habitación y aquella criatura que no era su padre la siguió al pasillo. *Por un momento, he pensado…* Anna no fue capaz de seguir el hilo de sus pensamientos, ya que los caminos a los que conducía eran oscuros y dolorosos. *No es mi padre. No es mi padre. Es un gólem. Si esa cosa es un gólem, ¿qué es Attis?* También apartó ese pensamiento ya que, al margen de lo que fuera Attis, él también estaba involucrado en todo aquello de alguna manera. Había mentido, a pesar de que hubiera dicho lo contrario.

Anna volvió a tumbarse en la cama. No tenía sentido tratar de escapar. Su tía había cerrado todas las puertas y su magia era demasiado poderosa como para atravesarla. No durmió. Esperó y guardó sus secretos en la bolsa de tela, pues ahora solo podía contar consigo misma.

Amaneció un soleado día de verano. Observó a unos niños que jugaban en el jardín de los vecinos, apoyó la cabeza contra el cristal y notó cómo el calor del sol intentaba atravesarlo. Su tía fue a buscarla a mediodía.

Le había preparado un baño. El agua ardía y estaba salpicada con pétalos de rosa que flotaban plácidamente sobre la superficie y, sin embargo, los olores que desprendía eran fuertes y avinagrados. Su tía la lavó y luego dejó que se vistiera con una áspera camisola que había dispuesto sobre la cama, planchada a la perfección, como siempre.

En cuanto Anna estuvo lista su tía le sugirió que almorzaran. Se comportaba como si no hubiera pasado nada. Anna hizo lo mismo. Bajó las escaleras, se sentó a la mesa y se obligó a comer. Prepararon pasteles para la reunión y su tía hizo galletas.

El timbre sonó a las tres en punto.

—Ya están aquí. Pon a hervir la tetera.

Anna oyó cómo llegaban y pasaban al impoluto salón. Cuando la llamaron, apareció con una bandeja de pasteles. Las cortinas estaban corridas. El gólem observaba desde una esquina de la habitación. Peter estaba atado a una silla en el centro, inconsciente, con dos sillas vacías a su lado. Anna estuvo a punto de dejar caer la bandeja. *A punto*.

—¿Qué hace él aquí?

—Debe estar presente —dijo su tía.

Anna se quedó helada. Le costaba moverse.

—No vas a defraudar, ¿verdad? —le preguntó la señora Withering esbozando una sonrisa que no lo era en absoluto.

Anna se apartó de Peter.

—Por supuesto que no. ¿Alguien quiere té?

Volvió a la cocina y preparó el té. Al regresar, vio que Peter tenía la cabeza inclinada hacia delante; su cabello rubio lucía oscurecido en la penumbra de la habitación. *¿Qué te van a hacer?*

—Anna, ¿cómo va el colegio? —preguntó la señora Dumphreys.

Su camisa de seda era de un horrible tono salmón.

—Bien, gracias. Me alegro de estar de vacaciones.

—Tu ceremonia va a celebrarse en un momento de lo más oportuno —dijo la señora Bradshaw, pellizcando una galleta—. Tendrás tiempo de sobra para acostumbrarte a tu nueva vida como Encorsetadora. Lo cierto es que requiere cierta adaptación.

Alguien llamó a la puerta principal.

—Ah, ya están aquí —dijo la tía, y salió de la habitación.

Anna oyó unas voces conocidas, y entonces Selene y Attis entraron en el salón. Attis llevaba a Effie, que estaba tan inconsciente como Peter, en brazos.

—La hemos traído —dijo Selene, sin mirar a Anna.

Anna se las había arreglado para permanecer relativamente calmada hasta ese momento, pero el hecho de ver a Attis y a Selene… era demasiado. Se aferró a su cordón de nudos y se clavó las uñas en las palmas, haciéndose sangre. Los odiaba. Los odiaba a ambos.

Attis pasó junto a ella, sin mirarla tampoco. Colocó a Effie en una silla, espalda contra espalda con Peter. La señora Withering hizo un gesto con las manos y unas cuerdas aparecieron desde detrás de la silla de Effie y le envolvieron los brazos. El pelo negro le cayó sobre la cara. *A ti también te odio, Effie Everdell*.

—Me quedaré a la ceremonia —dijo Selene, colocándose junto a la pared.

—Selene —replicó la tía con un tono amenazador.

—No pienso marcharme. Yo he criado a esa niña.

—Como quieras, pero no te va a gustar. —Una sonrisa se dibujó en los labios de la tía.

Attis se colocó junto a Selene con los brazos cruzados.

—¿Y él quién es? —dijo la señora Aldershot.

—Solo es uno de los juguetitos de Selene. Tiene que marcharse —dijo la tía—. Ya.

—Tendrás que obligarme —respondió Attis.

La tía suspiró. Alzó una mano y unas cuerdas rodearon el cuerpo de Attis, inmovilizándolo contra la pared. Se volvió hacia Anna.

—Anna, ha llegado el momento de tu prueba final. Si la superas, procederemos con la ceremonia. Saca tu cordón de nudos.

Anna la obedeció, con las manos firmes.

—Me has demostrado a lo largo de los años que eres capaz de controlar tus emociones, pero te queda una por dominar: el amor. —Su tía miró a Peter —. Aquí lo tienes: el chico al que amas, el chico con el que Effie te traicionó; aunque aún le quieres, ¿verdad? Esa parte de nuestra maldición la conozco muy bien. Sé que es implacable. Siéntelo. Quiero que sientas lo mucho que lo quieres.

—Sí, lo siento —respondió Ana, negándose a sentir nada en absoluto.

Su tía sacó sus cordones y se dispuso a lanzar un hechizo.

—Ahora debes demostrarme que eres capaz de dominar ese amor. Confínalo en tu cordón. Aplástalo.

Anna asintió y comenzó a hacer un nudo en su cordón: el séptimo y último.

—Si no eres capaz, él morirá.

A Anna se le aceleró el corazón. Esa era la trampa. *Siempre hay una trampa*. Miró a Peter, que estaba inconsciente en la silla, pero cuando el hechizo empezó a cobrar vida no fue Peter quien gritó.

Sino Attis.

Se desplomó contra las cuerdas que lo sujetaban a la pared. Las Encorsetadoras se volvieron al unísono hacia él, con el rostro crispado por la confusión. La tía alternó la mirada entre Peter y ella, entre Attis y Effie, con los ojos cada vez más abiertos.

Attis volvió a gritar de dolor y todo el cuerpo se le puso rígido; las venas se le tensaron a lo largo de la cara y del cuello. Anna se dio cuenta de lo que ocurría: ella era la causante. *¡Lo estoy matando!*

—¡No! —gritó, y sus emociones se desataron—. ¡No!

—Arrastradlo al centro —ordenó su tía—. Lo ama a él.

No. No puedo amarlo. Las cuerdas que rodeaban a Attis desaparecieron. El chico se desplomó en el suelo. Dos de las Encorsetadoras tiraron de sus piernas y lo arrastraron hacia ellas. Attis se retorcía en agonía, con el rostro desfigurado… Era insoportable.

—Morirá, Anna —dijo su tía—. Si no dominas tu amor.

Anna cayó de rodillas y extendió las manos sobre Attis, como si de ese modo pudiera detener el dolor de alguna forma, pero era su tía quien había lanzado ese hechizo, y era demasiado poderoso. *Te quiero. Te quiero. No puedo quererte*.

Recordó que también lo odiaba. *¡Sí! ¡Te odio!* Y lo decía en serio. Le temblaban tanto las manos que se le cayó el cordón. Lo recogió y continuó formando el último nudo. Lo apretó con odio. Attis volvió a gritar, atormentado. *No funciona. ¡El odio no funciona! ¡No es bastante fuerte!*

Volvió a aferrarse a su amor: se despojó de todo lo demás hasta que su amor por él quedó tan desnudo y escuálido como su llave blanca. *El amor, que siempre se burla de los cerrajeros*. Su corazón palpitaba de afecto por él. Volvió a apretar el nudo, cercenando cada fibra de emoción.

Attis jadeaba, con los ojos abiertos de par en par debido al miedo y al dolor. Se llevó una mano al corazón y sus labios se volvieron azules.

—No es suficiente, Anna, se está muriendo.

Anna recordaba haber estado sentada con su tía en esa misma habitación, escuchando música pero sin poder sentirla, dejando que chocara contra ella, tan solo una sucesión de notas, un bonito patrón. *El amor es lo mismo: un patrón, una colección de recuerdos y sentimientos, rabia, alegría, pena, miedo, deseo, odio*. No necesitaba separarlos. Todos eran amor. Miró a Attis y dejó que los sentimientos chocaran contra ella, separándose de ellos en vez de separarlos entre sí. *No significan nada*.

Attis gimió.

Anna apretó el nudo. *Nada*. Una calma la invadió.

De repente fue consciente del amor, pero no era capaz de sentirlo. Era una sensación interesante, pero no le llegaba al corazón. Si besara ahora a Attis, no sentiría lo que había sentido antes.

Dio un último tirón al nudo.

Attis jadeó. Su cuerpo se relajó y su semblante recuperó poco a poco su color normal. Se dio la vuelta y miró a Anna, con otro tipo de agonía surcándole el rostro. Ella no sentía nada por él. De hecho, nunca se había sentido más lúcida. Los latidos de corazón se ralentizaron, sus manos se relajaron, y cuando miró a las Encorsetadoras se percató de que no las odiaba ni les temía. No sentía nada en absoluto. Si aquello era una muestra de cómo iban a ser las cosas al estar amarrada, tampoco parecía tan malo.

—Lo ha conseguido —declaró la tía—. Está lista.

—Por los pelos —se burló la señora Withering—. Además, ¿quién es este chico, Vivienne? Nos dijiste que estaba enamorada del otro.

A su tía le tembló el labio debido a la irritación. Se volvió hacia Selene de forma acusadora.

—Es el novio de Effie —dijo Selene—. Ya lo sabes.

La tía la contempló con dureza.

—¿Ha sido cosa tuya? ¿Sabías que Anna estaba enamorada de él? Tenía que ser Peter. Effie la traicionó con Peter.

—No lo sabía, pero había tantas posibilidades de que Anna se enamorara de él como de que Effie se enamorara de Peter. La maldición funciona de cualquier manera y los hombres son todos iguales. ¿Acaso importa?

Su tía se volvió hacia Anna y la miró con extrañeza.

—Parece que la traición no es un asunto sencillo. —Frunció el ceño y luego masculló—: Deshaceos del otro. Ya no es necesario.

Unas cuantas Encorsetadoras dejaron sus tazas de té y se dirigieron hacia Peter. Anna pensó por un momento que iban a matarlo, pero se limitaron a sacarlo de la habitación. Otras levantaron a Attis del suelo y lo arrastraron a la silla con dificultad. Seguía estando débil y no opuso resistencia mientras lo ataban con cuerdas. Anna se preguntó con poco interés por qué seguían necesitándolo.

—Preparémonos —dijo la tía.

Chasqueó los dedos frente a Effie y ella comenzó a despertarse poco a poco, asimilando el panorama. Abrió los ojos de par en par. Anna nunca había visto a Effie asustada. Forcejeó de forma salvaje contra sus ataduras, y solo se detuvo cuando vio a Attis por el rabillo del ojo. Fue entonces cuando un

miedo auténtico se apoderó de ella. Effie no tenía idea de lo que estaba pasando.

—Ah, por fin se despierta —dijo la tía, agachándose para sonreírle—. Me debes una disculpa, Effie Fawkes, por cómo te comportaste en mi cena. Fuiste muy maleducada.

Effie gritó de forma inútil contra la mordaza que había entre sus labios.

—Creo que también le debes a Anna una disculpa —Su tía giró la cabeza de Effie hacia Anna—. ¿Sabías que es tu hermana? —Effie abrió los ojos como platos mientras trataba de comprender las palabras de la tía—. Lo cierto es que sois mellizas. Apuesto a que en cierto modo es un alivio saber que Selene no es tu auténtica madre. No está en condiciones de ser la madre de nadie.

—¡Déjala en paz, Vivienne! —suplicó Selene.

La tía prosiguió tranquilamente, tomándose su tiempo. Disfrutando.

—Veo que ya has hecho honor a nuestra maldición familiar al traicionar a Anna con Peter, tal como lo predije; lo mismo que tu madre me hizo a mí. Aunque al final parece que las dos estáis enamoradas de esta patética excusa de ser humano. —Su tía señaló a Attis, que empezaba a removerse en la silla —. Anna acaba de demostrar su amor por él delante de todas nosotras y ahora ligará la maldición antes de que le destroces la vida más de lo que ya lo has hecho.

Effie se giró para mirar a Anna con una expresión confundida, desesperada, asustada, pero Anna también atisbaba el odio en su mirada, el odio que ya se había empezado a gestar, hirviendo a fuego lento bajo las lunas oscuras de sus ojos. Anna lo analizó de forma fría. *Yo ya no te odio, Effie*. Había entregado sus últimas emociones al cordón de nudos.

La señora Withering agarró a Anna del brazo y la condujo hacia el tercer asiento, frente a Effie y Attis: las dos personas que la habían traicionado. *¿O he sido yo quien te ha traicionado a ti, Effie?* Le ataron las piernas a la silla, pero le dejaron los brazos libres. Anna dejó caer su cordón en el regazo.

Selene gritó de repente.

—¿Qué está pasando? ¡No! ¡Parad! —Unas cuerdas rodearon el cuerpo de Selene y la sujetaron a la pared—. ¡Parad!

—¿Creías que te dejaríamos campar a tus anchas durante la ceremonia? —dijo la tía.

—¡Vivienne! Sabes que no voy a detenerla, ¡tengo tantas ganas de que se lleve a cabo como tú!

—No estoy muy segura —dijo la tía, poniendo las manos sobre los hombros de Effie—. Verás, no he sido del todo sincera contigo, Selene. Una mentirijilla piadosa en dieciséis años tampoco es para tanto, ¿verdad? No podíamos decírtelo porque nunca habrías accedido a ello. Pero ella también debe morir.

La tía le pasó a Effie una mano por el pelo.

—Debe morir, por Anna.

—¡No! —Selene luchó desesperadamente contra sus ataduras—. ¡Vivienne, no! ¡No! No puedes decirlo en serio. Por Marie, por Dominic, por el amor que todavía quede en tu interior… ¡no lo hagas!

—Hago esto por amor.

—Las chicas no iban a salir heridas, solo él, solo él —Selene empezó a llorar—. ¡Él es la maldición! ¡No necesitas nada más! Por favor. Te lo suplico…

Effie y Attis forcejearon contra sus ataduras como un par de marionetas sacudiéndose en vano colgadas de sus hilos, ya que su magia no era bastante fuerte como para resistir a las nueve mujeres que los rodeaban. Attis se volvió hacia Anna con la mirada, que tanta seguridad había exhibido antes, invadida por un pánico desgarrador. *Tú tampoco esperabas que ella muriera…*

—El pecado expulsa al pecado, Selene. Hace falta el propio poder de la maldición para ligarla, y puede que la sangre de él fuera suficiente, sí —consideró la tía—. Pero la sangre de ambos es la auténtica maldición. Las ligaduras serán más fuertes si ella es sacrificada también.

El sacrificio: ellos son el sacrificio.

Selene luchó contra los nudos, con el pelo cayéndole sobre la cara y las lágrimas corriendo por sus mejillas. Anna nunca la había visto tan fea.

—No —se estremeció Selene—. Me lo prometiste, ¡las niñas, no!

La tía hizo un nudo en el aire y la boca de Selene se cerró de golpe.

—Quizá si hubieras criado mejor a la niña, si no fuera tan salvaje, las Encorsetadoras habrían considerado dejarla con vida, pero no, no podemos permitir que Effie viva. —La tía tomó a Effie de la barbilla y la miró a los ojos—. Tan perversa como su madre. De tal palo, tal astilla.

Effie apartó la cabeza. Comenzó a llorar también, con lágrimas desesperadas y furiosas; Anna nunca la había visto tan impotente como en aquel momento. Attis se movió salvajemente en su silla. *La quiere*, pensó Anna con frialdad.

—Comencemos. —La tía entregó a cada una de las Encorsetadoras una rosa cerrada. A Anna también le dio una—. Sujétala y no la sueltes. Recuerda

que cuando llegue el momento debes hacer el sacrificio necesario. Debes confiar en mí. Lo único que he querido siempre es lo mejor para ti. Si no, nos veremos obligadas a hacer el sacrificio por ti.

La besó en la cabeza.

—Sé fuerte, mi niña. Las emociones nos debilitan; el dominio nos fortalece.

A Anna le daba la impresión de estar muy lejos de allí, como si estuviera viendo la escena desde arriba: las Encorsetadoras dejaron las tazas de té, tomaron sus rosas y se acercaron, empujaron las sillas y los sofás hacia atrás; se despojaron de sus rebecas, jerséis, camisas de seda, pantalones y faldas de flores, hasta quedarse en camiseta, medias y ropa interior. Permanecieron con los brazos desnudos y arrugados al descubierto, mostrando los pesados collares de Encorsetadoras y los moratones alrededor del cuello. Se deshicieron los moños y las coletas, se quitaron las horquillas y se soltaron el pelo.

Se sentaron en un círculo alrededor de ellos, con el rostro desencajado mientras las velas parpadeaban sobre ellas con llamas tenues. Selene se retorcía contra la pared; las lágrimas caían por sus mejillas.

—La magia es el pecado original; debemos soportarlo en silencio —dijeron al unísono.

—Invocamos a la Diosa de la Rosa Sellada y el Cordón de Nueve Nudos, la Diosa del Silencio y de los Secretos —recitó su tía con voz grave.

—La Diosa del Silencio y de los Secretos —repitieron las demás.

—Hoy invocamos al amor, que es la maldición y se encargará de ligar la maldición.

Anna sintió que la magia inundaba el aire, serpenteando a través de ellas e impregnada de amor. Las rosas empezaron a abrirse, con una belleza insoportable, y los tallos se extendieron y envolvieron los cuerpos semidesnudos de las Encorsetadoras.

—Invocamos al amor.

Se les enroscaron por la cintura y el pecho, entretejieron sus cabellos, y rodearon sus brazos.

—Invocamos al amor.

Los tallos se tensaron y las espinas les atravesaron la piel e hicieron brotar la sangre, que corrió por su cuerpo mientras ellas alzaban el rostro hacia el cielo.

—Invocamos al amor.

Se volvieron unas hacia otras y se abrazaron, se besaron el rostro, los labios y el cuerpo, mientras las espinas se les clavaban más profundamente y la sangre se derramaba y caía al suelo; el cabello se les alborotó, manchado de sangre.

—Invocamos al amor.

Anna percibió el amor en el aire; un patrón oscuro y curioso, diseñado para asfixiar.

La señora Bradshaw alzó su rosa.

—Por el nudo de uno el Amarre da comienzo.

Tomó los tallos y los anudó, y las espinas se le clavaron en las manos.

Cada una de ellas anudó su rosa a continuación:

—Por el nudo de dos se hace realidad. *Yisocoritu*.

—Por el nudo de tres, que así sea. *Nareg*.

—Por el nudo de cuatro, se fortalece aún más. *Fireg*.

—Por el nudo de cinco, rogamos que prospere. *Refa*.

—Por el nudo de seis, sellamos el hechizo. *Iseder*.

—Por el nudo de siete, el silencio del cielo. *Yoj*.

Y luego, la tía:

—Por el nudo de ocho, la mano del destino. *Velo*.

Todas recitaron a la vez:

—Atamos, ligamos con espina y soga. Por el nudo de nueve, ¡el hechizo entrelazado!

Las manos les sangraban. Los tallos espinosos y anudados se les enroscaron en los dedos; crecieron y se extendieron hasta encontrarse con los otros tallos, y fueron uniéndose hasta que todo el círculo sostuvo un único tallo. La imagen era espantosa.

> «¡Ligamos! ¡Confinamos! ¡Ligamos!
> ¡Ligamos! ¡Confinamos! ¡Ligamos!
> ¡Ligamos! ¡Confinamos! ¡Ligamos!».

La presión de la magia era como un tornillo al apretarse. La rodeaba. Los pétalos volaban. Era insoportable. Anna nunca había sentido un dolor así. Le costaba respirar. Las palabras le martilleaban la cabeza. Los tallos se extendieron hacia el centro y la rosa de Anna creció hasta toparse con las demás, al tiempo que los ocho nudos la rodeaban y, finalmente, envolvían a Effie y a Attis y se les posaban sobre el corazón.

—¡Anna, es el momento de que hagas el sacrificio! —gritó su tía—. ¡Ata el tallo de la rosa que tienes en la mano, haz el último nudo, y ellos morirán!

Su sangre ligará tu magia. Su muerte dará por finalizado tu Amarre. —Miró a Effie y a Attis—. Recuerda lo que te han hecho. Lo que todos ellos te han hecho. Ahora te pertenecen. Puedes hacerles lo que quieras. Un solo nudo.

Anna miró su rosa, repleta de magia, mientras los pétalos giraban rápidamente a su alrededor y el hechizo se hacía más fuerte. Conocía el final, sentía cómo la magia cobraba vida, dispuesta a terminar la historia que las Encorsetadoras habían comenzado. Era aplastante, apremiante, tan implacable como los cánticos. Inevitable. Si apretaba el nudo del tallo, Effie y Attis morirían y su magia acabaría ligada. Se desharía del dolor. La maldición se desvanecería.

Attis había vuelto el rostro, pero los ojos de Effie se encontraron con los suyos.

—Sientes lo mucho que te odia, ¿verdad? —dijo la tía—. ¿Crees que ella no te mataría si tuviera la oportunidad? Se desharía de ti en un abrir y cerrar de ojos para quedarse con Attis. ¡Debe morir! Te destrozará la vida. Pero él… no tienes que renunciar a él. Puedes conservarlo para siempre, como lo hice yo con tu padre.

Anna miró al gólem, que estaba en un oscuro rincón de la habitación. La criatura que no era su padre.

—Hazlo por tu madre, ella querría que vivieras. Rápido. ¡Es el momento! Hazlo o lo haremos por ti. No quiero tener que usar el Nudo Opresor, Anna, pero lo haré.

Entonces la decisión no es mía. Nunca lo fue. Anna sentía que el hechizo intentaba llegar a su fin. Attis se volvió hacia ella por última vez. No sintió nada. Lo miró a los ojos, sin saber qué había detrás; tal vez todo fuera un truco y no hubiera nada en realidad. *Tal vez.* Se volvió hacia Effie y no sintió nada tampoco, pero lo que reflejaban sus ojos estaba claro: miraba a Anna como si quisiera matarla. *Mi hermana*, pensó Anna con curiosidad, *el pelo negro… igual que el de nuestra madre.*

Anna miró entonces a su tía. *Sus ojos son verdes… igual que los míos*.

Tapándose con la rosa que tenía en las manos, Anna tomó el cordón de nudos de su regazo con un movimiento tan sutil que nadie la vio hacerlo. El cordón que había controlado cada momento de su vida había ganado la batalla; había confinado cada uno de sus sentimientos. Estaba agradecida por ello. Pues le había facilitado la decisión, despojada de todas sus emociones. Sería la última decisión que tomaría de esa manera.

No se convertiría en su tía.

Anna dejó caer la rosa y comenzó a deshacer los nudos de su cordón; sus manos, convertidas en un borrón, se movían más rápido de lo que lo habían hecho nunca, con más energía de la que imaginaba. Las mujeres tardaron un buen rato en darse cuenta de lo que estaba haciendo, pero para entonces ya era demasiado tarde. Anna había deshecho los nudos.

Todos y cada uno de ellos.

Anna lo sintió todo a la vez: cada momento de adiestramiento, cada tarea enfermiza y sádica, cada emoción contenida; todo afloró de repente y recorrió su sangre. Miró a Attis y a Effie y sus sentimientos por ellos también la inundaron. Odiaba lo mucho que los quería, pese a todo. *Mi hermana*. La palabra ya no le era ajena, sino que era algo real, algo inquebrantable, un poder que la atravesaba como el agua al perforar una presa. La magia de la habitación salió disparada hacia ella y se topó con lo que había en su interior en medio de un caos de emociones. *Ahora es mía*.

Las Encorsetadoras intentaron dominarla, con todos sus esfuerzos volcados en ello, pero Anna percibía que su magia se debilitaba. La correhuela estaba haciendo efecto. La había sacado del armario de la cocina y había añadido toda la cantidad posible en cada una de las teteras, lo suficiente para un mes.

Creó un círculo, fuerte y sólido: *No pasaréis. No os lo permitiré*. Enredó los tallos en torno a las manos y los brazos de las Encorsetadoras, apretando cada vez más. Ellas gritaron de dolor.

Su tía intentó zafarse.

—¡Anna! ¡No! ¿Qué haces? ¡Debes matarlos! ¡Tenemos que confinar la maldición! ¡Si no lo haces, estaré maldita para siempre! ¡Y tú también! ¡Tus hijos estarán malditos! Nunca le pondremos fin…

—No, Vivienne. No volveré a obedecerte.

Anna le cerró la boca a su tía. Vivienne abrió los ojos de par en par con rabia, ¿o era terror? El poder del hechizo de amarre seguía vibrando en el aire, sediento de sangre, anhelando llevar a cabo el nudo final.

—¡NO! —Anna lanzó su propia magia contra el hechizo—. ¡NO PUEDES POSEERNOS!

Pensó en su madre y en su padre, y utilizó el amor que la invadía para liberarse de sus limitaciones. Levantó una mano hacia Effie y Attis e hizo un gesto en el aire. Las cuerdas cayeron al suelo. Ellos se levantaron y se miraron las manos desatadas.

Effie corrió hacia Anna y la golpeó con los puños, pero un instante después se abrazaron como si su vida dependiera de ello. Anna percibió que

la magia de Effie se unía a la suya y se enfrentaba al poder de las Encorsetadoras que las rodeaban, cuya magia se debilitaba cada vez más, aunque no suficientemente rápido. *No podré contenerlas mucho más tiempo…*

Anna se volvió para desatar a Selene, pero entonces Effie profirió un grito. Se dio la vuelta y lo vio, levantando el cuchillo hacia su corazón, el cuchillo de múltiples filos, con la hoja para hacer sacrificios extendida. Larga y estrecha y terriblemente afilada. Attis la hizo descender con una rápida estocada.

Él se desplomó en el suelo.

Effie emitió un gemido.

—Se ha sacrificado —gritó la tía—. No es demasiado tarde, aún podemos sellar el hechizo.

Empezaron a cantar de nuevo:

> «¡Ligamos! ¡Confinamos! ¡Ligamos!
> ¡Ligamos! ¡Confinamos! ¡Ligamos!
> ¡Ligamos! ¡Confinamos! ¡Ligamos!».

Anna se dejó caer al suelo junto a Attis. ¿*Por qué*? La sangre abandonaba su cuerpo demasiado rápido como para hacerse preguntas. Le apretó las manos contra el pecho, tratando de detener la hemorragia. Sintió que el hechizo de las Encorsetadoras volvía a tomar fuerza en el aire, afianzándose.

Effie se acercó a ella con el cuchillo de Attis. Por un momento, Anna pensó que iba a matarla, pero entonces bajó el cuchillo hasta la mano de Anna. Esta extendió los dedos y Effie pasó el cuchillo a lo largo de su palma y luego hizo lo mismo con la suya. Unieron sus manos ensangrentadas y las colocaron sobre la herida de Attis, mientras la cara de Effie reflejaba tanto pánico como la suya.

La sangre de Attis brotaba a su encuentro, pero su corazón no latía.

Anna nunca se había sentido tan poderosa como en aquel momento, agarrada a la mano de Effie, y, sin embargo, resultaba abrumador. El hechizo de las Encorsetadoras se ceñía a ellas como un nudo corredizo.

Anna levantó una mano temblorosa hacia Selene y, con una ráfaga de energía, la liberó de sus ataduras. *¡Ayúdanos!*

—¡Selene! No te resistas a nosotras. Sabes que él debe morir —ordenó la tía—. Por las chicas.

Anna miró a Selene, con ojos suplicantes.

Selene alternó la mirada entre ambas.

—Por favor, Selene —pidió Anna—. ¡Te necesitamos!

Anna percibió que la magia de Selene se unía a la de ellas y se enfrentaba a las Encorsetadoras, haciendo que su magia se alejara, dándoles a Anna y a Effie un respiro…

Apretaron las manos con más fuerza sobre la herida de Attis, mirándose una a la otra. Reflejos imperfectos. Anna no soportaba ver cómo la esperanza abandonaba los ojos de Effie.

—¡Vive! ¡Por favor, vive! Tienes que vivir —gritó Effie.

El corazón de Attis empezó a latir bajo sus palmas, apenas más fuerte que un susurro y luego más y más fuerte…

—No —gimió él—. Debo morir.

—¡No, vive, Attis Lockerby! Haz lo que te digo —le gritó Effie.

Él abrió los ojos y la miró, y acto seguido volvió la vista hacia Anna.

—¡VIVE!

La herida se cerró bajo sus manos. Él extendió su propia mano hasta las de ellas. Se agarraron y entonces… se unieron. La fuerza de su magia se unió. Juntos, con las Encorsetadoras debilitadas, hicieron retroceder el hechizo de amarre con facilidad, pudieron extraerle las espinas y deshacer sus nudos. De repente, los pétalos cayeron al suelo, extrañamente silenciosos.

El hechizo había desaparecido.

—¡No! ¿Qué habéis hecho? —gritó la tía.

Anna intentó recuperar el aliento. Las Encorsetadoras volvían a ser mujeres sin más, sentadas en ropa interior, con el rostro manchado de sangre y los tallos marchitándose en sus manos.

La tía se echó hacia delante y agarró el cuchillo, presa de una ira que Anna jamás había presenciado, pero que siempre había sabido que se encontraba ahí. La ira que mató a su madre. Su tía se abalanzó sobre Effie e hizo descender el cuchillo con la intención de apuñalarla. Attis la detuvo y el cuchillo salió volando, pero entonces las otras Encorsetadoras se le echaron encima, blandiendo los restos de su magia para bloquearle el paso. Selene se unió a él en la lucha para hacerlas retroceder, pero eran muchas, demasiadas…

Anna trató de alcanzar a Effie, pero su tía se interpuso entre ellas. La correhuela era incapaz de contener el poder que rugía desde su interior. Por fin se había dejado llevar. Hizo unos nudos en el aire e inmovilizó a Effie en el suelo. Extendió la mano hacia el cuchillo. Anna sabía que su tía era capaz de hacerlo: matar a su hermana, igual que había matado a su madre.

Anna se volvió hacia el gólem. Hacia aquella criatura con la cara de su padre. Su tía estaba concentrada en la tarea que tenía entre manos y no se dio

cuenta de que Anna había desatado la magia que lo rodeaba y había tomado el control.

La tía se acercó a Effie con el cuchillo, mientras esta se revolvía en el suelo. Cuando levantó el cuchillo, Anna hizo que el gólem se aproximara a ella y se lo quitara. El filo le produjo un profundo corte en las manos, pero la criatura no gritó. Tiró el cuchillo, y luego agarró a su tía y la lanzó también.

Su corazón pertenecía ahora a Anna.

Su tía se giró hacia Anna, incrédula. Se volvió de nuevo hacia el gólem y dirigió toda su magia hacia la criatura, enfrentándose a Anna, Hira contra Hira, mientras Anna luchaba contra la inquebrantable voluntad de su tía. *No volveré a ceder ante ti*.

—¿Crees que puedes someterme? —se rio su tía, pero el gólem se acercaba a ella.

Anna notó las oleadas de rabia de su tía chocando contra su Hira. Profirió un grito y sintió que el poder de la tía se acrecentaba; no sabía cuánto tiempo podría resistir. Instó al gólem a seguir adelante, pero aquella mujer era tremendamente poderosa e implacable… En ese momento, su tía cometió el error de mirar al gólem a la cara. El rostro del hombre al que había amado. Anna sintió entonces que una pequeña grieta se abría en la coraza de su tía, un único hilo suelto. Su magia vaciló solo durante un momento, pero un momento era lo único que Anna necesitaba.

Tu amor nunca ha sido tan fuerte como tu odio, tía.…

A medida que la magia de Anna se afianzaba, la de la tía se volvía más desesperada, arañando, revolviéndose y agitándose, pero Anna no cedió. El dolor que le producía enfrentarse a ella era casi insoportable, pero no cedió. Invadida por una terrible lucidez, supo lo que tenía que hacer. Era el único modo de escapar.

Las manos del gólem rodearon el cuello de la tía.

Anna gritó con una última y desesperada oleada de magia, sin saber si era el amor o el odio lo que la impulsaba. Lo único que sabía era que iba a perder a la única madre que había tenido. El gólem tensó las manos: la tía se ahogó, lo arañó intentando liberarse.

Lo siento. Lo siento mucho, tía.…

—Anna —balbuceó su tía—. Te… Te quiero…

¡No! ¡No! Anna soltó un grito y cayó de rodillas, sintiendo cómo se debilitaba. *No puedo… no puedo.…*

Pero el gólem no aflojó las manos, sino que las apretó aún más. A través de sus lágrimas, Anna se dio cuenta de que el poder que rodeaba al gólem ya

no era el suyo, sino el de otra persona. Apartó la mirada de su tía y…

La señora Withering se alzaba junto a ellas. Las demás Encorsetadoras habían sometido a Selene y a Attis, sujetándolos. Ellos gritaban y chillaban, pero Anna no podía oírlos. Lo único que oía eran las palabras de la señora Withering.

—Verás, no puedo arriesgarme a dejarla con vida. —Sonrió cuando los ojos verdes de su tía empezaron a ponerse rojos—. Para empezar, nunca deberíamos haber hecho caso a Vivienne. No deberíamos haber permitido que ninguna de vosotras viviera, estáis corrompidas y malditas. Se avecina una guerra, y ahora sí que no podemos dejaros vivir, desde luego.

Anna intentó detener al gólem, pero ya no le quedaba ni una gota de magia. La señora Withering finalizó el trabajo con eficacia.

La tía se quedó quieta. Movió la boca, pero nada salió de entre sus labios.

Muda, por fin.

—Bien —La señora Withering se frotó las manos y dejó al descubierto su verdadera sonrisa, sutil y afilada, llena de una ferocidad sanguinaria. El gólem se acercó a Anna—. Ahora te toca a ti.

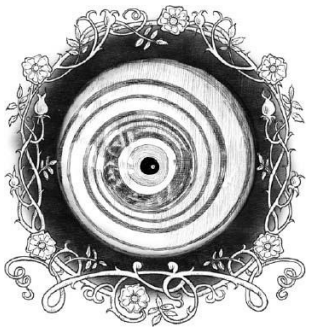
—¿Qué pasa aquí?

Anna oyó una voz lejana. La señora Withering se dio la vuelta.

Conmoción. Gritos. Gente. Magia en el aire. *La tía está muerta*. Anna trató de aferrarse a la realidad, pero su mundo se desmoronaba y se oscurecía. *La tía está muerta*. Gritos. Unas manos sobre ella. *¿Attis?* Sujetándola. Alejándola.

Anna se aferró a él y suplicó amor.

La oscuridad se apoderó de ella.



MADRE

El fuego jamás se extingue, desconfiad del humo en el horizonte.

Noveno precepto, *El libro de las Encorsetadoras*.

—Debemos hablar con las Siete de inmediato —dijo Bertie Greenfich. Tenía una mano apoyada en su rechoncha cadera y otra en una taza de té. No era una de las tacitas de porcelana, ya que todas esas habían quedado destrozadas —. ¡A quién se le ocurre hacer tal cosa hoy en día! ¡Ligar la magia de unas chiquillas en contra de su voluntad! ¡Hacer sacrificios! La magia de sacrificios no está permitida, no forma parte del Equilibrio. Hay que detener a las Encorsetadoras.

—Es un escándalo —coincidió otra bruja.

La casa estaba llena de brujas Wort-Cunning, y resultaba extraño verlas en la impoluta cocina de su tía. Rowan y Manda habían aparecido con ellas justo a tiempo. Habían ido a buscarlas tras el baile, pero no las encontraron por ninguna parte, y la casa de Selene estaba vacía. Por la mañana localizaron la casa de Anna y al ver llegar a las Encorsetadoras una tras otra, supieron que algo no iba bien. Rowan se marchó a casa y se lo confesó todo a Bertie: lo de la maldición de Anna, lo de su tía. Bertie se encargó de reunir a la tropa.

Si no hubieran aparecido justo en ese momento… Anna no quería ni imaginar lo que podría haber pasado.

No habrían logrado mantener a raya a las Encorsetadoras mucho más tiempo, y sin embargo, si se hubieran presentado antes… su tía no estaría muerta.

¿Estás muerta de verdad? ¿Te he matado yo?

Anna quiso aferrarse a su cordón de nudos, pero no lo encontró.

Estaba sentada con una manta echada sobre los hombros, bebiendo un brebaje caliente que le había preparado Bertie mientras escuchaba sus planes. Se encontraba totalmente aturdida. Habían intentado que se acostara de nuevo, pero quería saber qué estaba pasando. Prefería no quedarse a solas con sus pensamientos.

Las Wort-Cunnings habían llegado en tropel y se habían enfrentado a las Encorsetadoras, que habían huido. Bertie planeaba encubrir la muerte de su tía con magia: haría que pareciera un ataque al corazón, un suicidio o un derrame cerebral. Todavía no lo habían decidido. Se habían llevado su cuerpo arriba y a Peter, aún inconsciente, lo habían devuelto a su dormitorio, sin recuerdo alguno de lo ocurrido. El gólem sería destruido. Anna no quería volver a pensar en aquella criatura.

Manda y Rowan intentaron hablar con ella, pero Anna estaba demasiado agotada como para explicarles nada y, de todos modos, no habría sabido cómo hacerlo. Nada parecía real. Effie no la había mirado ni una sola vez, ni había dicho nada. Anna sorprendió a Attis observándola en varias ocasiones, pero ella desvió la vista. Él, al igual que Selene, había luchado a su lado, pero Anna seguía sin entender cuál era su papel en todo aquello, ni quién o qué era. Lo único que afloraba en su mente era la imagen de él levantando su cuchillo y la sangre manando de la herida abierta en su piel perfecta.

¿Por qué? Sentía ganas de golpearlo. *¿Por qué has hecho eso?*

—No podemos hablar con las Siete —dijo una de las brujas—. No han vuelto.

—Sí lo han hecho —afirmó Bertie, con un asentimiento plagado de significado. Todos prestaron atención—. Sé de buena fuente que han vuelto. Pero…

Bertie se quedó callada. Anna levantó la vista y Attis se volvió hacia ella.

—Anna, ¿estás bien?

—Sí —le respondió ella, sin mirarlo a los ojos.

Effie habló por primera vez, dirigiendo sus palabras a Bertie.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Eso, mamá, necesitamos saber qué ocurre —dijo Rowan.

—Nada. Nada que os tenga que preocupar ahora mismo.

—La séptima, la que escapó, ha salido de su escondite y, aunque no se ha dicho nada de manera oficial, corren rumores de que ha mencionado a unos cazadores… ¡afirma que nos están cazando! —anunció con nerviosismo una bruja Wort-Cunning que vestía un brillante chaleco de punto.

Se oyeron exclamaciones ahogadas por toda la cocina.

—¡Tania! —la reprendió Bertie—. Este no es el momento adecuado.

Tania levantó las manos.

—Lo siento. Es que creo que todo el mundo merece saberlo.

—¿Qué significa eso? ¿Cómo que nos están cazando? —exclamó otra Wort-Cunning.

Eso dio lugar a una tensa discusión.

—Sabíamos que algo raro pasaba…

—No es la primera vez que las brujas nos vemos atacadas…

—Pues claro que no se refiere a *esos* Cazadores, no son reales…

—¿A qué otra cosa va a referirse?

—Todavía no sabemos qué significan sus palabras —las tranquilizó Bertie —. Puede que no se refiera a los Cazadores en ese sentido, sino a que estamos bajo la amenaza de alguien o de algo. No hace falta alarmarse. La séptima ha resucitado a las demás. Las Siete han vuelto. Pase lo que pasare, ellas le pondrán fin.

Selene soltó un bufido.

—Lo más seguro es que algún grupo de tarados esté haciéndose llamar «los Cazadores». ¡Ni que estuviéramos en el 1600! ¿Qué van hacer? ¿Mandarnos a la hoguera?

—Aun así —dijo una mujer con el pelo gris amontonado en la cabeza como un nido de pájaros—. Teniendo en cuenta la campaña antimagia que parecen estar llevando a cabo los periódicos, deberíamos pasar inadvertidas. Al menos de momento, hasta que las Siete se ocupen de ellos.

—Eso es exactamente lo que quieren que hagamos —dijo Selene con desprecio.

—Iris no habla de limitar nuestra magia —dijo Bertie—, sino de actuar con especial cuidado ahora mismo para que no sea descubierta.

Anna era incapaz de comprender sus palabras. Las Encorsetadoras estaban locas, lo acababa de ver con sus propios ojos.

Nos están cazando. ¿Cazando? ¿Y si las Encorsetadoras han tenido razón todo este tiempo?

Bertie dio una palmada, como si quisiera expulsar el miedo de la habitación.

—Bien, terminemos de limpiar este desastre. Iris, ¿puedes llevar a Rowan y a Manda a casa? Vosotros tres —les dijo a Anna, Effie y Attis—, debéis descansar. Ahora mismo.

Anna no estaba segura de si volvería a dormir alguna vez.

—Tenéis que ver esto. —Una pecosa Wort-Cunning apareció en la puerta —. ¡Venid, rápido!

Pasaron de la cocina al salón. Las manchas de sangre de la alfombra habían desaparecido y el rosal del rincón estaba en flor. La televisión estaba encendida. A Anna le costó un momento entender por qué reconocía la imagen de la pantalla. El edificio de ladrillos rojos era su colegio y un reportero permanecía frente a él.

—… detenido para ser interrogado por mantener relaciones inapropiadas con una alumna —Una foto del director Connaughty apareció en la pantalla —, tras la publicación de un vídeo en el que se veía al director con una alumna durante una clase de *ballet* a deshoras.

Bertie se llevó una mano a la boca.

—Ese es tu director.

Los rumores por fin habían cumplido su cometido y se habían cobrado su precio. Anna sintió que el odio volvía a aflorar en su interior, libre de los nudos que habían mantenido sus emociones bajo control. No sabía a quién odiaba más: si a sí misma o a Effie.

—La estudiante en cuestión afirma, en un giro inesperado de los acontecimientos, que un culto satánico de brujas formado por alumnos del colegio la obligó a embarcarse en la relación. Los detalles de la situación se desconocen todavía, pero el director Connaughty había estado previamente en contacto con la policía por un reciente allanamiento ocurrido en el colegio, en el que se obtuvo el siguiente vídeo.

Las imágenes aparecieron en la pantalla. Cuatro vestidos blancos borrosos y un hombre con cuernos en la cabeza. Una hoguera en el centro. Rostros desconocidos.

Anna se tapó la boca. Su magia se hallaba a la vista de todos.

—Los alumnos en cuestión parecen estar practicando algún tipo de ritual de fuego. Todavía no está claro si está relacionado con los hechos denunciados, pero la situación es ciertamente preocupante.

Todas se volvieron para mirarlos.

El fuego jamás se extingue, desconfiad del humo en el horizonte.



Selene intentó abrazarla, pero Anna se apartó. Effie, Attis y ella habían vuelto a casa de Selene después de un tenso viaje en coche que habían hecho en

silencio. Ninguno de ellos sabía qué decir o en quién confiar. Las Wort-Cunnings se habían quedado preocupadas al ver el vídeo de los terrenos del colegio, pero a Anna le daba igual. Si los atrapaban y los castigaban, que así fuera. Se lo merecían. *Me lo merezco*.

—Debes descansar —dijo Selene, sentada en el extremo de la cama del dormitorio de invitados.

—Le he destrozado la vida al director Connaughty.

—Hiciste todo lo posible para detener el hechizo.

—Mi magia estaba maldita y se descontroló. El hechizo de los rumores…

—Tu magia no está maldita. Sufres una maldición. No es lo mismo —Selene la miró con intensidad—. El hechizo de los rumores era un hechizo maligno, simple y llanamente. No me lo tomé en serio cuando me lo contaste. La culpa es mía.

—La marca de la maldición me ha atormentado más que a Effie.

—No te atormentaba, cerillita, intentaba advertirte. Y se manifestaba más en tu magia que en la de Effie porque la correhuela la había contenido durante mucho tiempo. Estaba liberando tanto poder de repente… Y tú te estabas enamorando —dijo Selene con suavidad—. Eso la hacía más fuerte. Que conste que no sabía que fuera a manifestarse con tanta claridad…



Enamorarse. Era una palabra repleta de dulzura, pero el amor había demostrado ser tan destructivo como su tía le había asegurado.

—He matado a la tía.

Las palabras no parecían reales. *¿Está muerta? ¿Está muerta de verdad?*

—No has sido tú. Esa Encorsetadora…

—… terminó lo que yo empecé —dijo Anna, recordando su momento de duda. ¿Lo habría hecho? Si la señora Withering no se hubiera entrometido, ¿habría llegado hasta el final? La pregunta se anudó firmemente alrededor de su corazón.

Podría haberlo hecho.

Anna advirtió que el mundo se oscurecía una vez más. Se inclinó hacia delante, tratando de recuperar el aliento.

¿Estás realmente muerta?

—Eh —Selene se acercó a ella—. No te eches la culpa. No puedes culparte. Vivienne iba a matar a Effie y tú…

Anna se incorporó de nuevo.

—¿Sabes qué es lo peor? Todavía la odio —exclamó—. La odio.

—No pasa nada —murmuró Selene, pero Anna se apartó.

—A ti también te odio, Selene.

—Lo sé.

Por una vez Selene lucía cansada, tenía ojeras y se le había corrido el rímel. En aquel momento no la envolvía ningún aura dorada.

—¿Por qué me mentiste?

—Porque le prometí a tu madre que os protegería. A los dos.

—¡Pero tú querías que la maldición se activara! ¡Querías que el Amarre se llevase a cabo! ¡Querías que él muriera!

—Sí. Solo él. Ni tú ni Effie.

—No lo entiendo…

Selene se sentó a su lado y suspiró.

—Tú y Effie sois mellizas, estáis condenadas a enamoraros del mismo hombre y a ser separadas por ello. Estáis destinadas a que una de vosotras mate a la otra. Eso estaba escrito en las estrellas mucho antes de que nacierais. Tu madre y Vivienne fueron maldecidas de la misma manera, pero lo sabían desde el principio, desde que eran niñas. Su padre pensó que si lo hablaban abiertamente podrían evitar que ocurriera…, pero sucedió de todos modos.

—¿Cómo?

Anna apenas podía mantener la compostura, pero tenía que saber la verdad. Por fin.

—Vivienne conoció a Dominic primero, en la Universidad de Edimburgo donde ella estudiaba. Creo que empezaron a salir en serio cuando ella estaba en segundo y siguieron juntos hasta el final de sus estudios, pero luego, ese verano… Él conoció a Marie durante un viaje a Londres, en la fiesta posterior a una conferencia. Se enamoraron de inmediato, esa misma noche, quizá. Ella no sabía quién era él y él ni siquiera sabía que Vivienne tenía una hermana, ya que tu tía había mantenido a Marie en secreto, pues era muy paranoica incluso entonces. Marie siempre había pensado que si no creía en la maldición, de alguna forma, no ocurriría. Estaba decidida a vivir su vida a pesar de ella, pero la maldición la encontró. Se quedó desconsolada cuando se dio cuenta de lo que había pasado, Anna, tienes que creerme. Terminó la relación e intentó localizar a Vivienne para arreglar las cosas, pero ella había desaparecido.

Selene sacudió la cabeza con tristeza.

—Fueron las Encorsetadoras quienes la encontraron. Vivienne nunca fue capaz de lidiar con sus emociones, ni siquiera entonces. La acogieron, encantadas de recibir a un alma herida como ella. Le lavaron el cerebro y… Dios, les encantó la historia de la maldición: una magia corrompida que solo ellas podían purgar.

La voz de Selene destilaba rencor.

—No encontraron a Vivienne, y tu madre y Dominic no pudieron permanecer separados. Intenté advertir a Marie, pero ella lo quería. Qué tonta… Quedó embarazada y se escondieron, ya que sabía que Vivienne iría a por ella y temía por vosotras. Estaba decidida a encontrar una manera de romper la maldición y daros una vida normal. Me llamó una noche. Había descubierto algo que serviría como antídoto para la maldición, un hechizo…

Anna pensó en las palabras de Nana: *Solo existen dos cosas capaces de romper una maldición. La magia de quien la lanzó o un hechizo más poderoso.*

—Un hechizo viviente. Un hombre que no era realmente un hombre, cuya sangre acabaría con la maldición. Marie tenía todo lo que necesitaba para lanzarlo, excepto alguien dispuesto a… darlo a luz…

Anna se quedó con la boca abierta.

Los ojos de Selene brillaron al recordarlo y ella se tocó el estómago con una mano.

—Sé que parece una locura. De hecho, era una locura, pero Marie me necesitaba. No había hecho nada de provecho en mi vida, pero tal vez aquello sí era algo que podía hacer…

—¿Tú… tú diste a luz a Attis? —Anna no terminaba de asimilarlo.

—Sí. Hicimos el hechizo y quedé embarazada. Teníamos un plan… llevaría su tiempo, sí, pero era un comienzo. Marie y Dominic iban a mudarse al extranjero para criaros, pero entonces… Vivienne me llamó. Era tarde y yo acababa de vomitar, porque la aberración que llevaba dentro me estaba haciendo pasar por un infierno. Me dijo que fuera a casa de Marie, que era preciso. En ese momento supe que los había encontrado. Cuando llegué a la casa, ya estaban muertos.

Selene se quedó inmóvil mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Anna, que no quería, sino que necesitaba saber la verdad—. La tía me dijo que mi madre la había atacado.

Selene gruñó.

—¡No! Vivienne ligó la voluntad de Dominic. Tu madre estaba dormida cuando tu padre la estranguló y luego se suicidó. Vivienne se había

convertido en una poderosa Encorsetadora. No tuvo elección.

El Nudo Opresor.

Anna lo había sufrido en su propia carne. No podía ni imaginar el infierno por el que debió de pasar su padre.

—Podría haber matado a Vivienne allí mismo, pero os tenía en sus brazos. ¿Qué podía hacer? Fue entonces cuando me contó el plan de las Encorsetadoras. Os criaríamos por separado y os reuniríamos a los dieciséis años. Dejaríamos que la maldición se desarrollara y sacrificaríamos al chico del que os hubierais enamorado para confinarla. Todo estaba preparado.

—¿Por qué aceptaste? Es una locura.

—Eso es lo malo de las historias, Anna, no captan la complejidad de lo ocurrido. Las acciones quedan al descubierto, pero los motivos permanecen ocultos en las sombras o resultan ser las manos que forman las sombras en la pared. Temía que Vivienne os hiciera daño si no aceptaba. Y tu tía hizo algo por mí una vez, antes de la maldición… es una historia diferente…, pero tuve miedo de que lo deshiciera. Me amenazó con hacerlo. Tenía la sospecha de que yo era egoísta y cobarde, y yo hice lo que me pidió, porque soy ambas cosas.

Selene miró a Anna y sonrió con tristeza.

—Pero yo guardaba mi propio secreto —añadió.

—Attis.

—Sí. Vivienne pretendía ligar la maldición, pero yo poseía algo capaz de acabar con ella para siempre.

—Attis es tu hijo.

Era muy extraño pronunciar esas palabras.

—Aunque lo di a luz, no es mi hijo. Es un hechizo. —Selene apartó la mirada un momento y luego la volvió a mirar, con fiereza—. Pero Effie sí es mi hija. Yo la crie. No fui una buena madre, pero lo intenté, por Marie. También intenté estar ahí para ti. Eso tampoco me salió demasiado bien… Vivienne detestaba que os visitara y yo detestaba verla, odiaba cada fibra de su ser. Llevé a Attis con un amigo mío y él aceptó acogerlo, pero puse una condición: que cuando llegara el momento, Attis se marcharía conmigo y no volvería.

—Para sacrificarse —dijo Anna, dándose cuenta de todo—. Attis sabía que era un hechizo. Sabía que tenía que acabar con la maldición.

—Él sabía que tenía que intentarlo. No queríamos que tu magia quedara ligada, pero la ceremonia de las Encorsetadoras parecía nuestra única oportunidad. Ellas acumularían más poder mágico del que nosotros solos

podríamos reunir y llevarían a cabo un sacrificio. Solo teníamos que asegurarnos de que ese sacrificio fuera Attis. Vivienne siempre dijo que tú y Effie no podíais saber nada, que sería mejor dejar que la maldición siguiera su curso, pero ahora sé la verdad: no quería que crecierais como hermanas, conociendo la maldición, porque siempre tuvo la intención de que tú mataras a Effie… —Selene tomó aire con dificultad—. No tenía ni idea. A pesar de todo, seguía creyendo que quedaba algo bueno en su interior. Que no haría daño a las hijas de Marie. La subestimé.

—Ella te subestimó a ti. Y yo a él. No puedo creer que Attis estuviera dispuesto a morir por nosotras.

—Anna, lleva toda su vida esperando el momento. Dijo que haría cualquier cosa por… —Selene no terminó.

Por Effie. Él quiere a Effie y solo necesitaba que yo me enamorase de él para activar la maldición. No era real. Por supuesto que no.

—Era su propósito —dijo Selene—. Lo sigue siendo.

—Por eso se enfadó cuando indagué en el pasado de mi familia, tratando de descubrir la verdad. Necesitaba que yo aceptara el Amarre para que él pudiese morir durante la ceremonia.

—Sí.

—No ha funcionado.

—No. No sé si es porque detuviste la ceremonia y lo salvaste o porque aún no entendemos cómo funciona. ¿O puede que la maldición se haya roto y no nos hayamos dado cuenta? —preguntó Selene, esperanzada.

Anna negó con la cabeza.

—No. No está rota. Lo quiero, Selene. —Había jurado no enamorarse nunca, pero así eran las cosas. Un crimen pasional. *Yo también traicioné a Effie, ¿lo volvería a hacer?*— Lo quiero —repitió ella—. Y quiero a Effie, y la odio. —Anna sentía las emociones en su interior, desatadas, en conflicto, libres de oscilar hacia la luz y la oscuridad—. La maldición está viva. La siento dentro de mí.

Selene cerró los ojos.

—No digas eso. No puede volver a ocurrir lo mismo.

—No va a ocurrir lo mismo. Odio a Effie, pero no quiero matarla. La tía se equivocaba. Criarnos separadas no ha hecho que fuera más fácil matarnos entre nosotras, sino que lo ha hecho más difícil. Nunca la he querido como a una hermana, así que tampoco la odio como a una hermana. Aunque tal vez ella sí quiera matarme.

—No quiere, Anna, no quiere. A pesar de la maldición, os habéis salvado una a la otra.

El silencio se posó sobre ellas.

—¿Por qué, Selene? ¿Por qué estamos malditas?

—Si lo supiéramos, cerillita, nada de esto habría tenido que ocurrir. Las maldiciones son como un agujero negro: es imposible saber cómo empezaron ni cuándo terminarán.

Anna pensó en el libro de la familia Everdell que había debajo de su cama, con el árbol genealógico de su familia borrado: alguien sabía la verdad y había decidido ocultarla. *Las maldiciones atraen la atención como un cadáver a las moscas…*

—Los Cazadores —dijo Anna. *Quienes conocen nuestros secretos. ¿Conocen los suyos?*—. La tía dijo que la maldición los atraería y ahora hemos dejado un rastro de migas de pan que conduce hasta nosotras. ¡Darcey nos llama «brujas»!

—Los Cazadores no existen, pero es cierto, no sabemos lo que ocurre y, por muy paranoica que fuera, Vivienne no mentía cuando dijo que las maldiciones son una forma poderosa de magia. Tenemos que mantenerla en secreto.

—Pero las declaraciones de Darcey llamarán la atención.

—¡Eso ha salido en las noticias porque el director de un colegio ha tenido relaciones con una alumna, no porque una adolescente esté diciendo chorradas sobre magia! De todos modos, las Siete han vuelto y ellas se encargarán de quien supuestamente nos está *cazando*.

Anna quería creerle, pero después de todo lo que había visto durante el último año sabía que los rumores no desaparecían con tanta facilidad.

—De todas formas, las Encorsetadoras no querrán dejarnos con vida —Anna recordó las palabras de la señora Withering. *Te toca*—. Saben que estamos malditas.

—Nos ocuparemos de las Encorsetadoras —sentenció Selene—. Tenemos todo un ejército de Wort-Cunnings listo para enfrentarse a ellas, y esa tal Withering tendrá que pasar por encima de mí para llegar a vosotras. Estás a salvo. Eres libre. Todo ha terminado.

¿Pero cómo podría Anna estar a salvo? ¿Cómo podría ser libre? *Estoy maldita y la tía ha muerto por mi culpa*.

—Lo siento, Anna. Siento haberos fallado a ti, a Effie, a tu madre… Nunca he sido como ella, pero lo intentaré. Intentaré encontrar la manera de detener la maldición.

Selene bajó la cabeza. Anna se acercó, tomó su mano y se la apretó.

—No te rindas todavía. Ahora eres la única madre que tenemos Effie y yo, y te necesitaremos. Pero quiero que sepas algo…

Selene contempló los furiosos ojos verdes de Anna.

—No permitiré que Attis muera.

Mail Today, 30 de julio

¿LAS SEIS BRUJAS SIN ROSTRO?

Brujería. Es un término que no se ha utilizado con seriedad ni temor desde hace cientos de años, pero al seguir sin explicación el misterio de las Seis Mujeres sin Rostro y con lo que solo puede describirse como acontecimientos antinaturales e inexplicables extendiéndose por la capital, muchos se hacen ahora la siguiente pregunta: ¿Eran brujas las Seis Mujeres sin Rostro?

«No queremos asustar a la gente, pero pensamos que es importante que tanto la policía como los ciudadanos afronten esta posible realidad», afirma Halden Kramer, jefe de comunicación de los Servicios de Inquisición y Prevención de la Brujería [antes Instituto de Investigación de la Violencia Organizada y Ritual]. «El símbolo del Ojo que se descubrió en el cuello de las mujeres se ha asociado durante mucho tiempo con la magia de maldiciones, y ahora hay cada vez más pruebas que sugieren que tal vez esté implicada una fuerza más oscura que aún no comprendemos. Puede que estemos enfrentándonos a una de las más terribles formas de brujería».

«Nuestro investigador principal, Marcus Hopkins, se encuentra en contacto con la policía y los principales departamentos gubernamentales. Cree que es fundamental que todos los incidentes relacionados con la brujería o la magia en la capital sean investigados a fondo. No hay que dejar ningún cabo suelto».

La policía se niega a hacer ninguna declaración sobre estas informaciones recientes, pero sigue instando a la población a no dejarse llevar por el pánico.

Vea nuestra entrevista con el investigador principal, Marcus Hopkins, y comparta su opinión sobre las Seis Mujeres sin Rostro: ¿brujas o no?

Las mujeres se reunieron a medianoche. La hora de su muerte. Cada una de ellas recordaba vívidamente lo que había sentido al morir. Incluso lo que sintieron después. Y cómo se sentían ahora, al estar vivas de nuevo, con diferentes vidas, diferentes cuerpos, diferentes rostros, pero conociendo las mismas lenguas, teniendo los mismos recuerdos. Eran Siete, pero juntas acumulaban mil vidas, mil siglos. Habían sufrido aquello antes y, sin embargo, nunca habían experimentado nada parecido: la sensación de temor en lo más profundo de su ser, la oscuridad en el horizonte, las sombras agitándose, el miedo extendiendo la mano. Se retiraron las capuchas grises, alzaron el rostro hacia el cielo y se pusieron a cantar las viejas canciones, las Canciones de la Luna.

Las estrellas se agitaron y el aroma del humo se arremolinó en el viento.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mis padres, Elizabeth y James Thomas. Mamá, gracias por leer *El lenguaje de la magia* más veces que nadie, probablemente más veces que yo. Que a una persona tan mágica como tú le haya encantado su magia ha significado mucho para mí. Papá, gracias por encargarte, con tu habitual dedicación, de corregir todo el libro. Puede que algún día la gramática se me dé tan bien como a ti. La casa de Rowan está inspirada en el hogar donde crecí: un lugar cálido, amable, lleno de payasadas y risas (y con un suministro constante de pasteles recién hechos). Soy muy afortunada por tener unos padres como vosotros, que me han acompañado a lo largo de los años en mis maravillosas y extrañas aventuras; que siempre han creído en mí y me han hecho creer que todo es posible. Sin vosotros, este libro no existiría.

A mi marido, James Williams, que ha sido testigo de cada alocada etapa de la creación de *El lenguaje de la magia* y su mundo. Siempre me has apoyado sin reservas y me encanta que te alegre tanto verme florecer. Gracias por ofrecerme tus alentadoras palabras y tus abrazos cuando más los necesito. Me gustaría darle las gracias también a la familia Williams, que me acogió cuando me mudé a Londres por primera vez y siempre me ha hecho sentir parte de la familia.

A mi hermano, Rhodri Thomas, por tener tanta fe en mí que acabó convirtiéndose en el primer y único inversor de *El lenguaje de la magia*, prestándome el dinero que me hacía falta para llegar a fin de mes mientras lo escribía. Y por ser la primera persona que lo leyó, y por haberlo leído en un solo día (es el lector más rápido que conozco). A mi hermana, Ffion Currie, por su creatividad y su fuerza. Sé que siempre podré recurrir a ti en busca de consejo y para que me des un empujón en la dirección adecuada. Gracias también a mi cuñado, Cameron Currie, por apoyarme tanto, y a sus increíbles hijos, que siempre hacen volar mi imaginación: Llio, Dylan y Eily.

A Roger Couhig, mi tío favorito y el mejor narrador de historias que he conocido.

A mis amigas y miembros de mi aquelarre personal: Abigail Tryhorn, Alison Palmer-Quinn y Sanaa Ibrahim. Supe que *El lenguaje de la magia* podía tener algo especial cuando os lo leísteis y os encantó a todas. El comentario de Abi sigue siendo mi favorito de todos los tiempos: «Me gustaría que Attis saliera más veces sin camisa». A Zuzanna Reymer, que siempre me apoya. A Chloe Battle y Orla Keefe, mi círculo de amor. A Bethan Walker y Jennie Herbert: nuestras payasadas del colegio viven en este libro.

A mi maravillosa agente Alice Lutyens, que creyó en *El lenguaje de la magia* desde el principio a pesar de que no era un libro sencillo de digerir. Gracias por seguir defendiéndolo a capa y espada.

A Natasha Bardon y el equipo de HarperVoyager, cuya creatividad y esfuerzo han dado vida a este libro. Recuerdo nuestra primera reunión: la hora se me pasó volando en un torbellino de cháchara y risas, y supe entonces que había encontrado a las personas adecuadas.

A los primeros lectores de *El lenguaje de la magia*, cuyos comentarios fueron inapreciables: Jayne Ebury y Melissa Magment. Sus notas extraordinariamente detalladas ayudaron a dar forma al libro y lo convirtieron en lo que es hoy. A Sophie Williams, Annie Eaton, Ellie Hearsum, Neela Patel, Claudia Roberts, Julien Clin, Angus Dunsire, Matthew Rothwell, Martyna Reymer, Lorna Dixon, Jackie Harries y Heather Lazarus.

A Lynne Clifton, una maravillosa artista, que dio floritura a mis cartas de *El lenguaje de la magia* con su mágica caligrafía.

Y a mi hijo, Taliesin Williams, que no sabe nada de *El lenguaje de la magia* pero que me ha recordado que el mundo real puede ser tan mágico como el imaginario.



Crecí en el área de Wye Valley en Gales y me mudé a Londres cuando tenía veinte años. Trabajé como periodista para varias publicaciones y en una agencia creativa, antes de finalmente hacer lo que siempre quise hacer. Dejé mi trabajo y escribí un libro sobre magia.

Dividía mis días entre el trabajo independiente y deambular por Londres, escribiendo en cafés y bibliotecas y en cualquier escondite que pudiera encontrar, comiendo demasiado pastel e imaginando un mundo mágico escondido dentro del Londres de hoy. Un mundo de brujería antigua y salvaje. Un mundo de cuento de hadas moderno. Un mundo donde las bibliotecas hechas de libros respiran páginas polvorientas debajo de la ciudad y los clubes de brujas sirven cócteles mágicos y las tiendas *vintage* venden recuerdos. Un mundo donde la magia brilla tanto clara como muy, muy oscura. Fue divertido. Resultó en mi primera novela Las encorsetadoras, la primera de mi serie El lenguaje de la magia.

Ahora me he mudado de regreso al oeste, a Bristol, con mi esposo y mi hijo. Cuando no estoy leyendo extraños libros mágicos y trabajando en mi próximo libro, me gusta comer bien, ver películas, bailar en la cocina, escribir poesía y pasear por el bosque, que creo que es el lugar más mágico del mundo.